Winston Churchill

EL LUGAR DE LA MORADA DE LA LUZ

Winston Churchill

EL LUGAR DE LA MORADA DE LA LUZ

Novela romántica en el mejor sentido de la palabra. Winston Churchill, autor americano, mucho menos conocido que el político inglés del mismo nombre, nos brinda una apasionada novela en torno a los dilemas existenciales de una mujer con el trasfondo de la huelga del textil de 1912 en Lawrence, Massachusetts, conocida como la huelga del “Queremos pan y también rosas”. Aunque todos los nombres son ficticios, no cabe duda de que estamos ante la movilización con la que las mujeres y hombres hablantes de más de 20 idiomas diferentes de Lawrence y la IWW asombraron al mundo.

Traducción y edición digital: C. Carretero

[Se han introducido anotaciones del traductor entre paréntesis cuadrados]

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera
http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

THE
DWELLING PLACE
OF LIGHT
BY
WINSTON CHURCHILL
Can't Get
OUR EMPLOYERS
ARE POWERFUL
FIGHT

STILLMAN, ALLEN & Co.
THE
DWELLING PLACE
OF LIGHT
WINSTON
CHURCHILL

CAPÍTULO I

En esta civilización industrial moderna de la que solemos jactarnos, se puede observar un cierto proceso similar a un glaciar. Los desconcertados, los indefensos y muchos otros son arrancados de la roca madre, aplastados, enrollados y dejados varados en lugares extraños. Así fue como Edward Bumpus se separó y rodó desde la cornisa ancestral, desde el granito firme de las cosas aparentemente estables y duraderas, hacia la lutita cambiante; rodeado de fragmentos de acantilados de tierras lejanas que nunca había visto. Así, a sus cincuenta y cinco, se encontró a sí mismo como portero del leviatán Chippering Mill en la ciudad de Hampton.

Que el asentamiento políglota y ennegrecido que se extendía a ambos lados del río histórico formara parte de su nativa Nueva Inglaterra, a veces le parecía un sueño horrible; no podía comprender lo que le había sucedido al mundo del orden y las normas y las sanciones religiosas en las que había nacido. La suya había sido una vida de renuncias. Durante mucho tiempo se aferró a la institución que se le había enseñado a creer que era la roca de los siglos, la Iglesia congregacional, para finalmente abandonarla; incluso eso asumió una forma fantástica e irreal, como se encarnaba en el edificio a tres cuadras de la calle Fillmore, a la que había asistido por un breve tiempo, unos diez años antes, después de su llegada a Hampton. El edificio, de hecho, era simbólico de un puritanismo decadente y desconcertado en su patético intento de mantenerse al tanto de la época, para comprometerse con el desorden, simplemente logrando una mezcla indescriptible de torres redondeadas, similares a perillas, cubiertas con tejas manchadas de morera. El ministro era sensacional y dramático. Parecía un actor, despertando en Edward Bumpus un prejuicio inherente que condenaba el escenario. A media cuadra de este tabernáculo había una iglesia católica romana, próspera, descarada, serena, ostentando una eterna permanencia en medio del caos.

Había, por cierto, otras iglesias protestantes a las que Edward Bumpus y su esposa podrían haber ido. Una en particular, situada en su camino hacia la fábrica, con su torreón y su fachada clásica, conservaba toda la apariencia exterior del viejo orden que una vez había parecido tan duradero y seguro. Dudó en unirse a la congregación decorosa y menguante, los restos de un

estrato social del que había sido liberado; y más ironía, esta calle, llamada Warren, de arcos de olmos y casas de color blanco, era ahora el lugar de residencia de aquellos prósperos irlandeses que se habían trasladado desde los barrios y gobernaban la ciudad.

En una calle parecida, en la próspera aldea de Dolton, en Nueva Inglaterra, había nacido Edward. En Dolton, Bumpus fue una vez un nombre arraigado allí desde el siglo XVII, y si le hubiera importado escucharlo, le habrían dicho, en un dialecto preciso pero coloquial, la historia de una familia que por derecho de prioridad y servicio debería haber estado destinada a heredar la tierra, pero cuyos descendientes la vieron entregada al extranjero. Los dioses Mather Cotton y Jonathan Edwards habían sido juzgados y se habían encontrado culpables. Edward nunca podría entender esto; o por qué el Universo, durante tanto tiempo estático e inmutable, había comenzado a moverse repentinamente. Siempre había sido prudente, pero a pesar de las "ventajas" juveniles de una educación, por así decir, de un colegio estricto en una colina, nunca se le había enseñado que, si bien la prudencia puede prosperar en un mundo estático, es una virtud inútil en otro dinámico. La experiencia incluso había sido impotente para imprimir esto en él. Durante más de veinte años después de salir de la universidad se había aferrado a una pasantía en un establecimiento mercantil de Dolton antes de sentirse justificado en casarse con Hannah, la hija de Elmer Wench, cuando el establecimiento mercantil se fusionó con un rival y los servicios de Edward ya no eran necesarios Durante una sucesión de empleos precarios con salarios decrecientes, tuvo la sensación aterrorizada de la presión económica que gradualmente se había arrastrado sobre él, y ahora se estaba volviendo lo suficientemente fuerte, después de que dos niñas hubieran nacido, lo que obligaba a ahorrar a la familia... Sería doloroso registrar en detalle el proceso de decadencia, el deslizamiento en el esquisto, el rodamiento, para acabar en Hampton, donde Edward llevaba ahora una docena de años de custodio, con el ceño fruncido, de una de las puertas de la pared de ladrillo que bordea el canal, una posición obtenida para él por un amigo de la infancia compasivo pero no demasiado prudente que había triunfado en la vida y conocía al representante de Chippering Mill, el Sr. Claude Ditmar. De este modo, la virtud no pudo sostenerse por sí misma.

Uno podría haber pensado en todos estos años que se había sentado en las puertas mirando la fila de ladrillos de las casas de huéspedes de la Compañía en la orilla opuesta del canal que la reflexión le podría haber traído un cierto grado de iluminación. No fue así. La niebla del desconcierto de Edward nunca se despejó, y la pregunta no formulada siempre clamaba una respuesta.

¿Cómo había pasado? El grito de Job. ¿Cómo le había pasado esto a un hombre honesto y virtuoso, los días de cuyos antepasados habían sido muchos en la tierra que el Señor, su Dios, les había dado? Inherentemente estadounidense, aunque carecía de la cualidad de ahorro de hombres como Ditmar, nunca dejó de mirar con resentimiento y desconfianza a las hordas de extranjeros que se movían entre los diferentes pilares, aunque se abstuvo de expresar esos sentimientos en público; un hombre encorvado, de hombros anchos y silencioso, de esa fisonomía inconfundible que, en el siglo XVII, abandonó casi por completo la vieja Inglaterra por la nueva Inglaterra. Las características ancestrales estaban allí, los labios cubiertos por un bigote grisáceo moldeado para la formación precisa que enfatiza las sílabas, la nariz con forma de gancho y las mejillas cetrinas, las cejas canosas y los ojos grises dibujados en las esquinas. Pero a pesar de su característica ancestral, era una cara de la que se había extraído el fuego y el fanatismo, y que carecía de la indomable dureza que debería haber proclamado, y que había sido característicamente encarnada en la estatua del Puritano Sr. St. Gaudens. Su ropa estaba un poco destartalada, pero siempre limpia.

Por poco que uno haya adivinado, estaba vivo en él lo que podría llamarse cierto entusiasmo transmutado. Tenía un pasatiempo casi equivalente a una obsesión, no poco común entre los estadounidenses que han ido descendiendo en la escala social. Era la situación de la familia Bumpus en América. Recolectó documentos sobre sus antepasados y relaciones, escribió cartas con una delicada y dolorosa caligrafía en un cuaderno rayado que compró en la farmacia de Hartshorne, a Bumpuses distantes de Kansas, Illinois y Michigan, descendientes comunes de Ebenezer, el inmigrante original, de Dolton. Muchos de estos parientes occidentales respondieron; no así el magistrado Bumpus que vivía en Boston en el lado del agua de Beacon, a quien también se había aventurado a abordar, para indignación y disgusto de su hija mayor, Janet.

"¿Por qué estás tan orgulloso de Ebenezer?", preguntó una vez, con desprecio.

"¿Por qué? ¿No descendemos de él?

“¿Cuántas generaciones?”

"Siete", dijo Edward, puntualmente, enfatizando la última sílaba.

Janet fue rápida en las cifras, haciendo un cálculo mental.

"Bueno, tienes otros ciento veintisiete ancestros de la época de Ebenezer, ¿verdad?"

Edward estaba un poco sorprendido. Nunca había pensado en eso, pero su ardor por Ebenezer se mantuvo intacto. Su propia genealogía se había convertido en su religión y, en lugar de ir a la iglesia, pasaba los domingos por la mañana estudiando detenidamente los papeles de varios grados de decoloración, tomando notas cuidadosas sobre el cuaderno rayado.

Esta consciencia de su procedencia de buenas generaciones estadounidenses que de alguna manera habían sido privadas de su herencia, mientras que fue una queja para él, también fue un consuelo. Tenía un lado compensador, a pesar de la falta de simpatía de sus hijas y su esposa. Hannah Bumpus se tomó la situación más seriamente: ella era una proyección lógica en un nuevo entorno del fatalismo religioso de sus antepasados cuyo Dios era un Dios de venganza. No se preocupaba por lo que significaba toda esta venganza; la vida era una trampa por la que todos los mortales caminaban tarde o temprano, y su trampa en particular tenía una cinta de correr, una serie de tareas domésticas que seguía atacando con una energía que podría haber hecho su fortuna si ella hubiera sido la cabeza de la familia. Es malo ser fatalista a menos que uno tenga una creencia incontrovertible en el destino propio, que Hannah no tenía. Pero mantuvo el pequeño apartamento, con sus muebles gastados, que habían conocido tantos viajes, tan limpio como un barco mercante de la antigua Salem, y cuando era fregado y desempolvado a su satisfacción, acudía al abarrotado almacén de provisiones de Bonnaccossi en la esquina para hacer su regateo en competencia con las amas de casa italianas del barrio. De hecho, no solía detenerse un momento en el exterior, su ojo rápido abarcaba las impresiones coloridas de mermeladas rojas y amarillas en botes redondos, adornados con rodajas de naranja, las cajas llamativas de cereales y harina de trigo sarraceno y los huevos "Brookfield" en paquetes, apreciando este moderno sistema de paquetes en una era de pisos con poco espacio de almacenamiento. Echó un vistazo al cartel con letras azules que anunciaba el precio actual de la mantequilla, y caminó hacia el otro lado del almacén, en la calle Holmes, donde colgaba la carne y el tocino, donde las aceras se llenaban, en otoño con arándanos, manzanas, coles y espinacas.

Con pocas quejas, se había adaptado a los niveles en constante descenso en los que había caído su marido, y si esperaba que en la calle Fillmore ya hubieran llegado al fondo, no lo dijo. Su pesar no traicionado era por la pérdida de lo que ella habría llamado "respetabilidad"; y el abandono, hace

mucho tiempo, de la pequeña ciudad que había sido su hogar, y su primer empleo de sirvienta. Hasta que llegaron a Hampton, siempre habían vivido en casas independientes, y su adaptación a un piso había sido difícil. Un piso sin salón. Hannah Bumpus consideraba que un salón era necesario para una familia respetable como un anillo de bodas para una mujer virtuosa. Janet y Lise estaban creciendo, habría niños, y no tendrían un lugar para verlos, salvo las aceras. El miedo que la atormentaba se hizo realidad, y nunca lo aceptó. Las dos niñas fueron a las escuelas públicas, y luego, inevitablemente, a trabajar, y parecía ser parte de su castigo por los pecados de sus antepasados, ya que no tenía más control sobre ellas que si hubieran sido internadas; mientras ella miraba impotente, hacían lo que querían; Janet, a quien ella nunca entendió, era una fuente de aprensión casi tanto como Lise, quien se convirtió en parte integral de todo lo que Hannah consideraba censurable en esta nueva América, que ella se negaba a aceptar y reconocer como su propio país.

Enviarlas a las escuelas públicas había sido una lucha. Hannah pasaba despierta las noches preguntándose qué pasaría si Edward enfermaba. Le preocupaba que nunca ahorraran dinero; por más que intentara reducir los gastos, había un límite de decencia; el ahorro de Nueva Inglaterra, hasta ahora justamente celebrado, era desmentido por lo que mostraban los extranjeros, y habría encantado a las almas de los caballeros de la escuela de Manchester. De vez en cuando se les llenaban las bocas de ejemplos fabulosos de este ahorro, de italianos y judíos que, emigrantes ignorantes, habían entrado en los telares solo unos años antes de que ellos, los Bumpuses, hubieran venido a Hampton y ahora eran dueños de propiedades independientes. Aún recordaba Hannah un día en que Lise había regresado de la escuela, oscura y amotinada, con la historia de una familia así.

“Viven en Jordan Street en una casa, y Laura tiene patines. No veo por qué yo no puedo".

Esta fue una de las ocasiones en que Hannah había dado rienda suelta a su indignación. Lise tenía catorce años. Su rebelión abierta fue menos molesta que el reproche silencioso de Janet, pero al menos ella tenía algo a lo que agarrarse.

"Bueno, Lise", dijo, moviendo la cacerola a otra parte de la estufa, "supongo que si tu padre y yo nos hubiéramos colocado los dos en los telares y nos hubiéramos metido en una habitación, cocinásemos en un rincón, viviéramos

de cebollas y macarrones, y hubiéramos colocado cuatro pensionistas en cada una de las otras habitaciones, creo que también podríamos haber tenido una casa. Podemos empezar ahora mismo, si quieres”.

Pero Lise solo se había puesto más oscura.

"No veo por qué papá no puede ganar tanto dinero como otros hombres".

"¿No está trabajando tan duro como puede para enviarte a la escuela y darte una oportunidad?"

"No quiero ese tipo de oportunidad. Sadie Howard en la escuela no tiene que trabajar. Me gustó antes de saber dónde vivía...

Había un elemento de egoísmo en la manía de Hannah por mantenerse ocupada, por hacer todo el trabajo de la casa y cocinar ella misma. No podía soportar que sus hijas interfirieran; tal vez ella no quería darse tiempo para pensar. Su afecto por Edward, tal como era, su lealtad hacia él, fue el resultado lógico de una convicción arraigada en su juventud temprana de que el matrimonio era un vínculo indisoluble; un punto de vista que tuvo una vez un origen religioso, no menos poderoso ahora que todo se había convertido en una superstición inconsciente. Hannah, siendo fatalista, no era religiosa. Las creencias de otros días, cuando ella se había puesto su mejor vestido y había ido a la iglesia los domingos, simplemente habían caducado y se habían convertido en costumbres. Ninguna nueva creencia había tomado su lugar...

Incluso después de que Janet y Lise se hubieran puesto a trabajar, el hogar nunca parecía ganar ese margen de seguridad que Hannah anhelaba. Siempre, cuando estaban a punto de alcanzar algo, parecía surgir alguna necesidad o accidente inesperado con el propósito de tragarlos: Edward, por ejemplo, se había visto obligado a comprar un abrigo nuevo, el linóleo en el piso del comedor debía ser renovado, y Lise había tenido una enfermedad, perdiendo su posición en una floristería. Luego, cuando se convirtió en una vendedora en Bagatelle, esa extravagante tienda de Faber Street, ganó cuatro dólares y medio por semana. Se suponía que dos de estos iban al fondo común, pero había que comprar ropa. A Lise le encantaban las prendas de vestir, y Hannah no tenía todas las semanas el corazón para negar. Incluso cuando, en una noche ocasional de sábado, la muchacha arrojó el dinero a la mesa del comedor de manera desafiante, ella fingió no darse cuenta. Pero Janet, que ganaba seis dólares como taquígrafa en la oficina de Chippering Mill, daba regularmente la mitad de la suya.

Las chicas podrían haber ganado más dinero como operarias, pero, curiosamente, en la familia Bumpus, las esperanzas sociales aún no se habían extinguido.

Brusca y rudamente, la fría quietud de las mañanas de invierno se rompió en ondas de sonido, penetrando en las almas de los durmientes. Janet se agitaba, su mente todavía persistiendo en algún sueño, para luego desaparecer en lo inexpresable, en el que había estado cerca del cumplimiento del deseo de su corazón. Cada mañana, a medida que el clamor se hacía más fuerte, había un intervalo de desconcierto, de rechazo, hasta que se concretizaba en las campanas de los molinos-fábricas que se balanceaban en altas cúpulas sobre el río despertándolos a todos. Incluso podían distinguir las campanas: la de tono profundo y penetrante pertenecía al taller de confección Patuxent, en el lado oeste, mientras que la de Arundel tenía una reverberación alta y siniestra como una campana de fuego. Cuando por fin cesaban los ruidos, ella permanecía escuchando los ecos que permanecían en el aire, alto y bajo, alto y bajo; yaciendo encogiéndose, a la espera de la segunda convocatoria que nunca dejaba de aterrorizar, la sirena de Chippering Mill, para ella el grito de un monstruo insistente y hambriento que exigía su comida diaria, símbolo de una necesidad severa, fea e implacable.

Junto a ella, en la cama, podía sentir el suave cuerpo de su hermana menor abrazándose con miedo. En momentos tan raros como este, su corazón se derretía hacia Lise, y ella deslizaba un brazo protector sobre ella. La sensación de necesidad de protección de Lise la invadía, una fuerte convicción, como una punzada, de que Lise estaba destinada a vagar: Janet nunca era tan consciente de esa sensación como en esta hora oscura, aunque le ocurría en otras ocasiones, cuando no estaban peleando. La pelea parecía ser la relación normal entre ellas.

Era Janet, en ese momento, quien se levantaba, temblando, cerrando la ventana y encendiendo la luz de gas, revelando la habitación que las dos chicas compartían juntas. Contra la mitad de una pared estaba la cama, enfrente de esta, un escritorio de nogal abollado por el viaje con una parte superior de mármol, con un espejo ovalado en el que se pegaban numerosos retratos de revistas de talentos masculinos y femeninos que adornaban los escenarios estadounidenses, con preponderancia de la música y las salas de variedades. Había fotos de otros artistas a quienes el extraño habría reconocido como estrellas de "cine", de historias asombrosas pero verídicas de todas las limusinas poseídas por gente sobre cuya riqueza leía Lise en la prensa diaria.

Una prueba infalible, para Lise, de la medida de la grandeza artística. Entre uno de estos millonarios de película y una ex dama legítima que ahora consideraba que el vaudeville era rentable, quedaba encajada la imagen de un ídolo popular cuya conexión con las candilejas sin duda dependería de una absolución triunfante a manos de un jurado de sus compatriotas, cuyo juicio por asesinato, en Chicago, fue una crónica diaria en miles de periódicos y fue seguido por Lise con gran interés y simpatía. Ella solía mirar a esta dama mientras se vestía y exclamaba:

"Oye, ¡espero que lo juzguen en este distrito!"

A tales sentimientos, aunque su hermana los sentía profundamente, Janet se mantenía fría, aunque era, como se verá, capaz de entusiasmarse. Lise era una hija más verdadera de su tiempo y país, ya que sentía un desprecio por la ley nacional, estaba imbuida del culto a los criminales, de los héroes estadounidenses que bombardearon a Cora Wellman en la cárcel con dulces, frutas y flores y cartas apasionadas. Janet recordó que hubo otras antes de que la Sra. Wellman, atrapada dentro de las mallas de la ley, incitara a su hermana a un activismo similar.

Fue Lise quien le había dado la nota de ornamentación al dormitorio. Contra el empapelado descolorido lila y dorado había grabados que habían sido capricho de la hermana menor: un hombre y una mujer jóvenes, vestidos con trajes de baño diminutos, sentados uno al lado del otro en un bote de vela, trabajo de un popular ilustrador cuyos "tipos" masculinos y femeninos se habían convertido en ideales nacionales.

Hubo otros dibujos, si no todos por la misma mano, al menos de la misma escuela; uno, esbozado en trazos atrevidos, de una cena en un comedor neoclásico majestuoso, la mesa cargada de flores y plata y las mujeres con joyas. Un ojo más crítico que el de Lise, al contemplar este retrato del Valhalla del éxito, podría haber detectado en los jóvenes, inmaculados en trajes de noche, un cierto esfuerzo por sentirse como en casa y conversar de forma natural, que sus mandíbulas cuadradas y hombros cuadrados rechazaban. Esto fue, sin duda, culpa de los modelos del artista, que no habían cumplido con su parte. En cualquier caso, la vista de estos jóvenes dioses del ocio, la contemplación del estúpido mayordomo y los lujosos lacayos en el fondo nunca dejaron de hacer latir el corazón de Lise.

En el mármol del escritorio, entre una serie de artículos de tocador, y comprado por Lise por 25 centavos en el mostrador de gangas de Bagatelle, había un marco de fotografía ovalado en el que el baño de plata había comenzado a borrarse, y la banda de terciopelo púrpura dentro del metal se había blanqueado. El marco siempre contenía el objeto actual de los afectos de Lise, aunque la exposición como dijo Janet, estaba sujeta a cambios sin previo aviso. El Adonis que ahora reinaba tenía el pelo negro cortado al estilo Hampton predominante, muy largo en el frente y colgando sobre sus ojos como el de un terrier escocés; atrás, también, pero terminando de repente, afeitado en una curva cuidadosa en el cuello y alrededor de las orejas. Tenía casi la apariencia de una peluca japonesa. La belleza masculina del Sr. Max Wylie pertenecía a la orden de los chupados de cara, y en su fotografía transmitía el aire de asombro y dolor de alguien que de repente es capturado por un invisible oficial de la ley desde atrás. Este efecto, se debía un collar alto y rígido, la "Marca de la tortura", como lo llamó Janet, cuando ella y su hermana se vieron envueltas en una de sus frecuentes controversias sobre la vida en general: la réplica obvia a este comentario, que Lise nunca dejó de hacer, era que Janet no podía presumir de ningún guapo en absoluto.

Es justo agregar que la fotografía apenas hacía justicia al señor Wylie. En la vida real no usaba el collar, era libre y agradable en sus modales, seguro de sus poderes de conquistador. Como observó Lise, él había hecho un home-run (carrera de béisbol) con ella en el parque Riverside de Slattery. "Sadie Hartmann estaba enfadada cuando yo salía con él", observaba reminiscentemente...

Lise acostumbraba a retrasar su aseo matutino, quedándose hasta el último minuto en la cama, acudiendo de manera reacia a pararse ante el escritorio peinando frenéticamente los cabellos castaños que caían sobre sus hombros antes de atascarse en su frente. Así ocupada, revelaba una cierta belleza petulante. Como la mayoría de las dependientas, era pequeña, pero su figura era buena, su piel blanca; su descontenta boca le daba el toque de picardía apta para causar estragos en el trabajo del mundo. En invierno, el desayuno se comía a la luz de una lámpara de metal rococó situada en el centro de la mesa. Eso era para ahorrar gas. Por lo general, había un filete y papas, pan y crema de mantequilla, y las inevitables rosquillas de Nueva Inglaterra. A las seis y media las sirenas volvían a gritar una nota de advertencia, la señal de la partida de Edward; y luego, después de un breve respiro, las pesadas campanas comenzaban una vez más a clamar y no se apagaran hasta los diez

minutos de las siete, cuando el último de los rezagados se apresuraba a cruzar las puertas del molino-fábrica textil.

El apartamento de Bumpus incluía el segundo piso de una pequeña casa de madera cuyo propietario alguna vez se había inspirado para pintarla de un color amarillo arcilla como si insistiera en que la fealdad era un atributo esencial de la domesticidad. Una escalera subía a los dos pisos y, a la izquierda, había dos puertas estrechas, una para cada apartamento. A la derecha la casa estaba separada de la vecina por un estrecho intervalo, que proporcionaba una luz precaria a los dos cuartos intermedios, el comedor y la cocina. Sin embargo, la falta de atractivo de tal hogar tenía ciertas compensaciones para Janet, una vez superado el esfuerzo de levantarse, sentía un verdadero alivio al dejarlo; y alivio, también, al dejar la calle Fillmore, cada característica de la cual estaba fijada indeleblemente en su mente, enfrente estaba la ciega cara de ladrillos de un almacén, y junto a eso la casa vivienda que tenía la tienda de A. Bauer, con la réplica familiar de un sello comercial verde de diez centavos pintada sobre él y el anuncio algo irónico cuando la fría escarcha blanqueaba el pavimento de que había refrescos helados en el interior, así como cigarros y tabaco, frutas y dulces. Luego venía una vivienda, bajo la cual dos griegos emprendedores con el nombre de Pappas —escrito Papas— tenían un negocio llamado "The Gentleman", un establecimiento de sastrería, estampado y teñido. Janet podía ver las brillantes cabezas negras de los dos propietarios inclinándose sobre sus mesas, que a veces levantaban para sonreírle mientras pasaba. Evidentemente, los hermanos Pappas estaban tan contentos en este entorno monótono como lo habían estado en las soleadas laderas de las montañas de Hellas, y Janet se lo preguntaba a veces, porque se había enterado tras su educación en la escuela pública de Charming de que Grecia era hermosa.

Ella fue una de las desafortunadas amantes de la belleza, que están condenadas a vivir en el exilio, sin estar familiarizadas con lo que aman. El deseo era incandescente dentro de su pecho. ¿Deseo de qué? Habría sido un alivio saberlo. Ella no podía, como Lise, encontrar la alegría y el olvido en los salones de baile, en las "películas", en Slattery's Riverside Park en verano o en "carreras alegres " con los Max Wylies de Hampton. Y además, los Max Wylies le tenían miedo. Si a veces deseaba obtener riqueza, era porque la riqueza contenía la magia de la emancipación del entorno contra el cual su alma se rebelaba. Vívidamente idealizado pero semiolvidado, tenía el recuerdo de un

pueblo costero, la escena de una de las breves estancias de su infancia, donde el aire era fragante con el aliento de las marismas, donde recordaba, a través de las enredaderas de un porche, una visión brillante del mar al final de una pequeña calle...

Junto a Pappas Brothers estaba el edificio de madera gris del Hall Mule Spinners, la organización de élite de la mano de obra cualificada, y debajo de él la tienda de Johnny Tiernan, con sus ventanas llenas de fogones y estufas, chapas de hierro y utensilios de cocina. El Sr. Tiernan, al igual que los griegos, también estaba feliz: a diferencia de los griegos, nunca parecía estar ocupado y, sin embargo, luchaba. Estaba muy orgulloso del negocio en el que había invertido sus ahorros, pero parecía tener otros asuntos en su mente alegre, asuntos de la comunidad, como la presencia frecuente de los enormes policías, concejales y otras personas importantes. Llamaba por su nombre a italianos, griegos, belgas, sirios y "franceses"; también saludaba a Janet con respetuosa alegría quitándose el sombrero. Poseía una rara y cálida vitalidad que era irresistible. Nativo de Hampton, todavía en sus treinta años, su pequeña y afilada nariz y sus ojos azules brillaban proclamando la sabiduría que nace y no se hace; su rígido cabello giraba como las cerdas en la varilla de limpieza de una pistola.

Le daba a Janet la extraña impresión de que la entendía. ¡Y ella no se entendía a sí misma!

Cuando llegó más adelante, el sol de invierno, como rojo por el esfuerzo, había empezado a disipar el humo y las brumas pesadas de la mañana. A ella no le gustaba el invierno con el césped marrón lleno de bultos y mohoso por las heladas, pero un día se sintió conmovida por una cualidad, hasta ahora insospechada, en la delicada tracería contra el cielo hecha por las esbeltas ramas de los grandes olmos y arces. Se detuvo en el pavimento, con los ojos en alto, sin prestar atención a los transeúntes, sintiendo dentro de ella un latido de aquel anhelo que se despertaba de forma tan extraña e inesperada.

A lo largo de la calle Faber, la arteria principal de Hampton, había una ancha franja de asfalto marcada con huellas de automóviles, bordeada por ambos lados con edificios incongruentes, lo que indicaba una rápida prosperidad, indiscriminada y sin arte. Había largos tramos de edificios de "diez pies", llamados así por una única historia, su altura engañosamente mejorada por la superposición de enormes y llamativos letreros, uno encima del otro, anunciando los méritos de "Stewart Amberine Ale", de "Cooley Oats, el

“digestible Breakfast Food”, de gramófonos y zapatos de “tacón de primavera”, tabaco y jabones de nafta. “No, no entregamos sellos comerciales, nuestros productos valen todo lo que usted paga”.

Estas tiendas de “diez pies” eran depósitos de pianos, automóviles, ferretería y sombrerería, y entre ellas se encontraban edificios de varias alturas; La Bagatelle, donde trabajaba Lise, el hotel Wilmot, los edificios de oficinas y una reliquia ocasional del viejo Hampton, como la que alberga el Banner. Aquí, durante esos meses en que el sol suavizaba el asfalto, en un andamio que abarcaba la ventana de la tienda, podría verse a un joven sudado en mangas de camisa anotando los resultados del béisbol para beneficio de una multitud abajo. Luego venía la funeraria Hinckley Block (1872), del color del hígado y con largas ventanas, y en la esquina una moderna farmacia que tenía ventanales de vidrio plano, dos en la calle Faber y tres en Stanley, repletas de dulces, bolsas de agua caliente, aerosoles para la garganta, curas de catarro y riñón, calendarios, plumas estilográficas, papelería y útiles lámparas de alcohol. Flanqueando las aceras, simbolizando y completando el efecto heterogéneo y desconcertante de la calle, había largas filas de troncos de pesados abetos, sin pintar y despojados de corteza, con crucetas que contenían redes de cables. Los tranvías avanzaban ruidosamente, golpeando sus gongs, los camiones recorrían las vías, los automóviles emitían frenéticos chillidos detrás de los asustados peatones. A Janet siempre se la instaba a estar alerta, ya que Faber Street no era un lugar para soñar. Por la noche, una procesión interminable se movía por una acera y luego por otra, mirando hipnóticamente los anuncios de neón eléctricos, signos que mantenían las comidas y cervezas del desayuno, las maquinillas de afeitar, jabones, etc. en la mente de un público voluble.

A dos cuadras de la calle Faber estaba el Canal del Norte, con un camino pavimentado de granito entre él y la fila monótona de casas de huéspedes de la Compañía. Incluso con tiempo brillante, Janet sentía una sensación de opresión aquí; en las oscuras y brumosas mañanas, las severas y enormes almenas de los molinos-talleres que bordeaban la orilla más alejada, eran amenazadoras, llenas de proyecciones, torres y chimeneas, flanqueadas por gruesos muros. Si su experiencia incluyera a Europa, su imaginación podría haber tomado un paralelo medieval, los puentes arqueados volaban a intervalos sobre el agua, careciendo solo de cadenas para levantarlos en caso de asedio. El lugar siempre amenazaba inminente conflicto. El alma de Janet era un instrumento sensible, pero sufría de una incapacidad para encontrar paralelos, y por lo tanto traducir sus impresiones de forma intelectual. Su

sentimiento acerca de las fábricas textiles era que eran a la vez fortaleza y prisión, y que ella era una esclava conducida allí día tras día por un poder omnipresente; esclavizada tanto como los que avanzaban en tropel por las puertas en el amanecer de invierno, y desgastaban, cuatro veces al día, los peldaños de roble de las escaleras circulares de la torre.

El sonido de los telares era como una lluvia intensa que silbaba en las aguas del canal.

Las oficinas administrativas de un molino gigante como Chippering en Hampton eran laberínticas. Janet no entró por las grandes puertas que vigilaba su padre, sino que atravesó un patio abierto hasta un vestíbulo donde, día y noche, había un vigilante de pie; subió las escaleras de hierro, pasó por la puerta que conducía a la suite del pagador, para echar un vistazo detrás de la parrilla, a los numerosos jóvenes que se sentaban en esas misteriosas y complicadas máquinas que mantenían un registro tan infalible, en dólares y centavos, del trabajo de los operarios humanos. Había otras suites para los superintendentes, para el agente de compras; y al final del corredor, en el lado sur de las oficinas de la fábrica, entró por la parte exterior de las dos habitaciones reservadas al Sr. Claude Ditmar, el Gerente y general en jefe de este vasto establecimiento. En esta oficina exterior, detrás de la barandilla que la recorría, trabajaba Janet; desde la ventana donde se encontraba su máquina de escribir había una caída de aproximadamente ochenta pies hasta el río, que corría aquí rápidamente a través de un ancho curso cuyos lados estaban formados por millas y millas de talleres, construidos sobre muros de piedra reforzados para retener las orillas. Los edificios en forma de prisión en la costa más lejana también eran de un tamaño colosal, proyectando sus sombras en las aguas; mientras que a lo lejos, arriba y abajo del río, se podía ver la delicada red de puentes de Stanley y Warren Street, con carros como de juguete que se deslizan sobre ellos, con peatones similares a insectos que se arrastran a lo largo de los senderos.

El personal inmediato del Sr. Ditmar consistía en el Sr. Price, un anciano soltero de eficiencia probada de genio peculiar, un joven Sr. Caldwell que, durante los cuatro años desde que había dejado Harvard, había estado estudiando la industria textil, la Srta. Ottway, y Janet. La señorita Ottway era la taquígrafa privada del Gerente, una mujer fuerte, con inmensas reservas que parecían inagotables. Tenía una voz profunda y masculina, no poco musical, la insinuación de un bigote masculino y una manera masculina de aceptar cualquier trabajo que se le presentara. Los nervios eran cosas desconocidas

para ella: era granito, acero templado. Janet era la segunda estenógrafa y realizaba, además, cualquier tarea extraña que pudiera serle asignada.

Había, en las distintas oficinas de los superintendentes, el administrador de pagos y el agente de compras, otras estenógrafas jóvenes cuya compañía, si Janet hubiera sido de una manera diferente, podría haber apreciado, pero algo en ella se negaba a disolverse en la ofrecida amistad. Solo tenía una amiga, si a Eda Rawle, que trabajaba en un banco y a quien ella había conocido por accidente en un mostrador de comida, pudiera llamarse así. Como se ha dicho admirablemente en otro idioma, uno besa, el otro ofrece la mejilla: Janet ofreció la mejilla. Inconscientemente tuvieron una relación que rara vez se encuentra en bancos y oficinas comerciales. Las jóvenes taquígrafas de Chippering Mill, chicas respetables e industriosas se sentían atraídas hacia ella por una cierta calidad indefinible, pero al descubrir que no progresaban en sus avances, desistían y admitían que le tenían un poco de miedo; como una de ellas comentó: "Siempre sabíamos que ella estaba allí". La señorita Lottie Meyers, que trabajaba en la oficina del Sr. Orcutt, el superintendente del otro lado del pasillo, experimentó una breve atracción que se convirtió en odio. Masticaba chicle incesantemente y Janet encontraba insoportable su perfume barato; la señorita Meyers, por su parte, declaró que Janet era "queer" (lesbiana) y que "se atascó" pensando que era mejor que las demás. Lottie Meyers era la líder de un grupo de cuatro o cinco que se reunían en el pasillo al final de la hora del mediodía para participar animadamente en una discusión sobre cinturas, sombreros y lencería, para comerse con los ojos e intercambiar confesiones con los jóvenes de la pagaduría, reír, relatar *sotto voce*, ciertas historias que terminaban invariablemente en risas histéricas. Janet detestaba estas conversaciones. Y la cuestión sexual sugerida, si no abiertamente abordada, era para ella un misterio sobre el que no se atrevía a reflexionar, terrible, pero demasiado sagrada para abordarse. Sus sentimientos, ocultos bajo un exterior de auto-posesión, engañoso para el observador casual, a veces se confundían con una pasión que la asustaba y la hacía temblar, una pasión de ninguna manera identificada siempre conscientemente con los hombres, que encarna todos los feroces deseos no expresados e insatisfechos de su vida.

Estas emociones, a menudo sugeridas por algún indicio de belleza, como cuando el sol brillaba en el río en un día azul brillante, tuvieron una repentina forma de poseerla, y el anhelo que provocaron fue el dolor. ¿Anhelo de qué? Por alguna existencia inimaginable donde moraban la belleza, y la luz, donde el éxtasis inducido por estos no estaba ni borrado ni degradado; donde la

vergüenza, como ahora, no podría asaltarla. ¿Por qué debería sentir su cuerpo caliente por la vergüenza y sus mejillas ardiendo? En esos momentos ella recurría a la máquina de escribir, sus dedos golpeaban las teclas con una rapidez asombrosa, con extraordinaria precisión y fuerza, fuerza vagamente perturbadora para el Sr. Claude Ditmar cuando entró a la oficina una mañana e involuntariamente se detuvo para mirarla. Ella no estaba al tanto de su mirada, pero su color fue como una señal carmesí que se encendió y desapareció. ¿Por qué nunca la había notado antes? Todos estos meses, durante más de un año, tal vez, ella había estado en su oficina, y él ni siquiera la había mirado dos veces. La respuesta fue que nunca la había sorprendido en un momento tan vívido. Tenía talento para las mujeres, aunque nunca se había considerado como alguien que poseyera los valores más altos, y era característico del plano de sus procesos mentales que esta le recordara ahora a una pantera oscura, ágil, atada tensamente y capaz de fiereza. El dolor de que ella le arañase sería delicioso.

Cuando la evaluó, descubrió que no era tan pequeña y que la curva de los hombros de sus brazos levantados, mientras sus dedos tocaban las teclas, parecía desmentir esa aparente delgadez. Y si no hubiera estado familiarizado con las sutilezas de la mente y el lenguaje franceses, podría haberla clasificado como una *fausse maigre* (falsa flaca). Su cabeza era pequeña, su cabello como una sombra oscura y borrosa que se aferraba a su alrededor. Quería examinar su cabello, para ver si no traicionaría, a una distancia más cercana, una ola imperceptible, pero sin atreverse a quedarse, entró en su oficina, cerró la puerta y se sentó con una sensación similar a la debilidad, algo horrorizado. Por su descubrimiento, le sorprendió considerablemente su anterior estupidez. Había pensado en Janet cuando había entrado en su mente como discreta, recatada; ahora él reconocía esta dureza como represión. Sus cualidades necesitaban iluminación, y él, Claude Ditmar, las había visto atacadas con fuego. Se preguntó si algún otro hombre había sido tan afortunado.

Más tarde en la mañana, casi casualmente, hizo preguntas a la Srta. Ottway, a quien le gustaba Janet y estaba dispuesta a hacerle un buen favor. "Porque, ella es una chica inteligente, Sr. Ditmar, una buena taquígrafa, y concienzuda en su trabajo. Es muy rápida, también.

"Sí, me he dado cuenta de eso", respondió Ditmar, quien estaba bastante dispuesto a que pensara que su investigación se refería a la aptitud de Janet para los negocios.

"Se guarda a sí misma y se ocupa de sus propios asuntos. Se puede ver que viene de buen linaje. La misma Srta. Ottway estaba orgullosa de su sangre de Nueva Inglaterra. “Su padre, ya sabes, el portero de allí abajo, no ha tenido suerte".

“No crea que no la conecté con él. Bien parecido el viejo. Un amigo mío que lo recomendó me dijo que había visto días mejores..."

CAPÍTULO II

A pesar del sorprendente descubrimiento en su oficina de una joven con una calidad galvánica tan inquietante, no debe suponerse que el Sr. Claude Ditmar pretendía infringir sus propias normas. Tenía principios. Para él, en cuanto a los patriarcas y las familias de Israel, el séptimo mandamiento era solo relativo, pero hasta ahora se había mantenido rígido en esa relatividad, estableciendo la sana doctrina de que las mujeres y los negocios no se mezclaban, o como él mismo se decía íntimamente, ningún hombre sensato intimaría con una chica en su oficina. Por lo tanto, puede implicarse que las experiencias del Sr. Ditmar con el sexo opuesto se habían basado en la propiedad. Era una de esas personas ocupadas y exitosas que nunca habían apreciado o adquirido el arte de los servicios cuasi platónicos, cuya idea de pasar un buen rato se limitaba a excursiones discretas con amigos, personas igualmente ocupadas y exitosas que, por haberse casado de manera prematura e imprudente, son ajenos a los placeres de esa relación social más elevada, narrada en las novelas y en las impresiones públicas. Si uno puede pasar por alto convenientemente las alegrías de una compañía del alma, es tan posible tener un gusto por las mujeres como por el champán o los cigarros. El Sr. Ditmar prefería a las rubias, y le gustaban más las personas robustas, una predilección que lo había llevado al matrimonio con una dama de esa descripción: una mujer algo pegajosa y comedora de caramelos con una manía por las partidas de cartas, que sin duda se teñiría el pelo si aún viviera. No era inconsolable, pero había tenido suficiente matrimonio para saber que exige un precio un tanto exorbitante para las alegrías, que era más razonable obtener de otra manera.

Quedó viudo con dos hijos, una niña de trece años y un niño de doce, ambos algo grandes para su edad. Amy asistió a la única institución privada para la instrucción de su sexo de que Hampton podía alardear; George continuó en una escuela pública. La difunta Sra. Ditmar, durante algunos años antes de su fallecimiento, comenzó a mostrar ciertas aspiraciones inquietas de las cuales las damas estadounidenses de su tipo y situación parecen particularmente responsables, y con miras a su realización final, ella había inaugurado una campaña al estilo de Jericó. La muerte había liberado a Ditmar de su creciente

presión, porque su esposa había poseído ese admirable sustituto del carácter, la persistencia, y había sido experta en el uso de la importunidad, a menudo un arma eficiente en manos de la mujer económicamente dependiente. Era hija de un cajero difunto del Hampton National Bank y ya un hombre marcado, cuando se había casado con Ditmar, entonces uno de los superintendentes de la Chippering; se había considerado afortunada entre las mujeres, esperando una vida de facilidad y ociosidad y dulces en gran abundancia, un sueño temporalmente destruido por la incomodidad imprevista de traer dos niños al mundo, con un intervalo de apenas un año entre ellos. Sus padres con un exceso de modestia no lograron esclarecerla sobre este tema, sus sentimientos fueron de indignación, y estaba decidida a no repetir la experiencia por tercera vez. Con el conocimiento tardíamente así adquirido, se abandonó durante un tiempo a la satisfacción que le brindaba la capacidad de tomar una posición de mando en la sociedad de Hampton, para darse cuenta poco a poco de la necesidad de una residencia más cómoda. En cierto tipo de intuición ella era rica. Mientras tanto, su esposo se había convertido en Gerente de Chippering Mill, y ella sospechaba que su prudente reticencia sobre el estado de sus finanzas era el mejor indicio de una prosperidad creciente. De hecho, había hecho dinero, se le habían dado muchas oportunidades para inversiones rentables; pero el argumento a favor de la preeminencia social no le atrajo; lágrimas, reproches y recriminaciones frecuentes, tuvieron mejor éxito; como muchos hombres casados, lo que más deseaba era que lo dejaran en paz; pero de alguna manera irresponsable había llegado a sospechar que su preferencia por las rubias era de una naturaleza más liberal que al principio, en su inocencia, había creído. Ella también estaba celosa de sus compinches, a pesar del hecho de que estos caballeros, cuando la conocieron, la trataron con una cortesía elaborada; y ella lo acusó con toda justicia de ser más íntimo con ellos que con ella, con quien él estaba unido con lazos sagrados. El resultado inevitable de estas tácticas fue la mansión moderna en la parte superior de Warren Street, conocida como el distrito "residencial". Construida en un amplio terreno, con un garaje en un lado hacia atrás y con un camino de cemento dividido en cuadrados,

Un piadoso cronista de una época más ortodoxa sin duda habría considerado que Cora Ditmar sobrevivió solo dos años para disfrutar de las glorias de la casa de Warren Street. Durante un tiempo, su esposo se entregó a un optimismo estúpido, solo para descubrir que el hábito del chantaje matrimonial, una vez adquirido, no puede deshacerse fácilmente. Apenas se había conformado con la creencia de que, por la obtención de su deseo supremo, había logrado una paz comparativa, que comenzó a sospechar que

su autoconfianza inicial no contemplaba nada más que el eventual abandono de Hampton por ser un campo demasiado limitado para sus talentos sociales y su capacidad comercial y cuenta bancaria, lo que ella estaba encantada de insinuar. Hampton se adaptó a Ditmar, su pasión era Chippering Mill, y él estaba en proceso de prepararse para resistir, costase lo que costase, ese plan absurdo cuando fue liberado afortunadamente por la muerte. La intención de ella de alejar a los niños para adquiriesen cultura y acabasen saliendo de Hampton no se realizó. Él no se oponía a que George fuese a la Academia Silliston, y Amy a un internado de moda, pero no tomó la idea con la suficiente seriedad para llevarla a cabo. Los niños se quedaron en casa, cada vez menos a cargo de una anciana que actuaba como ama de llaves.

Ditmar había recuperado milagrosamente su libertad. Y ahora, cuando hacía viajes a Nueva York y Boston, combinando negocios con placer, no se formularon preguntas ni se debieron componer ficciones problemáticas. Más a menudo estaba en Boston, donde pertenecía a un club grande y cómodo, no demasiado exigente en cuanto a la membresía; aquí conocía a sus amigos y, a veces, planeaba excursiones con ellos, viajes en automóvil en verano a las Montañas Blancas o a pequeños complejos turísticos para pasar los domingos y festivos, generalmente llevándose consigo una caja de champán y varias bolsas de palos de golf. Le gustaba disparar, y pertenecía a un club de patos en el Cabo, donde el póquer y el bridge no estaban prohibidos. Sus amigos íntimos, le conocían como "Dit". Tampoco es sorprendente que su actitud hacia las mujeres se hubiera convertido en resentimiento en general; ya que ahora consideraba el matrimonio una locura absoluta. A los cuarenta y cinco años, era un hombre vital, dominante, de tez terrosa, de seis pies y media pulgada de altura, que pesaba ciento cincuenta libras y, era por lo tanto, un poco carnoso. Cuando estaba relajado y en compañía agradable, se veía bastante juvenil, un aspecto característico de muchos hombres de negocios estadounidenses de hoy en día.

Su cabeza era grande, llevaba el pelo corto, sus rasgos también lo proclamaban como perteneciente a un tipo estadounidense moderno en el sentido de que no eran claros, sino más bien indefinibles; un bigote erizado y corto le daba una cierta apariencia militar eficiente que, cuando se presentaba a extraños como "Coronel", podía engañarlos para que pensaran que era un oficial del ejército, título que había recibido una vez como miembro del personal del gobernador del estado, y era un homenaje a un gregario con influencia política más que a un genio para el arte de la guerra. Como gerente de Chippering Mill, estaba "en" la política, saludaba a los compañeros y era un

individuo a ser tomado en cuenta por los políticos del gobernador y miembros del Congreso. Era eficiente, por supuesto; tenía manos eficientes y astutas, salvo con sus compinches de los que tenía algo que ganar y el otro sexo. Su ropa siempre parecía nueva, de patrones pronunciados y colores claros conseguidos para él por un sastre obsequioso en Boston.

Si un ser humano en una posición tan envidiable como el de gerente de Chippering Mill puede considerarse una propiedad, se podría decir que el Sr. Claude Ditmar pertenecía a Chipperings of Boston, una familia que todavía poseía la participación mayoritaria en la empresa. Su lealtad a ellos y a la fábrica que tan hábilmente dirigía fue la gran lealtad de su vida. Para Ditmar, un Chippering no podía hacer nada mal. Fue el ojo entusiasta del señor Stephen Chippering el que lo descubrió, lo interrogó, reconoció su capacidad y, desde el momento de ese encuentro, su avance fue rápido. Cuando el viejo Stephen fue a reunirse con sus padres, la lealtad de Ditmar automáticamente, por así decirlo, se transfirió a los otros dos hijos, George y Worthington, ya miembros de la junta directiva. A veces Ditmar los visitaba en sus casas, que se alzaban sobre las aguas de la cuenca del río Charles. La actitud hacia él de los Chippering y sus esposas fue una de las interesantes adaptaciones del feudalismo a la democracia. Le apreciaban, le agradecían, lo trataban con una camaradería franca que no tenía el menor toque de condescendencia, pero Ditmar habría sido el primero en reconocer que la intimidad tenía límites. No lo tuvieron, sin duda, fuera de consideración, lo invitaban a sus cenas o lo llevaban a su club, que no era el mismo al que él mismo pertenecía. No sintió animosidad. Tampoco, aunque parezca sorprendente, habría cambiado de lugar con los Chippering. A una edad temprana, e inconscientemente, había aceptado que el poder dominante del universo era la propiedad, y cuando se le agregó una familia, la combinación no fue más que divina.

***

Hubo momentos, especialmente durante los largos inviernos, en que la vida se volvió casi insoportable para Janet, y se sintió atrapada por el deseo de huir de la calle Fillmore, de los telares, del propio Hampton. Solo que ella no sabía a dónde ir, o cómo escapar. Estaba convencida de la existencia en el mundo de lugares encantadores donde se podrían encontrar personas agradables con quienes sería un placer conversar. La calle Fillmore, ciertamente, no contenía ninguno de esos. La oficina no estaba tan mal. Es cierto que en las mañanas, al entrar en West Street, la vista de la fachada oscura de la estructura de fortaleza, emblemática del cautiverio en el que pasaba sus días, rara vez

fallaba en sus sensaciones de opresión y revuelta; pero aquí, al menos, descubrió una salida para sus energías; ella estaba a menudo demasiado ocupada para reflexionar, y en momentos extraños podía encontrar un cierto consuelo y compañía en el río, tan decidido, tan hermoso, tan imperturbable por la desproporción, el ruido y la confusión en Hampton mientras fluía serenamente debajo de los puentes y entre los molinos de las fábricas hacia el mar. ¡Hacia el mar!

Fue cuando, de noche, volvió a la calle Fillmore cuando pensó en la monotonía, sí, y en la sordidez del hogar, cuando entró por la puerta y subió la oscura y estrecha escalera, sus pies parecían de plomo. A pesar de que Hannah era buena ama de casa y se enorgullecía de la limpieza, el diminuto apartamento apestaba con el olor de la cocina, y Janet, desde la sala superior, vislumbró a una mujer delgada y angular con cuello escuálido, con un escaso cabello gris fuertemente atado en un nudo, con un delantal de algodón a cuadros que cubría un vestido viejo doblado sobre la estufa de la cocina. Y de vez en cuando, a pesar del resentimiento que el destino debió haber tenido que ver con la familia de manera desconsiderada, Janet sintió lástima dentro de ella. Después de la cena, cuando Lise se había ido con su mejor joven, Hannah ocasionalmente, aunque a regañadientes, permitía a Janet ayudarla con los platos.

"Trabajas todo el día, tienes derecho a descansar".

"Pero no quiero descansar", declaraba Janet, y frotaba los platos con más fuerza. Hannah simpatizó con el espíritu que subyacía en esta protesta. Madre e hija se parecían en que ambas eran inarticuladas, pero Janet tenía un desprecio secreto por el estoicismo sin quejas de Hannah. En cierto modo, amaba a su madre, especialmente en ciertos momentos, aunque a menudo se preguntaba por qué no podía comprender más plenamente el afecto filial de la tradición; pero en momentos de ablandamiento, como estos, se llenaba de rabia ante la idea de que una mujer dotada de energía se permitiera ser superada y abrumada por un destino como el de Hannah: el divorcio, la deserción, cualquier cosa, pensó, habría sido mejor que ser una engañada de la vida. Sintiendo los fuegos de la rebelión ardientemente dentro de ella, la rebelión contra el ambiente y la necesidad de cambiar, miraba a su madre y se preguntaba si era posible que Hannah alguna vez hubiera conocido anhelos, hubiera sido arrebatada por deseos inexpresables, deseos en los que lo espiritual no descubierto estaba tan alarmantemente compuesto por lo físico por descubrir. Habría muerto en lugar de hablar con Hannah de estas

experiencias insatisfechas, y la mera idea de confiarlas a cualquier persona la horrorizaba. Incluso si existiera algún ser maravilloso y comprensivo para que ella pudiera así vaciar su alma, el pensamiento del éxtasis de esa kenosis era demasiado preocupante para detenerse.

Ella había intentado leer, con resultados desafortunados, tal vez porque ningún Virgil había aparecido todavía para guiarla a través de los misterios de ese reino. Su educación no le había inculcado un gusto discriminatorio por la literatura; y cuando, en ocasiones, había entrado en la Biblioteca Pública frente al Cabildo, se había quedado mirando fijamente las filas de libros cuyos autores y títulos no ofrecían pistas sobre su contenido. Sus pocas elecciones no habían sido felices, no le habían interesado ni emocionado...

De la familia Bumpus, solo Lise encontró refugio, distracción y emoción en el vulgar mundo moderno por el que estaban rodeados, y de cuya negligencia y falta de remordimientos eran las víctimas. Lise entró en ella, se convirtió en parte de ella, volviendo solo a dormir y comer, una tendencia que Hannah encontró inexplicable, y contra la cual incluso su estoicismo no era una prueba absoluta. Apenas pasó una tarde sin una expresión de inquietud en Hannah.

"No mencionó adónde iba, ¿verdad, Janet?" preguntaba Hannah cuándo había terminado su trabajo y se había puesto las gafas para leer el *Banner*.

"A ver alguna película, supongo", respondía Janet. Aunque era consciente de que su hermana se entregaba a otras distracciones, le parecía inútil aumentar la inquietud de Hannah. Y si tenía poca paciencia con Lise, tenía menos con la actitud indefensa de sus padres.

"Bueno", agregaba Hannah, "Nunca puedo acostumbrarme a que salga de noche, y con hombres y mujeres jóvenes de los que no sé nada. Yo no fui educada de esa manera. Pero mientras tenga que trabajar para ganarse la vida, supongo que no hay remedio para eso".

Y ella miraba a Edward. Obviamente, debido a su incapacidad para hacer frente a las condiciones modernas, sus hijas se vieron obligadas a trabajar, pero esto fue lo más duro que ella llegó a reprocharle. Si lo supo, aceptó con humildad y en silencio: la mayoría de las veces no era ajeno, enterrado en los laberintos de la historia de la familia Bumpus, con los papeles extendidos sobre el paño rojo de la mesa del comedor, bajo la lámpara. A veces, en su

simplicidad y con entusiasmo, les leía en voz alta una carta, recientemente recibida de un pariente lejano, Alpheus Bumpus, digamos, que había emigrado a California en busca de riqueza y fama, y que no había encontrado ninguna. A pesar de la edad y las desgracias, la actitud liberal de estos miembros occidentales de la familia siempre fue una cuestión de perplejidad para Edward.

"Me dice que les van a dar a las mujeres el derecho al voto y no parece estar muy preocupado por el hecho de que sus propias mujeres vayan a las urnas".

"¿Por qué no deberían dárselo, si quieren?" exclamaba Janet, aunque había pensado poco en la pregunta.

Edward ignoraría ese desafío.

"Tiene una casa en lo que ellos llaman Russian Hill, y puede ver los barcos a medida que vienen de Japón", continuaría con su voz precisa, enfatizando admirablemente las últimas sílabas de las palabras "Rusia", "barcos" y "Japón". "¿No te gustaría ver la carta?"

Hannah, aunque era bastante incapaz de compartir su pasión, con frecuencia fingía interés, así es que tomó la carta y se la entregó a Janet, quien, al descifrar la caligrafía temblorosa de Alpheus, reflexionó sobre sus múltiples problemas. El hijo de Alpheus, que había tenido una buena posición en un establecimiento de artículos deportivos en Market Street, estaba gravemente enfermo; la esposa del hijo esperaba una adición a la familia; la casa en Russian Hill estaba hipotecada. Alfeo, un veterano de la Guerra Civil, había estado preparando sus memorias durante muchos años, pero hoy en día los periódicos parecían no preocuparse por esos asuntos de valor sólido, y hasta ahora se habían negado a publicarlos... Janet, mientras leía, Reflexionó que estas cartas invariablemente tenían que relatar historias de fracasos, de esperanzas decepcionadas; ella preguntaba a su padre; y la noche siguiente, mientras escribía dolorosamente en el papel de su cuaderno, ella supo que él, a su vez, estaba derramando su alma en Alpheus, relatando, con una emoción que no era desagradable, a este pariente simpático pero remoto ¡la historia de su propio fracaso!

Si la ciudad de Hampton era emblemática de nuestro mundo moderno en el que el azar ha reemplazado el orden, la calle Fillmore puede compararse con un remolino de aguas turbias, en las que se han acumulado todo tipo de restos flotantes y mugre. O, para encontrar tal vez una ilustración aún más

sorprendente del proceso que cambió a Hampton en general y a Fillmore Street en particular, solo había que llegar en tranvía a Glendale, el asentamiento italiano en la carretera que conduce a la antigua aldea de Shrewsbury en Nueva Inglaterra. Janet a veces caminaba hasta allí, sola o con su amiga Eda Rawle. La desintegración en sí misma en un intento paradójicamente patético de reconstrucción había construido Glendale —manos humanas, manos italianas— tampoco, por sorprendente que parezca, fueron estos descendientes de la gente del Renacimiento los menos ofendidos por su obra. Cuando comenzó la migración del sur de Europa y las propiedades inmobiliarias se volvieron valiosas, uno por uno los edificios más decorosos de la antigua América fueron derribados y trasladados poco a poco por los hijos de Italia a las desnudas colinas de Glendale, para entrar en nuevas combinaciones, a un ojo que anhelase armonía, la última palabra de un caos, de una indigestión mental, de un esquema de color que clamaba en voz alta al cielo por venganza. De pie, sola y desnuda en medio de jardines, hay una casa con un cuerpo diminuto pintado de rojo fresa, horrorosa, extrema, aunque típica de todo el asentamiento, compuesta de fragmentos arrancados de lugares en que alguna vez fueron apropiados, tiene persianas enrollables de un tierno verde; superando la estructura y casi igualándola en tamaño, se encuentra una cúpula azul cielo, una vez la corona blanca de la mansión Sutter, el orgullo del viejo Hampton. Las paredes de esta vivienda fueron arrancadas de los lados de la taberna de Mackey, mientras que las persianas durante muchos años adornaron la casa parroquial de la antigua Primera Iglesia. Del mismo modo, en Hampton y en la calle Fillmore, vivían en vecindad forzada fragmentos humanos que una vez tuvieron sus lugares en comunidades cristalizadas donde la existencia había sido considerada como resuelta. Aquí había solo un orden, si se puede llamar así, una relación, directa o indirecta, una necesidad que los reclama a todos a los telares.

Al igual que las tablas que forman las paredes de las chozas en Glendale, estas tablas humanas arrancadas de una estructura social anterior también estaban deformadas, lo que quiere decir que estaban dominadas por obsesiones. La de Edward era la familia Bumpus; y Chris Auermann, que vivía en el piso de abajo, estaba convencido de que la historia de la humanidad es un lamentable registro de los estragos causados por las mujeres. Tal vez tenía razón, pero su convicción era, sin embargo, una obsesión. Venía de un pequeño pueblo cerca de Wittenburg que apenas ha cambiado desde la época de Lutero. Como la mayoría de los residentes de Hampton que no trabajaban en los telares, atendía a quienes lo hacían, o a quienes vendían mercancías a los trabajadores, cortando el pelo en su peluquería en la calle Faber.

Los Bumpuses, excepto Lise, que se aferraban a un individualismo y orgullo nativos, preferían el aislamiento a la compañía con las otras piezas de madera a la deriva por las que estaban rodeados, y con los cuales la temporada de verano obligaba a cierto contacto forzado. Cuando el calor en el pequeño comedor se volvía insoportable, estaban obligados a refugiarse en los escalones de la entrada que compartían con la familia del barbero. Es cierto que la esposa del barbero era una suave ama de casa que tenía poco que decir, y que sus inquilinos, dos jóvenes alemanes que trabajaban en los telares, pasaban la mayor parte de sus noches en un club de bolos; pero el mismo Auermann, que exhalaba un fuerte olor a ron Bay, llegaba puntualmente a las ocho y cuarto, se quitaba el abrigo y, como no tenía nada que hacer, se enfrentaba al indefenso Edward.

“¿Mencionarás un gran hombre que no sea más grande si las `mojerres´ le dejan en paz?”, exigía. “¿Fue Marco Antonio, el conquistador de Egipto y del Este? Te mostraré a Cleopatra. Y Burns, y Napoleón, el hombre más grande que jamás haya vivido, `mojerres´ otra vez. Te digo que no hay Elba, ni Santa Elena, si no es por las `mojerres´. ¿Y qué dirás de Goethe?

El pobre Edward no pudo pensar en nada que decir de Goethe.

"Es genial, te lo concedo", admitiría Chris, "¿pero qué tal es si las `mojerres´ lo dejan en paz? Eso es lo divino”. Y procedería a citar ejemplos interminables de generales y estadistas cuyas esposas o amantes habían sido su perdición. Con intentos inútiles de Edward de cambiar la conversación al tema de su propia obsesión; el alemán era, con mucho, el más agresivo. Quizás si Edward hubiera estado dispuesto a admitir que los siniestros habían sido traídos a su humilde estado actual por la siniestra agencia del sexo justo, Chris podría haber aceptado condicionalmente el tema. Hannah, agitando con desprecio un destrozado abanico de hojas de palma, se quedaba en silencio; pero en una ocasión, Janet le quitó el aliento al barbero al observar de repente:

"Parece que nunca piensa en las mujeres cuyas vidas están arruinadas por los hombres, Sr. Auermann".

Era inaudito, esta invasión del argumento del hombre por una mujer, y por una mujer joven además. La miró a través de sus gafas, se las quitó, las limpió, las recolocó y la miró de nuevo. No le gustaba Janet; era capaz de lo que podría llamarse un silencio verbal, y él nunca había sido completamente

inconsciente de su desaprobación y ridículo. Tal vez reconoció en ella, instintivamente, las cualidades potenciales de esa mujer moderna emergente que para él era un anatema.

"Es algo en lo que no pienso", dijo.

Era un hombrecillo marchito con ojos azules de loza, y se sentaba habitualmente encorvado con las manos cruzadas sobre las espinillas.

"El hombre huye ante Helena", como cita Darwin. Hacia todos los residentes masculinos de la calle Fillmore, salvo uno, la actitud del barbero fue de desprecio por la incapacidad de reconocer la perfidia femenina. A Johnny Tiernan se negó a ponerlo en la lista. Cuando el popular propietario de la tienda de hojalata se paseaba por la acera con la nariz levantada, saludando cordialmente a los diversos grupos en los escalones, la expresión de Chris Auermann cambiaba repentinamente a una de picardía fatua.

"¿Qué es esto que escucho sobre dar el voto a las chicas, Chris?" preguntaba inocentemente, guiñándole un ojo a Janet, pasando invariablemente su mano por el pelo rojo que retorcía su tirabuzón tan pronto como lo soltaba. Y Chris respondería invariablemente:

"¿Usted tiene la caspa, sí? Ven a mi tienda, te doy algunas cosas... "

A veces, el barbero, en busca de un adversario más agresivo que Edward, hacía visitas, cuando no fuera probable que otro vecino con convicciones profundas y un antojo de prosélitos se abalanzara sobre los indefensos Bumpuses: Joe Shivers, por ejemplo, que vivía en una de las dependencias sobre el establecimiento de limpieza y teñido de Pappas Bros., conocidas como "The Gentleman". Durante el día, Shivers era un modelo de aquiescencia en un sistema que él habría designado como uno de feudalismo industrial; su deber era examinar los rollos de tela que provenían de los telares de la manufactura de Arundel, en caso de que por las imperfecciones se los entregaran a las mujeres de reparación: por la noche, si tomamos prestada una expresión vívida de Lise, se diría que estaba "loco en el campanario". Sobre el tema del socialismo. A diferencia del barbero, a quien no podía soportar, para él, la división del mundo era entre el trabajo y el capital en lugar del hombre y la mujer. Su filosofía era severa y naturalista; el universo, el origen del cual no discutía, era simplemente un conjunto accidental de fuerzas caprichosas sobre las cuales la inteligencia humana iba a triunfar algún día. En cuclillas en el escalón más bajo, con el rostro vuelto hacia arriba, a la luz del arco que

brillaba por encima de la calle, parecía una rana amarilla, con los ojos ansiosos dirigidos hacia Janet, a quien sospechaba con inteligencia.

“Si hubiera un Dios, un Dios agradable, amable y todopoderoso, ¿permitiría lo que sucedió en una de las habitaciones del telar la semana pasada? ¡Una niña Polak se enredó el cabello en el rodillo!” Tenía un discurso maravillosamente realista cuando se trataba de horrores: Janet sintió que su cabello se arrancaba por las raíces. Aunque nunca fue a la iglesia, no le gustaba pensar que no existía Dios. En esto el señor Shivers era muy positivo. Edward, también, escuchó con inquietud, encerrado y esposado, haciendo intentos ineficaces de combatir el socialismo de Shivers con un individualismo nativo profundamente arraigado que Shivers declaró tan difunto como el cristianismo.

“Si es posible que el trabajador se levante bajo un sistema capitalista, ¿por qué no te levantas, entonces?”

“¿Por qué no me levanto? Soy tan bueno como Ditmar, tengo mejor educación, pero todos somos esclavos. ¿Qué derecho tiene un hombre de que tú y yo trabajemos para él solo porque él tiene capital?”

"Por el derecho del capital", contestaba Edward.

El Sr. Shivers, a la manera de quien trata con un romanticismo y sentimentalismo incurable, levantaría las manos con desesperación. Y a pesar del hecho de que Janet lo detestaba, a veces él ejercía sobre ella una fascinación paradójica, sugiriendo que había reinos intelectuales inexplorados. Ella despreciaba a su padre por no ser capaz de aplastar al hombrecito. Edward haría intentos patéticos de capturar el papel del que Shivers se había apropiado, para ser el propio partido práctico, para condenar a Shivers de idealismo. El socialismo lo escandalizaba e indignaba, incluso más que el ateísmo, y estaba muy molesto porque no podía expresar adecuadamente este sentimiento.

"No puedes cambiar la naturaleza humana, Sr. Shivers", insistiría Edward en su manera precisa pero ineficaz. "Todos queremos propiedades, usted aceptaría una fortuna si se la ofrecieran, y yo también. Los estadounidenses nunca serán socialistas".

"Pero mírame, ¿no nací en Meriden, Connecticut? ¿No es eso lo suficientemente yanqui para ti?”. Así, el Sr. Shivers trató de confundirlo.

¡Una sombra de yanquis de padres peregrinos, de siete generaciones de Bumpuses! Un yanqui que usaba sus manos de esa manera, un yanqui con una nariz así, ¡un yanqui con una franja calva en medio de su corona y racimos de pelo negro y apolillado a ambos lados! Pero Edward, demasiado educado para descender a las personalidades, permanecía en silencio...

En resumen, esta misma cortesía de Edward, que sus antepasados habrían despreciado, esta consideración y falta de autoafirmación lo convirtieron en la presa favorita de los muchos "personajes" de la calle Fillmore cuya cordura había sido perturbada, en cuyos sistemas habían alojado los gérmenes de esas doctrinas sociales exóticas que flotaban tan libremente en el aire de nuestras comunidades industriales modernas...

Chester Glenn merece una mención pasajera. Un yanqui de yankees, nacido en una granja de New Hampshire, trabaja en la sucursal del ferrocarril de Wigmore, es solo un guardarenos, amable, de rostro redondo, que mastica tabaco y que tomaría asiento junto a las damas de su conocido. El trato era agradable hasta que llegaba el momento de levantarse y gritar, de la manera aprobada por su profesión, el nombre de la siguiente estación. La calle Fillmore sabía que la gorra con visera plana que su corporación lo obligaba a usar cubría un cerebro en el que había penetrado el gusano del impuesto único. Cuando se encontraba con el Sr. Shivers o Auermann, la conversación se volvía coruscante.

Eda Rawle, la única amiga de Janet de estos días, debe mencionarse también, aunque la amistad fue simplemente un episodio en la vida de Janet. Su primer encuentro fue en el mostrador de comida rápida de Grady en la calle Faber, que ambas frecuentaban al mismo tiempo, y el hecho de que cada una había pedido un sándwich de jamón, una taza de café y una confitura nueva en Grady, conocida como Napoleón, las había animado a conversar.

Eda, por supuesto, fue la agresora; estaba irresistiblemente atraída y no fue rechazada. Estenógrafa en el Banco Nacional Wessex, vivía con una familia galesa en Spruce Street; era parecida a lo que pensaba Janet de un caballo, y poseía, de hecho, muchas de las nobles cualidades de ese animal. Podría haberse pensado que era la última persona en el mundo en discernir y apreciar en Janet los elementos ocultos de un fuego misterioso. En apariencia, la señorita Rawle era de un tipo que no era infrecuente en las tierras anglosajonas, sorprendentemente rubia, con altos pómulos, pestañas blancas y ojos de un azul metálico, con una increíble elasticidad que funcionaba

mientras hablaba o sonreía, dibujando labios inadecuados, revelando dientes largos y blancos y encías vívidas. Había un ansia en ella por el romance que Janet había mitigado; Eda era un contenido de amor por derramar, que exige poco. Era capaz de inmolarse. Janet no era para nada ingrata hacia la calidez de tal afecto, aunque en momentos conscientes le producía cierta perplejidad y tristeza porque ella solo era capaz de devolver un retorno muy magro a la abundancia de la ofrenda.

En otros momentos, cuando el mundo parecía todo desorden y caos, como lo describió el Sr. Shivers, o cuando sentía en su interior, como demonios, esos anhelos y deseos inexpresables saltando y esforzándose, tirando de ella, casi de forma irresistible, no sabía dónde, Eda brilló como una luz en la oscuridad, como el faro de un refugio. Eda tuvo fe en ella, incluso cuando Janet perdió la fe en sí misma, fue a Eda con el mismo espíritu que Margueritte fue a la iglesia; a pesar de que ella, Janet, se parecía más a Fausto, y se salvó en estas horas de vitalidad reducida del tipo que se avecina... Sin poder confesar la necesidad que la impulsaba, llegó a la pequeña habitación de Eda para ser llevada a sus brazos. Janet era inmensamente la más fuerte de las dos, pero Eda poseía el rasgo masculino de protección, el universo nunca la molestó, era una de esas personas llamadas afortunadas a quienes las virtudes cristianas ortodoxas son tan naturales como el sol o el aire. La pasión, cuando era santificada por el matrimonio, era su ideal, y ahora siempre lo había soñado con Janet, habiéndolo leído en volúmenes que su amiga no tocaría, y no habiendo nunca experimentado profundamente sus incomodidades. Santificada o no, Janet la miró con terror, y cada vez que Eda abordaba inocentemente el tema, retrocedía. Una vez Eda exclamó:

"Cuando te enamores, Janet, ¡tienes que contármelo todo, cada palabra!"

Janet se sonrojó y se quedó en silencio. En la mente de Eda, tal asunto era una especie de fuegos artificiales glorificados que terminaban con un grupo de estrellas que volvían el mundo rojo, en la erupción volcánica de Janet. Tal era la diferencia entre ellas.

Sus disipaciones juntas consistían en "helados" en una farmacia, o, a veces, en películas en el Star o la Alhambra. Estereotipado en el rostro de Eda durante los pasajes legítimamente tiernos de estos dramas había una expresión de arrebato, una sonrisa peculiarmente apasionada con una línea vertical en sus mejillas, con su insuficiencia de labios y la preponderancia de dientes blancos y encías rojas. A Janet la irritaba, casi la enfurecía, cosa que le

parecía el reflejo lógico de lo que pasaba en la pantalla; apartó la mirada de ambas, mirando fijamente su regazo, llena de vergüenza de que la relación entre los sexos fuera expuesta a la mirada pública, parodiada, sentimentalizada, degradada... Sin embargo, contenían maravillas que la conmovían, paisajes extraños, ciudades, mares y barcos, una vez fue un incendio en el bosque de una reserva occidental con gigantescas lenguas de llamas naranjas saltando de árbol en árbol. Las películas trajeron el mundo a Hampton, el gran mundo del que ella anhelaba disfrutar. Aldeas remotas en las montañas del Japón, minaretes y muecines de Oriente, pirámides de Egipto, cúpulas de Moscú que parecen remolachas doradas al revés; las casas grises del parlamento junto al Támesis, la Torre de Londres, los Palacios de Potsdam, el Taj Mahal ¡Tierras extrañas en verdad, y pueblos más extraños! ¡Rusos vestidos con blusas, salvajes ecuatoriales desnudos tatuados y maravillosamente adornados, soldados y marineros, presidentes, príncipes y emperadores que se encuentran en una proximidad tan asombrosa que uno podría fácilmente imaginarse intercambiando con ellos la hora del día! Siendo increíble para Janet cómo las audiencias, cómo incluso Eda aceptaban todo con complacencia estadounidense. El anhelo de ver más, de saber más, se agudizó, como un dolor, pero incluso mientras trataba de devorar estas escenas, de beber en cada detalle, con una rapidez seductora, desaparecían. Eran mirillas en los muros de su prisión; y por la noche a menudo le encantaba dormir con visiones recordadas de amplias terrazas vacías y sombreadas de árboles reservadas para los reyes.

Pero Eda, por complaciente que fuera su interés en las escenas en sí, estaba emocionada hasta la médula por su efecto en Janet, que era su médium. Al salir del vestíbulo del teatro, Janet parecía no ver la calle fangosa, sus ojos brillaban con una luz plateada como la de un lago de montaña en un atardecer tormentoso. Caminaron en silencio hasta que Janet exclamó:

"Oh Eda, ¿no te encantaría viajar?"

Así, Eda Rawle se puso en contacto con valores que ella misma era incapaz de detectar, y que no se convirtieron en valores hasta que pasaron por Janet. Un carrete "educativo" que habían visto había comenzado con escenas en un campamento maderero en lo alto de las montañas de Galicia, donde crecen los bosques del pino invaluable que se convierte, después de años de secado y condimento, en la caja de resonancia del Stradivarius y del arpa. Incluso entonces debe responder a un instrumentista. Eda, aunque no pudo aplicar este poético paralelo, cuando estaba sola en su pequeña habitación en la

pensión de Gales, a menudo se entregaba a un éxtasis de especulación sobre ese hombre, escondido en las nieblas del futuro, cuyo destino sería despertarla. Hampton no lo hacía, de esto estaba segura; y en sus esfuerzos por visualizarlo, recurrió a las películas, buscándolo entre esa brillante compañía de personajes que se levantaban tan altaneramente o caminaban con indiferencia en el brillo efímero de la pantalla.

En virtud de estas maravillas de las películas, Hampton, el feo y sórdido Hampton en realidad comenzó para Janet a tomar un tinte romántico. ¿Acaso los más extraños pueblos de la tierra no acudían en masa a Hampton? Los vio llegar a la estación, directamente de la isla Ellis, desconcertada, etiquetados como animales estúpidos, las mujeres envueltas en los colores suaves y exóticos que muchos de ellos cambiaban ahora por la ropa barata y llamativa de la calle Faber. Intentó recordar en su mente los destellos que había tenido de las maravillosas tierras de las que habían venido, para imaginar sus vidas en ese entorno anterior. A veces vagaba, sola o con Eda, por los distintos lugares de la ciudad. Cada barrio tenía su propio sabor, un sabor sintético que no pertenecía ni a lo antiguo ni a lo nuevo, pero que participaba de ambos: una diferencia en la atmósfera a la que Janet era sumamente sensible. En el barrio alemán, al norte, si la expresión puede permitirse: las viviendas eran limpias y no estaban demasiado llenas, el pergamino en sus porches superpuestos, como el que decoraba Turnverein y la Iglesia Luterana, era elocuente de una herencia teutónica; los belgas estaban al oeste, más allá del campo de beisbol y los garajes de autos, sus casas grises se dispersaban por nuevas calles al lado de la cara cicatrizada y ceñuda de la colina Torrey. Casi debajo de la colina, que amenazaba con arrollarlo, y frente a una calle embarrada y sin fondo, estaba el pequeño y pintoresco edificio que daba una nota de ahorro extranjero, de socialismo y astucia, de alegría de vivir en el asentamiento, la Cooperativa del asentamiento franco-belga con su sala de reunión arriba y un escenario para representaciones teatrales de aficionados. De pie en el lodo exterior, Janet miraba a través de las pequeñas ventanas de la pared de estuco a las cestas preparadas para cada hogar tendidas en filas ordenadas al lado del mostrador; al anciano con los ojos azules y llorosos y el color rojo en sus mejillas marchitas que no hablaba inglés, cuyo deber era distribuir las canastas a las mujeres y los niños cuando lo llamaban.

Girando de nuevo hacia el este, se dirigió a la calle Dey, en el corazón de Hampton, donde el Hibernian Hall se encontraba solo y sombrío, único testimonio de las difuntas glorias hibernianas de un distrito donde los actuales gobernantes irlandeses de la ciudad habían vivido, cotilleado y combatido los

días en que las campanas del telar habían despertado a los cuidadores de la pensión a las cuatro y media en las mañanas de invierno. Junto a la sala había un bote en la esquina, lleno de colinas de cenizas y basura como los vómitos de un volcán sucio; la inseguridad de la cual estaba medio oculta por enormes carteles que anunciaban los méritos de las gomas de mascar, los tabacos y los cereales. Pero, ¿por qué la partida de los irlandeses y la llegada de los sirios hizo que Dey Street fuera oscura, estrecha, misteriosa, oriental? ¿Cambió el aspecto mismo de su arquitectura? ¿Fueron las casas de café? Una de ellas, frente a la cual a Janet le gustaba detenerse, fue colocada extrañamente en una vieja casa de campo de Nueva Inglaterra, y tenía, al parecer, profundidades insondables. En verano, todo el frente estaba abierto a la calle, y aquí, durante todo el día, junto a la mesa donde procedían a secar cuadrados de carbón, se podían ver armenios de color azafrán absorbidos en un juego turco jugado en un tablero de backgammon y la dulzura de los merodeadores que observan en extraño contraste con sus perfiles de halcón y ojos ardientes. Detrás de este grupo, en la penumbra del medio interior, se puede distinguir una fuente de agua de soda estadounidense de una forma pasada de moda, en su mostrador de mármol, botellas de formas extrañas que contienen jarabes rosas y violeta; había una estufa en forma de botella, y en las paredes, en marcos dorados, cuadros que evidentemente databan de la época en el arte estadounidense que floreció cuando Franklin Pierce era presidente; y había una gran variedad de mesas de mármol que se extendían hasta las sombras. Detrás de la fuente había una especie de alacena que sugería el Arabian Nights, de la cual, ocasionalmente, surgía el gordo propietario con café turco o largas pipas turcas.

Cuando no estaba ocupado el propietario llevaba un bebé. La calle estaba llena de bebés, y las madres los cuidaban en las puertas. Y en esta calle abarrotada y prolífica, uno apenas podía moverse sin pisar a un niño gordo con ojos de almendra, aunque algunos, de hecho, eran redondos; trajeron todo tipo de artilugios extraños, padres con bigotes negros y narices de águila que, para su desesperación, los superintendentes del telar, habían decidido en la mañana que los salarios de tres días servirían para mantener a sus familias durante la semana... En medio de la multitud se puede ver ocasionalmente la figura robusta y cómoda y no tan inmaculada de un sacerdote sirio con barba, con una levita y un sombrero "Derby" de tapa cuadrada, navegando serenamente, sin prestar atención a los niños que dispersa fuera de su camino.

Cerca se encontraba el barrio de los franceses canadienses, que ahora apenas serían llamados extranjeros, aunque todavía recuerdan un poco a las pequeñas

ciudades en el desierto norteño. En una esquina había casi invariablemente una "Pharmacie Francaise"; las señales estaban en francés, y los ancianos hablaban el *patois*. Estos, a pesar de la palidez de la fábrica, conservaban en sus caras y en sus ojos, una sugerencia del aspecto exterior de sus antepasados, los *coureurs des bois*, pero los niños y los jóvenes hablaban inglés. Mientras juegan al béisbol en la calle o en la esquina se pueden escuchar muchos gritos burlones, tan familiares en las ciudades de los telares: "Doff, tú mendigas, ¡eliminado!"

De vez en cuando, las dos chicas se perdían en esa amplia vía que los italianos se habían apropiado, no muy lejos del canal, conocida por el clásico nombre de Hawthorne. Esta calle, también, a pesar de los postes telegráficos que mostraban los brazos frente a sus ventanas, a pesar de que el carro se deslizaba por su parte media, había adquirido un carácter, una unidad propia, una calidez y una imagen tan pintoresca que en la luz persistente de las tardes de verano adquirió un significado indefinible. No era Italia, sino algo, algo proclamado en las líneas recargadas de los balcones con columnas del edificio amarillo en el segundo bloque, en la entrada abovedada de piedra de la casa baja de al lado, en paredes de colores fantásticos, en ventanas con cortinas, de las cuales se alzaban mujeres con aretes y pendientes. Bloqueando el final de la calle, en severo contraste, estaba el enorme Clarendon Mill, con sus siniestros pilares de ladrillo subiendo seis plantas entre vidrios. Aquí también las aceras llenas de niños, grandes cabezas, con grandes ojos brillantes, mudos, atractivos. A diferencia de los niños estadounidenses, nunca parecían estar jugando. Entre los grupos de ancianos reunidos en busca de chismes estaban los piratas calabreses con ropas sombrías, descendientes de antepasados griegos, que una vez fueron los terrores del mar Adriático. Las mujeres, se quedaban en las puertas, rodeadas por más niños regordetes que estaban en su mayor parte en sus brazos; pero de vez en cuando la mirada de Janet era cogida y sostenida por una extraña, aguda belleza digna de una aparición.

Frente a Clarendon Mill, en la esquina de East Street, había una tienda de provisiones con puestos de frutas y verduras que invadían el pavimento. La mirada de Janet se sintió atraída por una caja de aceitunas.

"Oh Eda", gritó ella, "¿recuerdas que las vimos seleccionar en las películas? ¿Todos esos viejos árboles en la ladera de una colina?

"Porque es así", dijo Eda. "Nunca hubieras pensado que algo crecería en esos árboles".

El joven italiano que mantenía la tienda les dedicó una sonrisa amistosa.

"¿Os gustan las aceitunas?", preguntó, poniendo un poco de la fruta negra brillante en sus manos. Eda mordió a uno con sus dientes largos y blancos, y se rió.

“¡Saben raro!” Exclamó ella.

"Bien, muy bien", afirmó con gravedad, y fue a Janet a quien se volvió, como si reconociera una discriminación que no se encontraba en su compañera. Ella asintió afirmativamente. El sabor extraño del fruto realzó su sentido de la aventura, ella trató de imaginarse entre los recolectores en el bosque; miró al joven para darse cuenta de que era alto y bien formado, con ojos notablemente expresivos casi del color de las aceitunas. Le sorprendió que a él le gustara, aunque fuera italiano y extranjero: una cierta dignidad de la voz en él la atraía a una cualidad de la que carecían muchos de sus propios compatriotas.

Y quería hablar con él sobre Italia, solo que no sabía cómo empezar, cuando apareció un cliente, una mujer italiana que conversaba con él en tonos suaves y líquidos que la conmovieron...

A veces, en estas caminatas, especialmente si el día era gris y sombrío, la sensación de romance y aventura de Janet se intensificaba, se volvió más conmovedora y acusada de presagio. Estos sentimientos, vagos e irresponsables, no podía confiarlos a Eda, pero el miedo que inspiraban era fascinante; ¡Un miedo y una esperanza de que algún día, en toda esta Babel de pueblos, suceda algo! Era como si el alma conflictiva de la ciudad y su propia alma fueran una.

CAPÍTULO III

Lise fue el único miembro de la familia Bumpus que no encontró desagradables las distracciones y las compañías que ofrecía la civilización que los rodeaba. Bagatelle, a la que ella despreciaba, era esclavitud pero esclavitud de la que ella podría ser liberada cualquier día, como Leila Hawtrey, por un príncipe encantador que hubiera tenido éxito en la vida. El éxito para Lise significaba dinero. A pesar de que algunos sociólogos sentimentales podrían decir que era una víctima de nuestra civilización, Lise no la habría cambiado, ya que no solo la había producido a ella, sino también a aquellos fabulosos financieros con yates a motor y casas de campo sobre los que leía en los complementos de los periódicos dominicales. Contenía su purgatorio, que consideraba convencionalmente un mero lugar temporal de detención, y también el cielo hacia el que se esforzaba, la morada de la luz. En resumen, su filosofía era la de la moderna chica estadounidense, teñida por una tradición de escuela dominical algo comercializada, y altamente aprobada por los censores de las películas. El tipo peculiar de abstinencia, una vez eufemísticamente conocido como "virtud”, particularmente si se combinaba con la belleza, nunca falllaba como recompensa. Lise, en este sentido, era realmente virtuosa, y su espejo le decía que era hermosa. Casi cualquier cosa podría sucederle a una chica así: cualquier día podría ser llevada al cielo en ese moderno carro de fuego, el automóvil, conducido por un chofer celestial.

La carne de un hombre es el veneno de otro, Lise absorbió de las películas un elemento el cual su hermana Janet rechazaba. Una producción popular conocida como "Leila of Hawtrey's" simbolizaba su credo, Hawtrey es un brillante restaurante metropolitano donde los hombres de mundo suelen reunirse y hablar sobre el mercado de valores, y Leila, una camarera huérfana, bella, rubia y sobre la que varios de los habituales habían ejercido sus poderes de seducción en vano. La esperaron en la entrada lateral, la siguieron, mientras que una persona disipada y desesperada, se casó y dijo que se moviera en los círculos más exclusivos, le envió una oferta de ingresos anuales en cinco cifras, reproduciéndose la nota en La pantalla, y Leila imaginó que la había leído en su frígida habitación del vestíbulo. Hay complicaciones; está endeudada, y el propietario de Hawtrey ha amenazado con despedirla y para

que la magnitud de la tentación se realice de manera más efectiva, aparece la visión de la propia Leila, envuelta en pieles, saliendo de una limusina y subiendo a un ascensor, la lleva a un apartamento con cortinas de seda, una cama Canet, una criada francesa y un perrito pomerania. La virtud se tambalea, pero triunfa, al ser reforzada por dos visiones más, la primera de esos planos retrata a Leila, prematuramente vieja, arrastrándose por las aceras bajo las luces metálicas de Broadway acercándose a caballeros en traje de noche; y el segundo la revela arrodillada junto a la cama de una madre moribunda, prometiéndole que permanecerá fiel a las enseñanzas cristianas de su infancia.

Y la virtud es recompensada, abundantemente, como debería ser, en dólares y centavos, en acciones y bonos, en perlas y diamantes. La fantasía popular es amable con los rudos pero honestos occidentales que han comenzado su vida con camisas de franela, que han encontrado oro y han venido a Nueva York con una fortuna, pero despreciando la eficacia, bronceados por el sol de la montaña, avergonzados por la ropa de los sastres de la Quinta Avenida, toman una mesa una noche en Hawtrey y, por supuesto, se enamoran desesperadamente. Se refiere al matrimonio desde el principio, y su fe en Leila es lo suficientemente grande como para sobrevivir a lo que parece ser un eclipse casi total de su virtud. A través de las maquinaciones de la villana influyente, y atraída por la falsa pretensión de que una de sus amigas, es atraída a una casa misteriosa de una elegancia siniestra, y aparentemente irremediablemente comprometida. El occidental la sigue, se abre camino a través de los portales, compromete al villano y lo vence. Leila se convierte en una novia. La vemos, al final, dueña de una de esas magníficas mansiones de piedra con vestíbulos y mayordomos negros en cuyos sagrados recintos en los que ocasionalmente estamos en la película, recordamos algo lejano del restaurante Hawtrey. Un largo camino, también, desde Bagatelle y Fillmore Street, pero para Lise no es imposible ni improbable.

Esta obra de arte, que transmite la moral de que la virtud es un activo económico, causó una gran impresión en Lise. La buena doctrina del Antiguo Testamento, expuesta en el propio Libro de Job. Y Leila, representada como si esperara un precio más alto y lo obtuviera, alentó a Lise a que también lo buscara. El Sr. Wiley, en cuya compañía había visto esta obra, y cuya imagen llenaba el marco lujoso y plateado de su aparador, seguía siendo irónico que ignorara el hecho de que había pagado su dinero para conseguir una ambición definitiva, un ideal. Nebuloso en la mente de la dama a quien adoraba. Lise tampoco lo iluminó, siendo dotado de una cierta inescrutabilidad. De hecho, nunca había tenido la intención de aceptarlo, pero ahora que podía visualizar

concretamente su esperanza de futuro, la falta de calificaciones de Whey se hizo más evidente. En primer lugar, había nacido en Lowell y nunca había estado al oeste de Worcester; en el segundo, su sueldo era de dieciséis dólares a la semana: es cierto que una vez le había imaginado con el estilo de corte de pelo de un terrier escocés que terminaba abruptamente en la línea redondeada del cuello afeitado, pero muy recortado. El señor Wiley, muy recortado, se habría parecido a un convicto.

El señor Wiley estaba enamorado, no podía haber ninguna duda al respecto, y si no siempre había pronunciado la palabra matrimonio, ahora la decía en serio, al haber alcanzado un estado en el que ninguna locura parece absurda. Su reunión había tenido el toque aventurero y romántico que a Lise le gustaba, una de sus diversiones favoritas en los intervalos entre "pretendientes" era caminar por la calle Faber después de la cena, brazo a brazo con otras dos o tres señoritas, todas masticando chicle, mirando hacia los escaparates de las tiendas y girando de nuevo, fingiendo la máxima indiferencia ante las miradas de pasión que se dirigían en su dirección. Un deporte apasionante, aunque incomprensible para la inteligencia masculina. Fue un principio para Lise el no prestar atención a ningún joven que no fuera "presentado", aquellos que se aventuraron a acercarse a ella con la fórmula "¿No nos conocemos?", se congelaban al instante. Ella era estricta en cuanto a la etiqueta. Pero el Sr. Wiley, al parecer, podría estar en contacto con la señorita Schuler, una de las damas a cuyo brazo estaba vinculada Lise, y tenía la ventaja adicional de aparecer en un gran y seductor automóvil, pintado de verde, con un águila en posición vertical. Su nombre, Wizard, en el capó con una escritura redondeada y en negrita, escrita en níquel. Saludó efusivamente a la señorita Schuler, pero su ojo se fijaba en Lise desde el principio, y fue a ella a quien llevó él en el asiento delantero, indiferente a las risitas detrás. Desde entonces, Lise tenía un motor a su disposición y los domingos disfrutaban de largas "alegrías" más allá de las fronteras del estado. Pero no debe imaginarse que el Sr. Wiley era el propietario del vehículo; no tenía chofer, su orgullo americano no le habría permitido acompañarse de un chófer: él era el representante de la magia, algo así como un mago, como Lise tuvo que admitir cuando pasaron por el asfalto del Riverside Boulevard a cincuenta o sesenta millas por hora cortando por un desvío favorito de Mr. Wiley's, acompañados por un ruido como el de una ametralladora en acción. Lise, experimentando un terror deslumbrante, se aferró a su sombrero con una mano y al Sr. Wiley con la otra, su código lo permitía; permitiéndole también, ocasionalmente, cuando se encontraban en partes tenebrosas del parque Riverside de Slattery, poner su brazo alrededor de su cintura y besarla. Eso permitía la virtud de Lise, y no

más, el resultado fue que vivió en un estado tentador de esperanza y excitación muy perjudicial para los nervios.

Sin embargo, nunca perdió en público, al menos, o ante su familia, el aire alegre y despreocupado, del free-lance para quien setenta millas por hora no le producen terror; el automóvil, aparentemente, como el barco, pone un sello en sus partidarios. Ningún bucanero isabelino que se abalanzase sobre costas indefensas nunca superó en audacia a la invasión de la tranquila calle Fillmore por parte del Sr. Wiley. Se detenía con un grito de frenos al frente de la casa de color amarillo arcilla y, a veces, el silenciador, como incapaz de reprimir su aprobación de la actuación, dejaría escapar un pop tardío que nunca dejó de calar en el ser más interior de Auermann, que había sido disparado, o más bien pasado por un disparo de un italiano, y sabía lo que era. Odiaba los automóviles, odiaba al Sr. Wiley."

¿Qué haces?", Exigiría, fulminándolo.

Y el señor Wiley se reiría insolentemente.

"Crees que lo hice adrede, ¿verdad, Dutchie?"

Pasaba por el lugar, subía las escaleras y entraba en el comedor de Bumpus, a menudo antes de que la familia terminara su cena. Solo Lise le daba la bienvenida, aunque con recelo; pero el Sr. Wiley, no teniendo sensibilidad, era una prueba contra la frialdad de Hannah y la hostilidad de Janet. Con un instinto infalible, señaló a Edward como su víctima.

"¿Cómo está el señor Bumpus esta noche?", Preguntaría genialmente.

Edward invariablemente le aseguró al Sr. Wiley que estaba bien, invariablemente tomaba un café para enfatizar el hecho, como si el hecho de levantar su taza tuviera algo de magia para evitar el desprecio de su esposa y su hija mayor.

"Bueno, tengo claro que el Arundel correrá por las noches, a partir de la próxima semana", continuaría el pretendiente de Lise.

Y para salvar su alma, Edward no podía abstenerse de responder: "¡No lo digas!" Fingió interés en la información de que el Hampton Ball Team, debido a una temporada insatisfactoria, iba a cambiar de gerente el próximo año. El Sr. Wiley poseía el don de recopilar noticias recónditas, tenía confianza en sus temas y en su manera de tratarlos; y Edward, fingiendo estar entretenido, llegó tan lejos en su cortesía como para preguntarle al señor Wiley si había cenado.

"No me importaría probar una de las rosquillas de Miss Bumpus", respondería cortésmente el Sr. Wiley, extendiendo una mano grande que evidenciaba, a pesar del jabón, su intimidad con salpicaduras de cuencos

grasientos y bandejas. "Supongo que no hay nadie en este burgo que pueda hacer rosquillas mejores que las suyas, señora Bumpus".

Si ella hubiera sabido qué rosquilla cogería; Hannah a veces pensaba que podría haber sido capaz de poner arsénico en ella. Su silencio helado no le quitaba los placeres de su gestación.

De vez en cuando, para la alarma de Edward, Hannah preguntaba: "¿A dónde llevas a Lise esta noche?"

La sabiduría del Sr. Wiley lo llevaba a ser vago.

“Oh, solo a un pequeño paseo por el bulevar. Tal vez recogeremos a Ella Schuler y a una o dos señoritas más".

Hannah y Janet sabían muy bien que él no tenía intención de hacer esto, y Hannah no intentó ocultar su incredulidad. De hecho, Lise a veces insistía en una "fiesta".

"Quiero que la traigas de vuelta a las diez en punto. Eso es lo suficientemente tarde para salir para una chica que trabaja. Ya es lo suficientemente tarde para cualquier chica.

"Claro, señora "Bumpus", Wiley respondía fácilmente.

Hannah se irritaba porque no tenía poder para hacer cumplir eso, porque el Sr. Wiley y Lise entendían que no tenía poder. Lise fue a ponerse su sombrero; si ella se escabullía en la toilette por la mañana, lo compensaba por la tarde cuando regresaba a casa de la tienda, y a menudo llegaba tarde a la cena. Mientras tanto, mientras Lise estaba en el dormitorio agregando estos últimos toques, Edward continuaba la conversación de forma despreciable, hojeando el *Evening Banner* mientras lo sostenía en su regazo, mientras que el Sr. Wiley se atrevía a tomar otra rosquilla, mientras Janet observaba sus elaboradas precauciones para no derramar ninguna de las migajas en un traje marrón, que se suponía que era la última creación en atuendo masculino. Solo una semana antes el Sr. Wiley había visto este traje doblado artísticamente, compuesto con una camisa de color, calcetines marrones, y corbata en combinación, detrás de un escaparate en la calle Faber, perteneciente a una firma de sastres "personalizados" cuyas tiendas habían invadido todas las ciudades importantes del país, y que confeccionaban ropa para hombres "universitarios". Debido a ciertos gastos relacionados con Lise, no había podido adquirir la camisa y la corbata, pero había comprado el traje con la esperanza y la creencia de que ella lo encontraría irresistible. También le complacía que se lo tomara por un hombre "universitario", y al contemplar en el espejo sus hombros ensanchados y su cintura disminuida, estaba bastante convencido de que su dinero no se había gastado en vano; esas otras

señoritas más jovenes a las que, a pesar de su enamoramiento por la señorita Bumpus, no le eran del todo indiferentes, lo confundirían con un estudiante de Harvard, una imposición sobre la cual no tenía escrúpulos. Pero Lise, aunque agitada, no había capitulado...

Cuando regresó al comedor, vestida con su propia ropa de gala, recatada, triunfante, y se había llevado al señor Wiley, se produjo un intervalo de silencio roto solo por el repiqueteo de los platos que recogía Hannah.

"Supongo que él es el tipo de yerno que te conviene", le lanzó sobre su hombro una vez a Edward.

"¿Por qué?", Preguntó, bajando su periódico con nerviosismo.

"Bueno, parece que lo favoreces, haciendo las cosas tan agradables para él como puedes".

Edward se enfadaría con una sensación de injusticia, y la inferencia de que él era culpable por el Sr. Wiley; si hubiera sido un padre diferente, estaría cortejando a Lise otro tipo de pretendiente

"Tengo que ser civilizado", protestó. Pronunció la palabra "civilizado" exquisitamente, dando igual valor a todas las sílabas.

"¡Civilizado!" Hannah se burló, mientras salía de la habitación; y a Janet, que la había seguido a la cocina, le dijo: "Ese es el problema con tu padre, él siempre es un poco demasiado cívico". Edward Bumpus es tan simple como un niño, tiene miedo de ofender los sentimientos de la gente... ¡Piensa en ser cortés con ese Wiley!”. Con esas palabras, Hannah anunció elocuentemente su absoluta condena del pretendiente. Sin embargo, era característico de ella cuando regresó por otra carga de platos y percibió que Edward solo estaba fingiendo leer su *Banner*, intentar aliviar los sentimientos de su esposo. Ella pensó que era raro que todavía le tuviera cariño a Edward Bumpus, después de todo lo que él había "echado sobre ella".

"Es Lise", dijo, como si le hablara a Janet, "los atrae". A veces no me acostumbro a que ella sea mi hija. No sé quién vendrá después. Ella no es como ninguno de mis parientes, ni ninguno de los Bumpuses".

"¿Qué puedes hacer?" Preguntó Edward. "No puedes ordenarle que salga de la casa. Es mejor que esté aquí. Y no puedes evitar que Lise salga con él, ella gana su propio dinero..."

Habían hablado sobre la situación anteriormente, y siempre llegaban al mismo punto muerto. En la intimidad de la cocina, Hannah se detuvo repentinamente en su enérgico frotamiento de un plato y con un coraje supremo formuló una pregunta.

"Janet, ¿crees que puede hacerle algo malo?"

"No sé lo que quieres decir", respondió Janet, no dispuesta a dar crédito al Sr. Wiley por nada, "pero sé que Lise es demasiado inteligente para dejar que se aproveche de ella".

Hannah reflexionó. La inteligencia como el sustituto moderno de la virtud femenina no la atraía, pero ella lo dejó pasar. No estaba de humor para pelearse.

"No sé qué hacer con Lise, ella no parece tener ningún principio..."

Si el caso Wiley duró más que los anteriores, se debió a que los antiguos pretendientes no habían tenido automóviles. Cuando el Sr. Wiley perdió su automóvil, perdió su suerte si se le puede llamar así. Una noche de abril, después de un paseo con Eda, Janet llegó a su casa alrededor de las nueve para encontrar a Lise en su habitación, dispuesta a comentar la ausencia de la foto del Sr. Wiley en el marco.

"He terminado con él", declaró Lise brevemente, tirando de su cabello.

—¿Terminado con él? —Repitió Janet.

Lise se detuvo en sus labores y miró a su hermana fijamente. "Le devolví el guante, ¿me entiendes?"

"¿Pero por qué?"

"¿Por qué? Estaba harta de él, ¿no es suficiente? Se golpeó con otro coche en Glendale y le despidieron del trabajo. Siempre le dije que era demasiado calavera. Por suerte yo no estaba en el auto".

"Es una suerte para ti", dijo Janet. En ese momento ella preguntó con curiosidad: "¿Estás apenada?"

"No". Lise negó con la cabeza, que ahora tenía inclinada, con el rostro oculto por el pelo. “¿No te dije que estaba harta de él? Pero es un derrochador", agregó, como si la justicia fuera a proporcionarle lo que se merecía.

Janet se sorprendió por la crueldad de eso, porque Lise parecía aliviada, casi alegre. Le entregó a Janet una caja que contenía cinco cremas de menta, todo lo que quedaba del último regalo del señor Wiley.

Una mañana, a fines de primavera, Janet cruzó el puente de la calle Warren, la parte superior de las dos estructuras en forma de araña que se podían ver desde la ventana de su oficina, cruzando el río junto a la gran presa de Hampton. El día, dedicado a la memoria de los héroes caídos en la Guerra Civil, el treinta de mayo, era una feria oficial. Poco a poco, Janet había adquirido un temor a las vacaciones, como oportunidades nunca realizadas, como intervalos que deberían haberse llenado de alegrías absolutas y, sin embargo, se perdían invariablemente, generalmente en caminatas con Eda Rawle. Hoy, sintiendo

un irresistible anhelo por la libertad, por la belleza, por la aventura, por la búsqueda y el descubrimiento de no sabía qué, evitó a Eda, y después de mirar a la luz del sol bailando en la niebla blanca debajo de las cataratas, siguió caminando, hacia el sur, hasta que ella había dejado atrás las últimas casas desordenadas de la ciudad y se encontraba en un camino ancho, asfaltado que conducía, en última instancia, a Boston.

Grandes arces, llenos de hojas, sobresalían contra el suave azul del cielo, y la luz del sol se derramaba sobre todo, bañando las paredes de piedra, la paja de las granjas, extraía de las copas de pinos atrofiados un perfume picante y revitalizante. A veces se detenía para descansar sobre las agujas de pino y caminaba de nuevo, sin rumbo fijo, siguiendo el camino porque era la forma más fácil. Había flores de primavera en los patios de las granjas, masas de lilas cuya púrpura bebía con impaciencia; el aire, que tenía una pizca de la agudeza de Nueva Inglaterra, estaba lleno de sonidos tiernos, el cloqueo de las gallinas, los fragmentos de los cantos de los pájaros, el susurro de las hojas de arce en la brisa. Una ardilla listada corrió por un olmo y se quedó mirándola fijamente con ojos pequeños, inquisitivos, inmóviles, excepto por su temblorosa cola, y ella extendió su mano, tímidamente, suplicante, como si guardara el secreto de la vida que ella ansiaba. Pero siguió andando.

Miraba a su alrededor sin cesar, al cielo, a los árboles, a las flores y helechos y campos, a los verderones y zorzales, a los petirrojos y los curtidores entrando y saliendo en medio del follaje, y se llenó de un extraño anhelo de expandirse y expandirse hasta que convirtiéndose en parte de toda la naturaleza, fuera absorbida por ella, dejando de ser ella misma. Nunca antes había conocido ese sentimiento, ese grado de éxtasis mezclado con el descontento divino... De vez en cuando, entrometiéndose débilmente en la paz del campo, fue consciente de un zumbido lejano que se hacía más y más fuerte hasta que llegado el momento, pasó rugiendo junto a ella un automóvil lleno de gente ruidosa, dejando atrás una nube de polvo sofocante. Incluso estas intrusiones, con el recuerdo de la ciudad que ella había dejado atrás, eran impotentes para destruir su estado de ánimo, y comenzó a saltar, como una colegiala, deteniéndose de vez en cuando para mirar a su alrededor con miedo, no fuera que la observaran; y le complació pensar que se había escapado para siempre, que nunca volvería: lloró en voz alta, mientras saltaba: "No volveré, no volveré", marcando el tiempo con sus pies hasta que ella estuvo sin aliento y casi intoxicada, delirante, abatiéndose, latiendo su corazón salvajemente, enterrando su cara en un banco de helechos. Realmente se había detenido porque se le había metido un guijarro en el zapato, y cuando lo sacó, se miró el tacón desnudo y comentó con pesar:

"¡No vale la pena comprar esas medias de veinticinco centavos!"

Sin embargo, los problemas económicos eran impotentes para preocuparla hoy, cuando el sol brillaba y el viento soplaba y los helechos, arrastrados por el arroyuelo que corría a través de la alcantarilla bajo el camino, le dieron un delicioso olor a humedad que le recordaba a la floristería donde su hermana Lise había trabajado una vez. Pero finalmente se levantó, y después de una hora o más de andar dejó atrás el paisaje agrícola, las vallas de piedra se reemplazaron por un muro de contención bien cuidado, cubierto por un seto, a través del cual, entre pilares de piedra, un camino de entrada accedía y subía una pendiente sombreada, girando y girando hasta que se perdía de vista. Pero a lo lejos, de pie en la cresta distante, a través de los troncos y el follaje de los árboles, Janet vio un extremo de la mansión a la que conducía, y se aventuró tímidamente pero ansiosamente entre los árboles con la esperanza de satisfacer su recién nacida curiosidad. Por más que lo intentara, no pudo obtener nada más que decepcionantes vislumbres parciales de una casa que, debido al misterio de su entorno, encendía su imaginación, la hizo preguntarse por qué a algunos se les permitía vivir en medio de tal belleza mientras ella estaba condenada a pasar sus días en la calle Fillmore y en la prisión del molino. ¡Ni siquiera se le permitía mirar! El pensamiento era como una nube sobre el sol.

Sin embargo, cuando ella recuperó el camino asfaltado y caminó un poco, la sombra pasó repentinamente, y se quedó sorprendida. La vista de una larga comunión con árboles antiguos en la plenitud de su gloria, los arces densos, los robles robustos, los olmos fuertes y gráciles que proyectaban sombras parpadeantes y de encaje a través del camino la llenaban de satisfacción, con una sensación de paz profundizada por la conciencia, al fondo, de edificios majestuosos y dignos, cada uno en un marco de follaje apropiado. Su conciencia se empapó con la esencia de los detalles de todo esto; naturalmente ignoraba la gran fortuna de Silliston Academy de haberse beneficiado de una o dos excepcionales donaciones durante aquellos años magistrales del siglo XIX en que la arquitectura estadounidense fue afectada por el gótico, la mansarda y el híbrido posterior. Sabía que debía ser Silliston, la sede de la famosa academia de la que había oído hablar.

[Mansarda, llamada a veces tejado francés, designa a la cubierta formada por dos pendientes distintas, la inferior más empinada que la superior. También se denomina mansarda a la ventana dispuesta sobre el tejado de una casa para iluminar y ventilar su desván en la fachada de un edificio]

Los edificios escolares más antiguos y las casas de los instructores, la mayoría de ellas blancas o de color amarillo cremoso, eran de estilo Colonial nativo, con chimeneas altas y elegantes y pilares clásicos y balaustradas delicadas, elocuentes a la vez de la herencia racial de la República y de dignidad y orgullo y de una individualidad pasada. Y el moderno arquitecto, sostuvo gentil e intuitivamente esta nota antigua y la desarrolló. Era un estadounidense, pero un estadounidense ilustrado. El resultado fue la armonía, la vida, el nuevo crecimiento de lo antiguo. Y no le podía rendir más tributo a Janet Bumpus que complacerla, golpearla y enardecerla dentro de sus acordes con una vibración exquisita Por primera vez en su vida adulta, estaba en presencia de la tradición, aunque inconscientemente, la realidad más íntima de su ser, una tradición que milagrosamente no estaba muerta, ya que después de todos los años había comenzado a presentar estos vigorosos brotes...

De lo que Janet se percató principalmente fue de la sensación deliciosa y contenta de haber venido, visualmente al menos, a la casa que ella siempre había anhelado. Pero su humor era el de un niño que se ha extraviado, para encontrar su verdadera morada en una región de belleza hasta ahora inexplorada, teñida, por lo tanto, con irrealidad, con misterio, un efecto realzado por la quietud casual y el vacío del lugar. Deambuló por la zona común, cuyo verde vivo estaba estrellado con dientes de león dorados; y luego, espiando la vista arqueada y sombreada de una calle, entró en ella, concentrada en nuevos descubrimientos. Pasó por delante de uno de los edificios más nuevos, la biblioteca, según se leía en una inscripción tallada en la puerta, sumergiéndose nuevamente en la sombra para emerger en una casa de campo cuadrada, antigua y erosionada, con una gran chimenea cuadrada coronando el centro del dorsal; un hito dejado por uno de los primeros pobladores de Silliston. Presidiendo, abrazando y protegiendo, había un árbol espléndido. Evidentemente, el lugar estaba en proceso de reconstrucción y reparación, el techo había sido cubierto con tejas, se habían colocado nuevos marcos, con paneles anticuados y diminutos en las ventanas; se estaba colocando un pequeño jardín debajo de las ramas del árbol, y entre el camino y el jardín, medio terminado, había una cerca de un diseño original y agradable, que consistía en pilares colocados a intervalos con piquetes verticales en medio, los piquetes aserrados en curvas, formando una línea que caía en el centro. Janet no percibió al trabajador ocupado en la construcción de esta cerca hasta que el sonido de su martillo atrajo su atención. Su espalda estaba doblada, estaba absorto en su tarea.

"¿Hay tiendas cerca de aquí?", preguntó.

Se enderezó. "Puede qué sí", respondió él, "ahora que lo pienso, creo que he visto tiendas, estoy seguro de que sí".

Janet se rió; su expresión, su manera de hablar eran tan deliciosamente caprichosas, tan acordes con el espíritu de su época, y parecía aceptar su repentina aparición con el preciso sentido del humor que ella podría haber deseado. Y, sin embargo, se quedó un poco sorprendida por la timidez, perpleja por las contradicciones que presentaba de juventud y madurez, de astucia, experiencia y franqueza, de gentileza y trabajo manual. Él debería tener cerca de treinta y cinco; estaba sin sombrero, y su pelo, alborotado pero no descompuesto, era gris en las sienes; sus ojos, en los que ella se fijó particularmente, eran agudos pero amables, los iris delicadamente pintados de un azul notable; su discurso era coloquial pero cultivado, la ropa del trabajador desmentía su comportamiento.

"Sí, hay tiendas, en el pueblo", continuó, "pero ¿no es un día festivo, o quizás un domingo o algo por el estilo?"

"Es el día de los caídos", le recordó, con una sorpresa cada vez mayor.

"¡Eso es! Y todos los comerciantes han ido de picnic en sus automóviles, o de lo contrario, están jugando al golf. Nadie trabaja hoy.

“Pero ¿usted no está trabajando?” Preguntó ella.

“¿Trabajando?” Repitió. “Supongo que puede que la gente lo llame trabajo. No lo había pensado de esa manera”.

"Quiere decir que le gusta hacerlo", se inspiró Janet para decir.

"Bueno, sí", confesó. "Supongo que sí".

Sus mejillas se hundieron. Si su asombro había aumentado, su vergüenza había desaparecido, y de repente parecía un viejo conocido. Sin embargo, ahora tenía muchas dudas de que fuera un carpintero.

"¿Estabas pensando en ir de compras?", preguntó, y ante la ridiculez de la idea, ella volvió a reír. Descubrió un gran entusiasmo por este tipo de humor, que era nuevo para su experiencia.

"Sólo a comprar unas galletas, o un sándwich", respondió ella, y se sonrojó.

"Oh", dijo. “Abajo en el pueblo, en la esquina donde se detienen los autos, hay un restaurante. No es tan bueno como el Parker House en Boston, creo, pero sí, tienen bocadillos y café. Al menos lo llaman café.

"Oh, gracias", dijo ella.

"Espera un poco antes de intentarlo", le advirtió.

"Oh, no me importa, no tengo mucha hambre". Y se sintió impulsada a agregar: "Hace un día tan hermoso".

"Es absurdo tener hambre en un día así, absurdo", estuvo de acuerdo.

"Sí, lo es", se rió. "Realmente no tengo hambre, pero solo tengo tiempo de regresar a Hampton para cenar". De repente, ella se enfureció al pensar que él podría sospechar que ella estaba insinuando algo. "Ya ves, vivo en Hampton", continuó apresuradamente, "Soy estenógrafa allí, en Chippering Mill, y salí a dar un paseo, y llegué mucho más lejos de lo que pretendía". Peor.

Pero él dijo: “¡Oh, viniste de Hampton!” Con una entonación de sorpresa, incluso de incredulidad, que la tranquilizó e incluso divirtió mientras no la decepcionaba. No es que la inteligencia que había empezado a sospechar en él hubiera sido sometida a ninguna prueba real por el descubrimiento de su hogar, y estaba bastante segura de que su modesto traje de sarga azul y su blusa pongee de 2,99 dólares la proclamaban como una mujer trabajadora de los telares de la ciudad. "He estado en Hampton", declaró, como si estuviera a cuatro mil millas de distancia en lugar de solo cuatro.

"Yo nunca he estado aquí antes, en Silliston", respondió ella con el mismo espíritu: y agregó con nostalgia: "¡debe ser agradable vivir en un lugar tan hermoso como este!"

"Sí, es bueno", estuvo de acuerdo. "También tenemos nuestros problemas, pero es bueno".

Ella se aventuró un segundo, evaluando su mirada. Su cabeza, que llevaba un poco echada hacia atrás, su voz, fácil y confiada, contradecía la sierra y el martillo, la camisa de franela, abierta en el cuello, el pantalón caqui que todavía llevaba la etiqueta del precio y la curiosidad comenzaban a sacar lo mejor de ella. Se animó a hacer un cumplido a la cerca. “Si uno tiene que trabajar, debe ser un placer trabajar en cosas agradables a la vista”.

"Me alegro de que te guste", dijo con entusiasmo. “Solo esperaba que alguien viniera aquí y la admirara. ¿Entonces de qué color la pintarías?

"¿También eres pintor?"

"Soy una especie de hombre para todos los trabajos. Pensé en pintarla de blanco, con los pilares verdes”.

"Creo que eso quedaría bonito", respondió ella, juiciosamente, después de pensarlo un momento. "¿Qué más puedes hacer?"

Parecía estar reflexionando sobre sus logros.

"Bueno, puedo curar árboles", dijo, señalando con un dedo al magnífico arce, como la deidad guardiana de la antigua granja. "Puse esos parches".

"Son de cemento", exclamó ella. "Nunca he oído hablar de poner cemento en los árboles".

"Parece que no les importa".

"¿Son los agujeros muy profundos?"

"Bastante profundos".

"Entonces debería esperarse que el árbol estuviera muerto".

“Bueno, la vida de un árbol está justo debajo de la corteza. Si puedes mantener intacta la cubierta exterior, el árbol vivirá".

"¿Por qué dejaste que los agujeros se hicieran tan profundos?"

"Acabo de venir aquí. La casa era como el árbol, las tejas estaban todas podridas, pero las vigas eran sólidas. Esas vigas fueron sacadas del bosque hace doscientos cincuenta años.

"¿Y qué edad tiene el árbol?, preguntó Janet"

“Debería tener unos cien. Creo que no me importaría admitirlo”.

"¿Cómo lo sabes?", Preguntó.

"Oh, soy muy íntimo con los árboles. Descubro sus secretos.

"¡Es tu casa!", Exclamó, algo horrorizada por el descubrimiento.

"Sí, sí lo es", respondió él, mirando a su alrededor y luego de una manera indescriptiblemente cómica a su ropa. Su gesto, su expresión implicaba que su error era el más natural.

"Disculpe, pensé…", comenzó, sonrojándose, pero con ganas de reír de nuevo.

"No te culpo, ¿por qué debería?", la interrumpió. “No me he acostumbrado a ella todavía, y hay algo divertido en ser dueño de una casa. Cuando termine el salón, tendré que ponerme un cuello rígido, supongo, para estar a la altura.

Su risa estalló, y trató de imaginárselo con un cuello rígido... Pero ella estaba más perpleja que nunca. Se mantuvo de pie sobre un pie, preparada para la partida.

"Debería irme", dijo, como si le hubiera estado haciendo una visita formal.

"No se apresure", protestó cordialmente. "¿Por qué volver a Hampton?"

"¡Nunca quiero volver!", gritó con una vehemencia que le hizo contemplarla de nuevo, revelando de repente la intensa y apasionada cualidad que tanto había perturbado al Sr. Ditmar. Ella se transformó. "¡Lo odio!" Declaró. "Es tan feo, no quiero volver a verlo nunca más".

"Sí, es feo", confesó. "Ya que lo admites, no me importa decirlo. Pero es interesante, en cierto modo”. Aunque su sentido humorístico la había deleitado, se sintió sutilmente halagada porque él se había vuelto más serio.

"Es interesante", ella estuvo de acuerdo. Casi se sintió obligada a decirle por qué, en sus excursiones a los diversos barrios, había encontrado a Hampton interesante, pero una timidez nacida por la reserva de conocimiento que adivinaba en él la contuvo. Tenía curiosidad por saber qué veía este hombre en Hampton. Su opinión valdría algo. A diferencia de sus vecinos de la calle Fillmore, él no era lo que su hermana Lise llamaría un "loco"; tenía un aire de buena cordura, de libertad, de desapego, aunque la palabra no se le ocurrió; no traicionó ninguna amarga sensación de injusticia, y sus creencias estaban incoloras por la obsesión de una sola panacea. "¿Por qué crees que es interesante?" Preguntó ella.

"Bueno, siempre estoy esperando escuchar que ha explotado. Me recuerda a la nitroglicerina", agregó, sonriendo.

Ella repitió la palabra.

"Un explosivo, sabes que lo ponen en la dinamita. Dicen que un hombre lo hizo por casualidad, cerró su laboratorio y corrió a su casa, y nunca regresó".

"¡Sé lo que quieres decir!", gritó, con los ojos iluminados por la emoción. "¡Todos esos extranjeros! Sentí que algo pasaría, algún día, me asustó, y aun así deseé que algo sucediera. Solo que nunca hubiera pensado en la nitroglicerina".

Ella no era consciente del interés añadido en su consideración. Pero él respondió a la ligera:

"Oh, no solo los extranjeros. Los productos químicos humanos. No puedes jugar con los productos químicos humanos más de lo que puedes jugar con los reales, tienes que saber algo sobre química".

Esta observación estaba más allá de su profundidad.

"¿Quién está jugando con ellos?" Preguntó ella.

"Todos y nadie en particular. Nadie parece saber mucho sobre ellos, sin embargo", respondió, y parecía no estar dispuesto a seguir con el tema. Un petirrojo con un gusano en su pico saltaba sobre la hierba; silbó suavemente, el pájaro se detuvo, ladeando la cabeza y observándolos. De repente, en conflicto con su deseo de permanecer indefinidamente hablando con este extraño hombre, Janet sintió un intenso impulso de irse. Ya no podía soportar más la conversación, podría estallar en llanto, tal fue el efecto extraordinario que él había producido en ella.

"Debo irme, te estoy muy agradecida", dijo.

"Déjate caer otra vez", dijo, mientras tomaba su temblorosa mano... Cuando ella había caminado un poco, miró hacia atrás por encima del hombro para

verlo apoyado ociosamente en el poste, mirándola y agitando su martillo de modo amistoso.

Por un tiempo sus pies volaron, y su corazón latió tumultuosamente, manteniendo el tiempo acompasado con sus pensamientos. Caminó por la zona común, sin ver nada, sin prestar atención a los transeúntes, que la miraron con curiosidad. Pero a medida que se fue calmando, las necesidades de su cuerpo joven y vigoroso se volvieron imperativas, y al darse cuenta de que estaba cansada y hambrienta, buscó y encontró el pequeño restaurante en el pueblo de abajo. Regresó a Hampton pensando en lo que este hombre le había dicho; especulando, casi sin aliento, si había sido impulsada a la conversación por una amabilidad y cortesía naturales, o si realmente había descubierto algo en ella que la hacía digna de ser abordada. El resentimiento ardía en su pecho y repentinamente quedó cegada por las lágrimas: tal vez nunca lo volvería a ver, y si solo fuera "educada" podría conocerlo y convertirse en su amiga. Incluso con este deseo, ella no era convencional, y en los pocos momentos de su contacto, él había desarrollado en lugar de transformar lo que ella quería decir con "educación". Ella no lo consideraba como el apestoso conocimiento de libros y escuelas, sino como la adquisición de la filosofía que evidentemente poseía; esa existencia en términos de comprensión, confianza y libertad con la naturaleza; como tener el mundo abierto como una flor llena de color y vida. Pensó en el petirrojo, en el árbol cuyos secretos había aprendido, en un rango mental que incluía incluso esa mezcla de seres humanos entre los que vivía. Y el hecho de que algo de su significado se le escapara la hizo rebelarse aún más amargamente contra la falta de un mayor conocimiento....

A menudo, durante las semanas que siguieron, permaneció en su mente cuando ella se sentaba en su escritorio y miraba hacia el otro lado del río, y varias veces ese verano comenzó a caminar hacia Silliston. Pero siempre se volvía. Tal vez ella temía romper el encanto de ese recuerdo...

CAPÍTULO IV

Nuestro clima americano es notoriamente caprichoso. A pesar de que Janet llegó a su casa la tarde del Día de los Caídos de su aventura similar a la de la Cenicienta de Silliston, el sol se calentó, el aire perdió su tónica, se volvió húmedo y tibio, nubes blancas con bordes oscuros se amontonaron en el cielo occidental. Los automóviles se arremolinaron sin cesar sobre el asfalto. Valientemente, mientras se esforzaba por aferrarse a su sueño, la realidad implacable estaba arrastrándola hacia atrás en el trabajo, reclamándola; la excitación y el ejercicio físico agotaron su vitalidad, le dolían los pies, la tristeza la invadió cuando vio el contorno irregular de la ciudad que había dejado tan contenta por la mañana. El verano, la época más deprimente en un entorno de casas monótonas y pavimentos grises, estaba al alcance de la mano de las indiferentes amas de casa y sus familias. Buscando refugio en los escalones de la entrada, se dirigió a la calle Fillmore.

Eran las cinco y media cuando llegó. Lise, estaba sentada en una mecedora junto a la ventana que daba a los patios y la parte trasera de las viviendas de Rutger Street. Y Lise, a pesar de la pesadez del aire, estaba soñando. De tan delicada textura era el tejido de los sueños de Janet, que no solo era una realidad sórdida, sino que el contacto con otros sueños de otra naturaleza, como los de su hermana, a menudo era suficiente para disolverlos. Le molestó, por ejemplo, la presencia en el portarretratos oval del Sr. Eustace Arlington; la estrella de cine cuya imagen había reemplazado al Sr. Wiley, y que había interpretado el papel del héroe occidental en "Leila of Hawtrey's". Con sus ojos ardientes y su rostro sensual traicionado por la hinchazón proveniente de la indulgencia excesiva, no era el ideal de Janet de un héroe, occidental o de otro tipo. Y ahora Lise tenía un periódico: no el *Banner*, cuyo provincianismo despreciaba, sino una hoja popular de Boston de un centavo, impresa a las diez de la mañana y etiquetada como "Edición de las Tres", con grandes titulares rojos extendidos a lo largo de la parte superior de la página:

"EL JURADO DECIDE A FAVOR DE LA SEÑORA NEALY".

Cuando Janet entró, Lise levantó la vista y exclamó:

"Oye, esa chica Nealy ha ganado!"

"¿Quién es ella?" preguntó Janet con indiferencia.

"¿Eres del país, no es cierto?", fue la réplica de su hermana. Yo habría apostado que no habría nadie en el estado que no supiera del incumplimiento de promesa en el caso Ferris, y aquí usted pretende después del espectáculo que no sabe quién es Nelly Nealy."

"Esa mujer demandó a un hombre llamado Ferris, ¿es eso?"

“¡Un hombre llamado Ferris!” Repitió Lise, horrorizada por la ignorancia de su hermana. "Supongo que nunca has oído hablar de Ferris tampoco, el hombre del cobre más grande de Boston. Podía comprar Hampton y no darse cuenta, y dicen que su casa en Brighton costó medio millón de dólares. Nelly Nealy caluló sus fortuna en ciento cincuenta y le exigió setenta y cinco. ¡Ojalá hubiera estado en la corte cuando el jurado volvió! Ahí está su foto".

Para Janet, especialmente en el ambiente emocional en el que se encontraba esa noche, la emoción intensa, el partidismo apasionado y la aprobación de Lise por la señorita Nealy eran incomprensibles, repelentes. Sin embargo, tomó el periódico, observando la imagen de la dama que, recientemente una oscura estenógrafa, de repente saltó a la fama y se convirtió en una "estrella de cartel", la envidia de miles de niñas trabajadoras en toda Nueva Inglaterra. La señorita Nealy, a pesar del "resplandor publicitario" que deploraba, había soportado admirablemente la tensión y, evidentemente, había podido consumir tres comidas al día y reflexionar sobre sus disfraces. Su sonrisa bajo el sombrero de la imagen era coqueta, si no audaz. El artículo especial, firmado por una reportera cuyas simpatías no se ocultaban y cuyos talentos se dieron rienda suelta, relató cómo la madre de pelo blanco había llorado lágrimas de alegría; cómo la misma señorita Nealy había estado demasiado emocionada para hablar, y luego se había recuperado lo suficiente como para expresar su gratitud a los doce caballeros que habían reivindicado el honor de la mujer estadounidense. El señor Ferris, reiteró, era un bruto; nunca, mientras viviera, podría olvidar cómo lo había amado y creído en él, y cómo, cuando por fin se convenció, sin querer, de su perfidia, había sido "postrada", incapaz de mantener a su vieja madre. Naturalmente, aún no había decidido cómo invertiría su fortuna; en cuanto a subir al escenario, aunque le había sido sugerido, no había hecho planes. "Decenas de simpatizantes de la mujer" la habían acompañado a un automóvil que la esperaba...

Janet, impelida por una fascinación similar a la repugnancia, leyó hasta ese momento y arrojó el periódico al suelo y comenzó a preparar la cena. Pero al poco tiempo, cuando escuchó a Lise suspirar, ya no pudo contenerse más.

"No veo cómo se pueden leer cosas así", exclamó. “Eso es horrible.”

"¿Horrible?" Repitió Lise.

Janet giró en redondo desde el lavabo, con las manos goteando.

“En lugar de obtener setenta y cinco mil dólares, debería ser alquitranada y emplumada. No es más que una chantajista".

Lise, excitada de sus visiones, exigió con vehemencia "¿No es un millonario?"

"¿Qué diferencia hace eso?" replicó Janet. "Y no puedes decirme que ella no sabía lo que estaba haciendo con toda esa cara".

"Lo habría demandado, de acuerdo", declaró Lise, desafiante.

"Entonces tú también serías un chantajista. Preferiría fregar pisos, preferiría morir de hambre que algo así, tomar dinero para mis afectos. En primer lugar, tendría más orgullo, y en segundo lugar, si realmente amara a un hombre, setenta y cinco mil o setenta y cinco millones de dólares no me servirían de nada. ¿De dónde sacas esas ideas? La gente decente no piensa así”.

Janet se volvió hacia el lavabo y comenzó a frotarse la cara vigorosamente, deteniéndose por un momento para asegurarse de que un sonido llegara a sus oídos a pesar de las salpicaduras de agua. Lise estaba sollozando. Janet se secó la cara y las manos, se arregló el cabello y se sentó en el alféizar de la ventana; el desprecio y la ira, se fundieron en una pena no mezclada con desconcierto. Por lo general, Lise era dura, insensible a tales reproches, y se crecía en las rencillas apasionadas que ocasionalmente tenían lugar entre ellas, pero había momentos, como este, en que su resistencia se derrumbaba inesperadamente y perdía todo el autocontrol. Se meció de un lado a otro en la silla, con los hombros inclinados, la cara oculta en sus manos. Janet se acercó y la tocó.

"No seas tonta", comenzó bruscamente, "solo porque dije que era una desgracia tener tales ideas". Bueno, lo es."

"No soy tonta", dijo Lise. "Estoy harta de ese trabajo en Bagatelle, sollozó, no hay nada en él. Voy a renunciar. ¡Desearía a Dios que estuviera muerta! Estar de pie todo el día hasta que te desgastes por seis dólares a la semana, ¿qué hay ahí?", solloza "con ese tipo, Walters. Él vino a mí ayer y dice: “Yo no sabía que era corta de vista, señorita Bumpus” “simplemente porque había una clienta Annie Hatch que no era demasiado perezosa para esperar”, solloza. “Esa es su línea; piensa que es sarcástico y es dulce con Annie. Mañana le voy a decir que se vaya al infierno. Estoy harta de eso, "Prefiero estar muerta que esclavizada así por seis dólares".

“¿A dónde vas a ir?” Preguntó Janet.

"No sé, no me importa. ¿Cual es la diferencia? cualquier lugar sería mejor que eso”. Durante un rato continuó llorando con una nota ridículamente alta, aunque moderada, quejumbrosa, y su respiración se detenía a intervalos. Un sentimiento de impotencia, de absoluta desolación se apoderó de Janet; impotente para confortarse a sí misma, ¿cómo podía consolar a su hermana? Echó una ojeada a la habitación sórdida y familiar, a las páginas de la revista que contrastaban con el descolorido papel de la pared, a la mesa llena de basura y a la cama cubierta, sobre la que estaban arrojadas las ropas de Lise. Hacía calor incluso ahora; el verano sería asfixiante. De repente, un destello de simpatía le reveló un atisbo de la verdad de que Lise, también, en pos de su propia naturaleza, buscaba la belleza y la libertad. Nunca se había acercado tanto a comprender a Lise como en estos momentos, y cuando, en las oscuras mañanas de invierno, su hermana se aferraba a ella, aterrorizada por las sirenas. Lise era una niña, y la idea de que ella, Janet, era incapaz de cambiarla era parte de la trágica ternura. ¿Qué pasaría con Lise? ¿Y qué sería de ella, Janet?... Así que se aferró, desesperadamente, a la mano de su hermana hasta que al final Lise se levantó, su cabello despeinado, su cara arrugada y mojada de lágrimas y sudor.

"No puedo soportarlo más, solo tengo que irme a cualquier parte", dijo, y el grito encontró un eco en el corazón de Janet...

Pero a la mañana siguiente, Lise volvió a Bagatelle, y Janet a la oficina de la fábrica...

El hecho de que las relaciones amorosas de Lise no hubieran prosperado, sin duda, tuvo algo que ver con el ataque de depresión en el que había caído esa noche. Pasaría un mes más o menos antes de que ella adquiriese otro novio. Los amigos de Lise y su familia entendieron, aunque no el propio caballero, que su posición era solo temporal o, como mucho, probatoria; ni siquiera había tenido éxito en los derechos, títulos y privilegios del difunto Sr. Wiley, aunque ocupaba un puesto más alto en la escala social, siendo el agente de un aspersor de césped patentado con una oficina en Faber Street.

"Quédate conmigo y usarás diamantes, eso es lo que intenta transmitir", fue el comentario de Lise sobre el método del Sr. Frear, y por lo tanto Janet tuvo la impresión de que los sentimientos de su hermana no estaban profundamente involucrados. "Si pensara que estaría bien con el del aspersor, podría hablar de negocios". Pero digamos, es uno de esos tipejos que siempre está tratando de engañar al banco y nunca ha trabajado un día en su vida. El año pasado estaba en la revista *Foley*, y antes de eso estaba en la pista de carreras que cerró. "Bueno, puede ganar", agregó reflexivamente, "esos tipos a veces ganan

el juego en un abrir y cerrar de ojos. Seguro que es un buen derrochador cuando recibe órdenes.

La "línea de conversación" del Sr. Frear venía sorprendentemente, de un lado de su boca, el lado izquierdo. Como hazaña muscular era un triunfo. Una persona sorda colocada en su lado derecho no habría sabido que estaba hablando. El efecto era secreto, extraordinariamente confidencial; permitiéndole vender rociadores, debería haberle ayudado a hacer el amor, tan claramente personal era eso, dar a entender que el individuo al que se dirigía era el único digno de consideración de todo el mundo. Entre sus amigos se consideraba un logro, pero Lise era crítica, especialmente porque no le miraba a los ojos, sino que miraba hacia el espacio, como si no estuviera hablando en absoluto.

Una vez se había preguntado si el lado derecho de su cara estaba paralizado.

Sin embargo, ella le permitió que la llevara al Gruber's Cafe, al cine, a una o dos salas de baile selectas, y al parque Riverside de Slattery, donde una noche se había encontrado con el rechazado Sr. Wiley.

"Oye, ¡estaba adolorido!", le dijo a Janet a la mañana siguiente, relatando el incidente, "por dos centavos hubiera golpeado a Charlie sobre las cuerdas". Supongo que él también podría hacerlo.

A Janet le pareció curioso que Lise se mostrara tan vengativa hacia el Sr. Wiley, que fuera más contra el que pecó que contra el pecado. Ella se inclinó a preguntar por su bienestar.

"Tiene una de esas motocicletas rojas", dijo Lise. “Estuvo alegre con él también, cuando estábamos esperando el tranvía del bulevar. Se colocó a mi derecha entre Charlie y yo. Tuve que reír. Tiene un trabajo en Haverhill, no puedes mantener a ese tipo bajo el agua por mucho tiempo.

Al parecer, Lise no se arrepentía. Pero sus premoniciones sobre el Sr. Frear demostraron ser justificadas. Él no "hizo las cosas bien". Una mañana, la pequeña oficina en Faber Street donde se exhibían los aspersores estaba cerrada, Hampton ya no lo conocía, y solo la policía estaba sinceramente interesada. Parecía que últimamente había estado guardando todo el dinero de los aspersores, y gastando una buena parte en Lise. En el momento en que aceptó el desenlace con pesimismo estoico, como alguien que ha aprendido qué esperar del mundo, su sentido moral no se vio profundamente perturbado por la reflexión de que se había entregado a los deleites de Slattery y Gruber's y un domingo en "la playa” a expensas de la Cascade Sprinkler Company de Boston. El Sr. Frear, desconsideradamente, no la preparó para su partida, cuya noticia le fue transmitida de una manera singular, por el Sr. Johnny Tiernan de

la estrella de estaño, su conversación arrojó algo de luz, no sólo en la sofisticación de Lise, sino en la operación admirable e intrincada del gobierno de la ciudad de Hampton. Alrededor de las cinco, Lise regresaba a su casa por la calle Fillmore después de pasar unas vacaciones relajadas, tediosas y sin hombres en compañía de la señorita Schuler y otros amigos cuando percibió al Sr. Tiernan sentado, sonriendo y agitando un destrozado abanico de hojas de palma.

"El mercurio es seguro que ha saltado", observó. "Uno pensaría que estamos en julio".

Y Lise estuvo de acuerdo.

"Supongo que irás a la casa de Tim Slattery esta noche", continuó. "Es el lugar más fresco de este lado del Océano Atlántico".

Aparentemente, no había nada críptico en este comentario, pero vale la pena señalar que Lise se volvió sospechosa al instante.

"¿Por qué iría allí?", preguntó inocentemente, lanzándole una mirada oscura y coqueta.

El señor Tiernan la miró sin culpabilidad, pero había admiración en su alma; no debido a sus atracciones femeninas incuestionables, él es una prueba sorprendente contra tales cosas, sino porque le fue transmitido de alguna forma inexplicable que despertó sus sospechas. El cerebro debajo de ese pelo sacacorchos era digno de un Richelieu. La estimación del señor Tiernan sobre la señorita Lise Bumpus, si hubiera podido inducirlo a revelarla, habría merecido la pena ser escuchada.

"¿Y por qué no lo harías?", respondió con entusiasmo. "¿No veo a todas las jóvenes bonitas por ahí, incluyéndote a ti, bailar con ese hombre Cascade?" ¿Por qué nunca me darás un baile?

"¿Por qué nunca me preguntas?" Exigió Lise.

"¿Qué oportunidad tengo contra él?"

"Él no es mi dueño", dijo Lise.

El señor Tiernan echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

"Bueno, si estás allí esta noche, y yo vengo y te digo: 'Señorita Bumpus, el placer es mío', me pregunto qué pasaría".

"No voy a la noche de Slattery", declaró al llegar en ese instante a esta conclusión.

"¿Y dónde entonces? Iré contigo, si hay una oportunidad para mí".

"Deja de bromear", lo reprendió Lise.

El Sr. Tiernan de repente se veía muy solemne:

"Es broma, ¿verdad? ¿Te estoy bromeando? Dame una oportunidad, eso es todo lo que pido. ¿Dónde estarás ahora?

"¿Está siendo buscado Frear?" Preguntó ella.

La expresión del Sr. Tiernan cambió. Su nariz parecía volverse más puntiaguda, sus ojos brillaban más alegremente que nunca. Ahora no se tomaba la molestia de ocultar su admiración.

"Claro, señorita Bumpus", dijo, "si fueras un hombre, te tendríamos en la oficina mañana".

"¿Por qué le buscan?"

"Bueno", dijo Johnny, "un pequeño asunto de aspersión". Ha estado rociando el agua de su compañía sin licencia.

Se quedó en silencio un momento antes de exclamar:

"¡Debería haber sabido de que él era un ladrón!"

"Bueno", dijo Johnny con tono de consuelo, "hay otros que también deberían haber sido sabios. La gente de Cascade no tendría que haber tenido nada que ver con un hombre que no podía usar más que la mitad de su boca".

Esto le pareció a Lise una reflexión sobre su juicio. Ella procedió a aclararse.

"Él no era nada para mí. Nunca me dio ningún descanso. Solía venir y molestarme para que saliera con él.

“¡Claro!” Interrumpió el Sr. Tiernan. “¡No sé cómo es con gente como él! Un buen momento es un buen momento, y no hay daño en ello. Pero el punto es…” y aquí arrugó la nariz "el punto es, ¿dónde está? ¿Dónde estará esta noche?"

De repente, Lise se volvió vehemente, casi llorosa.

“No lo sé, sinceramente por Dios que no lo sé. Si lo hiciera te lo diría. Anoche dijo que podría estar fuera de la ciudad. Él no dijo a dónde iba. Ella rebuscó en su bolso, sacó un pañuelo de encaje de imitación y se lo puso en los ojos.

"¡Ya está!", Exclamó el Sr. Tiernan, con dulzura. "¿Cómo ibas a saberlo? Te estuvo engañando como a la Compañía.

"Él no me engañó", gritó Lise.

"Escuche", dijo el Sr. Tiernan, que se había levantado y le había puesto la mano en el brazo. "No son las jóvenes como tú las que trabajan y se respetan a sí mismas, para que nadie las moleste, y tú eres la hija de un hombre tan bueno como tu padre. Vaya, ahora, no podré detenerlo, señorita Bumpus, y aceptará mis disculpas. Supongo que nunca volveremos a verlo en Hampton...

Unos veinte minutos más tarde, caminaba por la calle, saludando a conocidos, y abriéndose paso a través del Común entró en un edificio de

ladrillos sucio donde un enorme policía con una insignia en su brazo estaba sentado detrás de un escritorio. El Sr. Tiernan se apoyó en el escritorio y encendió de manera reflexiva un *Thomas-Jefferson-Five-Cent-Cigar*, etiqueta de la Unión, cuyas excelencias se encontraban en grandes carteles de "diez pies" sobre los edificios en la calle Faber.

"Ella no sabe nada, Mike", remarcó. "Supongo que se volvió sabio esta mañana"

El sargento asintió...

CAPÍTULO V

Sentir potencial dentro de uno mismo; la capacidad de vivir y, sin embargo, no tener medios para realizar esta capacidad es sin duda una de las experiencias humanas menos cómodas y agradables. Así, a medida que se acercaba el verano, era el caso de Janet. El recuerdo de esa visita a Silliston permaneció en su mente, a veces estallando tan vívidamente como para hacer que su existencia pareciera insoportable. ¡Qué maravilloso, pensó, poder vivir en un lugar tan hermoso, tener como amigos y compañeros a personas tan divertidas e inteligentes como el desconocido con quien había hablado! ¿Todos los habitantes de Silliston eran como él? Debían serlo, ya que era un asientamiento de aprendizaje. El grito de Lise: "Tengo que irme a cualquier parte", encontró un eco en el alma de Janet. ¿Por qué no debería irse? Ella era capaz de cuidar de sí misma, era una buena taquígrafa, ¿por qué debería permitir que la consideración de su familia se interpusiera en el camino de lo que ella sentía que sería su autorrealización? Inconscientemente, era una verdadera moderna en el sentido de que las virtudes conocidas como deber y autosacrificio no le atraían, no obtenía de ellas beneficios ni satisfacción. A diferencia de Lise, ella podía ver la vida como es, no esperaba milagros, ni económicos ni matrimoniales. Nada pasaría a menos que ella lo hiciera. Tenía veintiún años y ganaba nueve dólares a la semana, de los cuales ahora aportaba cinco al hogar. Su padre, con su característica incompetencia, había contratado una póliza de seguro más amplia de la que él podía tener razonablemente. De los cuatro dólares restantes no gastaba más de uno en almuerzos, vestidos, ropa interior, zapatos y medias, a pesar de zurcir y remendar. Pequeñas golosinas con Eda y ocasionalmente el dentista. Janet no descuidaría sus dientes como Lise había descuidado los suyos. Ella lograba ahorrar algo, pero era muy poco. Y estaba desesperadamente infeliz cuando contemplaba la vista gris y monótona de los próximos años, se veía cada vez más vieja, impulsada siempre por la necesidad severa de acumular un margen contra posibles desastres. Poco a poco se iría secando, marchitando, perdiendo por el desuso, aquellas ricas facultades de disfrute con las que estaba dotada, y que a la vez la fascinaban y la asustaban. El matrimonio, en tal ambiente, no ofrecía ninguna solución; el matrimonio significaba dependencia, a la que se rebelaba por su propia naturaleza, y en su existencia,

por más monótona y rutinaria que fuera, aún quedaba un remanente de la libertad que el matrimonio la obligaría a declinar...

Una cálida tarde, oprimida por tales reflexiones, había llegado a casa cuando recordó haber dejado su bolso en la oficina y había vuelto sobre sus pasos. Al doblar la esquina de West Street, vio, junto al canal y justo enfrente del puente, un automóvil nuevo y de aspecto elegante, pintado de color carmesí y negro, del tipo conocido como *runabout* y que reconoció como perteneciente al Sr. Ditmar.

[El runabout es un estilo de carrocería de automóvil que fue popular en América del Norte hasta aproximadamente 1915. Era un estilo ligero y básico con una sola fila de asientos]

De hecho, en ese momento, el propio Sr. Ditmar estaba saliendo del final del puente y a punto de arrancar el motor cuando, dejando caer la manivela, caminó hacia el tablero de instrumentos y aparentemente quedó absorto en algunos mecanismos allí. ¿Fue la mirada lanzada en su dirección lo que le hizo retrasar su partida? Janet se sintió atrapada por un repentino y bastante absurdo deseo de retirarse, pero Canal Street estaba vacía, tal acción parecería excéntrica, y avanzó lentamente, fingiendo no ver a su empleador, ridiculizándose a sí misma con la idea de que él la había notado. Sin embargo, para su gran molestia, su vergüenza persistió, y ella sabía que se debía a la memoria de ciertos incidentes, cada uno en sí mismo casi despreciable, pero acumulando una sospecha de que durante algunos meses había estado al tanto de ella: muchas veces, cuando había pasado por la oficina exterior, había sentido sus ojos sobre ella, había sido obligada a levantar la vista de su trabajo, sorprendiendo en ellos un cierto brillo que la hacía inclinar su cabeza nuevamente en cálida confusión. Ahora, cuando se acercó a él, se sentía placentera pero bastante culpable, consciente de los golpes más rápidos de la sangre que preceden a una aventura, pero lo suficientemente segura de sí misma como para darse cuenta de la naturaleza del ligero traje de franela, y que había echado el sombrero Panamá hacia atrás de su frente. No fue hasta que ella casi lo había pasado que él se enderezó y levantó el Panamá, tentativamente, sorprendiéndola.

"Buenas tardes, señorita Bumpus", dijo. "Pensé que se había marchado".

“Olvidé mi bolso en la oficina”, respondió ella, con la calma exterior que rara vez la abandonaba.

"Oh", dijo. Simmons te lo conseguirá. Simmons era el vigilante que se encontraba en el vestíbulo de la entrada de la oficina.

"Gracias. Puedo conseguirlo yo misma", le dijo, y habría continuado si él no se hubiera dirigido a ella nuevamente. "Estaba empezando a dar una vuelta. ¿Qué opinas del coche? Se ve bien, ¿no? Se detuvo y lo examinó, riéndose un poco, y en su risa ella detectó una nota de disculpa, en desacuerdo con la concepción que había formado de su carácter, aunque no era ajena, por cierto al vigor color polvo del hombre. Apenas reconoció a Ditmar plantado allí, sin embargo, él la excitó; ella sintió de él una corriente oculta de algo que la hizo temblar por dentro. "Mira cómo se ven las líneas". Lo indicó con un gesto de la mano, pero sus ojos estaban en ella.

"Es bonito", estuvo ella de acuerdo.

En contraste con las tácticas defensivas que otras damas que conocía habían adoptado, tácticas de una naturaleza evidentemente tímida y coqueta, esta manera auto-recogida era nueva y picante, desafiando a los poderes aún no totalmente ejercidos mientras él sentía palpitante esa cosa rara y peligrosa en las mujeres, un temperamento, por el cual muchos hombres han dado sus almas. Esta convicción de su posesión de un temperamento, emocional más que intelectual, produjo la actitud de disculpa que ella sintió rápidamente. Nunca había estado, al menos durante su madurez, perdido con el otro sexo, y encontró la experiencia deliciosa.

"Te gustan las cosas bonitas, estoy seguro de eso", se arriesgó. Pero ella no le preguntó cómo lo sabía, ella simplemente asintió. Levantó el capó, revelando el motor. "¿No es esto bonito? Vea qué bien se ajusta todo en ese pequeño espacio para hacer el trabajo particular para el que está diseñado".

Por lo tanto, se adelantó y se detuvo, todavía un poco prevenida, pero lo suficientemente cerca para ver, fijándose en las brillantes tapas de cobre de los cilindros, las barras y los engranajes brillantes.

"Parece complicado", dijo el Sr. Ditmar, "pero en realidad es muy simple. La gasolina viene desde el tanque de detrás a esto que se llama carburador, tiene un mecanismo para vaporizar la gasolina y el vapor es aspirado en cada uno de estos cilindros cuando el pistón se mueve”. Trató de explicar la acción del pistón. “Eso lo comprime, y luego una pequeña chispa eléctrica llega justo en el momento adecuado para hacerla explotar, y la explosión envía el pistón hacia abajo nuevamente y hace girar el eje. Bueno, los cuatro cilindros hacen explosión, uno tras otro, y eso mantiene el eje en marcha."Tras lo cual el personaje más importante de Hampton, el jefe de la gran Fábrica Chippering procedió, para beneficio de una humilde asistente estenógrafa, a quitar las

tablas del suelo detrás del salpicadero. "Ahí está el pozo, ven aquí y míralo". Ella obedeció, se colocó a su lado, casi tocándolo, su brazo, en efecto, rozando su manga, y en su voz se deslizó un temblor. “El eje gira las ruedas traseras por medio de un engranaje en ángulo recto con el eje, y las ruedas traseras impulsan el automóvil. ¿Lo ves?"

"Sí", respondió ella débilmente, con la honestidad obligándola a agregar: "un poco".

Ahora estaba mirando, no a la maquinaria, sino a ella con atención, y ella podía sentir la sangre inundando sus mejillas y sienes. Incluso se vio obligada por un instante a devolverle la mirada, y de sus ojos a los de ella saltó una llama que corría a través de su cuerpo. Entonces supo con convicción que la explicación del automóvil había sido una excusa; ella no había comprendido casi nada de eso, pero había quedado impresionada por la facilidad con que lo describía, por su evidente dominio sobre ella. Ella había notado sus manos, cuán gruesos eran sus dedos y sin embargo, con qué destreza los había usado, sin mancharse los puños de su camisa de seda o las mangas de su abrigo con el aceite que brillaba por todas partes.

"Me gusta la maquinaria", le dijo a ella mientras reemplazaba las tablas. "Me gusta cuidar de mí mismo".

"Debe ser interesante", asintió, consciente de lo inadecuado de la observación, y resentida en sí misma por una falta de articulación aparentemente impuesta por la inhibición relacionada con su cercanía. La fascinación y el antagonismo luchaban dentro de ella. Su deseo de escapar se volvió desesperado.

"Gracias por enseñármelo". Con un esfuerzo de voluntad, se dirigió hacia el puente, pero se sintió impulsada por la conciencia de lo abrupto de su partida para mirarlo de nuevo y sonreír, para volver a experimentar la emoción que la embargó. Al levantarse el sombrero, un poco más alto, un poco más seguro que en la primera instancia, hizo que su partida pareciera más graciosa, el acto de alguna manera transmitía un reconocimiento por su parte de que su relación había cambiado.

Una vez que cruzó el puente y llegó a la fábrica, corrió por las escaleras y entró en la oficina vacía, vio su bolsa en el escritorio donde la había dejado, y se sentó durante unos minutos junto a la ventana, con el corazón palpitando en su pecho como si apenas hubiera escapado a un accidente que la amenazaba con la aniquilación física. ¡Algo le había pasado por fin! Pero ¿qué significaba? ¿A dónde la llevaría? Su miedo, su antagonismo, del que aún era consciente, su resentimiento por el hecho de que Ditmar hubiera elegido

subrepticiamente acercarse a ella en un momento en que no eran observados, se mezclaban con una exaltación palpitante en el sentido de que había notado, que había algo en ella que lo atraía, para hacer su voz más gruesa y su sonrisa de disculpa cuando le hablaba. De ese "algo en ella" de que había sido consciente antes, pero nunca había sido tan inequívocamente reconocido e invocado desde fuera, ella estaba a la vez aterrorizada, emocionada y halagada.

Por fin, más tranquilizada, salió del edificio. Cuando llegó al vestíbulo, tuvo un momento de fuerte aprensión, de paradójica esperanza, de que Ditmar todavía pudiera estar allí, esperándola. Pero se había ido...

A pesar de sus esfuerzos para descartar el asunto de su mente, para convencerse a sí misma de que no había tenido importancia el encuentro, cuando estaba sentada en su máquina de escribir a la mañana siguiente, experimentó una renovación de la palpitación de la noche anterior tras el sonido de cada paso en el pasillo. De esta tendencia estaba profundamente avergonzada. Y cuando por fin llegó Ditmar, aunque la sangre le llegaba hasta las sienes, mantuvo los ojos fijos en las teclas. Entró rápidamente en su habitación: ella estaba convencida de que no la había mirado tanto... Sin embargo, a medida que pasaban los días, se sintió molesta por el descubrimiento de que la continua ignorancia de su presencia le traía más resentimiento que alivio. Ella detectó una deliberación que implicaba entre ellos un secreto culpable: odiaba el secreto, aunque el secreto contuviese una emoción. Entonces, una mañana cuando estaba sola en la oficina con el joven Caldwell, quien estaba absorto en algunos informes, Ditmar entró inesperadamente y la miró a los ojos, obligándola a responder a su mirada antes de que ella pudiera alejarse, odiándose y odiándolo. Determinó que el odio era su sentimiento predominante con respecto al Sr. Ditmar.

El lunes siguiente, la señorita Ottway la alcanzó, al mediodía, en las escaleras.

"Janet, quería hablar contigo, para decirte que me marcho", dijo.

"¡Se marcha!", Repitió Janet, que había considerado a la señorita Ottway como un elemento fijo.

"Voy a Boston", explicó la señorita Ottway, en su profunda voz musical. "Siempre he querido ir, tengo una hermana soltera a la que tengo mucho cariño, y el señor Ditmar lo sabe. Me consiguió un lugar con el tesorero, señor Temple.

"Oh, lamento que te vayas, aunque, por supuesto, me alegro por ti", dijo Janet con sinceridad, porque le gustaba y respetaba a la señorita Ottway, y era consciente de que despertaba cierto interés amable en la mujer mayor.

"Janet, te he recomendado al Sr. Ditmar para ocupar mi puesto".

"¡Oh!", Exclamó Janet, débilmente.

"Fue él quien preguntó por ti, él cree que eres confiable, rápida e inteligente, y me complació mucho decirle unas buenas palabras, querida, ya que honestamente podrías hacerlo". La Srta. Ottway cogió el brazo de Janet a través del de ella y lo acarició cariñosamente. "Por supuesto que tendrás que esperar algunos celos, hay mujeres mayores en las otras oficinas que pensarán que deberían obtener el puesto, pero si atienden sus propios asuntos, como siempre han hecho, no habrá ningún problema."

"¡Oh, no voy a tomar el lugar, no puedo!" gritó Janet tan apasionadamente que la señorita Ottway la miró sorprendida. "Estoy muy agradecida contigo", agregó, sonrojándose," Me temo que no estoy a tu altura".

"Tonterías", dijo la otra con decisión. "Serías muy tonta si no lo intentaras. No obtendrás tanto como yo, al principio al menos, pero supongo que un poco más de dinero te será bienvenido. El Sr. Ditmar te hablará esta tarde. Me voy el sábado. Me alegro mucho de hacerte un buen giro, Janet, y sé que lo llevarás bien —añadió la señorita Ottway impulsivamente cuando se separaron en la esquina de la calle Faber. "Siempre he pensado mucho en ti".

Por un rato, Janet se quedó quieta, mirando fijamente a la robusta figura de su amiga, sin prestar atención a la multitud del mediodía que la rodeaba. Luego fue al mostrador de comida rápida de Grady y pidió un sándwich y un vaso de leche, que consumió lentamente, profundamente sumida en sus pensamientos. En ese momento, Eda Rawle llegó y, notando su preocupación, preguntó qué ocurría.

"Nada", dijo Janet...

A las dos en punto, cuando Ditmar regresó a la oficina, llamó a la señorita Ottway, quien salió en seguida para llamar a Janet a su presencia. Fresco, inmaculado, pero viril con su traje liviano y su camisa de seda con rayas rojas, estaba sentado en su escritorio, dedicado a voltear algunos papeles en un cajón. La hizo esperar un momento, y luego dijo, con aparente indiferencia:

"¿Es usted, señorita Bumpus? ¿Le importaría cerrar la puerta?"

Janet obedeció y volvió a estar delante de él. Miró hacia arriba. Una sugerencia de tensión en su pose que traicionaba una actitud interior de alerta, de desafío, le transmitió bruscamente y con delicadeza una vez más la impresión de pantera que había recibido cuando, como mujer, había llamado su atención. La percepción renovada y acentuada de esta calidad feroz en ella despertó una sensación de peligro que no era en modo alguno desagradable, aunque le advirtió que estaba a punto de dar un paso sin precedentes, ya que

se encontraba más allá de los límites de cautela que previamente se había impuesto para el divorcio y el sexo. A pesar de que de ninguna manera estaba convencido de su intención de impulsar la aventura, prefirió dejar abiertas sus posibilidades, se esforzó por ser un hombre de negocios; y su instinto, tal vez, le susurró que ella podría estar alarmada.

—Siéntese, señorita Bumpus —dijo amablemente, mientras cerraba el cajón.

Se sentó en una silla de oficina.

"¿Te gusta tu trabajo aquí?", Preguntó.

"No", dijo Janet.

"¿Por qué no?" Exigió, mirándola fijamente.

"¿Por qué debería?" replicó ella.

"Bueno, ¿cuál es el problema con eso? No es tan difícil como lo sería en otros lugares, ¿verdad?

"No estoy diciendo nada en contra del lugar".

"¿Entonces qué?"

“Me preguntaste si me gustaba mi trabajo. Y no."

"Entonces, ¿por qué lo haces?" Exigió.

"Para vivir", respondió ella.

Él sonrió, pero su gesto mientras acariciaba su bigote implicaba una ligera molestia por su compostura. Le resultaba difícil con esta joven morena, independiente por sí misma, mantener el papel de benefactor.

"¿Qué tipo de trabajo te gustaría hacer?", exigió.

"No lo sé. No tengo la opción, de todos modos," dijo ella.

Él observó que ella hacía bien su trabajo, a lo que ella no respondió. Ella se negó a ayudarlo, aunque la señorita Ottway debió haberla advertido. Ella actuaba como si estuviera confiriéndole el favor. Y sin embargo, aclarando su garganta, se obligado a decir:

"La señorita Ottway nos está dejando, va a la oficina de Boston con el señor Temple, el tesorero de la corporación. La echaré de menos, es una mujer capaz y confiable, y conoce mis maneras. Hizo una pausa, tocando su abrecartas. "El hecho es, señorita Bumpus, que ha hablado muy bien de usted, me dice que es rápida, precisa y minuciosa. Lo he notado por mi cuenta. Ella parece pensar que usted podría hacer su trabajo, y recomienda que le haga una prueba. Por supuesto, entiende que la posición es confidencial y que no podía esperar al principio, en todo caso, el salario que ha tenido la Srta. Ottway, pero estoy dispuesto a ofrecerte catorce dólares a la semana para comenzar, y luego, si nos llevamos bien, te daría más. ¿Qué dices?"

"Me gustaría probarlo, señor Ditmar", dijo Janet, y no agregó nada, ni una palabra de gratitud o de agradecimiento a ese consentimiento.

"Muy bien, entonces", respondió, "eso está arreglado. La señorita Ottway le explicará las cosas y le contará sobre mis peculiaridades. Y cuando ella se vaya, puedes tomar su escritorio, junto a la ventana más cercana a mi puerta".

Ditmar permaneció inactivo durante unos minutos después de que ella se hubiera ido, mirando a través de la puerta abierta hacia la oficina exterior...

A Ditmar no le había quedado evidencia de la tormenta que su oferta había creado en su pecho, y también era característico que se esperara hasta que la cena casi terminara para informar a su familia, haciendo el anuncio como una cuestión de hecho, al igual que si no fuera la única pieza de buena fortuna que había llegado a los Bumpuses desde que Edward había sido eliminado del establecimiento mercantil en Dolton. La noticia fue recibida con algo de consternación. Por el momento, Hannah era incapaz de hablar, y su mano tembló cuando reanudó el corte del pastel; pero la esperanza surgió dentro de ella a pesar de su esfuerzo por disimularlo, su determinación de permanecer fiel al fatalismo del que paradójicamente había derivado tanta comodidad. El efecto sobre Edward, aunque algo menos violento, fue temporalmente quitarle el apetito. La esperanza necesitaba poco riego para florecer en él. Grande fue su fe en la sangre de Bumpus, y en secreto siempre había considerado a su hija mayor como el recipiente escogido para su redención.

"¡Bien, cisne!", Exclamó, mirándola con admiración y descuidando su pastel. "Siempre he pensado que tenías la capacidad de seguir adelante, Janet. Supongo que he dicho que siempre me has recordado a Eliza Bumpus la que se mantuvo en contra de los indios hasta que su esposo regresó con los vecinos. Estuve leyendo sobre ella de nuevo la otra noche".

"Sí, nos lo has dicho, Edward", dijo Hannah.

Así que vas a ser (lo pronunció muy lentamente) ¡vas a ser la taquígrafa privada del Sr. Ditmar! Es un hombre inteligente, el Sr. Ditmar, también es un buen hombre. Todo lo que tienes que hacer es portarte bien con él. Siempre me habla cuando pasa por la puerta. Lamenté por él cuando murió su joven esposa ¡Y nunca más se casará! ¡Bien, cisne!

"Será mejor que dejes de anadear", exclamó Hannah. "¿Y qué tiene que ver la bondad del señor Ditmar con eso? Ha descubierto que Janet tiene sentido, está dispuesta y trabaja duro, él no saldrá perdiendo por eso, y no le está dando lo que le dio a la señorita Ottway. Es como tú, piensas que él le está haciendo un favor".

"No estoy diciendo que Janet no sea inteligente", protestó, "pero sé que es difícil competir con tanta gente en el trabajo".

"Tal vez no sea tan difícil cuando tienes que levantarte y marcharte", replicó Hannah con bastante crueldad. Por lo tanto, fue con agudeza no intencional que expresó su orgullo maternal mediante una reflexión no solo sobre Edward, sino también sobre Lise. Janet se había molestado al mencionar el nombre de Ditmar.

"Fue la señorita Ottway quien me recomendó", dijo, mirando a su hermana, quien durante esta conversación se había sentado en silencio. La expresión de Lise, que normalmente sugiere un descontento no impropio a su tipo, se había vuelto casi sombría. La rápida reunión de Hannah con los platos fue cortada de repente.

"Lise, ¿por qué no le dices algo a tu hermana? ¿No te alegras de que ella tenga el puesto?

"Claro, me alegro", dijo Lise, y comenzó a desenroscar la parte superior del salero. "No veo por qué yo no puedo obtener un aumento, también. Trabajo tan duro como ella.

Edward, quien nunca había recibido un "aumento" en su vida, contestó con compasión y simpatía.

"Dales tiempo, Lise", dijo consoladoramente. "No eres tan vieja como Janet".

"¡Tiempo!" Gritó ella, encendiéndose y repentinamente perdiendo el control. "Tengo una foto de los camareros que reciben un aumento. Conozco a las chicas que reciben aumentos de él".

"Deberías avergonzarte de ti misma", declaró Hannah. "¡Ahí has derramado la sal!"

Pero Lise, de repente estallando en lágrimas, se levantó y salió de la habitación. Edward tomó el periódico y fingió leerlo, mientras Janet recogía la sal y la ponía de nuevo en la coctelera. Hannah, recogiendo el resto de los platos, desapareció en la cocina, pero regresó de inmediato, como si hubiera olvidado algo.

"¿No es mejor que vayas tras ella?", le dijo a Janet.

"Me temo que no será de ninguna utilidad. Ella tiene algo raro, últimamente piensa que están sobre ella.

"Siento haber hablado tan fuerte. Pero entonces... Hannah negó con la cabeza y su frase quedó sin terminar.

Janet buscó a su hermana, pero regresó después de un breve intervalo, con la noticia de que Lise había salido.

Una de las delicias de la amistad, como es bien sabido, es el intercambio de confidencias de alegría o tristeza, pero en la promoción de Janet, había algo intensamente personal que aumentaba su reserva natural. Sus sentimientos hacia Ditmar estaban tan mezclados como para desafiar el análisis, y pasaron varios días antes de que pudiera informar a Eda Rawle de la nueva relación comercial en la que se encontraba ante el gerente de Chippering Mill. El cielo todavía estaba brillante cuando salieron de la calle Warren después de la cena, Eda lamentaba los juicios del día que acababa de terminar: el señor Frye, el cajero del banco, había tenido uno de sus ataques más locos, había encontrado fallos en su puntuación, nada. Ella lo había hecho le había corregido. Pero al poco tiempo, cuando habían llegado a lo que el *Banner* llamaba el "distrito residencial", se alegró al ver el césped verde, los macizos de flores y los arbustos, las mansiones de aquellos habitantes de Hampton que no están familiarizados con las pensiones y las viviendas pobres. Antes de una de ellas, se detuvo, reteniendo a Janet por el brazo, exclamando con nostalgia:

"¿No te gustaría vivir allí? Eso le pertenece a tu jefe.

Janet, que había estado soñando mientras contemplaba la fachada de estuco rugoso que una vez había sido suficiente para llenar las ambiciones de la difunta señora Ditmar, la reconoció tan pronto como habló Eda, y arrastró a su amiga apresuradamente, casi bruscamente a lo largo de la acera hasta que habían llegado al final del bloque. Janet estaba roja.

"¿Qué pasa?", Exigió Eda, tan pronto como se recuperó de su sorpresa.

"Nada", dijo Janet. "Sólo que estoy en su oficina".

"¿Pero qué hay de eso? Tienes derecho a mirar su casa, ¿verdad?"

"Puede que sí, un derecho", asintió Janet. Sabiendo que las ambiciones de Eda para ella no eran las de una carrera de negocios, estaba aterrorizada porque su amiga no oliera un romance, y por esta razón nunca había hablado de los síntomas que Ditmar había traicionado. Intentó transmitir a Eda el sabor dudoso de quedarse mirando fijamente a la casa de su empleador, especialmente cuando él podría estar escondido detrás de una cortina.

"Ya ves", agregó, "la señorita Ottway me recomendó para su lugar ahora que se va a ir".

"¡Janet!" Gritó Eda. "¿Por qué no me lo dijiste?"

"Bueno", dijo Janet con aire de culpabilidad, "me va a hacer una prueba. No sé si me mantendrá o no”.

"Por supuesto que te mantendrá", dijo Eda, con gusto. "Caramba, si hubiera tenido un aumento así no podría esperar para decírtelo. Pero no soy tan inteligente como tú".

"No seas tonta", dijo Janet, en tono de humor consigo misma, y molesta porque no podía apreciar la generosidad de Eda.

"¡Esto lo tenemos que celebrar!", Declaró Eda, que tenía el don, del que carecía Janet, de tomar sus alegrías de forma indirecta; y sus inclinaciones románticas y algo medievales no permitirían que pasara ninguna ocasión tan importante sin un símbolo festivo apropiado. "Tendremos una juerga el sábado e iremos al circo".

"Será mi juerga", insistió Janet, con el corazón encendido. "Tendré el aumento..."

El sábado, en consecuencia, se reunieron en Grady's para almorzar, Eda vestía su mejor blusa de color azul pálido, y cuando salieron del restaurante, a pesar del tórrido calor, se dirigieron a Faber Street con su atuendo de fiesta dirigiéndose hacia los fríos rincones de Winterhalter para seguir la juerga. Ese glorioso establecimiento, es una farmacia que compite con el de Delmonico, con ventiladores eléctricos, mesas con tapa de mármol y camareros vestidos de blanco que tomaban el pedido. A Eda le importaba poco que el joven que esperaba sus órdenes tuviera granos y cabello largo y sonriera afectuosamente mientras las saludaba.

"¡Hola chicas!", Dijo. "¿Qué os apetece hoy?"

"Un helado de nuez de frambuesa", anunciaron Eda y Janet, incapaces de imaginar dulces más deliciosos. El olor penetrante propio de las farmacias, dominado por el mentol y algún remedio innombrable pero antiguo para el catarro, era impotente para interferir en su disfrute.

El circo comenzó a las dos. En lugar de aferrarse a las correas de un auto lleno de gente, optaron por caminar, siguiendo la ruta familiar del tranvía que pasa por las cocheras de automóviles y el parque de béisbol hasta el campo desnudo bajo la cara chamuscada de la Colina de Torrey, donde los circos solían asentarse. Una brisa de siroco del sudoeste se arremolinó, las nubes de polvo cargado de gérmenes que levantaban los automóviles, soplaban sus faldas contra sus piernas, y a veces se veían obligadas a girar, aferrándose a sus sombreros, confundidas y riendo, conscientes de las miradas masculinas. La multitud, en aumento a medida que avanzaban, estaba de humor festivo; hombres jóvenes con aspecto recién lavado. Trajes de calle de Faber, grupos de chicas, que respondían con gritos agudos y carcajadas; las parejas amorosas paseaban, brazo a brazo, ajenas, como si el lugar estuviera tan vacío como el Edén; hombres con exagerados hombros cuadrados, vistiendo corbatas brillantes, sus instintos depredadores alerta, flotaban en busca de aventura. También había homosexuales, que generalmente se

encontraban en parejas, con disfraces asombrosos a los que habían convencido que eran los últimos modelos de París, imitaciones de cocottes franceses en Hampton, prueba de la pequeñez de nuestro mundo moderno. Eda los miró de forma superficial.

"¡Quieren que pienses que nunca han estado cerca de un telar o una bobina!", Exclamó.

Además de estos elementos más conspicuos, la multitud contenía personas sobrias del tipo experto que poseían medios suficientes para llevar a sus familias, incluido el bebé; había encargados de sección y capataces, tejedores, proyectistas; franco-canadienses, irlandeses, escoceses, galeses e ingleses, alemanes, con solo un ocasional italiano, lituano o judío. Hombres con cacahuetes y palomitas de maíz, vendedores de tamales y chiles gritaban sus productos, mientras que desde lejos se oía el sonido de una banda. El corazón de Janet latía más rápido. Contempló con un tinte de asombro la vasta extensión de la tienda de campaña que se alzaba ante sus ojos, y el viento enviaba ondas a lo largo del grueso lienzo desde la circunferencia hasta el poste central. Ella compró las entradas; visitaron el recinto circular donde se guardaban los animales; donde los fuertes rayos del sol, al tratar de forzar su camino a través del techo de lona, creaban un crepúsculo no natural, cuya rareza era realzada de alguna manera por los gruñidos asombrosamente penetrantes de las bestias roncas y, de repente, un león que estaba cerca de ellas levantó una cabeza velluda y emitió una serie de rugidos ondulantes y conmovedores.

"Ah, qué, ¿te está comiendo?", exigió un joven de cuello grueso, fingiendo no estar impresionado por esta demostración.

“¡Supongamos que salga!” gritó Eda, alejando a Janet.

"No dejaría que te hiciera daño, querida", le aseguró el joven.

—¡Tú! —Replicó ella con desdén, pero sonrió a pesar de sí misma.

La vaga sensación de terror inspirada en esta tienda de campaña formaba parte de su fascinación, ya que parecía estar llena de tragedias potenciales sugeridas por la yuxtaposición de bebés indefensos y bestias salvajes, los bebés lloraban o miraban con asombro a los tigres acolchados cuyos ojos fosforescentes nunca alcanzaban esos bocados más allá de los barrotes. Las dos chicas deambularon, pero la extraña atmósfera, los rugidos de las bestias, el inefable y penetrante olor del circo, del aserrín mezclado con el efluvio de los animales, habían despertado una emoción que fue disminuyendo lentamente. Pasó algo de tiempo antes de que fueran capaces de tener un interés normal en las diversas exposiciones.

"'Pájaro Adjutano'", leyó Janet en un momento un cartel en uno de los compartimentos de una jaula dedicada a las aves, y examinó al ocupante algo disoluto. "Bueno, es como uno de esos altos fantasmas que se alojan en el Wilmot y se quedan en la acera, hombres que viajan, ya sabes".

"Oye, ¿no es verdad?" Eda estuvo de acuerdo. "¿No está contento consigo mismo, y con los pies cruzados?"

"Y mira este, Eda, es un 'Águila Harpía'. Hay alguien que sabemos que es así. Espera un momento. Es la mujer que está sentada en la taquilla de la caja de Grady's.

“¡No lo es!” Dijo Eda.

"Tiene las mismas horquillas suaves y ligeras para el cabello que no pueden mantenerlo en su sitio, y te mira de la misma manera sorprendida con la cabeza a un lado cuando entregas tu cheque".

"¡Por qué, es fiel a la vida!", Exclamó Eda con entusiasmo. "Ella cree que tiene a todos los hombres a su disposición; lo hace y tiene cuarenta años".

Estas comparaciones las llevaron a un tono de disfrute risible ampliamente sostenido por el espectáculo en la jaula de monos, a la que en el momento se volvieron. Un chimpancé, con una solicitud más que humana, buscaba solemnemente a un amigo en busca de pulgas en medio de un pandemónium de charlas y chirridos y persecuciones, de traqueteos de barras y trapecios llevados a cabo por sus compañeros.

“Bueno, señoritas,” dijo una voz, “¿vienen a hacer una visita a sus relaciones?”

Eda rió histéricamente. Un anciano estaba de pie junto a ellas. Estaba mal vestido, sus propias facciones estaban arrugadas, casi como las de un simio, y por su sonrisa amistosa y fatigosa, Janet reconoció una de las inofensivas obsesiones que abundaban en Hampton.

“¡Relaciones!” Exclamó Eda.

"Tú y yo, sí, y ella", respondió él, mirando a Janet, aunque al principio aparentemente había tenido algunas dudas sobre esta inclusión, "todos descendemos de ellos". Su gesto indicaba triunfalmente a los habitantes de la jaula.

“¿Qué nos está diciendo?” dijo Eda.

"¿Nunca lees a Darwin?" preguntó. “Si lo hubieras hecho, sabrías que son nuestros ancestros, sabrías que venimos de ellos en lugar de Adán y Eva. Que son una fábula".

"Nunca creeré que vengo de ellos", exclamó Eda, vehemente en su disgusto.

Pero Janet se echó a reír. "¿Cual es la diferencia? De todos modos, algunos de nosotros no somos mejores que los monos".

"Eso es cierto", dijo el hombre con aprobación. "Eso es cierto". Quería continuar la conversación, pero lo dejaron sin piedad. Y cuando, desde la entrada a la tienda de campaña, miraron por encima del hombro, seguía mirando a sus primos detrás de las rejas, aparentemente obteniendo un placer agudo de su conciencia de la conexión...

CAPÍTULO VI

El negocio moderno, debido a la mezcla de los sexos que implica, para el dramaturgo, el novelista y el sociólogo está lleno de situaciones interesantes y dramáticas, y en él puede estudiarse, sin duda, una fase de la evolución que tiende a transformarse, si no a desintegrar ciertas instituciones hasta ahora piedras angulares de la sociedad. Nuestro escenario está listo. Una mujer joven, consciente de su habilidad, debe su promoción principalmente a ciertas cualidades femeninas dinámicas con las que está dotada. Y aunque puede hacer una elaborada pretensión de ignorar el hecho, en su corazón lo sabe y lo siente, mientras que, al mismo tiempo, paradójicamente, se emociona, ¡una emoción de poder sostenida e inspiradora! En su cara hay un arreglo de negocios; en secreto está teñida con los colores de la alta aventura. Cuando Janet entró en una relación íntima con el Sr. Claude Ditmar, debido a sus nuevos deberes como taquígrafa privada, su actitud, ligeramente desafiante, fue la irreprochable de una estricta atención al deber. Inconscientemente, ella era una verdadera hija del siglo XX y, probablemente, una feminista de corazón, lo que quiere decir que su conducta estaba determinada por nociones preconcebidas o pasadas de lo que era apropiado a una dama. Para el feminismo, en cierto sentido, es un retorno al atavismo, y el antagonismo y la atracción sexual son funciones de la misma cosa. Hubo momentos en que ella creyó odiar al Sr. Ditmar, cuando la trataba con una actitud distante, una impersonalidad insuperable; momentos en que hacía una pausa en su dictado para mirarla con asombro. ¡Él, que se halagaba de haber entendido a las mujeres!

¡Ella se lo mostraría! tal era su determinación dominante. Su promoción asumió el disfraz de un desafío, de un guante que se lanzaba a los pies de su sexo. En cierto modo, un insulto, aunque increíblemente estimulante. Si se lisonjeaba de que le había hecho un favor, si se entretenía en la idea de que podría tomar ventaja de que el contacto con ella le permitiese hacer avances poco profesionales, lo averiguaría. Había proclamado su deseo de una asistente capaz en el lugar de la señorita Ottway, así que obtendría una, y nada más. Ella observó de cerca, como dicen los franceses, cualquier signo de sentimiento, y de hecho esta conciencia de estar en guardia puede haber tenido cierta influencia en la propia actitud del Sr. Ditmar, igualmente

irreprochable... Una joven bastante anémica, la Srta. Annie James, fue contratada para el antiguo puesto de Janet.

A pesar de esta actitud distante y alerta, por primera vez en su vida, Janet sintió la exuberancia de estar en contacto con asuntos de importancia. Hasta ahora, la fábrica había sido simplemente un monstruo codicioso que reclamaba su libertad y agotaba sus energías en tareas rutinarias, como la copia de documentos sin sentido; ahora, provista de estímulo y motivo, la Corporación comenzó a tomar importancia, y ella se lanzó al trabajo con un ardor hasta ahora desconocido, decidida a ser tan valiosa para Ditmar que llegaría el momento en que él no pudiese pasar sin ella. Se esforzó por memorizar ciertos nombres y direcciones, para no perder el tiempo en buscarlos, familiarizarse con el funcionamiento ordinario de la correspondencia, recordar qué cartas debían marcarse como "personales", para anticiparse a cuestiones de rutina, para evitar que no tuviese el tedio de repetir instrucciones; adquirió la facultad de mantener sus compromisos en su cabeza; llegaba temprano a la oficina, se quedaba después de la jornada, revisó los archivos y se familiarizó con su sistema; y aprendió a ordenar su correspondencia, separando lo importante de lo que no era importante, para protegerlo, cada vez más, de los numerosos visitantes que solo llamaban para perder el tiempo. Su instinto para la detección de agentes de libros, sin importar cuán enérgicos y prácticos sean, parecía infalible. Recordaba los rostros y los nombres que les pertenecían: una persona que una vez se observó como persona non grata nunca logró pasar dos veces. En una ocasión, Ditmar salió de su oficina para ver cómo uno de esos visitantes desaparecía en el pasillo.

"¿Quién era ese?" Preguntó.

"Su nombre es McCalla", dijo ella. "Pensé que no querías que te molestaran".

"¿Pero cómo te deshiciste de él?", Exigió.

"Oh, simplemente no dejándolo entrar", respondió ella con tono recatado.

Y Ditmar se fue, preguntándose... Así que ella lo estudiaba, sin permitirle sospechar, aprendiendo su idiosincrasia, su actitud hacia todos aquellos con los que él se contactaba diariamente. Se vio obligada a admitir que él era un juez de hombres, obligada a admirar su pericia en el trato con ellos. Podría ser democrático o autocrático, según lo requiera la ocasión; sabía cuándo ceder y cuándo permanecer inflexible. Una mañana, por ejemplo, llegó de Nueva York un vendedor apuesto de trato cordial, cuyo fino cabello se separaba cuidadosamente para ocultar una calvicie incipiente. Sus ojos cautelosos y ligeramente cansados sugerían de manera impresionante la atmósfera

metropolitana de alta presión y sofisticación de la que había salido. Traía una máquina para vender; una máquina increíble, dotada de inteligencia humana y más que infalibilidad humana; pero cuando cometió un error se detuvo. Estaba diseñada con el propósito expreso de eliminar de la nómina a las mujeres hábiles y de ojos afilados que se conocen como "gavetas", que se sientan todo el día bajo una luz del norte y que pasan pacientemente los extremos de la urdimbre a través del marco del arnés del telar. La imaginación de Janet se encendió gradualmente mientras escuchaba la elocuencia del visitante; y la industria textil, que hasta entonces le había parecido poco interesante y sórdida, adquirió los colores del romance.

"Ahora que me he decidido, le facilitaremos una, Sr. Ditmar", concluyó el vendedor. "Puedo decirle que preferiríamos tener una en Chippering antes que en cualquier fábrica de Nueva Inglaterra".

Janet estaba sorprendida, casi sorprendida al ver que Ditmar negaba con la cabeza, pero sentía cierta admiración porque no se había dejado engañar por los halagos. En esos momentos, cuando estaba empeñado en rechazar una solicitud, parecía que físicamente adquiría masividad y tenía una forma obstinada de masticar su cigarro.

"Todavía no la quiero", respondió él, "no hasta que la hayáis mejorado". Y a ella le impresionó el hecho de que él parecía saber tanto sobre la máquina como el propio vendedor. A pesar de las protestas, desmentidos y apelaciones, se mantuvo firme. "Cuando arregléis los defectos que he mencionado, regrese, Sr. Hicks, pero no regrese hasta entonces".

Y el señor Hicks se fue, desconcertado...

Ditmar sabía lo que quería. De la fábrica, él era el maestro absoluto, familiarizado con cada proceso, teniendo en mente constantemente cuántos husos, cuántos telares funcionaban; y si sucedía algo extraño, por lo que a Janet le pareció un proceso subconsciente, enviaba al superintendente del departamento, al Sr. Orcutt, quizás, cuya oficina estaba al otro lado del pasillo, un hombre alto, delgado y con anteojos de unos cincuenta años que parecía un maestro de escuela.

"Orcutt, ¿qué pasa con la habitación de Cooney?"

"¿Por qué?, el ventilador está fuera de servicio".

"Bueno, ¿de quién es la culpa?"

Conocía a todos los vigilantes y capataces de la fábrica, y muchas de las manos. Los viejos trabajadores, hombres y mujeres que habían estado trabajando en Chippering durante años buenos y malos, tenían un lugar en sus afectos, pero hacia la fuerza laboral en general, su actitud era impersonal. La

fábrica tenía que funcionar, y la gente tenía que hacerla funcionar. Con él, lo primero y último y siempre fue la fábrica, y poco a poco lo que había sido para Janet una masa heterogénea de maquinaria y seres humanos se unificaron y personificaron en Claude Ditmar. Era extraño cómo la esencia y la calidad de ese gran edificio habían cambiado para ella; cómo el rugido de los telares, cuando se acercaba al canal por las mañanas, había dejado de ser siniestro y deprimente, y ahora tenía una carga como una gran canción de batalla para emocionarla e inspirarla, para recordarle que había sido arrebatada por un milagro del lugar común. Y todo esto era a causa de Ditmar.

La vida se había vuelto portentosa. Y a ella no le preocupaban los escrúpulos de la lógica, sino que la glorificaba, en su falta de ella. No se preguntó por qué había ampliado deliberadamente los deberes de la señorita Ottway, había invadido un terreno discutible en parte inevitablemente personal, se había arrojado con tal abandono a la pasión de su vida, al mismo tiempo que mantenía una actitud engañosa de desapego, medio engañándose de que era celo por el trabajo. Ella realmente estaba echando combustible sobre las llamas. Ella lo leyó, hasta cierto punto como medida de lo necesario; y debajo de sus intentos de autocontrol, ella era consciente de un deseo dinámico que se traicionaba en muchos actos y signos, como cuando él la rozaba; y, ocasionalmente, cuando daba pruebas con sus subordinados de una cierta falta de temperamento inusual en él, ella experimentaba una emoción de poder vagamente alarmante pero deliciosa. ¡Y este, de todos los hombres, era el gran Sr. Ditmar! ¿Estaba enamorada de él? Esa pregunta tampoco la molestó. Ella continuó experimentando en su presencia oleadas de antagonismo y atracción, revelando a su vez las profundidades y posibilidades de su naturaleza que la asustaban mientras otras la fascinaban. Nunca se le ocurrió desistir. Ese anhelo en ella por la gran aventura no debía ser negado.

En las noches de verano, era costumbre de Ditmar cuando estaba en Hampton pasear por su jardín, cambiando de vez en cuando la posición del aspersor, fumando un cigarro y reflexionando gratamente sobre su existencia. Su casa, mientras la miraba contra el cielo blanquecino, era una morada eminentemente satisfactoria, su esposa estaba muerta, sus hijos no le causaban problemas; sintió un resplandor de orgullo paterno en su hijo mientras el niño corría en bicicleta por la acera; George era viril, grande y fuerte para su edad, y tenía una actitud dominante con otros chicos, lo que le proporcionaba a Ditmar un placer secreto. De Amy, que mostraba una tendencia a la rigidez, y había heredado el gusto de su madre por los dulces y los romances, Ditmar pensó que no le echaría un vistazo: la miraba mientras descansaba, leyendo, en una silla en el porche, pero lo hizo. No entraba dentro

de su gama de problemas. Los negocios, naturalmente, estaban entre los más grandes. Él había, aunque no lo sabía, acertado ética y filosóficamente al cuadrar su moral con su ocupación, y había tenido la suerte de vivir en un mundo cuyos códigos y convenciones se habían ajustado cuidadosamente a la búsqueda de esa marca particular de felicidad que él había hecho lo suya. ¿Por qué, entonces, en nombre de esa felicidad, de la paz, la cordura y el esfuerzo placentero, había permitido e incluso alentado el advenimiento de un nuevo elemento que amenazaba con destruir el equilibrio alcanzado? un ¿elemento que se negaba a ser clasificado bajo el título de propiedad, ya que implicaba algo que él deseaba y no podía comprar? Una mujer que resistiera el intento de convertirse en propiedad, era una anomalía en el universo de Ditmar. Por supuesto, no había existido durante más de cuarenta años sin haber oído y leído, e incluso había encontrado con una conocida o dos, una especie de atracción sexual llamada amor sentimental que a veces hacía ridículos a los hombres y hacía estragos en asuntos más importantes, pero en su experiencia, nunca había interferido con su cordura o su apetito o con Chippering Mill: nunca había hecho que sus cigarros tuvieran un sabor amargo; nunca había causado un deterioro en la apreciación de lo que había logrado y sostenido. Pero ahora experimentaba extraños síntomas de una intensidad fuera de toda proporción con las relaciones con el otro sexo. Lo que era más inusual para él, estaba alarmado y deprimido y en momentos irritable. Lamentó el impulso caprichoso y aparentemente accidental que lo había hecho fingir que tenía que andar con su automóvil ese día junto al canal, que lo había llevado a la incomparable idiotez de librarse de Miss Ottway e instalar a la perturbadora de su paz como su taquígrafa privada.

¿Qué diablos era en ella lo que lo hacía sentir tan incómodo? Cuando estaba en su oficina, tenía dificultades para concentrarse en asuntos importantes; la vigilaba furtivamente mientras recorría la habitación con movimientos ágiles y silenciosos que lo excitaban aún más porque sospechaba que, bajo su actitud externa y restringida, era una ferocidad que él ansiaba y temía. Pensaba en ella continuamente como una pantera, una pantera que había atrapado y no podía domesticar; ni siquiera la había atrapado, ya que ella podría escapar en cualquier momento. Tomó precauciones para no alarmarla. Cuando ella lo rozaba, él temblaba. Continuamente lo desconcertaba, y nunca podía adivinar lo que ella estaba pensando. Ella representaba todo un conjunto de valores nuevos e indeterminados para los cuales él no tenía precedentes a diferencia de todas las mujeres que había conocido, incluida su esposa. Tenía una integridad propia, aparentemente más allá del alcance de todas las influencias económicas y sociales. Por tanto, cuanto más exasperante era una propensión

a crear una intimidad sin sustancia, o sin la sustancia que ansiaba de que ella se convirtiera mágicamente para él en una especie de atmósfera envolvente y protectora. En un tiempo asombrosamente breve, había adquirido la costumbre de hablar con ella; naturalmente, no los asuntos de primera importancia, sino asuntos como la economía de su tiempo: cuando, por ejemplo, era más conveniente para él ir a Boston; y se daría cuenta de que ella había llamado por teléfono, sin que se lo dijeran, a la oficina de allí cuando debía esperarle su chófer para que estuviera a su disposición. Él nunca tuvo que decirle una cosa dos veces, ni ella interrumpió los procesos de su pensamiento como a veces había hecho la señorita Ottway. Sin darse cuenta, adoptó el hábito de escuchar las inflexiones de su voz, y aunque nunca le había faltado el poder de tomar decisiones, de alguna manera se las facilitó, especialmente si se trataba de una ecuación humana.

Tenía, al menos, consuelo si se trataba de reflejar que su reputación era segura, que no habría escándalo, ya que son necesarios dos para hacer el tipo de escándalo que siempre había temido, y la señorita Bumpus, al parecer, no tenía Intención de ser una segunda parte. Sin embargo, ella no era virtuosa, como hasta entonces habría definido la palabra. De esto estaba seguro. Ninguna mujer que se moviera como ella lo hacía, que tenía tal efecto en él, que en ocasiones, aunque inadvertidamente, le devolvía el rayo de su mirada, cuya rara risa se parecía a las notas de la gracia, y en cuyo pelo se encontraba esa torcedura casi imperceptible, era virtuosa. Esta convicción instintiva lo inflamó. Por primera vez en su vida, comenzó a dudar de la calidad de conquista universal de sus propios encantos, y cuando algo así le sucede a un hombre como Ditmar, está en peligro de sufrir un infierno. Se complacía cada vez menos con las reuniones de convivencia y las excursiones que hasta ese momento le habían brindado relajación y placer, y si sus amigos le preguntaban cuáles eran las razones de su negligencia, no respondía con su cordialidad habitual.

"¿Todo va bien en los talleres, coronel?", Le preguntó un día el señor Madden, el tesorero de una gran empresa de zapatos, cuando se encontraron en los azulejos de mármol del salón en su club de Boston.

"Todo bien. ¿Por qué?"

"Bueno", contestó Madden, en tono conciliador, "pareces preocupado, eso es todo. No lo sabía, pero creo que lo que te preocupa es la jornada de cincuenta y cuatro horas que acaba de aprobar la legislatura".

"Manejaremos esa situación cuando llegue el momento", dijo Ditmar. Aceptó una ginebra *Rickey*, pero rechazó de manera bastante brusca la sugerencia de una pequeña juerga el domingo a un complejo en el Cabo, que antes le habría

parecido atractivo. En otra ocasión, se encontró en el vestíbulo de la Casa Parker con un amigo más íntimo, Chester Sprole, cetrino, hecho a sí mismo, algo corpulento, uno de esos abogados que se reúnen en círculos de negocios y veían con recelo los brahmanes de su profesión; él había estado en el Congreso con más de la mitad de los políticos, y de vez en cuando era retenido por grandes intereses comerciales debido a sus persuasión con los comités de la legislatura, aunque había sido impotente para evitar la reciente calamidad de la jornada de cincuenta y cuatro horas de las mujeres y los niños. El cabello del Sr. Sprole era prematuramente blanco, y las patas de gallo en las esquinas de sus ojos no eran el resultado de preocupaciones legales.

"Hola, Dit", dijo jovialmente.

"Hola, Ches", dijo Ditmar.

"Ahora eres el tipo que querría ver. ¿Dónde te has estado escondiendo últimamente? Venga a la granja esta noche, los muchachos estarán allí". El Sr. Sprole, como muchos otros hombres, se sentía orgulloso de su granja, aunque no vivía una existencia precisamente bucólica.

"No puedo, Ches", respondió Ditmar. "Tengo que volver a Hampton".

Esta declaración el Sr. Sprole la aceptó imprudentemente como una ficción. Agarró el brazo de Ditmar.

"¿Una señora, eh?"

"Tengo que volver a Hampton", repitió Ditmar, con una sugerencia de truculencia que sorprendió a su amigo. De ninguna manera el Sr. Sprole habría ofendido al agente de Chippering Mill.

"Sólo estaba bromeando, Claude", se apresuró a explicar Ditmar, algo apaciguado pero todavía abatido, buscó el comedor cuando el abogado se había ido.

"¿Solo esta noche, coronel?", preguntó el camarero de color, obsequiosamente.

Ditmar exigió una mesa en la esquina y consumió una comida en solitario.

Muy naturalmente, Janet estaba al tanto del cambio en Ditmar y sabía la causa. Sus sentimientos eran complicados. Él, el hombre más importante en Hampton, la autosuficiencia, la poderosa cabeza hasta ahora distante e inalcanzable de la vasta organización conocida como Chippering Mill, de la que era una unidad insignificante, a veces, se convirtió para ella sólo en un hombre por quien ella había logrado un delicioso desprecio. Y el conocimiento de que ella, si lo elegía, podía dominarlo por el mero ejercicio de esa extraña fuerza femenina dentro de ella, era intoxicante y aterrador. Ella leyó esto en mil signos; en sus miradas; en sus movimientos revelando un deseo de tocarla; en

pequeñas cosas, aparentemente insignificantes, pero cargadas de significado. En una recurrencia constante de una actitud apologética tan ajena al Ditmar, concebido anteriormente, del cual había tenido evidencia ese día en el canal: y de esta actitud emanaba, paradójicamente, una corriente viril y galvánica profundamente perturbadora. A veces, cuando él se inclinaba sobre ella, experimentaba un éxtasis y un temor de que la tomara en sus brazos. Sin embargo, la tensión no era constante, subiendo y bajando con sus estados de ánimo. Por otro lado, un resentimiento hirvió dentro de ella. Stevenson dijo a John Knox que muchas mujeres habían venido a aprender de él, pero él nunca había condescendido en convertirse en aprendiz. Un comentario que era más o menos aplicable a Ditmar. Estaba, encantada de que él fuera viril y la deseara, pero su orgullo se había rebelado porque la deseara clandestinamente, adivinando su miedo al escándalo y odiándolo por ello como una pura sangre. Para hacerle justicia, el matrimonio nunca se le ocurrió. Ella no era tan común.

Sin embargo, hubo momentos en que la tensión entre ellos se relajó, cuando ocurría un incidente que enfocaba el interés de Ditmar en su empresa Chippering Mill. Un día de septiembre, por ejemplo, después de una ausencia a Nueva York, regresó a la oficina a última hora de la tarde, y ella se dio cuenta rápidamente de su euforia, de reconocer en él la presencia restaurada de la calidad de elán, de comando, de singularidad de propósito que lo había caracterizado antes de que ella se convirtiera en su taquígrafa. Al principio, mientras leía su correo, parecía poco consciente de su presencia. Se quedó de pie junto a la ventana observando la niebla blanca que se deslizaba sobre el río, vislumbrando vívidamente el azafrán borrando las luces de la manufactura Arundel en la parte más lejana. El otoño estaba a la mano. De repente oyó hablar a Ditmar.

"¿Le importaría quedarse un poco más esta noche, señorita Bumpus?"

"No, en absoluto", respondió ella, dándose la vuelta.

En su rostro había una sonrisa, casi juvenil.

"El hecho es que, creo que he conseguido el pedido más grande que ha recibido cualquier fábrica de Nueva Inglaterra", declaró.

"Oh, me alegro", dijo ella rápidamente.

“¿Las tarjetas de algodón?” exigió él.

Ella sabía que él se refería a los horarios, basados en los precios actuales del algodón, hechos en la oficina del agente y enviados por duplicado a la casa de ventas, en Boston. Ella los sacó del estante; y cuando los repasó, ella lo escuchó repitiendo los nombres de varios productos que ahora se vuelven

familiares, pongées, poplins, percales y voiles, garbardines y galateas, linos, organdíes, blusas de Madras, mientras él escribía las figuras en una hoja de papel. Tan completa fue su absorción en esta tarea que Janet, aunque a ella le había molestado la presión insinuante de su actitud anterior hacia ella, sintió una sensación paradójica de celos. En ese momento, sin levantar la vista, le dijo que llamara a la oficina de Boston y preguntara por el Sr. Fraile, el comprador de algodón; y ella aprendió de la charla por teléfono, aunque se trataba principalmente de "futuros" que Ditmar se había demorado en asistir a una conferencia en Boston cuando regresaba de Nueva York. Después de haber dictado dos telegramas que ella escribió en su máquina, él se reclinó en su silla; y aunque el negocio del día había terminado, mostró un deseo de detenerla. Su estado de ánimo se volvió comunicativo.

"He estado persiguiendo ese pedido durante un mes", declaró. "Por supuesto, no es asunto mío efectuar pedidos, sino administrar esta fábrica, y eso es suficiente para un solo hombre, Dios lo sabe. Pero me enteré de que los Bradlaugh tenían en el mercado estos productos, y le dije a la casa de ventas que esperaran, que iba a verlos. Fui a los Bradlaugh y me senté con ellos, viví con ellos, comí con ellos, los llevaba a casa por la noche. No los dejé solos ni un minuto hasta que me lo concedieron. No iban a dar a ningún otra manufactura en Nueva Inglaterra ni a ninguna de esas del sur la oportunidad de dejarme sin ellos. Porque tenemos las instalaciones. No hay otra fábrica en el país que los pueda sacar en el momento que lo pidan. Pero lo haremos, a menos que me caiga un rayo.

Se inclinó hacia delante, golpeó el escritorio con el puño, y Janet, de pie junto a él, sonrió. Ella tenía el tentador regalo del silencio. Olvidando su punzada de celos, ahora se sentía atraída hacia él, y en este estado de exuberancia infantil, de confianza en sí mismo y orgullo por sus poderes y éxito, a ella le gustaba más que nunca. Ella tenía, por primera vez, la curiosa sensación de ser años mayor que él, pero esto no le restaba admiración por un recién nacido.

"Hice estos talleres, y estoy orgulloso de ello", continuó. "Cuando el viejo Stephen Chippering me puso al cargo estaba perdiendo dinero, había tenido tres gerentes en cuatro años. El viejo sabía lo que hacía. Toda esta conversación sindical sobre menos horas de trabajo me pone enfermo porque, hubo un momento en el que trabajé diez y doce horas al día, y soy lo suficientemente hombre para hacerlo, si es necesario. Cuando Cort el último agente fue despedido, fui a Boston por mi cuenta y abordé al viejo caballero que es la única manera de llegar a cualquier parte. No podía soportar ver cómo la fábrica se desguazaba, y le dije una o dos cosas. Tenía los hechos y las cifras. Stephen Chippering era un hombre grande, pero había una racha de

obstinación en él, era conservador, por supuesto. Tenía que comunicárselo, había mucha madera muerta en esta planta, tenía que despertarlo al hecho de que el siglo XX estaba aquí. Tuve que demostrarle que era de Boston, ya sabes. Ditmar rió, pero dijo que yo le gustaba y confió en mí.

Eso fue en mil novecientos. Puedo recordar la entrevista como si hubiera ocurrido la noche anterior, nos sentamos hasta las dos de la mañana en esa biblioteca suya con los bustos de mármol y los libros encuadernados en cuero y las ventanas dobles que miran hacia el Charles, donde el viento soplaba un vendaval. Y al final dijo: “Está bien, Claude, adelante. Te pondré como gerente y te respaldaré”. Y por el trueno, él estuvo detrás de mí. Estaba callado, el anciano más guapo que jamás había visto en mi vida, derecho como una baqueta, con una pequeña perilla blanca y una cara roja y desgastada llena de pliegues, y una piel que parecía como si hubiera sido pinchada por completo con agujas. El viejo tipo de Boston. Parece que ya no hay más como él. Por eso, tengo una foto de él aquí".

Abrió un cajón de su escritorio y sacó una fotografía. Janet lo miró con simpatía.

"No te da ninguna noción de los ojos de él", dijo Ditmar, recordando. “Miraban directamente a través del cráneo de un hombre, sin importar lo grueso que fuera. Si algo salió mal, nunca perdí el tiempo en contárselo, y creo que fue una de las razones por las que le caí bien. Algunas de las personas que estaban aquí no lo entendían, se arrastraban hacia él, le tenían miedo, y si él pensaba que tenían algo bajo la manga, parecía que iba a comérselos vivos. Ojos regulares que luchan, del tipo que se mete dentro de un hombre y enciende la luz. Y se sentaba tan quieto que te hacía avergonzarte de ti mismo. Bueno, era un luchador nato, pasó de Harvard al Rebellion y fue dado por muerto en Seven Oaks, donde uno de la compañía lo encontró y lo salvó. Nunca hablaba de eso. Vea lo que escribió en la parte inferior 'Para mi amigo, Claude Ditmar, Stephen Chippering'. Y créeme, cuando una vez llamaba amigo a un hombre, nunca lo perdía. Solo sé una cosa, nunca conseguiré otro amigo como él".

Con un gesto que le dio una nueva visión de Ditmar, con reverencia tomó la foto de su mano y la volvió a colocar en el cajón. Ella se conmovió, casi hasta las lágrimas, y se alejó un poco de él, como para aminorar con la distancia la repentina atracción que había comenzado a ejercer: sin embargo, ella se quedó, medio inclinada, medio sentada en la esquina del escritorio grande, con la cabeza Inclinada hacia él, sus ojos se llenaron de luz. Se preguntaba si él podría alguna vez amar a una mujer como amaba a este hombre de quien había hablado, si podría ser tan fiel a una mujer. Su propia actitud no parecía

haber sido nunca más impersonal, pero ella había dejado de resentirse; algo dentro de ella susurró que ella era la directora, la inspiradora.

"Desearía que Stephen Chippering pudiera haber vivido para ver esta orden", exclamó, "¡para ver Chippering Mill hoy! Supongo que estaría orgulloso de eso, supongo que no se arrepentiría de haberme puesto como agente".

Janet no respondió. Se sentó a mirarlo con atención, y cuando él levantó los ojos y captó su mirada luminosa, su expresión cambió, supo que Stephen Chippering había desaparecido de su mente.

"Espero que te guste trabajar aquí", dijo. Su voz se había vuelto vibrante, congruente, había cambiado del maestro al suplicante y, sin embargo, a ella no le disgustaba. El poder de repente fluyó de nuevo hacia ella y con él un automando estimulante.

"Me gusta", respondió ella.

"Pero dijiste, cuando te pedí que fueras mi taquígrafa, que no te importaba tu trabajo".

"Oh, esto es diferente".

"¿Cómo?"

"Estoy interesada, los talleres significan algo para mí ahora, ya ves, no solo estoy copiando cosas de las que no sé nada".

"Me alegro de que estés interesada", dijo, con el mismo tono extraño e incómodo. “Nunca he tenido a nadie en la oficina que hiciera mi trabajo tan bien. La señorita Ottway era una buena taquígrafa, era capaz y una buena mujer, pero nunca tuvo la idea, el espíritu de la fábrica en ella como la tienes tú, y ella no pudo evitarme problemas, como tú lo haces. Es notable cómo has llegado a aprender, y en tan poco tiempo".

Janet se ruborizó. No lo miró, pero se levantó y comenzó a enderezar los papeles a su lado.

"Hay muchas otras cosas que me gustaría entender", dijo.

"¿Qué?" Exigió él.

"Bien, la fábrica. Nunca pensé mucho en eso antes, siempre lo odié”, gritó ella, soltando los papeles y de repente frente a él. “Solo era un trabajo pesado. Pero ahora quiero aprender todo, todo lo que pueda, me gustaría ver la maquinaria".

"Te llevaré a través de mí mismo, mañana", declaró.

Su evidente agitación la hizo detenerse. Estaban solos, la oficina exterior estaba desierta y el Ditmar que veía ahora, a quien había convocado con una facilidad ridícula en virtud de ese misterioso poder dentro de ella, ya no era el

agente de Chippering Mill, un chico lleno de entusiasmo por un Logro empresarial, sino un hombre, la encarnación y expresión del deseo masculino para ella. Ella sabía que podía obligarlo, si lo deseaba, a beber los vientos por ella.

"¡Oh no!", Exclamó. Le tuvo miedo, se encogió ante un signo tan evidente de su favor.

"¿Por qué no?", Preguntó.

"Porque no quiero que lo hagas", dijo, y se dio cuenta, tan pronto como había hablado, que sus palabras podrían implicar la existencia de algo entre ellos nunca antes insinuado por ella. "Haré que el señor Caldwell me la muestre". Se dirigió hacia la puerta y se volvió; aunque todavía ardiendo en su interior, su actitud se había vuelto recatada, reprimida. "¿Deseas algo más esta noche?" Preguntó ella.

"Eso es todo", dijo, y ella vio que estaba agarrando los brazos de su silla...

CAPÍTULO VII

El otoño estaba a mano. Todo el día había llovido, pero ahora, cuando caía la noche y Janet se iba a casa, la niebla blanca del río se deslizaba sigilosamente sobre la ciudad, disfrazando los lugares familiares y sórdidos. Estos se habían vuelto hermosos, misteriosos, de alguna manera atractivos. Los arcos eléctricos, manchas en el velo, revelaban en los árboles fantasmas comunes; y en la distancia, contra las luces borrosas de las tiendas de Warren Street que bordean el parque se podían ver vehículos fantasma, gente fantasma moviéndose de un lado a otro. Por lo tanto, a Janet le pareció que, invadida por una neblina nacarada, era su propia alma la que caminaba maravillada. Una neblina se disparó por todas partes con luces suaves y estimulantes, medio reveladoras, pero que transformaban y hacían etéreos ciertos hitos allí donde, antes, a ella no le había importado mirar. Estaba pensando en Ditmar, ya que lo había dejado agarrando su silla; cómo él, la había despedido, de forma brusca, casi salvajemente. Ella lo había herido, lo había rechazado, y persistía en ella era ese toque exquisito de miedo y el miedo ahora no estaba tanto inspirado por Ditmar como por el reconocimiento semirreconocido de ciertas tendencias y capacidades dentro de ella. Sin embargo, se regocijó con ellas, se alegraba de haber lastimado a Ditmar, le haría daño otra vez. Todavía palpitando, llegó a la casa de la calle Fillmore, deteniéndose un momento con la mano en la puerta, sabiendo que su rostro estaba enrojecido, ansioso por el temor de que su madre o Lise notaran algo inusual en su actitud. Pero, cuando ella había subido lentamente las escaleras y encendido la luz de gas en el dormitorio, la vista de la ropa de su hermana sobre las sillas era una prueba de que Lise ya se había puesto la ropa de gala y se había marchado. La habitación estaba llena del olor rancio de la ropa, que Janet detestaba. Abrió las ventanas, se quitó el sombrero y se limpió rápidamente, pero el alivio que sintió por la ausencia de Lise fue modificada por una protesta repentina y vehemente contra la sordidez. ¿Por qué no debería vivir sola en un entorno limpio y ordenado? Ella había comenzado a ganar lo suficiente, y de alguna manera se había abierto una perspectiva seductora, atractiva, cuyo final no podía ver... En el comedor, junto a la mesa despejada, su padre estaba leyendo el *Banner*; su madre apareció en la puerta de la cocina.

"¿Qué demonios te pasó, Janet?", Exclamó.

"Nada", dijo Janet. "El señor Ditmar me pidió que me quedara, eso era todo. Él ha estado fuera.

"Estaba preocupada, iba a hacer que tu padre bajara a la fábrica. Te he guardado algo de cena.

"No quiero mucho", le respondió Janet a ella, "No tengo hambre".

"Me parece que trabajas demasiado duro en ese nuevo lugar", dijo Hannah, mientras traía el plato lleno del horno.

"Bueno, pero ella parece estar de acuerdo, madre", declaró Edward, con quien siempre se podía contar para decir lo incorrecto con la mejor de las intenciones. "Nunca la vi tan bien porque ¡Cisne se está poniendo realmente bonita!"

Hannah lo miró de reojo, pero se contuvo, y Janet se sonrojó mientras intentaba comer los frijoles que tenía ante ella. El cerdo se había dorado y endurecido en los bordes, la salsa se había extendido, una corteza cubría las papas. Cuando su padre reanudó la lectura del *Banner* y su madre volvió a la cocina, comenzó a especular con bastante resentimiento y, sin embargo, con entusiasmo, por qué esta aventura con un hombre, con Ditmar, la hacía ver mejor, sentirse mejor, más viva. Era demasiado honesta para disfrazarlo de que era una aventura, llena de todo tipo de posibilidades, peligros y placeres. Su promoción había sido meramente incidental. Tanto su madre como su padre, ¿conocían las verdaderas circunstancias?; ¿que el Sr. Ditmar la deseaba y quizás estaba enamorado de ella? sería perturbador. Sin duda, creían que ella podría "cuidarse" a sí misma. Sabía que las cosas no podían seguir como estaban, que tendría que dejar pronto al Sr. Ditmar o, y aquí se mostró abatida por la lógica, ella no tendría posibilidad de dejarlo; quedarse, según las nociones de sus padres, estaría mal. ¿Por qué el hecho de hacer el mal estaba de acuerdo con ella, la energizaba, la hacía estar más alerta, más inteligente, mejorando sus facultades? Convertía un asunto aburrido en otro trascendental. Abandonar a Ditmar sería caer de nuevo en la monotonía, en algo de lo que ella había sido emancipada mágicamente, simbolizado por el hogar en el que estaba sentada; junto al mantel a cuadros rojos, la lámpara de metal feo, las sillas de cerezo con los asientos deshilachados, el sofá de crin en el que sobresalía el relleno, la almohada de mal gusto con sus colores, una vez alegres, que Lise había comprado en una ganga en el Bagatelle... El reloj de madera de forma redonda y con su pintoresco paisaje debajo era la herencia más querida de la familia y aunque familiar, no era tan malo; pero los dos grabados amarillentos de la pared la ofendían. Habían sido regalos de boda para el padre de Edward. Una representaba a una estúpida campesina alemana que sostenía a un bebé y se paraba frente a una cabaña con techo de

paja; su compañero era una escena selvática en la que se suponía que algunos rústicos se divertían. Entre los dos, y salpicados de manchas de moscas, colgaba un calendario de seguros en el que había una gran cabeza de mujer, florida, con pelo mullido, coqueta. Lise pensó que era hermosa.

La habitación era fea. Hacía mucho tiempo que lo sabía, pero esta noche se dio cuenta de que lo que más le molestaba era la nota que proclamaba, una aquiescencia muda, sin protesta ni lucha, hacia lo que la vida te podía enviar. Reflejaba con precisión la actitud de sus padres, particularmente de su padre. Con una extraña sensación de desapego, de lejanía crítica y desprecio, lo miró mientras él estaba sentado absorto en su periódico, con el rostro fruncido, los labios fruncidos y Ditmar se levantó ante ella. Ditmar, la encarnación de un indomable que se negó a ser golpeado y aplastado. Pensó en la historia que le había contado, cómo por autoafirmación y persistencia se había convertido en agente de Chippering Mill, cómo había convencido al Sr. Stephen Chippering de su capacidad. No podía pensar en la fábrica como perteneciente a los Chipperings y los otros accionistas, sino a Ditmar, que la había convertido en una expresión de sí mismo, ya que era su ideal. Y ahora parecía que él también lo había hecho suyo. Ella lamentó haberlo rechazado, recogió el plato y se levantó.

"No has comido nada", dijo Hannah, que había entrado en la habitación. "¿A dónde vas?"

"Fuera con Eda", respondió Janet....

"Es tarde", objetó Hannah. Pero Janet se marchó. En lugar de ir a casa de Eda, caminó sola, buscando las calles más tranquilas para que sus pensamientos pudieran fluir sin interrupciones. A las diez, cuando regresó, la luz estaba apagada en el comedor, su hermana no había vuelto y comenzó a desvestirse lentamente, deteniéndose de vez en cuando para sentarse en la cama y soñar. Una vez se sorprendió a sí misma mirando al cristal con una expresión de asombro que era casi una sonrisa. ¿Qué fue lo que atrajo a Ditmar sobre ella? No había notado nunca a ningún otro hombre. Ella nunca había pensado en la buena apariencia de sí misma, y ahora ¡estaba asombrada! Parecía haber cambiado, y vio con orgullo que sus brazos y cuello estaban bien formados, que su cabello oscuro caía en cascada sobre sus hombros blancos hasta su cintura. Ella lo acarició; estaba bien. Cuando volvió a mirar, una radiancia pareció envolverla. Ella trenzó su cabello lentamente, en dos largas trenzas, mirando tímidamente en el espejo y siempre viendo esa luminosidad...

De repente, se dio cuenta de que estaba haciendo exactamente lo que había despreciado hacer a Lise, y al desentenderse del espejo se apresuró a ir al baño, apagó la luz y se metió en la cama. Durante mucho tiempo, sin embargo,

permaneció despierta, girándose primero de un lado y luego del otro, intentando borrar de su mente el episodio que la había excitado. Pero siempre volvía otra vez. Vio a Ditmar ante ella, viril, vital, eléctrico de deseo. Por fin se quedó dormida.

Poco a poco fue despertada por algo que penetraba en su conciencia, algo insistente, generalizado, que no podía escaparse, que no podía definir con la somnolencia. La luz estaba encendida, Lise había entrado y se movía peculiarmente por la habitación. Janet la observaba. Se paró frente al escritorio, justo como había hecho Janet, con las manos en la garganta. Por fin, los dejó caer, girando la cabeza lentamente, como dibujada, por un poder irresistible e hipnótico, y sus ojos se encontraron. Los de Lise fueron mostrados, como los de un perro cuya cabeza está siendo acariciada, expresando un sueño exuberante, incomprensible y apasionado.

"Oye, ¿te desperté?" Preguntó ella. "Hice lo mejor que pude para no hacer ningún ruido".

"No fue el ruido lo que me despertó", dijo Janet.

"No podría haber sido".

“¡Has estado bebiendo!” Dijo Janet, lentamente.

Lise se rió.

"¿Qué te importa, cara de ángel?", Preguntó ella. "Cálmate, ahora, y adiós".

Janet saltó de la cama, la agarró por los hombros y la sacudió. Estaba cojeando y comenzó a gemir.

“Ya basta cabo deje que me vaya. No te interesa lo que hago, acabo de tomar un cóctel".

Janet la soltó y retrocedió.

"Acabo de tener una copa, ¡juro a Dios!"

"¡No vuelvas a decir eso!", Susurró Janet, con fiereza.

"Oh muy bien. Por el amor de Dios, vete a la cama y déjame en paz. Puedo cuidarme sola, supongo que no estoy lo suficientemente chiflada como para seguir tomando alcohol. Pero no soy como tú, tengo que divertirme un poco para seguir con vida".

“¡Un poco de diversión!” Exclamó Janet. La frase la golpeó bruscamente. ¡Un poco de diversión para mantenerte viva!

Con ese mismo movimiento peculiar y cauteloso que había observado, Lise se acercó a una silla y se hundió en ella, sacudiendo la cabeza en dirección a la habitación donde dormían Hannah y Edward.

"¿Quieres despertarlos? ¿Es ese tu juego? ”Preguntó ella, y comenzó a hurgar en su cinturón. Superando con esfuerzo un disgusto que le produjo náuseas, Janet se acercó a su hermana de nuevo, desvistiéndola poco a poco, y finalmente la metió en la cama, donde de inmediato cayó en un profundo sueño. Janet también se acostó, pero dormir era imposible: el olor acechaba como un espíritu asqueroso en la oscuridad, mezclándose con el aire estancado y húmedo que entraba por la ventana abierta, saturándola con horror: parecía la esencia misma de la degradación. Pero mientras yacía en el borde de la cama, encogiéndose por la contaminación, en medio de la emoción inspirada por un miedo sin nombre, ella se inflamó. Podía sentir y casi oír los latidos de su corazón. Se levantó, palpó la envoltura y las zapatillas, buscó la puerta y se arrastró por el pasillo oscuro hasta el comedor, donde encendió sigilosamente la lámpara; la oscuridad se había convertido en un terror. Una cucaracha se escurrió por el linóleo. La habitación era cálida y cercana, apestaba a olor a comida rancia, pero al menos ella encontró alivio de ese otro olor. Se hundió en el sofá.

Su hermana estaba borracha. Eso en sí mismo era lo suficientemente terrible, pero no era solo la embriaguez lo que enfermaba a Janet, sino la sugerencia de algo más. ¿Dónde había estado Lise? ¿Con qué compañía se había emborrachado? En los últimos tiempos, en contraste con la comunicatividad anterior, Lise había sido singularmente reservada en cuanto a sus compañeros, y la forma en que pasaban las noches; y ella, Janet, se había vuelto demasiado absorta en sí misma para tener curiosidad. Lise, con el cínico conocimiento de la vida y la alta valoración con la que sostenía sus encantos, parecía estar a salvo del peligro; pero Janet recordó su desaliento, su amenaza de dejar Bagatelle. Desde entonces había habido algo furtivo en ella. Ahora, debido al olor a alcohol que exhalaba, Lise había destruido en Janet la sensación de euforia, de la vida en un plano más alto que ella había empezado a sentir, y al sentirse llena de degradación, llegó a odiar a Lise, no sintiendo por su hermana ningún tipo de pena. Una prueba, si lo hubiera reconocido, de que la inmoralidad no es una cuestión de leyes y decretos, sino de emociones individuales. Unas horas antes, ella no había visto nada malo en su relación con Ditmar: ahora lo veía egoísta, despiadado, persiguiendo su propia gratificación. Como hombre, se había convertido en un enemigo. Ditmar era como todos los demás hombres que explotaban su sexo sin reparo, pero la idea de que era como Lise, dormida en un estupor borracho, de que sus casos solo diferían en grado, era insoportable.

Por fin, se quedó dormida de puro cansancio, para soñar que estaba con Ditmar en algún lugar del país bajo los árboles; Silliston, tal vez el común

de Silliston hábilmente disfrazado: tampoco estaba segura, siempre, de que el hombre fuera Ditmar; tenía una manera de cambiar, de parecerse al hombre que había conocido en Silliston, a quien había confundido con un carpintero. Le estaba suplicando, en su voz había una vibración peculiar que la emocionaba, que hacía que algo respondiera desde lo más profundo de ella, y se sintió rendirse con un extraño éxtasis en el que se mezclaban la alegría y el terror. El terror estaba conquistando la alegría, y de repente transformado ante sus ojos, caricaturizado, se convirtió en un monstruo que gritaba, de quien ella intentó escapar en la agonía... En esta parálisis de miedo, despertó, mirando con los ojos muy abiertos a la llama parpadeante de la lámpara, a un mundo lleno de insoportables sonidos, ¡la sirena de Chippering Mill! Estaba temblando con el horror del hechizo de los sueños. Ella, todavía más que medio convencida de que la sirena era la voz de Ditmar, su verdadera expresión. Estaba esperando para devorarla. ¿El sonido nunca terminaría?...

Luego, recordando dónde estaba, alarmada por la posibilidad de que su madre entrara y la encontrara allí, dejó el sofá, apagó la lámpara y entró corriendo en el dormitorio. La lluvia salpicaba los ladrillos, las sombras de la noche aún acechaban en las esquinas; por la luz gris miró a Lise, que respiraba fuerte y se movía incómoda, con la boca abierta y los labios resecos. Janet la tocó.

“¡Lise, levántate!” dijo ella. "Es hora de levantarse." Ella la sacudió.

"Déjame en paz"

"Es hora de levantarse. El silbato ha sonado".

Lise abrió pesadamente los ojos. Estaban inyectados en sangre.

"No quiero levantarme. No me levantaré.

"Pero debes hacerlo", insistió Janet, apretando su agarre. "Tienes que desayunar e ir a trabajar".

"No quiero desayunar, ya no voy a trabajar".

Una ráfaga de viento sopló hacia el interior de las cortinas de encaje baratas, y su efecto físico enfatizó el frío que golpeaba el corazón de Janet. Se levantó y cerró la ventana, encendió el gas y, volviendo a la cama, volvió a sacudir a Lise.

"Escucha", dijo, "si no te levantas, le contaré a mamá lo que pasó anoche".

"Oye, ¡no lo harás!" Exclamó Lise, enojada.

"¡Levántate!" Ordenó Janet, y la miró con ansiedad, sin saber cuáles serían los efectos de la embriaguez. Pero Lise se levantó. Se sentó en el borde de la cama y bostezó, poniendo su mano en su frente.

"¡Como me duele la cabeza!", remarcó.

Janet guardó silencio, más enojada que nunca, sorprendida de que la tragedia, y la degradación, pudiera ser aceptada de manera circunstancial. Lise procedió a peinar su cabello. Parecía ser dueña de sí misma; sólo cansada, boquiabierta con frecuencia. Una vez comentó: "No veo lo bueno de volverse loco por un cóctel".

Al ver que Janet no debía ser llevada a la polémica, se volvió morosa.

El desayuno en la calle Fillmore, que nunca fue una comida animada, fue más deprimente de lo normal esa mañana, y se tomó acompañado del agua que caía de los techos en el pavimento del pasaje. La indisposición de Lise pasó inadvertida tanto por Hannah como por Edward; y a las ocho menos ocho minutos, las dos niñas, con impermeables y paraguas, salieron juntas de la casa, aunque era costumbre de Janet partir antes, ya que tenía que ir más lejos. Lise, desconfiada, mantuvo un silencio obstinado, manteniéndose cerca del bordillo. Llegaron a la esquina de la tienda de comestibles con los cromos rosa y naranja de las jaleas en la ventana.

"Lise, ¿te ha pasado algo?" Preguntó Janet de repente. "Quiero que me cuentes."

"Algo pasó, ¿qué quieres decir?

¿Pasó cualquier cosa?"

"Sabes muy bien lo que quiero decir".

"Bueno, supongamos que algo ha pasado" La respuesta de Lise fue desafiante. "¿Qué supone para ti? Si algo ha pasado, me ha pasado a mí, ¿no es así?

Janet se acercó a ella.

"¿Qué estás tratando de hacer?", dijo Lise. "¿Empujarme a la cuneta?"

"Supongo que ya estás allí", dijo Janet.

Lise sintió un repentino acceso de furia. Se volvió hacia Janet y la empujó hacia atrás.

"Bueno, si soy yo, ¿quién me va a culpar?", gritó. "Si tuvieras que trabajar todo el día en ese hoyo, por seis a la semana, supongo que tampoco hablarías tan virtuosa". Es fácil para ti dispararte, tienes un chasquido suave con Ditmar".

Janet estaba indignada. Ella no pudo contener su ira.

"¿Cómo te atreves a decir eso?" Preguntó ella.

Lise estaba acobardada.

“Bueno, me condujiste a ello, me has enojado lo suficiente como para reprocharte algo. Solo porque fui a Gruber con Neva Lorrie y un par de

caballeros, todos eran caballeros, tan caballeros como Ditmar, luego vienes conmigo y me dices que estoy mal”. Ella comenzó a sollozar. "Soy tan recta como tú. ¿Cómo iba yo a saber que el cóctel estaba tan cargado? Tal vez estaba cansada de todos modos, eso me puso rara, y todo en el lugar comenzó a bailar tangos a mi alrededor y Neva vino a casa conmigo".

Janet sintió una oleada de alivio, en la que se mezclaban ansiedad y resentimiento: alivio porque estaba convencida de que Lise estaba diciendo la verdad, ansiedad porque temía por el futuro de Lise, resentimiento porque Ditmar había sido mencionado. Sin embargo, lo que más había temido no había sucedido. Lise la dejó bruscamente, corriendo por una calle que conducía a la entrada trasera de Bagatelle, y Janet siguió su camino. ¿Dónde, se preguntaba, terminaría todo? Lise había escapado hasta ahora, pero la embriaguez era una señal ominosa. Y "¿caballeros?" ¿Qué clase de caballeros habían llevado a su hermana a Gruber? ¿Ditmar haría ese tipo de cosas si tuviera la oportunidad?

El pavimento frente a las casas de huéspedes de la Compañía, junto al canal, estaba cubierto de hojas empapadas de los arces por la lluvia que cayó en la noche. El cielo sobre el molino era sepia. Luces blancas ardían en las habitaciones del telar. Cuando llegó al vestíbulo, Simmons, el vigilante, le informó que el señor Ditmar ya había estado allí y se había marchado a Boston.

A Janet no le gustaba darse cuenta de su decepción al enterarse de que Ditmar había ido a Boston. Ella sabía que él no había tenido tal intención la noche anterior; un correo acumulado y muchos asuntos que demandaban decisiones le estaban esperando; y su repentina partida parecía un acto dirigido personalmente contra ella, en forma de represalia, ya que ella lo había ofendido y rechazado. A través del acto degradante de Lise, había llegado a la conclusión de que toda aventura y el consiguiente sufrimiento tenían que ver con el hombre. Convicción peculiarmente enloquecedora para temperamentos como el de Janet. Por lo tanto ella interpretó su sufrimiento en términos de Ditmar, ella había esperado atormentarlo de nuevo, y al partir, él la había rechazado deliberadamente y la había engañado. La lluvia caía incesantemente de los cielos negros, la noche parecía estar siempre lista para descender al río, una oscuridad según el joven Sr. Caldwell debido no solo a las nubes, sino a incendios forestales a cientos de kilómetros de distancia, en Canadá. Sin embargo, a medida que avanzaba el día, su ira gradualmente dio lugar a una depresión y cansancio extremos, y aún así temía ir a casa, inventando cosas que hacer por sí misma; organizando y reorganizando los documentos de Ditmar para que él pudiera tener menos problemas para clasificarlos,

priorizando los más importantes o los que ella creía que él consideraría los más importantes. En un mundo de caos inminente, la oficina brillantemente iluminada era un pequeño refugio al que se aferraba. Por fin se puso el abrigo y el impermeable, avanzando a regañadientes hacia la humedad.

Al principio, cuando entró en el dormitorio, pensó que estaba vacío, aunque el gas estaba encendido, y ella vio a Lise acostada boca abajo en la cama. Por un momento se quedó quieta, luego cerró la puerta suavemente.

"Lise", dijo ella.

"¿Qué?"

Janet se sentó en la cama, extendiendo la mano. Inconscientemente, comenzó a acariciar la mano de Lise que al momento se volvió y apretó por su cuenta.

"Lise", dijo, "entiendo por qué tú" ella no podía pronunciar las palabras "te emborrachaste", "entiendo por qué lo hiciste. No debería haberte hablado de esa manera. Pero fue terrible despertarme y verte."

Durante un rato, Lise no respondió. Luego se levantó, peinando su cabello con un gesto involuntario, mirando a su hermana con una mirada desconcertada, con el rostro fruncido. Sus ojos ardían, y debajo de ellos había sombras negras.

"¿Qué quieres decir con que entiendes?", Preguntó lentamente. "Nunca tomaste alcohol".

Incluso el lenguaje de Lise, que normalmente la ofendía, no cambiaba su repentino estado de ánimo apasionado y arrepentido. Estaba asombrada de sí misma por este repentino ablandamiento, ya que realmente no amaba a Lise, y durante todo el día la había odiado, deseaba no volver a verla.

"No, pero puedo entender cómo sería querer hacerlo", dijo Janet. "Lise, creo que estamos buscando ambas algo que nunca encontraremos".

Lise la miró fijamente, desconcertada, como una persona que se despierta del sueño, cuyas facultades están siendo forzadas hacia la comprensión.

"¿Qué quieres decir?", preguntó ella. "¿Tu y yo? Estás bien, no tienes ningún golpe pendiente".

"La vida es difícil, es difícil para las chicas como nosotras, queremos cosas que no podemos tener”. Janet tenía problemas para expresarse a sí misma.

"Bueno, no es un sueño imposible", estuvo de acuerdo Lise. Su mirada se volvió involuntariamente hacia la imagen de la cena olímpica fijada en la pared. "Las olas se divierten", agregó.

"Tal vez ellos también lo pagan", dijo Janet.

"No me gustaría tener que pagar y no obtener los bienes", declaró Lise.

“Pagarás, y no lo conseguirás. Este tipo de vida es el infierno", exclamó Janet.

Egocéntrica como estaba Lise, absorta en su propio problema y presentando incomodidad física, estas palabras no acostumbradas de su hermana y la vehemencia con que hablaba sorprendida y asustada, le trajeron a casa un poco de terror en el alma de Janet.

Janet había esperado descubrir la identidad del hombre que había llevado a Lise a Gruber, pero no intentó continuar la conversación. Ella se levantó y se quitó el sombrero.

"¿Por qué no te vas a la cama?", Preguntó. "Le diré a mamá que tienes dolor de cabeza y te traeré tu cena".

"Bueno, lo haré", respondió Lise, agradecida.

Quizás la característica más desconcertante de ese complejo asunto, el organismo humano, es la falta de continuidad de sus estados de ánimo. El alma, llamada así, es tan sensible a las condiciones físicas como un barómetro: es afectado por la falta de sueño, por los olores y los sonidos, por la comida y por el clima. Ya sea un día zafiro u obsidiana. Las resoluciones que surgen de un estado de ánimo se ven frustradas por las acciones del siguiente. Janet había observado este fenómeno y, a veces, cuando la inquietaba, se consideraba la criatura más inconsistente y vacilante. Antes de quedarse dormida, había resuelto abandonar Chippering Mill, desterrar a Ditmar de su vida, obtener un puesto en Boston, desde donde podría enviar parte de su salario a casa y por la mañana, en su camino hacia la oficina, la determinación le dio un sentido de paz y unidad. Pero el viento del noroeste soplaba. Había ahuyentado la niebla y las nubes y el humo de Canadá. El sol brillaba con un alto brillo, los olmos del Común proyectaban sombras negras en los pavimentos, y cuando llegó a la oficina y miró por la ventana, vio el río azul cubierto de olas de plata que se perseguían a través de la corriente. Ditmar aún no había regresado a Hampton. Alrededor de las diez de la mañana, cuando estaba copiando algunas cifras para el Sr. Price, el joven Sr. Caldwell se le acercó. Tenía un periódico de Boston en la mano.

"¿Has visto este artículo sobre el Sr. Ditmar?", Preguntó.

"Sobre el Sr. Ditmar? No."

"Es una gran despedida para el Coronel", dijo Caldwell, quien a veces no solía usar el título de forma facetada. "Escucha; una de las figuras más notables de la industria textil de los Estados Unidos, Claude Ditmar, agente de Chippering Mill". Caldwell extendió la página y señaló una foto. "Ahí está, tan grande como la vida".

Un poco más grande que la vida, pensó Janet. Ditmar era uno de esos hombres que, según la expresión va, toman del pozo de la riqueza, un activo valioso en carreras semi-públicas; y mientras estaba parado a la luz del sol en los escalones del edificio, él parecía aún más masivo, contundente y preponderante de lo que ella lo había conocido. Al contemplarlo de esta manera y alabado en una impresión pública, pareció repentinamente haberse alejado de ella, haber recuperado en un punto la mareada importancia que había tenido para ella antes de que ella se convirtiera en su estenógrafa. Le resultaba imposible darse cuenta de que este era el Ditmar que la había perseguido y deseado; de forma a veces suplicante, apologética, abyecta; y había sido revelado por la luz en sus ojos y el temblor de su mano como el macho depredador siniestro y despiadado de quien desde la revelación de su hermana Lise, ella había decidido huir y, a quien se había convencido a sí misma, despreciaba. Era un hombre más grande de lo que ella había pensado, y mientras leía rápidamente la columna, la fascinación que se apoderaba de ella se mezclaba con inquietantes dudas sobre sus propios poderes: ahora era difícil creer que ella había dominado o podría dominar este ego de persona suficiente y exitosa, la lista de cuyos logros y cualidades era tan seductoramente expuesta por un entrevistador que él mismo había sido una víctima.

El artículo tenía la implicación de que el hombre de negocios estadounidense moderno y práctico era el tipo más elevado que había proporcionado hasta ahora la civilización. Por el esfuerzo de tales hijos, ella continuaba manteniendo su posición de mando entre los estados hermanos. Entre las cualidades que contribuyeron a su éxito estaba la mentalidad abierta, "la voluntad" de mejorar la maquinaria cuando sus competidores aún se aferraban a métodos más antiguos. La fábrica de Chippering nunca había tenido una huelga seria, indicación de una habilidad para lidiar con el trabajo; y así seguían los puntos de vista del Sr. Ditmar sobre el trabajo: si su gente tenía una queja, les permitía que acudieran a él para resolverla. No hay sindicatos. Él siempre se había negado a reconocerlos. Se mencionó la orden de Bradlaugh como el encargo más grande jamás otorgado a una sola fábrica, una referencia a la emoción y la especulación que había despertado en los círculos comerciales. La capacidad de Claude Ditmar era incuestionable; sólo había que mirarlo, la ejecución, tenacidad, contundencia, fueron descritas sobre él.... Además, el artículo contenía gran cantidad de material de carácter autobiográfico que pensó Janet debía haber sido suministrado por el mismo Ditmar, cuya modestia evidentemente se había reducido debido al auto-elogio más burdo de una entrevista. Pero ella reconoció varias frases características.

Caldwell, observándola mientras leía, se sintió repentinamente fascinado. Durante un viaje al extranjero, cuando aún era estudiante, una vez vio la cara de una actriz, una muy buena actriz parisina, iluminada de esa manera; y le había revelado, en un instante, el significado del entusiasmo. Ahora Janet se volvió viva para él. Debe haber algo inusual en una persona cuyos sentimientos podrían ser tan intensos, cuyas emociones parecían tan verdaderas. Él no era poco sofisticado. A veces se había preguntado por qué Ditmar la había promovido, aunque reconocía su capacidad. Admiraba a Ditmar, pero no se hacía ilusiones sobre él. Harvard y el nacimiento en un estrato social donde el énfasis es superfluo, le permitió sonreír ante la exuberancia del reportero; y él estaba atraído hacia ella para ver en el rostro enrojecido de Janet el indicio de una sonrisa cuando lo miró cuando había terminado.

"El Coronel hipnotizó a ese reportero", dijo, mientras tomaba el papel; y su risa, a pesar de su pequeño temblor, traicionó en ella un insospechado y humorístico sentido de la proporción. "Bueno, me quitaré el sombrero", continuó Caldwell. "Es una maravilla, tiene la fábrica a toda capacidad en una semana. Está de acuerdo en entregar esos bienes a los Bradlaugh para el primero de abril, y Holster, del Clarendon, jura que no se puede hacer, dice que Ditmar está loco. Bueno, puedo perder veinticinco dólares con él.

Esta lealtad agradó a Janet, tuvo el extraño efecto de revivir la lealtad en ella. Le gustó esta evidencia de la confianza de Dick Caldwell. Era un joven independiente y trabajador, con el cabello rizado, cordial y amistoso, pero nunca íntimo con el empleador; le gusta pero se entiende tácitamente que su posición difiere de la de ellos. Era primo de los Chipperings, y estaba destinado a una rápida promoción. Se iba todos los sábados, se sabía que pasaba los domingos y días festivos en lugares encantadores, para volver enrojecido y bronceado; y aunque nunca hablaba de estas excursiones, y no ponía aires de superioridad, había eso en sus maneras e incluso en el corte de sus trajes que lo proclamaban como perteneciente a una esfera particular, a una categoría de seres afortunados cuyos tropiezos no son fatales, que se sostienen desde arriba. Incluso Ditmar no era de esos.

"Acabo de mostrar la fábrica a unos intelectuales", le dijo a Janet. "Hicieron preguntas suficientes para abatir a un profesor de economía".

Y a Janet de repente se le impuso preguntar:

"¿Me la mostrará, señor Caldwell?"

"¿Nunca has pasado?", Exclamó. "Vaya, iremos ahora, si puedes perder el tiempo".

Su rostro se había vuelto escarlata.

"No se lo digas al señor Ditmar", suplicó. "Él quería llevarme por sí mismo".

"Ni una palabra", prometió Caldwell cuando salieron de la oficina juntos y bajaron a las fuertes puertas de hierro que conducían al Departamento del Algodón. La muestra de visitantes ocasionales se había vuelto más aburrida; pero ahora que su curiosidad e interés se habían despertado, era consciente de una gran estimulación cuando miró la cara de Janet. Su iluminación lo dejó perplejo. El efecto fue el de una imagen colgada de forma oscura y hasta el momento apenas notada sobre la cual la luz se había enfocado repentinamente. Brillaba con un extraño y perturbador resplandor...

En cuanto a Janet, de repente, se dio cuenta de un milagro en cuya presencia había vivido durante muchos años y del que nunca antes había sospechado. El milagro de la maquinaria, del triunfo del hombre sobre la naturaleza. En el breve espacio de una hora contempló las balas sucias arrojadas desde los vagones de carga en los apartaderos transformarse en delicados tejidos enrollados en los telares; algodón que solo el verano pasado, tal vez, mientras ella estaba sentada escribiendo a máquina, había estado creciendo en los campos del sur.

Lo había visto desgarrado por los que rompían las balas, soplado en los abridores, aflojado, limpio y seco; laminado, bateado, cardado, emergiendo como un poco de humo blanco en una devanadera y enrollándose automáticamente en un huso. Una vez más, aplanándose en una vuelta, dada a una rueca, seleccionado con precisión sobrehumana aquellas briznas para el tejido más fino, empujándolo de nuevo en otra rueca de película, lista para los marcos de dibujo. Tomaron seis de estas cuerdas de telaraña y otra vez seis. Luego vinieron los marcos voladizos, girando y liando, mientras mantenían la más delicada de las tensiones para que no se rompiera la cuerda, uniendo las hebras en un hilo que se hacía cada vez más fuerte y más fino, hasta que estaba listo para enrollar.

Caldwell se acercó a ella, gritando sus explicaciones en su oído, mientras ella se esforzaba por seguirlas. Pero estaba asombrada y fascinada por la maravillosa rapidez, precisión y facilidad con que cada una de las complejas máquinas, alimentadas por manos humanas, cumplía su función. Estas manos humanas también eran rápidas, como cuando empujaban las bobinas de la mecha en los marcos que giraban sobre los anillos para ser retorcidos en hilo. Vio a una mujer, en un instante, reparar un hilo roto. Las mujeres y los niños trabajaban aquí, los muchachos levantan las bobinas llenas de hilo con una mano y cogían las bobinas vacías con la otra; mientras que los trabajadores cualificados, alertas por el primer signo de problema, seguían

hacia arriba y hacia abajo el marco largo de la rueca. Después del giro, los pesados carretes de hilo son llevados a una viga combadora, solo como una enorme tela de araña, donde cientos de hilos se estiran simétricamente y se enrollan uniformemente, lado a lado, en un gran cilindro, formando la urdimbre del tejido para tejer en el telar. Primero, sin embargo, esta urdimbre debe endurecerse o "cortarse" con almidón y sebo, secarse sobre tambores calientes y, finalmente, enrollarse alrededor de una gran viga de la cual se recogen una gran cantidad de hilos, uno por uno, y se deslizan a través de los ojos de los arneses de los telares manejados por mujeres que se sientan todo el día bajo las ventanas del norte que dan al canal de las que Ditmar había hablado. Luego, los arneses se colocan en el telar, los hilos se unen al cilindro en el que se enrolla la tela.

Los telares absorbieron y fascinaron a Janet por encima de todo lo demás. Parecía como si nunca se cansara de ver el rítmico ascenso y descenso de los arneses, cada movimiento rápido formando una V en la urdimbre, dentro del ángulo desde el cual las diminutas lanzaderas iban y venían de un lado a otro, llevando el hilo que llenaba la tela con una rapidez tan grande que el ojo apenas podía seguirla; para quedar atrapado en el otro lado donde el ángulo se cerraba, y se arrojaba hacia atrás y hacia atrás otra vez. Y en los elaborados patrones, no se utilizaba uno, sino varios arneses, cada uno esperando su turno para que el impulso lo subiera y bajara... Bruscamente, mientras miraba, una de las máquinas se detuvo, un tejedor se apresuró, buscó en la urdimbre el hilo roto, lo ató y de nuevo el telar reanudo su marcha.

"Eso es inteligente", dijo Caldwell, en su oído. Pero ella solo pudo asentir en respuesta.

El ruido en las salas de tejer era ensordecedor, el calor era opresivo. Ella comenzó a preguntarse cómo estos hombres y mujeres, niños y niñas soportaban la tensión durante todo el día. Nunca antes había pensado mucho en ellos, excepto en comparar vagamente su monotonía de la que ahora había sido emancipada; pero comenzó a sentir un nuevo respeto, una nueva preocupación, una nueva curiosidad e interés mientras los observaba pasar de un lugar a otro con indiferencia entre los telares girando, subiendo y bajando por los estrechos pasillos, flanqueados a ambos lados por ese desconcertante y atronador ruido. Maquinaria cuyas superficies pulidas atrapaban continuamente y arrojaron hacia atrás la luz de las bombillas eléctricas en el techo. ¿Cómo era posible vivir durante horas en este caos sin perder la presencia de la mente y empujando la mano o el cuerpo en el lugar equivocado? ¿O quedarse sordo? Nunca antes se había dado cuenta de lo que significaba el trabajo de los telares, aunque había leído sobre los

accidentes. Pero estas personas incluso los niños parecían ajenos al ruido y al peligro, concentrados en sus tareas, inconscientes de la presencia de un visitante, salvo ocasionalmente cuando captaba una rápida mirada de una mujer o niña, una mirada, quizás, de envidia o incluso de hostilidad. Las caras oscuras y extrañas brillaban, y al instante se volvieron aburridas de nuevo, y luego fue consciente de los terrores al acecho, a pesar de su exaltación, su sensación de pertenecer a otro mundo, un mundo asociado de alguna manera con Ditmar. ¿No fue él quien la levantó más allá de todo esto? ¿No fue por gracia de su asociación con él que estaba allí, una espectadora del trabajo? Sin embargo, el terror persistió. Ella, actualmente, saldría del ruido, el calor húmedo opresivo de las salas de dibujo e hilado, la amenaza constante e implacable de las ruedas giratorias y los piñones y las poleas. ¿Pero ellos?... Ella se acercó al lado de Caldwell.

"Nunca lo supe" dijo ella. "Debe ser difícil trabajar aquí".

Él le sonrió, tranquilizadoramente.

"Oh, a ellos no les importa", respondió. “Es como un centro de salud en comparación con las condiciones en que vive la mayoría de ellos en casa. Por eso, hay mucha ventilación aquí, y tienes que tener una cierta cantidad de calor y humedad, porque cuando el algodón está frío y seco no se puede estirar ni girar, y cuando está caliente y seco, la electricidad es problemática. Si crees que esta humedad es mala, deberías ver un molino con el antiguo sistema de ollas de vapor con el vapor disparándose hacia la habitación. ¡Mire aquí! ”Condujo a Janet al aparato en el que el aire puro es forzado a través de paños mojados, eliminando el polvo, explicando cómo la ventilación y la humedad se regulaban automáticamente, cómo la temperatura de la habitación se controlaba mediante un termostato.

“No hay un agente en el país que esté más preocupado por el bienestar de sus agentes que el Sr. Ditmar. Lo estudió, gastó miles de dólares y, tan pronto como estas máquinas se volvieron prácticas, las colocó. El otro día, cuando pasaba por la sala, uno de estos arneses voló, como a veces lo hacen cuando los telares están funcionando a alta velocidad. Una mujer estaba bastante mal herida. Ditmar bajó de inmediato.

"Él realmente se preocupa por ellos", dijo Janet. A ella le gustaban los elogios de Caldwell a Ditmar, sin embargo, habló un poco dubitativamente.

"Por supuesto que le importa. Pero es de sentido común hacerlos lo más cómodos y felices posible, ¿no es así? No soportará que lo detengan, y sería lo suficientemente duro si se tratara de una huelga. No lo culpo por eso. ¿Usted si?"

Janet se preguntaba qué tan despiadado podría ser Ditmar si se amenazara su voluntad... Habían dejado atrás la habitación con el ruido y el calor y estaban descendiendo los desgastados peldaños de roble de la escalera de caracol de una torre cercana. Janet se estremeció un poco, y su rostro parecía casi febril cuando se volvió hacia Caldwell y le dio las gracias.

"Oh, fue un placer, señorita Bumpus", declaró. “Y en algún momento, cuando desee ver las obras de impresión o el Departamento de planchado, seré su hombre. Y no lo mencionaré.

Ella no respondió. Mientras regresaban a la oficina, él la miró de manera encubierta, asombrado por el efecto emocional que había producido en su gira. Aunque no era de un temperamento inflamable, él mismo estaba conmovido, y fue ella quien, inexplicablemente, lo había conmovido: sugirió, en estos procesos que veía todos los días, y en los que estaba realmente interesado, algo más profundo, más significativo y humano y que era incapaz de definir...

La propia Janet no sabía por qué esta visión tan íntima de los telares, de las personas que trabajaban en ellos la había conmovido tanto. Todo el día pensó en ellos. Y el latido lejano de la maquinaria que sentía cuando su máquina de escribir estaba en silencio, significaba algo para ella ahora, y cuando se encontraba a sí misma escuchando eso, su corazón latía más rápido. Ella había vivido y trabajado al lado, y no habían existido para ella, no tenían sentido, los telares podrían haber estado vacíos. De hecho, muchas veces había visto a estos hombres y mujeres, niños y niñas que se alejaban del trabajo, había recorrido los barrios en que vivían, especulado sobre las tierras de las que habían venido; pero nunca había pensado realmente en ellos como seres humanos, individuos, con problemas y alegrías y tristezas y esperanzas y temores como los suyos. Algunos de tales descubrimientos cayeron sobre ella. Y siempre una función esencial de esta revelación, que se asomaba más grande que nunca en su conciencia, era Ditmar. Fue para Ditmar que trabajaban, en las manos de Ditmar estaban sus propias existencias. Suyos eran la responsabilidad y el poder.

A medida que avanzaba la tarde, el deseo de ver a estos trabajadores una vez más se apoderó de ella. Desde la cúpula blanca que se alza sobre la enorme masa de los talleres Clarendon a través del agua, sonaba el toque de una campana y, de repente, el aire vibraba con sonidos lanzados hacia atrás y adelante por las paredes que bordeaban el río. Cogiéndo el sombrero y el abrigo, corrió escaleras abajo, atravesó el vestíbulo y recorrió el camino por el canal hasta llegar a las grandes puertas, que su padre estaba a punto de

desbloquear. Se puso de pie junto a él, junto a la caseta. Edward mostró una leve sorpresa.

“¿No hay nada que te preocupe, Janet?”, Preguntó.

Ella sacudió su cabeza.

"Quería ver salir a los trabajadores", dijo.

A veces, como en la actualidad, encontraba los caprichos de Janet inexplicables.

"Bueno, debería haber presumido que sabrías cómo se verían a estas alturas. Será mejor que te quedes cerca de mí, son un grupo difícil, sin respeto ni consideración por la gente decente estos extranjeros. Nunca pude entender por qué el gobierno les permite a todos venir aquí”. Puso en la palabra “extranjeros” un énfasis de desprecio e indignación, patético por su peculiar nota de inutilidad. Janet no le prestó atención. Sus orejas se tensaron para captar el ruido de los pies que bajaban las escaleras de la torre, sus ojos para ver la vanguardia que venía a la puerta, del primer goteo de una inundación que instantáneamente llenó el patio y avanzó hacia afuera y hacia afuera, irresistiblemente, a través de la estrecha garganta de las puertas. ¡Imposible darse cuenta de esto como la fuerza que, cuando se distribuye en los grandes espacios de las fábricas, realiza una tarea ordenada y útil! porque ahora era un torrente turbio y sin ley, inconsciente de sus poderes, amenazante, sin aliento, emocionante de contemplar. A Janet le pareció un torrente cuando se aferraba a un lado de la entrada de la fábrica, ya que uno podría aferrarse a la empinada orilla de un arroyo de montaña después de una explosión de nubes. Y de repente ella se había sumergido en ello. El deseo era absurdo, tal vez, pero no se puede negar el deseo, mezclarse con él, sentirlo, sumergirse y fundirse con él, perdiendo todo sentido de identidad. Escuchó que su padre la llamaba, y se le pasó por la cabeza la idea de que sus llamamientos siempre eran débiles; luego la llevaron a lo largo del canal, hacia el este, relajándose un poco la presión cuando comenzó el drenaje hacia las calles laterales.

Recordó, extrañamente, el puente de Stanley Street, donde se reunían y se mezclaban muchos arroyos, como los de Arundel, Patuxent, Arlington y Clarendon; y, ansiosa por prolongar e intensificar sus sensaciones, se apresuró a llegar hasta allí, abriéndose paso hacia afuera hasta que alcanzó el centro, donde permaneció parada agarrándose a la barandilla. La gran estructura estaba temblorosa por el asalto, sus senderos y su camino lleno de trabajadores, esquivando carros y camiones, algunos deslizándose ágilmente, con paquetes con la cena en la mano, a lo largo de las vigas de acero. Chicos silbando entrecortados, muchachas jóvenes con alegría, ropa de Faber Street y

sombreros floreados, unidos entre sí para protegerse, masticaban chicle y bromeaban, pero en su mayor parte estos trabajadores marchaban en silencio, la apatía de sus rostros contrastaba extrañamente con la prisa, la prisa de sus pies y la intencionalidad de sus cuerpos cuando aceleraban hacia sus hogares. La ropa era gris, excepto cuando el color ocasional de un chal de campesina encapuchado, con los tintes ligeramente desteñidos, iluminaba a un grupo de mujeres. Aquí, volviendo a casa con sus hijos, las madres italianas habían sido criadas a través de los siglos para resistir y tener paciencia; judías cetrinas, judíos demacrados y barbudos con ojos sombríos, entornados y cejas arrugadas, lituanos de rostro ancho, rusos de cabeza plana; italianos morenos y alemanes pálidos y rubios mezclados con sirios fangosos y canadienses indescriptibles. Y de repente el puente estaba vacío, ¡el ejército desapareció tan rápidamente como vino!

Janet se dio la vuelta. A través de la bruma del humo, vio caer el sol como una bola de fuego que se enfría hasta enrojecer, cuyo rumbo se ha agotado. Las delicadas líneas del puente superior se dibujaron en sepia contra el carmesí dorado; por un instante la cúpula del Clarendon se convirtió en jaspe, y muy, muy por encima flotaba en el azul una nube de algodón rosa de joyero. Incluso mientras se esforzaba por fijar estos colores en su mente, desaparecieron, el cielo occidental se desvaneció a magenta, a púrpura-malva; el corredor del río se oscureció; a ambos lados brillaban luces pálidas que brotaban de las ventanas de las fábricas, mientras que del azul profundo de las aguas brotaba la espuma iridiscente del lavado de las lanas. Se le dio a ella la facultad de saber lo que un artista de la memoria viva ha llamado la emoción incomunicable de las cosas...

CAPÍTULO VIII

El efecto secundario de esta experiencia de Janet no fue lo que comúnmente se llama "espiritualidad", aunque es posible que algún día lleguemos a un significado más sano del término, que incluya en su interior los impulsos y necesidades de todo el organismo. La dejó con un renovado sentido de energía e inquietud, acercándola a grandes descubrimientos de alegrías misteriosas que una voz del pasado la llamó a renunciar, ¡una voz de alguna manera identificada con su padre! Fue débil, ineficaz. Al obedecerlo, ¿no perdería todo lo que la vida le tenía que dar? Cuando llegó a cenar, su padre estaba preocupado por ella porque, en lugar de caminar a casa con él, lo había dejado sin ninguna explicación para sumergirse entre la multitud de trabajadores. Su evidente estado de excitación lo había preocupado, su capricho estaba más allá de su comprensión. ¿Y cómo podría ella explicar los motivos que la movieron? Estaba segura de que él nunca se había sentido así; y cuando ella evadió sus preguntas, aquello dentro de ella que exigía vida y expresión se hizo más fuerte y más rebelde, más despectivo de los preceptos de miedo compatibles con una naturaleza tímida y menos vitalizada.

Después de la cena, incapaz de quedarse quieta, salió y, llena del espíritu de aventura, corrió hacia la calle Faber, que ya estaba atestada de gente. Brillantes y alegres, las tiendas brillaban, y ella vagaba de escaparate en escaparate hasta que se encontró mirando un traje azul colgado en un estante, debajo del cual había una tarjeta que decía: "Marcado a 20 $". Y de repente, la sugerencia apareció en su mente, ¿por qué no debería comprarlo? Ella tenía el dinero, necesitaba un traje nuevo para el invierno, el que poseía estaba en mal estado... pero detrás de la excusa de la necesidad estaba la verdadera razón que le importaba. Se vería bonita, se transformaría, compraría un nuevo personaje con el que tendría que vivir. La vieja Janet sería desechada con las viejas ropas; el nuevo traje anunciaría a sí misma y al mundo a una Janet en la que se liberaron todos esos anhelos hasta ahora disfrazados y reprimidos, ¡y ahora se volvían insoportables! Esto era lo que significaba la compra, un cambio de existencia tan completo como el de la polilla y la mariposa; y la comprensión de este hecho, de la audacia que estaba decidida a cometer, la inflamó mientras miraba el traje. Era lo suficientemente modesto, pero tenía

una cierta distinción de corte, parecía caro: veinte dólares no era barato, sin duda, pero como anunciaba el cartel, tenía el aire de ser incluso mucho más costoso. Más costoso que treinta dólares, lo que parecía fabuloso. A pesar de que se esforzaba por mantener la calma exterior, su corazón latía rápidamente cuando entró en la tienda y pidió el vestido, y se sintió un tanto tranquilizada por el comportamiento de la vendedora, que no parecía pensar que la solicitud fuera absurda, por considerarla una derrochadora y una despilfarradora. Sacó el traje del formulario y llevó a Janet a un probador en la parte trasera de la tienda, donde se lo probaron.

“Vale treinta dólares”, escuchó decir a la mujer, “pero lo hemos tenido aquí por algún tiempo, y ya no sirve de nada para nuestro comercio. No puedes vender algo así en Hampton, no hay sabor aquí, es demasiado bueno, no es lo suficientemente llamativo. Te queda como si estuviera hecho para ti, y es tu estilo, y puedes ver que quiere que una dama lo use. Tu viejo traje está demasiado ajustado, supongo que lo has llevado desde que lo compraste.

Giró a Janet una y otra vez, acariciando la falda aquí y allá, y luego se apartó un poco, con las manos entrelazadas, con una expresión casi alegre. La respiración de Janet se aceleró mientras se miraba en el espejo y se abrochaba el vestido. ¿Era fingida la admiración de la mujer? ¿Esta imagen que ella veía era una ilusión? ¿O realmente se veía diferente, distinguida? ¿Y si no, bella y seductora? Había tenido una aprensión momentánea, casi repugnante, de que sería demasiado notable, pero la vendedora había anticipado esa objeción con la palabra mágica "dama".

"Me lo llevo", anunció ella.

"Bueno, no podrías haberlo hecho mejor si hubieras ido a Boston", declaró la mujer. "Es una oportunidad entre mil. ¿Lo llevarás?

"Sí", dijo Janet débilmente... "Solo pon mi traje viejo en una caja, y lo recogeré en una hora".

La sonrisa compasiva de la mujer la siguió mientras salía de la tienda. Tuvo un instante de vacilación, de un deseo casi pánico de regresar y reparar su locura, antes de que fuera demasiado tarde. ¿Por qué se había llevado su dinero con ella esa noche, si no con un propósito deliberado aunque indefinido? Pero se avergonzaba de enfrentarse a la vendedora de nuevo, y no debía reprimir su euforia. Una euforia presentada ópticamente por un enorme letrero eléctrico en el lado más alejado de la calle que brillaba a través de todos los colores del espectro, rodeado de fuego como el fuego que corría en su alma. Deliciosamente tímida, con la mirada fija hacia el frente, se abrió paso entre la multitud del miércoles por la noche, con hombres y mujeres jóvenes

con su mejor ropa, amas de casa y padres de familia con niños y bultos. En frente de la oficina del *Banner*, un grupo bloqueó el pavimento mirando el boletín de noticias, que ella hizo una pausa para leer. "Cinco directores millonarios acusados en Nueva York", "Tesorero de Estado acusado de corrupción", "La fortuna de Murdock impugnada por herederos". Las frases parecían sin sentido, y ella se apresuró de nuevo... ¡Ella estaba siendo notada! Un hombre la miró, dos veces, la primera mirada accidental, la segunda, llamativa, sutilmente halagadora, agitándola. Estaba segura de que él se había girado y la estaba siguiendo. Ella aceleró sus pasos. Era malvado, lo que estaba haciendo, pero ella se exaltó con ello; e incluso la vista, en ardientes letras rojas, del Gruber Cafe no logró provocar una repulsión por su asociación con su hermana Lise. El hecho de que Lise se hubiera emborrachado allí no significaba nada para ella ahora. Miró con curiosidad los paneles iluminados de color naranja separados por cables curvos, el diseño de un arpa en verde, el letrero "Entrada de señoras". Escuchaba con entusiasmo los sonidos de voces y risas que venían de dentro. Miró cautelosamente por encima del hombro, apareció una sombra, oyó una voz baja, insinuante...

Cuatro manzanas más abajo se detuvo. El hombre ya no la seguía. Estaba no del todo convencida de la intención de ir a casa de Eda. En los últimos tiempos, su conciencia le había reprochado lo de Eda, Janet la había descuidado. Se dijo a sí misma que tenía miedo del estilo extraño y un tanto nauseabundo de Eda para el romance; y mostrarle a Eda el traje nuevo, aunque ella disfrutaría de los elogios de su amiga, sería el equivalente a anunciar un asunto del corazón que ella, Janet, tendría que negar indignada. Ella no iba a casa de Eda. Ahora sabía a dónde iba. Un secreto del destino hasta ahora no revelado le había pedido que pusiera dinero en su bolso esa noche, la llevó a la tienda a comprar el vestido y la impulsaba a ir a West Street, estaba incluso ahora impulsándola. Delante de ella estaban las luces de Chippering Mill, en sus oídos se escuchaba el sonido rítmico de los telares trabajando en el turno de noche. Ella llegó al canal. El arco blanco sobre el final del puente proyectaba sombras negras y nítidas de las ramas de los árboles en el granito, las mil ventanas de la fábrica brillaban en amarillo, reflejadas en el agua negra. Ella comenzó a ir dos veces, se detuvo dos veces, sostenida por el presagio de que un evento que se avecinaba, un presagio que le robó una sorpresa completa cuando escuchó pasos en el puente, vio la figura de un hombre deteniéndose en la corona del arco para mirar. De vuelta al edificio que había dejado, con los hombros cuadrados, la mano firmemente sujeta a la barandilla. Su corazón palpitaba con los telares, y sin embargo se quedó inmóvil, hasta que se dio la

vuelta y descendió rápidamente por la pendiente del arco y se detuvo frente a ella. Bajo la lámpara de arco era casi tan brillante como el día.

"¡Señorita Bumpus!", Exclamó.

"Señor Ditmar”dijo ella.

“¿Estaba usted viniendo a la oficina?”

"Estaba caminando", le dijo ella. "Pensé que estaba en Boston".

"Volví a casa", le informó, algo superfluamente, sus ojos nunca la abandonaron, vagando con avidez de su rostro a su nuevo traje, y de nuevo a su rostro. "Llegué aquí en el tren de las siete en punto, quería ver esos nuevos telares Blubbers".

"Terminaron de instalarlos esta tarde", dijo.

"¿Como lo supiste?"

"Le pregunté al señor Orcutt acerca de eso, pensé que podría llamar por teléfono".

"Eres una maravilla", fue su comentario. "Bueno, tenemos un buen comienzo con ese encargo", y lanzó una mirada por encima del hombro a la fábrica. "Todo va a toda velocidad hacia delante. Cuando lo pongamos en práctica, tendré que darte un poco de crédito".

"Oh, no he hecho nada", protestó ella.

"Más de lo que piensas. Me has quitado tanto de los hombros que no podría arreglármelas sin ti. —Su voz vibró, recordándole las voces de aquellos que hacían recitaciones sentimentales para el gramófono. Sonaba absurdo, pero no la rechazaba: algo dentro de ella respondía.

"¿Para dónde ibas?" Preguntó.

"A casa", dijo ella.

"¿Dónde vives?"

"En la calle Fillmore". Y añadió con un toque de desafío: "Es una calle pequeña, a tres manzanas de Hawthorne, en la calle East".

"Oh, sí", dijo vagamente, como si no hubiera entendido. Te acompañaré hasta el puente del canal. Tengo mucho que decirte.

"¿No puedes decirlo mañana?"

“No, no puedo; Hay tantas personas en la oficina, tantas interrupciones, quiero decir. Y entonces, nunca me das una oportunidad".

Hubo una lucha dentro de ella. Él había propuesto la ruta a lo largo del canal porque probablemente nadie los reconocería, y su orgullo estaba molesto por esto. Por otro lado, estaba el dulce encanto de la aventura que ansiaba, que de

hecho había salido a buscar y encontrado por una extraña fatalidad, ya que él había aparecido en el puente casi tan pronto como ella lo había alcanzado. El sentido del destino era fuerte en ella. La curiosidad la impulsó y, gracias al elogio que había leído de él ese día, y la impresión adicional de su poder transmitido por el viaje a través de los telares, Ditmar apareció más grande que nunca en su conciencia.

“¿Qué quieres decir?” Preguntó ella.

"Oh, muchas cosas".

Ella sintió su mano deslizándose bajo su brazo, sus dedos presionando suave pero firmemente en su carne, y la experiencia de ser impulsada por un poder más fuerte que ella, un poder masculino, era deliciosa. Su brazo pareció arder donde la tocaba.

"¿He hecho algo para ofenderte?", le oyó decir. "¿O es porque no te gusto?"

"No estoy segura de si me gustas o no", le dijo ella a él. "No me gusta verte de esta manera. ¿Y por qué querrías conocerme y verme fuera de la oficina? Sólo soy tu estenógrafa.

“Porque eres tú, porque eres diferente de cualquier mujer que haya conocido. No entiendes lo que eres, no te ves a ti misma”.

"Anoche decidí que ya no me quedaría en su oficina", le informó.

"Por el amor de Dios, ¿por qué?", Exclamó. "He tenido miedo de eso. No te vayas, no sé lo que haría. Tendré cuidado, no voy a hablar contigo".

"¡Hablo de eso!" Ella se apartó de él. "¿Por qué no debería hablar?", gritó.

Estaba asustado. "No, no", balbuceó, "No quise decir…"

"¿Qué querías decir?"

“Bueno, como dices, eres mi taquígrafa, pero esa no es la razón por la que no debamos ser amigos. Sólo quería decir, que no haría nada para que nuestra amistad fuera tema de chismes”.

De repente, comenzó a encontrar cierta diversión en su confusión y penitencia, y logró una agradable sensación de ventaja, de poder sobre él.

"¿Por qué me quieres? No sé nada, nunca he tenido ninguna ventaja, y tú tienes tanto. He leído un artículo en el periódico sobre usted hoy, el señor Caldwell me lo enseñó”

"¿Te gustó?", la interrumpió, ingenuamente.

"Bueno, en algunos lugares fue bastante divertido".

"¿Gracioso? ¿Cómo?"

"Oh, no lo sé". Ella se apresuró a comprender la falta periodística de moderación insinuada por Caldwell. "Me gustó, pero pensé que te alababa demasiado, y no te criticaba lo suficiente".

Él rió. A pesar de su incomodidad, encontró su candor refrescante. De las mujeres a las que hasta entonces había hecho el amor, nunca había recibido nada más que adulación.

"Quiero que me critiques", dijo.

Pero continuó sin tregua: "Cuando leí en ese artículo lo exitoso que fuiste, y cómo conseguiste todo lo que habías obtenido, y cómo algún día podrías ser tesorero y presidente de Chippering Mill, bueno…" Desesperada por dar una expresión adecuada a su significado, agregó: "No vi cómo podíamos ser amigos".

"¿Me querías como un amigo?", interrumpió con entusiasmo.

"No podía evitar saber que me querías, lo habías mostrado tan claramente. Pero no vi cómo podría ser. Me preguntaste dónde vivía: en un pequeño apartamento que no es mejor que una vivienda. Supongo que usted lo llamaría una vivienda. Es oscuro y feo, solo tiene cuatro habitaciones y no huele muy bien. No pudiste venir, ¿no ves lo imposible que es? Y a ti tampoco te importaría que te hablen de ti —añadió con vehemencia.

Esta desafiante sinceridad lo tomó por sorpresa. Buscó a tientas las palabras.

"¡Escucha!" Instó. "No quiero hacer nada que no te gustase, y honestamente no sé qué haría si me dejaras". He llegado a depender de ti. Y puede que no lo creas, pero cuando recibí la orden de Bradlaugh, pensé en ti, me dije a mí mismo: "Ella estará contenta, me ayudará a conseguirlo".

Ella se emocionó con esto, incluso lo sufrió, por alguna razón desconocida para ella, para volver a tomar su brazo.

"¿Cómo podría ayudarle?"

"Oh, de mil maneras como deberías saber, piensas mucho por mí, y puedes ayudarme simplemente estando allí. No puedo explicarlo, pero siento que las cosas irán bien. He llegado a depender de ti".

Se sorprendió un poco al encontrarse diciendo estas cosas que no había querido decir, y el toque más ligero que siempre había tenido al tratar con el otro sexo, habiéndolo envidiado de sus amigos, aparentemente lo había abandonado. Estaba horrorizado ante la posibilidad de perderla.

"Nunca he conocido a una mujer como tú", continuó, mientras ella permanecía en silencio. "Eres diferente, no sé de qué se trata, pero lo eres." Su voz era baja, acariciadora, su cabeza estaba inclinada hacia ella, su

hombro presionado contra su hombro. "Nunca he tenido una amiga antes, nunca he querido tener una hasta ahora".

Ella se preguntó acerca de su esposa.

"Tienes cerebro, nunca he conocido a una mujer con cerebro".

"Oh, ¿es por eso?", Exclamó.

"Eres hermosa", susurró. "Es raro, pero no lo sabía al principio. Estás más hermosa esta noche de lo que te he visto nunca.

Habían llegado casi a la calle Warren. De repente, al darse cuenta de que estaban parados en la luz, de que la gente iba y venía por el extremo del puente, se apartó de él una vez más, esta vez con más suavidad.

"Vamos a caminar un poco hacia atrás", propuso.

"Debo irme a casa, es tarde".

"Son las nueve en punto".

"Tengo que hacer un recado y me esperan. Buenas noches."

"¡Sólo una vuelta más!", suplicó.

Pero ella negó con la cabeza, alejándose de él.

"Me verás mañana", le dijo ella. Ella no sabía por qué dijo eso. Corrió por Warren Street sin mirar por encima del hombro; sus pies parecían apenas tocar el suelo, el sonido de la música estaba en sus oídos, las luces brillaban. ¡Había tenido una aventura, por fin, una aventura que mágicamente había transformado su vida! ¡Ella era hermosa! Nadie le había dicho eso antes. Y le había dicho que la necesitaba. Ella sonrió y, con un acceso de ternura, a pesar de su experiencia y poder, de repente se sintió años mayor que Ditmar. ¡Ella podría ayudarlo!...

Estaba sin aliento cuando llegó a la tienda en la calle Faber.

"Espero no haberte hecho esperar", dijo.

"Oh no, no cerramos hasta las diez", respondió la vendedora. Estaba sentada tranquilamente cosiendo bajo la lámpara.

"Me pregunto si te importaría si me pongo mi traje viejo otra vez" preguntó Janet.

La expresión de simpatía y comprensión en los ojos de la mujer, mientras se levantaba, trajo la sangre rápidamente a la cara de Janet. Ella sintió que su secreto había sido adivinado. Una vez cambiada de ropa, Janet se dirigió a su casa rápidamente, para encontrarse, en la esquina de Faber Street, con su hermana Lise, cuya atención fue inmediatamente atraída por el paquete.

"¿Qué tienes ahí, cara de ángel?" Exigió ella.

"Un traje nuevo", dijo Janet.

"¿No me dices de dónde lo sacaste? ¿en el Paris?

"No, en casa de Dowling".

"Oye, ¡apuesto a que era esa cosa azul clara marcada hasta veinte!"

"Bueno, ¿y si fuera?"

Lise, cuando estaba sorprendida o desdeñosa, tenía una forma peculiarmente irritante de silbar entre dientes.

¡Veinte dólares! Caramba, comprarás tu ropa en Boston a continuación. Bueno, tan seguro como que vivo que cuando pasé por esa ventana el otro día, cuando lo rebajaron por primera vez, le dije a Sadie: "esos son los trapos que Janet compraría si estuviera lista. ¿Tienes otro aumento de Ditmar?

"Si lo he hecho, no es asunto tuyo", replicó Janet. "Tengo derecho a hacer lo que quiera con mi propio dinero".

"Oh, claro", dijo Lise, y agregó sombríamente: "Supongo que a Ditmar le gusta verte lucir bien".

Después de esto, Janet se negó obstinadamente a hablar con Lise, a responder, cuando llegaron a su casa, a sus súplicas y quejas a su madre de que Janet había comprado un traje nuevo y se negaba a exhibirlo. Y, finalmente, cuando se habían acostado, Janet permaneció despierta en una apasionada revuelta contra esta nueva expresión de sordidez y falta de privacidad en la que se veía obligada a vivir, y se hicieron más intolerables por la oscuridad cercana y sensual en la habitación de los ronquidos de Lise.

Por la mañana, sin embargo, después de un período de semiconsciencia durante el repique de las campanas, la sirena la sobresaltó de repente a la conciencia y al estado de alerta. No había perdido totalmente su nota de terror, pero la nota se había convertido de alguna manera en algo emocionante, una invitación a la aventura y a la vida; y los comentarios sarcásticos de Lise sobre las probables razones por las que ella no se puso la nueva prenda la hostigaban con su poder de exasperación. Janet se preparó, vistiendo una blusa de seda china hasta entonces reservada para "lo mejor". El día era brillante y se dirigió rápidamente hacia la oficina, exaltándose con la luz del sol y la agudeza otoñal del aire; y sus pensamientos no eran tanto sobre Ditmar como de algo más allá de él, de lo cual él era el médium. Ella iba, no para encontrarse con él, sino para cumplir con eso. Cuando llegó a la oficina, se sintió débil, le temblaban los dedos y cuando se quitó el sombrero y la chaqueta y comenzó a ordenar el correo tuvo que calmarse con la seguridad de que su relación con Ditmar no había sufrido ningún cambio. Ella

simplemente lo había visto por el canal, y él le había hablado. Eso fue todo. Él, por supuesto, le había tomado el brazo: se estremeció cuando lo recordó. Pero cuando de repente entró en la habitación, su corazón dio un vuelco. Él cerró la puerta mientras ella seguía arreglando cartas. En ese momento ella se vio obligada a mirarlo. Su actitud, su mirada, su sonrisa confiada proclamaban que, al menos, creía que las cosas habían cambiado. Brillaba con salud y vigor, con una agresividad de la que ella se encogió, pero que encontró deliciosa.

"¿Cómo está esta mañana?", dijo *esta* mañana, a diferencia de todas las demás mañanas.

"Estoy bien, como siempre", respondió ella. Ella misma a veces se sorprendía por su capacidad para mantenerse calmada.

"¿Por qué te escapaste anoche?"

"No me escapé, tuve que irme a casa", dijo ella, todavía arreglando las cartas.

Podríamos haber tenido una pequeña caminata. No creo que tuvieras que irte a casa. Solo querías una excusa para alejarte de mí.

"No necesitaba una excusa", le dijo ella. Él se movió hacia ella, pero ella tomó un papel del escritorio y lo llevó a un archivo al otro lado de la habitación.

"Pensé que íbamos a ser amigos", dijo.

"Ser amigos no significa ser tonto", replicó ella. "Y el señor Orcutt está esperando para verte."

"Déjalo esperar."

Se sentó en su escritorio, pero su sangre era cálida, y leyó las palabras escritas a máquina de la carta más alta de la pila sin siquiera captar el significado de ellas. De vez en cuando miraba a Janet mientras ella revoloteaba por la habitación. ¡Por George, ella era más deseable de lo que él nunca se había atrevido a imaginar! Se sintió temporalmente paralizado, pero esperanzado. En su camino hacia la fábrica, había vivido con indulgencia epicúrea para verla, y no se había sentido decepcionado. También había pensado que podía aventurarse por algo más que el mero festín de sus ojos, pero encontró un alivio inspirador en el hecho de que ella de ninguna manera lo rechazaba del todo. Su actitud hacia él había sufrido una transformación sutil. No podría haber duda de eso. Ella era casi coqueta. Sus ojos se demoraron. La blusa de seda china estaba ligeramente abierta en el cuello, sugiriendo la plenitud de su garganta; se aferraba al contorno de sus hombros. Superado por un impulso que no pudo controlar, se levantó y fue hacia ella, pero ella lo evitó.

"Le diré al señor Orcutt que ha venido", dijo ella, casi sin aliento, cuando llegó a la puerta y la abrió. Ditmar se detuvo en sus pasos al ver la figura alta y de anteojos del superintendente en el umbral.

Orcutt vaciló, mirando de uno a otro.

"Te he estado esperando", dijo, después de un momento, "el resto de ese lote no llegó esta mañana. He telefoneado al agente de carga.

Ditmar lo miró sin comprender. Orcutt repitió la información.

"Oh, bueno, sigue en pos de él, haz que lo rastreen".

"Estoy haciendo eso", respondió el concienzudo Orcutt.

"¿Cómo va todo lo demás?" Exigió Ditmar, con una genialidad inesperada. "No debes tomarte las cosas demasiado en serio, Orcutt, no te canses".

El señor Orcutt se sintió aliviado. Había esperado un arrebato de la exasperación que últimamente había caracterizado a su superior. Comenzaron a charlar. Janet había escapado.

La señorita Bumpus me dijo que querías verme. Solo iba a llamarte, "le informó Ditmar.

"Ella es una joven inteligente, parece interesarse tanto en las cosas", observó Orcutt. "Y ella siempre está en el trabajo. Sólo ayer la vi atravesar los telares con el joven Caldwell.

Ditmar dejó caer el peso del papel que sostenía.

"Oh, lo hizo, ¿verdad?"

Después de que Orcutt se fue, se sentó por un momento a silbar una melodía, de una popular obra musical, manteniendo el tiempo tocando el tambor con los dedos sobre el escritorio.

El hecho de que el señor Temple, el tesorero de la fábrica, viniera de Boston esa mañana para conversar con Ditmar fue para Janet, como un indulto. Se sentó junto a su ventana, y cuando sus dedos volaron sobre las teclas de la máquina de escribir, fue arrastrada por oleadas de calor en las que el éxtasis, la vergüenza y el terror se mezclaron extrañamente. Una voz en su interior dijo: "Esto no puede continuar, esto no puede continuar". ¡Es demasiado terrible! Todos en la oficina se darán cuenta y habrá un escándalo. Debería irme mientras haya tiempo. "Aunque el instinto de vuelo era fuerte dentro de ella, se llenó de rebelión ante la idea de irse cuando la aventura inundaba de luz su monótono mundo, incluso cuando el molino a través de las aguas se transfiguraba por el fuerte baño dorado del sol de otoño. Ella había hecho el

descubrimiento de que la aventura tenía que ver con el Hombre, era inconcebible sin él.

Asaltada por estos impulsos conflictivos de auto-conservación por un lado y lo que parecía auto-realización por el otro, hacia la mitad de la tarde, escuchó la voz de Ditmar convocándola a tomar sus cartas; y palpitaba, dejando la puerta abierta detrás de ella, sentándose en el otro extremo del escritorio, con la cabeza inclinada sobre el libro. Su cuello, donde su cabello crecía en mechones detrás de su oreja, parecía arder: la mirada de Ditmar estaba enfocada allí. Sus manos estaban frías mientras escribía... Luego, como un liberador, vio al joven Caldwell entrando desde la oficina exterior, sosteniendo una tarjeta en la mano que le dio a Ditmar, que estaba sentado mirándola.

"¿Siddons?", Dijo. "¿Quién es Siddons?"

Janet, que se había levantado, habló.

"Ha estado haciendo la encuesta en Hampton". Usted le escribió que lo vería, ¿no lo recuerda, señor Ditmar?

"¡No te vayas!", Exclamó Ditmar. "No se puede saber de qué lo acusarán a uno esos reformadores confundidos si no hay un testigo".

Janet se sentó de nuevo. La agudeza del tono de Ditmar fue un recordatorio estimulante del hecho de que, al tratar con extraños, había llegado más o menos a confiar en su juicio instintivo; mientras que el atractivo implícito de su manera en tales ocasiones enfatizaba el sentido placentero de su dependencia, de su propia utilidad. Además, tuvo curiosidad por la "encuesta" y desde el momento en que se mencionó por primera vez, deseaba escuchar las opiniones de Ditmar al respecto. El Sr. Siddons demostró ser un joven pequeño y cetrino con una nariz puntiaguda y ojos marrones brillantes y bulbosos como los de una ardilla listada. De hecho, le recordaba a una ardilla listada. Cuando se apresuró y tomó la mano de Ditmar, también dio una impresión confusa de cortesía a partir de la dignidad y la autoafirmación; tenía el aire de quien espera oposición, y aunque no la desea, está preparado para enfrentarla. Janet sonrió. Tuvo un repentino impulso de dejar caer el pesado libro que yacía en la esquina del escritorio para ver si él saltaba.

"¿Cómo está usted, señor Ditmar?", Dijo. "He estado esperando tener este placer".

"Mi secretaria, la señorita Bumpus", dijo Ditmar.

El señor Siddons se estremeció y se inclinó. Ditmar, hundiéndose pesadamente en su silla, pareció de repente, irónicamente divertido, sonriéndole a Janet mientras abría un cajón de su escritorio y le ofrecía un cigarro al visitante.

"Gracias, no fumo", dijo el Sr. Siddons.

Ditmar encendió uno para sí mismo.

"Ahora, ¿qué puedo hacer por ti?", Preguntó.

“Bueno, como lo escribí en mi carta, me comprometí a hacer un examen lo más completo posible de las condiciones de vida y la vivienda de los agentes en la ciudad de Hampton. Estoy seguro de que estaría interesado en escuchar algo de la situación que encontramos".

"Supongo que has pasado por nuestros telares", dijo Ditmar.

"De hecho, no"

"Deberías verlos. Creo que podrían interesarte", Ditmar puso un ligero énfasis en el pronombre. "Nos enorgullecemos de hacer que las cosas sean cómodas y saludables para nuestra gente".

"De eso no tengo ninguna duda, he estado bien informado. Debido a su preocupación por el bienestar de sus trabajadores en la fábrica, me aventuraré a hablarles sobre cómo viven la mayoría de ellos cuando están en casa", respondió Siddons. “Quizás, aunque vivas en Hampton, no te das cuenta de cuáles son las condiciones. Conozco a un hombre que ha vivido en Boston durante diez años y que nunca ha visto el monumento Bunker Hill".

"El monumento de Bunker Hill es un asunto público", replicó Ditmar, "cualquiera puede ir allí que tenga suficiente curiosidad e interés. Pero no veo cómo puedes esperar que siga a estas personas a casa y les haga limpiar la basura y lavar a sus bebés. No desearía que nadie interfiera con mis asuntos privados".

"¿Pero cuando llegas a un punto donde los asuntos privados se convierten en una amenaza pública?", Objetó Siddons. "Señor. Ditmar, he visto bloque tras bloque de viviendas listas para desmoronarse. No hay disposiciones para los cimientos, el grosor de las paredes, el tamaño de las maderas y las columnas, y si estas casas se hubieran erigido deliberadamente para hacer una hoguera, no podrían haber respondido mejor al propósito. Si no fuera por el peligro para la vida y la pena de dejar sin hogar a miles de familias, una conflagración sería una bendición, y creo que todo el lado norte y sur de la ciudad está en esas condiciones. Lo mejor que podría hacer sería quemar hileras enteras de estas viviendas, ya que son lugares ideales para el desarrollo de enfermedades. En las secciones más antiguas de la ciudad, hay cientos de casas traseras aquí, en algunos casos extremos con solo cuatro pies de patios inundados con basura, casas sin luz, sin ventilación y muchas de las habitaciones donde estas personas cocinan, comen y duermen son tan húmedas y asquerosas que no son aptas siquiera para perros. Tienes bloques con una densidad de más de

quinientos por acre, y la densidad promedio es considerablemente mayor a cien."

"¿Las cosas son peores que en cualquier otra ciudad manufacturera?", Preguntó Ditmar.

"Ese no es el punto", dijo Siddons. “El punto es que son malas, son peligrosas, son inhumanas. Si entraras en esas viviendas como yo lo he hecho y vieras la forma en que viven algunas de estas personas, te harían enfermar especialmente las de los polacos, lituanos e italianos. No tratarías al ganado de esa manera. En algunos hogares de cinco habitaciones, incluida la cocina, encontré hasta catorce, quince y una vez diecisiete personas viviendo. Hay una tasa de mortalidad infantil alarmante".

"¿No es porque estas personas quieren vivir de esa manera?" preguntó Ditmar. "En realidad, les gusta; no serían felices en nada que no fuera una pocilga, vivían así en Europa. ¿Y qué esperas que hagamos? ¿Comprar terrenos y construir pisos para ellos? En menos de un mes les quitarán todo el trabajo de madera para encenderla, el drenaje se detendrá y las bañeras se llenarán de cenizas. Lo sé, porque ha sido probado".

Inclinado hacia atrás en su silla, lanzó una nube de humo hacia el techo, y sus ojos buscaron los de Janet. Ella los evitó, resintiendo un poco la suposición de aprobación que leyó en ellos. Su mente, sensible a las nuevas ideas, se había estimulado mucho mientras escuchaba a Siddons, quien comenzó a insistir pacientemente una vez más en los efectos negativos de las condiciones que había descubierto en el bienestar de toda la comunidad. Ella nunca había pensado en esto. Estaba sorprendida de que Ditmar pareciera menospreciarlo. Siddons era un nuevo tipo en su experiencia. Ella podía entender y, hasta cierto punto, disfrutar maliciosamente de la creciente exasperación de Ditmar con él; tenía una manera formal y precisa de hablar, como si pasara la mayor parte de su tiempo presentando casos en comités: y al rechazar las objeciones de Ditmar, siempre se entregaba a frases tan enloquecedoras como, "Antes de llegar a eso, permítanme decir una palabra aquí". Ditmar odiaba las palabras. Sus arrebatos, sus esfuerzos por detener el flujo de ellas no fueron diferentes a las inútiles acusaciones de un animal grande y poderoso acosado por uno más pequeño y más ágil. Con una cortesía ágil, con un aire exasperante de deferencia a las opiniones de Ditmar, Siddons cedía terreno, solo para regresar a la carga; sin embargo, a pesar de una manera y un método que, en contraste con el de Ditmar, estaba al borde del ridículo, el señor Siddons tenía una fuerza y un fuego propios, era nervioso, casi fanático: cuando se detuvo en la miseria que había visto, y su voz temblaba por la intensidad de su sentimiento, Janet comenzó a moverse. Era

extraño, considerando la lucha por la existencia de su propia familia, que estos extranjeros se hubieran mantenido fuera del alcance de su simpatía.

"Supongo que encontrará", Ditmar lo había interrumpido perentoriamente, "Supongo que encontrará, si busca en las estadísticas de las cajas de ahorros, que estas personas tienen millones escondidos. Y envían una gran cantidad al otro lado, lo devuelven, y aunque viven como ganado, logran comprar tierra. Pregunte a los agentes inmobiliarios. Porque podría mostrarle una docena de personas que trabajaron en las fábricas hace unos años y son capitalistas hoy en día".

"No lo dudo, señor Ditmar", concedió Siddons con gracia. "Pero, ¿qué prueba? Simplemente la crueldad de un sistema económico basado en una competencia despiadada. La gran mayoría que no puede sobrevivir a la prueba paga el precio. Y la comunidad también paga el precio. El Estado y la nación lo pagan. Y tenemos esta miseria en nuestra conciencia. No tengo ninguna duda de que podrías mostrarme algunos que se han enriquecido, pero si me lo permites, yo podré llevarte a familias en situación desesperada, viviendo en habitaciones demasiado oscuras para leer al mediodía cuando hace buen tiempo, donde el marido no los ve por intentar obtener más de siete dólares a la semana cuando las manufacturas funcionan a tiempo completo, donde la mujer tiene que cuidar a los niños y trabajar para los inquilinos, e incluso con los inquilinos se endeudan, y la mujer tiene que ir a los telares para ganar dinero para la ropa de invierno. He visto suficientes ejemplos de este tipo para compensar el argumento de la caja de ahorros. E incluso entonces, cuando tienes una familia donde trabajan la esposa y los hijos mayores, donde hay tres y cuatro huéspedes en una habitación, ¿Por qué supones que viven así? ¿No es la esperanza de liberarse finalmente de estas mismas condiciones? ¿Y no son estas condiciones una desgracia para Hampton y América?

"Bueno, ¿y qué puedo hacer al respecto?" exigió Ditmar. “Vea que los operarios tienen un entorno cómodo y saludable en la fábrica, he gastado dinero para poner los aparatos más recientes. Eso es más de lo que muchos otros telares han hecho".

“Usted es una persona de influencia, Sr. Ditmar, tiene más influencia que cualquier otro hombre en Hampton. "Puede ejercer presión sobre el consejo de la ciudad para hacer cumplir y mejorar las ordenanzas de construcción, puede organizar una campaña de opinión pública contra ciertos propietarios".

"Sí", replicó Ditmar, "¿y luego qué? Subes las rentas y no conseguirás que nadie viva en las casas. Se mudarán a asentamientos como Glendale llenos de basura, bichos y enfermedades y vivirán como están acostumbrados. Lo que

ustedes, reformadores, en realidad están impulsando es que deberíamos aumentar los salarios, ¿no es así? Si eleváramos el salario, vivirían como ratas de todos modos. Le doy crédito por la sinceridad, Sr. Siddons, pero no quiero que piense que no estoy tan interesado en el bienestar de estas personas como tú y los hombres que están detrás de ti. El problema es que solo ves un lado de esta pregunta. Cuando estás en mi posición, te enfrentas a hechos concretos. No podemos pagar a un doblador o a un licitador de sorteo más que en otras partes, ya sea que tenga una esposa o hijos en la fábrica como si no los tiene. Estamos en competencia con otras fábricas, estamos en competencia con el Sur. No podemos regular el costo de la vida. Hacemos nuestro mejor esfuerzo para hacer las cosas bien en los telares, y eso es todo lo que podemos hacer. No podemos permitirnos ser sentimentales acerca de la vida. La competencia tiene que ser la regla, el mundo está hecho de esa manera. Algunos son eficientes y otros no. Dios mío, cualquier hombre que haya tenido algo que ver con la contratación de mano de obra y la administración de una planta lo entiende. Hablas de ordenanzas, hay suficientes leyes y ordenanzas en esta ciudad y en este estado en este momento. Si tenemos más, las fábricas tendrán que cerrar, y estas gentes morirán de hambre todos. La silla de Ditmar se apoyó en sus cuatro patas y arrojó su cigarro. Envíame una copia de tu encuesta cuando esté publicada. Le echaré un vistazo.

"Bueno, ¿qué piensas del nervio de un hombre así?" explotó Ditmar, cuando el Sr. Siddons se había retirado. "Viene aquí para avisarme que es asunto mío cuidar de toda la ciudad de Hampton. Me gustaría verlo en contra de este obrero europeo de clase baja. Están aquí un día y allí al siguiente, no saben lo que es la lealtad. Tienes que conducirlos, si les das una pulgada, saltarán a tu garganta, dinamitarán tu propiedad. Porque no hay nada que no haría por ellos si pudiera confiar en ellos, les construiría casas, tendría automóviles para llevarlos a casa. Tal como está la situación, hago lo mejor que puedo, aunque no lo merecen.

Su tono traicionaba un esfuerzo de auto-justificación, y su irritación se había incrementado por la sospecha en Janet de cierta falta de simpatía con la que había contado. Ella se sentó en silencio, mirando fijamente su rostro.

"¿Qué pasa?", Exigió. "¿No quieres decir que estás de acuerdo con ese tipo?"

"Me preguntaba" comenzó ella.

"¿Qué?"

"¿Si realmente puedes entender a aquellos que están obligados a trabajar para mantenerse con vida?"

"¡Entenderlos! ¿Por qué no? ”Preguntó.

“Porque estás en la cima, siempre has tenido éxito, eres más o menos tu propio maestro y eso lo hace diferente. Pero este hombre, Siddons, me ha hecho pensar. He vivido así, ya ves, sé lo que es, de alguna manera".

“¡No como estos extranjeros!” Protestó él.

"Oh, casi tan mal", gritó con vehemencia, y Ditmar, deteniéndose repentinamente en su andar como por una fuerza física, la miró con el sobresaltado aire del macho que inadvertidamente ha tocado uno de los muchos manantiales ocultos en el mecanismo emocional femenino. “¿Cómo sabes lo que es vivir en una calle sórdida y fea, en habitaciones pequeñas y oscuras que huelen a cocina, y no poder tener ninguna de las cosas más hermosas de la vida? A menos que hubieras deseado estas cosas como yo las he deseado, no podrías saberlo. ¡Oh, puedo entender cómo se sentiría golpear, desear dinamitar a hombres como tú!

"¡Puedes entenderlo!", exclamó con asombro. "¡Tú!"

"Sí, yo. No entiendes a esta gente, no podrías sentir pena por ellos. Quieres que manejen tus telares para ti, no quieres saber cómo se sienten o cómo viven, y a mí, solo me quieres para tu placer".

De hecho, se sintió sorprendido momentáneamente por esta burla, ya que ninguna mujer, según su experiencia, había tenido el ingenio y el espíritu para decírselo, pero no era el tipo de hombre que se conmocionaba. Por el contrario, barrió su irritación, y como una revelación de su fundición interior lo agitó a un calor febril cuando se acercó y se paró sobre ella.

"¡Tú, pequeña pantera!", Susurró. “Quieres cosas hermosas, ¿verdad? Bueno, te las daré. Yo me ocuparé de ti."

“¿Crees que las quiero de ti?”, Replicó ella, casi llorando. "¿Crees que quiero que alguien me cuide? Eso demuestra lo poco que me conoces. Quiero ser independiente, hacer mi trabajo y pagar por lo que obtengo".

La propia Janet estaba lejos de comprender la complejidad de sus sentimientos. Ditmar no se había disculpado ni fingido un altruismo por el cual ella lo habría despreciado. La crueldad de su risa, la risa del hombre de sangre roja que hace las leyes que él mismo puede saltarse, la sacudió con una súplica salvaje. "¿Qué le importa a los demás si te quiero?” tal era su mensaje. Y contra este deseo paradójico de ser conquistada, intensificado por el campo magnético de su pasión, luchó contra su autoafirmación, su orgullo, su deseo innato de ser libre, de escapar ahora de una dominación cuyo pensamiento la llenó de terror. Ella sintió su mejilla rozándose contra su pelo, sus dedos moviéndose a lo largo de su brazo; por el momento ella estaba horriblemente

pero deliciosamente impotente. Luego, la emoción del terror conquistó el terror de lo desconocido y ella saltó, dejando caer su cuaderno de notas y corriendo hacia la ventana, donde se quedó tambaleándose.

"Janet, me estás matando", le oyó decir. "Por el amor de Dios, ¿por qué no puedes confiar en mí?"

Ella no respondió, pero contempló las luces de primavera que empezaban a brillar fantásticamente en los lejanos telares. En ese momento ella se volvió. Ditmar estaba en su silla. Cruzó la habitación hasta el interruptor eléctrico, encendió el torrente de luz, recogió su libro de notas y volvió a sentarse.

"¿No vas a responder tus cartas?", Preguntó ella.

Alcanzó a tientas hacia la pila de su correspondencia, tomó la carta más alta y comenzó a dictar, salvajemente. Ella experimentó una cierta exaltación, una renovada y placentera sensación de poder al plasmar sus palabras.

CAPÍTULO IX

En ciertos momentos durante los días que siguieron al grado de tensión que su relación con Ditmar había alcanzado, se probaron los límites del ingenio y los poderes de resistencia de Janet. Sin embargo, la sensación de dominio de poder sostener a un hombre así, no fue en modo alguno desagradable para una joven de su vitalidad y espíritu. Siempre existía la emoción de que la correa podría romperse, ¿y luego qué? Aquí estaba su situación, supo instintivamente, que no podía durar, llena de todo tipo de posibilidades, embriagadoras o aborrecibles de contemplar; y por eso mismo fascinante. Cuando estuvo lejos de Ditmar y trató de pensarlo, cayó en una gran perplejidad, llena de anomalías, contradicciones e impulsos en conflicto mucho más allá de su conocimiento y experiencia. Janet había nacido en una época que estaba descartando rápidamente la moralidad general y los tabúes, que todavía tienen que superar la moralidad del conocimiento científico, de la instancia individual. Tradición, convención, los terribles ejemplos presentados en las películas para obtener ganancias, incluso la actitud pesimista de su madre con respecto a la libertad con la que se mezclan los sexos hoy en día era impotente para influir en ella. La idea, sin embargo, de que ella podría parecerse fundamentalmente a su hermana Lise, a pesar de una superioridad imaginada, la sacudía de vez en cuando y provocaba una repulsión contra Ditmar. El problema de Janet era en verdad, el problema supremo de nuestro tiempo: ¿cuál es el camino hacia la autorrealización? ¿Cómo lograr la emancipación del lugar común?

¿Estaba enamorada de Ditmar? La pregunta era desagradable, ella la evitó, porque una buena cantidad de jirones del cristianismo ortodoxo se aferraron a ella para hacerla sentir vergüenza cuando ella contempló los sentimientos que él despertó en ella. Fue cuando se preguntó a sí misma cuáles eran sus intenciones cuando su resentimiento ardió; el orgullo y un sentido de su propio valor la convencieron de que la había insultado profundamente al no ofrecerle matrimonio. Claramente, él no tenía la intención de ofrecer el matrimonio; por otra parte, si lo hubiera hecho, un instinto moral, profundo, que se respeta a sí mismo, en su estado de ánimo actual, la habría llevado a negarse. Sentía un gran desprecio por la mujer que, dadas las circunstancias,

insistiría en un vínculo y todos los bienes mundanos de un hombre a cambio de lo que era su privilegio dar libremente; mientras que la noción de servilismo, de dependencia económica, aunque no lo expresase así, la repelía mucho más que la posibilidad de la ruina social.

Esto no lo contempló en absoluto; su impulso de dejar Hampton y Ditmar no tuvo nada que ver con eso...

Lejos de Ditmar, esta guerra de inclinaciones poseía su mente despierta, invadió sus sueños. Cuando ella se comparó con los otros seres explotados, él manejó para ejecutar y hacer cumplir sus órdenes.

En esta perspectiva, Ditmar parecía tan despiadado, su propósito de usarla y arrojarla tan palpable, que se despreciaba por haber vacilado. Un anhelo de represalia la consumió; ella deseaba hacerle daño antes de irse. En tales momentos, sin embargo, los eventos imprevistos se entrometían invariablemente para complicar sus sentimientos y alterar sus planes. Una noche en la cena, por ejemplo, cuando parecía haber alcanzado por fin la tranquilidad mental que siguió a una decisión tras otra, se dio cuenta gradualmente de un arrebato de Hannah en relación con la estufa, cuya condición había sido durante muchos meses una amenaza para el bienestar de la familia. Edward, según parecía, había comentado algo sobre la ausencia de frijoles.

"¡Frijoles!" Gritó Hannah. "Tienes suerte de tener una cena en absoluto. Ojalá pudiera hacer que echen un vistazo a ese horno, hay un agujero por el que puedes meter tu mano. He hecho mis mejores esfuerzos, he intentado remendarlo de vez en cuando, y hoy ha estado el Sr. Tiernan. Él dice que es un milagro que haya podido hornear algo. Una nueva costará treinta dólares, y no sé de dónde vendrá el dinero para comprarla. Y la caja de fuego está más desgastada.

"Bueno, madre, veremos qué podemos hacer", dijo Edward.

"Siempre ves lo que puedes hacer, pero me doy cuenta de que nunca haces nada", replicó Hannah; y Edward tuvo la sabiduría de no responder. Junto a su lugar había una carta larga y bien escrita, y de vez en cuando, mientras comía sus peras enlatadas, le dio la mano a una de sus muchas hojas.

"Es de Eben Wheeler, dice que ha estado considerablemente preocupado por el asma", observó. "Su madre era una Bumpus, una hija de Caleb, descendiente de Robert, que fue de Dolton a Tewksbury en 1816, y luchó en la guerra de 1812. Te he hablado de él. Este Caleb nació en el 53, y ahora vive con la familia de su hija en Detroit... El yerno se llama Nott, le va bien con una empresa de construcción. Ahora nunca pude descubrir lo que fue de los

descendientes de Robert. Se casó con Sarah Styles "(leyendo dolorosamente)" y tuvieron un problema, John, Robert, Anne, Susan, Eliphalet. John fue a Middlebury, Vermont, y se casó".

Hannah, recogiendo los platos, los juntó ruidosamente.

"¡Mucho bien nos hace tener toda esa información sobre el asma de Eben Wheeler!", se quejó. "Nos va a comprar una estufa nueva, supongo. ¡Él y sus viejos papeles de Bumpus! Si la casa se quemara sobre nuestras cabezas, eso es todo en lo que pensaría".

A medida que pasaba de un lado a otro del comedor a la cocina, los lamentos de Hannah continuaron, cada vez más preocupados. Acostumbrada como estaba Janet a estas frecuentes comparecencias de la ineficiencia de su padre, ahora las soportaba gradualmente, a pesar de la preocupación por su propio destino, de que el asunto así expresado de manera lamentable por su madre era en realidad una crisis familiar de primera magnitud. Se despertó de nuevo a la ira y se rebeló contra una vida tan precaria y sórdida como para ser amenazado en su continuidad por el absurdo fallo de una estufa, cuando, mirando a su hermana, sintió una punzada de autoconsciencia, de auto-repugnancia. ¿Era ella, también, así, indiferente y ensimismada? Lise, con su ropa de gala de la tarde, mirando de vez en cuando el reloj, esperaba la hora programada para una cita, dejando pasar el tiempo con la hoja de la tarde de Boston, cuyos deslumbrantes titulares rojos se extendían por toda la página. Cuando el periódico cayó sobre su regazo, una expresión soñadora empañó los ojos de Lise. ¡Estaba pensando en algún hombre! Rápidamente, Janet miró hacia otro lado, a su padre, solo para ser rechazada de nuevo por la expresión, casi de fatuidad, que descubrió en su rostro cuando él se inclinó sobre la carta una vez más. De repente, experimentó una abrumadora comprensión de la desesperación de la difícil situación de Hannah, el destino de pasar los días, sin simpatía, trabajando en el confinamiento de estas habitaciones para satisfacer sus necesidades corporales. Nunca había tenido un destino tan atroz. Y sin embargo, a Janet le molestaba esa pena. El efecto de ello fue para atar e inhibir; desde el momento de su intrusión, ella ya no era una agente libre, para dejar a Hampton y Ditmar cuando ella eligiera. Sin ella, esta familia estaba indefensa. Se levantó y recogió algunos de los platos. Hannah se los quitó de las manos.

“¡Déjalos en paz, Janet!” Dijo ella con una agudeza inusitada. "Supongo que no soy demasiado débil para manejarlos todavía".

Y un destello de nueva comprensión llegó a Janet. Los platos eran indirectos, un sustituto de ese cargo mayor del que Hannah había sido engañada por el destino. Un sustituto, sí, y tal vez convertido en una especie de manía, como

los papeles Bumpus de su padre... Janet salió de la habitación rápidamente, entró en el dormitorio, se puso el abrigo y el sombrero y salió. Al otro lado de la calle, la luz en la tienda del Sr. Tiernan todavía estaba encendida, y a través de la ventana ella percibió que el propio Tiernan estaba inclinado hacia atrás en su silla, con los pies sobre la mesa, la punta de su nariz apuntando directamente hacia el techo. Cuando la campana traicionó la apertura de la puerta, dejó caer su silla en el suelo con un golpe.

"¡Vaya, es la señorita Janet!", Exclamó. "¿Cómo estás esta noche? Estaba esperando que alguien me hiciera una llamada".

Con un guiño hacia ella, logró, de forma un tanto mágica, disipar su temperamento de pesimismo, y la impulsó a responder: "Creo que estaba pasando un momento hermoso".

"Buen tiempo, ¿verdad? Tal vez sea porque estaba soñando con una joven que viene a visitarme".

"Bueno, los sueños nunca llegan a las expectativas, ¿verdad?"

"Entonces estoy soñando, aún lo estoy", replicó rápidamente el Sr. Tiernan.

Janet se rió. Su tono, aunque bromista, era respetuoso. Uno de los secretos del éxito humano del Sr. Tiernan era su capacidad para estimar a sus semejantes. Su manera de tratar a Janet, por ejemplo, era muy diferente de la que empleaba para tratar a Lise. En el curso de una entrevista que le había transmitido a Lise, sin despertar su antagonismo, la convenció de que era más prudente confiar en él que intentar quitarle la pelusa de los ojos. Janet tenía la inteligencia para confiar en él; y esta noche, cuando ella se enfrentó a él, el hecho fue traído a ella con la fuerza peculiar de que este hombre de pelo rubio era la persona por encima de todos los demás de su conocimiento inmediato para hablar con él en tiempo de problemas. Además, el Sr. Tiernan, incluso en sus saludos matutinos cuando ella pasaba, siempre se las ingeniaba para transmitirle, por ejemplo, cuando la luz bailaba en sus ojos mientras la miraba, que la veía como el pilar de la familia indefensa en el piso de arcilla amarilla que había al otro lado de la calle. Y no había nada, estaba convencida, que el señor Tiernan no supiera de su familia. Así que ella dijo: "He venido a hablar sobre la estufa".

"Claro", respondió, como para decir que la visita no era inesperada. —Bien, lo he estado pensando, señorita Janet. Tengo una estufa aquí que sé que se adaptará a tu madre. Es casi nueva. Será mejor que la veas tú misma.

La condujo a un caos de estufas, parrillas y tuberías en la parte trasera de la tienda.

"Necesita un poco de pulimento", agregó, mientras encendía una luz, "pero es buena, y no gasta mucho carbón". Abrió el horno y sacó las tapas.

"Me temo que no sé mucho acerca de estufas", le dijo. Pero confiaré en su juicio. ¿Cuánto es? —Preguntó ella vacilante.

Se pasó la mano por el pelo en forma de sacacorchos, su gesto familiar.

Bueno, estoy dispuesto a dejar que la tengas por veinticinco dólares. Si eso es demasiado, podemos encontrar otra".

"¿Puedes instalarla mañana por la mañana?", Preguntó.

"Puedo hacerlo", dijo. Ella sacó su bolso. "No tienes que pagar todo de una vez", protestó él, poniendo una mano en su brazo. "¿No estarás huyendo?".

"Oh, preferiría, tengo el dinero", declaró apresuradamente; y ella le dio la espalda para que él no percibiera, cuando ella había extraído los billetes, lo poco que quedaba en su bolso.

“Apostaré que no querréis otra pronto”, dijo, mientras la acompañaba a la puerta. Y la mantuvo abierta, cortésmente, cuidando de ella, hasta que ella cruzó la calle, gritando un alegre "Buenas noches" que era algo así como una bendición. Ella evitó el comedor y se fue directamente a la cama, con una extraña mezcla de sentimientos. El sacrificio había traído una cierta satisfacción propia no del todo desagradable. Ella había estado a la altura de la situación, y una parte de ella lo aprobada, una parte que había sido suprimida en otro estado de ánimo en el que se había convencido de que la autorrealización estaba en otra parte. La vida era de hecho algo desconcertante...

A la mañana siguiente, durante el desayuno, aunque las quejas de su madre continuaron, Janet guardó silencio en cuanto a su compra, y se demoró en su regreso a casa por la noche porque ahora sentía reticencia a aparecer como protectora y conservadora de la familia. Habría preferido, si es posible, dar la estufa de forma anónima. No es que la expresión de la gratitud de Hannah fuera insincera; miró a Janet cuando entró en el comedor y exclamó: "¡No debiste haber hecho eso!"

Y Janet replicó, con casi igual vehemencia: “Alguien tenía que hacerlo, ¿no? ¿Quién más estaba aquí?"

“Es una pena que gastes tu dinero en estas cosas. Deberías guardarlo, lo necesitarás”, continuó Hannah, ilógicamente.

"Es una suerte que tuviera el dinero", dijo Janet.

Tanto Janet como Hannah sabían que estas recriminaciones, de la otra, eran expresiones explosivas de sentimiento profundo. Janet sabía que su madre

estaba profundamente conmovida por su sacrificio. Ella misma se sintió conmovida por la difícil situación de Hannah, pero la ternura y la compasión se vieron complicadas por un renovado sentimiento de rebelión contra una existencia que exigía tal situación.

"Espero que la estufa esté bien, madre", dijo. "El señor Tiernan parecía pensar que era buena".

"Es una cosa diferente", declaró Hannah. "Me estaba preguntando esta noche, antes de que entrases, cómo alguna vez pude cocinar algo en la otra". Ven a ver lo bien que se ve".

Janet la siguió a la cocina. Mientras permanecían juntas mirando la nueva compra, Janet estaba incómodamente consciente de las gotas que corrían un poco por los surcos de las mejillas de Hannah, se detuvieron y siguieron corriendo. Ella agarró su delantal y se lo puso en la cara.

"¡No deberías haberlo hecho!", sollozó ella.

Y Janet fue repentinamente impulsada a cometer un acto raro en su relación. Ella la besó, con rapidez, en la mejilla, y huyó de la habitación...

La cena fue un calvario. A Janet no le gustaba su entronización como heroína, deploraba e incluso le molestaba la actitud de su madre hacia su padre, lo cual la desconcertaba; pues la crueldad estudiada parecía desmentir su afecto por él. Cada acto, gesto y discurso de Hannah adoptó la forma de una referencia insidiosa a su confiabilidad en comparación con la inutilidad de Edward como proveedor; y se las ingenió para hacer de la comida un sacramento en conmemoración del acto de su hija mayor.

"Supongo que notarás la diferencia en ese cerdo", exclamó ella, y cuando él lo elogió y atribuyó su excelencia al regalo de Janet, Hannah observó: "¡Ya que no tuve un hijo, tengo suerte de tener un hija como ella!”

Janet se retorció. La aceptación de su padre de su inutilidad comparativa fue tan abyecta que su compasión fue transferida a él, aunque ella lo despreció, como en ocasiones anteriores, por la auto-depreciación que lo hacía impotente ante los reproches de su madre. Una vez terminada la comida, se sentó con indiferencia en el sofá, como un visitante cuya presencia es sostenida, absteniéndose patéticamente de esa ocupación en la que su alma encontraba refresco y paz, la compilación de la genealogía Bumpus. Esa noche los papeles permanecieron debajo de la tapa del escritorio en la esquina, sin tocar.

Sin embargo, lo que preocupó a Janet sobre todo fue la actitud de Lise, quien también recibió su parte de reproche implícito. En los últimos tiempos, Lise se había convertido en una fuente creciente de ansiedad para Hannah, quien se

decidió imprudentemente a convertir esta ocasión en una lección objetiva. Y aunque la ternura de los padres a menudo la había movido a excusar y defender a Lise por su creciente descontento por no contribuir a los gastos del hogar, ahora era bastante implacable en sus esfuerzos por obtener de Lise un reconocimiento de la nobleza del acto de su hermana, de las cualidades de Janet, que a ella, Lise, le convendría cultivar. Lise estaba igualmente decidida a retener cualquier reconocimiento de este tipo; en su rostro creció esa familiar mirada rebelde que Hannah nunca reconoció como una señal de peligro; y con ella otra expresión sofisticada de quien conoce la vida y ridiculiza la falta de tal conocimiento en otros. Su implicación fue asegurada cuando las dos chicas estaban solas en su habitación después de la cena. Lise, febrilmente ocupada en el inodoro, al partir rompió el silencio al preguntar: “Dime, si tuviera tu dinero fácil, también podría comprar una estufa. ¿Cuánto te da Ditmar, cariño?

Janet, enfurecida, voló hacia su hermana. Lise luchó por escapar.

"Déjame ir", gimió con genuina alarma, y cuando finalmente fue liberada, se dirigió al espejo y comenzó a alisar su sombrero, que se había dejado caer a un lado de su cabeza. "No quise decir nada, yo solo soy una niña ¿de qué sirve hacer tonterías en broma?"

"No soy como tú", dijo Janet.

"Sólo estaba bromeando, te lo digo", insistió Lise, con un alfiler de sombrero en la boca. "Olvídalo."

Cuando Lise salió, Janet se sentó en la mecedora y comenzó a mecerse agitadamente. Lo que realmente la había hecho enojar, comenzó a percibir, era la realización de cierta verdad en la intimidad de su hermana con respecto a Ditmar. ¿Por qué debería tener, en Lise, continuamente ante sus ojos una degradada caricatura de sus propias aspiraciones e ideales? ¿O era Lise un espejo algo empañado, de hecho, en el que leyó la verdad sobre sí misma? Durante algún tiempo, Janet había más que sospechado que su hermana tenía un nuevo amante, un amante del que ella se abstuvo de discutir; una señal ominosa, ya que había sido su costumbre colgar sus conquistas ante los ojos de Janet, discutir sus méritos y deméritos con una libertad cínica, aunque atractiva. Aunque la existencia de este caballero se basaba en pruebas puramente circunstanciales, Janet se inclinaba a creer que era de un tipo completamente diferente de sus predecesores; y el hecho de que sus atenciones fueran curiosamente intermitentes e irregulares la inclinó a la teoría de que él no era residente de Hampton. ¿Cómo era? Le repugnó reflexionar que podría de alguna manera parecerse a Ditmar. De este modo, se convirtió en el objeto de una mórbida especulación, especialmente en momentos como este, cuando Lise se vestía con sus nuevas galas de invierno y

salía a su encuentro. Janet, también, recientemente se había autoconvencido de compartir con Lise la misma tendencia cuestionable hacia el auto-adorno para complacer al ojo del hombre. La noche del sábado siguiente, después de que ella se hubiera entregado a esa loca extravagancia del traje azul, Lise había traído a casa desde la ventana de The Paris en Faber Street un sombrero que había excitado la codicia y la admiración de Miss Schuler y de ella misma, y frente al que había permanecido languideciendo en tres tardes sucesivas. En su adquisición, Lise había gastado casi la totalidad del salario de una semana. Su color era morado, en tres lados se amontonaban plumas lilas caídas, pero sobre la oreja izquierda el ala ancha quedaba atrapada y sostenida por una media luna de brillantes piedras en pasta. Poco después de esto el París había mostrado de manera seductora y astuta, por la tentadora suma de 6,29 $, la capa que combinaba con el sombrero. La señorita Schuler declaró que sería un crimen no aprovechar esta oportunidad, pero el problema era que Lise había tenido que esperar dos días de pago más y soportar el suspenso derivado de la posibilidad de que alguna jovencita con gusto y medios pudiera convertirse en su feliz propietaria. Si la vendedora no hubiera sido obstinada, Lise lo habría obtenido a crédito; pero logró, mediante un pago inicial el sábado siguiente, retirarlo de la mirada pública. El segundo sábado, Lise trajo triunfalmente la capa a casa; una capa de terciopelo, si se pudieran creer los ojos, terciopelo que bordea la felpa, con un fondo púrpura oscuro manchado delicada y artísticamente con un lila para que coincida con las plumas del sombrero, y bordeada con un material que, si no se examina de manera demasiado imprudente puede ser confundido, por el hombre no iniciado, por el pelaje de un zorro blanco. No hace falta decir que ambas inversiones se hicieron con base en el aumento del salario de Janet; y Lise, cuando Janet la había sorprendido antes de que realizara la combinación, se justificó con una disculpa desafiante.

"Solo tenía que tener algo ya que se avecinaba el invierno", declaró, tomando el espejo de mano para ver la espalda. "Es mejor que consigas tu ropa, chica, mientras puedas, yo no tuve que desenterrar veinte huesos, ni nada parecido", reflexionando sobre el traje azul de Janet y su anormal extravagancia. Porque era el hábito de Lise llevar la guerra a la casa del enemigo. "Sadie al respecto dice que le recuerda a una de las instantáneas del suplemento del domingo pasado. Bueno, querida, ¿cómo te afecta el efecto?” Y ella se dio la vuelta para inspeccionar a su hermana.

"Si sigues mi consejo, tendrás cuidado de no ser atrapada bajo la lluvia".

"¿Qué estás masticando ahora?" Exigió Lise. No le faltaba cierto tipo de imaginación, y la observación de Janet no falló en su propósito de reunir una

imagen algo abyecta de sí misma en terciopelo mojado y plumas desaliñadas, una imagen sugestiva de cierto tipo de mujer cazada que Lise y su tipo sostenían. Y ella estaba más resentida porque sentía, instintivamente, que el recuerdo de esta sugerencia nunca se erradicaría por completo: persistiría, arruinaría como un cancro, el disfrute completo de su ropa. Ella se volvió hacia Janet con furia.

"¡Te entiendo, de acuerdo!", Gritó. "¡Supongo que sé lo que te está comiendo! Tienes dinero para quemar y estás dolorida porque gasto el mío para comprar lo que necesito. "No sabes cómo vestirte, como cualquiera de las chicas polacas de los telares, y no quieres que nadie más se vea bien".

Y a Janet la impulsó a hacer una réplica casi igual de cruda: "Si yo fuera hombre y te viera con esas ropas, no esperaría una presentación. Me preguntaste qué pensaba. ¡No me importa el dinero!", exclamó apasionadamente. "Muchas veces te dije que eras lo suficientemente bonita sin tener que usar ese tipo de cosas, para que los hombres te miraran".

"¡Quiero saber si no siempre se me ve como una dama! Y no hay ningún hombre vivo que tratara de recogerme más de una vez. La nota nasal en la voz de Lise se había vuelto más aguda y chillona, casi estaba llorando de ira. "Quieres que me vea como una lavaplatos".

"Prefiero parecer una lavaplatos que otro tipo de mujer", declaró Janet.

"Bueno, tienes tu deseo, cariño", dijo Lise. "No debes tener miedo de que alguien te recoja".

"No lo tengo", dijo Janet.

Esta pelea se había producido aproximadamente una semana antes de que Janet comprara la estufa. Hannah, también, estaba indignada por el disfraz de Lise, y también había sido impulsada a protestar; protesta inútil. Su único efecto en Lise fue convencerla de la existencia de un plan de persecución preestablecido, para hacerla más reservada y hosca que nunca.

"A veces simplemente no puedo creer que sea mi hija", dijo Hannah abatida a Janet cuando estaban solas en la cocina después de que Lise hubiera salido. "Le tengo cariño porque es mi propia carne y sangre, me da vergüenza, pero no puedo evitarlo". Supongo que es lo que el ministro en Dolton solía llamar visitación. Supongo que me lo merezco, pero a veces creo que si tu padre hubiera sido diferente, podría haber puesto fin a lo que está pasando. Ella no es como ninguno de los Wenches, ni ninguno de los Bumpuses, hasta donde yo puedo conocer. Ella simplemente no parece tener ninguna noción sobre el bien y el mal. Bueno, el mundo se ha desordenado. Me supera".

Hannah sacó la fregona con malicia y la colgó sobre el fregadero.

"Solía esperar que viniera algún hombre respetable, pero he dejado de esperar". "No sé como un hombre respetable querría a Lise, o que pudiera desear tenerla honestamente".

"¡Madre!" Protestó Janet. A veces, en esas conversaciones, ella estaba paradójicamente impulsada a defender a su hermana.

"Bueno", insistió Hannah, "eso es un hecho. Con ese sombrero y esa capa se ve como una mala mujer. No digo que lo sea. No sé qué haría si pensara que lo era, pero nunca esperé que mi hija se pareciera a una de esas".

"Oh, Lise puede cuidarse sola", dijo Janet, a pesar de ciertos recelos recientes.

"Sodoma y Gomorra en esta ciudad se convirtieron en una sola", declaró Hannah, quien, por costumbre, era ocasionalmente propensa a usar paralelos bíblicos. Y después de un momento de silencio, preguntó: "¿Quién es este hombre que la está prestando atención ahora?"

"No sé", respondió Janet, "No sé si hay alguien".

"Supongo que lo hay", dijo Hannah. “Solía pensar que Wiley era lo suficientemente bajo, pero podía verlo. Podría ser peor, de todos modos... Supongo que es hora de otra inundación".

Esta charla había dejado a Janet en uno de estos estados introspectivos tan frecuentes en su experiencia reciente. Su madre había usado las palabras "correcto" e "incorrecto". Pero, ¿qué era "correcto" o "incorrecto"? No tenía sentido preguntarle a Hannah, que percibía que estaba tan confundida y desconcertada como ella misma. ¿Se negaba a alentar al Sr. Ditmar porque estaba mal? porque, si ella accedía a sus deseos, y ¿cuáles eran a menudo los suyos?, ¿sería castigada en el futuro? Ella no estaba del todo segura de si creía en una vida posterior, una falta de fe que, en los últimos tiempos, había preocupado profundamente a su amiga Eda Rawle, que había "adoptado la religión" de un evangelista itinerante y ahora estaba trabajando, en una iglesia "viva", parte del idealismo emocional que es el resultado de un instinto de sexo estancado en mujeres jóvenes solteras de cierta mentalidad y sin buena apariencia. Esta no fue, por supuesto, la explicación de Janet sobre el cambio en su amiga, a quien ahora veía cada vez menos. Habían tenido discusiones, en las que ninguna ganó terreno. Por primera vez en su relación, las ideas se habían interpuesto entre ellas, ya que Eda había desarrollado una sorprendente autoafirmación cuando sus convicciones fueron atacadas, una lealtad obstinada a un plan de salvación que Janet no encontró ni inspiradora ni convincente. A ella le molestaba que la rezaran, y una Eda ferviente en buenas obras la aburría más que nunca. Eda estaba profundamente dolida por

la creciente evitación de su compañía por Janet, pero su adoración a la heroína persistía. Su continuo respeto por su amiga podría compararse con la actitud de un bautista ortodoxo que ha desarrollado un pasatiempo, digamos, por Napoleón Bonaparte.

Janet no estaba del todo sin remordimientos. Ella valoró la devoción de Eda, lamentó sinceramente el hecho, tanto por cuenta de Eda como por la suya, de que era una devoción inútil en la crisis actual y en ninguna crisis que pudiera enfrentar en la vida: se había sentido instintivamente desde el principio en que se fundó la amistad, la armonía mental, y ahora se le hacía saber que la solución de Eda nunca podría ser suya. A Eda le hubiera encantado saber las atenciones de Ditmar, habría defendido la adopción de una campaña que condujera al matrimonio. En el matrimonio, para Eda, el alma estaba a salvo. Eda se habría horrorizado de que Janet se hubiera conformado con cualquier otro tipo de relación; Dios la castigaría. Janet, en su conflicto entre alternativo anhelo y repugnancia, no estaba preocupada por las leyes y las retribuciones de Dios. La necesidad moderna de otras sanciones que no sean sobrenaturales. No resistió su deseo por Ditmar porque creía, en el sentido ortodoxo, que estaba mal, sino porque implicaba una pérdida de autoestima, una rendición de la personalidad desde la contemplación de la cual ella encogía. Ella era una verdadera hija de su tiempo.

El viernes por la tarde, poco después de que Ditmar comenzara a dictar su correspondencia, el Sr. Holster, el agente de Clarendon Mill, llegó y lo interrumpió. Janet había aprovechado la oportunidad para archivar algunas cartas contestadas cuando se distrajo de su trabajo por la conversación, que gradualmente se había vuelto más fuerte. Los dos hombres estaban de pie junto a la ventana, uno frente al otro, en una actitud que parecía dramática. Ambos eran figuras vitales, tipos dominantes que habían sobrevivido y prevalecido en ese mundo de implacable lucha por la supremacía en la que, a través de su relación con Ditmar, ella había sido proyectada, y la importancia de la que ella ahora había comenzado a darse cuenta. Ella examinó a Holster críticamente. Era bajo, de construcción pesada, con una anchura de hombros casi grotesca, una tez fangosa, labios gruesos y cabello negro grasiento y rizado que brillaba al sol. Su voz nasal se quejaba, aunque era claramente agresiva, y enfatizaba sus palabras con gestos. Las venas se destacaban en su frente. Se preguntó cuál había sido su historia. Ella lo comparó con Ditmar, en cuyo rostro grisáceo detectó rápidamente una mirada que había visto antes de una contracción de los ojos, un estiramiento de los músculos de la mandíbula. Esa mirada, y la actitud peculiarmente establecida

del cuerpo que lo acompaña, despertó en ella un sentido sensible de la competición.

"Está bien, Ditmar", escuchó la exclamación. "Te digo de nuevo que nunca serás capaz de lograrlo".

La risa de Ditmar fue breve, desafiante.

"¿Por qué no?", Preguntó.

"¡Por qué no! Porque la ley de cincuenta y cuatro horas entra en vigor en enero".

"¿Qué tiene eso que ver con esto?" exigió Ditmar.

"Recordarán lo que les dije a los compañeros en la conferencia después de que se aprobara el proyecto de ley y ese maldito demagogo de gobernador insistiera en firmarla. Dije, si tratáramos de reducir los salarios a una base de cincuenta y cuatro horas tendríamos una huelga en nuestras instalaciones en Hampton, ¿no es así? Dije que nos costaría millones de dólares y que todas las otras huelgas que hemos tenido aquí parecen de cincuenta centavos. ¿No dije eso? Hammond, nuestro presidente, me apoyó, y Rogers de la gente de la lana. ¿Recuerdas? Tú fuiste el hombre que se destacó en contra, y ellos te escucharon, votaron para reducir la paga y no decir nada al respecto. Espera hasta que los primeros sobres de paga se abran después de que esa ley entre en vigencia. ¡Verás lo que va a pasar!”

"Oh, infierno", replicó Ditmar, con desdén. "Siempre estás queriendo acostarte, Holster. ¿Por qué no entregas tu fábrica a los sindicatos y te vas a trabajar en una granja? También podrías, si dejas que los sindicatos dirijan el Estado. ¿Por qué no tener socialismo en este momento, y cortar la agonía? Cuando lograron que los políticos hicieran el último recorte de cincuenta y ocho a cincuenta y seis y seguimos pagándoles cincuenta y ocho, en contra de mi consejo, ¿qué pasó? ¿Nos dieron las gracias? Supongo que no. ¿Estaban contentos? No. Continuaron agitándose, atemorizando a las convenciones del partido y a los comités de la Cámara y del Senado, y ahora es cincuenta y cuatro horas. Serán cincuenta en un par de años, y luego tendremos que desechar nuestra maquinaria y entregar el comercio al Sur y donar nuestras fábricas al Estado para asilos de locos".

“No, si manejamos esto bien, tendremos al público de nuestro lado. Ya se están cansando de los sindicatos.

Ditmar fue a la mesa por un cigarro, lo mordió y lo encendió.

"¡El público!", Exclamó con desdén. “Nos harán mucho bien”.

Holster se acercó a él, amenazante, hasta que los dos hombres casi se tocaron, y por un momento a Janet le pareció que el agente de Clarendon

estaba listo para golpear a Ditmar. Contuvo el aliento, su sangre corrió más rápido. El conflicto entre estos dos tenía un atractivo elemental.

"De acuerdo, recuerde lo que digo, espere y vea como paran si damos esa orden". La voz de Holster temblaba de ira. Vaciló, y abandonó bruscamente la oficina. Ditmar se quedó mirándolo un momento y luego, sacándose el cigarro de la boca, se volvió, sonrió a Janet y se sentó en su silla. Sus ojos, aún entrecerrados, tenían en ellos un destello de triunfo que la emocionó. El combate parecía estimularlo y darle energía.

"Pensó que podía engañarme para dividir esa demanda de Bradlaugh con Clarendon", exclamó Ditmar. "Bueno, tendrá que esperar otra vez. Tengo su número". Comenzó a entregar sus cartas. "A ver, ¿dónde estábamos? Dígale a Caldwell que no deje entrar más idiotas y que cierre la puerta.

Janet obedeció, y cuando regresó, Ditmar estaba tomando notas con un lápiz en un cuaderno. La conversación con Holster le había dado una nueva idea de la audacia de Ditmar al intentar cumplir la demanda de Bradlaugh solo con Chippering Mills, y había despertado en ella con más fuerza que nunca la lealtad hacia la fábrica; y esa extraña oleada de simpatía, de compasión por los trabajadores que había experimentado después de la entrevista con el Sr. Siddons, de la rebelión contra él, la convicción de que ella también era una de las esclavas que había explotado, había desaparecido por completo. Ditmar era Chippering Mills, y ella, de alguna manera, se alistó una vez más a su lado.

"Por cierto", dijo bruscamente, "no mencionará esto, lo sé".

"¿No mencionaré qué?" Preguntó ella.

"Este asunto sobre los sobres de pago; que no tenemos la intención de seguir pagando a los operarios cincuenta y seis horas por cincuenta y cuatro de trabajo cuando esta ley entre en vigencia. Son como animales, la mayoría de ellos, no razonan, y podría causar problemas si se supiera ahora. Tú entiendes. Tendrían tiempo para meditarlo y poner en marcha a los agitadores. Cuando llegue el momento, pueden patear un poco, pero se callarán. Y les enseñará una lección.

"Nunca menciono nada de lo que escucho en esta oficina", le dijo ella.

"Sé que no", le aseguró, disculpándose. "Debería haber dicho que solo era para ponerte en guardia, en caso de que lo hayas escuchado. ¿Ves lo importante que es, cuántos problemas puede causar un agitador al estimularlos? Puedes ver lo que significa para mí, con este pedido en mis manos. He apostado todo por él".

"Pero ¿cuando entra en vigor la ley? ¿Cuando los agentes descubren que no están recibiendo su salario completo como dijo el Sr. Holster?”, preguntó Janet.

“Por qué, pueden quejarse un poco, pero estaré atento a cualquier movimiento. Me encargaré de eso. Les enseñaré una lección sobre hasta dónde pueden impulsar este negocio de jornada más corta e igual remuneración. Los trabajadores no cualificados son los más afectados, entiendes, y no están organizados. Si podemos mantener alejados a los agitadores, estaremos bien. Incluso entonces, les mostraré que no pueden entrar aquí y explotar a mis operarios".

En el estado de ánimo en que se encontraba su confianza en sí misma, su agresividad continuó inspirándola e incluso agitándola, obligándola a aceptar su punto de vista.

"Porque", continuó, "confío en ti como nunca confié en nadie más. Te lo he dicho antes. Desde que has estado aquí, has hecho de la vida una cosa diferente solo por estar aquí. No sé qué haría sin ti. Tienes tanto sentido sobre las cosas de las personas, y a veces creo que tienes casi el mismo sentimiento sobre esta fábrica que yo. "No me dijiste que pasaste por los telares con Caldwell el otro día", agregó, acusadoramente.

"Me olvidé", dijo Janet. "¿Por qué debería decírtelo?" Ella sabía que todo pensamiento sobre Holster ya se había marchado de su mente. Ella no levantó la vista. "Si no vas a terminar tus cartas", dijo un poco débilmente, "Tengo que copiar algo".

"Eres muy profunda", dijo. Y cuando se volvió hacia el montón de correspondencia, ella lo oyó suspirar. Empezó a dictar. Ella copió sus palabras automáticamente, sabiendo apenas lo que estaba escribiendo. Le estaba haciendo el amor tan intensamente como si sus palabras hubieran sido la expresión absoluta de su deseo en lugar de los medios comunes de las relaciones comerciales. Luego se detuvo y comenzó a hurgar en uno de los cajones de su escritorio.

"¿Dónde está el memorándum que hice la semana pasada para Percy and Company?"

"¿No está ahí?", Preguntó ella.

Pero él siguió buscando a tientas, repasando los papeles y separándolos hasta que ella no pudo soportarlo más.

"Nunca se sabe dónde encontrar nada", declaró ella, levantándose y lanzándose alrededor del escritorio, inclinándose sobre el cajón, sus hábiles

dedos separaron rápidamente los papeles. Ella sacó el memorándum triunfalmente.

"¡Aquí!", Exclamó ella. "Estaba justo delante de tus ojos".

Cuando ella lo empujó hacia él, su mano se cerró sobre la de ella. Ella sintió que él la estaba deseando, irresistiblemente.

"¡Janet!", Dijo. “Por el amor de Dios, me estás matando, ¿no lo sabes? ¡No lo soporto más!”

"¡No!" Susurró ella, aterrorizada, alejándose de él. "Señor Ditmar. ¡Déjeme ir!”

Una lucha silenciosa se produjo, ella se resistió a él con toda la fuerza despertada y feroz de su naturaleza. Él besó su cabello, su cuello, ella nunca había imaginado una fuerza como esta, se sintió debilitarse, acogiendo con satisfacción la aniquilación de su abrazo.

"¡Señor Ditmar! —Gritó ella. "Entrará alguien".

Sus dedos se hundieron en su cuello, ella trató de lastimarlo y con un último esfuerzo se liberó y huyó al otro lado de la habitación.

"¡Pequeña gata salvaje!", Lo oyó exclamar, lo vio colocarse el pañuelo en el cuello donde habían estado sus dedos y vio una mancha roja en él. "¡Todavía te tendré!"

Pero incluso entonces, mientras estaba de pie apoyada contra la pared, inmóvil, excepto por el surgimiento de su pecho, había alrededor de ella la misma extraña, salvaje inescrutabilidad. Estaba desconcertado, no podía decir lo que ella estaba pensando. Parecía, invicta, triunfante sobre su desorden y la agitación de su cuerpo. Luego, con un gesto involuntario, se llevó las manos al cabello, alisándolo, y sin que pareciera haber salido de la habitación, ni siquiera lo miró, cerrando la puerta detrás de ella.

Alcanzó su mesa en la oficina exterior y se sentó, mirando por la ventana. La faz del mundo: el río, las fábricas y el puente cambiaron, teñidos con una calidad nueva e irreal. Ella, también, debía haber cambiado. ¡No era, no podía ser la misma persona que había entrado en esa habitación de Ditmar a primera hora de la tarde! El Sr. Caldwell hizo un comentario común, se escuchó a sí misma responderle. Su mente estaba adormecida, solo su cuerpo parecía arrastrado por el fuego, por las emociones, por el miedo, por la ira, por el deseo tan intenso que la hacía indefensa. Y cuando por fin alcanzó una hoja de papel carbón, le temblaba la mano y apenas podía sostenerla. Sólo gradualmente pudo controlarse lo suficiente como para comenzar a copiar, cuando encontró cierto alivio en la acción sus manos volando sobre las teclas, arrancando las hojas terminadas y reemplazándolas con otras. No quería

pensar, decidir, y sin embargo sabía que algo estaba tratando de decirle que había llegado el momento de la decisión. Ella debía irse, ahora. Si se quedaba, esta tremenda aventura que anhelaba y temía era inevitable. El miedo y la fascinación luchaban dentro de ella. Huir era negar la vida; quedarse, degustarla y saborearla. ¿Ella había comprobado que era dulce? ¿Esa sensación de ser arrastrada, engullida por un poder elemental más allá de ambos, pero en ambos? Ella sintió que él la atraía hacia sí, y ella luchaba pero interiormente anhelaba rendirse. Y la mancha escarlata en su pañuelo cuando ella pensó que le palpitaba la sangre, que le ardía la cara.

Por fin se abrió la puerta de la oficina interior, y Ditmar salió y se paró junto a la barandilla. Su voz era rara, apenas reconocible.

"Señorita Bumpus, ¿le importaría entrar a mi despacho un momento, antes de marcharse?", Dijo.

Ella se levantó al instante y lo siguió, cerrando la puerta detrás de ella, pero parada contra ella con la mano en el pomo.

"No voy a tocarte, no debes tener miedo", dijo. Tranquilizada por la inestabilidad de su voz, ella levantó los ojos para percibir que su rostro estaba ceniciento, su actitud nerviosa, aprensiva, conciliadora, un Ditmar que ella tenía dificultades para reconocer. "No quise asustarte u ofenderte", continuó. "Algo me agarró. Estaba loco, no podía evitarlo. No volveré a hacerlo, si te quedas. Te doy mi palabra."

Ella no respondió. Después de una pausa, comenzó de nuevo, repitiéndose.

"No quise hacerlo. Me dejé llevar, todo sucedió antes de darme cuenta. Yo no te asustaría así por nada en el mundo".

Todavía estaba en silencio.

"¡Por el amor de Dios, háblame!", Exclamó. “Di que me perdonas dame otra oportunidad!”

Pero ella siguió mirándolo con los ojos ensanchados y enigmáticos, ya sea de reproche, desprecio o enojo. No podía decirlo. La situación trascendía su experiencia. Dio un paso incierto hacia ella, como si medio esperara que huyera, y se detuvo.

"¡Escucha!" Suplicó. "No puedo hablar contigo aquí. ¿No me darás la oportunidad de explicar para ponerme en lo correcto? Sabes lo que pienso de ti, cómo te respeto y admiro. Si solo me dejas verte en cualquier lugar, fuera de la oficina, por un tiempo, no puedo decirte cuánto te lo agradecería. Estoy seguro de que no entiendes cómo siento que no podría soportar perderte. Bajaré por el canal cerca del puente a las ocho de la noche. Te espero ¿Vas a venir? ¡Di que vendrás y dame otra oportunidad!

"¿No vas a terminar tus cartas?" Preguntó ella.

Él la miró fijamente con perplejidad. "¡Cartas!", Exclamó. ¡Malditas sean las cartas! ¿Crees que podría escribir alguna carta ahora?

Como un rayo débil en aguas oscuras, un destello parecía bailar en las sombras de sus ojos, pero se había ido tan rápidamente que él no podía estar seguro de haberlo visto. ¿Había sonreído ella?

"Estaré allí", gritó.

"Te esperaré."

Se apartó de él, abrió la puerta y salió.

Esa noche, mientras Janet limpiaba los platos que le había dado su madre, se repetía a sí misma: "¿Debo ir o no?" Como si el asunto estuviera en duda. Pero en su corazón estaba convencida de su predeterminación por algún poder diferente a su propia voluntad. Con este sentimiento, de que realmente no tenía otra opción, que estaba siendo guiada e impulsada, se fue a su habitación después de terminar su tarea. Las manecillas del viejo reloj del comedor apuntaban a las ocho menos cuarto, y Lise ya había pasado por el baño y se había ido. Janet abrió el armario, miró el nuevo traje azul que colgaba tan bien en su soporte de alambre, vaciló y volvió a cerrar la puerta. Ella no usaría eso, esta noche. Se arregló el pelo, se puso el sombrero y el abrigo y salió, pero una vez en la calle no se apresuró, aunque sabía que la calma que aparentemente experimentaba era falsa: la calma de la fatalidad, un impulso que a veces parecía mera curiosidad. En algún lugar, sacada de su conciencia inmediata, una tormenta estaba en su apogeo; era consciente de una perturbación que la alcanzaba levemente, como el latido lejano de los telares que escuchó cuando pasó de Faber a West Street. No había podido cenar. ¡Ese latido de los telares en la noche! A medida que se hacía cada vez más fuerte, la tensión dentro de ella aumentaba, rompía sus límites, hacía que su corazón palpitara demasiado. Se detuvo y continuó de nuevo, precipitadamente, pero una vez más redujo sus pasos al llegar a West Street y al resplandor de la luz al final del puente; a poca distancia, bajo las sombras a cuadros de las ramas desnudas, vio que se movía un hombre, Ditmar. Ella se quedó inmóvil mientras él se apresuraba hacia ella.

"¡Has venido! ¿Me has perdonado? —Preguntó.

"¿Por qué estabas ahí abajo?" Preguntó ella.

"¿Por qué? Porque pensé que no querrías que nadie lo supiera"

Era bastante natural que no quisiera que la vieran; aunque ella no tenía ningún sentimiento de culpa, ella misma no deseaba que se conociera su reunión. A ella le molestaba el subterfugio en él, pero no hizo ningún

comentario porque su perplejidad, su vergüenza eran gratificantes a su resentimiento, le estaban devolviendo su poder, dándole un sentido de poder.

"No podemos quedarnos aquí", continuó, después de un momento. “Vamos a caminar un poco. Tengo mucho que decirte. Quiero ponerme en lo correcto. Él intentó tomar su brazo, pero ella lo evitó. Comenzaron a lo largo del canal en dirección al puente de la calle Stanley. "¿No te preocupas un poco por mí?" Exigió.

"¿Por qué debería?" Paró ella.

"¿Entonces por qué viniste?"

"Para escuchar lo que tenías que decir".

"¿Te refieres a esta tarde?"

"En parte", dijo Janet.

"Bueno, vamos a hablar de todo. Quería explicarte sobre esta tarde, sobre todo. Lo siento”

"¡Lo siento!" Exclamó ella.

La vehemencia de su reprimenda que él reconoció como tal, lo desconcertó por completo. Por eso, en los momentos más inesperados, no solía traicionar la pasión hacia ella, la pasión que lo enfermaba de deseo. ¿Cómo iba a conquistar a una mujer de este tipo, que nunca se refugiaba en las tácticas convencionales de su sexo, como él las había conocido?

"No quise decir eso", explicó desesperadamente. “¡Dios mío, quería sentirte, quería tenerte en mis brazos! Lo lamenté porque te asusté. Pero cuando te acercaste a mí de esa manera, simplemente no pude evitarlo. Me llevaste a eso.

"¡Te conduje a ello!"

“No entiendes, no sabes lo maravillosa que eres. Me vuelves loco. Te quiero, te quiero como nunca he deseado a ninguna mujer. No puedo explicarlo. Temo que no pueda vivir sin ti. Lanzó su brazo hacia las luces de las fábricas. “Eso solía ser todo para mí, lo vivía. No digo que haya sido un santo, pero en realidad nunca me importó nada de ninguna mujer hasta que te conocí, hasta ese día que fui a la oficina y te vi como eras. No lo entiendes, te lo digo. Lo siento por lo que hice hoy porque te ofendió, pero me llevaste a ello. La mayoría de las veces pareces fría, eres como un iceberg, me haces pensar que me odias y, de repente, eres amable, como lo hiciste la otra noche, como parecías esta tarde, me haces creer que tengo una oportunidad, y luego, cuando te acercaste a mí, cuando me tocaste la mano, no sabía lo que estaba haciendo. Solo tenía que tenerte. Un hombre como yo no puede soportarlo.

"Entonces será mejor que me vaya", dijo ella. "Debería haberme ido hace mucho tiempo".

"¿Por qué?", Gritó. "¿Por qué? ¿Cuál es tu razón? ¿Por qué quieres arruinar mi vida? Te has entretejido, eres parte de ella. Nunca antes supe qué era cuidar a una mujer, te lo digo. Ahí está esa fárica —repitió, ingenuamente. “La hice el mejor telar del país, recibí el pedido más grande que haya recibido cualquier molino. Si te fueras, no me quedaría ninguna ambición. Porque eres parte de eso, ¿no lo ves? Tú eres un tipo de soporte ahora, en mi mente. No soy un literato, no puedo expresar lo que me gustaría decir, pero a veces pensaba en esa fábrica como una mujer y ahora has venido conmigo". Ditmar se detuvo.

Ella sonrió en la oscuridad ante su fervor juvenil, uno de los aspectos del exitoso Ditmar, el Ditmar de los grandes asuntos, el que la atraía más fuertemente. Ella fue ablandada, tocada; ella también sentía una emoción sensible ante un deseo como el suyo. Sin embargo, no respondió. Ella no pudo. Estaba aprendiendo que la emoción nunca es simple. Y una cierta inhibición, cuya identidad se oscureció temporalmente todavía persistió, impregnando su conciencia...

Estaban cruzando el puente en Stanley Street, ahora desierto, y de común acuerdo se detuvieron en medio, apoyados en la barandilla. La horrible fábrica de chocolate quedaba oculta por la noche, sólo las luces estaban allí, temblando en la superficie del río. Contra el cielo enrojecido sobre la ciudad se recortaron las altas chimeneas de la central eléctrica. El hombro de Ditmar tocó el de ella. Él todavía estaba suplicando, pero ella parecía estar escuchando la sinfonía de las aguas invisibles que caían sobre la presa. Sus palabras eran así, sugiriendo un torrente en el que ella anhelaba lanzarse a sí misma, pero se abstenía, sin saber por qué. Sus manos se apretaron a la barandilla; de repente, lo dejó pasar y se dirigió hacia el distrito poco frecuentado del lado sur. Era el camino a Silliston, pero ella lo había olvidado. Ditmar, recuperando su lado, continuó su súplica. Hablaba de su soledad, de la que nunca se había dado cuenta. La necesitaba y ella experimentó una punzada de respuesta. Todavía parecía increíble que él también, que tenía tanto, sintiera esa necesidad persistente de compasión y comprensión humana que a menudo la había hecho infeliz. Y debido a la respuesta que su necesidad despertó en ella, ella no reflexionó si él podría satisfacer su propia necesidad, si alguna vez podría entenderla; si, en cualquier momento, ella podría entregarse sin reservas a él.

"No veo por qué me quieres", le interrumpió al fin. “Nunca he tenido ninguna ventaja, no sé nada. Nunca he tenido la oportunidad de aprender. Ya te lo he dicho antes.

"¿Qué diferencia hace eso? "Tienes más sentido que cualquier mujer que haya visto", declaró.

"Para mí es una gran diferencia", insistió y el sonido de estas palabras en sus propios labios fue como una convocatoria que la sacó de un sueño. La sordidez de su vida, su cruel falta de oportunidades en contraste con los dones que sentía que eran de ella, y en los que él había vivido, volvieron a su mente. La autocompasión, la dignidad y la autoestima inherentes luchaban contra el deseo de dar de la mujer; un orgullo racial heredado susurró que ella era digna de lo mejor, pero debido a que le había faltado la oportunidad, él se abstuvo de ofrecerle lo que él habría puesto a los pies de otra mujer.

“Te daré ventajas, no hay nada que no te daría. ¿Por qué no vienes a mí? Yo me ocuparé de ti."

"¿Crees que quiero que me cuiden?" Ella se giró hacia él tan rápido que él comenzó a regresar. "¿Es eso lo que crees que quiero?"

"No, no", protestó, cuando recuperó su discurso.

"¿Crees que estoy detrás de lo que puedes darme?", le disparó. "¿Qué puedes comprar para mí?"

A decir verdad, no había pensado nada al respecto, ese era el problema. Y su pregunta, en lugar de iluminarlo, solo aumentaba su confusión y desconcierto.

"Siempre me estoy equivocando contigo", le dijo, patéticamente. "No hay nada que me detenga para hacerte feliz, Janet, eso es lo que estoy tratando de decir. Yo iría al límite".

“¡Tu límite!” Exclamó ella.

"¿Qué quieres decir?", exigió. Pero ella se había vuelto inarticulada, críptica para él. Él no podía sacar nada más de ella.

"¡No me entiendes, nunca lo harás!", gritó, y estalló en lágrimas de rabia que intentó en vano controlar. El mundo era negro con su ignorancia. Se odiaba a sí misma, lo odiaba. Sus sollozos la sacudieron convulsivamente, y ella apenas lo escuchaba mientras él caminaba a su lado por el camino vacío, suplicando y buscando consolarla torpemente. Una o dos veces sintió su mano sobre sus hombros... Y luego, sin ser buscada y sin ser vista, la compasión comenzó a invadirla. ¡Absurdo compadecerse de él! Luchó contra eso, pero el pensamiento de Ditmar, reducido a la miseria, ganó terreno. Después de todo, él había tratado de ser generoso, había hecho todo lo posible, la quería, necesitaba las palabras que resonaban en su corazón. Después de todo, no se

daba cuenta, ¿cómo podía ella esperar que él se diera cuenta? y su imaginación evocó la situación desde una nueva perspectiva. Sus sollozos cesaron gradualmente, y luego se detuvo en medio de la carretera y lo miró. Parecía completamente miserable, como un niño herido que ella deseaba consolar. Pero lo que dijo fue: "Debería irme a casa".

"¡Todavía no!", Suplicó. "Es temprano. Dices que no te entiendo, Janet, Dios mío, ¡ojalá lo hiciera! Me rompe todo verte llorar así".

"Lo siento", dijo ella, después de un momento. "No puedo hacerte entender. Supongo que no soy como nadie, soy rara, no puedo evitarlo. Debes dejarme ir, solo te hago infeliz".

"¡Déjate ir!", gritó, y luego, en absoluto olvido de sí misma, ella entregó sus labios a los de él. Un sonido penetró la noche, ella se apartó de sus brazos y se recortó contra el resplandor de los faros de un tranvía que se acercaba, y cuando llegó rugiendo sobre ellos, lo detuvo. Ditmar la agarró del brazo.

"¿Te vas a ir ahora?", dijo con voz ronca.

"Debo", susurró ella. "Quiero estar sola, quiero pensar. Debes dejarme”.

"¿Te veré mañana?"

"No sé, quiero pensar. Estoy cansada”.

Los frenos gritaron cuando el tranvía se detuvo bruscamente. Ella voló por los escalones, mirando a su alrededor para ver si Ditmar la había seguido, y lo vio todavía parado en la carretera. El auto estaba vacío de pasajeros, pero el conductor debía haberla visto dejar a un hombre en este lugar solitario. Ella miró su rostro, blanco, pellizcado y apático, debió haber visto cientos de episodios similares en el curso de sus deberes nocturnos. Él no mostró nada cuando tomó su tarifa. Sin embargo, ante la idea de que estos otros episodios podrían parecerse a los de ella, su rostro se encendió y sitió calor por todas partes ¿Qué debería hacer ahora? Ella no podía pensar. Confundida con su vergüenza estaba el recuerdo de una alegría delirante, tan pronto como ella se entregó, temblando, a este recuerdo fue a su vez penetrada por resentimientos, contaminando su pureza. ¿Estaba Ditmar avergonzado de ella?... Cuando llegó a casa y se acostó, lloró un poco, pero sus lágrimas no eran de alegría ni de tristeza. Su capacidad para ambas estaba agotada. En ese extraño estado de ánimo, se quedó dormida y no se despertó cuando, a medianoche, Lise se deslizó sigilosamente a su lado.

CAPÍTULO X

Ditmar se quedó mirando el tranvía que llevaba a Janet hasta que se convirtió en una pequeña mancha de luz en la distancia. Luego comenzó a caminar hacia Hampton; en el ejercicio inoportuno había una salida para la energía acumulada que su partida había frustrado; y en ese momento su cuerpo estaba caliente con un calor físico que encontró a su contraparte en un delicioso y emocional resplandor de anticipación, de exultante satisfacción. Después de todo, no podía esperar viajar demasiado rápido con ella. ¿No había ganado al menos una señal de victoria? Cuando recordó ¡los labios que ella le había dado indudablemente! aumentó su paso, y en lo que pareció un muy breve tiempo había vuelto a cruzar el puente, cubierto los largos bloques de viviendas de la calle Warren, y alcanzado su propia puerta.

La casa estaba en silencio, los niños se habían ido a la cama, y se abrió camino a tientas por el oscuro salón hasta su estudio, encendió el interruptor eléctrico, se hundió en un sillón y encendió un cigarro. Le gustaba su habitación, que aún conservaba algo de ese sabor de refugio y santuario que tanto había poseído en los ahora olvidados días de conflicto matrimonial. Uno de los pocos elementos de acuerdo que había tenido en común con la difunta Sra. Ditmar fue su similitud de gusto en la decoración del hogar, y habían ido juntos a un gran emporio en Boston para elegir los muebles y accesorios. La lámpara en el centro de la mesa era una columna de bronce que sostenía un hemisferio de pesado vidrio rojo y esmeralda, los colores entretejidos en un diseño intrincado y extraño, a la manera del art nouveau, como el celoso vendedor les había informado. Cora Ditmar, al exhibir esta lámpara para admirar a los visitantes, había recordado la frase, aunque su pronunciación de ella, según el estándar de la Sorbona, dejaba algo que desear. La mesa y las sillas, de roble pesado y brillante, talladas maravillosamente y con precisión por las máquinas, combinaban con los grandes paneles de revestimiento. Las ventanas estaban altas en la pared, evitando así cualquier intrusión desde el patio de ropa al que miraban. Las librerías, protegidas por vidrios al plomo, contenían innumerables volúmenes de ficción de la que Cora Ditmar había derivado su conocimiento del gran mundo fuera de Hampton, junto con ciertos conjuntos que había comprado, no solo como adornos, sino con una

vista loable para el futuro. Cultura, como la biblioteca de Whitmarsh de la mejor literatura. Estos volúmenes, por desgracia, todavía estaban sin cortar; pero algunas de las páginas de las novelas, si uno quisiera abrirlas, estarían manchadas de chocolate. El radiador de vapor era una decoración en sí mismo junto a la chimenea colocada en los azulejos rojos y amarillos que formaban el hogar. Encima de la repisa de roble, en un marco dorado, había una gran impresión en color de una Magdalena de Tiziano, postrada en pena, con un glorioso pelo suelto, elegida por el mismo Ditmar para expresar la posible representación artística más cercana de su ideal de la forma femenina. Las objeciones de Cora Ditmar sobre las características de voluptuosidad y de vestimenta insuficiente habían sido vanas. Ella no había reconocido la inmoralidad del sentimiento en el arte mismo; lo que ella sentía, con algo de justicia, era que esta Magdalena en particular no se arrepentía, y que Ditmar lo sabía. Y la imagen seguiría siendo una ofensa para ella mientras viviera. Anteriormente, había disfrutado de la contemplación de esta figura, recordándole, como lo hizo, los momentos de dulzura en las conquistas del pasado; sugiriendo también posibilidades de futuro. Porque se había apresurado a descartar la actitud de la desesperación, el soplo de un artista sensual a la ortodoxia cristiana. Había sido escéptico acerca de la desesperación femenina, desesperación que siempre podía ser curada por regalos y adornos. Pero esta noche, cuando levantó la vista, sintió una sensación extraña que estropeaba la extática perfección de su estado de ánimo. Esa cualidad en la imagen que durante tanto tiempo lo había satisfecho y fascinado se había vuelto repelente, un reflejo feo y significativo de algo en sí mismo que de repente estaba ansioso por repudiar y negar. Con cierto asombro se encontró de pie con la imagen en la mano, mirando el espacio vacío donde había colgado. Porque no tenía la aparente intención de obedecer ese impulso. ¿Qué debería hacer con esto? ¿Encender el fuego y quemarlo con marco y todo? El marco era una parte integral de él. ¿Qué diría su ama de llaves? Pero ahora que lo había retirado de la pared, no podía reemplazarlo, así que abrió la puerta del armario y la arrojó a un rincón entre las otras reliquias que habían encontrado refugio allí. Había puesto su pasado en el armario; sin embargo, el alivio que sintió se mezcló con el resentimiento peculiar que sigue al descubrimiento de síntomas nunca antes comentados. ¿Por qué debería esta mujer tener este efecto extraordinario de hacerlo insatisfecho consigo mismo? Se sentó de nuevo e intentó revisar el asunto desde el primer día en que sorprendió en sus ojos la llama que moraba en ella. Ella había trastornado su vida por completo, distrayendo su mente hasta que él no podía imaginar la paz a menos que la poseyera. Hasta el momento, en su sentimiento por ella no había reconocido nada más que ese

mismo deseo que había tenido por otras mujeres, intensificado hasta un grado nunca antes experimentado. Pero este repentino acceso a la moralidad no lo definió realmente como tal. Era inquietante y en la febril y semi-objetiva encuesta que estaba haciendo de su estado emocional, estaba descubriendo la presencia de otros síntomas perturbadores, como una ternura insípida, una consideración casi equivalente a la compasión que a veces había sentido vagamente pero nunca había buscado imaginativamente alcanzar. Lo desconcertó al obstaculizar una crueldad hasta ahora absoluta. La fiereza de ella inflamó su pasión, pero reconoció vagamente detrás de esta fiereza un instinto de autoprotección y en ese momento pensó en ella como un pájaro que luchaba por salir de sus manos cuando estaban listas para acercarse a ella. Así había sido esta noche. Él podría haberla retenido, evitado que ella tomara el auto. ¡Sin embargo, la había dejado ir! Llegó de nuevo, el recuerdo de sus labios para borrar esto.

Incluso entonces, había habido algo doloroso en ese beso, una cualidad que le molestaba como preocupante, un sabor que le vino después de que se pasara la locura. ¿Contra qué estaba luchando ella? ¿Qué había detrás de su resistencia? ¡Ella lo amaba! Nunca antes se le había ocurrido entrar en la naturaleza de sus sentimientos, habiendo estado tan preocupado y torturado por los suyos. Esta constatación de que ella lo amaba, comenzó a inquietarlo, aunque, según toda experiencia, habría sido motivo de pura exaltación. Comenzó a ver que con ella implicaba complicaciones, responsabilidades, revelaciones, quizás todas esas cosas que antes había evitado y presentido en la mujer. Pensó en algunos amigos suyos que se habían enredado; de uno en particular cuya cuenta bancaria había sido incapaz de liberarlo... Y se avergonzaba de sí mismo.

En vista de la naturaleza de su experiencia sexual, de su hábito de aplicar su imaginación únicamente a asuntos de negocios más que a asuntos del corazón, si sus episodios anteriores pueden ser catalogados así, que su falta de deseo de matrimonio pudiera estar en el fondo de su resistencia no era tan sorprendente como pudiera parecer. Se acostó, a medio fumar su tercer cigarro. La sospecha siguió rápidamente al recuerdo de su vehemente repudio de los regalos ofrecidos si es que él pensaba que ella querría lo que pudiera comprarle. Ella no era conseguible de esa forma. Debería haberlo sabido; no se había dado cuenta de lo que estaba diciendo. Pero ¡el matrimonio! Literalmente, nunca se le había ocurrido imaginarla en una relación que él mismo asociaba con las cadenas. Una de las causas inconscientes de su fascinación era sólo su independencia y la ignorancia de esa convención a la que la mayoría de las mujeres, incluso aquellas que

carecen de anillos de boda son esclavas. La fuerza de tal llamada a un hombre del tipo de Ditmar no debe ser subestimada. Y la idea de que ella también pudiera preferir la sanción de la ley, la jaula dorada como una canción popular decía, la expresaba de manera iluminadora. Parecía absolutamente incongruente con la libertad y la audacia de su espíritu, fue un shock aleccionador. ¿Estaba dispuesto a casarse con ella, si no podía obtenerla de otra manera? La pregunta exigía una revisión de la posición real en la que se encontraba en este momento. ¡Estaban sus hijos! Nunca había intentado llegar a una estimación aproximada del niño y la niña como factores en su vida, para considerar sus sentimientos hacia ellos; aunque se creía un hombre que no daba importancia a las consideraciones sociales, había despreciado esta tendencia en su esposa. Debía darse cuenta de la presencia de ambiciones para ellos. Era joven, tenía un éxito asombroso; tenía razones para pensar, con sus oportunidades y las inversiones que ya había hecho, que algún día podría ser moderadamente rico; y en ocasiones incluso se imaginó a sí mismo en su vida posterior como el poseedor de uno de esas elaboradas casas de campo para ser vista desde las carreteras en ciertas localidades, que los sofisticados pueden reconocer como los asientos de los socialmente inelegibles, pero que para Ditmar eran emblemas exteriores y visibles del éxito. Le gustaba pensar en George como el heredero de tal lugar, como el hijo de un millonario, como un "graduado universitario", como un hombre influyente; le gustaba imaginar a Amy como la esposa de otro. En resumen, la esposa de Ditmar le había dejado, como un legado inconsciente, sus aspiraciones por el prestigio social de sus hijos...

El pulido reloj de roble del abuelo en la sala había dado la una antes de irse a la cama, cansado mentalmente por un problema inusual que involucraba, además del interés propio, un elemento de ética, de afecto no completamente compuesto de deseo.

Sin embargo, durmió profundamente. Fue uno de esos seres afortunados que vienen al mundo con órganos digestivos y glándulas tiroides en esa condición que, según nos dicen los fisiólogos, crean un temperamento optimista. Y su curso de acción, aunque aún no estaba decidido, ya no aparecía como un problema; difería de un asunto de negocios en que podía esperar.

Como prueba suficiente de que su hígado lo había rescatado de dudas y reparos, fue capaz de silbar, mientras se vestía, y sin un temblor de agitación, la melodía olvidada sugerida a su conciencia durante el desagradable sueño de la noche anterior, “¡Solo un pájaro en una jaula dorada!” Era sábado. Desayunó abundantemente, bromeó con George y Amy, y se refrescó, brillando con una expectativa mezclada con la cantidad justa de encantadora

incertidumbre que hacía de los grandes asuntos de la vida un juego, pero con la confianza del conquistador, caminaba a la luz del sol a la fábrica. En vista de este tono firme y esperanzador, se sorprendió aún más cuando llegó al canal, y se vio afectado por una inquietud lo suficientemente fuerte como para llevarle la transpiración a la frente. ¡Y si ella se hubiera ido! Nunca había pensado en eso, y tenía que admitir que era igual que ella. Nunca pudo predecir lo que ella haría.

Asintiendo a Simmons, el vigilante, se apresuró a subir las forjadas escaleras de hierro, ganó la parte exterior, y percibió al instante que su silla al lado de la ventana estaba vacía. Caldwell y el Sr. Price estaban de pie con sus cabezas juntas inclinadas sobre una hoja en la que el Sr. Price estaba haciendo cálculos.

"¿La señorita Bumpus no ha llegado todavía?" exigió Ditmar. Intentó hablar con naturalidad, de manera casual, pero su propia voz sonaba extraña, parecía tocar la nota exacta de la aprehensión enfermiza que de repente lo poseía. Ambos hombres se giraron y lo miraron con sorpresa.

"Buenos días, señor Ditmar", dijo Caldwell. "Sí, ella está en tu despacho".

"¡Oh!" Dijo Ditmar.

"La oficina de Boston acaba de llamarte y quieren saber si no puedes tomar los nueve veintidós", continuó Caldwell. “Se trata de esa demanda. Llega al tribunal el lunes por la mañana, y el Sr. Sprole estará allí, y dicen que tienen que verte. La señorita Bumpus tiene el memorándum.

Ditmar miró su reloj.

"Maldita sea, ¿por qué no me avisaron ayer?", exclamó. "No veré a nadie, Caldwell ni siquiera a Orcutt ahora. Tú entiendes. Tengo que tener un poco de tiempo para redactar algunas cartas. No quiero ser perturbado por cualquiera durante media hora”. Caldwell asintió.

"Está bien, señor Ditmar".

Ditmar entró en su oficina, cerrando la puerta detrás de él. Estaba ocupada como de costumbre, cortando las cartas y colocándolas en un montón con la destreza y la rapidez que caracterizaban todo lo que hacía.

"¡Janet!" Exclamó.

"Hay un mensaje para ti desde Boston. He tomado nota de ello", respondió ella.

"Lo sé, me lo dijo Caldwell. Pero quería verte antes de irme, tenía que verte. Estuve levantado media noche pensando en ti, me desperté pensando en ti. ¿No te alegras de verme?

Dejó caer el abrecartas y se quedó en silencio, inmóvil, aguardando su acercamiento, una pose tan elocuente de la sensación de fatalidad en ella como para golpearlo con aprensión, aunque no estaba acostumbrado a la valoración de esos valores internos. Leyó, oscuramente, algo de ese misterio en sus ojos cuando fueron levantados lentamente hacia él, sintió miedo; fue arrastrado nuevamente por esas emociones inusitadas de lástima y ternura, pero cuando ella volvió la cabeza y él vio el punto brillante de color que crecía en sus mejilla, extendiéndose a sus sienes, cubriendo su garganta, cuando tocó el suave contorno de ella, el brazo de su pasión conquistada... Todavía era muy consciente de una resistencia dentro de ella, no como antes, físicamente dirigida contra él, sino repudiando su propio deseo. Ella se relajó en sus brazos, aunque no intentó escapar, y él supo que el ser esencial de ella que ansiaba, todavía lo evadía y lo desafiaba. Y él se acercó a ella más desesperadamente, como si al aplastar su incertidumbre pudiera capturarla.

"Me estás lastimando", dijo al fin, y él la soltó, permaneciendo de pie sin poder hacer nada mientras ella pasaba por los movimientos de reajuste instintivos para las mujeres. Incluso en estos, él leyó la existencia de la reserva que no podía reconocer.

"¿No me amas?", Dijo.

"No lo sé."

"¡Sí lo haces!", Dijo. "Lo demostraste, lo sé".

Ella se alejó un poco de él, recogiendo el cortador de papel, pero estaba ocioso en su mano.

"¡Por el amor de Dios, dime qué pasa!", exclamó. "No puedo soportar esto. Janet, ¿no eres feliz?

Ella sacudió su cabeza.

"¿Por qué no? te quiero. Nunca he estado tan feliz en mi vida como lo estaba esta mañana. ¿Por qué no eres feliz cuando nos amamos?

"Porque no lo estoy."

"¿Por qué no? No hay nada que no haría para hacerte feliz, lo sabes. ¡Dime!"

"No lo entenderías. No podría hacerte entender”.

"¿Es algo que he hecho?"

"No me amas", dijo ella. "Sólo me quieres. No estoy hecha de esa manera, no soy lo suficientemente generosa, supongo. Tengo trabajo que hacer".

“¡Trabajo por hacer! Pero compartirás mi trabajo, que no es nada sin ti”.

Ella sacudió su cabeza. "Sabía que no podías entender. No te das cuenta de lo improbable que es. No te culpo, supongo que un hombre no puede.

Ella no lo estaba reprendiendo, hablaba en voz baja, en un tono casi sin vida, pero el efecto emocional era tremendo.

"Pero", comenzó, y se detuvo, y fue arrastrado de nuevo por un impulso que ahogó toda precaución, toda razón. "Pero podrás ayudarme cuando estemos casados".

“¡Casada!” Repitió ella. "¿Quieres casarte conmigo?"

"Sí, sí, te necesito". Le tomó las manos, sintió que temblaban en las suyas, su respiración se aceleró, pero su mirada era tan intensa que parecía penetrar hasta las profundidades de él. Y a pesar del asombro de su hombre ante su vacilación ahora que le había ofrecido todo, se sintió conmovida, molesta, avergonzada como nunca había estado en su vida. Finalmente, él, cuando ya no pudo soportar el suspenso de esta inquisición, tartamudeó: "Quiero que seas mi esposa".

"¿Has querido casarte conmigo todo el tiempo?", preguntó.

"No pensé, Janet. Estaba enojado por ti. No te conocía".

"¿Me conoces ahora?"

"Nunca te conoceré, es lo que te hace diferente de cualquier mujer que haya visto. ¿Te casarás conmigo?

"Tengo miedo", dijo ella. "Oh, lo he pensado, y tú no. Una mujer tiene que pensar, un hombre no tanto. Y ahora estás dispuesto a casarte conmigo, si no puedes conseguirme de otra manera. Su mano tocó su abrigo, revisando su protesta. "No es que sea el matrimonio lo que deseo, no soy así, te lo dije antes. Pero no podría vivir como tu amante”.

La palabra en sus labios lo sorprendió un poco, pero su coraje y sinceridad lo emocionaron.

“Si me quedara aquí, sería descubierto. Tengo que tener trabajo, o se me caería el auto-respeto que es todo lo que tengo. Me suicidaría.” Ella habló con tanta calma como si estuviera revisando la situación objetivamente. “Y luego, pensé que podrías llegar a creer que realmente querías casarte conmigo, no te darías cuenta de lo que estabas haciendo o lo que podría pasar si estuviéramos casados. También intenté decirte eso, pero no pareciste entender lo que estaba diciendo. Mi padre solo es un portero, somos pobres, más pobres que algunos de los agentes de la fábrica, y la gente que conoces aquí en Hampton no lo entendería. Tal vez pienses que no te importaría, pero" ella habló con más esfuerzo", están tus hijos. Cuando pienso en ellos, todo parece imposible. Te haría infeliz, no podría soportarlo, no me quedaría contigo. Verás, debería haberme ido hace mucho tiempo.

Creyendo, como él creía, que el matrimonio era el objetivo de todas las mujeres, incluso de las mejores, la capitulación inmediata que había esperado hubiera hecho que las cosas fueran mucho menos difíciles. Pero estos escrúpulos suyos, tan sorprendentemente propios, su inquietante visión de todo su proceso mental tuvo un efecto de control momentáneo, evocaron el vago presagio de un futuro que podría volverse extremadamente problemático y complicado. Su misma renuencia a discutir con ella el problema que ella le había planteado le advirtió que había sido arrastrado a aguas profundas. Por otro lado, su espléndida resistencia le atraía, aumentaba su valor. Y acostumbrado como él había estado a una auto-gratificación de por vida, la idea de ser rechazado en este deseo supremo no podía ser soportada. Tales eran las sombras de su sentimiento mientras la escuchaba.

"¡Eso es una tontería!", exclamó, cuando había terminado. “Eres una dama, lo sé todo sobre tu familia, recuerdo haber escuchado sobre esto cuando tu padre vino aquí, es tan bueno como cualquiera en Nueva Inglaterra. ¿Qué crees que me importa, Janet? Nos amamos, tengo que tenerte. Nos casaremos en primavera, cuando el apuro haya pasado".

La atrajo hacia él una vez más, y de repente, en el ardor de ese abrazo, sintió que su tensión repentinamente se relajaba como si, en contra de su voluntad y su pasión, mientras ella le entregaba sus labios, compitiera con la suya. Su ágil cuerpo temblaba convulsivamente, sus mejillas estaban húmedas mientras se aferraba a él y escondía su rostro en su hombro. Sus sensaciones en presencia de esta cosa que él había invocado en ella eran incomprensibles, superando a cualquier otra que hubiera conocido. Ya no era una mujer lo que sostenía en sus brazos, la mujer que ansiaba, sino algo más grande, más temeroso, el misterio del dolor y el sufrimiento, de la creación y la vida del universo mismo.

"Janet, ¿eres feliz?", dijo de nuevo.

Ella se soltó y le sonrió tristemente a través de sus lágrimas.

"No lo sé. Lo que siento no parece ser felicidad. No puedo creer en ello, de alguna manera".

"Debes creer en ello", dijo.

"No puedo, tal vez pueda, más tarde. Será mejor que te vayas ahora", suplicó. "O perderás tu tren".

Miró el reloj de la oficina confundido. “Tengo que hacerlo. ¡Escucha! Volveré esta noche, y conseguiré ese pequeño coche mío."

“No, no a la noche yo no quiero ir a la noche.”

"¿Por qué no?"

"No por la noche", repitió ella.

"Pues bien, mañana. Mañana es domingo. ¿Sabes dónde está el Boat Club en el Boulevard River? Estaré allí, mañana a las diez. Iría a por ti, a tu casa", agregó rápidamente, "pero no queremos que nadie lo sepa, ¿no?”

Ella sacudió su cabeza.

"Debemos mantenerlo en secreto por un tiempo", dijo. Lleva tu vestido nuevo, el azul. Adiós cariño".

La besó de nuevo y salió apresuradamente de la oficina... Subiendo al tren justo cuando estaba a punto de arrancar, se acomodó en el asiento trasero de la parte de fumadores, encendió un cigarro, inhalando profundamente el humo y apenas notando el ruido de un conocido que lo saludó desde el pasillo. Bueno, ¡lo había hecho! Estaba asombrado. No tenía la intención de proponer el matrimonio, y cuando trató de revisar las circunstancias que lo llevaron a esto, se confundió. Pero cuando se preguntó a sí mismo si estaba dispuesto a pagar ese precio, a enfrentar la revolución del matrimonio y lo que este matrimonio en particular significaría en su vida, el tumulto en su sangre derribó sus ansiedades incipientes. Además, poseía el tipo de mente capaz de deshacerse de la consideración de posibles consecuencias, y cuando el tren se había detenido en la oscuridad de la Estación del Norte en Boston, todos los rastros de preocupación habían desaparecido. El futuro se haría cargo por sí mismo.

Para la familia Bumpus, la cena de esa noche fue una comida inusualmente armoniosa. La satisfacción de Hannah con respecto a la nueva estufa no había disminuido, y Edward se aventuró, sin reproches, a alabar la calidad restaurada de la masa de pastel. Y, en contraste con su morosidad habitual, incluso Lise estaba alegre en gran parte porque su odiada mascota, el digno y supuestamente amoroso Sr. Waiters, responsable de planta en Bagatelle, se había caído a lo largo de la estrecha escalera que conducía a la taquilla de la Caja. Ella se puso casi histérica de alegría cuando se lo imaginó tendido debajo del mostrador dedicado a la lencería, cubierto con varias prendas de la pila que se derrumbó sobre él. “¡Ruby Nash recogió un sostén de sus bigotes!” —chilló Lise. "Le dio un empujón a la pila cuando aterrizó. Pero valió la pena el precio para ver a ese viejo perro callejero cuando se levantó, se parecía a Papá Noel. Todas las chicas de la planta estabamos allí tratando de evitar que nos diera la risa. Y Ruby decía, con simpatía, mientras lo limpiaba: "Espero que no le haya dolido, Sr. Waiters". ¡Estaba dolorido! Estuvo toda la tarde dando vueltas con un pañuelo en su coco, tan grande como una papa". Tan vívido fue el relato de Lise sobre este asunto que al parecer ella lo consideraba una compensación por muchos días de pesadez, e incluso Hannah se echó a reír,

aunque deploraba la elección del lenguaje simbólico. De un mundo que temía y detestaba.

"Si yo hablara como tú", dijo Lise, "ellos no me entenderían".

Janet también se sintió divertida momentáneamente, sacada de ese ensueño en el que había vivido todo el día, desde que Ditmar se había ido a Boston. Ahora comenzó a preguntarse qué pasaría si de repente anunciara "Me voy a casar con el señor Ditmar". Después del primer asombro, pudo imaginar la aceptación completa y complaciente de la noticia por su padre como una reivindicación de la calidad inherente de la sangre Bumpus. Empezaría a hablar de la familia. Porque, a pesar de lo que podría haberse considerado una experiencia un tanto desilusionante, en lo más profundo de su ser todavía creía en la Providencia que había presidido el peligroso viaje del Mayflower y el nacimiento de Peregrine White, cuya mente omnisciente estaba particularmente preocupada por los Árboles genealógicos de los puritanos. Y lo que podría ser una prueba más sorprendente de la existencia de esta Providencia, ¿Podría haber un reconocimiento más apropiado por su parte de las virtudes de Bumpus, que el que Janet se conviertiera en la esposa del gerente de Chippering Mills? Janet sonrió. A ella también le divertía pensar que la envidia de Lise se vería modificada por la perspectiva de un estatus social elevado; como se recordara, Lise tuvo su Providencia de la misma manera. El dios de Hannah no era una Providencia, pero era muy hábil en la persecución, y en ingeniosos métodos de tortura; uno de ellos que no dudaría en colgar chucherías ante los ojos de sus hijos solo para arrebatárselas de nuevo. El pesimismo de Hannah persistiría hasta el altar, ¡y más allá!

En general, tal era la noción de Janet de la Deidad, aunque en lo más profundo de ella puede haber existido una esperanza de que pudiera ser burlada; que, a fuerza de energía y cerebro, las cosas justas de la vida podrían obtenerse a pesar de una oposición maliciosa. Y ella amaba a Ditmar. Debía ser amor lo que ella sentía, la impaciencia por volver a verlo, este deseo de estar con él, esta agitación que la poseía tan completamente que todo el día había vivido en un estado como de sonambulismo; debía ser amor, aunque no se pareciera en lo más mínimo al ideal virginal generalmente aceptado. Ella lo veía como era, crudo, poderoso, implacable en su deseo. Su pasión había superado su prudencia, y cualquier vergüenza que ella sintiera a este respecto se veía frustrada por una feroz exultación por el hecho de que ella lo había puesto en pie, que la deseaba lo suficiente para casarse con ella. ¡Era maravilloso ser querida así! Pero no pudo lograr la imagen mental de sí misma como la esposa de Ditmar, especialmente cuando, más tarde por la noche,

caminó por Warren Street y se quedó mirando su casa desde el otro lado del pavimento. Ella simplemente no podía imaginarse a sí misma viviendo en esa casa como dueña. A pesar del testimonio de las películas, una transición como la de Cenicienta no estaba dentro del ámbito de los hechos probables; las cosas simplemente no sucedían de esa manera.

Ella recordó la asombrada exclamación de Eda cuando habían caminado juntas por Warren Street esa noche de verano: "¡Cómo me gustaría vivir allí!" y acalorada por la repentina vergüenza y el resentimiento, había arrastrado a su amiga hacia la esquina. A pesar de su tamaño, de la amplitud de existencia que sugería, la casa no le había parecido tan atractiva. Janet no se dio cuenta ni estimó el sentido innato, aunque no desarrollado, de la forma que poseía, el instinto artístico que la dejó sin aliento al contemplar por primera vez Silliston Common. Y entonces la visión de Silliston todavía había sido brillante; pero ahora, la luz de una luna esbelta era como un velo plateado a través del cual miraba la casa, como en un escenario, suavizando y ocultando sus líneas, otorgándole cualidades de dignidad y glamour que la hacían parecer remota, irreal, inalcanzable. Y sintió un repentino, abrumador anhelo, como si su pecho explotara...

A través de las persianas, las luces de la segunda planta brillaban de color amarillo. Una lámpara tenue ardía en el profundo vestíbulo, como en un santuario. Y luego, como si algún rayo intensamente penetrante hubiera perforado un agujero cuadrado en las paredes inferiores, se le mostró un vistazo del interior, de la sala de estar en el extremo norte de la casa. Dos figuras se persiguieron entre sí alrededor de la mesa del centro. ¡Los hijos de Ditmar! ¿Estaba Ditmar allí? Impulsada irresistiblemente por una curiosidad que superaba la repugnancia y el miedo, avanzó lentamente a través de la calle, avanzó por el pavimento, cruzó la cofia de concreto y se puso de pie, temblando violentamente, sobre el césped, sintiéndose como una intrusa y una ladrona, pero a la vez sostenida por fascinación morbosa. Los niños siguieron jugueteando. El chico era fuerte y veloz, la niña era robusta y desgarbada en sus movimientos, él la atrapó y le retorció el brazo; más o menos Janet podía oírla llorar a través de la ventana... Cuando una anciana entró, y lo agarró, luchando con él. Él le sacó la lengua, pero en ese momento liberó a su hermana, quien se quedó frotando su brazo, sus labios se movieron en evidente recriminación y queja. Los rostros de los dos eran claros ahora. El niño se parecía a Ditmar, pero los rasgos de la niña, pesados y marcados con la autocomplacencia, recordaban evidentemente a la mujer que había sido su esposa. Entonces la sombra fue derribada abruptamente; y Janet, vencida por una sensación de horror por su posición, se alejó...

Cuando, después de cubrir el espacio de una manzana, disminuyó la velocidad e intentó imaginarse a sí misma como establecida en esa casa, la madrastra de esos niños, lo encontró imposible. A pesar de que su atención se había centrado tanto en ellos, el margen de su visión había incluido su entorno, los muebles costosos, el piano contra la pared más lejana, el estante de música. Evidentemente la niña estaba aprendiendo a tocar. Sintió una amargura renovada y más intensa contra su propio destino: era consciente de algo dentro de ella mejor y más fino, que en ella, Janet, carecía de las ventajas del desarrollo. ¿Podría ser desarrollado ahora alguna vez? ¿Este amor que había llegado a ella la llevaría más cerca del reino desconocido de la luz que ella anhelaba?...

CAPÍTULO XI

Aunque diciembre había llegado, el domingo era como un día de abril, en el cual la luz del sol disipó y dispersó las nieblas nocturnas de escrúpulos y temores mórbidos. Y Janet, mientras se alejaba del apartamento de Fillmore Street, sintió resurgir en ella la temeridad divina que es la savia de la vida. El futuro, salvo las próximas horas por venir, perdió su poder sobre ella. La belleza azul y blanca del cielo proclamaba todas las cosas posibles para los fuertes; y el aire vibraba con la dulce música de las campanas, llamándola a la felicidad. ¡Iba a encontrar la felicidad, a encontrarse con el amor al encontrarse con Ditmar! El tranvía que ella cogió en la calle Faber, aunque rezagado, parecía ser un agente de esa felicidad cuando dejó atrás la ciudad y serpenteó a lo largo de las alturas y sobre el asfalto de la carretera sobre el río, captando destellos brillantes que atrapó a través de las aberturas en el bosque. Y cuando miró por la ventanilla a su derecha, vio en un pequeño bosque arbolado una sucesión de pequeños "campamentos" construidos por residentes de Hampton cuyos ingresos modestos no podían costear lugares de verano más elaborados; campamentos de todas las descripciones y colores, con nombres extraños que la hicieron sonreír: "The Cranny", "The Nook", "Snug Harbor", "Buena Vista", por supuesto, que pensó que era bonito, aunque no sabía su significado y otro, en alemán, igualmente desconcertante, "Klein aber Mein". Aunque las ventanas de estos lugares ahora estaban tapiadas, aunque las mosquiteras todavía se aferraban de manera desastrosa a los porches, eran mutuamente sugestivas de alegría doméstica.

Apenas se había bajado del tranvía en el lugar de la cita que él había mencionado, al lado del ahora abandonado cobertizo para botes donde, en el clima cálido, los miembros del Hampton Rowing Club se daban cita, cuando vio que se acercaba un automóvil y lo reconoció como el alegre "roadster" que Ditmar le había expuesto aquella tarde de verano junto al canal; e inmediatamente el mismo Ditmar, deteniéndolo y saltando, se colocó ante ella a la luz del sol, irradiando, según parecía, más luz solar aún. Con su bigote rubio recortado y su cabello color pajizo, pero ligeramente gris en las sienes, parecía un verdadero berserker conquistador con su enorme abrigo de pelo dorado. Nunca había tenido mejor aspecto.

[Berserker: guerrero vikingo]

"Te vi en el tranvía". Dijo volviéndose hacia el automóvil, quitó el pañuelo de papel de un racimo de rosas rojo oscuro con los inestimables tallos por los que Lise solía delirar cuando ella trabajó en la floristería, y sostuvo las flores contra su traje, el traje nuevo que ella había usado para esta reunión.

"Oh", gritó ella, tomando un profundo y embriagador aliento de su fragancia. "¿Trajiste esto para mí?"

"¡Desde Boston mi belleza!"

"¡Pero no puedo usarlas todas!"

"¿Por qué no?", Exigió. "¿No tienes un prendedor?"

Ella tomó uno, uniéndolas con un gesto que parecía habitual, aunque el pensamiento de su valor, que revelaba en cierto grado su propio valor ante sus ojos, la desconcertaba. Ella era cálidamente consciente de su mirada. Luego se dio la vuelta y, abriendo un compartimento en la parte trasera del coche, sacó de él un abrigo de tweed brillante y forrado.

"¡Oh, no!", Protestó ella, retrocediendo. "Voy a tener el calor suficiente". Pero riendo, triunfante, la agarró y le metió los brazos en las mangas, presionando los dedos contra ella. Superada por la timidez, ella se apartó de él.

"Hice una buena suposición sobre el tamaño, ¿no, Janet?", Gritó, observándola encantada. "¡No podía olvidarla!" Su mirada se volvió más concentrada, más cálida, penetrante.

"¡No debes mirarme así!", Suplicó ella con los ojos bajos.

"¿Por qué no eres mía, verdad? Eres mía, ahora.

"No lo sé. Hay muchas cosas de las que quiero hablar", respondió ella, pero su protesta sonó débil, poco convincente, incluso para ella misma. Él casi la levantó en el automóvil, fue una caricia, solo atemperada por la semipublicidad del lugar. Él no le daba tiempo para pensar, pero ella no quería, pensar. Arrancando el motor, entró y se inclinó hacia ella.

"¡No aquí!" Exclamó ella.

"De acuerdo, esperaré", él estuvo de acuerdo, cruzando la bata sobre ella hábilmente, solícitamente, y ella se recostó contra el asiento, entregándose al lujo, a la maravilla de ser amada, a la caricia y al calor del abrigo que sentía cómo seguridad y amor, el sentido de emancipación del descontento y la sordidez y la lucha. Por un momento cerró los ojos, pero los abrió de nuevo

para contemplar la imagen transformada de sí misma reflejada en el parabrisas para confirmar la ilusión. ¡Si de hecho fueran uno! El abrigo de tweed parecía sorprendentemente blanco a la luz del sol, y la mujer que vio, aunque reconocida como ella misma, era una de las afortunadas personas de la Tierra con poder y belleza a su disposición. Y ya no podía imaginarse a sí misma como la misma persona que la noche anterior se había parado frente a la casa en Warren Street. El coche avanzaba a gran velocidad sobre la superficie lisa del bulevar; el veloz movimiento, que le parecía el de volar, el aire chispeante, el brillo del día, la presión del hombro de Ditmar contra el de ella, la emocionó. Ella se maravilló de su manejo seguro de la máquina, que respondía como algo vivo a su toque. En los tramos anchos y rectos iba a un ritmo loco que aceleraba su respiración, y una vez más, al doblar una esquina o al pasar a otro auto, desaceleraba, ronroneando en obediencia dócil. Una vez ella jadeó: "¡No tan rápido! No puedo soportarlo".

Él se rió y la obedeció. Se deslizaron entre el río y el cielo a través de la delicada tela de un puente que solo un momento antes había visto en la distancia. Corriendo a través de un pequeño pueblo, dejaron el río.

"¿A dónde vas?", Preguntó ella.

"Oh, a dar una pequeña vuelta", respondió con indulgencia, siguiendo un camino lateral que serpenteaba a través del bosque y de repente se detuvo. "Janet, tenemos todo el día para nosotros solos". La agarró y la atrajo hacia él, y ella se rindió mareada, recompensando la pasión de su beso, olvidando el pasado y el futuro mientras la abrazaba, susurrando frases entretenidas.

"Arruinarás mis rosas", protestó sin aliento, por fin, cuando parecía que ya no podía soportar este abrazo, ni la presión de sus labios. "¡Ahí! ¡Ves, las estás aplastando! Ella las desabrochó y, abotonándose el abrigo, se las llevó a la cara. Su olor la hizo desmayarse: sus ojos estaban nublados.

"¡Escucha, Claude!", dijo al fin; era la primera vez que lo llamaba así para liberarse. ¡Debes ser sensato! Alguien podría vernos.

"¡Nunca me cansaré de ti!", dijo. "No puedo creerlo todavía". Y agregó irrelevantemente: "Pon las rosas afuera".

Ella sacudió su cabeza. Algo en ella protestó contra este anuncio demasiado público de su amor.

"Prefiero sostenerlas", respondió ella. "Vamos, vamos". Arrancó el auto de nuevo. “Escucha, quiero hablar contigo, en serio. He estado pensando."

"¡No sé que has estado pensando!", le dijo exuberantemente. “¡Si solo pudiera descubrir qué está pasando siempre en esa pequeña cabeza tuya! Si

sigues pensando te secarás, como dicen en las escuelas de Nueva Inglaterra. ¿Y ahora sabes lo que eres? Una de esas rosas rojas oscuras listas para florecer. Algún día compraré las suficientes para sofocarte en ellas.

“¡Escucha!” Repitió, haciendo un gran esfuerzo para calmarse, para recuperar algo de ese estado de ánimo en el que su amor había asumido las proporciones de demencia y locura, para reunir los escrúpulos que, antes de que ella se hubiera ido de casa esa mañana, se había decidido a poner delante de él, que ella sabía que iban a volver cuando estuviera sola otra vez. “Tengo que pensar que no”, exclamó, con una sonrisa fugaz.

"Bueno, ¿qué es?", asintió. "Es mejor que te lo quites ahora".

Y le tomó toda su fuerza decir: “No veo cómo puedo casarme contigo. Te he dicho las razones. Eres rico, tienes amigos que no entenderían y tus hijos no entenderían. Yo no soy nada, sé que no está bien, sé que no serías feliz. Nunca he vivido en el tipo de casa en que vives ni conozco a la clase de personas que conoces, no sabría qué hacer".

Apartó la vista de la carretera y la miró con curiosidad. Su sonrisa era segura de sí misma, exultante.

"¿Ahora te sientes mejor, pequeña puritana?", dijo.

Y forzosamente, ella le devolvió la sonrisa, mientras un fruncimiento aparecía entre sus cejas.

"Lo digo en serio", dijo ella. “Vine para decírtelo. Simplemente sé que no es posible".

"Me casaría contigo hoy si pudiera obtener una licencia", declaró. "Porque, vales más que cualquier mujer de América. No me importa quién sea ella o cuánto dinero tenga".

A pesar de ella misma estaba absurdamente complacida.

"Así que se acabó, no lo discutiremos de nuevo, ¿entiendes? Te tengo", dijo,"y quiero aferrarte a ti".

Ella suspiró. Ahora conducía lentamente por el camino de arena, y con su mano sobre la de ella simplemente no podía pensar. El hechizo de su cercanía, de su toque, que toda la naturaleza de esa mañana conspiró para profundizar, era demasiado poderoso para romperlo, y algo la decía: "Aprovecha este día, Aprovecha este día", ahogando a la otra voz que exigía prudencia. Ella estaba viviendo, ¿qué importaba todo? Se entregó al misterio de la hora, el puro placer de avanzar hacia lo desconocido.

Se apartaron del río y cruzaron las colinas de un país ondulado ahora abierto, ahora boscoso, pasando por granjas blancas y graneros rojos, y por las

antiguas viviendas templadas por el clima, con techos a dos aguas y "recostados" que habían estado allí desde los días coloniales, cuando el camino era un camino de herradura. Las vacas y los caballos se quedaron mirándolos desde los cálidos prados, donde brillaba el rico barro negro, derretido por el sol; los pollos rascaron y chasquearon en los corrales o volaron frenéticamente a través del camino, a veces dentro de un espacio de autodestrucción. Janet se estremeció, pero Ditmar se reía, alegremente, como un niño.

"¡Casi atropellamos a ese!", exclamó. Y luego tuvo que asegurarle que no los atropellaría.

"Todavía no he atropellado a ninguno, ¿verdad?", exigía.

"No, pero lo harás, solo es suerte".

"¡Suerte!", Gritó con siseo. "¡Habilidad! Desearía tener un dólar por cada uno que atropellé cuando estaba aprendiendo a conducir. Había un granjero aquí en Chester", y procedió a contar cómo había tenido que pagar por dos pavos. “Consiguió mi matrícula, y la próxima vez que volví por allí, me reclamó cinco dólares. Puedo recordar el momento en que un hombre con un coche era una víctima fácil para cada reuben en el condado. Se hicieron ricos con nosotros".

[Reuben, hijo de Jacob y padre de una de las tribus de Israel]

Ella respondió a su estado de ánimo, que era completamente irresponsable, exuberante, y se reían juntos como niños, cada pequeño incidente asumía un aspecto irresistiblemente cómico. Una vez se detuvo para preguntar a un anciano que estaba en su patio de entrada, qué tan lejos estaban de Kingsbury.

"Son dos millas, en su mayoría dicen que dos", dijo el patriarca, luego de reflexionar, reuniendo su barba en su mano. "Puede que más". Su labio superior era azul, afeitado, prensil.

"¿Para qué le preguntaste, cuando lo sabías?", dijo Janet con tristeza, cuando continuaron y Ditmar lo estaba imitando. La respuesta de Ditmar fue guiñarle un ojo. Al momento vieron otra figura en el camino.

"Vamos a ver lo que contesta", propuso Ditmar. Este hombre era joven, de color caoba, con cabello negro brillante y ojos negros brillantes que contemplaban la alegría tan palpable de su humor festivo en una sorpresa muda.

"No sé, extraño", dijo.

"¿No speaka Portugueso?" Preguntó Ditmar, con gravedad.

"El país se está ensuciando con los extranjeros", observó, cuando arrancó el automóvil. “Bajé a Plymouth el verano pasado para ver la vieja roca, y por George, parecía que no había nadie que hablara americano en todo el promontorio. Todas las islas portuguesas arrojan allí recolectores de arándanos, ya sabes.

[Plymouth Rock es el lugar del desembarco del Mayflower]

"No sabía eso", dijo Janet.

"¡Claro que sí!", Exclamó. "Y cuando llegué allí, ¿qué te parece? casi no quedaba suficiente piedra vieja para apoyarse, y tenía una cerca a su alrededor como una exhibición en una exposición. Todo había sido destruido por los cazadores de recuerdos.

Ella lo miró con incredulidad.

“¡No me crees! Te llevaré allí alguna vez. Y otra cosa, la roca es alta y seca la tierra. Le dije a Charlie Crane, que estaba conmigo, que debió ser fenomenal para los viejos Miles Standish y Priscilla.

[Myles Standish (c. 1584 - 3 de octubre de 1656) fue un oficial militar inglés contratado por los peregrinos como asesor militar de la colonia de Plymouth. Los acompañó en el viaje de Mayflower]

[Priscilla Mullins fue una peregrina del Mayflower]

"¡Cómo me encantaría volver a ver el océano!", Exclamó Janet.

"Por qué, te llevaré tan a menudo como quieras", prometió. "Lo haremos en verano, hasta Maine o hasta el Cabo".

Su encanto era ahora tan grande que nada parecía imposible.

"Y también iremos a Plymouth, algún domingo pronto, si el clima continúa". Si empezamos lo suficientemente temprano podemos llegar para el almuerzo. Veremos la roca. Supongo que algunos de tus antepasados deben haber venido en el Mayflower, ¿eh? ¿Qué te parece eso?

Janet se rió. "Es una broma para mis padres, si lo hicieron. Me pregunto qué pensarían de Hampton si pudieran verlo ahora. Conté una vez, solo para molestar a mi padre, que él es la séptima generación de Ebenezer Bumpus,

quien vino a Dolton. Bueno, le demostré que podría tener otros veintiséis antepasados, además de Ebenezer y su esposa".

"Eso debe haberlo sacudido un poco", fue el comentario de Ditmar. "Gran viejo, tu padre. He hablado con él, él es una sociedad histórica por sí mismo. Bueno, debe haber algo en ese negocio familiar. Ahora, puedes decir que procede de los viejos pobladores de los Estados Unidos”.

Janet se sonrojó. "¡Mucho bien le hace!", Exclamó.

"No lo sé", dijo Ditmar. "Es algo con lo que se puede negociar. Y no tiene ninguna de esas tonterías en su cabeza acerca de los sindicatos de trabajadores, es un americano heterosexual. Y tú pareces una parte”, agregó. “Nunca pensé en eso hasta ahora, pero me recuerdas una foto de Priscilla que vi una vez en un libro de poemas de Longfellow, ¿sabes? No conozco mucha literatura, pero recuerdo eso, y recuerdo haber pensado que ella podría tenerme. Divertido, ¿no es así, que deberías haber venido? Pero tienes más jengibre que la mujer en esa foto. "¿Soy el único hombre que alguna vez adivinó que no es así?", preguntó celosamente.

"¡Eres maravilloso!", Replicó Janet, atrevidamente.

"Apuesto a que lo soy, o no podría haberte conquistado", afirmó. "Estás llena de jengibre, pero todo ha sido tapado. Eres tan primordial, tan Priscilla”. Estaba inmensamente complacido con el adjetivo que había acuñado, repitiéndolo. "Es una gran combinación. Cuando lo pienso, quiero sacudirte, apretarte hasta que grites".

"Entonces, por favor, no lo pienses", dijo.

"¡Eso es fácil!", Exclamó, burlonamente.

En un rato, entraron en un pueblo adormecido que recordaba una Nueva Inglaterra de otros días. La calle larga, profundamente sombreada en verano, estaba bordeada por casas decorosas, algunas de las cuales habían permanecido allí durante un siglo y medio; otras eran del período de Mansard. La escuela secundaria, de ladrillo de color fresa, había sido el orgullo y la gloria de Kingsbury en los años 70: había muchas iglesias, algunas elegantes y otras horribles. Al final de la calle se encontraron con una plaza, rodeada de postes de piedra y una barandilla, con un monumento en el centro, y en el lado norte del Común había un edificio de varios pasillos blancos, frente al cual, de un brazo de hierro en un poste, giraba un pintoresco letrero, "Kingsbury Tavern". En los días revolucionarios y de entrenamiento, el lugar era una posada famosa; y ahora gracias a la empresa de un hombre que había previsto las posibilidades de una era de automóviles, se había vuelto aún más famosa. Una veintena de estos vehículos modernos estaban aparcados

ante él bajo los antiguos y desnudos olmos; había una escena de animación en el largo porche, donde los invitados paseaban de arriba a abajo o se sentaban en grupos en las mecedoras que el clima templado había traído de nuevo. Ditmar se detuvo en línea con los otros coches y se detuvo.

"Bueno, ¡aquí estamos!", Exclamó, mientras se quitaba los guantes. "Supongo que podría llevarme bien con algo de comer. ¿Qué hay de tí? Te tratan tan bien aquí en Nueva Inglaterra como en cualquier otro lugar que conozcas.

Asumió que iban a almorzar juntos en un lugar público, algo en lo que no podía haber ninguna objeción, saliendo del coche, sacó la manta de sus rodillas y la ayudó a bajar. Ella puso las rosas en el asiento.

"¿No vas a traerlas?" Exigió él.

"Preferiría que no", dijo ella. "¿No crees que estarán a salvo aquí?"

"Oh, supongo que sí", respondió. Ella siempre lo sorprendía; pero su solicitud con respecto a ellas era un bálsamo, y encontró que todos esos actos instintivos eran refrescantes.

"Tienes miedo de exponerte demasiado, ¿verdad?", Preguntó sonriendo.

"Prefiero dejarlas aquí", respondió ella. Mientras caminaba al lado de Ditmar hacia la puerta, ella estaba emocionada, no consciente de sí misma, dolorosamente consciente de la inspección de los grupos en el porche. Ella había visto a personas como estas moviéndose en automóviles a través de la fealdad de la calle Faber en Hampton hacia lugares tan deliciosos como este de Kingsbury, este mundo de libertad y privilegio del que estaba excluida; el mundo de Ditmar. Él estaba en casa aquí. ¿Pero ella? El engaño de que, de alguna manera, había sido atrapada milagrosamente se vio empañado por sus miradas. ¿Qué estaban pensando de ella? Su rostro estaba caliente cuando pasó junto a ellos y entró en el salón, donde se reunieron más personas. Pero la complacencia de Ditmar, su facilidad y confianza en sí mismo, su forma de ser dueño del lugar, por así decirlo, la tranquilizó un poco. Se acercaron a una mesa, detrás de la cual, había un hombre corpulento, de tez roja que los saludaba efusivamente, pero con el aire de respeto otorgado a los poderosos.

"Hola, Eddie", dijo Ditmar. "Hoy tienes una buena multitud aquí. ¿Algún sitio para mí?

"Claro, Sr. Ditmar, siempre podemos hacer espacio para usted. Bueno, no he puesto los ojos en usted desde hace mucho. El domingo pasado, el señor Crane estuvo aquí y le pregunté dónde se estaba escondiendo.

"¿Por qué?, he estado ocupado, Eddie. He conseguido el pedido más grande que se ha escuchado en Hampton. Algunos de nosotros tenemos que trabajar,

ya sabes; todo lo que tú tienes que hacer es dar vueltas por este lugar fumar cigarros y rastrillar el dinero".

El propietario de la taberna Kingsbury sonrió con indulgencia ante esta perseverancia.

"Permítame presentarle a la señorita Bumpus", dijo Ditmar. "Este es mi amigo, Eddie Hale", agregó, para beneficio de Janet. "Y cuando hayas comido tu cena, me creerás cuando te diga que tiene a todos los demás hombres del hotel alejados una milla".

Janet sonrió y se sonrojó. Ella había sido consciente de la discreta mirada del señor Hale.

"Encantado de conocerla, señorita Bumpus", dijo, con una reverencia algo elaborada.

"Eddie", dijo Ditmar, "¿tienes una mesa pequeña para nosotros?"

"Es una pena que no supiera que venía, pero haré lo mejor que pueda", declaró el Sr. Hale, abriendo la puerta en el mostrador.

"Oh, supongo que puedes arreglarnos bien, si quieres, Eddie".

"El señor Ditmar es un gran chiflado", le dijo el señor Hale a Janet, confidencialmente, mientras los acompañaba al comedor. Y Ditmar, mirando por encima de las cabezas de los comensales, espió en una alcoba junto a una ventana una mesita con sillas inclinadas.

"Esa va a ser", dijo.

"Lo siento, pero está comprometida", se disculpó el Sr. Hale.

"Olvídalo, Eddie diles que llegan tarde", dijo Ditmar, abriéndose paso hacia ella.

El propietario sacó la silla de Janet.

"Por favor", dijo, "no es de extrañar que le vaya bien en los negocios".

"Bueno, esto es acogedor, ¿no?", Dijo Ditmar a Janet cuando estaban solos. Le entregó el menú y chasqueó los dedos para pedir una camarera.

"¿Por qué no me dijiste que ibas a venir a este lugar?", preguntó ella.

"Quería sorprenderte. ¿No te gusta?

"Sí", respondió ella. "Solo…"

"¿Solo que?"

"Desearía que no me mires así aquí".

"Todo bien. Intentaré ser bueno hasta que volvamos a subir al auto. ¡Tu mírame! Me portaré como si hubiéramos estado casados diez años.

Él volvió a chasquear los dedos, y la camarera se apresuró a tomar sus órdenes.

"Kingsbury todavía está seco, supongo", le dijo a la niña, que sonrió con simpatía, un poco triste. Cuando ella se fue, él comenzó a hablar con Janet sobre la locura, en general, de la prohibición del “aceite de fusible” distribuido a escondidas. "¡Apuesto a que podría salir y encontrar media docena de tiendas de ron a menos de una milla de aquí!", declaró.

Janet no lo dudaba. El aplomo de Ditmar, su facultad de obtener lo que quería, la había divertido y distraído. Estaba cada vez más tranquila, capaz de examinar, al principio de manera encubierta y luego con más audacia a las personas en las otras mesas, solo para descubrir que ella y Ditmar no eran los objetos de la curiosidad universal que había temido. De vez en cuando, de hecho, se encontró y luego evitó la mirada de algún hombre, sintió la admiración por ella, se emocionó un poco, y su sensación de euforia regresó cuando recuperó su equilibrio. Ella debía ser más guapa en su nuevo traje. Al entrar en la taberna, se había quitado el abrigo de tweed, que Ditmar había llevado y lo puso en una silla. Esta nueva y sorprendente aventura comenzó a subírsele a la cabeza como el vino...

Cuando terminó el almuerzo, se sentaron en un rincón soleado del porche mientras Ditmar fumaba su cigarro. Su digestión fue buena, su espíritu elevado, su amor por la naturaleza pública del lugar, subrepticia y ferviente. El glamour al que se había rendido Janet estaba en ocasiones ligeramente perturbado por algún elemento nuevo y enigmático que se detectaba en su voz y miradas sugestivas de intenciones vagamente inquietantes. Por fin ella dijo:

"¿No deberíamos ir a casa?"

“¡A casa!” Ridiculizó la idea. "Voy a llevarte a la carretera más bonita que hayas visto por las Cataratas del Bajo Francés". Ojalá fuera verano.

"Debo estar en casa antes de que oscurezca", le dijo ella. “Ya ves, la familia no sabe dónde estoy. No les he dicho nada sobre esto".

"Eso es correcto", dijo, después de un momento de vacilación:

"No pensé que lo harías. Hay mucho tiempo para eso, después de que las cosas se resuelvan un poco, ¿no?

Ella pensó que su mirada era un poco extraña, pero la impresión pasó mientras caminaban hacia el coche. Él insistió ahora en que ella se pusiera las rosas en el abrigo de tweed, y ella lo hizo con humor. El sol de invierno ya había empezado a caer, y con los rayos de nivelación las laderas desnudas, amarillas y marrones con la luz más alta, estaban cubiertas de rosa; poco a

poco, a medida que el sol caía, las nubes imperceptibles blanqueaban el azul del cielo, las manchas lejanas se tiñeron de lila. Y Janet, mientras miraba, se asombraba de un mundo que contenía a la vez tanta belleza, tanta alegría y tristeza; una pena extraña comenzó a invadirla ahora, no personal, sino cósmica. A veces parecía asfixiarla; inspiró profundamente: era la esencia de todas las cosas del hombre a su lado, de sí misma, de la belleza tan conmovedora revelada a ella.

Poco a poco, Ditmar se dio cuenta de este desapego, esta nueva evidencia de una extraordinaria facultad de escapar de él que parecía intacta. Constantemente trató de inclinarse más cerca de ella, extendiendo su mano, para asegurarse de que al menos ella estaba físicamente presente. Y aunque ella no se resintió con estas señales, sometiéndose pasivamente, él se quedó perplejo y preocupado; su ateísmo optimista con respecto a las cosas invisibles fue en realidad sacudido por la impresión que ella transmitía de contemplar realidades ocultas para él. Las sombras habían empezado a congregarse en el bosque, nieblas fangosas que se arrastraban sobre las aguas. Él le preguntó si ella tenía frío, y ella negó con la cabeza y suspiró mientras salía de un trance, sonriéndole.

"¡Ha sido un día maravilloso!", Dijo.

“¡El mejor de todos!” Estuvo de acuerdo. Y su ardor, una vez más, eliminó el inusual sentimiento de ternura y asombro que ella había inspirado en él, lo hizo atrevido a sugerir el plan que había sido objeto de una contemplación extática.

"Te diré lo que haremos", dijo, " iremos a Boston a cenar juntos. Estaremos allí en una hora, y volveremos a las diez en punto.

“¡A Boston!” Repitió ella. "¿Ahora?"

"¿Por qué no?", dijo, deteniendo el coche. "Aquí está el camino, es una autopista todo el camino".

No fue tanto la propuesta como la pasión en su voz, en su toque, la pasión a la que ella sintió que respondía lo que la llenó de aprensión y consternación, y aún así despertó su orgullo y su ira.

"Te dije que tenía que estar en casa", dijo.

Te llevaré a casa a las diez; lo prometo. Vamos a casarnos, Janet —susurró.

"¡Oh, si quisieras casarte conmigo, no me pedirías que hiciera esto!", Gritó. "Quiero volver a Hampton. Si no me llevas, voy a caminar.

Ella se había alejado de él, y su mano estaba en la puerta. Él agarró su brazo.

"¡Por el amor de Dios, no lo tomes de esa manera!", Gritó, con genuina alarma. "Todo lo que quise decir es que tendríamos una pequeña cena agradable. No podría dejarte, será una semana entera antes de que tengamos otro día. ¿Crees que haría algo para insultarte, Janet?

Con los dedos aún apretados sobre el pestillo de la puerta, se volvió y lo miró.

"No lo sé", dijo ella lentamente. "A veces creo que lo harías. ¿Por qué no deberías? ¿Por qué deberías casarte conmigo? ¿Por qué no intentas hacer conmigo lo que has hecho con otras mujeres? No sé nada del mundo, de la vida. No soy nadie. ¿Por qué no deberías?

“Porque no eres como las otras mujeres, por eso. Te amo, ¿no te lo vas a creer? Él estaba fuera de sí con ansiedad. Escucha, te llevaré a casa si quieres ir. ¡No sabes cómo me duele que pienses esas cosas!

"Bueno, entonces, llévame a casa", dijo. Fue poco a poco que se pacificó. Una lucha estaba en su interior entre estas dudas de él que él había despertado de nuevo y otros sentimientos despertados por sus súplicas. Cayó la noche, y cuando llegaron a la carretera de Silliston, las luces de Hampton brillaron debajo de ellos en la oscuridad.

"Será mejor que me dejes aquí", dijo. "No puedes llevarme a casa".

Detuvo el automóvil junto a uno de los pequeños refugios de madera construidos para la comodidad de los pasajeros.

"¿Me perdonas, Janet?", Preguntó.

"A veces no sé qué pensar", dijo, y de repente se aferró a él. "Yo te perdono. No debería sospechar esas cosas, pero soy así. Soy horrible y no puedo evitarlo. Ella comenzó a desabotonar el abrigo que él había comprado para ella.

"¿No vas a tomarlo?", Dijo. "Es tuyo."

"¿Y qué supones que diría mi familia si les dijera que el señor Ditmar me lo había regalado?"

"Vamos, te llevaré a casa, les diré que te lo di, que vamos a casarnos", anunció con imprudencia.

"¡Oh, no!", Exclamó en consternación. "No puedes. Tú mismo dijiste que no querías que nadie lo supiera ahora. Subiré al tranvía.

“¿Y las rosas?” Preguntó.

Las apretó contra su cara y eligió una. "Voy a tomar esta", dijo ella, dejando el resto en el asiento...

Esperó hasta que la vio a salvo en el tranvía, y luego condujo lentamente hacia su casa en un estado de asombro. ¡Había estado a punto de anunciarse a

sí mismo a la familia en la calle Fillmore como su posible marido! Trató de imaginar cómo era esa casa; y nuevamente se encontró preguntándose por qué ella no había aceptado su propuesta. ¿Y la pregunta siempre recurrente que se presentaba fue si él estaba preparado para recorrer esa longitud? No sabía. Ella estaba más allá de él, él no tenía ningún don para ella, ella era para él tan misteriosa como una sinfonía. Ciertas tensiones de ella lo movieron intensamente, el descanso estaba más allá de su alcance... En la cena, mientras sus hijos hablaban y reían ruidosamente, él permanecía en silencio, inquieto, y a pesar de su presencia, la casa parecía terriblemente vacía.

Cuando Janet regresó a su casa, corrió a su habitación y, sacando del armario el pañuelo que venía con su vestido nuevo, que había doblado con cuidado, envolvió la rosa y la guardó en el fondo de un cajón. Así sofocada, su fragancia parecía emblemática, de alguna manera, de la naturaleza clandestina de su amor...

Las semanas que siguieron inmediatamente fueron extrañas. Todos los elementos de la vida que antes habían sido realidades triviales pero fundamentales, su trabajo, su hogar, su relación con la familia, se convirtieron en fantásticos. Allí estaba la fábrica a la que iba todos los días: ella la reconocía, pero no era la misma fábrica, y tampoco era la calle Fillmore la antigua calle Fillmore. Tampoco la existencia nueva y febril en cuya frontera había sido transportada parecía real, salvo en ciertas horas que pasó en compañía de Ditmar, cuando él la hizo olvidar. Teniendo un temperamento para sentir el peso de un secreto, era consciente, por ejemplo, de que su madre e incluso su padre pensaban que su conducta era extraña, que estaban ansiosos por sus ausencias en ciertas noches y los domingos. Ella no ofreció ninguna explicación. Fue imposible. Ella entendió que la razón por la que se abstuvieron de cuestionarla se debió a una fe en su integridad, así como a un respeto por ella como un sostén de la familia que lideró ganando un derecho a la independencia. Y mientras su sospecha de la ansiedad de Hannah la preocupaba, en las ocasiones en que lo pensaba, la actitud de Lise la inquietaba aún más. De Lise había estado preparada para sospechas, acusaciones, ridiculización. ¡Qué reivindicación si se revelara que ella, Janet, tenía un amante! Y ese amante era Ditmar! Pero Lise no dijo nada. Ella estaba remota, absorta en sí misma. Hannah habló de ello en las noches que Janet se quedó en casa.

Ella no consentiría encontrarse con Ditmar todas las noches. Sin embargo, a medida que los días se sucedían, a Janet a menudo le sorprendía el hecho de que su amor permaneciera aparentemente insospechado por el Sr. Price y

Caldwell y otros en la oficina. Debían haber notado, en algunas ocasiones, la manera en que Ditmar la miraba; y en horario comercial ella tenía que advertirle continuamente, para mantenerlo bajo control. Nuevamente, en las excursiones nocturnas a las que ella accedió, aunque tuvieron cuidado de encontrarse en lugares poco frecuentados, alguien podría haberlo reconocido fácilmente; y no le gustaba reflexionar sobre la cantidad de mujeres jóvenes en las otras oficinas que la conocían de vista. Estas reflexiones pesaban sobre ella, particularmente cuando parecía consciente de miradas curiosas. Pero lo que más la preocupó fue la presión constantemente recurrente a la que el mismo Ditmar la sometió, y a la que, con el paso del tiempo, encontró cada vez más difícil resistirse. Intentó tomarla por asalto, y cuando este método falló, recurrió a súplicas y súplicas aún más difíciles de negar debido a la innata pena femenina que sentía por él. Relatar estos asuntos sería una mera repetición de sucesos idénticos. En su segunda excursión dominical él la había conducido, a pesar de su oposición, a varias millas en la carretera de Boston; y su resistencia solo sirvió para inflamarlo más. Parecía que, después de que ella se sentaba enervada, era un milagro que lo hubiera detenido. Entonces recurrió a súplicas y súplicas aún más difíciles de negar debido a la compasión femenina innata que sentía por él. Relatar estos asuntos sería una mera repetición de sucesos idénticos. Entonces vinieron los reproches: ella no confiaba en él; no podrían casarse; ¡ella debía entender eso! una discusión tan repugnante que la hizo temblar con sollozos de ira inarticulada. Después de esto, él se desconcertaba y luego se arrepentía.

Como se ha dicho, no intelectualizó sus razones, pero el núcleo de su resistencia era la esencia misma de una individualidad que tiene sus raíces en una herencia que se respeta a sí misma y se controla a sí misma, un elemento que faltaba en su hermana Lise. Debe haber sido en gran parte el pensamiento de Lise, el espectáculo de Lise, a menudo quizás inconscientemente presente, lo que dominó su conducta; sin embargo, reforzar ese sentimiento ancestral era más complicado; el resultado en nuestra atmósfera moderna de un feminismo indefinido apto para revelarse de muchas formas indeseables, pero que en realidad es una proyección lógica de la tradición estadounidense de libertad. Someterse no solo era perder su libertad, convertirse en dependiente, sino también e inevitablemente, pensó, perder el amor de Ditmar...

Sin embargo, ninguna experiencia es emocionalmente continua, ni estuvo su intimidad de ninguna manera totalmente en este plano de conflicto. Hubo horas en que, al dejar la pasión, se lograba la camaradería en la oficina y fuera de ella. Y así, poco a poco, ella fue capaz de construir una nueva y más

verdadera estimación de él. Por ejemplo, comenzó a percibir que su vida fuera de su interés en los telares, en lugar de ser el romance de alegrías privilegiadas que alguna vez había imaginado, había sido casi tan vacía como la suya propia, sin unidad ni dirección. Su percepción no era menos aguda porque faltaban términos definidos para su expresión. La idea de él que la había cautivado por primera vez era la de un personaje enérgico y enfocado que controlaba con una mano segura la fortuna de una gran organización; de un poder en la ciudad y el Estado, de un ser que, en sus momentos de ocio, vivía en un reino delicioso del que ella estaba excluida. Todavía era muy consciente de su fuerza, pero lo que ahora sentía era su falta de dirección, salvo por la forma en que conducía Chippering Mills. El resto, como el río, fluía en la línea de menor resistencia hacia el mar.

Como era bastante natural, este descubrimiento gradual de lo que él era o de lo que no era, esta estimación más verdadera, esta desilusión parcial, simplemente sirvió para profundizar e intensificar el sentimiento que había despertado en ella; para aumentar, igualmente, el sentido de su propio valor al confirmar la creencia de que poseía ciertas cualidades, de una clase que servían para ayudar a un compañero. Ella vivía con la fascinación de una mujer ante la posibilidad de ejercer una influencia creativa, incluso mientras reconocía la posibilidad temerosa de su poder en momentos sin vigilancia para abrumarla y destruirla. Aquí había otro incentivo para resistir las ráfagas de su pasión. Ella podría guiarlo y desarrollarlo ayudándose y mejorándose a sí misma. La esperanza y la ambición latían dentro de ella y sentía un desprecio por su esposa y por las mujeres que habían sido sus antecesoras. Él no había hablado de esto, excepto una o dos veces por implicación, pero con lo que puede parecer una indulgencia sorprendente, ella las consideraba como consecuencias de una vida carente de contenido. ¡Si solo ella pudiera mantener su relación, podría proporcionar ese contenido y traerle felicidad! La idea de sus hijos era lo que más la inquietaba, pero ella se dio cuenta rápidamente de que él no obtenía nada de ellos; y aunque en parte era culpa suya, ella se inclinaba a culpar a la mujer que había sido su madre. La trivialidad, el vacío de su existencia fuera de las paredes de la fábrica hicieron latir su corazón con pura compasión. Porque ella podía entenderlo.

Uno de los muchos, y con frecuencia cómicos, incidentes que sirvieron para lograr esta visualización de una antigua falta de objetivos ocurrió en su segunda excursión dominical. Esta vez, no había elegido la Taberna Kingsbury, sino la persecución de otro automovilista, un indicio esclarecedor de los hábitos establecidos que involucran una amplia variedad de resortes. Mientras pagaba el almuerzo y conversaba con el propietario, Ditmar le arrebató el

dinero que había arrojado sobre el mostrador, una moneda de oro de cinco dólares.

"Ahora, ¿cómo demonios se metió esto en mi bolsillo derecho? Siempre lo guardo en mi chaleco", exclamó; y el asunto siguió molestándolo después de que estuvieran en el automóvil. Es mi suerte. Supongo que estaba tan emocionado ante la perspectiva de verte cuando me vestí esta mañana que cambié la moneda. ¡Solo mira lo que me haces!

"¿Te trae suerte?", Preguntó sonriendo.

"¿Qué hay de ti? Te llamo la mayor suerte que he tenido".

"Será mejor que no estés muy seguro", le advirtió.

"Oh, no me estoy preocupando. Tenía el pedazo en mi bolsillo el día que fui a ver al viejo Stephen Chippering, cuando me hizo agente, y lo he mantenido desde entonces. Y te diré algo gracioso, es suficiente para hacer que cualquier hombre crea en la suerte. ¿Recuerdas que el día pasado, el verano pasado, estaba trasteando con el coche junto al canal y tú viniste?

"El día que fingiste estar jugando", ella lo corrigió.

Él rió. "¿Así que estabas al tanto?", dijo. "¡Eres una astuta!"

"Cualquiera podía ver que solo estabas fingiendo. Me puse furiosa cuando lo pensé después".

"Tenía que hacerlo. Quería hablar contigo. ¡Pero escucha lo que te voy a decir! Es un milagro, está bien, sucedió justo en ese momento esa misma mañana. Regresaba a Boston desde Nueva York a medianoche, y cuando el tren llegó a Back Bay y me puse el pantalón, la pieza se cayó entre la ropa de cama. No sabía que lo había perdido hasta que me senté en la casa de Parker para desayunar, y de repente noté su falta en el bolsillo. Me enfermé al pensar que lo había perdido. Bueno, comencé a llamar por teléfono a la oficina de Pullman, y luego decidí tomar un taxi y bajar a la Estación del Sur, y justo cuando salía del taxi estaba el portero negro, todo vestido ¡Con su alegre uniforme saliendo de la estación! Yo lo conocía, he estado en su coche muchas veces. "Oye, George", dije, "no te olvidé esta mañana, ¿verdad?"

"'No, suh', dijo George, 'ya me diste un cuarto'.

"'Supongo que estás equivocado, George', le dije, y saqué un billete de diez dólares. Deberías haber visto los ojos de ese negro.

"'¿Para qué es esto, señor Ditmar?' Dice él.

"'Por esa afortunada pieza de oro que encontraste en la parte inferior del siete', le dije. 'Vamos a comerciar'.

"¿Estuviste en la parte inferior del siete? ¡Así que eras tú! dice George Bueno, lo tenía él, puedes apostar que lo tenía. ¿No era eso raro? ¡El mismo día que tú y yo comenzamos a conocernos!

“¡Maravilloso!” Estuvo de acuerdo Janet. "¿Por qué no lo pones en la cadena de tu reloj?"

"Bueno, he pensado en eso", respondió, con el aire de haber considerado todos los lados del asunto. “Supongo que lo guardaré en el bolsillo de mi chaleco”.

"No sabía que eras tan supersticioso", se burló ella.

"Casi todos somos supersticiosos", declaró. Y ella pensó en Lise.

"Yo no lo soy. Creo que si las cosas van a pasar, bien, van a suceder. Nada puede impedirlo.

"Por el trueno", exclamó, sorprendido por su comentario. "Eres así. Eres diferente de cualquier persona que haya conocido..."

A partir de tales anécdotas, ella juntó su nuevo Ditmar. Hablaba de un mundo grande que nunca había visto, de Nueva York, Washington y Chicago, donde tenía la intención de llevarla. En el futuro nunca viajaría solo. Y le contó que había sido delegado de la última Convención Nacional Republicana, explicando qué era un delegado. Él se alabó en su inocencia, y fue agradable deslumbrarla con impresiones de su cosmopolitismo. En esto, tal vez, no fue tan exitoso como imaginaba, pero sus ojos brillaban. ¡Ella nunca había estado en un wagon-lit! Para su deleite, se lanzó a una entusiasta descripción de estos vehículos, de vagones palaciegos, de trenes ilimitados y transcontinentales, donde uno tenía a su disposición un taquígrafo y un barbero.

"Ninguno de ellos me serviría de nada", se quejó.

"Podrías ir a la manicura", dijo.

En la vida de Ditmar se habían producido ciertos acontecimientos que, en su estado anecdótico, se magnificaban en cuestiones de importancia; ocasiones festivas, en las que era dulce recordar, como su visita como Delegado a la Asamblea de Chicago, a ese Convenio de Chicago. Había viajado en un tren especial repleto de cigarros y champaña White Seal, en compañía de senadores y congresistas y ex gobernadores, tesoreros estatales, contratistas de puerto, propietarios de fábricas y banqueros a quienes se refería, como dicen los franceses en términos de sus "pequeños" nombres. Se detuvo en la magnificencia del enorme hotel ubicado en las orillas de un lago como un mar interior, y relató porciones de las festividades incidentales a "la visión de Chicago". Ninguna mujer pertenecía a este reino; no hay mujeres, al menos, consideradas como personas. Ditmar no las mencionó, pero sin duda existían,

junto con los cigarros y el champán White Seal, contribuyendo a las comodidades. Y la excursión, para Janet, tomó la apariencia de una especie de picnic glorificado en el curso del cual, por cierto, había sido elegido un Presidente de los Estados Unidos. En su inocencia ella había creído que los votantes realizaban esa función. Ditmar se echó a reír.

"¿Crees que vamos a dejar que la mafia maneje este país?", preguntó. "De vez en cuando no podemos salirnos con la nuestra como nos gustaría, tenemos que hacerlo lo mejor que podemos".

De este modo, se le hizo saber cada vez más claramente que lo que los hombres deseaban eran las alegrías de la prominencia, el privilegio y el poder. En todas partes, en el gran mundo, exigían y recibían consideración. Ditmar se jactó de que si nadie más podía conseguir una habitación en un hotel lleno de Nueva York, él siempre podría obtener una. Y ella estaba dispuesta a reconocer que ella nunca había conocido privilegios. Si pudieras obtener el poder y te negaras a tomarlo, ¡más te engañarías! En el mundo el estúpido trabajaba día tras día, semana tras semana, agotando sus energías y ansiando alegría, mientras que otros hábilmente se llevan el premio; y la virtud aparentemente tiene tan poco que ver con el asunto como el pelo rubio o un palo recto. Si Janet alguna vez hubiera leído a Darwin, habría reconocido en su amante una criatura maravillosamente adaptada a su entorno; y lo que la desconcertó, tal vez, fue el enigma que se le presenta a muchos mejor informados que ella: la ausencia absoluta en este entorno de la señal de cualquier ser que pueda llamarse Dios. Sus perplejidades porque las tenía, tomaron la forma de una sensación instintiva de insuficiencia, de convicciones persistentemente recurrentes, aunque inarticuladas, de la existencia de elementos no incluidos en las categorías de cosas de Ditmar que el dinero no podía comprar; de las cosas, también, ¡ay! que la pobreza era tan incapaz de comprender. Almacenada dentro de ella, a veces elevándose al nivel de la conciencia, estaba esa experiencia en Silliston en el clima de mayo, cuando ella tuvo un vistazo ¡solo un vistazo! de un jardín donde flores preciosas estaban en flor. Por otra parte, esta percepción misteriosa por ella de cosas que no se veían y que hasta ahora no se había imaginado, de rayos de deleite en el espectro de valores a los que sus sentidos no estaban atentos, fue para Ditmar la esencia suprema de su fascinación. En momentos, se sintió desconcertado y embriagado a la vez por la rara delicadeza del tejido de la mujer con quien había tropezado y poseía.

Luego estaban las horas en que trabajaban juntos en la oficina. Aquí ella veía a Ditmar en su mejor momento. No se puede decir que su enamoramiento por ella estuvo siempre ausente de su conciencia: sabía que ella estaba allí a su

lado, la traicionaba continuamente. Pero aquí estaba ella en presencia de lo que había sido y de lo que seguía siendo su ideal, el Chippering Mill; aquí todas sus energías se inclinaron hacia la exitosa ejecución del pedido de Bradlaugh, que debía completarse el primero de febrero. Y a medida que pasaba día tras día, se dio cuenta de la magnitud de la tarea que había emprendido. La emoción estaba en el aire. Ditmar parecía, de alguna manera, haber logrado infundir no solo a Orcutt, el superintendente, sino a los capataces y de segunda mano incluso a los trabajadores, un espíritu común de orgullo y lealtad, de interés, de determinación para llevar este asunto adelante triunfalmente. La fábrica parecía zumbar con esfuerzo. El creciente conocimiento de Janet sobre su organización y procesos solo sirvió para aumentar su admiración por la confianza que Ditmar había demostrado desde el principio. Y ahora, como la probabilidad de la ejecución exitosa de la tarea tendía cada vez más hacia la certeza, a veces daba rienda suelta a sus espíritus exuberantes y juveniles.

"Le dije a Holster, le dije a todos esos cuervos que lo haría, ¡y por el trueno que lo haré y con un margen de tres días, además! Sacaré el último envío el veintiocho de enero. Bueno, incluso George Chippering temería que no pudiera manejarlo. Si el anciano estuviera vivo, no habría tenido los pies fríos". Luego Ditmar añadió, medio jocoso, casi en serio, mirándola mientras estaba sentada con su cuaderno de notas, esperando que él continuara con su dictado:" Supongo que también has tenido tu parte en ello. Has sido una maravilla, la forma en que has captado y quitado las cosas de mis hombros. Si Orcutt muriera, creo que podrías meterte en sus zapatos".

"Estoy segura de que podría meterme en sus zapatos", respondió ella. "Sólo espero que no muera".

"También yo espero que no lo haga", dijo Ditmar. "Y en cuanto a ti"

"No me hagas caso, ahora", dijo.

Él se inclinó sobre ella.

"Janet, eres la mejor chica del mundo".

Sí, era más feliz cuando sentía que lo estaba ayudando, le daba confianza de que podía hacer más, guiarlo por caminos más allá de los cuales podrían explorar juntos. Ella fue útil. A veces, sin embargo, él le parecía excesivo; aunque había trabajado duro, su éxito había sido demasiado fácil, había sido demasiado uniforme. Su temperamento era rápido, la perspectiva de oposición a menudo lo hacía dominante, pero en ocasiones escuchaba con sorprendente paciencia a sus subordinados cuando se aventuraban a diferir de sus opiniones. En otras ocasiones, Janet lo había visto anularlos

implacablemente, humillarlos. Hubo días en que las cosas salieron mal, cuando hubo retrasos, complicaciones, más asuntos que atender que de costumbre. En uno de esos días, después de la hora de la cena, el Sr. Orcutt entró en la oficina. Su rostro largo y delgado tenía una cierta expresión que Janet había llegado a conocer, una expresión que siempre irritaba a Ditmar. El superintendente concienzudo tiene la desafortunada facultad de exagerar las dificultades por su propia influencia. Ditmar se detuvo en medio de dictar una carta peculiarmente difícil y levantó la vista bruscamente.

"Bueno", preguntó, "¿cuál es el problema ahora?"

Orcutt parecía incapaz de leer las señales de tormenta. Cuando sucedió algo, tuvo el valor de declarar: "Te lo dije".

"Puede recordar que hablé con usted una o dos veces, señor Ditmar, sobre la ley de cincuenta y cuatro horas que entrará en vigencia en enero".

"Sí, ¿qué hay con eso?" interrumpió Ditmar. "Los avisos se han publicado, según lo exige la ley".

"Las manos se han quejado, hay problemas entre ellos. "Una delegación vino a mí a mediodía y quería saber si teníamos la intención de reducir el salario para que correspondiera con la jornada de trabajo más corta".

"Por supuesto que se va a cortar", dijo Ditmar. “¿Qué suponen ellos? ¿Que vamos a pagarles por el trabajo que no hacen? Las manos no pagadas por la pieza se pagan prácticamente por hora, no por día. Y tiene que haber algún límite para esto. Si estos condenados demagogos en la legislatura siguen reduciendo las horas de trabajo de las mujeres y los niños cada tres años aproximadamente, y no podemos hacer funcionar la fábrica sin las mujeres y los niños podríamos cerrar ahora mismo. Hace tres años, cuando llegaron a las cincuenta y seis horas, fuimos unos tontos por mantener la paga. Lo dije entonces, en la conferencia, pero no me escucharon. Ellos escucharon esta vez. Holster y uno o dos murmuraron, pero los callamos. No, no recibirán más paga, ni un maldito centavo".

Orcutt había escuchado con paciencia, lúgubre.

"Les dije eso".

"¿Que dijeron?"

"Dijeron que pensaban que habría una huelga".

"Bah! ¡Huelga!”, exclamó Ditmar con violencia despectiva. "¿Crees eso? Siempre estás viendo problemas. Pueden tener una huelga en un taller, el Clarendon. Espero que lo hagan, espero que a Holster le atrapen el cuello, de todos modos no sabe cómo manejar una manufactura. No tendremos ninguna huelga, nuestra gente entiende cuando están bien, tienen todo el trabajo que

pueden hacer, están enviando fortunas al viejo país o amontonándolas en los bancos. Es todo un engaño".

“Hubo una reunión de la rama inglesa de la IWW anoche. Se nombró un comité”, dijo Orcutt, quien, como de costumbre, tuvo una sombría satisfacción ante la perspectiva del desastre.

“¡El IWW! Dios mío, Orcutt, ¿no sabes lo suficiente como para no venir aquí perdiendo el tiempo hablando sobre el IWW? Esos anarquistas no tienen ninguna organización. ¿No te puede pasar eso por la cabeza?

"Está bien", respondió Orcutt, y se marchó. Janet sintió algo de pena por él, aunque tenía que admitir que su actitud era exasperante. Pero la ira de Ditmar, en lugar de enfriarse, aumentó: todo parecía dirigido contra el desafortunado superintendente.

"¿Creerías que un hombre que ha estado en esta fábrica durante veinticinco años podría ser tan tonto?". “¡El IWW! ¿Por qué no el Ku Klux? Él debe pensar que no tengo más que hacer que perder el tiempo. "No sé por qué lo mantengo aquí, a veces creo que me volverá loco".

Sus ojos parecían haberse vuelto pequeños y rojos, como siempre era el caso cuando su temperamento lo superaba. Janet no respondió, pero se sentó con el lápiz sobre su libro.

"A ver, ¿dónde estaba yo?", Preguntó. "No puedo terminar esa carta ahora. Sal y haz lo demás.

La experiencia mundana, como un pastel mal mezclado, tiene una tendencia a correr en forma de vetas, y al día siguiente del incidente relacionado arriba, el corazón de Janet estaba pesado. Ditmar traicionó una mayor falta de temperamento y preocupación; y la conciencia de que su amor le había otorgado un poder clarividente para rastrear la fuente de sus humores, aunque a menudo estos estaban ocultos o no reconocidos por él mismo, fue en este caso un pequeño consuelo. Ella vio con suficiente claridad que los temores expresados por el Sr. Orcutt, a quien él había denunciado desde entonces como un anciano idiota, habían causado una gran impresión, lo que despertó en él la preocupación constante por la fábrica, que era la pasión de su vida y que había sido desplazado temporalmente por su enamoramiento con ella. Esa otra pasión era primordial. ¿Qué estaba ella al lado? ¿Dudaría por un momento en sacrificarla si tuviera que elegir entre ellos? La tempestuosidad de estos pensamientos, cuando se apoderaron de ella, insinuaban las posibilidades en su naturaleza hasta la fecha, la asombraron y la asustaron; ella trató de apartarlos, para tranquilizarse, ya que su preocupación por la exitosa entrega de la orden de Bradlaugh era natural. Durante la

mañana, en los intervalos entre las entrevistas con los superintendentes, él estaba absorto en sí mismo, y ella se encontró a sí misma resentida por la ausencia de esas expresiones de cariño por las miradas y caricias robadas por la indulgencia con que lo había reprendido hasta el momento: y aunque su orgullo acudió en su rescate, el hecho de que él parecía no notar su frialdad se sumó a su sensación inflamable. Como no apareció después del almuerzo, ella sabía que debía investigar las sospechas que Orcutt había expresado; pero a las seis en punto, cuando él no había regresado, ella cerró su escritorio y salió de la oficina. Un olor a perfume barato que impregnaba el pasillo la hizo darse cuenta de la presencia de la señorita Lottie Myers.

"¡Oh, eres tú!", Dijo la joven, mirando hacia arriba desde el rellano de las escaleras. "Podría haberlo sabido, nunca haces una escapada hasta después de las seis, ¿verdad?"

"Oh, a veces", dijo Janet.

"Me quedé como un favor especial esta noche", declaró la señorita Myers. "Pero no estoy tan atascada en mi trabajo que no pueda separarme de él".

"Supongo que no lo estás", dijo Janet.

Por un momento, la señorita Myers miró como si estuviera a punto de ser aún más imprudente, pero sus ojos se encontraron con los de Janet, y vaciló. Cruzaron el puente en silencio. "Bueno, ta-ta", dijo ella. "Si te gusta, depende de ti. A las cinco de la mañana ", y se alejó por el canal, moviendo las caderas de forma desafiante. Y Janet, mirándola, se enfureció con indignación y aprensión. Sus relaciones con Ditmar eran sospechosas, después de todo, hicieron que los comentarios se permitieran, por parte de Lottie Myers y sus amigos a la hora del almuerzo. Sintió un deseo loco y primitivo de correr detrás de la niña, saltar sobre ella y estrangularla y obligarla a decir lo que tenía en mente; y el impulso motor, inhibido, causó una sensación de enfermedad, de infelicidad y degradación cuando giró sus pasos lentamente hacia su casa. ¿Fue una mala interpretación, después de todo, lo que Lottie Myers había implicado y temido decir?...

En la calle Fillmore, la cena había terminado, y Lise, con el rostro retorcido, el cuerpo tenso, estaba de pie frente al buró "haciendo" su cabello, su mirada ahora buscaba el espejo, ahora volvía a consultar a una modelo en uno de esos periódicos de la espuma y la moda que causan tantos arrebatos de corazón en cada alcoba de nuestra democracia, y que están llenos de fotografías de personas "prominentes" en reuniones de carreras, espectáculos ecuestres y centros turísticos, y con actrices, bailarines y modelos. Los ojos de Janet se

posaron en la página abierta para percibir que el peinado que su hermana tan dolorosamente imitaba era usado por una mujer joven con un rostro insolente, insensible y ojos duros, cuyas rodillas estaban cruzadas, revelando considerablemente más que un tobillo. La foto estaba etiquetada como: "Un baile en Palm Beach. Una linterna de la señora 'Trudy' Gascoigne-Schell, uno de esos nombres misteriosos e híbridos que, en relación con los pensamientos de Nueva York y la imagen desenfrenada visible de la dama misma, causan estremecimientos involuntarios en la espina dorsal del reflejo provincial estadounidense. Janet experimentó algo parecido al disgusto.

"Es el último grito", decía Lise. "Y digamos, si tuviera un vestido de baile como ese, ¡sería la persona Lulú de alguien! ¿Puedo tener el placer del próximo baile, señorita Bumpus? Con dedos hábiles y rápidos, ella se abrió el cabello hacia el lado derecho y lo tiró hacia abajo sobre la ceja izquierda, lo retorció sobre la oreja y lo apretó alrededor de la cabeza, insertándole aquí y allá una horquilla, sujetando el espejo de mano sobre la espalda, y sosteniéndolo detrás de ella. Finalmente, cuando la operación se terminó de forma satisfactoria, ella exclamó, evidentemente, al modelo de la foto: "¡Te entiendo!" Con lo cual, del guardarropa, sacó un sombrero."Seguro que tenías mi número cuando adivinaste que las plumas de ese otro se mojarían", observó con gran humor, ignorando generosamente su anterior desagrado sobre el tema. Cuando se lo puso, se inclinó burlonamente sobre su hermana, que estaba sentada en la cama. "¿Te gusta mi nuevo toque? ¡Cucú! Esa es la forma en que los muchachos hacen para llamar tu atención".

Lise era exaltada, febril, aparentemente poseída por un alto secreto; sus ojos brillaban, y cuando cruzó la habitación, silbó ritmos de ragtime y ejecutó unos escalofriantes pasos de maxixe [tipo de baile]. Rebuscando en el cajón superior un par de guantes blancos (también nuevos), quitó la bolsa de terciopelo de la esquina del escritorio que se abrió cuando golpeó el suelo, y de ella salió un estuche de tocador de color lila y una moneda amarilla. Lanzando una mirada sospechosa y relámpago a Janet, cogió el vanidoso estuche y cubrió la moneda con el pie.

"¡Cierra la puerta!", Gritó, con una risa histérica. Luego, levantando el pie, recogió la moneda a escondidas. Para su sorpresa, su hermana no hizo ningún comentario, no parecía haber tomado en cuenta el significado del episodio. Lise había esperado una tempestad de indignación, preguntas inquisitivas o un "tercer grado", como habría expresado. Juntó la bolsa, se puso los guantes y, cuando estuvo lista para irse, con una audacia característica, cruzó la habitación, tomando el rostro de su hermana entre las manos y besándola.

"¡Cuéntame tus problemas, cariño!", dijo ella y no esperó a escucharlos.

Janet era incapaz de hablar y no podía haberse preguntado si Lise había ganado o no el dinero en Bagatelle, y lo había conservado milagrosamente sin gastar. Era posible, pero muy increíble. ¡Y también, el caso del estuche y el nuevo sombrero debían ser explicados! La visión de la pieza de oro, de hecho, había revivido repentinamente en Janet el extraño sentimiento de desmayo, casi de náusea que había experimentado después de separarse de Lottie Myers. Y, por alguna asociación adversa, recordó una conversación que había tenido con Ditmar el sábado por la tarde después de su primera excursión del domingo, cuando, al abrir el sobre de pago, había encontrado veinte dólares.

"¿Estás seguro de que merece la pena?", le había preguntado ella y él estaba bastante seguro. Él había agregado que ella valía más, mucho más, pero que aún no podía darle, sin el riesgo de provocar comentarios, una suma acorde con el valor de sus servicios... Pero ahora se preguntó otra vez, ¿era por ella? ¿Valía la pena? ¿O era simplemente parte de su precio? Al ir al armario y abrir un cajón en el fondo, buscó entre sus ropas hasta que descubrió el trozo de papel de seda con el que había envuelto la rosa rescatada del grupo que él le había dado. Los pétalos estaban secos, sin embargo, emitían, aún, una fragancia tenue y reminiscente. Mientras los apretaba contra su cara, Janet lloraba...

A la mañana siguiente, cuando estaba arrodillada en un rincón de la habitación, junto a los archivos de cartas, uno de los cuales había colocado en el suelo, reconoció su paso en la oficina exterior, lo escuchó detenerse para bromear con el joven Caldwell y no necesitó la prueba visual cuando, después de un momento, se detuvo en el umbral, de que su habitual espíritu boyante había sido restaurado. Tenía un cigarro en la mano, y en sus ojos estaba la mirada ansiosa con la que ella se había familiarizado, que de hecho había aprendido a anticipar mientras barría la habitación en busca de ella. Y cuando cayeron sobre ella, él cerró la puerta y avanzó impetuosamente. Pero su exclamación le hizo detenerse en desconcierto.

“¡No me toques!” Dijo ella.

Y él tartamudeó, mientras se paraba cerca de ella: "¿Qué pasa?"

"Todo. No me amas, fui una tonta al creer que lo hacías.

“¡No te amo!” Repitió. "Dios mío, ¿cuál es el problema ahora? ¿Qué he hecho?"

“Oh, no es nada que hayas hecho, es lo que no has hecho, es lo que no puedes hacer. Realmente no te preocupas por mí, todo lo que cuidas es esta fábrica, cuando algo sucede aquí, no sabes que estoy viva".

Él la miró fijamente, y luego una expresión de comprensión, de intenso deseo creció en sus ojos; y su risa, cuando arrojó su cigarro por la ventana abierta y se inclinó para agarrarla, fue casi brutal. Luchó contra él, trató de lastimarlo y, de repente, se apretó contra él.

"¡Pequeña tigresa!", Dijo, mientras la sostenía. “¿Eras celosa, estabas celosa de la fábrica?” Y él se rió de nuevo. "Me gustaría verte con algo de lo que realmente estar celosa. Así que me amas así, ¿verdad?

Ella podía sentir su corazón latiendo contra ella.

"No serás desatendida", le dijo tensamente. “Los quiero a todos, si no los puedo tener a todos, no los quiero. ¿Lo entiendes?"

"¿Entender? Bueno, supongo que sí.

"No lo hiciste ayer", le reprochó ella, algo aturdida por la rapidez de su sumisión, y sintiendo aún las huellas de un persistente resentimiento. Ella no había tenido la intención de rendirse. "Te olvidaste de mí, no sabías que estaba aquí y mucho menos que estaba herida". ¡Oh, estaba herida! Y puedo decirte de inmediato que cuando algo te pasa, lo sé sin que lo digas.

Estaba asombrado, podría haber estado realmente preocupado e incluso alarmado por esta pasión que había despertado si su propia pasión no hubiera sido una inundación. Y mientras secaba sus lágrimas con su pañuelo, apenas podía creer lo que sentía, que era la mujer cuya resistencia había exigido toda su fuerza para vencer. De hecho, aunque reconoció los síntomas que ella describió como femeninos, por incidentes en su pasado, precisamente su dificultad parecía estar en la identificación de este ser complejo y galvánico como mujer, no como algo casi temeroso en su significado, fuera de los límites de la experiencia...

Al momento ella dejó de temblar, y él la atrajo hacia la ventana. El día era tan suave como el otoño, el sol de invierno, como la miel en su suavidad; una suave neblina empañaba el contorno del puente superior.

"Sólo dos días más hasta el domingo", susurró, acariciando, exultante...

CAPÍTULO XII

Había sido un año extraño en Hampton, desafortunado para los comerciantes de carbón, bienvenido para los pobres. Pero el domingo carecía del toque transformador del sol. El clima era húmedo y frío cuando Janet salió de la calle Fillmore. Sabía que Ditmar la estaría esperando, él contaba con ella, y ella no podía soportar decepcionarlo, decepcionarse a sí misma. Y todas las dudas y temores que de vez en cuando la habían asaltado fueron desterrados por este impulso de ir a él, de estar con él. ¡Él la amaba! Las palabras, mientras se sentaba en el tranvía, corrían en su cabeza como el sonido de una canción. ¿Qué importaba el clima?

Cuando se posó en la solitaria encrucijada, la nieve ya había empezado a caer. Pero ella vio el automóvil, con la capota levantada, a cierta distancia por el carril, y en un momento estuvo dentro, junto a él, envuelta en el abrigo que ahora consideraba suyo. Cerró las cortinas y la tomó en sus brazos.

"¿Qué haremos hoy, preguntó ella, si nieva?"

"No dejes que eso te preocupe, cariño", dijo. "Tengo las cadenas puestas, puedo atravesar cualquier cosa en este auto".

Estaba en un estado de ánimo alto, casi turbulento, cuando giró el auto y lo condujo fuera del camino hacia la carretera estatal. La nieve se hizo cada vez más espesa, el mundo se fue borrando por rápidos remolinos, copos de plumas que se derritieron en el parabrisas, y a través del vidrio húmedo Janet captó destellos distorsionados de pinos negros y cedros al lado de la carretera.

El suelo se cubrió con vellón. Ocasionalmente, y con sorprendente rapidez, otros automóviles salieron disparados como fantasmas oscuros de la blancura, y como fantasmas desaparecieron. En ese momento, a través del velo, reconoció a Silliston como una Silliston muy diferente a la que había visitado en el fragante día de primavera, cuando el verde de lo Común había sido bordado con dientes de león, y los grandes olmos cuyas ramas desnudas estaban ahora fantásticamente trazadas contra el velo de blanco pesado que fluye. Las viñetas surgieron solo para desvanecerse de las casas del viejo mundo cuya belleza pintoresca la habían fascinado y conmovido. Y se encontró preguntándose qué había sido del extraño hombre que había confundido con

un carpintero. Todo parecía haber tenido lugar en una vida pasada. Ella le preguntó a Ditmar a dónde iba.

"Boston", le dijo a ella. "No hay otro lugar al que ir".

"Pero nunca volverás si sigue nevando así".

"Bueno, los trenes siguen funcionando", le aseguró, con una sonrisa burlona. "¿Qué te parece, niña?" Era un término de cariño derivado, sin duda, de una fuente teatral, a la que a veces se entregaba.

Ella no respondió. Sorprendentemente, hoy, a ella no le importaba. En todo lo que podía pensar, lo único que quería, era seguir y seguir a su lado con el mundo cerrado por siempre. Ella era suya, ¿qué importaba? ¡Estaban en camino a Boston! Comenzó, pensativa, a pensar en Boston, a intentar recuperarla en su imaginación como el lugar exaltado que había tenido antes de conocer a Ditmar; para reconstruirlo a partir de vagos recuerdos de la infancia cuando la había cruzado en dos de las peregrinaciones familiares. Las huellas de las impresiones adquiridas permanecieron de cuando ella había caminado por la ciudad agarrada a la mano de Edward; de una larga hilera de casas señoriales con frentes prohibidos, asentadas en la ladera de una colina, de un amplio espacio cubierto de árboles donde los niños jugaban. Y su veredicto infantil, persistente hoy, era de inaccesibilidad, impenetrabilidad, de riqueza y belleza celosamente guardadas. ¡Esas casas, y los tesoros que ella estaba convencida de que debían contener, no eran para ella! Algunos de los cristales de sus ventanas eran de color púrpura; ella recordaba algo así, ¡y le preguntó a su padre la razón! El no lo había sabido. Esta cualidad púrpura se había metido de alguna manera en su memoria de Boston, e incluso ahora el color representaba la palabra impenetrable. Eso era extraordinario. ¡Incluso ahora! Bueno, ellos iban a Boston; si Ditmar hubiera dicho que iban a Bagdad, habría sido tan creíble o increíble. Dondequiera que iban, era hacia la vida más grande, y las paredes se derrumbaban ante ellos, las paredes a través de las cuales pasarían, incluso mientras se alzase el velo blanco de la tormenta, en regiones de belleza...

Y ahora el mundo les parecía abandonado, solo, tan vacío, tan inmóviles eran los pueblos blancos que pasaban volando; tan inmóvil el gran parque de los Fells que se extiende como un bosque encantado bajo la nieve, como el dominio de un rey dormido. Y los copos se derretían silenciosamente en las aguas negras. ¡Y la amplia avenida a la que llegaron condujo a un palacio dormido! No, era una ciudad, Somerville, le dijo Ditmar, mientras entraban y salían de las calles, pasaban tiendas, iglesias y casas de bomberos, atravesaban la parte alta, descendían abruptamente hacia Cambridge y cruzaban el largo puente sobre el Charles. Y aquí por fin estaba Boston. Beacon Street, el

corazón o embudo de la misma, como se eligiera. Ditmar, quitó una de las cortinas laterales para que ella pudiera ver. Con solo un indicio de reverencia en su voz, que estaba demasiado emocionada, señaló las fachadas gemelas severas y respetables de las mansiones Chippering. Salvo por estos santuarios, de alguna manera, para él, el Back Bay en sus ojos no era más que una colección de casas habitadas por personas a las que el dinero y la posición social hacían inexpugnables. Pero hoy él también estaba emocionado. Nunca había estado más consciente y sensible a la experiencia de ella; y aquel a quien no se le había ocurrido preguntarse sobre Boston, se preguntaba quién era ella, que parecía capaz de invocar un espíritu del lugar que contemplaba entre la nieve. En lo profundo de sus ojos, aunque chispeaban, estaba el reflejo de una visión mística. Sus mejillas estaban enrojecidas y en su delicia, se regocijó; en su temblorosa esperanza del placer que vendría. A pesar de la nieve cada vez más profunda, la condujo por un lado de Commonwealth Avenue y por el otro, rodeando el Common y el Public Garden; deteniéndose en la parte superior de Park Street para poder contemplar la Casa del Estado, cuya cúpula dorada, vista a través del velo, estaba teñida de azul. ¡Bostón! ¿Por qué no Rusia? Janet se quedó sin habla por la falta de palabras para describir lo que sentía...

Por fin detuvo el automóvil frente a una imponente puerta frente a la cual se extendía un techo de vidrio sobre el pavimento, y Janet preguntó dónde estaban.

"Bueno, tenemos que comer, ¿no es así?" respondió Ditmar. Ella notó que él estaba temblando.

"¿Tienes frío?", preguntó con preocupación.

"Supongo que sí, un poco", respondió. "No sé por qué debería estar, en un abrigo de piel, pero ahora pronto estaré caliente.

Un hombre de librea azul corrió hacia ellos a través de la acera, ayudándolos a bajar. Y Ditmar, después de conducir el auto unos pocos pasos más allá de la entrada, lo condujo a través de las puertas giratorias hacia un largo pasillo, pavimentado con mármol e iluminado por bombillas que brillaban desde el techo, donde había bancos contra la pared, adornados por las hojas de plantas colocadas en macetas en los intervalos entre ellos.

"Siéntate un momento", le dijo a ella. "Debo telefonear para que alguien se lleve ese auto, o se quedará aquí el resto del invierno".

Se sentó en uno de los bancos. La luz suave, el calor, el olor exótico de las plantas, las personas bien vestidas que pisaron suavemente la tira de alfombra sobre el mármol con el aire de estar en casa contribuyeron a una emoción

intensa y benévola. Ella no podía pensar. No quería pensar solo en sentir, disfrutar, extraer el máximo sabor del encanto de estos nuevos entornos; y su rostro lucía una expresión de ensueño. En ese momento vio a Ditmar regresar seguido de un niño con un uniforme azul.

"Está bien", dijo. Al final del pasillo había un ascensor en el que se les subió a uno de los pisos superiores; y el niño, insertando una llave en una pesada puerta de caoba, reveló una sala de estar. Entre sus ventanas había una mesa cubierta con una tela larga y blanca que llegaba hasta el piso, sobre la cual, en medio de los cubiertos y el vidrio, se colocaba un jarrón alto lleno de rosas oscuras. Janet, aspirando profundamente su fragancia, miró alrededor de la habitación. Los tapices, el empapelado, la alfombra, la tapicería de terciopelo de las sillas de caoba, del amplio salón de la esquina eran de un verde profundo y tranquilo; la chimenea de mármol, con su rejilla de carbón inglesa, estaba copiada, si ella lo hubiera sabido, de una mansión de la época georgiana. Las manos de un delicado reloj georgiano apuntaban la una. Y en el gran espejo detrás del reloj vio una imagen que ella supuso, soñadora, ser ella misma. El botones estaba quitándole el abrigo, que colgaba, con el de Ditmar, en un estante en una esquina.

"¿Enciendo el fuego, señor?", Preguntó.

"Claro", dijo Ditmar. "Y diles que se apuren con el almuerzo".

El chico se retiró, cerrando la puerta silenciosamente detrás de él.

"Vamos a almorzar aquí", exclamó Janet.

"¿Por qué no? Pensé que sería mejor que un comedor público, y cuando me levanté esta mañana y vi qué tiempo hacía, llamé por teléfono. Colocó dos sillas frente al fuego, que había comenzado a arder. "¿No es acogedor?", Dijo él, tomando sus manos y acercándola hacia él. Sus propias manos temblaban, las puntas de sus dedos estaban frías.

“¡Tienes frío!” Dijo ella.

"No ahora, no ahora", respondió. Las extrañas vibraciones que ella había escuchado antes estaban en su voz. "¡Mi amor! Esto es lo mejor ¿no? ¡Y después de este viaje en la tormenta!

"¡Es hermoso!" Murmuró ella, apartándose suavemente de él y mirando a su alrededor una vez más. "Nunca estuve en una habitación como esta".

"Bueno, estarás en un montón más de ellas", exaltó. "Siéntate al lado del fuego y caliéntate".

Ella obedeció, y él tomó la silla a su lado, con los ojos en su cara. Como de costumbre, ella estaba más allá de él; y a pesar de sus exclamaciones de sorpresa, de aprecio y placer, mantuvo el equilibrio exterior, la

inescrutabilidad que resumía para él su singularidad en el mundo de la mujer. Se sentó tan fácilmente erguida en la delicada silla Chippendale como si hubiera nacido para ella. Hizo salvajes suposiciones sobre lo que ella podría estar pensando. ¿Estaba ella, como parecía, tomando todo esto como una cuestión de rutina? Ella le impuso una necesidad imperiosa de hablar, decir cualquier cosa, no importaba qué y él comenzó a insistir en las excelencias del hotel. Ella no parecía escucharlo, sus ojos se detuvieron en la habitación, hasta que al poco preguntó: "¿Cómo se llama este hotel?"

Se lo dijo a ella.

"Pensé que solo permitían que las personas casadas vinieran, así, a una habitación privada".

"¡Oh!" Comenzó él con la repentina percepción de que ella había hecho esta declaración sumada a su perplejidad imparcialmente. "Bueno", fue capaz de responder, "Es como si estuviéramos casados, ¿no es cierto, Janet?" Se inclinó hacia ella, puso su mano sobre la de ella. El gerente de aquí es un viejo amigo mío. Él sabe que es como si estuviéramos casados".

“¡Otro viejo amigo!” Preguntó ella. Y el toque de humor, a pesar de sus nervios tensos, le encantó.

"Sí, sí", se rió, un poco ruidoso. "Los tengo en todas partes, tan gruesos como puntos de referencia".

"Eso parece", dijo ella.

"Espero que tengas hambre", dijo.

"No mucho", respondió ella. "Todo es tan extraño este día, Claude. Es como un cuento de hadas, venir a Boston en la nieve, y este lugar, y estar contigo…”

"¿Todavía me amas?", Gritó, levantándose.

"Debes saber que lo hago", respondió ella simplemente, levantando la cara hacia él. Y se quedó mirando hacia abajo, con una expresión extraña que nunca había visto antes... "¿Qué pasa?", Preguntó.

"Nada, nada", le aseguró, pero siguió mirándola. "Eres tan maravillosa", susurró. "Simplemente no puedo creerlo".

"Y si es difícil para ti", respondió ella, "¡piensa lo que debe ser para mí!" Y ella le sonrió.

Ditmar había notado un momento de asombro... De repente, tomó su rostro entre sus manos y presionó su áspera mejilla contra ella, a ciegas. Le temblaban las manos, le temblaban el cuerpo, como por un espasmo.

"¿Por qué, todavía estás frío, Claude?", Gritó con ansiedad.

Y él tartamudeó: "¡Eres tú, te estoy teniendo!"

Antes de que ella pudiera responder a esta extraña exclamación, a la que, sin embargo, un poco de fuego en ella saltó en respuesta, alguien llamó a la puerta y él se apartó de ella cuando la contestó. Dos camareros entraron obsequiosamente, uno con una mesa de servir y el otro con una bandeja grande sobre su cabeza que contenía platos y vasos cubiertos.

"¡Me encantaría un cóctel!", Exclamó Ditmar, y el camarero sonrió mientras les servía. "¡Aquí está!", dijo, dándole un vaso que contenía un líquido amarillo.

Ella lo probó, hizo una mueca y la dejó rápidamente.

"¿Cuál es el problema?", preguntó él, riendo, mientras ella se apresuraba hacia la mesa y tomaba un trago de agua.

"¡Es horrible!", gritó ella.

"Oh, vas a superar esa idea", le dijo a ella. "Estarás loca por ellos".

"Nunca quiero probar otro", declaró.

Él se rió de nuevo. Él lo había tomado en un trago, para casi anular su efecto, confirmando de esa manera, si es que lo hubiera necesitado su inexperiencia. En realidad, ella no había sido tocada por el mundo, el mundo en el que él había vivido. Sacó su silla para ella y ella se sentó, enfrentada a una serie de cuchillos, tenedores y cucharas a cada lado de un plato de ostras. No es necesario decir que las ostras servidas de esta manera nunca habían formado parte del menú en la calle Fillmore, ni en ningún restaurante de Hampton donde había almorzado. Pero ella vio que Ditmar había elegido un tenedor pequeño con tres puntas, y ella siguió su ejemplo.

"¡No debes decirme que no te gustan las Cotuits!", Exclamó.

[Las ostras Cotuit son una variedad de ostras del Atlántico con un sabor salobre y crujiente y un acabado cremoso]

Ella tocó uno, con delicadeza, con el tenedor.

"¡Están vivas!", Exclamó, aunque la costumbre de consumirlos así, no le era desconocida. Lise a menudo se jactaba del gusto de las ostras en la cáscara, aunque en realidad prefería que estuvieran asfixiadas con un tazón rojo en un "cóctel".

“Están vivos, pero no lo saben. "No te comerán", respondió Ditmar alegremente. "Pon un poco de limón en uno". Otro tipo de mujer, pensó, habría fingido estar familiarizada con el plato.

Ella lo obedeció, se puso uno en la boca, se estremeció un poco y se lo tragó rápidamente.

"¿Y bien?", Dijo. "No está mal, ¿verdad?"

"Parece muy raro comer algo vivo y disfrutarlo", dijo, mientras comía el resto de ellos.

"Si crees que están bien aquí, deberías probarlos en el Cabo, fuera del agua", declaró, y continuó relatando cómo una vez había comido un número fabuloso en un concurso con un amigo suyo y ganó una apuesta. Le gustaba hablar de las apuestas que había ganado. Las apuestas le habían dado un gran entusiasmo a su vida. “Iremos juntos un día el verano que viene, niña. Es un sitio genial. Puedes ir a nadar tres veces al día y nunca sentirlo. Y hablando de comer ostras, no puedes tragarlas tan rápido como un compañero que conozco allí abajo, Joe Pusey, puede abrirlas. Tiene un truco para abrirlas.

Describió el proceso, pero ella apenas escuchó. Ella se esforzaba por adaptarse a los elementos de una experiencia nueva y revolucionaria; a los mozos que iban y venían, colocando de manera suave, deferencial, platos calientes delante de ella, ayudándola a encontrar cosas extrañas y deliciosas; una sopa cremosa, un pescado con una salsa amarilla cuyos ingredientes estaban hábilmente disfrazados, un pechuga de gallina de Guinea, una ensalada, un hielo y una pequeña taza de café. Los instintos y gustos hasta ahora insospechados y no desarrollados fueron despertado en ella. ¿Cómo sería siempre ser servido delicadamente, comer las comidas de esta manera tranquila y lujosa? Mientras su hambre física era satisfecha por la deliciosa comida, incluso mientras sus sentidos hambrientos bebían el calor y la armonía de la habitación, el fuego resplandeciente, el olor intenso de las flores, el brillo rosado de las luces en contraste con la tormenta que se arrojaba contra las ventanas, impotente para alcanzarla, parecía tipificar una existencia anterior de mañanas negras y frías y campanas de fábrica y sirenas duras, de trabajo y limitaciones. ¿Su existencia había sido así? ¿O era un sueño, una pesadilla de la que al fin había despertado? De vez en cuando, en lo más profundo de ella, sentía que persistía una convicción de que esto era realidad, no era ilusión, pero ella luchó contra ella. Ella quería, ¡oh, cómo quería creer en la ilusión!

Frente a ella estaba el agente, el genio, el hombre que la había arrebatado de esa existencia, que tenía estas delicias a su disposición para otorgar. Ella lo amaba, le pertenecía, él iba a ser su marido, sin embargo, hubo momentos en que el glamour extrañamente tendió a disolverse, cuando una visión objetiva se entrometió y se vio a sí misma, como alejada del cuerpo, almorzando con un extraño hombre en un lugar extraño. Y una vez que cruzó su mente ¿Qué

pensaría ella de otra mujer que hiciera esto? ¿Qué pensaría ella si fuera Lise? Entonces ella no podría lograr un sentido de identidad; era como si ella hubiera participado de algún filtro que la estaba calmando, inhibiendo su poder para comprender el hecho en su enormidad. Y poco a poco se fue haciendo consciente de lo que había sabido siempre, que el hechizo de ese entorno al que se había rendido era una expresión del hombre mismo. Él era la fuente de ello. Más y más, mientras hablaba, sus ojos se turbaron y la agitaron; el toque de su mano, cuando él extendió la mano sobre la mesa y la puso sobre la de ella, la quemó. Cuando los mozos los dejaron solos, ya no pudo soportar más la tensión, se levantó y vagó por la habitación, examinando los muebles, las cortinas, los colgantes de cristal, ligeramente rosados, que suavizaban y difundían la luz; y ella se detuvo ante el piano de cola en la esquina.

"¡Me gustaría saber tocar!", dijo.

"Puedes aprender", le dijo a ella.

"¡Soy demasiado vieja!"

Él rió. Y mientras se sentaba fumando, sus ojos la seguían incesantemente.

Sobre el sofá colgaba una gran impresión del Circo Máximo, con gradas abarrotadas que se alzaban hacia el cielo, y cajas con toldos donde se sentaban las vírgenes vestales y el emperador en lo alto sobre un grupo variopinto y arrollado en la arena. En la boca de un túnel, un león permanecía inmóvil, amenazante, mirándolos. El cuadro fascinó a Janet.

"Se supone que es Roma, ¿no?", preguntó.

"¿Qué? ¿Eso? Supongo que sí. Se levantó y se acercó a ella. "Claro", dijo. "No soy muy fuerte en historia, pero una vez leí un libro, una novela, que contaba cómo a esos viejos solían gustarles ver a los cristianos arrojados a los leones como si fueran partidos de fútbol. Conseguiré el libro otra vez, lo leeremos juntos.

Janet se estremeció... "Aquí hay otra foto", dijo, girándose hacia el otro lado de la habitación. Era, aparentemente, una copia grabada de un retrato moderno, de una mujer en traje de noche con brazos y garganta bien formados y una cabeza pequeña y aristocrática. Alrededor de su cuello colgaba una pesada cuerda de perlas.

“¿No es hermosa? suspiró Janet.

"¡Hermosa!" Él la llevó al espejo. "¡Mira!", dijo. “Te compraré perlas, Janet, quiero verlas brillar contra tu piel. Ella no puede compararse contigo. Voy a adornarte con perlas”.

"No, no", gritó ella. "No las quiero, Claude. No las quiero ¡Por favor! Ella apenas sabía lo que estaba diciendo. Y cuando ella se apartó de él, sus manos salieron, se apretaron con un gesto implorante y suplicante. Su cercanía la estaba sofocando, ella se arrojó a sus brazos y sus labios se encontraron en un largo y desvanecido beso. Comenzó a luchar instintivamente, pero en vano, no contra él sino contra algo primordial más fuerte que ella, más fuerte que él, más fuerte que los códigos y las convenciones e instituciones, que aún ansiaba ferozmente como la realización de su ser. ¿Los estaba barriendo vertiginosamente?

"¡No, no lo hagas!" Murmuró ella desesperadamente. "¡No debes!"

—Janet, nos casaremos, cariño, en cuanto podamos. ¿No vas a confiar en mí? Por el amor de Dios, no seas cruel. Eres mi esposa, ahora.

Su voz parecía venir desde una gran distancia. Y desde una gran distancia, también, la suya respondió, ahogada por la caída de las aguas.

"¿Me amas? ¿Me amarás siempre, siempre?”

Y él respondió con voz ronca: "Sí, siempre lo juro, Janet". Había vuelto a encontrar sus labios, la estaba empujando hacia una puerta al otro lado de la habitación, y de repente, cuando la abrió, su resistencia cesó...

La nieve hizo imposible el automovilismo y, a las nueve y media de la noche, Ditmar acompañó a Janet a la estación en un taxi, y ella tomó el tren hacia Hampton. Durante un rato se sentó como en un trance. Sabía que algo había sucedido, algo portentoso, cataclísmico, que la había cambiado irrevocablemente de la Janet Bumpus que había dejado Hampton esa misma mañana hacía una era. Pero ella no pudo darse cuenta de la metamorfosis. En el transcurso de un solo día, ella había vivido toda una vida, agotada la gama de experiencias humanas hasta ahora y no podía sentir más. El auto estaba lleno de personas de todo tipo y condición que regresaban a hogares dispersos por los suburbios y ciudades más pequeñas al norte de Boston. Una multitud mixta del domingo por la noche; y en seguida comenzó, de manera desapegada, a observarlos. Sus aspectos, su forma de hablar y sus modales tuvieron el extraño efecto de penetrar en su conciencia sin despertar los juicios emocionales de aprobación o desaprobación que normalmente deberían haber seguido. Por lo general, ella podría haber sentido cierta simpatía por el frágil joven que estaba sentado a su lado en el asiento, mirando con tristeza al suelo con sus gafas; y el grupo al otro lado del pasillo seguramente la habría hecho sentir disgusto: dos parejas estaban sentadas frente a frente, los hombres aparentemente se burlaban de un abrigo

de "pony" que una de las chicas llevaba puesto. A pesar de sus gritos, que atrajeron la atención general, sacaron de su espalda una operación considerada por el propio conductor con diversión tolerante. Tras lo cual, su compañera, una grande y rubia teutónica con una carcajada insana, le pasó un brazo por la cintura y la sostuvo mientras ellos presentaban los boletos. Janet vio todo esto como uno ve bailarines a través de un vaso, sin escuchar la música.

Detrás de ella dos hombres se pusieron a conversar.

"Supongo que hay más de un pie de nieve. Pensé que también tendríamos un invierno crudo".

"¡Cuidado con ellos cuando comienzan suaves!"

"Tenía miedo de que este camino se bloqueara si esperaba hasta la mañana. Trabajo con bienes raíces, y hay una oferta en mi ciudad que tengo que ver cada minuto... "

Incluso la conversación entre dos obreros extranjeros, en aquel momento no logró convencer a Janet de su importancia. Estaban discutiendo con cierto entusiasmo la posibilidad de que su salario se redujera por la ley de cincuenta y cuatro horas que entraría en vigor el lunes. Denunciaban a los dueños de la fábrica.

"Aceleran la máquina y hacen que el trabajo sea más difícil", dijo uno. "Creo que seguramente vamos a tener una huelga".

"Mal momento también para tener huelga", respondió el segundo, pesimista. "Será frío el invierno, ahora."

Al otro lado del cuadrado negro de la ventana se desviaban las luces dispersas del campo, y de vez en cuando, cuando el tren se detenía, ella miró hacia fuera, sin prestar atención, a las figuras que se movían a lo largo de las oscuras plataformas de la estación. De repente, sin premeditación ni esfuerzo, comenzó a vivir de nuevo el día, comenzando con las maravillas, medio reveladas, medio ocultas, de ese viaje a través de la blancura hacia Boston... Despierta, escuchó latidos cada vez más fuertes en las orillas de la conciencia, las olas de la tormenta que la habían arrastrado, las olas como los acordes de música. Respiró hondo, volvió la cara hacia la ventana, pareciendo contemplar reflejadas allí, como en un cristal, todas sus experiencias, pequeñas y grandes, grandes y pequeñas. Estaba sentada una vez más recostada en el rincón del carruaje de camino a la estación, sintió que la mano de Ditmar trabajaba en la suya y escuchó que su voz suplicando perdón por su silencio la alarmó. Y se escuchó a sí misma diciendo: "Fue mi culpa tanto como la tuya".

Y su vehemente respuesta: "No fue culpa de nadie, fue natural, fue maravilloso, Janet. No puedo soportar verte triste".

¡Verla triste! Dos veces, durante la tarde y la noche, había pronunciado esas palabras ¿o fue tres veces? ¿Hubo un tiempo que ella había olvidado? Y cada vez que ella respondía: "No estoy triste", lo que había sentido en realidad no era tristeza, pero ¿cómo podría describirlo cuando ella misma estaba sorprendida y empequeñecida por eso? ¿No podría él sentirlo también? ¿Eran los hombres tan diferentes?... En la cabina, su solicitud, su ternura solo podían compararse con su desconcierto, su aparente admiración por el sentimiento que él mismo había despertado en ella, y que la atemorizaba también. Ella realmente había sentido ese desconcierto de él cuando, justo antes de llegar a la estación, había respondido apasionadamente a su último abrazo. Incluso cuando él le devolvió sus caricias, se la había transmitido de manera asombrosa por la calidad de su toque. ¿Era una falta que todas las mujeres sentían en los hombres? ¿Y fueron éstos, incluso en momentos supremos, meramente los transmisores perplejos de la vida?, no ¿la vida misma? Sus pensamientos no ganaron esa claridad, aunque ella adivinó el secreto. Y sin embargo, ella lo amaba, lo amaba con una fiereza que la asustaba, con una ternura que la enojaba.

En la estación de Hampton, tomó el tranvía y lo dejó en el Common, siguiendo el camino estrecho que los peatones hacían en la nevada hasta la calle Fillmore. Subió las oscuras escaleras, abrió la puerta del comedor y se detuvo en el umbral. Hannah y Edward se sentaban allí debajo de la lámpara, Hannah examinando a través de sus gafas las páginas de un periódico dominical. Al percibir a Janet, lo dejó caer apresuradamente en su regazo.

"Bueno, estaba preocupada por ti, con toda esta tormenta", exclamó. “Gracias a Dios que estás en casa, de todos modos. No has visto a Lise, ¿verdad?

"¿Lise?" Repitió Janet. "¿No ha estado en casa?"

Tu padre y yo hemos estado solos todo el día. No es que sea tan raro que Lise se haya ido. ¡Ojalá no lo fuera! ¡Pero tú! Cuando no viniste a casa a cenar, estaba bastante preocupada".

Janet se sentó entre su madre y su padre y comenzó a quitarse los guantes.

"Me voy a casar con el señor Ditmar", anunció.

Por unos momentos, el silencio se rompió solo por el tictac del reloj antiguo.

"Señor. ¡Ditmar! ”Dijo Hannah, largamente. "¡Te vas a casar con el señor Ditmar!"

Edward todavía estaba inarticulado. Su rostro se contrajo, sus ojos se humedecieron mientras la miraba.

"No de inmediato", dijo Janet.

"Bueno, debo decir que lo tomas bastante bien", declaró Hannah, casi con resentimiento. "Entras y nos dices que te vas a casar con el Sr. Ditmar como si estuvieras hablando del clima".

Los ojos de Hannah se llenaron de lágrimas. De hecho, había habido una inconsciente falta de consideración en el abrupto anuncio de Janet, que había caído como una chispa en la seca capa de la esperanza de Hannah. El resultado fue una llama sofocante. Janet, a quien el amor había acelerado, tuvo una rápida percepción de esto. Se levantó rápidamente, tomó a Hannah en sus brazos y la besó. Era como si la relación entre ellos se invirtiera, y la hija ahora se había convertido en la madre y la consoladora.

"¡Siempre supe que algo así sucedería!", dijo Edward. Sus palabras incitaron a Hannah a protestar.

"No hiciste nada de eso, Edward Bumpus", exclamó.

"¡Solo pensar en Janet viviendo en esa gran casa en Warren Street!", Continuó, sin prestar atención, jubiloso. "Vendrás y verás a los viejos de vez en cuando, Janet, ¿no nos olvidarás?"

"Me gustaría que no hablaras así, padre", dijo Janet.

“Bueno, es un buen hombre, Claude Ditmar, siempre dije eso. La forma en que se detiene y me habla cuando pasa la puerta"

"Eso no lo convierte en un buen hombre", declaró Hannah, y agregó: "Si él no fuera un buen hombre, Janet no se casaría con él".

"No sé si él es bueno o no", dijo Janet.

"Eso también es así", observó Hannah, con aprobación. "No podemos decirlo hasta que lo hayamos intentado, y luego es demasiado tarde para cambiar. Me gustaría verlo, pero supongo que le importaría venir a Fillmore Street”. La diferencia entre la posición social y económica de Ditmar y sus propias y terribles complicaciones sugeridas para su mente. "Supongo que no lo veré hasta después de que te hayas casado, y no mucho más".

"Hay mucho tiempo para pensar en eso, madre", respondió Janet.

"Me gustaría que fuera todo decente y como Dios manda", insistió Hannah. "Podemos ser pobres, pero tenemos un buen stock, como dice tu padre".

"Todo irá bien, el señor Ditmar se comportará como un caballero", le aseguró Edward.

"Pensé que debería hablaros de ello", dijo Janet, "pero no debéis mencionarlo, sin embargo, ni siquiera a Lise. Lise hablará. El señor Ditmar está muy ocupado ahora, no hemos hecho ningún plan".

"¡Ojalá Lise pudiera casarse!" Exclamó Hannah, irrelevantemente. "Ella ha estado actuando tan rara últimamente, no ha sido ella misma en absoluto".

"Ahora, ahí estás, tomando problemas, madre", exclamó Edward. No pudo apartar los ojos de Janet, pero siguió mirándola con benevolencia. Lise se casará algún día. Supongo que no podemos esperar otro señor Ditmar..."

"Bueno", dijo Hannah, "no sirve de nada sentarse toda la noche". Se levantó y besó a Janet de nuevo. "Simplemente no puedo creerlo", declaró, "pero supongo que es así si tú dices que lo es".

"Por supuesto que es así", dijo Edward.

"Quiero que seas feliz, Janet", dijo Hannah...

¿Era así? Su madre y su padre, los enanos y feos alrededores de la calle Fillmore lo hacían parecer una vez más increíble. ¿Y qué dirían si supieran lo que le había sucedido este día? Cuando llegó a su habitación, Janet comenzó a preguntarse por qué se lo había contado a sus padres. ¿No había sido para aliviar su ansiedad, especialmente la de su madre en relación con sus recientes ausencias en el hogar? Sí, eso fue todo, y porque las noticias los harían felices. Y luego la mera afirmación de que ella debía casarse con Ditmar ayudó a hacerlo más real para sí misma. Pero, ahora que la realidad se estaba desvaneciendo de nuevo, no podía llevarla al alcance de su imaginación, su mente se negó a mantener una circunstancia recordada el tiempo suficiente para coordinarla con otra: se dio cuenta de que estaba cansada, demasiado cansada para pensar más. Pero a pesar de su agotamiento, permaneció dentro de ella, poseyéndola, la presencia del hombre que la había despertado a una intensidad de vida hasta entonces inconcebida. Cuando su cabeza tocó la almohada se quedó dormida...

Cuando las campanas y el grito ondulante de la sirena la despertaron, permaneció un rato a tientas en la oscuridad. ¿Donde estaba? ¿Quién era ella? El descubrimiento del hecho de que la uña del dedo medio en su mano derecha estaba rota, le produjo una gran sensación. ¡Se la había roto al intentar salvar algo como un jarrón de rosas! Un jarrón de rosas en una mesa con un paño blanco que Ditmar había volcado. El repentino estallido de este incidente trivial sirvió para restablecer su identidad, para encender una mecha a lo largo de la cual su mente comenzó a correr como un fuego, iluminando en rojo todos los eventos del día anterior. Era dulce mentir así, poseer estos recuerdos preciosos y apasionados de la vida, para sentir que ella se había

entregado irrevocablemente. El deseo de ver a Ditmar la invadió de nuevo: tomaría un tren temprano, estaría en la oficina a las nueve. ¿Cómo podía esperar hasta entonces?

Con un movimiento que se había vuelto habitual, subconsciente, extendió la mano para despertar a su hermana. La frialdad de las sábanas en el lado derecho de la cama le provocó un escalofrío, un escalofrío de miedo.

"¡Lise!" Llamó ella. Pero no hubo respuesta en la oscuridad. Y Janet, temblando, con el corazón latiendo salvajemente, saltó de la cama, buscó las cerillas y encendió el gas. No había rastro de Lise; su ropa, que tenía la costumbre de arrojar sobre las sillas, no estaba a la vista. Los ojos de Janet se posaron en el escritorio, marcó la ausencia de varias chucherías, incluyendo un peine y un cepillo, y con una repentina náusea de aprensión se lanzó al armario y abrió las puertas. En la parte inferior había algunas prendas extrañas, arriba estaba el sombrero con la pluma púrpura, ahora destartalada y desechada, y en los ganchos una falda y una chaqueta que Lise usaba para trabajar en Bagatelle cuando hacía mal tiempo. Eso era todo... Janet se hundió en la mecedora, con las manos juntas, abrumada por la repentina aprensión de la tragedia que había acechado, insospechada, en la oscuridad: una tragedia, no de Lise sola, pero en la que ella misma estaba involucrada de alguna manera. Por qué esto era así, por el momento no podía aclararlo. La habitación estaba fría, estaba vestida solo con un camisón, pero una oleada de calor corría por su cuerpo. ¿Qué debería hacer ella? Ella debía pensar, pero el pensamiento era imposible. Se levantó y cerró la ventana y comenzó a vestirse con una rapidez febril, deteniéndose una y otra vez para permanecer inmóvil. En uno de esos momentos, se le ocurrió un incidente que extrañamente había dejado poca impresión en su momento porque ella, Janet, había sido cegada por la perspectiva de su propia felicidad, ¡esa felicidad que, hace unos minutos, parecía algo tan real y vital! ¡Y fue el recuerdo de este incidente el que de repente arrojó una luz deslumbrante y malvada sobre toda la conducta de Lise durante los últimos meses, la caída accidental del estuche y la moneda de oro! Ahora sabía con certeza lo que le había sucedido a su hermana.

Una vez vestida, entró en la cocina, que estaba caliente, llena de olor a carne frita. Vetas de humo grasiento flotaban fantásticamente debajo el techo, y Hannah, con la sartén en una mano y un tenedor en la otra, se inclinaba sobre la estufa. Un mechón de su escaso y blanquecino cabello se escapó del ridículo nudo de la parte posterior de su cabeza; a la luz del parpadeo del chorro de gas, se veía tan vieja y gastada que una repentina pena golpeó a Janet y la produjo muda lástima por su madre, lástima por sí misma, lástima por

Lise; lástima que le proporcionó una visión asombrosa de la vida misma. Hannah había sido una vez joven, deseable, tal vez, dominada por aquellas fuerzas que la habían influido a ella. Janet se preguntó por qué nunca lo había adivinado antes, y por qué lo había adivinado ahora. Pero fue Hannah quien, mirando hacia arriba y al ver el rostro de Janet, se apresuró a adivinar el presagio y le dio voz al presentimiento que había pesado sobre ella durante muchas semanas.

"¿Dónde está Lise?"

Y Janet no pudo contestar. Ella sacudió su cabeza. Hannah dejó caer el tenedor y el mango de la sartén y cruzó rápidamente la habitación, agarrando a Janet por los hombros.

"¿Se ha ido? Lo supe, lo sentí todo el tiempo. Pensé que ella había hecho algo que temía decirme. Traté de preguntarle, pero no pude, ¡no pude! Y ahora ella se ha ido. ¡Oh, Dios mío, nunca me lo perdonaré!

La vista no acostumbrada de la pena de su madre era terrible. Por un instante, solo ella se aferró a Janet, luego se quedó muda, se sentó en la silla de la cocina y miró fijamente la pared con ojos secos que no veían. Su cara se contrajo. Janet no podía soportar mirarla, ver la tortura en los ojos de su madre. Ella, Janet, parecía haber envejecido repentinamente, haber vivido durante siglos de miseria y tragedia... Fue consciente de un olor acre, fue a la estufa, recogió el tenedor y giró el filete. De vez en cuando miraba a Hannah. La pena parecía haberla congelado. Luego, desde el comedor escuchó pasos, y Edward se quedó en la puerta.

"Bueno, ¿qué pasa con el desayuno?", preguntó. Desde donde estaba, no podía ver el rostro de Hannah, pero gradualmente sus ojos fueron atraídos hacia su figura. Su intuición no era rápida, y algunos momentos pasaron antes de que la rigidez de la pose le impresionara.

"¿Está enferma la madre?", Preguntó vacilante.

Janet fue hacia él. Pero fue Hannah quien habló.

"Lise se ha ido", dijo.

"¿Lise se ha ido?", repitió Edward. "¿Se ha ido a dónde?"

"Se ha marchado, nos ha deshonrado", respondió Hannah, con una voz monótona y apagada.

Edward no parecía entender, y al momento Janet se sintió obligada a romper el silencio.

"No vino a casa anoche, padre".

"¿No ha vuelto a casa? Mebbe ella pasó la noche con un amiga", dijo.

Parecía increíble, en un momento tal, que todavía pudiera tener esperanza.

"No, ella se ha ido, te lo digo, ella está perdida, nunca volveremos a ponerle los ojos encima. Dios mío, nunca pensé que ella hubiera llegado a esto, pero podría haberlo adivinado. ¡Lise! ¡Lise! ¡Pensar que es mi Lise!

La voz de Hannah resonó lastimosamente a través del silencio del apartamento. Tan desgarrador, tan desconsolado fue el grito que uno podría haber pensado que Lise, dondequiera que estuviera, lo habría escuchado. Edward estaba aturdido por el shock, su labio inferior tembló y cayó. Se acercó a la silla de Hannah y le puso la mano en el hombro.

"Ahí, ahí, madre", suplicó. "Si ella se ha ido, la encontraremos, te la devolveremos".

Hannah negó con la cabeza. Apartó bruscamente la silla y, acercándose a la estufa, tomó el tenedor de la mano de Janet y puso el filete en el plato.

“Entra y baja, Edward,” dijo ella. "Supongo que tenemos que desayunar igual, ya se haya ido o no".

Era terrible ver a Hannah, con esa mirada en su rostro, yendo a realizar sus tareas automáticamente. Y Edward, de repente, parecía haber envejecido y quebrado de repente. Su confianza en el mundo, tan asombrosamente conservada a través de tantas vicisitudes, se rompió por fin. Derramó su café cuando trató de beber, y al momento se levantó y vagó por la habitación, buscando su abrigo. Fue Janet quien lo encontró y lo ayudó a seguir adelante. Intentó decir algo, pero al fallar, partió pesadamente hacia la fábrica. Janet comenzó a quitar los platos de la mesa.

“Tú también tienes que comer algo antes de ir a trabajar”, dijo Hannah.

"He tomado todo lo que quiero", respondió Janet.

Hannah la siguió a la cocina. La comida apenas tocada se dejó a un lado, la cafetera se vació, Hannah puso las tazas en el fregadero y dejó correr el agua. Se volvió hacia Janet y tomó sus manos convulsivamente.

"Déjame hacer esto, madre", dijo Janet. Sabía que su madre estaba pensando en que la desgracia de Lise había empañado su alegría, pero soltó sus manos con suavidad y tomó el trapo del clavo del cual colgaba.

"Siéntate, madre", dijo ella.

Hannah no lo haría. Terminaron los platos juntas en silencio mientras la luz del nuevo día entraba por las ventanas. Janet entró en su habitación, la puso en orden, hizo la cama, se puso el abrigo, el sombrero y el impermeable. Luego volvió con Hannah, quien la detuvo.

"¿No va a arruinar tu felicidad?"

Pero Janet no pudo contestar. Besó a su madre y salió a la calle por las escaleras. El día era claro, frío y vigorizante, y en un cielo azul brillaba el sol con un brillo deslumbrante en la nieve, donde el viento del oeste hacía torbellinos de humo blanco, dejando a la deriva delicados diseños festoneados como los impresos por las olas sobre las arenas del mar. A Janet le parecieron odiosamente hermosas. En frente de su tienda, silbando alegremente y trabajando enérgicamente con una pala para limpiar su acera, estaba Johnny Tiernan, la punta de su nariz puntiaguda muy roja por el viento.

"Buenos días, señorita Bumpus", dijo. “Ahora, si solo hubieras esperado un rato, lo habría tenido tan limpio como un salón. Hace buen tiempo para las estufas de carbón".

Ella se detuvo.

"¿Puedo verlo un momento, señor Tiernan?"

Johnny la miró.

"Seguro", dijo. Apoyando su pala contra la pared, abrió galantemente la puerta para que ella pudiera pasar delante de él y luego se dirigió a la parte trasera de la tienda, donde la estufa brillaba hospitalariamente. Colocó una silla para ella. "Ahora, ¿en qué puedo servirte?", preguntó.

"Se trata de mi hermana", dijo Janet.

"¿La señorita Lise?"

"Pensé que podrías saber con qué hombre ha estado saliendo últimamente", dijo Janet.

El señor Tiernan se había preguntado a menudo cuánto sabía Janet sobre su hermana. A pesar de la vergüenza momentánea poco usual en él, el coraje de su pregunta le hizo una fuerte impresión, y sus rápidas simpatías sospecharon la tragedia detrás de la aparente calma. La conocía magníficamente.

“Por qué”, dijo, “he visto a la señorita Lise con un hombre llamado Duval, Howard Duval cuando está en la ciudad. Viaja para una casa de zapatos de Boston, Humphrey y Gillmount.

"Me temo que Lise se ha ido con él", dijo Janet. “Pensé que podrías descubrir algo sobre él y si alguien los había visto. Se fue de casa ayer por la mañana.

Por un instante, el señor Tiernan se quedó en silencio ante ella, con las piernas separadas y los dedos recorriendo su pelo erizado.

—Bien, hizo lo correcto viniendo directamente a mí, señorita Janet. Soy yo quien puede descubrirlo, si alguien puede, y me alegra poder ayudarla. Solo quédate aquí, siéntete como en casa mientras corro y veo a algunos de los chicos. No tardaré mucho.

Agarró su abrigo y se marchó. En ese momento, el sol, brillando en las hojas de hojalata, comenzó a mirar a Janet y se interesó en la tienda, notando sus detalles desordenados, las estufas amontonadas, el banco de trabajo lleno de basura con las tijeras sobre el tornillo. Una vez pensó que Ditmar llegaría a la oficina y se preguntaría qué le había pasado... El sonido de una campana la hizo saltar. El señor Tiernan había regresado.

"Ella se fue con él", dijo Janet, no como una pregunta, sino como una afirmación de un hecho.

El señor Tiernan asintió.

Tomaron el nueve y treinta y seis para Boston ayer por la mañana. Eddy Colahan estaba en el depósito.

Janet se levantó. "Gracias", dijo ella simplemente.

"¿Qué vas a hacer?", Preguntó.

"Voy a Boston", respondió ella. "Voy a averiguar dónde está".

"Entonces soy yo el que va contigo", anunció.

"¡Oh no, señor Tiernan!", protestó ella. "No podía dejarle hacer eso".

"¿Y por qué no?" Exigió. "Tengo un pequeño negocio allí mismo. Estoy orgulloso de ir contigo. Es tu hermana lo que quieres, ¿no?

"Sí."

“Bueno, ¿qué estarías haciendo tú sola, una joven? ¿Cómo vas a encontrar a tu hermana?

"¿Crees que puedes encontrarla?"

"Claro que puedo encontrarla", proclamó, con confianza. Evidentemente, había decidido que el trato casual era lo que exigía el asunto. "¿No soy un buen conocedor de Boston?" Tampoco era completamente desconocido, aunque no lo dijo, a ciertos miembros influyentes de su raza en el departamento de policía de Boston. Sacando un gran reloj de níquel y observando que apenas tenían tiempo para tomar el tren, cerró su tienda y partieron juntos hacia la estación. El señor Tiernan abrió el camino, porque el camino era estrecho. La nieve seca chirriaba bajo sus pies.

Después de acompañarla a un asiento en el tren, él se retiró con tacto al coche de fumadores, para no reunirse con ella hasta que estuvieron en el caballete que cruzaba el río Charles por la Estación del Norte. Durante todo el camino a Boston, se había sentado mirando por la ventana la cegadora blancura de los campos, incapaz de despertarse ante la necesidad del pensamiento, a un grado de sensación acorde con la situación. No sabía qué le diría a Lise si la encontrara; y a pesar de la confianza expresada por el Sr.

Tiernan, las posibilidades de éxito parecían remotas. Cuando el tren comenzó a recorrer los suburbios abarrotados, la ciudad, que se extendía por sus colinas, en lugar de emocionarla, como ayer, con un sentido de dignidad y poder, de oportunidad y emancipación, parecía un laberinto donde el vicio y el crimen y la tristeza se pueden esconder. En frente de la estación, el tráfico ya estaba convirtiendo la nieve en suciedad. Pasaron por el lugar donde, la noche anterior, el carruaje se había detenido, donde Ditmar se había despedido. Algo se agitó dentro de ella, se convirtió en un dolor punzante... Ella le preguntó al Sr. Tiernan qué quería hacer.

"Vamos justo después del hombre, si él está aquí en la ciudad", le dijo. Y subieron a un tranvía, que casi de inmediato se disparó a la oscuridad del metro. Emergiendo en Scollay Square y caminando unas cuantas cuadras, llegaron a una ventana donde se exhibían armas, revólveres y aparejos de pesca, y en la cual estaba pintado el nombre "Timothy Mulally". Entró el Sr. Tiernan.

"¿Está Tim?", Le preguntó a uno de los empleados, quien asintió con la cabeza hacia la parte trasera de la tienda, donde un irlandés de mediana edad, de pelo gris, estaba sentado en un escritorio bajo una luz.

"¿Eres tú, Johnny?", Exclamó, mirando hacia arriba.

"Yo mismo", dijo el Sr. Tiernan. "Y esta es la señorita Bumpus, una joven amiga mía de Hampton".

El señor Mulally se levantó y se inclinó.

"¿Cómo está usted, señora", dijo.

"Tengo un pequeño negocio que hacer por ella", continuó el Sr. Tiernan. "Pensé que podrías ofrecerle una silla y dejarla quedarse aquí, tranquila, mientras yo no estoy".

"Con mucho gusto, señora", respondió el Sr. Mulally, adelantando una silla con presteza. “Siéntese allí cómoda, nadie va a molestarla.”

Cuando, en el transcurso de media hora, el Sr. Tiernan regresó, había una expresión sombría pero triunfante en sus ojitos azules, pero no fue hasta que Janet le agradeció por su hospitalidad y llegaron a la acera que él anunció el resultado de su búsqueda.

"Bueno, lo atrapé. Es una suerte que hayamos llegado cuando lo hicimos, él estaba saliendo a la carretera otra vez, hasta Maine. Sé dónde está la señorita Lise.

“¡Te lo dijo!” Exclamó Janet.

“Me lo dijo, pero no fue ninguna alegría para él. Él solo hacía que farolear al principio. Es fácil asustar a los tipos como él. Estaba tan blanco como su collar antes de que terminara con él. Sabe quién soy, de acuerdo, ha oído hablar de mí en Hampton”, agregó Tiernan, con un indiscutible toque de orgullo.

"¿Qué le dijiste?" Preguntó Janet, con curiosidad.

“¿Decir?” Repitió el señor Tiernan. —No es mucho lo que tenía que decirle, señorita Janet. Estaba listo para ir con el señor Gillmount, su jefe. Supongo que no disfrutará mucho en este viaje".

Ella no pidió más detalles.

CAPÍTULO XIII

Una vez más, Janet y el Sr. Tiernan descendieron al metro y tomaron un automóvil que iba hacia el sur y el oeste, que finalmente salió del túnel hacia una amplia avenida bordeada de tiendas de mala muerte, hoteles y salones, y largas filas de casas y alojamientos. Descendieron en cierta esquina, caminaron un poco por una calle descuidada y triste, y el Sr. Tiernan examinó los números hasta que se detuvo frente a una casa con una cocina en el sótano y escalones de piedra arenisca cubiertos de nieve. Trepando éstos, tiró de la campana, y se quedaron esperando en el crepúsculo de un vestíbulo semicerrado hasta que en ese momento se oyeron pasos en el interior; la puerta se abrió cautelosamente, no más de un pie, pero lo suficiente como para revelar a una mujer en un envoltorio suelto, con una desordenada masa de cabello decolorado y una cara hinchada como un hongo crecido en la oscuridad.

"Quiero ver a la señorita Lise Bumpus", exigió el Sr. Tiernan.

“Te has equivocado de lugar. No hay nadie con ese nombre aquí”, dijo la mujer.

"¡No hay! De acuerdo —insistió él agresivamente, abriendo la puerta a pesar de ella. "Si no dejas que esta joven la vea rápido, habrá problemas para ti".

"¿Quién eres?", Preguntó la mujer, sin vergüenza, pero mostrando signos de miedo.

"No importa quién soy", declaró el Sr. Tiernan. “Lo sé todo sobre ti, y lo sé todo sobre Duval. Si no quieres ningún problema, no lo tendrás y llevarás a esta joven con su hermana. Te espero aquí, señorita Janet”, agregó.

"No sé nada de ella, ella alquiló mi habitación, eso es todo lo que sé", respondió la mujer con tristeza. "Si te refieres a esa pareja que vino aquí ayer"

Giró y abrió el camino escaleras arriba, subiendo lentamente, y Janet la siguió, con náuseas y casi vencida por los malos olores del humo del cigarrillo que, mezclado con el olor del repollo que se alzaba desde abajo, parecía la esencia y el olor de un mal hasta ahora inimaginable. Un terror se apoderó de ella como nunca antes, un impulso casi abrumador de volverse y recuperar el aire y la luz solar del día. En el oscuro pasillo del segundo piso, la mujer llamó a la puerta de una habitación delantera.

"Ella está ahí, a menos que haya salido". ¡Y de hecho se escuchó una voz petulante que exigía lo que se quería! ¡La voz de Lise! Janet vaciló, con la mano en el pomo. Luego, cuando empujó la puerta para abrirla, el olor a humo de cigarrillo se hizo más fuerte, y se encontró en una habitación grande, cuyos detalles se fotografiaron instantáneamente en su mente con las sórdidas paredes de color rojo clarete, el crayón sobre el manto de una dama elegante con un disfraz de escote de los años 90, el abanico que oculta la chimenea, las cortinas de encaje sucias. La cama estaba deshecha, y en la mesa, junto a dos botellas de cerveza y vasos vacíos; entre los restos de una caja de dulces que sugerían una compra de domingo en una farmacia reconoció el estuche de Lise. El efecto de todo esto, asimilado de un vistazo, fue un horror paralizante. Janet no podía hablar. Permaneció mirando a Lise, que no le prestó atención a su entrada, sino que se quedó de espaldas ante un antiguo escritorio con una parte superior de mármol y laterales levantados. Estaba vestida, y comprometida en ajustar su sombrero. No fue hasta que Janet pronunció su nombre que se volvió rápidamente.

"¡Tú!" Exclamó ella. “¿Qué es lo que te trajo aquí?”

"¡Oh, Lise!" Repitió Janet.

"¿Cómo llegaste aquí?" exigió Lise, viniendo hacia ella. "¿Quién te dijo dónde estaba?" ¿Qué negocio tienes para perseguirme así?"

Por un momento, Janet se quedó sin habla una vez más, sorprendida de que Lise pudiera conservar su descaro en una atmósfera así, que pudiera ser insensible a los males que acechaban en esta casa tan reales para Janet que parecía sentirlos en realidad.

"Lise, sal de aquí", suplicó, "¡Ven a casa conmigo!"

"¡A casa!", Dijo Lise, desafiante, y se echó a reír. "¿Por quién me tomas? ¿Por qué me iría a casa cuando he estado tratando de marcharme durante dos años? ¡No soy tan tonta! Vete a casa como una niñita y regresa a Bagatelle y pídeles que te proporcionen otro espectáculo detrás de un mostrador todo el día. ¡Nada! ¡

No hay hogar dulce hogar para mí! Estoy a favor de la calle fácil cuando se trata de una casa como esa".

Sin corazón, tan terrible como era el repudio, en Janet alcanzó una nota autocomplaciente, casi comprensiva. Ella misma se había rebelado contra la monotonía y sordidez de esa existencia. ¡Ella misma! Ella no se atrevió a completar el pensamiento, ahora.

"¡Pero esto!", Exclamó.

"¿Qué le pasa?" exigió Lise. “No es la avenida Commonwealth, pero vence a la calle Fillmore por una milla. No hay ruidos para sacarte de la cama a las seis de la mañana, por una parte. No hay pesados, como Walters, que te molesten todo el día. ¿Cual es el problema con eso?"

Algo en la voz de Lise despertó el espíritu de Janet para luchar.

"¿Qué pasa con eso?", Gritó. "Es el infierno el problema con eso. ¿No puedes verlo? ¿No puedes sentirlo? No sabes lo que significa, o vendrías a casa conmigo".

"Supongo que sé lo que significa tan bien como tú", dijo Lise, con tristeza. "Todos tenemos que croar alguna vez, y preferiría croar de esta manera antes que quedarme asfixiada en Hampton. Conseguiré una carrera por mi dinero, de todos modos.

"No, no sabes lo que significa", repitió Janet, "o no hablarías así. ¿Crees que este hombre te apoyará, se pegará a ti? No lo hará, te abandonará y tendrás que salir a la calle".

Una luz peligrosa creció en los ojos de Lise.

"Es tan bueno como cualquier otro hombre, es tan bueno como Ditmar", dijo. "Son todos iguales para las chicas como nosotras".

El corazón de Janet se detuvo, parecía dejar de latir. ¿Era esto un peligro por parte de Lise, o ella hablaba desde el conocimiento? Y sin embargo, ¿qué importaba si Lise sabía o solo sospechaba, si sus palabras eran ciertas, si todos los hombres eran iguales? ¿Había sido tan engañosa como Lise? ¿Y era la única diferencia entre ellas ahora el hecho de que Lise era capaz, sin ilusión, de ver las cosas como eran, de aceptar las consecuencias, mientras que ella, Janet, había contemplado visiones y sueños? ¿Había alguna elección real entre el lujoso hotel al que Ditmar la había llevado y esta detestable casa? De repente, aparentemente por casualidad, sus ojos se posaron en la caja de caramelos de la farmacia donde se había arrancado la cinta roja barata, que por alguna extraña asociación de ideas sugería y personificaba la excursión del domingo de Lise con una espantosa parodia del viaje maravilloso que ella misma había realizado. ¿Eso había sido el cielo, y esto de Lise, el infierno?... Y ¿La ambición de Lise de apoyarse en la ociosidad y el lujo debía ser condenada porque ella creía que la suya era superior? ¿No conducían ambas a la destrucción? El peso que había recaído sobre su pecho desde que la sirena la había despertado esta mañana y ella había extendido la mano y tocado las sábanas frías y vacías, ahora se volvió casi insostenible.

"Es cierto", dijo Janet, "todos los hombres son iguales".

Lise la estaba mirando fijamente.

"¡Dios mío!", exclamó ella. "¿Tú?"

"Sí, yo", gritó Janet. "¿Y tú qué vas a hacer al respecto? ¿Quedarte aquí con él en este lugar sucio hasta que se canse de ti y te eche a la calle? Antes de dejar que un hombre me hiciera eso, lo mataría.

Lise comenzó a gemir, y de repente hundió la cara en la almohada. Pero una nueva emoción había empezado a tomar posesión de Janet, una emoción tan fuerte que le daba una sensación de desapego inesperada. Y las palabras que Lise había hablado entre sus sollozos al principio no transmitían ningún significado.

"Voy a tener un bebé..."

¡Lise iba a tener un hijo! ¿Por qué no lo había adivinado? ¡Un niño! ¡Quizás ella, Janet, tendría un hijo! Esta información sobre la condición de Lise y la posibilidad que sugería en relación con ella trajo consigo una simpatía abrumadora a la que, al principio, se resintió ferozmente y luego cedió. El vínculo entre ellas, en lugar de romperse, se había fortalecido inexplicablemente. ¡Y Lise, a pesar de su degradación, era más que nunca su hermana! Olvidándose de su repugnancia hacia la cama, Janet se sentó junto a Lise y la rodeó con un brazo.

"Dijo que se casaría conmigo, juró que era rico y que era un derrochador. Y luego, un tipo se me acercó una noche en Gruber y me dijo que ya estaba casado".

"¿Qué?" exclamó Janet.

"¡Por supuesto! Tiene una esposa y dos hijos aquí en Boston. ¡Eso fue un K.O en el veintiún asalto! ¡Tal vez no tenía nada que decirme cuando estallé en Hampton el viernes pasado! Pero dijo que no podía evitarlo. Me amó. Lise se incorporó, aparentemente sintiendo alivio en la relación de sus males, limpiándose los ojos con un pañuelo de encaje barato. —Bueno, mientras estuvo lejos, vino esta cosa. Al principio no sabía qué era lo que pasaba, y cuando lo descubrí estaba muerta de miedo, estaba lista para suicidarme. Cuando le dije que él también estaba asustado, luego dijo que lo arreglaría. Oye, ¡fui una cabra por pensar que se casaría conmigo! ”Lise se rió histéricamente.

"Y luego" Janet habló con dificultad, "¿y luego viniste aquí?"

"Le dije que tendría que ayudarme. Oye, ¡casi se arrodilla, allí mismo, en Gruber! Pero regresó dentro de diez segundos, estaba achispado, por supuesto; estaba allí, era porque me amaba, no podía ayudarse a sí mismo, yo era su chica y todo ese tipo de charla sobre bebés. ”

La manera objetiva de Lise de hablar sobre su seductor sorprendió a Janet.

"¿Lo amas?" Preguntó ella.

"Oye, ¿qué es el amor?" exigió Lise. "¿Alguna vez lo encuentras fuera del cine? ¿Lo amo? Bueno, es un buen mozo y viste elegantemente, no es un idiota, y puede reírse cada minuto. Si no me lo hubiera hecho, no habría estado tan dolorido. Sé que no es tan malo. Es débil, ese es el problema con él".

¡Este fue el clímax! Los procesos mentales de Lise, su tendencia a pasar de la desesperación salvaje al comentario impersonal, su incapacidad; el temperamento de cortesana que le impedían analizar la tragedia por más de un momento, aunque la tragedia fuera suya, eran incomprensibles para Janet.

"Sigue con esto", la interrumpió Lise. “Cuando lo conocí por primera vez, él me contó un cuento de hadas: que ganaba cinco mil al año en Humphrey y Gillmount, que estaba ascendiendo en la firma. Me tenía deslumbrada. Dicen que también es algo hipnotizador como vendedor. Nada era demasiado bueno para mí; me vi con una casa en la avenida de los grandes almacenes y con una limusina. Bueno, se derrumbó, pero no puedo evitar gustarle".

"¡Le gustabas!", Exclamó Janet apasionadamente. "Lo mataría, eso es lo que haría".

Lise la miró con admiración.

"Ahí es donde tú y yo somos diferentes", declaró. "Desearía ser así, pero no lo soy. ¿Y dónde entraría yo? Ahora comprendes porque no puedo volver a Hampton. Incluso si estaba atrapada y lloraba por Bagatelle, no podía regresar".

"¿Qué vas a hacer?" exigió Janet.

"Bueno", dijo Lise, "Tal vez sea porque está asustado, pero también está atrapado por mí. Cuando entraste, solo estaba yendo a la ciudad para comprar un par de zapatos de charol, todos se desgastaron", explicó, torciendo el pie," no son aptos para Boston. Y pensé en mirar blusas, había una oferta que estaba leyendo en el periódico. Digo, es genial estar en la calle, poder permanecer en la cama hasta que estés bien y lista para levantarte e ir de compras, mirar a las chicas detrás del mostrador y preguntar el precio de las cosas. Iré a Walling y me reiré de las vendedoras, eso es lo que voy a hacer".

"¿Pero?" Janet no encontró palabras adecuadas.

Lise la entendió.

"Oh, tengo que ir al médico esta tarde".

"¿Dónde?"

"Al doctor. No me entiendes Es un hospital privado. Lise se estremeció un poco al oír la palabra, pero al instante recuperó su compostura. "Howard lo arregló ayer y dicen que no está muy mal si lo haces pronto".

Por un espacio, Janet se sintió demasiado conmocionada como para responder.

"¡Lise! ¡Eso es un crimen! —Gritó ella.

"¡De crimen nada!", Replicó Lise, e inmediatamente se indignó. “Dime, a veces me pregunto cómo podrías haber vivido todos estos años sin captar algunas cosas. ¿Por quién me tomas? ¿Qué hago yo con un bebé?

¡Qué has hecho! El pensamiento llegó como una avalancha, quitando la apariencia de belleza del mundo, revelando la roca cicatrizada y el suelo aplastado debajo. ¡Esto era realidad! ¿Qué derecho tenía la sociedad a obligar a un niño a nacer a la degradación y la prostitución? ¿Para engendrar, tal vez, otros hijos del sufrimiento? ¿No eran ella y Lise de los explotados, de aquellos engañados y tentados por las cosas hermosas que los más afortunados disfrutaban impunemente? Y ahora, por sus antojos naturales, su familia debía estar en desgracia, ¡debían pagar la pena de los marginados! Ni Lise ni ella habían tenido oportunidades. Ella veía eso, ahora. La ardiente revelación de la injusticia de la vida encendió dentro de ella el fuego de la anarquía y el ansia de venganza. Otras mujeres podrían someterse a ser aplastadas, y drogadas por sobornos; Lise no lo haría. Un deseo salvaje se apoderó de ella para volver a Hampton.

"Dame la dirección del hospital", dijo.

"¡Vete!", Gritó Lise, enojada. "¿Crees que voy a dejarte meterte en esto? Supongo que tienes suficiente que hacer para cuidar tu propio negocio".

Janet sacó un lápiz de su bolso y, al ir a la mesa, arrancó un pedazo del papel en el que había envuelto la caja de caramelos.

"Dame la dirección", insistió ella.

"Dime, ¿qué vas a hacer?"

"Quiero saber dónde estás, en caso de que algo te suceda".

“¡Caso de que pase algo! ¿Qué quieres decir? Las palabras de Janet habían asustado a Lise, la retirada de la oposición de Janet la había desconcertado. Pero, sobre todo, se sintió acobardada por el repentino cambio en la propia Janet, por la actitud de una determinación férrea elocuente de un personaje animoso que las del tipo de Lise eran incapaces de sentir, y que para ellas es por lo tanto incomprensible. "Nada me va a pasar", se quejó ella. "El lugar está bien. Tendría miedo de mandarme allí si no fuera

así". También cuesta algo. Oye, ¿no irás a decirles en casa? ”, Gritó con un nuevo acceso de alarma.

"Si haces lo que te digo, no se lo diré a nadie", respondió Janet, en ese tono extraño e impersonal que su voz había adquirido. Debes escribirme tan pronto como termine. ¿Lo entiendes?"

"Juro por Dios que lo haré", le aseguró Lise.

"Y no debes volver a una casa como esta".

"¿A dónde iré?" Preguntó Lise.

"No lo sé. Lo sabremos cuando llegue el momento", dijo Janet, significativamente.

“¡Lo has visto!” Exclamó Lise.

"No", dijo Janet, "y no quiero verlo a menos que tenga que hacerlo. El señor Tiernan lo ha visto. El señor Tiernan está ahora abajo, esperándome.

"Johnny Tiernan! ¿Está Johnny Tiernan abajo?

Janet escribió la dirección y metió la hoja de papel en el bolso.

"Adiós, Lise", dijo ella. "Vendré de nuevo, vendré cuando quieras". Lise de repente la agarró y se aferró a ella, sollozando. Por un momento Janet se sometió, y luego, besándola, se separó suavemente. De hecho, sentía lástima por Lise, pero algo dentro de ella parecía haberse endurecido, algo que la compasión no podía derretir, la poseyó y puso a la heroína en acción. Aunque no sabía qué acción. Tan fuerte fue esta cosa que venció y expulsó a los espíritus malignos de esa casa oscura cuando ella bajó las escaleras para unirse al Sr. Tiernan, quien abrió la puerta antes que ella se desmayara. Una vez en la calle, respiró profundamente el aire iluminado por el sol. Tampoco observó la mirada de comprensión del Sr. Tiernan... Cuando llegaron a la Estación del Norte, dijo: “¿Va a querer un poco de cena, señorita Janet?", y mientras ella negaba con la cabeza, no la presionó para que comiera. Él le dijo que un tren para Hampton salía en diez minutos. "Creo que me quedaré en Boston el resto del día", agregó.

Ella recordó que no le había dado las gracias, le tomó la mano, pero él la interrumpió.

"Me alegro de haberte ayudado", le aseguró. "Y si hay algo más que pueda hacer, señorita Janet, seguro que llamará a Johnny Tiernan, ¿verdad?"

La dejó en la puerta. Se había entrometido sin ningún consejo, no había ofrecido ningún comentario de que ella había bajado sola, sin Lise. Su confianza en ella nunca parecía haber vacilado. Él había respetado, tal vez en parte había imaginado sus sentimientos, y a pesar de ello ahora, un

sentimiento de gratitud hacia él se apoderó de ella, mitigando la intensidad de su amargura. El señor Tiernan parecía estable en un mundo caótico. Él era un hombre.

Sin embargo, en cuanto estuvo en el tren, se olvidó por completo del señor Tiernan. Hasta el presente, el proceso mental de detenerse en su propia experiencia de los últimos tres meses había sido insoportable, pero ahora podía sentir una satisfacción terrible en la evolución de los paralelismos entre su caso y el de Lise. A pesar del hecho de que los recuerdos que ella había querido ahora se convirtieron en cosas horribles, ella trató de arrastrarlos y compararlos, despiadadamente, con lo que deben haber sido los tesoros de Lise. Ella, Janet, había sido la mayor tonta de las dos, la más imbécil porque se había permitido soñar, creer que lo que había hecho era por amor, por luz. ¡No había escuchado la voz de advertencia dentro de ella! Siempre había sido con los pequeños y no premeditados actos de Ditmar con los que le encantaba quedarse, y ahora, a la luz del testimonio de Lise, de la experiencia de Lise, los veía a todos como falsos. Parecía increíble, ahora, que alguna vez se hubiera engañado pensando que Ditmar quería casarse con ella, que la amaba lo suficiente como para convertirla en su esposa. Tampoco fue necesario convocar y organizar incidentes para apoyar esta opinión, se originaron y se amontonaron unos a otros, una serie de evidencias acumulativas y espantosas, ante las cuales ella se quedó amargamente sorprendida ante su anterior estupidez. Y en los eventos de ayer, que ella revisó sin piedad, vio un plan deliberado y preestablecido para la traición. ¿Si él no hubiera telefoneado a Boston para las habitaciones, habría ensayado en su propia mente cada detalle de lo que había sucedido posteriormente? ¿Había alguna diferencia esencial entre los métodos de Ditmar y Duval? Ambos eran expertos en el mismo arte, y Ditmar era el más inteligente de los dos. Solo había necesitado su reunión con Lise, en esa casa, para darse cuenta de cómo él había traicionado su fe y su amor, la había ensuciado y mancillado. Y luego vino la extraña reflexión, ¡qué extraño que ese mismo domingo hubiera sido tan fatídico para ella y para Lise!

La agonía de estos pensamientos fue mitigada por el odio abrasador que había reemplazado a su amor, el deseo de desquite y venganza. De vez en cuando, sin embargo, esa corriente de consciencia se rompía por el recuerdo de lo que ella había permitido e incluso aconsejado a su hermana que hiciera; y aunque la conciencia del lugar al que Lise iba a acudir la enfermó, logró cierto asombro objetivo por la transformación en sí misma que le permitió respaldar tal rumbo, se alegró de haberlo respaldado, se alegró de que la hija de Lise no naciera en un mundo que había parecido falsamente justo y dulce, y en realidad era oscuro y detestable. Su

aceptación del acto de Lise era función del odio que la consumía, un odio que, creciendo, había hecho a Ditmar simplemente la personificación de ese mundo. De vez en cuando apretaba las manos, fruncía el ceño, le recorrían poderosas oleadas de calor, el deseo de acción se hacía tan intenso que apenas podía abstenerse de levantarse en su asiento.

Por algún extraño capricho del clima, el viento había retrocedido hacia el este, reuniendo las nubes una vez más. La brillantez de la mañana había dado lugar al gris, las altas rendijas de las ventanas parecían más sucias que nunca cuando el tren se detuvo en la estación de Hampton, envuelto en una oscuridad gótica. Al salir del tren, Janet se dio cuenta de la presencia en la plataforma de un número inusual de personas; se preguntó vagamente, mientras se abría paso a través de ellas, ¿por qué estaban allí, de qué estaban hablando? Una determinación la poseía, ir a Chippering Mill, a Ditmar. Saliendo de la calle, comenzó a caminar rápidamente; el cambio de la inacción al ejercicio le brindó cierto alivio, comenzó su mente a trabajar, despertando en ella la realización de la necesidad de estar preparada para la reunión. Por lo tanto, en lugar de girar en la calle Faber, ella la cruzó, pero en la esquina de la plaza se detuvo, atraída su mirada por una masa oscura de personas que llenaba el final de la calle Hawthorne, donde estaba bloqueada por la fachada de color ladrillo del telar Clarendon. En la media distancia, hombres y muchachos corrían para unirse a esta multitud. Una chica, evidentemente una trabajadora irlandés-estadounidense del tipo mejor pagado, se apresuró hacia ella desde la dirección de la propia fábrica. Janet la abordó.

"Es la huelga", explicó emocionada, evidentemente sorprendida por la pregunta. “Los polacos y los italianos y muchos otros extranjeros estallaron cuando recibieron sus sobres; pararon sus telares y comenzaron a atravesar las fábricas, y cuando entraron en nuestra dependencia, me fui. No quería tener problemas con ellos. Es por la ley de cincuenta y cuatro horas por lo que reducen la paga. Has oído hablar de eso, supongo.

Janet asintió.

"Tuvieron una gran reunión masiva anoche en Maxwell Hall", continuó la niña, "los extranjeros no los trabajadores cualificados. Y votaron a favor de la huelga. Me dicen que también están parando en la Patuxent.

"¿Y el Chippering?" Preguntó Janet, con entusiasmo.

"No sé, creo que se extenderá a todas las fábricas, la forma en que estos extranjeros lo están haciendo es una locura". “Pero diga", agregó la niña,

"tampoco está bien reducir nuestro salario, ¿verdad? No lo hicieron hace dos años, cuando la ley se redujo a cincuenta y seis".

Janet no esperó a contestar. Mientras escuchaba esta explicación, la emoción había vuelto a crecer en ella, y una fuerza de atracción temerosa y abrumadora que emanaba de ese enjambre en la distancia la atrajo hasta que cedió, casi corriendo a través de las filas de viviendas italianas en su extraño entorno de nieve sin hacer una pausa hasta que llegó a la frutería donde ella y Eda habían comido las aceitunas. Ahora estaba en el exterior de la multitud que se amontonaba contra las puertas del Clarendon. Se extendía por todo el ancho de East Street, aumentando de tamaño cada minuto, hasta que al momento se vio rodeada. Aquí y allá surgieron gritos y vítores en respuesta a oradores invisibles que se enfrentaban a sus audiencias en lenguas raras y extranjeras; se agitaban pequeñas banderas americanas; y de repente, en uno de esos movimientos imprevistos e incomprensibles a los que están sujetas las masas, un tranvía parado al final de la pista de la calle Hawthorne estuvo rodeado, el repiqueteo desesperado de su campana seguía el ritmo del latido del corazón de Janet. Un siciliano oscuro, que sostenía en alto la bandera verde, roja y blanca de Italia, saltó sobre la plataforma trasera y comenzó a hablar, el conductor eslavo lo estaba mirando estúpidamente, tirando del cordón de la campana al mismo tiempo. Tres o cuatro policías se abrieron camino hasta el lugar, luchando por despejar las vías, desconcertados e impotentes ante la multitud extranjera, cada vez más consciente de su poder.

Janet se abrió camino más y más profundamente entre la multitud. Quería disfrutar al máximo de su ira y del peligro, rendirse para ser tocada por estos exhortadores de barba rechoncha, cuyos tonos amenazadores y gestos apasionados, cuyas palabras salvajes y musicales le resultaban atractivos, solo porque no los entendía; despertando en ella débiles sugerencias de una experiencia no propia, pero a la que ahora estaba convocada para compartir de alguna manera. Que estos eran los intrusos a quienes ella, como nativa americana, había resentido y despreciado alguna vez no se le ocurrió. El sentido racial tan fuerte en ella se ahogó en un sentido de compañerismo. Su ira parecía encarnar y expresar, como nada más podría haber hecho, la revuelta y la babel a la que escuchaba que había estado aumentando y aumentando dentro de su alma. No fue una confusión de lenguas, sino una sola voz levantada para proclamar los males de todos los engañados, de todos los explotados y oprimidos. Estaba fusionada con ellos, su causa era su causa, los traidores de ellos eran los traidores de ella.

De repente, se oyó el grito que ella había estado esperando tensa pero inconscientemente. Otro grito como ese había sonado en otra turba a través

de los mares más de un siglo antes. "¡A la Bastille!" Se convirtió en "¡Al Chippering!". Un hombre lo gritó en un inglés agudo, cientos lo repitieron; el siciliano saltó del tranvía, y su camino pudo ser seguido por el agitado progreso de la bandera extranjera que llevaba. "¡Al Chippering!" Sonó en los oídos de Janet como una llamada a la batalla. ¿Ella también lo estaba gritando? Una emoción eléctrica corrió a través de la multitud, un impulso que galvanizó sus rostros y comenzó a caminar por East Street hacia el canal, y Janet fue conducida irresistiblemente. Parecía como si la fuerza que segundo a segundo ganara impulso estuviera en ella, que ella misma la había desencadenado y la estaba guiando. Sus pies estaban mojados mientras atravesaba la nieve pisoteada, pero ella no pensó en eso. El olor de la humanidad estaba en sus narices. A la izquierda, un judío demacrado presionó contra ella; a la derecha, una mujer rutena, con una mano agarraba su chal y con la otra sostenía en alto un emblema en miniatura de la libertad del Nuevo Mundo. Sus ojos estaban fijos en los cielos grises, y de vez en cuando sus labios estaban separados en algún extraño canto ancestral que se podía escuchar por encima de los gritos. Todo sobre Janet eran rostros oscuros, que despertaban...

[Los rutenos son los antepasados de los pueblos eslavos orientales modernos]

Un estadounidense, un graduado de la universidad, se quedó mirando hacia abajo desde un punto sobre esta escena. Ignoraba la antropología, la psicología y los fenómenos del medio ambiente; pero los fragmentos de "conocimiento" que él encarnó en un artículo de un periódico compuesto esa noche se pegaron a su cerebro. No era el anglosajón, lamentó, el que solía dirigir su rebelión. Estos checos y eslavos, hebreos, latinos y hunos podrían haber sido adecuadamente vestidos con las pieles que vestían las hordas de Atila. ¿No habían sido atraídos aquí por el renombre de la riqueza de la República? ¿Y en qué se diferenciaban esencialmente de los otros bárbaros ante cuya mirada aturdida y lujuriosa se habían elevado los palacios relucientes en las colinas del Tíber? ¡El botín de roma! ¡El botín de América! Se le aparecieron bestias feroces y atrevidas cuando irrumpieron en el almacén de madera que había debajo de su ventana para arrancar el cordón de la pila de madera y salir corriendo, armados con palanquillas...

Janet, en la corriente principal que barría irresistiblemente por el centro de la calle, fue llevada más allá del almacén de madera hacia la estrecha carretera al lado del canal para encontrarse a sí misma envuelta en la congestionada masa

frente al puente que conducía a las puertas de Chippering Mill. Al otro lado del agua, sobre el zumbido enojado de voces humanas se podía escuchar el zumbido de los telares, provocando a la multitud a un tono más alto de furia. El alto fue solo por un momento. El puente se sacudió bajo el peso de su carga, que maltrataba las grandes puertas, que corría a lo largo de las pistas cubiertas de nieve por la pared de la fábrica. Algunos, en un frenesí de pasión, lanzaron troncos contra las ventanas; otros se detuvieron, aparentemente para medir la distancia y la fuerza del golpe, prestando así a su acto un significado más terrible y deliberado. Un grito de triunfo anunció que las puertas, como una presa rota, habían cedido, y el torrente se derramó entre los postes, inundando el patio, subiendo las escaleras de las torres y extendiéndose a través de los compartimentos de los telares. Más ominoso que el tumulto parecía el silencio comparativo que siguió a esta absorción de los espíritus enojados de la multitud. Poco a poco, a medida que se apagaba la alimentación, se calmaba el latido antifonal de los telares. Parada contra el parapeto sobre el canal casi en el mismo lugar donde, la primera noche, había conocido a Ditmar Janet esperaba su oportunidad de cruzar. Cada ventana que se rompía, cada golpe rotundo en los paneles le daba un feroz latido de alegría. Ella no había esperado que las puertas de su padre cedieran, debió haberlas asegurado incorrectamente. Alcanzando el lado más alejado del canal, ella lo percibió aplastado contra la pared de la puerta de entrada, agitando su puño en las caras de los intrusos, que corrían junto a él sin prestarle atención. Su mirada la detuvo. Su rostro estaba lívido, sus ojos estaban rojos de ira; él quedó transformado por una pasión que ella no le había creído poseer. De hecho, lo había oído desahogar una indignación mitigada contra los extranjeros en general, pero ahora el americanismo de la vieja escuela en que se había criado, el americanismo de los derechos individuales, el respeto por la convención de la propiedad, había surgido repentinamente en llamas. Estaba dispuesto a luchar por ello, a morir por ello. Las maldiciones que arrojó a estas personas sonaban blasfemas en los oídos de Janet.

“¡Padre!” Gritó ella. "¡Padre!"

Él la miró sin comprender, aparentemente no reconociéndola.

"¿Qué estás haciendo aquí?" Exigió él, agarrándola y tratando de atraerla a la pared a su lado. Pero ella se resistió. De sus labios brotó una pregunta no premeditada: "¿Dónde está el señor Ditmar?" Ella estaba, de hecho, sorprendida de haberlo preguntado.

"No lo sé", respondió Edward distraídamente. "Lo hemos estado buscando por todas partes. ¡Dios mío, pensar que esto debería suceder conmigo en las

puertas! ”, Se lamentó. Ve a casa, Janet. No puedes decir qué sucederá, qué harán estos demonios, puedes salir herida. No tienes ningún interés aquí. Al ver a un policía tardío y sin aliento, se apartó de ella con desesperación. ¡Sácalos! Por el amor de Dios, ¿no puedes sacarlos antes de que arruinen las máquinas?

Pero Janet no esperó más. Empujándose frenéticamente a través de las personas que llenaban el patio, subió las escaleras de la torre y se dirigió a una de las habitaciones giratorias. Los marcos se detuvieron, el capataz y el segundo, apartados, mirados sin poder hacer nada mientras los intrusos arengaban, persuadían o amenazaban a los operarios, algunos de los cuales estaban acobardados y ya partían; otros, hoscos y resentidos, permanecieron de pie en los pasillos; y otros parecían haber captado el contagio de la huelga. De repente, con golpes reverberantes, las campanas del molino sonaron, los gongs eléctricos parlotearon, la sirena chilló, ahogando las voces. Janet no se detuvo, sino que se apresuró de habitación en habitación hasta que, al pasar por una puerta abierta en el departamento de tejido, se topó con el Sr. Caldwell. Se detuvo un momento, sorprendido de encontrarla allí, llamándola por su nombre. Ella se aferró a su manga, y de nuevo le hizo la pregunta:

"¿Dónde está el señor Ditmar?"

Caldwell negó con la cabeza. Su respuesta fue la misma que la de Edward. "No lo sé", gritó con entusiasmo por encima del ruido. "Tenemos que sacar a esta gente antes de que hagan daño".

Se apartó, ella lo vio departiendo con el supervisor, y luego continuó. Recordó que estas escaleras de la torre conducían a un patio que se comunicaba por una pequeña puerta con la entrada de la oficina. La puerta del vestíbulo estaba cerrada, pero el vigilante, Simmons, reconociéndola, le permitió entrar. Las oficinas estaban desiertas, silenciosas, porque las campanas y la sirena ya habían cesado su clamor; los taquígrafos y los oficinistas se habían ido. El día se acercaba a su fin, las sombras se reunían en los rincones de la habitación de Ditmar cuando llegó al umbral y miró a su alrededor los objetos tan conmovedoramente familiares. Ella se quitó el abrigo. Su escritorio estaba lleno de libros y papeles, y ella comenzó, mecánicamente, a ponerlo en orden, reemplazando los libros de horarios en los estantes, clasificando las letras y colocándolas en la canasta. Ella misma no pudo haber dicho por qué debería retomar estas tareas triviales como si no hubieran intervenido eventos cataclísmicos para dividir para siempre el mundo de ayer y el de mañana. Con un movimiento sugestivo de ternura, estaba recogiendo la pluma de Ditmar para colocarla en el estante de cristal cuando

su oído captó el sonido de voces, y se quedó paralizada, escuchando con atención. Hubo pasos en el pasillo, las voces se acercaron; una, ruidosa y enojada, la detectó por encima de las demás. ¡Era de Ditmar! ¡Nada le había pasado! Dejando caer la pluma, se acercó a la ventana, contemplando las aguas grises, temblando tan violentamente que apenas podía pararse.

No miró a su alrededor cuando entraron en la habitación Ditmar, Caldwell, Orcutt y, evidentemente, algunos vigilantes y supervisores. Alguien encendió el interruptor eléctrico. Ditmar continuó hablando en tonos vehementes de rabia incontrolada.

"¿Por qué demonios no estaban cerradas esas puertas?" Exigió. "¡Eso es lo que quiero saber! Hubo mucho tiempo después de que doblaron la esquina de East Street. Usted podría haber adivinado lo que harían. Pero en lugar de eso, dejó que entrasen en la fábrica para apagar la potencia e intimidar a nuestra propia gente". Llamó a los huelguistas un nombre inimprimible, y aunque Janet estaba de pie, con la espalda vuelta, directamente delante de él, no dio señales de ser consciente de su presencia.

"No fue culpa del portero", escuchó a Orcutt responder en un tono temblando de emoción y temor. "Realmente no nos dieron una oportunidad, esa es la verdad. Estaban en la calle Canal y sobre el puente antes de que lo supiéramos.

"Es como lo he dicho cientos de veces", replicó Ditmar. "No puedo darme el lujo de dejar esta fábrica ni un minuto, no puedo confiar en nadie" y estalló en otra diatriba contra los intrusos. "Por Dios, yo arreglaré esto, los aplastaré. Y si alguno de los operarios trata de salir de aquí, veré que se mueran de hambre antes de que reingresen. Después de todo lo que hice por ellos manteniendo la fábrica en tiempos difíciles solo para darles trabajo. Si me abandonan ahora, cuando tengo este pedido de Bradlaugh en mis manos..." El discurso se convirtió en una expresión inadecuada de sus sentimientos, y de repente su mirada cayó sobre Janet. Ella se había vuelto, pero su mirada no le causó ninguna impresión. "Llamen al jefe de policía", dijo.

Automáticamente, ella obedeció, se conectó y le entregó el receptor, mientras él denunciaba la incompetencia del departamento por permitir que la chusma se reuniera en East Street y exigía a los oficiales. Las venas de su frente se hincharon cuando cortó las explicaciones del funcionario y pidió hablar con el Ayuntamiento. Al concertar una cita con el alcalde, reflexionó sobre la gestión del gobierno de la ciudad. Y cuando Janet, por su comando, obtuvo la oficina de Boston, le dio al tesorero de la fábrica un relato acalorado de los sucesos de la tarde, explicando de manera circunstancial cómo, en su ausencia en una conferencia en el taller de Patuxent, la gente se había reunido

en East Street y había atacado Chippering; e instó al tesorero a no perder tiempo en obtener una fuerza de detectives, y asegurar en Boston y Nueva York a todos los operarios que pudieran ser contratados, para romper la huelga. Excepto por esta revuelta inoportuna e irrazonable, que estaba empeñado en erradicar, para Ditmar el mundo de hoy era precisamente el mismo mundo que había sido el día anterior. A Janet le parecía increíble que pudiera verlo así, que fuera tan ciego al hecho de que estos trabajadores a los que estaba determinado a morir de hambre y a aplastar si se atrevían a alterar sus planes y oponerse a su voluntad eran seres humanos con voluntades, pasiones y quejas propias. Hasta hoy sus ojos habían sido sellados. En agonía se habían abierto al panorama del dolor y el sufrimiento, de la pasión y el mal; y lo que ella veía ahora como la vida era una crueldad vasta y terrible. Solo había necesitado esta prueba final para convencerse de que, a sus ojos, ella también era una de las personas que se traían al mundo para proporcionarle placer y beneficio. Él le había quitado, como la hierba, la cosa más preciosa que una mujer tiene para dar, y ahora estaba aquí de nuevo a su lado, por un impulso incomprensible para ella misma, ¡a pesar del mal que la había hecho! Lo había buscado en el peligro, él no había pensado en ella, ni usado una palabra para ella, no le importaba nada la ayuda que pudiera darle, él no percibía la nueva luz que se había roto dentro de su alma... La comunicación telefónica parecía interminable, pero ella esperó con una extraña paciencia mientras él habló con el Sr. George Chippering y dos de los directores más influyentes. Estas conversaciones habían cubierto el espacio de una hora o más. Y tal vez como resultado de la auto sugerencia, de sus reiteradas seguridades al Sr. Temple, al Sr. Chippering y a los directores de su capacidad para controlar la situación, la confianza habitual de Ditmar en sí mismo se restableció gradualmente. Y cuando por fin colgó el instrumento y se volvió hacia ella, aunque todavía furioso contra los huelguistas, su voz traicionó la alegría de la batalla, la seguridad de la victoria.

"No pueden engañarme, tendrán que adivinar otra vez. Es ese maldito Holster que no tiene agallas y cedería ante ellos ahora mismo si lo dejara. Es increíble la forma en que les entregó el Clarendon. Le mostraré cómo manejarlos cuando aparezcan aquí mañana por la mañana".

¡Estaba tan maravillosamente seguro de su simpatía! Ella no contestó, pero recogió su abrigo de la silla donde lo había dejado.

"¿A dónde vas?", exigió. Y ella respondió lacónicamente, "casa".

"Espera un minuto", dijo, levantándose y dando un paso hacia ella.

"Tienes una cita con el alcalde", le recordó.

"Lo sé", dijo, mirando el reloj sobre la puerta. "¿Dónde has estado? ¿dónde estabas esta mañana? Estaba preocupado por ti, temía que pudieras estar enferma".

“¿Estabas?” Dijo ella. "Estoy bien. Tenía negocios en Boston".

"¿Por qué no me llamaste? ¿En Boston? —Repitió.

Ella asintió. Él comenzó a avanzar de nuevo, pero ella lo evitó.

"¿Qué pasa?", gritó. "He estado preocupado por ti todo el día hasta que esta maldita huelga se desató. Tenía miedo de que algo te hubiera pasado".

"Podrías haberle preguntado a mi padre", dijo ella.

"¡Por el amor de Dios, dime cuál es el problema!"

Su deseo por ella aumentó a medida que se convencía de que algo había perturbado una relación de la que él mismo se había felicitado, después de que se hubieran establecido muchas vicisitudes y ansiedades. Sin embargo, era consciente de su irritación porque esta queja caprichosa e imprevista debería haberse desarrollado en el momento en que el capricho de sus agentes amenazó con interferir con sus preciados planes, midiendo las inconsistencias de la humanidad por el criterio de sus deseos. Su pregunta sobre por qué no había preguntado a su padre añadió un nuevo elemento a su inquietud. Mientras estaba de pie, preocupado, exasperado y perplejo, tardó en darse cuenta del hecho de que había en su actitud algo siniestro, peligroso. Sus facultades no estaban preparadas para el golpe que le dio.

“¡Te odio!” Dijo ella. No levantó la voz, pero la convicción deliberada y concentrada que puso en la oración le produjo la calidad dinámica de una bala. Y, salvo por el impacto que tuvo antes de que él rechazara físicamente su importancia, quedó momentáneamente sin sentido.

"¿Qué?", Exclamó, estúpidamente.

"Podría haber sabido que nunca quisiste casarte conmigo", continuó. Sus manos estaban ocupadas con los botones de su abrigo.

"Todo lo que quieres es usarme, disfrutarme y rechazarme cuando te canses de mí como lo hiciste con otras mujeres". Es lo mismo con los trabajadores, no son seres humanos para ti, son ganado. Si no hacen lo que te gusta, los rechazas; dices que pueden morir de hambre por todo lo que te importa.

"Por el amor de Dios, ¿qué quieres decir?", Exigió. —¿Qué te he hecho, Janet? ¡Te amo te necesito!"

“¡Amarme!” Repitió ella. "Sé cómo los hombres de tu tipo aman, lo he visto, lo sé. Mientras te dé lo que quieres y no te moleste, me amas. Y sé cómo se sienten estos trabajadores”, exclamó con repentina y apasionada

vehemencia. “Nunca lo supe antes, pero ahora lo sé. "He estado con ellos, marché con ellos desde el Clarendon cuando se abrieron paso por las puertas y rompieron tus ventanas y también quería romper tus ventanas, hacer volar tu fábrica".

"¿Qué estás diciendo? ¿Viniste aquí con los huelguistas? ¿Estabas con esa chusma?”preguntó Ditmar, asombrado.

"Sí, estaba con esas personas. Yo pertenezco allí, con ellos. Ya te dije que no pertenezco aquí, contigo. Pero yo era un tonta incluso entonces, temía que te hicieran daño, entré al molino para encontrarte y tú actuaste como si nunca me hubieras visto antes. Fui una tonta, pero me alegro de haber venido. Me alegro de haber tenido la oportunidad de contarte esto".

"Dios mío, ¿no confiarás en mí?", le rogó, con un tremendo esfuerzo para recuperarse. "Ayer confiaste en mí. ¿Qué ha pasado para que cambies? ¿No me lo dirás? No he hecho nada, lo juro. ¿Y a qué te refieres cuando dices que estabas con esa chusma? Estaba casi loco cuando regresé y descubrí que habían estado aquí en esta fábrica, ¿no entiendes? No es que no haya pensado en ti. Me he estado preocupando por ti todo el día. Mira esto con sensatez. Te amo, no puedo arreglármelas sin ti, me casaré contigo. Dije que lo haría, quise decir que me casaré contigo tan pronto como pueda limpiar este desastre de huelga. No tardará mucho.

"¡No me toques!", ordenó ella, y él retrocedió de nuevo. "Te diré dónde he estado, si quieres saber, he estado viendo a mi hermana en una casa, en Boston. Supongo que sabes a qué tipo de casa me refiero, has estado en ellas, les has llevado mujeres, como el hombre que la llevó allí. ¿Te casarías conmigo ahora sabiendo lo de mi hermana? ¿Y soy diferente de ella? Tú me has hecho igual que ella. Su voz se había roto, ahora, en un llanto furioso e incontrolado al que ella no prestó atención.

Ditmar estaba aturdido; Solo podía mirarla fijamente.

"Si tengo un hijo", dijo, "te mataré, me mataré".

Y antes de que él pudiera responder, si hubiera podido responder, ella había dejado la oficina y estaba corriendo por las escaleras...

CAPÍTULO XIV

¿Qué le estaba pasando a Hampton? ¡Cientos de ignorantes extranjeros, insatisfechos con el dinero en sus sobres de paga, salieron del Clarendon Mill y atacaron el Chippering y he aquí que la venerada estructura del gobierno estadounidense había temblado y caído como un paquete de cartas. A pesar de las febriles garantías en el *Banner "extra"* de que la perturbación era meramente local y temporal, los ciudadanos sólidos se asustaron, aprehendiendo vagamente la liberación de fuerzas elementales hasta ahora desconocidas y no reconocidas. ¿Quién iba a decirles a estos hombres de negocios sólidos y educados que la loca industrial Babel a la que habían criado, y en la que inconscientemente moraban, ya no era el edificio simple que pensaban? ¿Esa "Autoridad", deletreada con una letra capital, era cosa del pasado? ¿Los instintos humanos reprimidos se convierten en explosivos para desplazar los estratos de la civilización y cambiar la faz del mundo? ¿Que las convenciones e instituciones, leyes y decretos se derrumban ante el torbellino de las pasiones humanas? ¿Que su ciudad no era de especial importancia sino universal? ¿Y cómo eran estos, que todavía creían estar viviendo bajo la antigua dispensación, para comprender que los entornos cambian, y el cambio exige nuevas y terribles filosofías? Cuando cayó la noche de aquel fatídico martes, la voz del sindicalismo se había alzado en un templo dedicado a la libertad burguesa anglosajona, el Ayuntamiento de Hampton.

Solo por una noche y un día, la rebelión careció tanto de un líder como de una filosofía. Mientras tanto, en obediencia al instinto infalible del drama peculiar de los grandes diarios metropolitanos, los corresponsales de los periódicos bajaban de cada tren, entrevistando a funcionarios y miembros de sindicatos y gerentes de las fábricas; entrevistando a Claude Ditmar, el hombre más fuerte de Hampton ese día. Al menos sabía lo que debía hacerse, e incluso antes de que su sirena rompiera el silencio de la mañana en términos vigorosos y enfáticos, había informado al Alcalde y al Consejo de su deber obvio. Estos huelguistas eran siervos, escoria no organizada; los sindicatos respetables se mantenían alejados de ellos. Aquí, en efecto, estaba su argumento: una fuerte demostración de fuerza era imperativa; si la policía y los diputados eran insuficientes, solicitar al Gobernador que llame a la milicia local; pero, sobre todo, no perder el tiempo, arrestar a los cabecillas, a los

conspiradores, romper todas las reuniones, mantener las calles despejadas. Exigió de la ley la protección de su propiedad, la protección de aquellos cuyo derecho a continuar en el trabajo era inalienable. Fue escuchado con simpatía y respeto ¡pero no se hizo nada! ¡El mundo se había vuelto del revés si el gobierno de la ciudad de Hampton se negaba a seguir el consejo del regente de Chippering Mill! ¡Las instituciones americanas eran un fracaso! Pero tal era el hecho. Algún temor sin nombre, superando su miedo a las represalias del Capital, poseía a estos hombres, los hizo apáticos, abandonando su deber obvio.

A la débil luz gris de aquella amarga mañana de enero, Ditmar se dirigió a la fábrica. En la calle Faber, figuras oscuras revoloteaban silenciosamente sobre la blancura fantasmal de la nieve y se reunían en grupos en las esquinas; buscando evitar esto, otras figuras se apresuraron a lo largo de las aceras cerca de los edificios, para ser detenidas, acosadas, suplicadas con amenazas, tal vez. ¡Los piquetes ya habían comenzado! El efecto de esta pantomima de la lucha eterna por la supervivencia que al principio vio desde la distancia, era exagerar espantosamente el vacío de la ancha calle, enfatizar la ausencia de compradores y vehículos; y una oscuridad azulada acechaba en las tiendas, cuyas ventanas de cristal estaban escarchadas en diseños pintorescos. ¿Dónde estaba la policía? No era miedo lo que sentía Ditmar, estaba galvanizado y dominado por la ira, por un abrumador deseo de acción; el combate físico le habría brindado alivio, y mientras aceleraba sus pasos, ansiaba apoderarse con sus propias manos de estos extranjeros que se habían atrevido a interferir con sus preciados planes, que habían tenido la audacia de desafiar los principios de un gobierno que les daba la bienvenida a sus orillas. Le habría gustado retorcerles el cuello. Su filosofía, también, era ambiental. Y debajo de esta ira, estimulándola y energizándola más, estaba el dolor en su alma por la pérdida por la que responsabilizó a estos enemigos. Hace dos días, tanto la felicidad como los logros habían estado a su alcance. ¡La única mujer que ahora parecía que él siempre había querido! ¿Qué había sido de ella? ¿Qué impulso oscuro y apasionado la había llevado de repente a desafiarlo y abandonarlo, a unir su suerte con la de estos extranjeros insensatos? Cien veces durante las agitadas horas de inactividad de una noche de insomnio, se había entrometido esta pregunta en medio de sus planes para romper la huelga, mientras repasaba, palabra por palabra, acto por acto, esa revuelta casi incomprensible que había producido tan velozmente un golpe del destino final y vengativo como esa otra revuelta de los trabajadores. En unos momentos se confundió, incapaz de separar a los dos. Vio su fuego en ese otro... Su hermana, había dicho ella, había sido

deshonrada; ella le había desafiado a casarse con ella ante esa degradación y esto de repente lo había enfermado. Él la había dejado ir. ¡Qué tonto había sido para dejarla ir! ¡Si hubiera sido ella misma! No terminó este pensamiento. A lo largo de la larga noche, supo con certeza que esta mujer era una parte vital de él, la llama de su llama. Si nunca la hubiera visto, habría luchado contra estos huelguistas hasta arrodillarlos, pero ahora se ha duplicado la fuerza de este incentivo. Él nunca cedería hasta que los hubiera aplastado, hasta que la hubiera reconquistado.

Se estaba acercando a uno de los grupos de huelguistas e inconscientemente redujo sus pasos. El blanco de sus ojos se enrojeció. La gran capa de piel dorada que llevaba le daba a su aspecto una calidad añadida de excelencia. Hubo algunos que se dispersaron a medida que se acercaba, y de los espíritus menos tímidos que quedaron solo unas pocas miradas hoscas y sombrías se alzaron para encontrarse con la suya, que era inquebrantable, apasionadamente despectiva. A lo largo de las innumerables generaciones que los antecedían, el instinto de sumisión había desempeñado su papel dominante, filogenético. Él era el Jefe. El viaje a través de los mares no había cambiado eso. Unos cuantos temblaron, no solo porque estaban muy delgados. Siguió caminando, lentamente, pasando a otros grupos, dobló la esquina de West Street, donde los grupos eran más numerosos, mientras que el número de los que corrían, en cambio, había aumentado. Y escuchó, dos o tres veces, la palabra ¡"Scab”! [Esquirol, rompehuelgas]". Gritó amenazadoramente. Sus ojos se volvieron más rojos aún cuando vio a un policía parado en una puerta.

"¿Por qué demonios no cumples con tu deber?" Exigió. "¿Qué significa dejar de interferir a estos trabajadores?"

El hombre se estremeció. Se disculpó. "Mientras sean pacíficos, Sr. Ditmar… son mis órdenes. Trato de mantenerlos en movimiento".

"¿Tus ordenes? Sois un montón de malditos cobardes", respondió Ditmar, y continuó. Hubo murmullos; reunidos, estos esclavos eran más audaces; y el hambre y el frío, el desaliento por no poder detener el flujo hacia los telares estaba teniendo su efecto. Por el canal congelado, donde la escena de la embestida de ayer, la multitud se había vuelto relativamente gruesa, y en la esquina de la casa de huéspedes, Ditmar se detuvo un momento, inadvertido, salvo por unos pocos que se dieron un codazo y murmuraron. No les prestó atención, estaba tratando de hacer una estimación del efecto del piquete en sus propios operarios. Algunos venían con pasos tímidos; otros, en su mayoría mujeres, corrían bastante; otros más se paraban, casi desafiantes, y eso lo marcó. Hubo quienes, cuando los piquetes los sujetaban por la manga, se

separaban precipitadamente, y los que dudaban, escuchaban con rostros preocupados, con sentimientos desgarrados entre el temor del hambre por ellos mismos y sus hijos y la simpatía por la revuelta. Un pequeño número se unió a las filas de los piquetes. Ditmar se elevó por encima de estos extranjeros, que en su mayoría eran de tamaño insuficiente: un estudiante de la naturaleza humana y la civilización, libre de complejos industriales, desde ese punto de vista tendría mucho que reunir a partir de las expresiones que se le presentaron, pero para Ditmar la humanidad era un medio para un fin. De repente, desde las cúpulas sobre la almena de la fábrica, las campanas rompieron el aire de la mañana, el resto de los trabajadores se apresuró a cruzar el canal y las vigiladas puertas, que se cerraron instantáneamente. Ditmar se quedó solo entre los huelguistas. A medida que avanzaba hacia el puente, hicieron un carril para que pasara; uno o dos se apartaron de su camino. Pero hubo murmullos, y desde la acera oyó a un hombre maldecirlo.

Quizás comprendamos algún día que el cuerpo social, también, está sujeto a la operación de causa y efecto. No era lo que una ortodoxia ingenua manteniendo vivo el destino de la antigua ciudad de la que Lot huyó, llamaría ira del cielo lo que visitó Hampton, aunque un sermón en esta línea fue entregado desde más de uno de sus púlpitos el domingo siguiente. Supongamos, más bien, que un sistema social decrépito en un momento de baja vitalidad se convierte en una presa fácil para ciertas enfermedades que se supone que las comunidades respetables no tienen. El germen de una filosofía evolucionada en la Europa decadente vuela a través del mar para acosar a una América joven y vigorosa, alojada como anfitriona en cualquier lugar donde las luchas industriales hayan creado un cultivo favorable. En veinticuatro horas Hampton había "descubierto" el sindicalismo. Durante todo el martes, antes de que se desarrollara la verdadera naturaleza del hecho, los ciudadanos prominentes estaban indignados y horrorizados por la ineficiencia de sus policías municipales. La propiedad, ese sagrado tejido de gobierno, había sido atacada; la ley había sido desafiada, y sin embargo, el Ayuntamiento, el santuario de la tradición estadounidense, fue entregado a la horda extranjera para una serie continua de reuniones masivas. Durante todo el día, ese edificio, hasta ahora continuamente familiarizado con la doctrina estadounidense, con la oratoria patriótica, con las peroraciones que se basaban en los males y dolencias de Irlanda que forman parte de nuestra propaganda nacional; durante todo el día ese edificio resonó con un discurso extraño y exótico, a veces gutural, a menudo musical, pero siempre apasionado, extrañamente cadenciado y

entonado. En la plataforma elevada, en lugar del político astuto de Nueva Inglaterra elegido por el voto, obteniendo los poderes del patriotismo del 4 de julio, en lugar del vehemente pero divertido hijo de Erin; hombres con caras salvajes y oscuras, con ojos negros ardientes y cabello despeinado, sin afeitar, vestidos con franela y más extraña y paradójicamente, con ropas americanas convencionales, confeccionadas, dieron voz a las aspiraciones inarticuladas de los campesinos de Europa. De las tierras empapadas de sangre, vinieron de los países bajos por los mares brumosos del norte, de las antiguas y planas llanuras de Lombardía, de las aldeas de Guelph y Ghibelline en los Apeninos, de las laderas cubiertas de vid en Sicilia y Grecia; de los Balcanes, del Cáucaso y los Cárpatos, de las montañas del Líbano, cuyos cedros bordeaban los palacios de los reyes; y de pueblos a orillas de ríos henchidos que cruzan las estepas tristes. Cada campesino escuchó un recital en su propia lengua, la lengua en la que había conservado su folclore, los dichos de cuna de su raza, de los males comunes de todos, de la miseria del presente, de la felicidad aún no alcanzada en esta tierra de libertad y oportunidades, donde habían encontrado una burla con un llamamiento a soportar y sufrir por una causa común. Pero, ¿quién iba a unir esta mezcla de razas y tradiciones, para darles el credo para el cual estaban preparadas sus pasiones, para conducir a la batalla a estos ignorantes no cualificados, de quienes se mantenían al margen los sindicatos respetables? Incluso a medida que caía el atardecer, cuando el Alcalde, el Excmo Michael McGrath, estaba haciendo desde la plataforma una súplica elocuente de orden y paz, prometiendo un Comité de Arbitraje y pensando en los soldados, los organizadores y la filosofía estaban aterrizando en Hampton.

La edición de las cinco en punto del *Banner* lo anunció, ¡Antonio Antonelli, de los Trabajadores Industriales del Mundo! Un nombre ominoso, un título ominoso, comparado por un conocido publicista con el sonido de una campana de fuego en la noche. ¡Los trabajadores industriales, no de América, sino del mundo! No es de extrañar que corriesen escalofríos por la columna vertebral de Hampton! El autor del artículo en el *Banner* no estaba familiarizado con las palabras "sindicalismo" y "sabotaje", o la frase "acción directa", era demasiado joven para conocer la historia de los *Caballeros del Trabajo*, nunca había oído hablar de una filosofía del trabajo, o de Sorel o Pouget, pero del Oeste sí había oído hablar, el hogar de la anarquía, del derramamiento de sangre, la violación y el asesinato. Por razones obvias, no traicionó esta opinión, pero para él, el IWW nació en el Oeste, donde había devastado y destruido comunidades. Su artículo fue cautelosamente respetuoso, pero se aventuró a recordar a sus lectores que el Sr. Antonelli había sido un líder en algunas de estas luchas titánicas entre el trabajo duro y las catástrofes del capital que hasta entonces

habían parecido a los ciudadanos de Hampton tan remotos como los ciclones de Kansas...

Algunos de los menos tímidos de los habitantes de más edad, curiosos por conocer la doctrina que este intruso tenía que proclamar, se abrieron paso esa noche al Ayuntamiento, que estaba abarrotado, como decían los periódicos, "hasta la asfixia". Este moderno Robespierre, más joven de lo que parecía, porque la vida le había puesto sus marcas en sus días de trabajo duro en las minas, poseía un cuerpo que había sido duro y ahora se había vuelto fuerte. A los ojos de un historiador complaciente y académico, debe haber aparecido una de las criaturas extrañas y aterradoras que, en tiempos de agitación, son empujadas desde las profundidades de las democracias a la superficie, con regalos para expresar los anhelos y pasiones de los de abajo. No parpadeó con la luz; estaba seguro de sí mismo, tenía un credo y creía en él; miró a su alrededor con la mirada leonina del conquistador y un silencio se apoderó de la sala cuando se levantó. Su discurso fue tomado literalmente, para ser sometido a los ojos legales más agudos, cuando se descubrió en posesión de un poder raro entre los agitadores para derramar en torrentes llamamientos aparentemente no premeditados, tocar el borde de la sedición y nunca transgredirlo, sopesar sus frases antes de darlas a luz y recordarlas. Si dijo algo incendiario en un momento, lo calificó al siguiente; justificaba la violencia solo para despreciarla; y meses más tarde, cuando fue juzgado por sus actos y se citaron ciertos comentarios contra él, confundió a sus fiscales al exigir los contextos. Con habilidad, siempre dentro de los límites de su inteligencia, describió a sus oyentes su filosofía y la proclamó como la de los oprimidos del mundo. Su causa fue la causa del progreso humano; él la universalizó. El mundo pertenecía al "productor", si tan solo tuviera el coraje de tomar posesión de su propio trabajo...

De repente, el inspirador se transformó en el hombre de asuntos que propuso con calma la organización de un comité de huelga, tres de los cuales debían ser elegidos por cada nacionalidad. Y la resolución, traducida a muchas lenguas, fue adoptada en medio de un alboroto de entusiasmo. Hasta ese momento, la revuelta había sido personal, local, fundada en un reclamo particular que tenía que ver con los salarios y la lucha material por la existencia. Ahora todo cambió; ahora estaban convencidos de que la privación y el sufrimiento a los que se habían comprometido no eran solo para fines egoístas, sino también indirectos, dedicados a la liberación de todos los oprimidos de la Tierra. Antonelli se convirtió en un salvador; se abalanzaron para tocarlo mientras pasaba; se dirigieron a las calles nevadas, hombres

jóvenes y viejos, y muchachas, y mujeres sosteniendo a los niños en sus brazos, sus rostros iluminados con algo nunca antes conocido o sentido.

Tal fue Antonelli para los huelguistas. Pero para aquellos residentes serios de Hampton que creían que todavía vivían en la antigua tradición de Nueva Inglaterra, era el genio de un sueño malvado. Pisándole los talones, llegó una tropa de pesadillas, cuya llegada recordó a la vieja e imaginativa canción infantil: "¡Caramba! ¡Escuchar con atención! Los perros ladran, los mendigos han venido a la ciudad".

Tiene, de hecho, un anillo con forma de rizo. ¿Las filosofías tienden también a adaptar en un molde a aquellos que las adoptan? Indudablemente los seguidores de Antonelli eran de su misma raza. Los hombres llevaban el pelo largo y afectado, como su líder, sombreros de fieltro suave y corbatas negras sueltas que caían sobre las solapas de sus abrigos. ¡La moral suelta y los lazos sueltos! La proyección de estos contra un fondo puritano es un símbolo de todo lo que el anglosajón teme y aborrece; de la anarquía y el gobierno de la gente, de la bohemia y el vagabundeo, de la sedición y el asesinato, de las revoluciones y los reinados del terror; de la irregularidad sexual no del tipo clandestino que se encuentra en las comunidades decentes sino del amor libre que se muestra a sí mismo ante un público indignado. Porque había mujeres en la banda. Todo esto y más, los invasores sugerían el ateísmo y, más vagamente, una poesía y un arte exóticos que, para la viril ascendencia estadounidense, estaban saturados de algo indefinible y abominable. Tales cosas se sienten. Pocos de los ciudadanos preclaros de Hampton pudieron explicar por qué se atragantó algo en sus gargantas, por qué experimentaron una nueva y firme calidad de miedo y repulsión cuando, al día siguiente de la llegada de Antonelli, otros extraños llegaron de la nada para instalarse sin equipaje a hablar en las posadas más modestas pero hasta ahora respetables de Hampton. Y tan pronto como la ciudad se despertó bruscamente a la peligrosa presencia, de un número abrumador, de extranjeros ignorantes e inflamables, que aparecieron y se presume que lideraban la revuelta, para sacar capital de ella, para interpretarla en términos exóticos y credos degenerados, Hampton se haría cargo de sí mismo o el estado soberano se ocuparía de ello. Y su señor Alcalde, que había proclamado su fe en la razonabilidad de los huelguistas, que había despreciado las sugerencias de los indignados habitantes de que se pidieran soldados al Gobernador, reunía veinticuatro horas más tarde tres compañías de milicia local en la armería, y tomó juramento a un centenar de policías extra.

La inmensa quietud de la calle Fillmore estaba volviendo loca a Janet. Lo que ella quería hacer era ir a Boston y tomar un tren para ir a algún lugar del

Oeste, perderse, no volver a ver a Hampton. Pero allí estaba su madre. No podía dejar a Hannah sola en estas habitaciones vacías; y Edward debía permanecer en la fábrica, comer y dormir allí, hasta que pasara el peligro de la huelga. Un mensajero había venido a buscar su ropa. Después de dejar a Ditmar en la oficina del telar, Janet subió las escaleras oscuras hacia el piso y se detuvo en el pasillo. A través de la puerta abierta del comedor, vio a Hannah sentada en el sofá de crin inactiva a esta hora del día por primera vez desde que recordara. Nada más podría haberle traído a ella de esta manera la pura tragedia de su situación. Hasta entonces, Janet había sido sostenida por la ira y la excitación, por la acción física. Pensó que Hannah la estaba mirando fijamente; después de un momento, pareció que sus dilatadas pupilas estaban fascinadas por algo más allá, en la Cosa que había venido a morar aquí con ellos para siempre.

Janet entró en la habitación. Se sentó en el sofá y tomó la mano de su madre entre las suyas. Y Hannah se sometió pasivamente. Janet no podía hablar. Podría haber pasado un minuto, y el silencio, que ninguna de los dos había roto, adquirió una intensidad que para Janet se hizo insoportable. ¡Nunca había estado la habitación tan quieta! Su mirada, levantada instintivamente hacia el reloj, vio las manecillas apuntando a las diez. Cada lunes por la mañana, por lo que podía recordar, su padre lo había ajustado antes de ir a trabajar y hoy lo había olvidado. Levantándose, abrió la puerta de cristal y se quedó tratando de estimar la hora: debían de ser las seis, pensó. Puso las manos, tomó la llave del clavo sobre el estante, enrolló el peso e impulsó el péndulo. Y el sonido del tictac familiar fue un alivio, liberando por fin sus inhibidos poderes del habla.

"Madre", dijo, "voy a hacer algo de cena para ti".

En Hannah, estas simples palabras tenían un efecto aparentemente mágico. El hábito se reafirmó. Ella reaccionó, y se levantó casi enérgicamente.

"No, no lo harás", dijo, "lo haré yo. Debería haberlo pensado antes. Debes estar cansada y hambrienta.

Su voz era rara y delgada. Janet vaciló un momento, y cedió.

"Bueno, voy a poner los platos en la mesa, de todos modos".

Janet había buscado refugio, con nostalgia, en el hogar común. Y cuando la comida estuvo lista, se esforzó por comer, aunque la comida se había vuelto repulsiva.

“Debes tomar algo, madre,” dijo ella.

"No me siento como si alguna vez quisiera volver a comer algo", respondió ella.

"Lo sé", dijo Janet, "pero tienes que hacerlo". Y ella puso algo de la carne fría, sobrante de la cena del domingo, en el plato de Hannah. Hannah tomó un tenedor y volvió a dejarlo. De repente ella dijo: "¿Viste a Lise?"

"Sí", dijo Janet.

"¿Donde está ella?"

"En una casa en Boston".

"¿Una de esas casas?"

"No lo sé", dijo Janet. "Creo que sí."

"¿Fuiste allí?"

"El señor Tiernan vino conmigo".

"¿Ella no vendrá a casa?"

“No, no en este momento, madre.”

“¿La dejaste allí, en ese lugar? ¿No la hiciste volver a casa?

La repentina vehemencia de esta pregunta, la nota aguda de reproche que reveló la voz de Hannah, incluso más que la terrible inercia de la que había emergido, la magnitud de su sufrimiento, por el instante, dejó a Janet completamente consternada. "¡Oh madre!" Exclamó ella. “Comprobé que no podía.”

Hannah empujó su silla hacia atrás.

"Voy a ir con ella, la haré venir. Ella nos ha deshonrado, pero lo haré. ¿Donde está ella? ¿Dónde está la casa?"

Janet, aterrorizada, tomó el brazo de su madre. Luego dijo: "Lise ya no está más, se ha ido".

"¿Y la dejas irse? ¿Dejas que tu hermana desaparezca y sea una mujer de la vida? Nunca la amaste, nunca tuviste lástima por ella.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Janet, lágrimas de lástima mezcladas con ira. ¡La situación se había vuelto intolerable! ¡Pero cómo podría decirle a Hannah dónde estaba Lise!

“¡No tienes derecho a decir eso, madre!”, Gritó. "Hice mi mejor esfuerzo. Ella no quería. No te puedo decir dónde se ha ido, pero ella prometió escribir y enviarme su dirección.

"Lise" El grito de Hannah parecía el gemido incomprensible de un niño herido, y luego hizo sentir una cadencia oculta, una cadencia que revelaba a Janet con una elocuencia que nunca antes había alcanzado el misterio del amor de madre, y por alguna magia del tono fue evocada una nueva imagen de Lise como debía ser para Hannah. Ningún descarrío, ninguna degradación o

desgracia podría borrarlo. La bebé a quien Hannah había dado su pecho, la mujer, su hermana, a quien Janet había visto ese día, eran la misma. ¡Esto, entonces, era lo que significaba ser una madre! Todos los años de mortales esperanzas no habían servido para matar el deseo, incluso en este cuerpo marchito todavía estaba vivo y activo. La agonía de esa revelación apenas iba a ser llevada a cabo. Y parecía que Lise, incluso en el lugar donde estaba, debió haber escuchado ese llanto. Y sin embargo, la revelación del paradero de Lise, del acto contemplado de Lise que Janet casi había incitado a cometer, murió en sus labios. ¡No podía decírselo a Hannah! Y el hijo de Lise no debe entrar en un mundo como este. Incluso ahora la convicción se mantuvo, feroz, exultante, definitiva. Pero si Janet hubiera hablado ahora, Hannah no la habría oído. Bajo la tormenta, ella comenzó a sacudirse, llorando convulsivamente... Pero gradualmente, su llanto cesó. Y para Janet, observando con impotencia, este proceso de congelación fue más terrible incluso que la liberación que solo una violencia absoluta de dolor había podido producir. En silencio, Hannah retomó sus reducidos deberes, y cuando estos terminaron, se quedaron sentados un rato, antes de irse a la cama, con las manos apenadas en su regazo. Parecía haber vivido durante siglos, haber agotado la gama de sufrimientos que, salvo por ese estallido salvaje, había sido el fruto de una tragedia común, pasiva y sórdida que no conoce el toque de fuego...

A la mañana siguiente, Janet fue despertada por la sirena. Nunca, incluso en los días en que la vida había sido una rutina y un lugar común, ese sonido no había despertado en ella un cierto temblor de miedo; con su primer grito penetrante, el terror la invadió: luego, poco a poco, superando su entumecimiento, se produjo una agonizante realización de una tragedia que enfrentar. La sirena sonó y sopló insistentemente, como si nunca hubiera querido parar; y ahora, por primera vez, parecía detectar en ella una nota de inutilidad. Hubo quienes se atreverían a desafiarlo. Ella, por ejemplo, lo desafiaría. En esa reflexión encontró una cierta alegría feroz. Y ella podría acostarse en la cama si quisiera ¡Cuántas veces lo había deseado! Pero ella no pudo. La habitación estaba fría, terriblemente vacía y silenciosa mientras se apresuraba a ponerse la ropa. La lámpara del comedor estaba encendida, la mesa puesta, su madre estaba inclinada sobre la estufa cuando llegó a la cocina. Después de que se terminara la pretensión de desayuno, Janet buscó alivio en las tareas domésticas, hizo su cama y ordenó su habitación. Era extraño, esta mañana, cómo su atención a las pequeñas cosas familiares tenía el poder de aumentar su dolor; los recuerdos se volvieron insoportables cuando llenaba la jarra de agua del grifo de la cocina y se encontró mirando la palanca rota de cuando Lise la había accidentado. Recordó el característico

comentario de Lise cuando hubo una mancha en el empapelado causado una noche por la lluvia que se filtraba por el techo. Después de hacer la cama y barrer la habitación, permaneció un momento inmóvil, y luego, abriendo el cajón del armario, tomó la rosa que ella había envuelto en un pañuelo de papel y escondido allí, y con un deseo perverso como para aumentar la amargura que la consumía, de empaparse de dolor, deshizo el paquete y se llevó la flor marchita a la cara. Incluso ahora una fragancia débil pero conmovedor, se aferró a ella... Lo envolvió de nuevo, caminó hacia la ventana, vaciló, y luego con una repentina determinación de destruir esta única reliquia de su felicidad fue a la cocina y la arrojó a la estufa. Hannah, demorándose en su tarea matinal de limpieza, no pareció darse cuenta del acto. Janet se volvió hacia ella.

"Creo que voy a salir un rato, madre", dijo.

"Deberías hacerlo", respondió Hannah. "No sirve de nada permanecer aquí".

El silencio del piso ya no se soportaba más. Y Janet, poniéndose el abrigo y el sombrero, bajó las escaleras. Ni una sola vez esa mañana había mencionado su madre a Lise; tampoco había preguntado sobre sus propios planes sobre Ditmar. Esto al menos fue un alivio; era la pregunta que más había temido. En la calle se encontró con el cartero.

"Tengo una carta para usted, señorita Janet", dijo. Y en el sobre rosa que le entregó, con tinta púrpura, ella reconoció la letra infantil e inflexible de Lise. "Hay grandes acontecimientos en el ayuntamiento", agregó el cartero. "Los extranjeros celebran reuniones masivas allí". Janet apenas lo escuchó cuando abrió el sobre. "Querida Janet", decía la carta. “El doctor me dijo que era una falsa alarma, que no había nada. ¿No te molestará eso? Boston es una ciudad lenta, y ahora no sirve de nada que me quede aquí. Me voy a Nueva York, y tal vez vuelva cuando haya echado un vistazo a la gran manera blanca. Tengo la moneda. Si no tienes nada mejor que hacer, pasa por Bagatelle y dale a Walters mi amor y diles que no se preocupen en casa. No sirve de nada intentar seguirme. Tu cariñosa hermana Lise.

Janet metió la carta en el bolsillo. Luego caminó rápidamente hacia el oeste hasta que llegó a la fachada de color oscuro del Ayuntamiento, frente a la plaza. Empujando a través de la multitud de agentes que permanecían en el pavimento delante de ella, entró en el edificio...

CAPÍTULO XV

De vez en cuando, el arte de la narrativa puede mejorarse tomando prestado el método de las películas. Otra noche ha pasado, y estamos llamados a imaginar la luz del sol acuoso de una tarde de invierno suave que se filtra a través de árboles desnudos en las cabezas de una multitud. Una gran parte del Common de Hampton está negra con la gente de dieciséis nacionalidades que se han reunido allí, pisoteando la nieve, para escuchar con nostalgia y entusiasmo la nueva doctrina de la salvación. En el centro de esta multitud en el quiosco de música que recuerda los conciertos en las bochornosas noches de verano están los apóstoles itinerantes del culto llamado sindicalismo, exhortando por turnos en diversas lenguas. Antonelli había hablado, y muchos otros, cuando Janet, impulsada por un deseo de no ser ignorada, había logrado abrirse camino poco a poco desde las afueras de la multitud, hasta que se encontró casi debajo del orador, quien pronunciaba palabras apasionadas de un discurso en una lengua que ella reconoció como italiano. Su curiosidad se despertó, no podía clasificar a este hombre alto cuyo rostro largo y estrecho se acentuaba con una barba puntiaguda de color marrón, cuyos labios de color rojo brillaban cuando hablaba, cuyas delgadas manos eran elocuentes. El artista como propagandista, el artista con la facilidad que da la voluntad. La nariz era clásica, y tenía fuerza; los ojos inquietos que a veces parecían fijos en ella eran las ventanas humeantes de una casa en llamas: el fuego que lo agitaba también lo estaba consumiendo. Aunque podría tener poco más de treinta y cinco, su cabello estaba adelgazado y canoso en las sienes. Y de alguna manera emblemática de esta fisonomía y físico, resumiéndolo y expresándolo en términos de vestimenta, estaban el suave cuello y la bufanda negra atados en un arco que fluía. Janet ansiaba saber lo que estaba diciendo. Sus frases, como la música, jugaban con sus emociones, y al final, cuando su voz se elevó en crescendo en el clímax de su discurso, sintió ganas de llorar.

"¡Un poeta!", Exclamó una mujer a su lado.

"¿Quién es él?" preguntó Janet.

"Rolfe", dijo la mujer.

"¿Pero es un italiano?"

La mujer se encogió de hombros. "Es su nombre, es todo lo que sé". Había empezado a hablar de nuevo, y ahora en inglés, con una enunciación, una manera distintiva de convertir sus frases en Estados Unidos en nuevas asociaciones, donde los intelectuales laborales son poco conocidos; sorprendió a Janet, desviando su atención, al principio, del significado de sus palabras. "Trabajo", escuchó, "el trabajo es el creador de toda la riqueza, y la riqueza pertenece al creador. El sistema salarial debe ser abolido. Ustedes, los creadores, deben luchar contra estos jefes autoimpuestos hasta que consigan lo suyo. Tú que trabajas miserablemente durante nueve horas y produces, digamos, nueve dólares de riqueza. ¿La recibes? No, lo que se te da es apenas suficiente para mantener con vida al esclavo y a la familia del esclavo. El jefe, el capitalista, se apodera de la legítima recompensa de tu trabajo y lo gasta en lujos, automóviles, casas finas y mujeres, en alimentos que tú no puedes comer, mientras tienes hambre. Sí, ustedes son esclavos", exclamó, "porque son sometidos como esclavos".

Esperó, inmóvil y desdeñoso, a que el ruido se apagara. “Desde que vine a Hampton, he escuchado a algunos hablar del Estado, a otros de los sindicatos. Sin embargo, el Estado es tu enemigo, no te ayudará a ganar tu libertad. La legislatura ha acortado sus horas, pero ¿por qué? Porque los políticos tienen miedo de ti, y porque piensan que vais a estar contentos con unas migajas. Y ahora que los jefes han reducido tu salario, el Estado envía a sus soldados para aplastarte. Solo cincuenta centavos, dicen que solo cincuenta centavos pierden de sus sobres la mayoría de ustedes. ¿Qué son cincuenta centavos para ellos? Pero yo que te hablo he tenido hambre, sé que cincuenta centavos comprarán diez panes, o tres libras de cuello de cerdo, o seis cuartos de galón de leche para los bebés. Cincuenta centavos ayudarán a pagar el alquiler de rata donde vives.” Una vez más fue interrumpido por enojados gritos de aprobación. “Y los sindicatos, ¿te han ayudado? ¿Por qué no? Te diré por qué, porque son los instrumentos serviles de los empleadores. Los sindicatos dicen que el capital tiene derechos y quieren negociar con él, pero para nosotros solo puede haber una negociación, la entrega completa de los medios de producción a los trabajadores. Porque los capitalistas son parásitos que chupan tu sangre y la sangre de tus hijos. De ahora en adelante no puede haber compromiso, no habrá tregua, no habrá paz hasta que sean exterminados. Es la guerra”. ¡Guerra! En el alma de Janet, la palabra resonó como una alarma. Y de nuevo, como cuando se arrastraba por la calle Este con la gente, ese sentido de identidad con estas personas y sus males, de sumergirse con ellos en su causa la poseía. A pesar de su

ascendencia, su suerte se había echado con ellos. Ella también había estado precariamente cerca de la pobreza, había conocido la sordidez de la vida; ella también, y Lise y Hannah habían sido engañadas por las cosas más hermosas. Con entusiasmo, había bebido el vocabulario de esa nueva y terrible filosofía. ¡La clase empresarial debe ser exterminada! ¿No era cierto, que si ella hubiera sido de su clase, que Ditmar no se hubiera atrevido a usarla y engañarla? ¿Por qué nunca había pensado en estas cosas antes?... La luz comenzaba a desvanecerse, la gran reunión se estaba disolviendo y, sin embargo, ella se demoró. Al pie de los escalones del quiosco, conversando con un pequeño grupo de agentes que lo rodeaban, ella percibió al hombre que acababa de hablar. Y mientras ella se quedó vacilando, mirándolo, un deseo de escuchar más, de escuchar todo este credo que predicaba, alimentó los fuegos en su alma, la impulsó a seguir adelante. Su necesidad, si lo hubiera sabido, era aún mayor que la de estos trabajadores a quienes ahora llamaba compañeros. A pesar de la reserva de cualificación que sentía, y que había tenido que ver con el enrojecimiento de sus labios, la atrajo. Tenía una mente, un intelecto, debía poseer reservas de conocimientos de los cuales ella tenía sed; se le apareció como alguien que había estudiado y viajado, que se había elevado y había ganado la visión más amplia que a ella se le había negado. Un cosmopolitismo cínico la habría dejado fría, pero aquí, aparentemente, había un hombre cultivado que ardía con la sensación de los males del mundo. Ditmar, que debía haberla sacado de su cautiverio, solo la había empujado a la esclavitud más profunda... Se unió al grupo, deteniéndose en el borde, escuchando. Rolfe estaba discutiendo con un hombre sobre los sindicatos, pero casi de inmediato supo que había fijado su atención. De vez en cuando, mientras hablaba, sus ojos buscaron los de ella con audacia, y en sus oscuras pupilas había diminutos puntos de luz que la agitaban y confundían, la hizo preguntarse qué había detrás de ellos, en su alma. Cuando terminó su discusión, la destacó.

"¿No trabajas en los telares?", preguntó.

"No, soy una taquígrafa o fui una".

"¿Y ahora?"

"He renunciado a mi lugar".

"¿Quieres unirte a nosotros?"

"Estaba interesada en lo que dijiste. Nunca antes había escuchado algo así”.

Él la miró fijamente.

"Vamos, vamos a caminar un poco", dijo. Y ella lo acompañó, a través del Común, sintiendo la emoción de un neófito en la masonería, el desprecio por

las pequeñas convenciones de esta doctrina de hermandad recién lograda. "Te daré cosas para leer, serás una de nosotros".

"Me temo que no debería entenderlos", respondió Janet. "He leído tan poco".

"Oh, lo entenderás", le aseguró, fácilmente. “Hay mucho aprendizaje, demasiada razón e inteligencia en el mundo, muy poco impulso y sentimiento o intuición. ¿A dónde nos llevan la razón y la inteligencia? Al egoísmo, a la sed de poder, directamente a emular a la clase capitalista. Nos separan de la masa de la humanidad. No, nuestra lucha es contra aquellos que reclaman más iluminación que sus semejantes, que controlan las escuelas públicas e imponen la razón a nuestros hijos, porque la razón conduce a la sumisión, nos contenta con nuestra posición en la vida. ¡El verdadero sindicalista es un artista, un revolucionario!”, exclamó.

Janet encontró esto desconcertante y, sin embargo, a través de él pareció brillar para ella un destello de luz. Su emoción creció. Nunca antes había estado en presencia de alguien que hablaba así, con tanta seguridad y facilidad. Y el hecho de que despreciaba el conocimiento, pero que lo poseía, le daba glamour.

"¡Pero has estudiado!", Exclamó.

“Oh, sí, he estudiado”, respondió con un toque de cansancio, “solo para aprender que la vida es simple, después de todo, y que lo que se necesita para mantener el orden social es simple. Nosotros que trabajamos, para seguir nuestros sentimientos, nuestras inclinaciones solo tenemos que tomar lo que nos pertenece".

“¿Tomaríais posesión de los telares?” Preguntó ella.

"Sí", dijo rápidamente, "de toda la riqueza. No habría gobierno, no deberíamos necesitarlo. Un poco de coraje es todo lo que se necesita, y entramos en lo nuestro. Eres una taquígrafa, dices. Pero no estás contenta, puedo verlo en tu cara, en tus ojos. También tienes motivos para odiar a los jefes, o no habrías estado aquí en este lugar hoy. ¿No es así?"

Ella se estremeció, pero se quedó en silencio.

"¿No es así?", Repitió. "También te han hecho daño a ti, tal vez, nos han hecho mal a todos, pero algunos son demasiado estúpidos, demasiado cobardes para luchar y aplastarlos. Cristianos y esclavos se someten. La vieja religión enseña que el mundo es cruel para la mayoría de nosotros, pero si somos obedientes y humildes, seremos recompensados en el cielo”. Rolfe se rió. “Los dirigentes aprueban esa enseñanza. Ellos no la cambiarían. Pero para nosotros es la guerra. Golpearemos y seguiremos golpeando, nos

apoderaremos de la maquinaria, tomaremos las empresas y fábricas y los expulsaremos. E incluso si no ganamos, es mejor sufrir y morir luchando que tener la vida fuera de nosotros, ¿no es así?

"¡Sí, es mejor!", ella estuvo de acuerdo. La pasión en su voz no se le escapó.

"Algún día, tal vez antes de lo que pensamos, tendremos el verdadero Armagedón, cuando el último trabajador dormido se haya levantado de su letargo para exigir su herencia". Sus ojos se hicieron más luminosos.

“'Como la música invisible en la noche', así que Sorel escribe sobre eso. Los sabios pueden burlarse de ello, pero vendrá. ¡Como la música en la noche! ¡Responde a eso!

De nuevo ella se quedó en silencio. Habían caminado, por calles familiares que ahora parecían extrañas.

"Usted responde por lo que puedo ver", dijo él. “Y sin embargo, no eres como estos otros, como yo, incluso. Eres un americana y, sin embargo, no eres como la mayoría de tus compatriotas".

"¿Por qué dices eso?"

"Te lo diré. Porque son triviales la mayoría de ellos, y fríos, no sienten. Pero tú puedes sentir, puedes amar y odiar. Te ves calmada y fría, pero no lo eres, lo supe cuando te miré, cuando te acercaste a mí."

Ella no sabía si resentirse o agradecer su clarividencia, su asunción de intimidad, su aire de apropiación. Pero su curiosidad estaba hormigueando.

"¿Y tú?" Preguntó ella. "Tu nombre es Rolfe, ¿verdad?"

Él asintió. "¿Y el tuyo?"

Ella se lo dijo.

"¿Ha estado en América mucho tiempo tu familia?"

"Mucho", dijo ella. "Pero tú hablas italiano, y Rolfe no es un nombre italiano".

“Mi padre era un inglés, un artista, que vivía en Italia, mi madre, una campesina de Lombardía, como estas que vienen a trabajar a los telares. Cuando era joven, era hermosa como la virgen de un viejo maestro".

“¿Un viejo maestro?”

“Los viejos maestros son los grandes pintores que vivieron en Italia hace cuatrocientos años. Me llamaron como uno de ellos; el mejor. Me llamo Leonard por Leonardo da Vinci".

El nombre, como lo pronunció Rolfe, la conmovió. ¡Y el arte, la pintura! Era un reino desconocido para ella y, sin embargo, la sugerencia misma de ello evocaba anhelos. Y recordó una pintura en el escaparate de la librería Hartmann, un grabado coloreado ante el cual solía detenerse en su camino

hacia y desde la oficina, la copia de un paisaje de un artista de California. La ladera empinada en primer plano se extendía con el verde brumoso de los olivos, y más allá había un pico cubierto de nieve, como un altar mayor en la puesta de sol de rojo flameado. No había podido expresar su sentimiento por esta imagen, la había llenado de alegría y tristeza. Una vez se aventuró a entrar y preguntar su precio: diez dólares. Y luego una mañana cuando había ido a buscarlo, ya se había vendido.

"¿Y tu padre también pintó cuadros hermosos?"

“Ah, él era demasiado socialista. Siempre estaba ausente cuando yo era un niño, y después de la muerte de mi madre solía llevarme con él. Cuando tenía diecisiete años, fuimos a Milán para participar en la gran huelga, y allí vi a los soldados disparando a cientos de trabajadores, encarcelándolos a miles. Luego fui a vivir a Inglaterra, entre los socialistas de allí, y aprendí el oficio de la imprenta. La primera vez que vine a este país trabajé en un periódico laboral en Nueva York, configuré los tipos, escribí artículos y de vez en cuando me dirigía a reuniones en el East Side. Pero incluso antes de irme de Londres, había leído libros sobre sindicalismo escritos por los grandes franceses, y poco después comencé a darme cuenta de que el proletariado nunca llegaría a ninguna parte a través del parlamentarismo socialdemócrata".

“¿El proletariado?” La palabra era nueva para el oído de Janet.

“La gran masa de trabajadores, los oprimidos, la gente que viste aquí hoy. El socialismo no es para ellos. El socialismo político los traiciona a manos de la clase capitalista. La acción directa, la huelga general, la guerra de clases, el nuevo credo, la nueva religión que traerá la salvación. Me uní a los Industrial Workers of the World [IWW, Trabajadores Industriales del Mundo], que es la organización estadounidense del sindicalismo. Fui al oeste, a Colorado, a California y a Oregon. Prediqué a los trabajadores allí donde hubo un levantamiento, conocí a los líderes, Ritter y Borkum y Antonelli y Jastro y Nellie Bond, les fui útil; entiendo como hacen el sindicalismo. Y ahora estamos aquí, para sembrar la semilla en el Este. Ven", dijo, pasando su brazo por el de ella, "te llevaré a la sede, te reclutaré, tú serás mi recluta. Te daré la causa, la religión que necesitas".

Ella anhelaba ir, y sin embargo se echó hacia atrás, desconcertada. El hombre la despidió y la fascinó, pero hubo reservas, temores sobre él que se sintieron más que razonados. Debido a su estado de rebelión, a su intenso deseo de satisfacer la emoción provocada en acción, su credo le había efectuado una gran influencia, pero en su voz, en sus ojos, en su actitud, ella había sido rápida en detectar una nota personal, sexual que la inquietaba y alarmaba.

"No puedo esta noche", dijo. “Debo irme a casa, mi madre está sola. Pero me gustaría ayudar, quisiera hacer algo".

Estaban de pie en una esquina, bajo una farola. Y ella apartó los ojos de su mirada.

"Entonces ven mañana", dijo con entusiasmo. "¿Sabes dónde está la sede, en el Salón Franco-Belga?"

"¿Qué podría hacer?" Preguntó ella.

"¿Tú? Podrías ayudar de muchas maneras entre las mujeres. ¿Sabes qué es el piquete?

"¿Te refieres a mantener a los operarios fuera de las fábricas?"

“Sí, por la mañana, cuando van a trabajar. Y fuera del Chippering Mill, especialmente. Ditmar, el gerente de ese molino, es el más brutal de todos, me han dicho. Él es el hombre que quisiéramos paralizar".

"¡Lisiarlo!" Exclamó Janet.

"Oh, no queremos hacerle daño personalmente". Rolfe no pareció notar su tono. "Pero él tiene la intención de aplastar la huelga, y sabemos que está importando esquiroles aquí para terminar un pedido. Si no fuera por él, tendríamos una pelea más fácil; él endurece a los demás. Siempre hay un hombre así, en cada lugar. Y lo que queremos hacer es hacer que se apague, especialmente".

"Ya veo", dijo Janet.

“¿Vendrás al Cuartel General?” Repitió Rolfe.

"Sí, voy a venir mañana", prometió.

Después de que ella lo hubo dejado, caminó rápidamente por varias calles, sin prestar atención a la dirección, a causa de la fuerza motriz de las nuevas ideas que él le había dado. Ciertas palabras y frases que había pronunciado resonaban en su cabeza, y como la música de marcha, guió el ritmo de sus pasos. Se esforzó por recordar todo lo que él había dicho, para comprender su significado; y porque parecía recóndito, cósmico, la atraía y la excitaba más. Y él, el mismo hombre, había ejercido una especie de fuerza hipnótica que parcialmente había paralizado sus facultades y había despertado sus miedos mientras aún estaba en su presencia: su primer sentimiento al marcharse había sido de alivio, y luego comenzó a arrepentirse de no haber ido a la sede. ¿No había sido tonta? En retrospectiva, los elementos de él que la habían perturbado eran menos inquietantes, su fascinación intelectual aumentaba; y en ese mismo canto de emancipación, característico de la organización a la que pertenecía, había subsistido mucho de su encanto. Ella lo

atraía como mujer, no se podía negar eso. Él, que había estudiado y viajado y conocido la vida en muchas tierras, había discernido en ella, Janet Bumpus, alguna cualidad para desearla, ¡la reconoció como una compañera de trabajo! Temblando, ella se regocijó por la posesión de esa cualidad, cualquiera que fuera. ¡Ditmar, también, lo había percibido! No había sabido valorarlo. Con este pensamiento llegó la sugerencia llameante de que Ditmar debería verla con este hombre, Rolfe. Ella lo haría arder con los fuegos de los celos. Ditmar debería saber que ella se había unido a sus enemigos, los Trabajadores Industriales del Mundo. ¡Del mundo! ¡Sus grilletes se habían desprendido por fin!... Y luego, de repente, se sintió cansada. La posibilidad de regresar a la calle Fillmore, al apartamento silencioso hizo que la presencia más trágica de su madre la abrumara. El dolor en su corazón comenzó a latir de nuevo. ¿Cómo podía esperar hasta el amanecer de otro día?...

En las horas negras de la mañana, con la sirena sonando en sus oídos como un ronco llamado a la guerra, Janet saltó de su cama y comenzó a vestirse. Hace tanto frío que parece realmente doler, y mientras ella bajaba las escaleras y salía por la puerta, se estremeció, asaltada por una sensación de soledad y miedo. Sin embargo, una voz insistente la instó a continuar, susurrando que quedarse en casa, inactiva, era volverse loca; la salvación y el alivio consisten en sumergirse en la lucha, en contribuir con su parte hacia el castigo y la victoria. ¡La victoria! En la calle Faber, la luz de los arcos eléctricos teñía de azul la nieve, y los extravagantes anuncios de alimentos para el desayuno, cigarrillos y cervezas parecían la burla de una actividad que ahora era irrealizable. Los grupos y figuras dispersos aquí y allá, más allá de la calle, solo servían para exagerar su amplio vacío. ¿Qué podría hacer ella contra el poder poderoso de las fábricas? Gradualmente, mientras se quedaba mirando, se dio cuenta de una pelea sobre la nieve; sobre su hombro ella captó el brillo del acero. Un escuadrón de soldados resguardados en capas pesadas y gorras de lana marchaba a lo largo de las vías del tranvía. Ella los siguió. En la esquina de la calle del Oeste, en obediencia a una orden seca los vio detenerse, girar y avanzar hacia una pequeña multitud reunida allí, que se dispersó, solo para volver a reunirse cuando los soldados habían pasado. Janet se unió a ellos. Escuchó a los hombres maldiciendo a los soldados. Las mujeres se apartaron un poco; algunas estaban tratando de mantener el calor, y una, con un bulto en sus brazos que Janet percibía como un bebé, se sentó en un escalón de piedra y permaneció allí, agazapada, resignada.

Tenemos que quedarnos aquí, en la calle. Tenemos razón para vivir, supongo. Los dientes de la chica estaban entrechocando, pero habló con tanta

vehemencia y espíritu como para atraer la atención de Janet. "Usted trabaja en Chippering, como yo, ¿es así?", preguntó ella.

Janet asintió. El chal descolorido de color limón que la niña había envuelto alrededor de su cabeza enfatizaba la belleza oscura de su rostro ovalado. Ella sonrió, y sus dientes blancos eran bastante deslumbrantes. Impulsivamente, ella empujó su brazo a través de Janet.

"Es usted americana compañera, ¿ha venido a ayudar?", preguntó ella.

"Nunca he hecho ningún piquete".

"Te lo enseño".

El amanecer había comenzado a romper, revelando poco a poco los contornos de crueles y feos edificios y de la gran fábrica que se alzaba oscuramente al final de la calle; y a Janet le parecía increíble que hasta hacía poco tiempo se había dirigido allí por las mañanas, con anticipación y alegría en su corazón, ansiosa por ver a Ditmar, ¡estar cerca de él! La vista de dos policías que se apresuraban hacia ellos desde la dirección del canal la despertó. Con murmullos sombríos, el grupo comenzó a dispersarse, pero la mujer con el bebé, adormecida por el frío, tardó en levantarse, y uno de los policías levantó su porra amenazadoramente.

"Marchate, no puedes sentarte aquí", dijo.

Con un movimiento ágil como de un gato, una niña italiana se escurrió entre ellos con una notable exposición de ligereza espontánea; sus ojos brillaban y, como si hubieran sido puntos de daga, el policía retrocedió un poco. El acto, que era absolutamente natural, magnífico, electrificó a Janet, restauró en un instante su propia fiereza de espíritu. La niña dijo algo rápidamente, en italiano, y ayudó a la mujer a levantarse, sin prestar más atención al policía. Janet siguió caminando, pero no había cubierto la mitad de la manzana antes de que la niña la adelantara; su ira se había ido en un instante, su vivacidad había regresado, su vitalidad había encontrado expresión en una buena naturaleza y en una buena voluntad. Le preguntó el nombre a Janet y le dijo que ella era Gemma, que era una "buena velocista" en Chippering Mill, donde recibía casi siete dólares por semana.

"¿Por qué paraste?" Preguntó Janet con curiosidad.

"¿Por qué? Me enojo cuando sé que mi salario está recortado. Quiero el dinero por el que me contraté.

"¿Es por eso que estás peleando?", preguntó Janet con curiosidad.

"Es por eso por supuesto".

"¿Entonces no has escuchado a ninguno de los oradores? Dicen que es por la causa que los trabajadores por lo que están luchando; por la libertad y que algún día serán dueños de las fábricas. Ayer lo oí a un hombre llamado Rolfe"

La niña le devolvió una sonrisa radiante.

"¡Rolfe! Es hermoso, lo que dijo Rolfe. Tú piensas así, creo que sí. Estoy por la causa, odio al capitalista. Ganaremos, y conseguiremos más dinero, hasta que tengamos todo el dinero. Seremos ricos. Y tú, ¿por qué luchas?

"Yo también estaba enojada", respondió Janet simplemente.

“¡Venganza!” Exclamó la niña, brillando de nuevo. "Entiendo. ¡Aquí vienen los esquiroles! Ahora te lo muestro”.

La luz había crecido, pero las tiendas todavía estaban cerradas. A lo largo de la calle Faber, individualmente o en pequeños grupos, mirando ansiosamente a su alrededor y detrás de ellos, llegaban los trabajadores que todavía se aferraban desesperadamente a sus trabajos. Gemma se lanzó a ver a dos chicas que buscaban el borde de la acera, agarrándolas por las mangas, y haciéndolas escuchar mientras ella vertía sobre ellas una corriente de italiano. Al cabo de un momento una se alejó, pero la otra se quedó y comenzó a hacer preguntas. Luego se dio la vuelta y se alejó lentamente en la dirección por donde había venido.

"La entiendo", exclamó Gemma, triunfante.

"¿Qué quieres decir?" Preguntó Janet.

"Escuchó que ella quita el pan de nuestras bocas, es una esquirol tradicional. Nosotros también luchamos para ellos, ¿no es así?

“No les sirve de nada trabajar por salarios que matan de hambre. Si ganamos la huelga, obtendremos buenos salarios para todos. Aquí viene otra que es una judía. Inténtalo, háblale.

Janet falló con la judía, quien se negó obstinadamente a escuchar o responder mientras las dos caminaban con ella, una a cada lado. Cerca de la calle West observaron a un policía y desistieron. Arriba y abajo de la calle Faber, en todas partes, el juego continuó: pero la policía estaba atenta, y una vez que un destacamento de milicias pasaba, el piquete tenía que rehacerse rápidamente, en los pocos minutos que debían transcurrir antes de que las puertas se cerraran. La sangre de Janet corrió más rápido, creció emocionada, absorbida, más audaz al percibir la actitud de disculpa de los "esquiroles" y comenzó a despreciarlos con la cordialidad de Gemma; y pronto perdió el sentido de la sorpresa al encontrarse a sí misma discutiendo, suplicando, apelando a varias mujeres, a su vez, con fluidez, en el lenguaje de la revolución industrial. Algunas la examinaron con curiosidad furtiva porque ella era

americana; otras fingieron no entender, acelerando su ritmo. No ganó conversos esa mañana, pero una chica, pálida, anémica y con los pómulos altos evidentemente un eslavo la escuchó atentamente.

"Tengo derecho a trabajar", dijo.

"No si otros morirán de hambre porque trabajas", objetó Janet.

"Si no trabajo me muero de hambre", dijo la niña.

“No, el Comité cuidará de ti, habrá comida para todos. ¿Cuánto obtienes ahora?

“Cuatro dólares y medio”.

"Te mueres de hambre ahora", declaró Janet con desdén. "Cuanto antes luches con nosotros, antes conseguiremos un salario digno".

La niña no estaba del todo convencida. Permaneció un rato indecisa, y luego corrió abruptamente hacia West Street. Janet buscó a otros, pero habían dejado de venir; sólo quedaron los piquetes dispersos y merodeando.

Sobre el borde negro de los telares Clarendon hacia el este, el cielo se había incendiado. El sol había salido, las campanas sonaban de manera desenfrenada, resonando en el aire claro y frío. Otro día de trabajo había comenzado.

Janet, adormecida por el frío, agitada y temblorosa debido a la experiencia inusitada de la mañana, regresó a la calle Fillmore. Estaba dispuesta a responder cualquier pregunta que su madre pudiera hacerle; mientras comían su sombrío desayuno, y Hannah no hacía preguntas, anhelaba hablar sobre el lugar donde había estado, anunciar que había unido su suerte a los huelguistas, los extranjeros, para defenderlos y declarar que no eran los culpables de las desgracias de la familia, sino los hombres como Ditmar y los dueños de los talleres; los capitalistas. Su madre, reflexionó con amargura, nunca había traicionado ninguna preocupación por su destrozada felicidad. Pero gradualmente, ya que de vez en cuando miraba de manera encubierta el rostro de Hannah, su resentimiento dio paso a la aprensión. Hannah no parecía siquiera darse cuenta de su presencia.

"¡Madre!", Gritó al fin.

Hannah comenzó. "¿Has terminado?" Preguntó ella.

"Sí."

"Te has resfriado y no has comido mucho". Janet contuvo las lágrimas. "Oh, sí, lo he hecho", se las arregló para responder, convencida de la inutilidad del habla, de todos los intentos de despertar a su madre para que se diera cuenta de la situación. ¡Quizás aunque su corazón se contrajo al pensar que tal vez era

algo misericordioso! ¡Pero vivir, día tras día, en presencia de esa apatía sin consuelo!... Más tarde, por la mañana, salió a caminar por las calles y otra vez por la tarde; y dos veces volvió la cara hacia el Este, en dirección al Salón franco-belga. Su coraje le falló. ¿Cómo la recibirían a ella, la taquígrafa de Ditmar, la estenógrafa de Ditmar, los extranjeros y los líderes forasteros que habían venido a organizarlos? Tendría que decirles que era la taquígrafa de Ditmar. Ellos lo descubrirían. Y ahora estaba llena de dudas sobre Rolfe, sobre si él realmente pensaba que podría ser útil para ellos. Alrededor del Common, frente al Ayuntamiento, los hombres se ocupaban de sus asuntos de manera alerta o se detenían para hablar sobre la huelga. En Faber Street, de hecho, prevaleció un aire de excitación reprimida, los vendedores de periódicos gritaban extras; pero los negocios continuaron como si nada hubiera pasado para perturbarlos. Había, sin embargo, el espectáculo, inusual a esta hora del día, de agentes que se mezclan con la multitud, mientras que los policías permanecen vigilantes en las esquinas. Una compañía de soldados marchaba, llevando a la gente en silencio hasta el bordillo. Janet observó las caras de estos agentes ociosos; parecían, en su mayor parte, tranquilos o malhumorados, queriendo el fuego y la pasión de los entusiastas que habían salido a pelear en las primeras horas del día; buscó en vano a la chica italiana de la que se había hecho amiga. El desánimo creció en ella, una sensación de aislamiento, de carecer de cualquiera a quien poder recurrir, y estos sentimientos se intensificaron por el aire de confianza que prevalecía aquí. La huelga estaba siendo aplastada, la injusticia y el mal estaban triunfando. Siempre triunfarían. En frente de la oficina del *Banner*, escuchó a un hombre decirle a un conocido que evidentemente acababa de llegar a la ciudad: “¿El Chippering? Claro, eso se está realizando. Mañana, Ditmar tendrá toda su fuerza allí. Ahora que ha llegado la milicia, creo que tenemos esta cosa controlada..."

Janet no podría haber dicho cómo y cuando Faber Street empezó a estar impregnada de inquietud y alarma. Algo estaba pasando en alguna parte o estaba a punto de suceder. Un proceso oscuro, aparentemente telepático, estaba en marcha. La gente comenzó a correr hacia el oeste, unos pocos habían abandonado la acera y corrían; mientras que otros peatones, más tímidos, estaban igualmente preocupados por moverse y acelerar en la dirección opuesta. En la esquina de West Street se reunía una multitud que cada momento se hacía más y más grande, a pesar de los esfuerzos de la policía para dispersarla. Eran huelguistas, huelguistas enojados. Bloquearon el tráfico, detuvieron los ruidosos tranvías, se lanzaron a la boca de West Street, abucheando y maldiciendo a los soldados cuya amenazadora línea de

bayonetas se extendía a través de esa vía a mitad de camino hacia el canal, protegiendo la detestada factoría Chippering. Bordeando la calle West, detrás de las casas de alojamiento de la Compañía en el canal, había almacenes y ciertos edificios bajos, y en sus tejados se podían ver tensas figuras de pie contra el cielo. La vanguardia de la multitud, empujada por el aumento de la presión desde atrás, superó el delgado cordón de la policía, se acercó más y más a las bayonetas, mientras los soldados se mantuvieron en su lugar. Se escuchó una voz en el tejado, una mujer en la primera fila de la multitud lanzó un grito de advertencia, y dos manguerazos rápidos de agua helada brotaron del parapeto del almacén y arrancando la nieve de los adoquines, volando en un caudal espeso dispersó y segó a los huelguistas y los empujó como moscas hacia la calle Faber. Gritos de miedo, maldiciones de desafío y odio se mezclaron con el silbido del agua y el ruido de su impacto en el suelo como el rasgado de una tela de lienzo pesada. Luego, desde algún lugar cerca del borde de la multitud, se produjo una sola y aguda detonación, seguida rápidamente por otra que se estrelló en una ventana debajo de los vigilantes del tejado. Las boquillas se movieron, barriendo arroyos en un gran semicírculo, rodeando a los manifestantes y alejándolos como si fuesen humo, y tan pronto como pasó la avalancha de agua, los policías que, prevenidos, habían buscado refugio a lo largo de las paredes, corrieron hacia adelante y se apoderaron de un hombre que yacía jadeando en la nieve. Aturdido, medio ahogado, había dejado caer su pistola. Lo esposaron y lo arrastraron a través de las filas de soldados, que se abrieron para que pasara la muchedumbre, incluidos los que habían sido abatidos, magullados y empapados, y que se habían levantado de nuevo dolorosamente, habían retrocedido más allá del alcance del agua, y durante un tiempo se mantuvieron en el terreno, hasta que sobre sus roncas y desafiantes maldiciones escucharon, desde atrás, el palpitar de los tambores.

"¡Cosacos! ¡Más cosacos!

El grito fue realizado por canadienses, italianos, belgas, polacos, eslovacos, judíos y sirios. Los tambores se hicieron más fuertes, la presión de la parte trasera se relajó, la multitud en la calle Faber comenzó a retirarse en dirección a la central eléctrica. Por esa calle, ahora en poco tiempo, se situaron tres compañías de la milicia de Boston, recién llegadas a Hampton, uniformados de azul, con polainas y con el sombrero calado. Desde columnas de a cuatro se alinearon, y con las bayonetas caladas avanzaron lentamente. Luego, la gente más atrevida, que aún se demoraba, cedió sin prisas, despejó West Street, y en la amplia calle, la larga línea de tráfico, los coches atascados comenzaron a moverse de nuevo...

Janet se había movido entre la gente lo suficiente para poder ver los tejados de la calle Oeste, la rociada de agua, escuchar los gritos, las maldiciones y luego los disparos. Una vez más sintonizó con la rabia contagiosa de la turba; el espectáculo la había enfurecido; parecía ignominioso, repugnante que seres humanos, que ya eran lo suficientemente miserables, pudieran ser utilizados así. Mientras se retiraba a regañadientes a través de los coches, su atención se dirigió hacia un hombre a su lado, un eslovaco. Su rostro era blanco y enjuto y su ropa estaba mojada. De repente se detuvo, se volvió y agitó el puño hacia la línea de soldados.

"¡El cosaco y el policía pertenecen al jefe, al capitalista!", exclamó. “No hemos conseguido ningún derecho a vivir. ¡Yo digo, mata al capitalista, mata a Ditmar!

Un hombre con un escudo de diputado corrió hacia ellos.

"¡Adelante!", Dijo brutalmente. "Sigue, o te detendré". Y Janet, una vez alejada de la gente, huyó hacia el oeste, las palabras que el extranjero había pronunciado resonaban en sus oídos. Se encontró a sí misma repitiéndolas en voz alta, "¡Maten a Ditmar!" Mientras se apresuraba a través del crepúsculo al pasar por la casa de máquinas con sus chimeneas en forma de botella, y cruzó el pequeño puente sobre el arroyo al lado de la fábrica de chocolate. Ganó la avenida que había caminado con Eda en ese día de verano del circo. Aquí estaba la tienda del trapero, la cerca cubierta con carteles desaliñados, el grandioso desierto abandonado del parque de béisbol extendido con un manto de nieve azul lechoso; y más allá, las monótonas casas de campo todas construidas a partir del mismo modelo. Ahora vio que se alzaba sobre ella el contorno de la colina Torrey borrosa y fundiéndose en un cielo cada vez más oscuro y convirtiéndose en un camino sombrío donde estaba el Hall Hampton Franco-Belga, sede de los Trabajadores Industriales del Mundo. Se detuvo un momento al ver a la multitud de huelguistas merodeando delante de él, luego continuó con entusiasmo, mezclándose con ellos al lado del pequeño edificio. Sus líneas eran simples y sin pretensiones, y sin embargo, tenían un carácter exótico propio, que difería mucho de las casas circundantes: podría haber sido transportado desde un país extranjero y establecido aquí. Como hogar de esa extraña sociedad cooperativa de belgas ahorradores y gregarios, estimuló su imaginación; ya había mirado una vez antes, como ahora, a través de las ventanas amarillentas con forma de linterna de una pequeña tienda a las mujeres y los niños que esperaban para llenar sus cestas con las provisiones del día. En el centro del edificio había una entrada que conducía al segundo piso. En seguida reunió el coraje para entrar. Su corazón latía con fuerza mientras subía las oscuras escaleras y empujaba la puerta para

abrirla quedándose un momento en el umbral, casi ahogada por el humo del tabaco, desconcertada por la escena interior, confundida por el ruido. A través de una bruma de humo vio a grupos de extranjeros morenos que disputaban ferozmente entre ellos, aparentemente al borde del combate real, mientras que un grupo de espectadores silenciosos de ambos sexos se situaba en la parte posterior de la sala. En el otro extremo había un escenario, decorado con un paisaje selvático pintado, y sentado allí, solo, por encima de la confusión y la disputa, con una calma y un desprendimiento casi desconcertante, había un hombre robusto con cabello largo y una corbata negra suelta. Estaba fumando un cigarro y leyendo un periódico que arrojó en el momento, tomando otro de un montón en la mesa junto a él. De repente, uno de los grupos, gritando y gesticulando, se acercó a él e hizo una apelación a través de su intérprete. Él no parecía estar escuchando; sin apenas bajar su periódico, pronunció unas pocas palabras en respuesta, y el grupo se retiró, satisfecho. Por algún poder incomprensible él dominaba. Jadeando fascinada, reacia a irse, pero temerosa, Janet lo observaba, respirando ahora profundamente esta atmósfera de humo, de conflicto y de agitación. Ella se encontraba agradecida por la huelga; la batalla también estaba en su propia alma. Por un momento se había olvidado de Rolfe, que había estado en su mente mientras llegaba hasta allí, y luego lo vio en un grupo en el centro del pasillo. La vio, se dirigía hacia ella, le sujetaba las manos, miraba su rostro con ese aire de apropiación, de posesión que recordaba. Pero ahora no sentía resentimiento, solo un feroz júbilo por haberse atrevido.

"¡Has venido a unirte a nosotros!", Exclamó. "Pensé que te había perdido".

Se inclinó más cerca de ella para que ella pudiera oír.

"Estamos teniendo una reunión del Comité", dijo, y ella sonrió. A pesar de su agitación, esto le pareció gracioso y Rolfe le devolvió la sonrisa. "Uno no lo pensaría, pero Antonelli sabe cómo manejarlos. Él es un general. Ven, te alistaré, serás mi recluta”.

"¿Pero qué puedo hacer?", Preguntó.

"He estado pensando. Dijiste que eras estenógrafa. Necesitamos taquígrafos. No serás desperdiciada. Entra aquí."

Detrás de ella, dos habitaciones en forma de caja que ocupaban el ancho del edificio se habían convertido en oficinas, y Rolfe la condujo a una de ellas. Los hombres y las mujeres entraban y salían, mientras que en una esquina, un hombre detrás de un escritorio abría sobres, extraía hábilmente facturas y pedidos de correos y los ponía en un cajón. En la pared de esta misma habitación había una librería medio llena de volúmenes indescriptibles.

"La biblioteca es francesa debido a que es la biblioteca de la Asociación Cooperativa Franco-Belga", explicó Rolfe. "Y este es el camarada Sanders. Sanders es más fácil de decir que Czernowitz. Aquí está la joven de la que te hablé, que desea ayudarnos, la señorita Bumpus".

El señor Sanders dejó de contar dinero el tiempo suficiente para sonreírle.

"Usted será bienvenida", dijo, en buen inglés. “Los estenógrafos son escasos aquí. ¿Cuando puedes venir?"

"Mañana por la mañana", respondió Janet.

"Bien", dijo. Tendré una máquina para ti. ¿Qué tipo usas?"

Ella se lo dijo. Instintivamente, se enamoró de este hombrecito, de camisa de franela y corbata púrpura descolorida, cuya cara azul y sin afeitar y su pelo negro despeinado parecían incongruentes con una actitud alerta, profesional y eficiente. Su nariz, aunque no marcadamente judía, traicionaba en él la sangre de esa raza vital que ha sobrevivido triunfalmente durante tantos siglos de esclavitud y opresión.

"Fue un hallazgo, Czernowitz se llama a sí mismo Sanders", explicó Rolfe, cuando entraron en el salón una vez más. “Un operario en el Patuxent, educado a sí mismo, asistió a la escuela nocturna, podría haber sido un capitalista como muchos de su tribu si no hubiera amado a la humanidad. Te llevarás bien con él.

"Estoy seguro de que lo haré", respondió ella.

Rolfe sacó de su bolsillo un pequeño alfiler rojo con las letras IWW impresas en él. Él lo colocó, acariciando, en su abrigo.

"Ahora eres una de nosotros", exclamó. "¿Vendrás mañana?"

“Voy a venir mañana,” repitió ella, apartándose de él un poco.

"¿Y seremos amigos?"

Ella asintió. "Debo irme ahora, creo."

“¡Addio!” Dijo. "Te buscaré. Por el momento debo permanecer aquí, con el Comité".

Cuando Janet llegó a la calle Faber, se detuvo en la esquina de Stanley para mirar por la ventana de la droguería. Pero ella no prestó atención a la papelería, a los artículos y los dulces que se exhibían allí, al estar en un estado emocional que reduce a la irrealidad los objetos del mundo cotidiano. Sin embargo, al momento se dio cuenta de que había un hombre a su lado.

"¿No nos hemos visto antes?", preguntó. "¿O puedo estar equivocado?"

Una nota burlona y extrañamente familiar en su voz se agitó, cuando ella se volvió hacia él, un recuerdo perdido. La mirada de halcón, a la vez que benévola e iluminadora que le dirigió a ella, le recordó al hombre de Silliston, de quien ella había pensado que era un carpintero, aunque ahora estaba vestido con un traje de lana gris, y llevaba un cuello blanco y bajo.

“¡En Silliston!” Exclamó ella. "¿Pero qué estás haciendo aquí?"

“Bueno, en este instante solo estaba mirando a esos papeles, preguntándome cuál debería elegir si realmente tuviera buen gusto. Pero es muy desconcertante cuando uno viene del campo ¿no?. El azafrán con los bordes ásperos es muy artístico. ¿No te parece?

Ella lo miró y sonrió, aunque su rostro estaba serio.

"Realmente no te gusta", le informó ella.

"Ahora estás reflexionando sobre mi gusto", declaró.

"Oh no, es porque vi la cerca que estabas haciendo. ¿Ya está terminada?

“Puse la última piña en su lugar el día antes de Navidad. ¿Te acuerdas de las piñas?

Ella asintió. "¿Y la casa? ¿Y el jardín?

"Oh, eso nunca se terminará. No debería tener nada más que hacer".

"¿Eso es todo lo que haces?" Preguntó ella.

“Es más importante que cualquier otra cosa. ¿Pero has vuelto a Silliston desde que te vi? He estado esperando que volvieras.

"Ni siquiera has pensado en mí desde entonces", la conmovió responder con el mismo espíritu.

"¿Es así?", exclamó. "Me pregunté, cuando vine a Hampton, si no podría conocerte y aquí estás. ¿Eso lo prueba?

Ella se echó a reír, algo sorprendida por la facilidad con que la había desviado, sacándola de su humor tenso y emocional cuando la había abordado. Como antes, la desconcertó, pero la ausencia de cualquier sugerencia coqueta en su conversación le dio confianza. Él era simplemente amable.

"Con frecuencia esperé poder verte en Hampton", se aventuró.

"Bueno, y aquí estoy. Escuché la explosión y vine.

"¡La explosión! ¡La huelga!”, exclamó; de repente iluminada. "¡Ahora recuerdo! Dijiste algo acerca de que Hampton era nitroglicerina humana. ¡Predijiste esta huelga!"

¿Lo hice? Tal vez lo hice”, asintió. "Tal vez usted sugirió la idea".

“¡La sugerí! Oh no, no era nuevo para mí, me asustaba en ese momento, pero me hizo pensar en muchas cosas que nunca se me habían ocurrido".

"Podrías haber sugerido la idea sin intención de hacerlo, sabes. Hay ciertas personas que inspiran profecías, quizás tú eres una”.

Su tono era juguetón, pero ella se apresuró a entender la inferencia ya que su mirada estaba fija en alfiler-insignia rojo que llevaba puesto.

"¡Quiso decir que yo también explotaría!"

"Oh, no, nada tan terrible como eso", dijo. "Y, sin embargo, la mayoría de nosotros tiene explosivos almacenados dentro de nosotros, instintos, impulsos y todo ese tipo de cosas que no resisten demasiado".

"Sí, me he unido a la huelga". Ella habló un tanto desafiante, aunque tenía la inquietante sensación de que el desafío estaba algo fuera de lugar con él. “Supongo que te parecerá extraño, ya que no soy extranjera y no he trabajado en los telares. Pero no veo por qué eso debería hacer una diferencia si crees que los trabajadores no han tenido una oportunidad".

"No hay diferencia", estuvo de acuerdo, agradablemente, "no hay diferencia en absoluto".

"¿No simpatizas con los huelguistas?" Insistió ella. "¿O estás del otro lado, del lado de los capitalistas?"

"¿Yo? Soy un espectador, un espectador inocente.

"¿No simpatizas con los trabajadores?", gritó.

"De hecho lo hago. Simpatizo con todos".

"¿Con los capitalistas?"

"¿Por qué no?"

"¿Por qué no? Debido a que han tenido todo a su disposición, han explotado a los trabajadores, los han engañado y los han oprimido, han tomado todos los beneficios”. Ella estaba usando con destreza su recién aprendida terminología laboral.

"¿No es una buena razón para simpatizar con ellos?", Preguntó.

"¿Qué quieres decir?"

“Bueno, creo que podría ser difícil ser feliz y haber hecho todo eso. En cualquier caso, no es mi noción de felicidad. ¿Es la tuya?"

Por un momento ella consideró esto.

"No, no exactamente", admitió. "Pero parecen felices", insistió con vehemencia, "tienen todo lo que quieren y hacen exactamente lo que ambicionan sin considerar a nadie excepto a sí mismos. ¿Qué les importa

cuántos mueren de hambre y pasan miserias? Tú no lo sabes, ¡no puedes saber qué es ser manejado, usado y arrojado lejos!

Casi en lágrimas, ella no se dio cuenta de su mirada perpleja y desconcertada.

"Los operarios, los trabajadores crean toda la riqueza y los capitalistas se la quitan a ellos, a sus esposas y a sus hijos".

"Ahora sé lo que has estado haciendo", dijo acusadoramente. "Has estado estudiando economía".

Su frente se frunció.

"¿Estudiando qué?"

“La distribución de la riqueza. Es suficiente para molestar a cualquiera".

"Pero no estoy molesta", insistió, sonriendo a pesar de sí misma ante su cómica preocupación.

"Es muy emocionante. Recuerdo haber leído un libro una vez sobre economía y cosas así, y no pude dormir por una semana. Se llamaba 'La Organización de la Felicidad', creo, y describía cómo debería organizarse el mundo y cómo no. Pensé seriamente en ir a Washington y decirle al Presidente y al Congreso sobre esto”.

"No habría servido de nada", dijo Janet.

"No; me di cuenta de eso".

"Lo único que hará algún bien es luchar y seguir golpeando hasta que los trabajadores sean dueños de las fábricas y puedan gestionarlas".

"Es muy simple", estuvo de acuerdo, "mucho más simple que el libro que leí. Eso es lo que llaman sindicalismo, ¿no es así?

"Sí". Ella era consciente de su amistad, del hecho de que su escepticismo no era cínico, pero sentía un fuerte deseo de convencerlo, de reivindicar su nuevo credo. “Hay un hombre llamado Rolfe, un hombre educado que ha vivido en Italia e Inglaterra, que lo explica maravillosamente. Es uno de los líderes de la IWW. Deberías escucharle".

"¿Rolfe te convirtió? Iré a escucharlo.

"Sí, pero hay que sentirlo, hay que saber qué es lo que hay que mantener y aplastar". Si solo te quedaras aquí un rato.

"Oh, tengo la intención de hacerlo", respondió.

Ella no podría haber dicho por qué, pero sintió un cierto alivio al escuchar esto.

"Entonces lo verás por ti mismo", gritó ella. "Supongo que para eso has venido, ¿no?"

"Bueno, en parte. A decir verdad, he venido a abrir un restaurante”.

“¡Para abrir un restaurante!” De alguna manera, ella no pudo imaginarlo como el propietario de un restaurante. "¿Pero no es un mal momento?" jadeó ella.

"No me parece que tuviera buen ojo para los negocios, ¿verdad? Pero lo tengo. No; es un buen momento para que muchas personas tengan hambre, especialmente los niños. Voy a abrir un restaurante para niños. Oh, será muy modesto, por supuesto, supongo que debería llamarlo un comedor de beneficencia".

"¡Oh!" Exclamó ella, mirándolo fijamente. "Entonces realmente…" la oración quedó sin terminar. "Lo siento", dijo ella simplemente. "Me hiciste pensar…"

“Oh, no debes prestar atención a lo que digo. Ven a ver mi establecimiento, en el número 77 de la calle Dey, un vuelo arriba, sin ascensor. ¿Podrías?"

Ella se rió trémulamente cuando él tomó su mano.

"Sí, lo haré", prometió. Y ella se quedó un rato mirándolo fijamente. Se alegró de que hubiera venido a Hampton y, sin embargo, ni siquiera sabía su nombre.

CAPÍTULO XVI

Había conseguido otra ocupación, tal fue la explicación de sus nuevas actividades que Janet le había dado a Hannah, quien la recibió de forma pasiva. Y la pregunta temida sobre Ditmar nunca se hizo. Hannah se había convertido en una niña, realizando sus tareas por el impulso de la costumbre, hablando ocasionalmente simplemente de asuntos triviales y cotidianos, como si la vieja vida continuara su rutina. A veces, de hecho, ella traicionó su preocupación por Edward, preguntándose si él estaba cómodo en la fábrica, y ella lavó y zurció la ropa que él enviaba a casa por mensajero. Ella esperaba que él no se cogiera frio. Su sufrimiento parecía haberse relajado. Era como si la porción torturada de su cerebro hubiera sido quemada. Para Janet, la condición de su madre cuando tuvo tiempo de pensarlo, fue a la vez un alivio y una nueva y terrible fuente de ansiedad.

Afortunadamente, sin embargo, tuvo poco tiempo para reflexionar sobre esa tragedia, de lo contrario, su propia cordura podría haber estado en peligro. Tan pronto como terminó el desayuno, se apresuró a cruzar la ciudad hacia el salón franco-belga, y a menudo no regresaba hasta las nueve de la noche, generalmente tan cansada que se hundía en la cama y se quedaba dormida. Porque se entregó a sus nuevas labores con la desesperada energía que busca el olvido, sin atreverse a detenerse a pensar en sí misma, a reflexionar sobre lo que el futuro podría depararle cuando la huelga hubiese terminado. Tampoco se limitó a escribir a máquina, sino que, como con Ditmar, asumió constantemente una mayor carga de obligaciones, ayudando a Czernowitz, que con sus cuentas realizaba el trabajo de cinco hombres, distribuyendo los fondos al número cada vez mayor de personas necesitadas que se enfrentaban a la inanición. El dinero se les pagaba en proporción al tamaño de sus familias; a medida que la huelga se hizo más y más efectiva, su número aumentó, ya que otras muchas fábricas cerraron; otras manufacturas, incluyendo el Chippering, todavía estaban haciendo un intento desesperado de operar sus telares. Dieciséis mil trabajadores estaban inactivos. Ella se multiplicó para conocer a estos agentes que fluían todo el día en una corriente constante a través de la Sede Central; escuchó sus historias, entró en sus vidas, tomó decisiones. Algunos, incluso en los primeros días de la huelga, fueron fraudulentos; estaban escondiendo sus ahorros; pero en su mayor parte la

investigación reveló su miseria y su resolución para sufrir por la causa de los trabajadores. Algunos se quejaron, la mayoría se resignó; algunos, de hecho, mostraron exaltación y fuego, fueron denodados en la tarea de los piquetes en las frías mañanas, por la presencia de los soldados. En este trabajo de tratar con los operarios, Janet recibió el consejo y la ayuda de Anna Mower, una joven que ella misma había sido trabajadora experta en la fábrica de Clarendon, y que daba evidencia de cualidades inusuales de organización y liderazgo. Anna, sin práctica previa en oratoria, había desarrollado repentinamente el don de hacer discursos efectivos con sus "compañeros de trabajo" porque no habían sido estudiados, porque fluían directamente de una experiencia que estaba aprendiendo a interpretar y universalizar. Janet, que la escuchó una o dos veces, la admiraba y la envidiaba. Se hicieron amigas.

La atmósfera de excitación en la que Janet se encontraba ahora era acumulativa. Día a día, un evento extraño seguía a otro y, a veces, parecía como si esta extraordinaria existencia en la que estaba sumida fuera todo un sueño febril. Aquí, a la pequeña sala de reunión del Salón franco-belga, llegaron notables del gran mundo, emisarios de un gobernador inquieto, delegaciones de la Legislatura, miembros del Congreso de los Estados Unidos e incluso senadores; estudiantes, investigadores, hombres y mujeres prominentes de las universidades, escritores de revistas para hablar de los líderes de una rebelión que desafiaba y trastornaba los poderes que hasta entonces habían gobernado tan firmemente, sin oposición. Rolfe identificó a estos visitantes, y una mañana llamó su atención hacia uno que, según él, era la principal autoridad nacional en ciencias sociales. Janet poseyendo inconscientemente toda la admiración de Nueva Inglaterra por la sabiduría, se sintió conmovida al ver a esta persona de aspecto distinguido que estaba sentada en el escenario, limpiando sus lentes y hablando con Antonelli. Los dos hombres hacían un curioso contraste. Pero sus días estaban llenos de contrastes y su estado de ánimo era exaltado. Los políticos fueron recibidos con cautela. La actitud de Antonelli hacia estos, quienes buscaban actuar como intermediarios en el conflicto, era despectiva; se comportaba como el general de un ejército conquistador, y su audacia se reflejaba en los otros líderes, en Rolfe y en el propio Comité.

Ese Comité, una fuente interminable de maravillas para Janet, con sus casi veinte nacionalidades e intérpretes, fue un verdadero triunfo sobre los obstáculos de la raza y el idioma, un éxito sobre la Babel en una comunidad de tradiciones anglosajonas; una anomalía sorprendente. Las costumbres del oeste, los monos, abrigos y suéteres, los sombreros y gorras holgadas, los llamados *Derbies* bajados sobre las cejas oscuras y los ojos brillantes prestaban

a estos tipos campesinos una incongruencia que tenía aire de ferocidad. Las caras de la mayoría de ellos estaban cubiertas con un rastro azul-negro de barba. Algunos se encorvaban en sus sillas, otros se paraban y hablaban en grupos, gesticulando con cigarros y pipas; sin embargo, un espectador entusiasta, después de observarlos durante un rato a través del humo, podría haber podido distinguir las personalidades más impactantes. Seguramente se habría fijado en Froment, el hombre corpulento y cojo bajo cuyas cejas blancas brillaban un par de ojos azul lívido y peculiarmente galo que sostenía a los belgas en su mano; Lindtzki, el polaco, con cara de fanático; Radeau, el gran canadiense venido de Mackinaw; y Findley, el joven norteamericano, sorprendente menos por cualquier característica que por una expresión sugestiva de sabiduría práctica.

Imagínese entonces, en una tarde en la fase media de la huelga, alrededor de media docena de legisladores de un estado soberano, con sombrero de copa y tradicionalmente vestidos de negro, acostumbrados a la autoridad, a otorgar favores en lugar de solicitarlos, subir la escaleras empinadas y hacer una pausa en el umbral de ese salón, tocando sus cadenas de reloj, esperando el reconocimiento de los representantes de la nueva y desconcertante fuerza que había surgido en esa comunidad histórica. Un "debate" estaba en curso. Algunos de los que discutían, de hecho, miraron por encima de sus hombros, pero el líder, que estaba sentado algo por encima de ellos enmarcado en el escenario selvático, ni siquiera se dignó a levantar la vista de su periódico. Un cigarro a medio quemar rodó entre sus labios móviles, tenía un aire napoleónico; nietzscheano, se podría decir aunque es seguro afirmar que estos próceres de instituciones estadounidenses sabían poco sobre el terrible filósofo que había alzado su voz contra la "moral esclavista del cristianismo". Fue su primera experiencia con el superhombre... El canadiense Radeau, cuando llegó una pausa en el alboroto, sugirió que se les dieran sillas a los caballeros.

"Claro, dadles sillas", asintió Antonelli con voz ronca por el discurso. Sorprendió la audacia a ciertos espectadores que habían seguido a la delegación hasta aquí, algunos de los cuales no pudieron abstenerse de especular si anunciaba el desguace final de la maquinaria del estado; divirtiéndose con los cínicos reporteros metropolitanos, que se sonrieron unos a otros mientras se preparaban para acabar con los procedimientos; evocando una feroz aprobación en los pechos de todos los rebeldes, entre los que se encontraba Janet. El Presidente Legislativo, un caballero robusto y suave de nacimiento irlandés, procedió a explicar cuán preocupada estaba la Legislatura por que cesara la deplorable guerra dentro

del estado; habían venido, declaró, a ayudar a hacer justicia entre el trabajo y el capital.

"Obtendremos justicia sin la ayuda del estado", comentó Antonelli con brusquedad, mientras un murmullo de aprobación corría por la parte posterior de la sala.

Esa era la actitud que había esperado, dijo el presidente. Sabía que una huelga como ésta había engendrado amargura, había habido mucho sufrimiento, sin duda sacrificios en ambos lados, pero estaba seguro de que si el Sr. Antonelli y el Comité aceptaban sus servicios aquí, lo conseguirían.

¿Los dueños de los telares han aceptado sus servicios?

El presidente se aclaró la garganta.

El hecho era que los propietarios de las fábricas eran más difíciles de reunir. Se organizaría una reunión.

"Cuando organice esa reunión, avíseme", dijo Antonelli.

Una risa recorrió la habitación. Sin duda, fue muy difícil mantener el temperamento bajo tal tratamiento. El presidente lo miró.

"Se arreglará una reunión", declaró, con una expresión de gran paciencia. Incluso sonrió un poco.

"Mientras tanto ¿Qué puede hacer su comité?" Exigió apasionadamente uno de los líderes de la huelga; fue Findley. “Si encuentra que una parte está equivocada, ¿puede su Estado obligarla a hacer lo correcto? ¿Pueden los legisladores ser imparciales cuando no han vivido la amarga vida de los trabajadores? ¿Árbitros de una cuestión de vida o muerte? ¿Y son los peores salarios pagados en estas fábricas algo menos que la muerte? ¿Investigáis porque las condiciones son malas? ¿O porque los trabajadores se cansaron y lucharon? ¿Por qué no vinisteis antes de la huelga?

Esto atrajo más aprobación de la parte trasera. ¿Por qué de hecho? El presidente era hábil, se había retirado de muchas emboscadas en la Cámara de la Asamblea, pero ahora comenzó a transpirar, a hurgar en las colas de su chaqueta en busca de un pañuelo. La Legislatura, sostuvo, no podía comprometerse a investigar tales asuntos hasta que se le llamara la atención...

Más tarde, un caballero alto, a quien el cielo no había bendecido con tacto, consideraba oportuno deplorar la violencia que había ocurrido; no dudaba de que los líderes de la huelga lo lamentaban tanto como él, confiaba en que se detendría, cuando la opinión pública estuviera total y sin reservas al lado de los huelguistas.

"¡Opinión pública!", Gritó salvajemente Lindtzki, que hablaba inglés con un ligero acento. "Si su niño pequeño, si su niña pequeña se le acercara a usted y le pidiera zapatos o pan y usted le dijera: 'No tengo zapatos, no tengo pan, pero la opinión pública está con nosotros', ¿eso lo satisfaría?"

Esto provocó tanto aplauso que el alto legislador se sentó de nuevo con una expresión de disgusto en su rostro...

El Comité se retiró, y durante muchas semanas el Estado al que representaban continuó pagando unos cuatro mil dólares diarios para mantener sus soldados en las calles de Hampton...

Mientras tanto, Janet veía mucho a Rolfe. Debido a su fácil dominio del lenguaje, se adaptó de manera peculiar para redactar esas proclamas, formuladas grandiosamente al estilo francés, emitidas y distribuidas por el Comité de Huelga, haciendo un llamamiento al ejército políglota para que aguantase las punzadas del hambre, para que aguantase los términos establecidos, las garantías de que la victoria está a la mano. Caminando arriba y abajo por la biblioteca, con las manos detrás de la espalda, sus labios rojos brillando mientras hablaba, dictó estos documentos a Janet. En el éxtasis de esta composición, tenía una manera de sacudir la cabeza lentamente de lado a lado, y cuando levantó la vista vio que sus ojos ardían hacia ella. Una docena de veces al día, mientras ella estaba en su otro trabajo, él entraba y le hablaba. Él la excitaba, ella estaba dividida entre la atracción y el miedo hacia él, y a menudo le molestaba su simple suposición de que existía un vínculo entre ellos, sobre todo porque esto parecía darse por sentado entre algunos de sus compañeros asociados. En sus ojos, aparentemente, ella era la recluta de Rolfe en más de un sentido. De hecho, era una sociedad extraña en la que se encontraba, y Rolfe la tipificó. Vivió en el plano de los impulsos y el intelecto, descartado los factores inhibidores que se denominan estándares morales, condenando la disciplina individual y la moderación. Y mientras ella nunca había considerado estas cosas, el espectáculo de una filosofía encarnada en él, que franca y cínicamente los arrojaba por la borda fue desconcertante. La consideraba su prosélita, la llamaba puritana, y parecía más preocupado por el hecho de que ella debería arrojar estas reliquias de un código ancestral que adquirir las doctrinas de Sorel y Pouget. Y sin embargo, la asociación con él presentaba el atractivo de una aventura peligrosa. Intelectualmente la fascinaba; y aún otro motivo que ella parcialmente ocultó de sí misma le impedía repelerlo. Ese motivo tenía que ver con Ditmar. Intentó apartar a Ditmar de su mente; buscó desesperada, no solo mantenerse ocupada, sino también adentrarse y perderse en ese feroz credo como un antídoto para el dolor insistente y palpitante que yacía emboscado en sus

momentos de inactividad. La segunda noche de su instalación en la sede central había trabajado más allá de la hora de la cena, ayudando a Sanders con sus cuentas. Ella no quería ir a casa. Y cuando por fin se puso el sombrero y el abrigo y entró en el salón, Rolfe, que había estado hablando con Jastro, se le acercó de inmediato. Sus ojos líquidos la miraron solícitamente.

"Debes tener hambre", dijo. "Sal conmigo y cenemos un poco".

Pero ella no tenía hambre; lo que necesitaba era aire. Luego caminaría un poco con ella, quería hablar con ella. Ella vaciló, y luego consintió. Una feroz esperanza había vuelto a tomar posesión de ella, y cuando llegaron a Warren Street se volvió hacia ella.

"¿Hacia dónde vas?" preguntó Rolfe.

"A dar un paseo", dijo ella. "¿No vienes?"

"¿Cenarás después?"

"Quizás."

Él la siguió, desconcertado, pero picado y emocionado por sus modales, ya que con pasos rápidos se apresuraba a lo largo de la acera. Trató de decirle lo que su amistad significaba para él; eran, según él, almas gemelas desde la primera vez que la había visto en el Common; lo había sabido. Apenas lo oyó, estaba pensando en Ditmar; ¡Y esta era la razón por la que había llevado a Rolfe a Warren Street para que pudieran encontrarse con Ditmar! ¡Era posible que él estuviera yendo al molino en este momento, después de su cena! Ella escrutó a cada figura distante, y cuando llegaron a la manzana en la que él vivía, ella caminaba más despacio. Desde el interior de la casa llegaron a ella, débilmente, las notas de un piano que su hija Amy estaba practicando. Era la música, un tema trillado de Schubert, la que parecía despertar la emoción compuesta de rabia y odio, pero de atracción sostenida y arrepentimiento salvaje que había sentido antes, pero que nunca encontró tan conmovedor como ahora. Y ella se demoró, resolvió perversamente sumergirse en la agonía.

"¿Quién vive aquí?", Preguntó Rolfe.

"El señor Ditmar”, respondió ella.

“¿El gerente del Chippering Mill?”

Ella asintió.

"Es el peor de todos", dijo Rolfe enojado. “Si no fuera por él, hoy tendríamos esta huelga ganada. Es dueño de este pueblo, que dirige para que se ajuste a sí mismo, que endurece a los otros propietarios y mantiene las otras fábricas en

línea. Es un conductor, el tipo de hombre del que debemos deshacernos. Míralo, vive en el lujo mientras su gente se muere de hambre".

“¡Deshaceros de él!”, Repitió Janet, con voz extraña.

"Oh, no queremos hacerle daño", declaró Rolfe. "Pero, por lo que sé, alguno de estos esclavos a los que ha hecho desesperados podría vengarse de él".

"Ellos no se atreverían a dispararle", dijo Janet. Y sea lo que sea, no es un cobarde. Es más fuerte que los demás, es un hombre".

Rolfe la miró con curiosidad.

"¿Qué sabes de él?", preguntó.

"Lo sé todo acerca de él. Yo era su taquígrafa.

"¡Tú! ¡Su taquígrafa! ¿Entonces por qué estás aquí con nosotros?

"¡Porque lo odio!", Gritó con vehemencia. “Porque he aprendido que es cierto lo que dices sobre los jefes, solo piensan en sí mismos y en su clase, y no en nosotros. Nos usan a todos.

“¡Intentó usarte! ¡Lo amabas!”

“¿Cómo te atreves a decir eso?”

Él retrocedió ante su ira.

"No quise ofenderte", exclamó. "Estaba celoso. Estoy celoso de todos los hombres que has conocido. Te deseo. Nunca he conocido a una mujer como tú.

¡Eran las mismas palabras que Ditmar había usado! Ella no respondió, y durante un rato caminaron en silencio, dejando la calle Warren y atravesando la ciudad hasta llegar a un rinconcito a la vista del Common. Rolfe se acercó más a ella.

"¡Perdóname!", Suplicó. "Sabes que no te ofendería. Vamos, cenaremos juntos y te enseñaré más cosas que tienes que saber".

"¿Dónde?" Preguntó ella.

"En el Hampton; es un pequeño café donde vamos todos. Quizás hayas estado allí.

"No", dijo Janet.

“No se compara con los cafés de Europa o de Nueva York. Quizás vayamos a ellos alguna vez, juntos. Pero es acogedor y cálido, y todos los líderes estarán allí. Vendrás, ¿sí?

"Sí, voy a ir", dijo ella...

El Hampton era uno de los hoteles de segunda clase de la ciudad, pero lo suficientemente pretencioso como para tener, en su sótano, una "cafetería"

amueblada en el estilo de "misión" con tachuelas de latón y cuero rojo mate. En el aire cálido, con olor a comida, fantásticas oleadas de humo fluían sobre los grupos; entre ellos, Janet distinguió a varios de los líderes itinerantes del sindicalismo, con lazos sueltos, *debonnair*, que daban una tremenda impresión de libertad mientras se reían y conversaban con las mujeres. Porque había mujeres, desde la temible Nellie Bond hasta aquellas que podrían ser designadas como seguidoras de campamentos. Rolfe, mientras conducía a Janet a una mesa en un rincón de la sala, saludó a sus compañeros con una camaradería fácil. De la señorita Bond recibió una sonrisa iluminadora. Janet se preguntaba por su sorprendente buena apariencia, con la audacia y el abandono con que hablaba con Jastro o intercambiaba ocurrencias a través de la habitación. El ambiente de este turbio refugio, antes frecuentado por vendedoras y vendedores ambulantes, se transformó mágicamente por la presencia de esta gente, haciéndose bohemio, cosmopolita, estimulante. Y Janet, con la cara enrojecida, se quedó mirando la escena, mientras Rolfe consultaba la carta y pedía un bistec y papas fritas al apático camarero de sucia chaqueta de lino a quien se dirigió como "compañero". Janet protestó cuando pidió unos cócteles, "Debes aprender a vivir, a relajarte, a disfrutar", declaró.

Pero un licor horroroso la mantuvo firme en su negativa. Rolfe bebió el suyo y, mientras esperaban el bistec, ella se quedó callada, presa de ciertas dudas que de pronto la asaltaron. Lise, recordó, había mencionado este lugar a veces, aunque prefería el Gruber; y se sorprendió por el contraste entre este espectáculo y la severidad de la lucha que estas personas habían venido a alentar y sostener; el conflicto en las calles, el sufrimiento en las viviendas. Miró a Rolfe, notando la forma en que fumaba los cigarrillos, sensualmente, como si tratara de exprimir todo lo que había antes de arrojarlo y encender otro. Una vez más, se sintió sorprendida por la anomalía de una religión que de hecho exigía entusiasmo, quizás sacrificios, pero no disciplina. Lo desechó en fragmentos, mientras reconocía las historias de ciertas personas en la sala: de Jastro, por ejemplo, dejando caer una pista en el sentido de que este evangelista y la dicha Bond vivían juntos en más que amistad.

“¿Entonces no crees en el matrimonio?” Preguntó ella, de repente.

Rolfe se rió.

"¿Qué es eso”, exclamó, "sino la supervivencia del sistema de propiedad? Es esclavitud, tabú; un dispositivo sostenido por la clase dominante para mantener a las mujeres en cautiverio, en superstición, al inducirlas a aceptarlos como un decreto de Dios".

“¿Los amos mismos lo respetaron alguna vez, o era otro decreto del Dios que predicaban a los esclavos? Lee la historia, y ya verás. Tenían sus amores, sus amantes. Lee los periódicos y descubrirás si lo respetan hoy. Pero ellos están muy ansiosos de que tú y yo lo respetemos y todos los demás mandamientos cristianos, porque nos impedirán estar descontentos. Dicen que debemos estar satisfechos con nuestra situación en este mundo en que Dios nos ha colocado, y obtendremos nuestra recompensa en el próximo".

Ella se estremeció un poco, no solo por las ideas enunciadas abruptamente, sino porque se le ocurrió que los otros debían dar por sentado una cierta relación entre ella y Rolfe... Pero al momento, cuando llegó la cena, estos sentimientos cambiaron. Estaba muy hambrienta, y el efecto de la comida y del café caliente fue disipar sus dudas y repugnancias, lanzar glamour a la aventura, restaurar a los argumentos de Rolfe un atractivo emocionante y seductor. Y con energía física renovada, comenzó a experimentar una vez más un sentido de comunión con estos espíritus libres y atrevidos que buscaban vengarse de sus errores y los suyos.

“Para nosotros que creamos no hay reglas de conducta, ni convenciones”, decía Rolfe, “no nos preocupan las opiniones de la clase media, de la burguesía. Para nosotros, hombres y mujeres están en igualdad. Es el miedo lo que ha coartado a los trabajadores, y ahora que lo hemos desechado, conocemos nuestra fuerza. Como dicen en Italia, *il mondo ea chi se lo piglia*, el mundo le pertenece al que es audaz".

"El italiano es un idioma hermoso", exclamó.

"Te enseñaré italiano", dijo.

"¡Quiero aprender mucho!", Suspiró.

"Tu alma está seca", dijo, en un tono de conmiseración. “La regaré, te voy a enseñar todo.” Sus palabras despertaron un eco débil, burlón. ¡Ditmar también tenía deseos de enseñarle!, pero ahora ella estaba fuertemente bajo el hechizo de las nuevas ideas que flotaban como espíritus brillantes y etéreamente más allá de su alcance y que ella trataba de comprender y correlacionar. A diferencia del código que Rolfe condenaba, no parecían estar separadas de la vida ni se oponían a ella, sino que entraban incluso en el más importante de sus elementos, el sexo. En referencia a ese otro código, Ditmar se había convertido en su amante, y porque estaba preocupado por su posición y la seguridad de la clase dominante había tratado de ocultar el hecho... Rolfe, con un cigarrillo entre los labios rojos, se echó hacia atrás en su silla, contemplando con sensualidad el evidente efecto de sus argumentos.

"¿Pero amor?" Ella interrumpió, cuando en ese momento él había comenzado a hablar de nuevo. Ella se esforzó por expresar una objeción femenina innata a las relaciones que se hacían y rompían por placer.

“El amor no es más que atracción entre los sexos, la fuerza vital que trabaja en nosotros. Y cuando cesa esa atracción, ¿qué queda? Esclavitud. La atadura horrible del matrimonio cristiano, en el que las mujeres prometen amar y obedecer para siempre".

“Pero las mujeres, las mujeres no son como los hombres. Una vez que se dan, no dejan de amar tan fácilmente. Ellas sufren”.

Él no pareció observar la amargura en su voz.

“Ah, eso es sentimiento", declaró, "algo que no molesta a las mujeres cuando tienen trabajo que hacer, trabajo inspirador. Se necesita tiempo para cambiar nuestras ideas, para aprender a ver las cosas como son”. Se inclinó hacia adelante con entusiasmo. “Pero aprenderás, eres como algunas de esas raras mujeres en la historia que han tenido el coraje de desechar las tradiciones. No fuiste hecha para ser una esclava..."

Pero ahora sus propias palabras, no las de él, sonaban en su cabeza, las mujeres no dejan de amar tan fácilmente, sufren. A pesar del nuevo credo que había abrazado con tanto entusiasmo y fiereza, en el que había buscado la liberación y el castigo, ¿seguía amando a Ditmar y sufría por él? Ella repudió la sugerencia, pero persistió mientras miraba los labios rojos de Rolfe y lo comparaba con Ditmar. ¡Amor! Rolfe podría llamarlo lo que llamaría la fuerza vital, la atracción entre los sexos, pero estaba resultando más fuerte que las causas y creencias. Él también le estaba haciendo el amor; como Ditmar, él quería usarla a ella y que se fuera cuando él se cansara. ¿No estaba suplicando por sí mismo en lugar de por la causa humana que profesaba? ¿Aprovecha su ignorancia y desesperación, su ansia de nuevas experiencias y conocimientos? La sospecha la enfermó. ¿Eran todos los hombres así? De repente, sin aparente premeditación o conexión, el pensamiento del extraño de Silliston entró en su mente. ¿Era así?... Rolfe se inclinaba hacia ella sobre la mesa, solícitamente. "¿Qué pasa?", Preguntó.

Su respuesta fue apática.

“Nada más que estoy cansada. Quiero ir a casa."

"No ahora", le rogó. "Es temprano todavía".

Pero ella insistió...

CAPÍTULO XVII

Al día siguiente, a la hora del mediodía, Janet llegó a la calle Dey. Allí, junto a las casas altas, cuyos altos pórticos con pilares sobresalían de las aceras oscuras, había casas más pequeñas de todas las edades y descripciones, y sus pisos inferiores estaban alterados para albergar tiendas; mientras que en medio de la manzana se alzaba un extraño edificio de madera con dos filas de ventanas de buhardilla que se adentraban en su techo agudo. Tenía un curioso parecido con un ayuntamiento de los Países Bajos. Frente a ella, la calle estaba llena de niños que miraban hacia la puerta donde un hombre estaba de pie observándolos. El extraño de Silliston. Hizo una carrera hacia él, una carrera que empujó a Janet contra la pared casi a su lado, y levantó las manos en fingida desesperación, impidiendo suavemente que los pequeños cuerpos se esforzaran para entrar. Se inclinó sobre ellos para examinar los números, impresos en una mesa de trabajo, que llevaban en sus pechos. Su voz era alegre, pero compasiva.

"Es difícil esperar, lo sé. Yo también tengo hambre", dijo. "Pero no todos podemos subir a la vez. ¡El edificio se caería! De uno a cien ahora, y los segundos cien serán los primeros para la cena. Eso es justo, ¿no?

Se levantaron decenas de manos.

"¡Tengo el veintinueve!"

"¡Soy el tres, señor!"

"¡Tengo el cuarenta y uno!"

Los dejó entrar, uno por uno, y subieron las escaleras ruidosamente, mientras agarraba a una pequeña niña envuelta con una bufanda rojo oscuro y la colocaba en los escalones sobre él. Le sonrió a Janet.

"Este es mi restaurante", dijo.

Pero ella no pudo contestar. Ella lo observó mientras él continuaba inclinándose sobre los niños, y cuando los más pequeños lloraban porque tenían que esperar, él les susurró al oído, sorprendiendo a uno o dos y haciéndolos reír. Algunos dejaron de llorar y se aferraron a él con una fe muda. Y una vez admitidos los cien elegidos, se volvió hacia ella.

"¿Se permiten visitas?"

"Oh cielos, sí. Ellos habrían venido de todos modos. Ahí arriba hay una, una señora muy buena de Nueva York, así que no sé qué decirle. Hable con ella por mí.

"Pero tampoco sabría qué decir", respondió Janet. Ella sonrió, pero estaba muy emocionada. "¿Que está haciendo ella aquí?"

"Oh, dando vueltas, tratando de conectar con la vida, ella es una de las desafortunadas desempleadas".

"¿Desempleada?"

"Una rica ociosa", explicó. "Tal vez puedas darle trabajo, alistarla en el IWW"

"No queremos ese tipo", declaró Janet.

"Ten piedad de ella", le suplicó. "Nadie los quiere, por eso son tan patéticos".

Ella lo acompañó por la estrecha escalera hasta un gran desván, cuya desnudez había sido atemperada por banderas estadounidenses. De las vigas del techo colgaban luces eléctricas improvisadas, y los niños ya estaban sentados en cuatro largas mesas, donde media docena de mujeres les proporcionaban cuencos esmaltados llenos de sopa humeante. La atacaron vorazmente, y la ausencia de conversación y las risas que normalmente acompañaban a las fiestas de los niños la conmovieron, como no lo había hecho otra cosa, por la miseria de los hogares de donde provenían estos pequeños. Los suministros que llegaban a Hampton, el dinero que se repartía en la sede no eran suficientes para aliviar el sufrimiento, incluso ahora. ¿Y si la huelga duraba meses? ¿Podrían aguantar…, ganar? En este estado de piedad, de ansiedad mezclada con aprecio y gratitud por lo que este hombre estaba haciendo, se volvió para hablarle, para percibir en la plataforma al final de la habitación a una dama sentada. Tan contundente era la curva de su espalda que su pose se parecía a una letra u colocada de lado, la brecha desde su rodilla hasta su cara estaba cerrada por un antebrazo delgado y una mano que sostenían unos anteojos, a través de los cuales miraba a los niños con un interés aparentemente absorto. Esta impresión de flexibilidad voluminosa se acentuaba de alguna manera por los grandes pendientes en forma de pera que colgaban de sus orejas, por una cierta opacidad en su traje negro y su sombrero. Lanzado a través de la mesa a su lado había un largo abrigo de piel gris. Producía una nota extraña aquí, presentando un extraño contraste con el amigo de Janet de Silliston, con su traje áspero y sus rasgos finos pero resistentes.

"Lo siento, no tengo una mesa para ti en este momento", decía. "Pero quizá me dejen tomar su orden", y él imitó la actitud obvia de un camarero. "¿Un poco de caviar fresco y una sopa clara, y luego un pescado?"

La señora bajó sus impertinentes y levantó una cara atractiva.

"Siempre estás bromeando, Brooks", lo reprendió, "¡incluso cuando estás haciendo cosas como esta! No puedo hacer que hables en serio, incluso cuando vengo de Nueva York para averiguar qué está pasando aquí".

"¿Cómo comen los niños con hambre, por ejemplo?", Preguntó.

"Queridas pequeñas cosas, ¡es desgarrador!", Exclamó. “Especialmente cuando pienso en mis propios hijos, a los que hay que obligarles a comer. Dime la nacionalidad de ese adorable *bambino* del final”.

"Tal vez la señorita Bumpus pueda decírtelo", se aventuró. Y Janet, aunque claramente incómoda y hostil a la dama, se sorprendió y agradeció que hubiera recordado su nombre. "Brooks", lo había llamado ella. Ese fue su primer nombre. Esta extraña y suntuosa persona parecía tener intimidad con él. ¿Podría ser posible que él perteneciera a su clase? "Señora. Brocklehurst, señorita Bumpus.

La señora Brocklehurst centró su atención en Janet, a través de las gafas, pero las dejó caer de inmediato, sonriéndole brillantemente, de manera persuasiva.

"¿Cómo le va?", dijo, estirando un brazo delgado y tomando la mano algo reticente de la joven. “Ven y siéntate a mi lado y cuéntame todo lo de aquí. Estoy segura de que sabes que eres muy inteligente".

Su amigo de Silliston le lanzó a Janet una mirada divertida pero fortalecedora y las dejó, yendo a las mesas. De alguna manera, su mirada ayudó a restablecer en ella el sentido del humor y la proporción, y su sentimiento se convirtió en una curiosidad con respecto a este ser exquisitamente adornado representante de una clase sobre la que ella había leído, y que sus opiniones recién adquiridas declaraban usurpadora y parásita. Pero a pesar de su esfuerzo palpable por ser amable, y tal vez por eso, la Sra. Brocklehurst tenía un aire que la desconcertaba. Janet, sin embargo, parecía tranquila cuando se sentó.

"Me temo que no sé mucho. Tal vez me diga Vd. algo, primero”.

"Desde luego," dijo la señora Brocklehurst, dulcemente cuando había recuperado el aliento.

"¿Quién es ese hombre?" preguntó Janet.

"¿A quién te refieres al señor Insall?"

"¿Es ese su nombre? Yo no lo sabía. Lo he visto dos veces, pero nunca me lo dijo.

"¿Por qué, querida, quieres decir que no has oído hablar de Brooks Insall?"

"Brooks Insall". Janet repitió el nombre, mientras sus ojos buscaban su figura entre las mesas. "No."

"Estoy segura de que no sé por qué debería esperar a que supieras de él", declaró la dama, arrepentida. "Es un escritor, un autor". Y a esto Janet, dio una leve exclamación de placer y sorpresa. “¿Admiras a los escritores? Ha hecho algunas cosas encantadoras".

"¿Sobre qué escribe?" Preguntó Janet.

"Oh, las flores silvestres y los árboles y las montañas y los arroyos, y las aves y los seres humanos. Tiene una maravillosa visión de la gente".

Janet estaba en silencio. Estaba experimentando una rápida punzada de celos, de esa rebelión familiar contra sus limitaciones.

"Debe leerlo, querida", continuó la señora Brocklehurst en voz baja, en tonos musicales. “Son maravillosos, tienen tal distinción. Me han dicho que ha caminado sobre cada pie de Nueva Inglaterra, hablando con los granjeros y sus esposas y todo tipo de personas". Ella también se detuvo para dejar que su mirada se detuviera en Insall riendo y charlando con los niños mientras comían. "Tiene un aspecto tan espléndido de vivir 'al aire libre' ¿no crees? Y él es inteligente con sus manos, compró una vieja granja abandonada en Silliston y la reformó toda por sí mismo hasta darle el aspecto de una de nuestros tatarabuelos cuando acababan de salir para dispararle a un indio, pero mucho más bonita. Y su jardín es un sueño. Es el lugar más singular que he conocido".

Janet se sonrojó profundamente al recordar cómo lo había confundido con un carpintero: estaba confundida, abrumada, tuvo un repentino deseo de abandonar el lugar, de estar sola, de pensar en este descubrimiento. Sin embargo, ella deseaba saber más.

"Pero, ¿cómo fue que vino aquí a Hampton para estar haciendo esto?", Preguntó ella.

“Bueno, eso es lo que lo hace tan interesante, uno nunca puede decir lo que hará. Organizó una colecta de dinero para alimentar a estos niños; supongo que él mismo dio mucho de eso. Él tiene sus propios ingresos, aunque le gusta vivir de manera sencilla".

"¿Este lugar no está conectado con ninguna organización?" preguntó Janet.

"Ese es el problema, a él no le gustan las organizaciones, y no parece interesarse en las preguntas o los movimientos de actualidad", se quejó la Sra. Brocklehurst. “O al menos se niega a hablar de ellos, aunque lo conozco desde hace muchos años, y su gente y la mía eran amigos. Ahora hay muchas cosas que quiero aprender, y vine desde Nueva York para averiguarlo. Pensé que, por supuesto, me presentaría a los líderes de la huelga, y él me dice que no

conoce a ninguno de ellos. Tal vez tú los conozcas”, agregó, con súbita inspiración.

"Solo soy una colaboradora en los cuarteles generales de la huelga", respondió Janet, endureciéndose un poco a pesar de la mirada impertinente de la dama, que evidentemente era generalmente eficaz.

"¿Te refieres a la IWW?"

"Sí."

Mientras tanto, Insall se había acercado y se había sentado debajo de ellos en el borde de la plataforma.

“¡Oh, Brooks, tu amiga, la señorita Bumpus está trabajando en el cuartel general de la huelga!, gritó la señora Brocklehurst, y girándose hacia Janet siguió hablando. "No me di cuenta de que eras una chica de fábrica, debo decir que no lo pareces".

Una vez más, un destello de diversión de Insall salvó a Janet, tuvo el efecto de obligarla a enfrentar el asunto según su propia manera. Parecía estar poniendo las palabras en su boca, e incluso ella sonrió un poco, mientras hablaba.

"Nunca se puede saber qué aspecto tienen las chicas de la fábrica en estos días", observó con picardía.

"Eso es así", asintió la señora Brocklehurst, "estamos viviendo en tiempos tan extraordinarios, todo al revés. "Debí haberme dado cuenta de que era una estupidez de mi parte. Conozco a varias chicas de fábrica en Nueva York, he asistido a sus reuniones, he tenido en mi casa a mujeres huelguistas de fábricas de camisas".

Ella se movió de nuevo, cambiando de posición, cruzando los dedos sobre la rodilla y suplicando a Janet con los ojos. Luego extendió la mano y tocó la insignia-botón del IWW. "Dígame todo acerca de los Trabajadores Industriales, y lo que ellos creen", suplicó.

"Bueno", dijo Janet, después de una breve pausa, "Me temo que no le gustará mucho. ¿Qué quiere saber?"

“Estoy muy interesada, especialmente en las mujeres del movimiento. Las admiro, también quiero ayudar y hacer algo. Por supuesto que eres una sufragista.

“¿Quiere decir, si creo en los votos para las mujeres? Sí, supongo que sí.

"Pero usted debe", declaró la señora Brocklehurst, todavía con dulzura, pero con énfasis. "No estarías trabajando; no serías inteligente a menos que lo hicieras".

"Nunca lo he pensado", dijo Janet.

"Pero, ¿cómo van a subir las niñas trabajadoras a menos que obtengan el voto? Es la forma en que podrán llegan a cualquier lugar donde los políticos las escuchen”. Sacó de su bolso un lápiz dorado y un cuaderno. "La señora Ned Carfax está aquí desde Boston. La vi por un momento en el hotel y ha estado investigando durante casi tres días, me dice. Le pediré que te envíe literatura de sufragio a la vez, si me das tu dirección".

"¿Quiere el voto?", preguntó Janet, curiosamente, mirando los pendientes de perlas.

"Ciertamente lo quiero".

"¿Por qué?"

"¿Por qué?" Repitió la señora Brocklehurst.

"Sí. Debe tener todo lo que quiere".

Incluso entonces, la dulce razonabilidad de la dama no la abandonó. Ella sonrió ganadora, mostrando dos hileras de dientes pequeños y parejos.

"En principio, querida. Por una razón, porque siento tanta simpatía por las mujeres que trabajan, y por otra, creo que ha llegado el momento en que las mujeres ya no deben ser esclavas, deben afirmarse, convertirse en individuos, ser independientes".

"¿Pero tú?" Exclamó Janet.

La señora Brocklehurst continuó sonriendo de manera alentadora y murmuró: "¿Sí?"

"Tú no eres una esclava".

Un delicado color rosa, como el interior de una caracola, se extendió por las mejillas de la señora Brocklehurst.

"Todos somos esclavos", declaró con un toque de pasión. “Es difícil que te des cuenta, lo sé, de que aquellas de nosotras que parecemos más afortunadas que nuestras hermanas también lo somos. Pero es verdad. "Los hombres nos dan joyas, automóviles y ropa, pero se niegan a darnos lo que toda mujer verdadera anhela: libertad".

Janet se había interesado genuinamente.

"¿Pero qué tipo de libertad?"

"Libertad para tener una voz, para participar en el gobierno de nuestro país, para ayudar a hacer que las leyes, especialmente las relativas a las trabajadoras y los niños, sean lo que deberían ser".

¡Aquí había altruismo, en serio! Aquí había palabras que deberían haber inspirado a Janet, pero ella estaba en silencio. La señora Brocklehurst la miró solícitamente.

"¿Qué estás pensando?" Ella instó y fue el turno de Janet de sonrojarse.

"Estaba pensando que parecías tener todo lo que la vida tiene para dar y, sin embargo, aún no eres feliz".

"Oh, no soy infeliz", protestó la señora. "¿Por qué dices eso?"

"No lo sé. Tú también pareces querer algo.

"Quiero ser útil, contar", dijo la señora Brocklehurst, y Janet se sorprendió al escuchar de los labios de esta mujer el eco de sus propios deseos.

Los sentimientos de la señora Brocklehurst se habían vuelto un poco complicados. Ella era, además, una persona de resolución que adoptaba la forma de una fe inquebrantable en sí misma, una fe que persistía incluso cuando estaba siendo llevada más allá de su profundidad. Ella tenía el tipo de pertinencia que, según se dice, está fuera de la profundidad, la feliz flotabilidad que no requiere sentir la tierra bajo los pies. Flotaba en corrientes rápidas. Cuando la vida se volvió incómoda, la evadió fácilmente; y ella la evadía ahora, mientras miraba con calma la cara atenta de la chica delante de ella, por un característico rechazo interno a admitir que accidentalmente había estado en contacto con algo que se estaba formando. Por lo tanto ella rompió el silencio.

"¿No es eso lo que quieres tú?, ¿Por qué estás luchando?", preguntó ella.

"Creo que queremos las cosas que tenéis", dijo Janet. Una frase que uno de los oradores había usado le vino a la mente: "Suficiente dinero para cumplir con los estándares estadounidenses", pero ella no lo repitió. "Suficiente dinero para ser libre, para disfrutar de la vida, para tener un poco de ocio, diversión y lujo". Las últimas tres frases las tomó de la boca del orador.

"Pero seguramente", exclamó la señora Brocklehurst, "seguramente querrás más que eso".

Janet negó con la cabeza.

“Me preguntaste en qué creíamos, los sindicalistas, la IWW, y te dije que no te gustaría. Bueno, queremos deshacernos de ustedes, los ricos, y tomar todos los medios de producir para los trabajadores, los productores. Creemos que no tenéis derecho a lo que tenéis, que nos habéis engañado y explotado. Es por eso que a las mujeres no nos importa mucho el voto, supongo, aunque nunca lo pensé. Queremos seguir luchando hasta que lo tengamos todo".

"Pero, ¿qué será de nosotros?", Dijo la señora Brocklehurst. “¡No querríais acabar con todos nosotros! Admito que hay muchos que no lo hacen, pero algunos simpatizan contigo, te ayudarán a obtener lo que quieres, quizás te ayuden a ver las cosas con mayor claridad, a hacerlo de manera menos despiadada".

"Te he dicho lo que creemos", repitió Janet.

"Estoy tan contenta de haber venido", gritó la señora Brocklehurst. “¡Es lo más interesante! Nunca supe lo que creían los sindicalistas. Pues, es como si la Revolución Francesa fuera peor. ¿Cómo vais a deshaceros de nosotros? ¿Cortandonos la cabeza?

Janet no pudo evitar sonreír.

"Haciendo que os pongáis a producir, supongo."

"¡De verdad!", Dijo la señora Brocklehurst, y parecía estar intentando visualizar el proceso. Era una verdadera ateniense, había descubierto algo nuevo, valoraba los descubrimientos más que todo lo demás en la vida, los recopilaba, aunque nunca los usaba a menos que hablara con intelectuales en sus cenas. "Ahora debes dejarme ir a la sede y echar un vistazo a algunos de los líderes de Antonelli, y me han dicho que hay un hombre fascinante llamado Rowe".

"Rolfe," corrigió Janet.

"Rolfe, eso es." Miró el diminuto reloj, con diamantes en su muñeca, se levantó y se dirigió a Insall. "Oh cielos, debo irme, voy a almorzar con Nina Carfax a la una, y ella prometió contarme muchas cosas. Ella está escribiendo un artículo para *Craven's Weekly* sobre la huelga y el sufrimiento y la injusticia que dice que ha sido horriblemente mal interpretada por el público, que los propietarios de las acerías han manejado todo a su manera. Creo que lo que estás haciendo es espléndido, Brooks, solo" aquí ella le dirigió una mirada atrayente y bastante complaciente "solo que deseo que te interesen más los principios subyacentes".

Insall sonrió.

“Es una cuestión de cerebros. Tienes que tener cerebro para ser sociólogo”, respondió él, mientras le sostenía el abrigo de piel. Con un gesto de amable reproche, se lo puso y se volvió hacia Janet.

"Debes dejarme ver más de ti, querida", dijo ella. "Estoy en el mejor hotel, no recuerdo el nombre, todos son tan horribles, pero estaré aquí hasta mañana por la tarde". Quiero descubrir todo. Ven y llámame. Eres la persona más interesante que he conocido durante mucho tiempo. No creo que te des cuenta de lo interesante que eres. ¡*Au revoir*! ” Ella no parecía esperar ninguna respuesta, dando su consentimiento por sentado. Mirando una vez más a las hileras de niños, que habían devorado su comida en un silencio casi extraño, exclamó: "¡Los queridos! Voy a enviarte un cheque, Brooks, incluso aunque has sido horrible para mí, siempre lo eres.

"¡Horrible!" Repitió Insall, "lo atribuyo a la ignorancia".

La acompañó por las escaleras. Desde su andar a la deriva, un observador sofisticado se habría arriesgado a suponer que su búsqueda de una ocupación había incluido un curso de lecciones sobre baile elegante.

Algo aturdida por esta entrevista que tan repentinamente se le había impuesto, Janet permaneció sentada en la plataforma. Tenía la percepción de reconocer que en Mrs. Brocklehurst e Insall ella había estado en contacto con un estrato social hasta ese momento más allá de los límites de su experiencia; los que pertenecían a ese estrato no se caracterizaban solo por la posesión de ingresos independientes, sino por su actitud hacia la vida, una forma de no parecer que tomaban sus problemas con desesperación. Ditmar no era así. Se sentía llena de entusiasmo, estaba desconcertada, algo molesta y avergonzada. Insall y la señora Brocklehurst, aunque eran diferentes, tenían esta actitud en común... Insall, cuando regresó, la miró con diversión.

“¿Así que te gustaría poner a trabajar a la señora Brocklehurst?” —Preguntó.

Y Janet se sonrojó. "Bueno, ella me obligó a decirlo".

"Oh, no le hizo daño", dijo.

"Tampoco la ayudó", respondió Janet rápidamente.

"No, no la ayudó", coincidió Insall, y se echó a reír.

"Pero no estoy segura de que no sea cierto", continuó, "que queremos lo que tiene". El comentario, en sus propios labios, sorprendió un poco a Janet. Ella realmente no había querido hacerlo. Insall parecía tener la cualidad de obligar a uno a pensar en voz alta.

"Y ella quiere lo que tú tienes", le dijo.

"¿Qué tengo?"

"Tal vez lo averigües, algún día".

"Puede ser demasiado tarde", exclamó. "Si solo me lo dijeras, podría ayudar".

"Creo que es algo que tendrás que descubrir por ti misma", respondió él, más seriamente de lo que era su costumbre.

Se quedó en silencio un momento y luego preguntó: "¿Por qué no me dijiste quién eras? Me hiciste pensar, cuando te conocí en Silliston ese día, que eras un carpintero. No sabía que habías escrito libros.

"No se puede esperar que los escritores usen uniformes, como los policías, aunque tal vez deberíamos hacerlo, podría ser un poco más fácil para el público", dijo. "Además, soy carpintero, mejor carpintero que escritor".

"¡Daría cualquier cosa por ser una autora!", Gritó.

"Es una vida difícil", le aseguró. "Tenemos que buscar la inspiración de los demás".

"¿Es por eso que viniste a Hampton?"

"Bueno no exactamente. Hay algo extraño acerca de la inspiración, solo la encuentras cuando no la buscas".

Ella no entendió el punto de este comentario, aunque sus ojos estaban sobre él. No eran como los ojos de Rolfe, insinuantes, posesivos; tenían la cualidad anómala, de ser a la vez personales e impersonales, amigables, alegres, que evocaban curiosidad y una confianza convincente.

"Y no me dijiste", le reprochó él a su vez, "que estabas en la IWW".

Un deseo de auto justificación la impulsó a exclamar: "¡No crees en el sindicalismo y, sin embargo, has venido aquí para alimentar a estos niños!"

"Oh, creo que entiendo la huelga", dijo.

"¿Cómo? ¿Lo has visto? ¿Has oído los argumentos?

"No. Te he visto. Lo has explicado".

"¿A la señora Brocklehurst?"

"No fue necesario", respondió e inmediatamente agregó, en una disculpa semi-seria: "Pensé que era admirable, lo que dijiste. Si ella hubiera hablado con una docena de líderes sindicalistas, no podría haberlo entendido más claramente. Solo me temo que ella no entiende la verdad cuando la oye".

"¡Ahora te estás burlando de mí!"

"De hecho no", protestó él.

"Pero no di ninguno de los argumentos de la filosofía", pronunció la palabra vacilante. "No lo entiendo tan bien como debería".

"Lo entiendes", dijo. "No siempre es fácil entender lo que somos, después de que nos convertimos en algo más, comprendemos lo que hemos sido".

Y mientras ella reflexionaba sobre esto, una de las damas que había estado esperando en la mesa se acercó a Insall.

"Estos niños han terminado, Brooks", le informó. "Es hora de dejar entrar a los demás".

Insall se volvió hacia Janet. "Esta es la señorita Bumpus y esta es la señora Maturin", dijo. "La señora Maturin vive en Silliston.

El saludo de esta señora difería del de la señora Brocklehurst. Ella también tomó la mano de Janet.

“¿Has venido a ayudarnos?” Preguntó ella.

Y Janet dijo: "Oh, me gustaría, pero tengo otra obligación".

"Promete que nos volverás a ver", dijo Insall, y Janet, prometiendo, se despidió...

"¿Quién es ella, Brooks?", Preguntó la señora Maturin, cuando Janet se había ido.

"Bueno", respondió, "no lo sé. ¿Qué importa?"

La señora Maturin sonrió.

"Deberías decir que sí importa", respondió ella. "Pero hay algo inusual en ella, ¿dónde la encontraste?"

"Ella me encontró." E Insall lo explicó. "Ella era taquígrafa, al parecer, pero ahora está alistada con el corazón y el alma con los sindicalistas", agregó.

“¿Una historia?” Preguntó la señora Maturin. "Bueno, no necesito preguntar. Está escrito en su cara".

"Eso es todo lo que sé", dijo Insall.

"Me gustaría saber", dijo la señora Maturin. "¿Dices que está en la huelga?"

"Prefiero decir que la huelga está en ella".

"¿Qué quieres decir, Brooks?"

Pero Insall no respondió.

***

Janet se alejó de Dey Street en un estado de confusión mental y emocional. El encuentro con la señora Brocklehurst había sido perturbador; tenía la incómoda sensación de haberse burlado de sí misma ante los ojos de Insall; ella deseaba su aprobación, incluso en la ocasión en que lo conoció por primera vez y lo confundió con un trabajador había sido consciente de una facultad convincente en él, de una presión que él ejercía para justificarse; y hoy, porque ahora estaba comprometida con el sindicalismo, porque había hecho el sorprendente descubrimiento de que él era un escritor de renombre, había estado más que nunca ansiosa por reivindicar su causa. Se encontró, de hecho, preguntando con inquietud si había una verdad superior de la cual él estaba en posesión. Y el hecho de que su actitud hacia ella hubiera sido de simpatía y amistad más que de desaprobación, de que su percepción parecía haber entendido su caso, lo había captado en todos los detalles, era aún más perturbador pero vagamente consolador. El elemento consolador de la situación estaba relacionado de alguna manera con la dama, su amiga de Silliston, a quien le había presentado y cuya imagen ahora se presentaba ante ella de forma más vívida, quizás, en contraste con la de la señora Brocklehurst, ¡la Sra. Maturin pudo haber expresado a Janet su pensamiento! Apareció como una extensión de la propia personalidad de Insall. Era una mujer fuerte,

alta y vital, con una dulce irregularidad de rasgos, con una gruesa corona de cabello castaño que se tornaba ligeramente gris, trenzada de forma pintoresca que se enmarañaba en su rostro. Su color era alto. La impresión que transmitía de haber sufrido se veía acentuada por el sencillo vestido de luto que llevaba, pero la nota dominante que la había tocado era de fiabilidad. Después de todo, también era la dominante en Insall. Insall le había pedido que volviera; y la reflexión de que ella podría hacerlo fue curiosamente reconfortante. El comedor de beneficencia en el desván, con estos dos que lo presiden, tiene algo del aspecto de un santuario...

En todo caso, de alguna manera extraña, y por medio de esa frívola dama, había logrado reafirmar ciertas dudas que habían estado despertando en Janet. Las dudas de Rolfe, de la veracidad de la doctrina que con tanto abandono había abrazado. Fue Insall quien, aunque permaneció en silencio, solo por estar allí quien parecía haber sugerido su manera de tratar a la señora Brocklehurst. Janet de alguna manera había estado usando sus palabras, su método, y así, por primera vez, se había visto obligada a mirar objetivamente lo que había considerado parte de sí misma. ¡Nunca sabemos lo que somos, había dicho, hasta que nos convertimos en otra cosa! La había obligado a usar un argumento que no lograba armonizar, de alguna manera, con la apología poética de Rolfe. Despojada de glamour, ¿no era la doctrina de Rolfe solo una doctrina de tomar? Y cuando los trabajadores estuvieran en posesión de todo, ¿no estarían tan mal como la señora Brocklehurst o Ditmar? Rolfe a pesar del inspirador credo intelectual que profesaba, carecía del equilibrio y la unidad que acompañan a la felicidad. Él quería cosas, para sí mismo: mientras que ella quería en su interior algo que pareciera emancipado de las posesiones, cuya vida estuviera tan organizada como para convertirlas en asuntos secundarios. Y ella comenzó a preguntarse qué pensaría Insall de Ditmar.

Estos repentinos destellos de ternura por Ditmar la sobresaltaban y la enojaban. Ella los había experimentado antes, y siempre había fallado en explicar su intrusión en un odio que ella apreciaba. A menudo, en su escritorio de la biblioteca, ella se había sorprendido especulando sobre lo que Ditmar podría estar haciendo en ese momento; y parecía curioso, viviendo en la misma ciudad que él, que ella no lo hubiera visto durante la huelga. Más de una vez, movida por un impulso perverso, se había aventurado a pasar una tarde por West Street hacia la guardia de soldados con la esperanza de poder verlo. La había poseído, y el recuerdo de la alegría salvaje de esa posesión, de esa entrega a esa gran fuerza, se negó a perecer. ¿Por qué, en esos momentos, debería gloriarse en una fuerza que la había destruido y por qué, cuando lo escuchó maldecido como el hombre que estaba, más que ningún otro, en

frente de los huelguistas, debería ella, paradójicamente, y alegremente regocijarse? ¿Por qué debería sentirse orgullosa cuando le dijeron que no tuviera miedo de que él fuera por las calles, y que su corazón dejara de latir cuando pensaba en la posibilidad de que le dispararan? Por estos fenómenos no deseados dentro de sí misma, Janet no podía rendir cuentas. Cuando la perturbaban y la asustaban, ella se sumergía en su trabajo con el mayor celo...

A medida que pasaban las semanas, la tensión de la huelga comenzó a influir sobre los débiles, los que no estaban preparados, los que tenían muchas bocas que alimentar. Temblando por el frío de los inviernos más duros, estos desafortunados acudieron en tropel al Salón Franco-Belga, donde les repartieron un poco de comida o dinero en proporción al tamaño de sus familias. A pesar de las contribuciones recibidas por correo, de los comedores y las estaciones de asistencia establecidas por varias organizaciones en varias ciudades, el suministro no era suficiente para mantener vivos a los más necesitados, parte de los veinticinco mil que ahora carecían de todos los medios de apoyo. El corazón de Janet se contrajo cuando miró a los demacrados y desconcertados rostros que se volvían cada día más trágicos, más desconcertados y demacrados; se maravilló de la paciencia animal de estos europeos, de la muda sumisión de la mayoría de ellos a privaciones que le parecieron espantosas. Algunos se quejaron, pero la mayoría recitó en tono monótono y no apasionado sus historias de sufrimiento o de malos tratos por parte de los "cosacos" de la policía. Los estipendios fueron repartidos por Czernowitz, pero durante toda la semana hubo llamamientos especiales. Una vez, fue una mujer polaca, pálida y blanca, quien llevó a su bebé envuelto en un chal deshilachado.

"*Querer algo dinero para la leche*", dijo, cuando por fin llamó su atención hacia ella.

"Pero obtienes tu dinero, todos los sábados", le informó amablemente la secretaria.

Ella sacudió su cabeza.

"*Bebé muere, menos te tengo muy poco de leche*".

Janet retrocedió ante la vista de la niña con sus mejillas hundidas y sus horribles labios azules... Y ella misma salió con la mujer a comprar leche, y luego a la calle Kendall, a lo que llamó hogar en una de esas viviendas “traseras” separadas de los edificios delanteros por un corte estrecho que apestaba con desperdicios. El lugar estaba húmedo y frío, maloliente. El hombre de la familia, los inquilinos que vivían en la otra habitación de la perrera, estaban en las calles. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la

oscuridad, percibió a tres niños silenciosos acurrucados en la cama en un rincón...

En otra ocasión, un hombre subió corriendo las escaleras del Salón y se dirigió a una reunión del Comité, uno de esos sirios irresponsables, normalmente felices, que, debido al amor por las vacaciones, son la desesperación de los supervisores de las fábricas. Ahora estaba aturdido, sin aliento, con sus grandes ojos llenos de dolor como los de un animal herido.

"*Ella es killidd, mi esposa de polees, ¡dey la mató!*"

Fue Anna Mower quien investigó el caso. “La chica no estaba haciendo nada más que caminar por la calle Hudson cuando uno de esos diputados la atacó y la golpeó. Extendió la mano para protegerse pero él siguió golpeando con su porra hasta que la dejó tirada en la cuneta. Si la vieras, sabrías que no le haría daño a una mosca, es tan gentil como todas las mujeres sirias. Ella llavaba una cinta de 'No seas esquirol', ¡eso es todo lo que hizo! Si alguien le disparara a ese tipo, yo no lo culparía. Anna estaba de pie junto a la máquina de escribir de Janet, con la cara roja de ira mientras contaba la historia.

"¿Y cómo está la mujer ahora?" Preguntó Janet.

“En la cama, con dos costillas rotas y un moretón en la espalda y un corte en la cabeza. Tengo un doctor. Apenas podía verla en ese lugar negro en el que viven"...

Tales fueron los incidentes que avivaron el odio hacia una llama cada vez más caliente. Se presentaron informes diarios de arrestos, multas y encarcelamientos por piquetes o, en ocasiones, simplemente por abuchear al remanente de quienes aún se aferraban a su empleo. Un magistrado en particular, el juez Hennessy, fue odiado por encima de todos los demás por dictar la pena extrema de la ley, e incluso aumentarla. "Esbirros, esclavos de los capitalistas, de los amos", fueron llamados los tribunales, y Janet suscribió estos epítetos, vio a los jueces como agentes voluntariosos de una tiranía que ella también había sufrido. Llegaron al cuartel general portadores frenéticos de rumores como el de la intención de los propietarios de retirar las ventanas de las viviendas si no se pagaban los alquileres. Antonelli mismo calmó a estos. "¡Dejen que los caseros lo intenten!", dijo flemáticamente.

Al cabo de un rato, cuando el punto muerto no mostraba signos de ruptura, el asedio de la privación comenzó a ser evidente, se hicieron evidentes signos de descontento. Entre los indecisos se destacaron los que habían venido a Estados Unidos buscando fortuna, que habían practicado un impulsivo ahorro para adquirir bienes raíces, que llevaban en sus bolsillos sobadas libretas

bancarias que registraban los pagos ya realizados. Estos habían accedido a la huelga a regañadientes, a través del miedo, o habían sido arrastrados por la elocuencia y el entusiasmo de los líderes, por la expectativa de que los dueños de las fábricas se rendirían pronto. Algunos volvieron al trabajo, solo para ser "vistos" por los vigilantes militantes. Una noche, mientras Janet caminaba hacia su casa, tuvo la oportunidad de escuchar una conversación que tenía lugar en el oscuro vestíbulo de una vivienda.

"¿Trabajaste hoy?"

"Si"

"¿Trabajas mañana?"

Vacilación. "No".

“Si trabajas, te corto la garganta”. Un ruido significativo. "No, no trabajaré".

Se apresuró a temblar, no con miedo, sino exultante. Tampoco reflexionó que hace tan solo un mes un acontecimiento así la habría conmocionado y aterrorizado. Esto era la guerra... En su camino a la calle Fillmore, pasó por cada esquina de la calle de este distrito un centinela caminando, envuelto en un abrigo y gorro de lana, alerta y vigilante, con un cuchillo feo en el extremo de su brazo brillando a luz azul de la farola. No se le ocurrió, a pesar del uniforme, que las almas de muchos de estos hombres también estaban divididas, que sus voces y acciones, cuando se les veía amenazando con sus bayonetas, a menudo se inspiraban en esa desesperación interior característica de los hombres que se encuentran inesperadamente en situaciones falsas. Una vez oyó el grito de una mujer cuando el afilado cuchillo rozó su falda; en otro momento, un hombre cuyos pasos habían sido considerablemente apresurados se volvió.

"Oye, ¿para quién estás trabajando? ¿Para el Trust de la lana?

"Oh, sigue adelante", replicó el de uniforme, "o te daré lo tuyo".

El hombre vio el botón de Janet cuando la alcanzó. Él estaba caminando hacia atrás.

"Ese individuo trabajaba en un taller mecánico en Barrington, lo vi allí cuando estaba en la fábrica. Y aquí está tratando de echarnos, ¿no es ese el límite?

El golpe de los pies de los caballos en la nieve impidió su respuesta. Las siluetas del escuadrón de caballería que se acercaba se vieron por la calle, y el hombre huyó precipitadamente por un callejón...

También hubo incidentes ridículos, aunque nunca faltaron ciertos patetismos. La esposa de un huelguista ruso denunció a su esposo porque le había quemado la ropa para evitar que volviera a la fábrica. Desde la estación

de policía envió a un compatriota con un mensaje a la sede. "¡Oye, él lo arreglará! ¡Ahora no tiene más remedio, ahora tiene que quedarse en la cama!, exclamó este triunfante.

"Tenía ganas de romperme en pedazos cuando le llevé ropa", dijo Anna Mower, quien relató su experiencia con sentimientos mezclados. "No podía culparla. Verás, eran los niños que lloraban de frío y de hambre, y ella no podía soportarlo. Yo tampoco podía soportarlo.

Día tras día, el elemento que deseaba comprometerse y poner fin a la huelga se hizo más fuerte, ejerció cada vez más presión. Estas personas están subsidiadas, declaró Antonelli, por los capitalistas...

CAPÍTULO XVIII

Un ambiente serio invadió la sede, cuando se comprendió que la cuestión pendía de un hilo. Y se emitieron más proclamas, a lo Napoleón, para sostener y alentar a quienes encontraban que el pan y las cebollas escaseaban y para avergonzar a los vacilantes. Como se ha dicho, fue Rolfe quien, debido a su popular don literario, compuso estos llamamientos para el Comité, dictándolos a Janet mientras caminaba por la biblioteca, inhalando innumerables cigarrillos y arrojando los extremos en el piso. Uno famoso se titulaba: "¿Los reyes de la lana y el algodón gobernarán la nación?", "Estamos ganando", declaró. “¡El mundo está con nosotros! Forzados por la inquebrantable solidaridad de decenas de miles, los fabricantes ofrecen sobornos para poner fin al reinado de terror que han inaugurado... El trato inhumano y el trabajo opresivo han unido a todas las nacionalidades en un gran ejército para luchar contra un sistema brutal de explotación. En años y años de trabajo excesivo, hemos producido millones para una clase de parásitos ociosos, que disfrutan de todos los lujos de la vida, mientras que nuestras esposas tienen que dejar sus hogares y nuestros hijos sus escuelas para desarrollar una vida miserable". Y esto para a milicia: “¡El objetivo más bajo de la vida es ser un soldado! El “buen soldado” nunca trata de distinguir lo correcto de lo incorrecto, nunca piensa, nunca razona, solo obedece.”

"Pero", se sintió tentada a decir Janet, "su sindicalismo declara que nosotros más que pensar o razonar, deberíamos sentir.” Estaba comenzando a detectar las inconsistencias de Rolfe, pero se abstuvo de interrumpir el flujo inspirador.

"El soldado es una máquina ciega, despiadada, sin alma, asesina". A Rolfe le gustaban los adjetivos. "Todo lo que es humano en él, todo lo que es divino ha sido concretizado cuando él hizo el juramento de alistamiento. Ningún hombre puede caer más bajo que un soldado. Es una profundidad más allá de la cual no podemos ir".

"Todo lo que es humano, todo lo que es divino", escribió Janet, y se emocionó un poco con las palabras. ¿Por qué las meras palabras, y su disposición en ciertas secuencias, le producían a uno una sensación deliciosa y escalofriante por toda la columna vertebral? Su actitud hacia él se había vuelto más y más crítica, lo había evitado cuando podía, pero cuando él estaba en este estado de éxtasis, ella respondía, olvidaba sus labios rojos, sus

contradicciones, se perdía en un medio que no comprendía. Tal vez fue porque, en su absorción por la tarea, se olvidó de sí misma. Ella también despreciaba a los soldados, creía fervientemente que se habían vendido a los opresores de la humanidad. Y Rolfe, cuando estaba en medio de la creación, tenía la manera de hablar de los propios soldados, como si estuvieran presentes en el carril justo debajo de la ventana; como si estuviera en la tribuna, aunque en realidad, apenas podía seguir el paso. "¡La mayoría de ustedes, soldados, son obreros!", Gritó. “Ayer fuisteis esclavos en las fábricas. Os beneficiaríais con nuestra victoria. ¿Por qué deberíais aplastarnos? ¡Sed humanos!"

Pálido, emocionado, se dejó caer en la silla a su lado y encendió otro cigarrillo.

"¡Deberían escuchar eso!", Exclamó. "Es lo mejor que he hecho hasta ahora".

La noche había llegado. Czernowitz estaba en la otra habitación, hablando con Jastro, un zumbido de voces llegó desde el pasillo a través de los finos paneles de pino de la puerta. Durante todo el día, un vendaval de sesenta millas había arremolinado la nieve de la calle para dar vueltas en columnas fantásticas y había sacudido las ventanas del Salón Franco-Belga. Pero ahora el viento había amainado... En ese momento, mientras su propia música dejaba de vibrar dentro de él, Rolfe comenzó a mirar a la chica mientras permanecía inmóvil, con los labios y los ojos abiertos, mirando fijamente el reflejo de la lámpara en su interior. La ventana azul-negra.

"¿Es ese el final?", Preguntó.

"Sí", respondió con sensibilidad. "¿No puedes ver que es un clímax? ¿No crees que es bueno?

Ella lo miró, desconcertada.

"¿Por qué?, Sí", dijo, "Creo que está bien. Verás, tengo que escribirlo tan rápido que no siempre puedo analizarlo como me gustaría”.

"Cuando sientes, puedes hacer cualquier cosa", exclamó. "Hay que sentir".

"Es preciso conocer", le dijo ella.

"No te entiendo", gritó, inclinándose hacia ella. “A veces eres una llama, una llama maravillosa, escarlata, no puedo expresarla de ninguna otra manera. O, de nuevo, eres como la virgen de nuestra nueva fe, y desearía ser un *Del Sarto* para pintarte. Y de nuevo pareces tan fría como tu nieve de Nueva Inglaterra, no tienes ningún sentimiento, eres una anglosajona, una puritana".

Ella sonrió, aunque sintió una punzada de reminiscencia ante la palabra. Ditmar la había llamado así también.

"No puedo evitar ser lo que soy", dijo.

"Es lo que te inhibe", declaró. “Ese puritanismo. Debe ser erradicado antes de que puedas desarrollarte, y entonces serás completamente maravillosa. Cuando esta huelga termine, cuando tengamos tiempo, te enseñaré muchas cosas que te desarrollarán. Leeremos a Sorel juntos, él es hermoso, como la poesía y los grandes poetas, Dante y Petrarca y Tasso sí, y d'Annunzio. Viviremos”.

"Estamos viviendo, ahora", respondió ella. La mirada con la que ella lo encuestó le pareció enigmática. Y luego, bruscamente, se levantó y fue a su máquina de escribir.

"¡No crees lo que digo!", le reprochó.

"No estoy segura de creer todo eso. También quiero pensar por mí misma para hablar con los demás".

"¿Que otros?"

"Nadie, en particular, todos", respondió ella, mientras colocaba su cuaderno en el estante.

"¡Hay alguien más!", Exclamó, levantándose.

"Hay todos los demás", dijo ella.

Como era su costumbre cuando estaba agitado, él comenzó a fumar febrilmente, mirándola de vez en cuando mientras tocaba las teclas. La experiencia lo había llevado a creer que el que encuentra a una mujer en rebelión y le da una religión, inevitablemente se convierte en su poseedor. ¡Pero más de un mes había pasado, él no se había convertido en su poseedor y ahora, por primera vez, no le cabía la menor duda de haberle dado una religión! La deducción obvia era la de otro hombre, de otra influencia en oposición a la suya propia; característicamente, sin embargo, se negó a aceptar esto, ya que era de aquellos que creen lo que desean creer. El repentino temor de perderla se entrometió inmediatamente en un estado de ánimo extático y creativo que lo desconcertó, pero se esforzó por parecer confiado cuando se paró sobre ella.

"Cuando hayas terminado de escribir eso, saldremos a cenar", le dijo.

Pero ella negó con la cabeza.

"¿Por qué no?"

"No quiero", respondió ella y luego, para suavizar su negativa, agregó: "No puedo, esta noche".

“Ya nunca vienes conmigo. ¿Por qué es?”

"Estoy muy cansada por la noche. No tengo ganas de salir”. Ella buscó contemporizar.

"¡Has cambiado!", la acusó. "No eres la misma que eras al principio, me evitas".

El veloz gesto con el que tiró del carro de su máquina podría haberle advertido.

"No me gusta ese hotel Hampton". "No soy una vagabunda todavía".

“¡Una vagabunda!” repitió.

Ella siguió salvajemente con su trabajo.

"Tienes dos naturalezas", exclamó. "Todavía eres una burguesa, una puritana. "No serás tú misma, no serás libre hasta que superes eso".

"No estoy segura de querer superarlo".

Se inclinó más cerca de ella.

"Pero ahora que te he encontrado, Janet, no te dejaré ir".

"No tienes ningún derecho sobre mí", gritó ella, repentinamente alarmada y enojada. "Estoy haciendo este trabajo, no me voy a desgastar por ti".

"Entonces, ¿por qué lo haces?" Sus sospechas aumentaron de nuevo, y lo hicieron temerario.

"Para ayudar a los huelguistas", dijo... No podía sacar más de ella, y al poco tiempo, cuando Anna Mower entró en la habitación, la dejó...

***

Más de una vez desde su primera visita a la cocina de sopa en Dey Street, Janet había regresado. El universo se sacudía, pero aquí estaba el equilibrio. Las calles estaban llenas de soldados, de huelguistas en marcha, constantemente sucedían cosas terribles; la tensión en la sede nunca parecía relajarse. En el mundo y dentro de su propia alma estaban la lucha y el sufrimiento, y algunas veces el miedo; el trabajo en el que buscaba perderse ya no era suficiente para evitar que pensara, y el espectáculo cuando regresaba a casa, la creciente apatía de su madre se volvió cada vez más atroz. Pero en la calle Dey ganó calma, pudo renovar algo de ese sentido de proporción cuya falta, en el caos en que se veía envuelta, a menudo la llevaba al borde de la locura. Al principio, había tenido ciertas dudas sobre volver, y con motivo de su segunda visita había dado dos vueltas alrededor de la manzana antes de aventurarse a entrar. Ella no tenía ningún derecho sobre este hombre. Él era simplemente un conocido casual, un extraño y, sin

embargo, parecía estar más cerca de ella, para entenderla, mejor que nadie que conociera en el mundo. Esto era raro, porque ella no se había explicado; ni le había pedido ninguna confidencialidad. Le hubiera gustado confiarle a él algunas cosas: le dio la impresión de comprender la vida; de tener, como su especialidad, la humanidad misma; él debería, pensó, haber sido un ministro, y sonrió ante la idea: los sacerdotes, en todo caso, deberían ser como él, y entonces uno podría abrazar el cristianismo la religión de sus antepasados que Rolfe ridiculizaba. Pero no había nada en la religión, ya que ella había crecido para comprender el término.

Ahora que había tomado coraje y había renovado sus visitas, parecían ser los procedimientos más naturales del mundo. En la segunda ocasión, cuando ella abrió la puerta y trepó palpitantemente al desván, la segunda tanda de niños estaba terminando su comida del mediodía, pensó, más alegremente que antes, y el propio Insall se estaba inclinando sobre un niño pequeño al que había levantado de la mesa. Él no la notó de inmediato, y Janet los observó. El niño tenía mucha tos, su adelgazamiento extremo se destacaba por el abrigo que llevaba, varias tallas demasiado grandes para él.

"Ven conmigo, Marcus, supongo que puedo arreglarte", decía Insall, cuando levantó la vista y vio a Janet.

¡Vaya, si es la señorita Bumpus! Pensé que te habías olvidado de nosotros.

"Oh no", protestó ella. "Quería venir".

"Entonces, ¿por qué no lo hiciste?"

"Bueno, he venido", dijo ella, con un pequeño suspiro, y él no la presionó más. Y se abstuvo de ofrecer cualquier excusa convencional, como la de estar interesada en los niños. Ella había venido a verlo, y tal era la fe con la que la inspiraba ahora que estaba una vez más en su presencia que no hizo ningún intento por ocultar el hecho.

"Nunca has visto mi tienda de ropa, ¿verdad?", preguntó. Y con la mano del niño en la suya, se dirigió a una habitación en la parte trasera del desván. Había un kit de herramientas de carpintero en el piso, y una pared estaba forrada con compartimentos en forma de estanterías hechos de madera nueva, cada uno con su etiqueta en letras limpias que indicaban los artículos que contenían. "¿Zapatos?" Repitió, mientras pasaba su ojo por las etiquetas y de repente abría un cajón. "Aquí estamos, Marcus. Siéntate en el banco y quítate los zapatos que tienes puestos".

El niño tenía una de esas caras largas de tipo judío, inteligente, melancólico. Parecía aturdido por la amabilidad de Insall. Los zapatos que usaba eran los de un adulto, pero rajados y partidos, revelando las medias de

algodón y aquí y allá la piel. Sus pequeñas manos azules hurgaban con las cuerdas anudadas hasta que Insall, con una navaja, cortaba hábilmente las cuerdas.

"Esos son zapatos de verano, Marcus, bien ventilados".

"Los tengo desde agosto", dijo el niño.

"Y ahora los calcetines," incitó Insall. Los viejos, mojados, descoloridos y rasgados, fueron quitados, y sustituidos por otros gruesos, de lana. Insall, mirando por encima del cajón abierto, eligió un par de zapatos que habían sido usados, pero que eran robustos y útiles, y tomó uno en su mano, se arrodilló ante el niño. "Veamos cuán adivino soy", dijo, aflojando las cuerdas y volviendo la lengua, imitando de buen humor la manera respetuosa de un vendedor de calzado mientras le ponía el zapato. "Bien, ¡se ajusta como si estuviera hecho para ti! Ahora el otro. Tus pies son compañeros. Conozco a un hombre que usa un número más grande en su pie izquierdo”. La expresión aturdida permaneció en la cara del niño. La experiencia iba más allá de él. "Eso está mejor", dijo Insall, mientras ajustaba el cordón. Mantente fuera de la nieve, Marcus, todo lo que puedas. Los pies mojados no son buenos para la tos, ya sabes. Y cuando vengas a cenar, habrá aquí un buen doctor, y veremos si podemos deshacernos de la tos".

El chico asintió. Se puso de pie, miró los zapatos y caminó lentamente hacia la puerta, donde se volvió.

"Gracias, señor Insall", dijo.

E Insall, todavía sentado sobre sus talones, agitó la mano.

"No es para mencionarlo", respondió. ¡Quizás algún día tengas tu propia tienda de ropa, quién sabe! Miró a Janet con diversión y luego, como un resorte, se puso de pie, con su postura fácil e inconsciente, que revelaba el dominio del alma y el cuerpo. "Debería haber tenido una tienda", observó. "Perdí mi vocación".

"Me parece que perdiste muchas vocaciones", respondió ella. Los lugares comunes solo parecían posibles, adecuados. "Supongo que tú mismo hiciste todos esos cajones".

Se inclinó en reconocimiento de su homenaje implícito. Con su nariz fina y ojos agudos colocados en un ángulo ligeramente hacia abajo, arrugado en las esquinas con su pelo espeso y canoso, a pesar de su juventud comparativa, tenía la apariencia que uno asocia con los retratos de los estadounidenses patriarcales más antiguos... Estas visitas de Janet nunca fueron de larga duración. Se había acostumbrado a almorzar entre una y dos, y generalmente llegaba cuando la última entrega de los jóvenes estaba terminando su

comida; a veces se retiraban, deteniéndose para formar un grupo en torno a Insall, que siempre lograba decir algo divertido y pertinente y de buen carácter personal. Porque conocía a la mayoría de ellos por su nombre, y había adquirido un conocimiento de ciertas inclinaciones e idiosincrasias individuales que deleitaban a sus compañeros.

"¿Cuál es el problema? ¿Stepan se tragó su cuchara?" Se sabía que Stepan era codicioso. O de repente agarraría a un niño inusualmente solemne por detrás y le haría cosquillas hasta que el niño gritara de risa. Fue, de hecho, algo así como un logro obtener términos de confianza con estos niños extranjeros de las viviendas y las calles, quienes desde sus primeros años se vieron obligados a cuidarse a sí mismos, y muchos de los cuales habían adquirido una precoz sospecha de griegos portadores de regalos. El mismo Insall había usado la frase y se la explicó a Janet. Esa condición de donador de advertencias fue quizás su característica más patética. Pero él la rompió; también rompió la timidez que los acompañaba, la timidez y la solemnidad enfatizadas en ellos por el contacto con las dificultades y la pobreza, con el lado duro de la vida que enfrentaban en casa. Él consiguió que la Sra. Maturin una vez, de manera iluminadora, comentara como a veces iba a ver a los padres de los niños, como en el caso de Marcus, para sugerir ciertas precauciones higiénicas a su manera humorística; y sus relatos de estas visitas, también, siempre fueron cómicos. Sin embargo, a través de ese humor corrió una variedad de patetismo que se aferró a pesar de su sonrisa en el corazón de Janet. Este regalo de enfatizar y aumentar la tragedia mientras aparentemente se trata de comedia, nunca dejó de sorprenderla. Ella también sabía de la tragedia de las viviendas, de los pobres, su sordidez y crueldad. Todos los días ella había vivido precariamente cerca, y últimamente había visitado a estas personas, había sido destrozada por la vista de lo que habían soportado. Pero los chistes de Insall, a la vez que la despojaban del sentimentalismo y el disgusto se hicieron para ella aún más conmovedores. Se habría pensado, que para tener una idea tal de eso, él también debió haberlo vivido, haber sido educado en algún callejón sucio de la calle. Ese regalo, por supuesto, debe ser el regalo de un escritor.

Cuando vio los niños que lo seguían por las escaleras, la señora Maturin lo llamó el flautista de Hampton.

A medida que pasaba el tiempo, Janet a veces se preguntaba sobre la manera tranquila en que estas dos personas, Insall y la Sra. Maturin, veían sus visitas como si fueran asuntos, por supuesto, y le brindaban su amistad. En realidad, no había ninguna excusa obvia para su venida, ni siquiera la de los desamparados por la comida y, sin embargo, llegó a ser alimentada. El

sustento que le dieron habría sido difícil de definir; no fluía tanto de lo que decían, sino de lo que eran; estaba en la atmósfera que los rodeaba. A veces miraba a la señora Maturin para preguntarse qué diría esta señora si conociera su historia, su relación con Ditmar, cuál había sido su verdadera razón para ingresar en las filas de los huelguistas. ¿Y era justo para ella, Janet, permitir que la Sra. Maturin le otorgase su amistad sin revelarle eso? No podía decidir qué diría esta señora. Janet no había tenido dificultad en catalogar a Ditmar; no mucho problema, después de su primera sorpresa, de clasificar a Rolfe y la banda itinerante de sindicalistas que habían descendido sobre su restringido mundo. Pero Insall y la señora Maturin no podían ser etiquetados. Lo que, sobre todo, la sorprendió, además de su amabilidad, al confiar en ella sin la formalidad de ninguna recomendación o presentación, fue su falta de estrechez intelectual. Ella, por supuesto, no lo expresó así. Pero sintió, en su presencia, a partir de referencias casualmente dejadas caer en su conversación, a sí misma. Aunque provenía de la lectura, no parecía "literaria", según la noción que ella había concebido del término. Sus especulaciones al respecto deben ser enfocadas e interpretadas. En primer lugar, era una cultura que no se debía a una causa obvia; algo así la impactó. Era una cultura que contenía tolerancia y caridad, que no etiquetaba a una parte de la humanidad como su enemigo, sino que, al comprender a todos, parecía perdonar a todos. No tenía prejuicios; ni se jactaba, como se jactaban los sindicalistas, de su ausencia de convención. Y poco a poco Janet la conectó con Silliston.

"Debe ser maravilloso vivir en un lugar como ese", exclamó, cuando se mencionó la Academia. En esta ocasión, Insall se había ido por un momento, y ella estaba en la pequeña habitación que él llamaba su "tienda", sola con la Sra. Maturin, ayudando a ordenar un lote de prendas que acababan de recibir.

"Fue allí donde conociste a Brooks, ¿no?" Ella siempre hablaba de él como Brooks. "Me lo contó, cómo saliste y le preguntaste sobre un lugar para almorzar". La señora Maturin se rió. "No sabías qué hacer con él, ¿verdad?"

"¡Pensé que era un carpintero!", dijo Janet. “Nunca lo habría tomado por un autor. Pero claro que no conozco a ningún otro ecritor”.

"Bueno, él no es como ninguno de ellos, es como él mismo. No se puede poner una etiqueta a las personas que son realmente grandes".

Janet consideró esto. "Nunca pensé en eso. Supongo que no,” ella estuvo de acuerdo.

La señora Maturin la miró. "Así que te gustó Silliston", dijo ella.

“Me gustó más que cualquier otro lugar que haya visto. No he visto muchos lugares, pero estoy segura de que pocos pueden ser más agradables".

"¿Qué le gustó de eso, Janet?" La Sra. Maturin estaba interesada.

"Es difícil de decir", respondió Janet, después de un momento. “Me dio esa sensación de paz, de haber vuelto a casa, aunque vivía en Hampton. No puedo expresarlo".

"Creo que lo estás expresando bastante bien", dijo la Sra. Maturin.

"Fue tan hermoso en la primavera", continuó Janet, dejando caer el abrigo que sostenía en el cajón. “Y no fueron solo los árboles y la hierba con los dientes de león amarillos, fueron las casas, también me he preguntado a menudo por qué esos edificios me complacían tanto. Quería vivir en cada uno de ellos. ¿Conoces ese sentimiento? La señora Maturin asintió. “No te lastimaban los ojos cuando los mirabas, y parecías estar muy en casa allí, incluso con los nuevos. Los nuevos eran como los hijos de los viejos".

“Se lo diré al arquitecto. Estará contento”, dijo la señora Maturin.

Janet se sonrojó.

"¿Estoy siendo tonta?" Preguntó ella.

"No; querida", respondió la señora Maturin. "Usted ha expresado lo que siento por Silliston. ¿Qué piensas hacer cuando termine la huelga?

"No lo había pensado". Janet comenzó con la pregunta, pero la señora Maturin no pareció notar la consternación en su tono.

"No tienes la intención de viajar con la gente del IWW, ¿verdad?"

"No lo había pensado", Janet vaciló. Era la primera vez que la señora Maturin hablaba de su conexión con el sindicalismo. Y ella se sorprendió a sí misma agregando: "No veo cómo podría. Pueden conseguir taquígrafos en cualquier lugar, y eso es todo para lo que soy buena". Y la pregunta se le ocurrió ¿realmente lo deseaba?

"Lo que iba a sugerir", continuó la Sra. Maturin, en voz baja, "es que usted podría intentar Silliston. Hay una oportunidad para un buen taquígrafo allí, y estoy segura de que eres una buena. Muchos de los profesores envían a Boston".

Janet se quedó inmóvil. Luego dijo: "Pero usted no sabe nada de mí, señora Maturin".

La amabilidad ardía en los ojos de la dama cuando contestó: "Ahora sé más porque me has dicho que no sé nada". Por supuesto, hay muchas cosas que no sé, cómo usted, una taquígrafa, se involucró en esta huelga y se unió a la IWW. Pero puede decirmelo o no, como desee, cuando seamos mejores amigas".

Janet sintió que la sangre latía en su garganta, y un impulso de confesar todo casi la dominaba. Desde el principio se sintió atraída hacia la señora Maturin, que parecía ofrecerle la promesa de la amistad de una mujer por la que había sentido una necesidad de toda la vida: una amiga que entendería el insaciable anhelo en ella que la atormentaba. Ningún descanso en su búsqueda de una esencia brillante nunca encontrada, que la había llevado a nuevas profundidades de amargura y desesperación. La destruiría, si es que no lo había hecho ya. La señora Maturin, Insall, parecían poseer el secreto que le traería paz y, sin embargo, a pesar de que algo la instaba a hablar, temía el riesgo de perderlos. ¡Quizás, después de todo, no lo entenderían! ¡Tal vez ya era demasiado tarde!

"Usted no cree en los Trabajadores Industriales del Mundo", fue lo que dijo.

La propia señora Maturin, que se había conmovido y emocionado mientras miraba a Janet, fue tomada por sorpresa. Transcurrieron unos momentos antes de que ella pudiera concentrarse para responder, y luego logró sonreír.

“No creo que la sabiduría vaya a morir con ellos, querida. "Su doctrina es demasiado sencilla; no parece que la vida, el orden social sea tan fácil de resolver".

"Pero debes simpatizar con ellos, con los huelguistas". El gesto de Janet implicaba que la cocina de sopa era una prueba de esto.

"Ah", respondió la señora Maturin, con suavidad, "eso es diferente que entenderlos. Hay una filosofía para el cordero, y otra para el lobo".

"¿Quieres decir", dijo Janet, temblando, "que lo que nos sucede nos hace sentirnos inclinados a creer ciertas cosas?"

"Precisamente", asintió la señora Maturin, admirada. "Pero debo ser honesta contigo, fue Brooks quien me hizo verlo".

"Pero él nunca me dijo eso a mí. Y le hice una vez, casi la misma pregunta.

"Él tampoco me lo dijo a mí", confesó la Sra. Maturin. “Él no te dice lo que cree; simplemente entendí que esta era su idea. Y al parecer, los trabajadores solo pueden mejorar su condición mediante huelgas, ya que el sufrimiento parece ser la única manera en que pueden convencer a los empleadores de que las condiciones son malas. No es culpa de los empleadores.

“¿No es su culpa?” Repitió Janet.

"No en un gran sentido", dijo la Sra. Maturin. “Cuando las personas crecen para ver la vida de cierta manera, desde cierto punto de vista, es difícil, casi imposible cambiarlas. Es su religión. Están convencidas de que si el mundo no sigue su camino, de acuerdo con sus principios, todo será destruido. No son

inhumanos. Dentro de sus límites, todos están más que dispuestos a ayudar al mundo, si solo pueden convencerse de que lo que se les pide que hagan ayudará".

Janet respiró profundamente. Estaba pensando en Ditmar.

Y la señora Maturin, al mirarla, cambió de tema con tacto.

"No tenía la intención de darte una conferencia sobre sociología o psicología, querida", dijo. “No sé nada de ellas, aunque tenemos un profesor que sí. Piensa en lo que he dicho sobre venir a Silliston. Te hará bien que estés trabajando demasiado duro aquí. Sé que disfrutarías de Silliston. Y Brooks se interesa tanto por ti", agregó impulsivamente. "Es todo un cumplido".

"¿Pero por qué?" exigió Janet, desconcertada.

"Tal vez es porque tienes posibilidades. Usted podría escribir a máquina sus manuscritos. Y yo, soy una viuda y, a menudo, estoy bastante sola, podrías venir y leerme de vez en cuando".

"Pero nunca he leído nada".

"¡Qué afortunada!", dijo Insall, quien había entrado por la puerta a tiempo para escuchar la exclamación de Janet. "Más de la mitad de la cultura moderna depende de lo que uno no debe leer".

La señora Maturin se rio Pero Insall agitó su mano con desdén.

"Eso no es mío", confesó. “Lo he tomado de un inglés inteligente. Pero creo que es verdad".

"Creo que la adoptaré", dijo la Sra. Maturin a Insall, cuando le había repetido la conversación. "Sé que siempre me estás hablando de entusiasmo, Brooks, y supongo que me ha entusiasmado".

"Bueno, adóptala y me casaré con ella", respondió Insall, con una sonrisa, mientras cortaba la cuerda del último paquete de ropa.

"Podrías hacerlo peor. ¡Sería una broma si lo hicieras!

Su amigo hizo una pausa para considerar esta posibilidad absurda. "Una nunca puede decir con quién se casará un hombre como usted, un artista".

"No tenemos ningún motivo para casarnos", dijo Insall, riendo. “A menudo me pregunto dónde te llevará esa racha romántica, Augusta. ¡Pero tienes un momento encantador!

"No me escatimes, hace que la vida sea mucho más interesante", suplicó la señora Maturin, devolviéndole la sonrisa. No tengo la menor idea de que te casarás con ella o con cualquier otra persona. Pero insisto en que es tu tipo, es el tipo de persona que los artistas desentierran y con quien se casan; solo mejor que la mayoría de ellas, mucho mejor".

“¿Desenterrar?” Dijo Insall.

"Bueno, sabes que no soy una snob, solo quiero decir que parece ser una de las sorprendentes anomalías que a veces ocurren entre las clases trabajadoras. Me siento como una snob cuando digo eso. ¿Pero, qué es esto? ¿De dónde viene esa chispa? ¿Hay en nuestro aire moderno, ese descontento, ese deseo, el impulso hacia una nueva luz, algo que aún no está formulado, pero que todos sentimos, incluso en pequeñas instituciones de aprendizaje como Silliston?

"Ahora te estás yendo por las ramas".

"Oh no, no lo estoy", replicó la señora Maturin con confianza. “Si no quieres hablar de eso, no lo haré, no tengo vergüenza. Y esta chica tiene esta cosa que estoy tratando de expresar. Ella es moderna hasta la punta de sus dedos, y sin embargo, es extraordinariamente estadounidense a pesar de su modernidad, encarna de una manera extraña nuestra tradición. Ella ama nuestras casas antiguas en Silliston, la hacen sentir como en casa, esa es su propia expresión".

"¿Ella dijo eso?"

"Exactamente. Y sé que ella es de ascendencia de Nueva Inglaterra, me lo dijo. Lo que no puedo entender es por qué se unió a la IWW. Eso parece tan contradictorio".

"Tal vez ella estaba buscando la luz allí", se arriesgó Insall. "¿Por qué no le preguntas a ella?"

"No lo sé", respondió la señora Maturin, pensativa. "Mi curiosidad casi me quema viva, y sin embargo no lo hago. Ella no es del tipo al que se puede hacer preguntas personales. Eso es parte de su encanto, parte de su individualidad. Uno tiene un poco de miedo de entrometerse. Y sin embargo, ella sigue viniendo aquí; por supuesto, eres una atracción suficiente, Brooks. Pero debo darle el crédito de no coquetear contigo.

"También he notado eso", dijo Insall, cómicamente.

"Está buscando la luz", continuó la señora Maturin, sorprendida por la frase. “Ella tiene un instinto que podemos suponerle, porque venimos de una institución de aprendizaje. Sentí algo de ese tipo cuando le sugerí que se estableciera en Silliston. Bueno, vale más la pena mientras se experimenta, debe haber vivido y respirado lo que usted llama el "ambiente de película" toda su vida, y sin embargo, parece que nunca ha leído ni absorbido ninguna literatura sentimental o una religión barata. Ella no sugiere la maldad. Esa parte de ella, la parte intelectual, es una página en blanco sobre la que se puede escribir”.

"Ahí está mi oportunidad", dijo Insall.

"No, es mi oportunidad ya que eres tan cínico".

"No soy cínico", protestó.

"No creo que realmente lo seas. Y si es así, puede haber un juicio sobre usted", agregó juguetonamente. “Te digo que es la clase de mujeres por las que los artistas se vuelven locos. Ella tiene lo que los sentimentalistas llaman temperamento, y después de todo no tenemos una palabra mejor para expresar deseos dinámicos. Ella te mantendría animado, estimulado, y podrías educarla."

“No, gracias, te lo dejo a ti. El que educa a una mujer está perdido. Pero ¿qué hay del sindicalismo y todo el misticismo que lo acompaña? Hay un intelectual en la Sede que ha estado hablando con ella sobre Bergson, la fuerza vital y el mundo que nosotros mismos creamos".

La señora Maturin se rio

"Bueno, no vamos mal cuando no vamos bien. Eso es justo, debemos ir de alguna manera. Y estoy segura, por lo que deduzco, de que no está del todo satisfecha con el sindicalismo".

"¿Qué es lo correcto?" Exigió Insall.

"Oh, no tengo la intención de entregarla al Sr. Worrall y hacer de ella una socióloga o una sufragista militante". Ella no es de esa clase, de todos modos. Pero podría darle buena literatura para leer, la tuya, por ejemplo,” agregó maliciosamente.

"Eres absurda, Augusta", exclamó Insall.

Puede que lo sea, pero tienes que complacerme. He tomado este capricho con ella, por supuesto, quiero ver más de ella. Pero sabes lo difícil que es para mí a veces, ya que me han dejado sola".

Insall puso su mano cariñosamente sobre su hombro.

"Recuerdo lo que dijo el primer día que la vi, que la huelga estaba en ella", continuó la Sra. Maturin. “Bueno, ahora veo que sí lo expresa y tipifica, y no me refiero solo al 'movimiento obrero', ni a esta lucha de Hampton, que es sintomática, pero cruel. Me refiero a algo más grande y supongo que es la protesta, la revuelta, la lucha por la autorrealización que se está empezando a sentir en toda la nación, en todo el mundo de hoy, y que ella aún no tiene enfocada siendo consciente de sí misma, pero lo intenta. A su manera, se viste con cualquier filosofía que parezca encajar. Me puedo imaginar cómo un paro tal como este podría atraer a una chica con un sentido de rebelión contra la sordidez y la falta de oportunidades, especialmente si ha tenido una experiencia trágica. Y a veces sospecho que ella ha tenido una.

"Bueno, es una teoría interesante", admitió Insall con indulgencia.

“Simplemente estoy ampliando tus sugerencias, solo que no admitirás que son tuyas. Y ella era tu protegida."

"Y usted va a quitarla de mis manos."

"No estoy tan segura", dijo la Sra. Maturin.

CAPÍTULO XIX

La huelga de Hampton había alcanzado el estado de punto muerto característico de todas las guerras obstinadas. Hubo agresiones, represalias por ambos lados y el antagonismo se hizo más intenso. Los huelguistas acusaron a los sindicatos “oficiales” de jugar el juego de los empleadores y, por lo tanto, llegaron a ser odiados incluso más que los "capitalistas". Estas organizaciones de expertos tenían acceso a la lucha, pero a medias, en una lucha que ahora empezaba a amenazar de hecho, su propia existencia, y cuando se acusó de que los Trabajadores Textiles de la AFL habían estado tratando de obtener reclutas de las filas de los huelguistas, y en secreto les habían ofrecido una escala de demandas con la esperanza de que un número suficiente de agentes regresaran a trabajar, y así romper la huelga, apenas se evitó un grave disturbio. «Agencias de caza de esquiroles», se llamaba a esos sindicatos. Una mañana, cuando se supo que los reparadores de los telares, casi como un hombre, habían regresado a las fábricas, un tranvía se detuvo cerca de la casa de máquinas al final de la calle Faber, y en un abrir y cerrar de ojos, antes de que la milicia o la policía pudieran interferir, el conductor y los pasajeros fueron arrastrados y el polo del tranvía retirado. Esto y una serie de actos agresivos similares incitaron a los propietarios de las fábricas y sus agentes a apelar con renovado vigor al público a través de los periódicos, que se afirmaba que eran de su propiedad o que subvencionaban. Luego siguieron una serie de comparecencias de los líderes de la huelga calculadas para agitar los prejuicios y temores más salvajes de los ciudadanos de Hampton. Antonelli y Jastro así lo decían y en varios discursos nocturnos habían aconsejado a sus seguidores que "durmieran durante el día y merodearan como animales salvajes en la noche"; instaron a los empleados de la Casa de potencia eléctrica a abandonar y dejar la ciudad en la oscuridad; hicieron la declaración: "¡Ganaremos si levantamos andamios en todas las calles!" insistió en que los huelguistas también deberían tener "permisos de armas", ya que los policías asaltantes llevaban armas. Y el hecho de que los propietarios de las fábricas respondieran con panfletos cuyo objeto se proclamaba, era desacreditar a los líderes ante la opinión pública, enfureció aún más a los huelguistas. Tales cargos, por supuesto, tenían que ser refutados con vehemencia; los motivos

detrás de ellos estaban claros, y contra-acusaciones se colocaron en la puerta de las fábricas y casas de los propietarios.

El ambiente en la sede cada día se hizo más tenso. En cualquier momento se podría suministrar la chispa para precipitar una explosión que sacudiría la Tierra. Los hambrientos, desesperados por sus propios sufrimientos o por el espectáculo de las familias hambrientas, eran cada vez más difíciles de controlar: muchos deseaban volver al trabajo, otros clamaban por la violencia, y una pequeña parte de los líderes no los desanimaba por completo. Un motín parecía inminente un motín al que Antonelli temía y se oponía firmemente, ya que alienaría la simpatía de ese público más amplio del país del que dependía el éxito de la huelga. Observador, aunque aparentemente despreocupado, no conmovido por las peleas y las fieras demandas de "acción", se sentaba en el pequeño escenario, fumando sus cigarros y leyendo sus periódicos.

Los nervios de Janet estaban tensos. En las últimas semanas, había habido momentos en que ella había sido consciente de portentos nuevos y vagamente inquietantes. La inexperiencia la había llevado a menospreciarlos, y la naturaleza absorbente de su trabajo, la emoción debida a la extraña vida del conflicto, de nuevas ideas, a las que ella misma se había arrojado sin reservas, el resentimiento que la galvanizó, todo esto la había apartado de la preocupación. Por la noche, el suyo había sido el sueño inconsciente de los cansados... Y luego, como un caminante desesperado, al sentir una pesada gota de lluvia mira hacia arriba para percibir las nubes que se han estado acumulando en el cielo y despertándose en las horas negras de la mañana, el miedo descendía sobre ella. De repente, su cerebro se volvió horriblemente activo mientras yacía, mirando a la oscuridad, esforzándose por convencerse de que no podía ser. Pero la cosa tenía sus razones, también, para invocar ingeniosamente, en una serie acumulativa, esos augurios que ella había ignorado: para hacerla juntar, en este momento de tortura, partes del conocimiento de hechos sexuales que la prudencia elimina de la educación, los cuales llegan a los oídos de mujeres tan jóvenes como Janet en formas tortuosas y rotundas. Varias veces, en el mes pasado, había tenido mareos, desmayos, y en una ocasión, Anna Mower, alarmada, abrió la ventana de la biblioteca y la forzó al aire frío. Ahora, con una punzada de miedo, recordó lo que Anna había dicho: “Estás trabajando demasiado duro, no deberías quedarte aquí por las noches. Si hubieras sido alguna otra chica, sabría qué pensar".

¡Es extraño que el significado de esta oración no haya logrado penetrar su conciencia hasta ahora! "Si hubieras sido alguna otra chica, ¡sabría qué

pensar!" Se le había ocurrido de repente; y siempre, cuando buscaba tranquilizarse, declarar absurdo su terror, volvía a enfrentarla. Las olas de calor palpitaron a través de ella, se volvieron intolerablemente cálidas, comenzó a transpirar y se arrojó de las mantas. La lluvia de los techos salpicaba los ladrillos del pasaje... ¿Qué dirían el señor Insall, si lo supiera y la señora Maturin? Ella nunca podría volver a verlos. Ahora no había nadie a quien acudir, ella estaba aislada, completamente, de la humanidad; era una marginada. ¡Como Lise! ¡Y hace poco tiempo ella y Lise se habían acostado en esa cama juntas! No había alguien… ¿Dios? Otras personas creían en Dios, le rezaban. Ella trató de decir: "¡Oh Dios, líbrame de esto!", pero las palabras parecían una burla. Después de todo, era mecánico, o había sucedido o no había sucedido. Una experiencia de por vida en un ambiente donde solo ocurrían cosas desagradables, donde los milagros eran desconocidos, había borrado una fugaz creencia de la infancia en los milagros. Causa y efecto fueron la regla. Y si hubo un Dios que interfirió, ¿por qué no lo hizo antes de que esto sucediera? Entonces habría sido el momento lógico. ¿Por qué no le había informado que al intentar escapar de la cinta en la que la había colocado, en busca de felicidad, había estado cortejando la destrucción? ¿Por qué había destruido a Lise? Y si hubiera un Dios, ¿la consolaría ahora, le transmitiría algún mensaje de su simpatía y amor? Ningún mensaje semejante, por desgracia, parecía llegar a ella a través de la oscuridad.

Después de un rato, aparentemente interminable, mientras la sirena chillaba y las campanas sonaban ruidosamente en el aire húmedo, había llegado otro día. ¿Podría enfrentarlo incluso con la luz gris oscura de esto que reveló las cenizas y la basura del patio trasero bajo el aguacero? El acto de vestirse trajo un ligero alivio; y luego, durante el desayuno, un adormecimiento se apoderó de ella, sugerido y transmitido, tal vez, por la apatía de su madre. Algo había matado el sufrimiento en Hannah; ¡Quizás ella misma afortunadamente perdería el poder de sufrir! Pero el pensamiento la hizo estremecerse. Ella no podía, como su madre, encontrar un refugio tonto en los platos brillantes, en la limpieza de ollas y sartenes, o en sentarse ociosa, con la mente vacía, durante largas horas en una cocina impecable. ¿Qué le pasaría a ella?... Sin embargo, el dolor que la había torturado se convirtió en un dolor sordo y agudo, como el que había habido en otra ocasión tiempo atrás, cuando el sufrimiento causado por el engaño de Ditmar se había mitigado, cuando se había sentado en el tren de regreso a Hampton desde Boston, después de ver a Lise. El dolor latiría de nuevo, de manera no soportable, y ella se despertaría, y esta vez la llevaría a ella y no sabía dónde.

Estaba segura, ahora, de que el presagio de la noche era cierto...

Llegó al salón franco-belga para encontrarlo en un alboroto. Anna Mower corrió hacia ella con la noticia de que la policía había descubierto dinamita en ciertas dependencias del barrio sirio, que los inquilinos habían sido arrestados y llevados a la comisaría de policía donde, desconcertados y aterrorizados, habían negado cualquier conocimiento de los explosivos. La dinamita también se había encontrado debajo de la casa de potencia eléctrica, y en las fábricas, las fuentes de la prosperidad de Hampton. Y Hampton creía, por supuesto, que este era el resultado inevitable de la predicación anarquista de enemigos de la sociedad como Jastro y Antonelli aunque estos, de hecho, no habían incitado a los sirios a la acción. Pero era una trama de los propietarios de las fábricas, insistió Anna. Ellos mismos pusieron los explosivos, iniciaron hábilmente los rumores y dijeron a la policía dónde se encontraba la dinamita. Tal fue el punto de vista que prevaleció en la sede, impregnó a la enojada multitud que se encontraba afuera sin prestar atención a la lluvia y animó las tormentosas conferencias en la sala de reuniones.

El día transcurrió. A media tarde, mientras miraba por la ventana, Anna Mower regresó con más noticias. Había sido descubierta dinamita en la calle Hawthorne, y se rumoreaba que Antonelli y Jastro serían arrestados.

"Deberías ir a casa y descansar, Janet", dijo amablemente.

Janet negó con la cabeza.

"Rolfe está de vuelta", le informó Anna, después de un momento. "Está hablando con Antonelli sobre otra proclamación para que la gente sepa quién tiene la culpa de este asunto de la dinamita. Supongo que estará aquí en un minuto para dictar el borrador. ¿No es mejor que dejes que Minnie lo tome y te vayas a casa?

"No estoy enferma", repitió Janet, y Anna la abandonó a regañadientes.

Rolfe había estado ausente durante una semana, en Nueva York, consultando con algunos de los líderes del IWW; con Lockhart, el principal protagonista del sindicalismo en Estados Unidos, que acababa de regresar de Colorado y a quien le había dado una descripción detallada de la huelga de Hampton. Y Lockhart, vendría a Hampton la próxima semana para hacer un gran discurso y observar por sí mismo. Todo esto es lo que Rolfe le contó a Janet con entusiasmo cuando entró en la biblioteca. Se alegró de volver; la había extrañado.

“¡Pero estás pálida!” Exclamó, mientras tomaba su mano, “¡y cómo arden tus ojos! Usted no se cuida cuando no estoy aquí para vigilarla”. Su aire de solicitud, su presunción de un derecho peculiar a preguntar, antes la habrían preocupado y ofendido. Ahora ella apenas se daba cuenta de su

presencia. “Sientes demasiado porque es como una antorcha que se consume en la llama. Pero esto terminará pronto, tendremos de rodillas a los capitalistas, dentro de poco, cuando se sepa lo que han hecho hoy. Es demasiado lo que se han superado con esta trama de la dinamita".

"¿Me has echado de menos, un poco?"

"He estado ocupada", dijo, soltando su mano y sentándose en su escritorio y tomando su cuaderno.

"No estás bien", insistió.

"Estoy bien", respondió ella.

Encendió un cigarrillo y comenzó a pasearse por la habitación con su costumbre de prepararse para el humor creativo. Al cabo de un rato comenzó a dictar, pero de manera entrecortada. Había venido aquí después de Antonelli, todo preparado con fervor e indignación, pero era evidente que este sentimiento había disminuido, que su mente se negaba a concentrarse en lo que estaba diciendo. A pesar de la magnífica oportunidad de desollar a los capitalistas que sus tácticas más recientes le permitían, hizo una pausa, se repitió y comenzó de nuevo, mirando de vez en cuando con reproche, casi con resentimiento a Janet. Por lo general, en estas ocasiones, se transportaba, casi embriagado por su propia elocuencia; pero ahora estaba irritado por su apatía, no podía explicar la retirada del entusiasmo que antes poseía. Al carecer del estímulo femenino, su genio cojeaba. Para Rolfe había habido una mujer en cada huelga, a veces dos. ¿Qué había sucedido, durante su ausencia, para alienar a la más prometedora de todas las neófitas que había encontrado?

“¡Los ojos del mundo están fijos en los trabajadores de Hampton! ¡Deben ser fieles a la confianza que sus compañeros han depositado en ellos! Hoy en día, los dueños de las fábricas, los jefes, están al final de su andadura. Siempre sin escrúpulos, han descendido a las tácticas más despreciables para engañar al público. ¡Pero la verdad prevalecerá!...” Rolfe encendió otro cigarrillo, comenzó una nueva oración y la rompió. De repente se puso sobre ella. "¡Eres tú!", Dijo. "No lo sientes, no me ayudas, no sientes simpatía".

Se inclinó sobre ella, sus labios rojos brillaban a través de su barba, un hambre terrible en sus ojos lustrosos, los ojos de un alma a la que no era extraña la abnegación. Su voz estaba cargada de pasión incontrolada, su mano estaba fría.

“Janet, ¿qué ha pasado? Te amo, debes amarme, no puedo creer que no lo hagas. Ven conmigo. Trabajaremos juntos por los trabajadores, todo es nada sin ti".

Por un momento se quedó quieta, y luego un dolor se disparó a través de ella, un dolor tan agudo como un puñal. Ella apartó la mano.

"No puedo amar, solo puedo odiar", dijo.

"¡Pero no me odias!" Rolfe repudió un hecho tan grosero. Su voz atrapada como en un sollozo. "Yo, que te amo, que te he enseñado!"

Descartó lo que él le había enseñado con un gesto que, aunque leve, era totalmente expresivo. Él se apartó de ella.

"¿Te digo quién ha planeado y llevado a cabo este plan?", gritó. Es Ditmar. Él es el único, y usó a Janes como herramienta, el guardián del establo, el político que trajo la dinamita a Hampton. Media hora antes de que Janes llegara a la estación en Boston, fue visto por un amigo nuestro hablando con Ditmar frente a las oficinas del Chippering, y Janes llevaba la bolsa con él.

Janet también se había levantado.

"No lo creo", dijo ella.

"Ah, ¡pensé que no lo harías! Pero tenemos la prueba de que la dinamita estaba en la bolsa, hemos encontrado al contratista a quien se la compró. Fui un tonto, podría haber sabido que amabas a Ditmar.

"¡Lo odio!" Dijo Janet.

"Es lo mismo", dijo Rolfe.

Ella no contestó... La observó en silencio mientras ella se ponía el sombrero y el abrigo y salía de la habitación.

El anochecer temprano se estaba acumulando cuando ella salió de la sede y se dirigió hacia la ciudad. Las enormes chimeneas en forma de botella de la planta de energía inyectaban humo negro pesado en el aire húmedo. En la calle Faber, las señales, una vez brillantes, sobre los edificios de "diez pies" parecían apagadas, los postes del telégrafo más nítidos, más desnudos que nunca, sus cables apenas perceptibles contra el cielo manchado. Los peatones iban sombríamente vestidos, y andaban con "impermeables", los más deprimentes de todos los artículos. Los montones de nieve empapados todavía escondían los bordillos y las canaletas, y las aceras estaban rodeadas de barro que brillaba a la luz de los escaparates. Y Janet, permaneciendo inconscientemente frente a ese mismo emporio donde Lise había sido encarcelada, la Bagatelle, miró la gala que allí se mostraba, el vestido azul de tul que podría comprarse, leyó, por 22,99 $. Se encontró a sí misma repitiendo, en un tono sin sentido y tenue, las palabras "veintidós noventa y nueve". Incluso trató de ver si era posible concentrar su mente en ese vestido, en los manguitos de piel del siguiente escaparate; para actuar como si se tratara de una tarde ordinaria y triste de febrero, y ella misma, una vez más,

una estenógrafa ordinaria que lleva una existencia monótona y sin incidentes. Pero ella sabía que esto no era cierto, porque, más adelante, iba a hacer algo, a cometer algún acto. Ella no sabía lo que sería este acto. Su cabeza estaba caliente, sus sienes latían...

La noche había caído, los arcos eléctricos ardían en azul, estaba en otra calle, ¿era Stanley? Le llegaban sonidos de música, el rumor de los pies en marcha; las figuras oscuras y masivas estaban en la distancia nadando hacia ella a lo largo de la línea reluciente de la calzada, y escuchó el silbido agudo de los muchachos doffer, que actuaban como una especie de cuerpo musical en estos desfiles, que hasta este momento se habían vuelto familiares a los ciudadanos de Hampton.

[Un doffer es una persona que extrae bobinas, o husillos que sostienen fibras hiladas como algodón o lana de un marco giratorio y las reemplaza por otras vacías, tarea que se requería en la fabricación de hilados textiles.]

Y Janet recordó cuando el *Pequeño libro rojo de canciones* había llegado a la sede desde el oeste y había sido distribuido por miles entre los huelguistas. Recordó las palabras de esta canción, aunque la procesión aún estaba demasiado lejos para que ella las distinguiera:

"La bandera de la gente es de un rojo profundo,
Y envolvió nuestros mártires muertos,
Y antes de que sus miembros se pusieran rígidos y fríos,
Su sangre vital tiñó todos sus pliegues".

La canción cesó, y ella se quedó quieta, esperando que la procesión la alcanzara. Un grupo de mujeres belgas marchaban juntas. De repente, como por un impulso simultáneo, sus voces resonaron en *la Internacional*, la terrible marsellesa de los trabajadores:

¡Arriba, prisioneros de hambre!
¡Levantaos, miserables de la tierra!

Y el estribillo fue tomado por cientos de gargantas:

"¡Es el conflicto final,
que cada uno se sitúe en su lugar!"

Los gritos en la calle la hicieron volver en sí. En la acera, apretados contra las casas, hombres y mujeres los escuchaban con caras blancas. Pero Janet continuó... La escena cambió, ahora estaba contemplando a una masa de seres humanos cercados por una línea de soldados. Detrás de la multitud había una hilera de casas de ladrillo a la antigua usanza, cuyas paredes estaban modeladas por la fría luz eléctrica, y las ramas de los olmos desnudos se extendían a lo largo de la acera. La gente se asomaba por las ventanas, como los espectadores en una obra de teatro. La luz iluminaba las barras rojas y blancas de la bandera, sostenida por el abanderado del regimiento, las banderas más pequeñas eran ostentadas por los huelguistas que se aferraban con fuerza al emblema de la libertad humana. La luz cayó, también, con dureza y brillo, sobre los trabajadores en la primera fila que se enfrentaban a las bayonetas y estos parecían extrañamente indiferentes, como si esperaran el flash de una fotografía. Un poco más lejos un grupo de niños, con las manos en los bolsillos, miraba a los soldados con valentía. Desde la retaguardia vino ese "abucheo" indescriptible que los que lo han escuchado nunca olvidan, se mezclaron con maldiciones y gritos: "¡Viva la huelga!"

"¡Al infierno con los cosacos!"

Las espaldas de los soldados, decididas e inflexibles, estaban cubiertas con pesadas capas marrones que caían debajo de la cintura. Cuando la mirada de Janet vagó por la línea, fue detenida por la cara de un hombre con una gorra de lana con visera, una cara casi sepia, en la que grandes globos blancos golpeaban una nota de odio. ¡Y lo que parecía ver en ella, enfrentándola, era el odio y la desesperación de su propia alma! El hombre podría haber sido un húngaro o un polaco; la amplitud de su barbilla se acentuaba con un bigote ancho y negro, su actitud era tensa, la de una bestia enloquecida lista para saltar sobre el soldado frente a él. Era claramente uno de los que habían alcanzado el límite mental de la resistencia.

En contraste con este extranjero, enfrentándolo, un joven teniente permanecía inmóvil, con la cabeza ladeada hacia un lado, su mano agarrando la porra un poco detrás de él, su mirada encontrándose con la del otro directamente, pero con una calidad diferente de desafío. Todas sus facultades estaban en alerta. No llevaba abrigo, y el uniforme se ajustaba a su figura, el sombrero de fieltro de campaña de ala ancha servía para poner de relieve las

características físicas del estadounidense anglosajón, del individualista que se convirtió en pionero. Pero Janet, salvo para registrar la presencia del intenso antagonismo entre los dos, apenas se dio cuenta de su compatriota... En cada momento esperaba ver saltar al hombre oscuro, y sin embargo, el movimiento habría empañado el drama de ese odio...

Luego, por uno de esos desconcertantes cambios caleidoscópicos a los que están sometidas las multitudes, la escena cambió, llegaron más tropas, poco a poco se dispersó a la gente que se unía nuevamente por casualidad en grupos más pequeños, a varias cuadras de distancia. Tal vez había ciento cincuenta dispersos en el espacio formado por la intersección de dos calles, donde tres o cuatro policías especiales con bastones nocturnos los instaban a moverse. No era un motín, o cualquier cosa que se le acercase. La policía fue abucheada, pero los grupos, al parecer, ya habían comenzado a dispersarse, cuando desde el vestíbulo triangular de un salón en la esquina se encendió una llama seguida de un eco, una mujer envuelta en un chal gritó y se hundió en la nieve. Por un instante, el pequeño policía franco-canadiense quien disparó, la miró estúpidamente...

Mientras Janet corría por las aceras oscuras, el sonido del disparo y del chillido de la mujer continuaban sonando en sus oídos. Por fin, se detuvo frente al almacén más allá de la tienda del señor Tiernan, mirando fijamente las ventanas oscuras del piso de la habitación delantera en la que su madre dormía sola. Por un minuto, se quedó mirando estas ventanas, como hipnotizada por el mensaje que transmitían. La respuesta a una pregunta sugerida por el incidente que la había despertado y aterrorizado, la atrajo al igual que en un trance, a través de la calle, abrió la puerta con paneles de vidrio y recordando mecánicamente el truco que tenía de no cerrarse del todo, la giró, la empujó y subió las escaleras. En el comedor, la lámpara de metal, brillantemente pulida, ardía como de costumbre, su luz caía sobre el mantel rojo a cuadros, en la silla vacía de su padre, en esa reliquia un tanto destrozada, el sofá. ¡Todo era tan familiar, y sin embargo tan sorprendentemente desconocido, tan silencioso! En este momento, Edward debería estar leyendo el *Banner*, su madre entrando y saliendo, preparando la mesa para la cena. Pero no había puesto un plato. El tictac del antiguo reloj sólo sirvió para intensificar el silencio. Janet entró, casi de puntillas, se dirigió a la puerta de la cocina y miró. La estufa estaba pulida, las bandejas brillaban sobre la pared y Hannah estaba sentada en un rincón, con las manos cruzadas sobre un impecable delantal. Su escaso cabello ahora era blanco puro, su vestido parecía haberse caído de su cuello perdido, que era como una columna de trébol.

"¿Eres tú, Janet? ¿No has visto a tu padre?

La noche anterior, Janet había escuchado esta pregunta, y ella se había quedado perpleja en cuanto a su significado ya sea en el transcurso del día en que había visto a su padre, o si Hannah pensó que él volvería a casa.

"Él está en la fábrica, madre. Sabes que tiene que quedarse allí.

"Lo sé", respondió Hannah. "Pero tengo todo listo para él en caso de que deba venir en cualquier momento si los huelguistas no lo han matado".

"Pero él está a salvo donde está".

"Supongo que tratarán de matarlo, antes de que terminen", continuó Hannah de manera uniforme. "Pero en caso de que venga en cualquier momento, si no estoy aquí, le dices que todos esos papeles de Bumpus se guardan en el cajón de ese viejo cofre, en la esquina. No puedo pensar qué haría sin esos papeles. Eso es", agregó, "si estás aquí tú misma".

"¿Por qué no deberías estar aquí?", Preguntó Janet con bastante brusquedad.

"No sé, parece que he pasado". Miró impotente alrededor de la cocina. "No parece que vaya a mantenerme viva mucho tiempo... Supongo que querrás tu cena, ¿no? No estás a menudo en casa en estos días, sea lo que sea que estés haciendo. No te esperaba.

Janet no respondió de inmediato.

"Tengo que salir otra vez, madre", dijo.

Hannah aceptó la respuesta ya que había aceptado todos los demás aspectos negativos de la vida, grandes y pequeños.

"Bueno, supongo que lo harás."

Janet dio un paso hacia ella.

"¡Madre!" Dijo ella, pero Hannah la miró sin comprender. Janet se agachó convulsivamente y la besó. Enderezándose, se quedó mirando a su madre por unos momentos, y salió de la habitación, deteniéndose en el comedor, para escuchar, pero al parecer Hannah no se había movido. Tomó la caja de fósforos de su lugar habitual en el estante al lado del reloj, entró en la habitación oscura en la parte delantera del apartamento, cerrando la puerta suavemente detrás de ella. La luz azul fantasmal de un arco lejano entró inclinado por la ventana, brillando en las perillas de bronce de la cómoda, otra reliquia Bumpus. Recordó ese cofre de su primera infancia; fue una de las pocas piezas que, siguiéndolos en todos sus cambios de residencia, había sido fiel hasta el final: ella lo sabía todo, y era el lugar para todo. Sacando un fósforo de la caja, estuvo a punto de encender el gas. Pero la luz del arco sería suficiente. Mientras caminaba alrededor de la cama de nogal tuvo una

premonición de angustia conmovedora aún no realizada, angustia mantenida a raya por una emoción más fuerte, feroz y más imperativa que ahora exigía acción. Abrió el cajón superior del cofre, el cajón en el que Hannah, rompiendo la tradición, había puesto la genealogía Bumpus. Edward nunca lo había guardado allí. ¿Estarán las otras cosas en su lugar? A tientas con las manos en la esquina izquierda, sus dedos apretaron exultantemente algo pesado, algo envuelto cuidadosamente en capas de franela. ¡Había temido que su padre lo hubiera llevado a la fábrica! Lo sacó, desenrolló la franela y sostuvo a la luz un revólver antiguo, con grasa brillando a lo largo de su cañón. Ella recordó, también, que los cartuchos habían estado a su lado. Los cartuchos, por supuesto, encajaron en el cilindro vacío. Pero antes de insertarlos, cerró la pistola una vez más, la alzó y la sostuvo. Su brazo temblaba violentamente mientras tentaba el gatillo. ¿Podría ella hacerlo? Como para refutar esta duda de su capacidad para llevar a cabo un acto determinado, abrió el arma una vez más, la cargó y la cerró, y la metió en el bolsillo de su abrigo. Luego, quitándose la grasa de las manos, se puso los guantes y estaba a punto de apagar la luz cuando vio reflejado en el cristal el botón rojo de la IWW que aún llevaba puesto en el abrigo. Lo arrancó, y lo arrojó al escritorio.

Cuando había besado a su madre, cuando se había quedado vacilante en la oscuridad de la habitación del frente familiar, en presencia de recuerdos injustificados de un hogar al que creía resentirse y despreciar, casi había vacilado. Pero una vez en la calle, esta debilidad desapareció repentinamente, fue reemplazada por una sensación de maldad que ahora la tomó completa y furiosa, llevándola como un vendaval a sus espaldas. Apenas sintió en su rostro la fina lluvia que había empezado a caer una vez más. Sus pies estaban acostumbrados al camino. Cuando ella había bajado por West Street y casi había ganado el canal, se sorprendió al encontrarse con un hombre con una larga capa que sostenía un rifle y le impedía el paso. Ella lo miró como a una aparición.

"No puedes pasar por aquí", dijo. "¿No lo sabes?"

Ella no respondió. Continuó mirándola y, de pronto, le preguntó en un tono más suave: "¿A dónde desea ir, señora?"

"A la fábrica ", respondió ella, "a las oficinas".

“Pero no hay nadie que pueda pasar por aquí a menos que tenga un pase. Lo siento, pero esa es la orden".

Su respuesta llegó tan fácilmente como para sorprenderla.

“Fui la taquígrafa privada del señor Ditmar. Tengo que verlo.

El centinela vaciló, y luego se dirigió a otro soldado, que estaba cerca del puente.

"¡Hola, sargento!" Llamó. El sargento se acercó a un secretario de Boston concienzudo que se había unido a la milicia por un sentido del deber y la necesidad de hacer ejercicio. Mientras el centinela le explicaba el asunto, miró a Janet. Luego dijo cortésmente: "Lo siento, señorita, pero no puedo desobedecer las órdenes".

"¿Pero no puede enviar un mensaje al Sr. Ditmar y decirle que quiero verlo?", Preguntó.

"Supongo que sí", respondió, después de un momento. "¿Qué nombre debo decir?"

"Señorita Bumpus".

"Bumpus", repitió. "Ese es el nombre del portero".

"Soy su hija, pero quiero ver al señor Ditmar".

"Bueno", dijo el sargento, "estoy seguro de que está bien, pero tendré que consultar de todos modos. Las órdenes son órdenes. ¿Entiende?"

Ella asintió cuando él se marchó. Ella lo vio cruzar el puente como un fantasma a través de la niebla blanca que se elevaba desde el canal. Y a través de la niebla pudo distinguir la masa de la fábrica, similar a una fortaleza, y las luces borrosas y distorsionadas en las oficinas del pagador manchadas en la cortina blanca del vapor.

"Un mal tiempo", comentó el centinela, de manera amistosa. Apareció ahora, a pesar de su uniforme, como un joven atento y afable.

Janet asintió.

"Deberías haber traído un paraguas", dijo. "Supongo que lloverá más fuerte. Pero es mejor que diez bajo cero, de todos modos”.

Ella asintió de nuevo, pero a él no pareció molestarle su silencio. Habló sobre las dificultades de las patrullas en invierno, hasta que el sargento regresó.

"Está bien, señorita Bumpus", dijo, y se tocó el sombrero mientras la acompañaba al puente. Cruzó el canal y atravesó el vestíbulo sin responder al saludo del vigilante nocturno, ni notar su mirada curiosa; subió la escalera revestida de acero, pasó por las oficinas del administrador de pagos y la del señor Orcutt, y ganó la oficina exterior donde había trabajado como taquígrafa. Estaba oscuro, pero suficiente luz entraba por la puerta abierta de Ditmar para guiarla junto a la barandilla. Él había escuchado su paso, y cuando ella entró en su habitación, él puso sus manos pesadamente sobre su escritorio, en el acto de levantarse de su silla.

"¡Janet!", Dijo, y se dirigió hacia ella, pero no llegó más allá de la esquina del escritorio. La vista de su pecho agitado, de la luz peculiar que brillaba debajo de sus pestañas lo detuvo de repente. Sus manos estaban en sus bolsillos. "¿Qué es?", exigió estúpidamente.

Pero ella siguió parada allí, respirando tan fuerte que no podía hablar. Fue entonces cuando se dio cuenta de un grave peligro. Él no se inmutó.

"¿Qué es?" Repitió.

Todavía estaba en silencio. Una mano fue empujada más profundamente en su bolsillo, vio un estremecimiento correr a través de ella, y de repente ella estalló en un llanto histérico, hundiéndose en una silla. Se detuvo por unos momentos, impotente, mirándola antes de que adquiriera la mentalidad de ir a la puerta y cerrarla, volviendo a inclinarse sobre ella.

"¡No me toques!", dijo ella, encogiéndose de él.

"Por el amor de Dios, dime qué pasa", suplicó.

Ella lo miró y trató de hablar, luchando contra los sollozos que la sacudían.

"Vine aquí para matarte solo que no puedo hacerlo".

“¡Para matarme!” dijo, después de una pausa. A pesar del hecho de que él había adivinado a medias su intención, las palabras lo sorprendieron. Sea lo que sea lo que se pueda decir de él, no le faltó coraje, su alarma no era de naturaleza física. Mezclado con ello, había emociones que él mismo no entendía, causadas por la visión inoportuna de su pérdida de autocontrol, su ira y su desesperación. "¿Por qué querías matarme?"

Y de nuevo tuvo que esperar una respuesta.

"¡Porque me has destrozado la vida porque voy a tener un hijo!"

"¿Qué quieres decir? ¿Estás?... no puede ser posible".

“Es posible, es verdad, es la verdad. He esperado y esperado, he sufrido, casi me he vuelto loca y ahora lo sé. Y dije que te mataría si fuera así, me suicidaría solo que no puedo. Soy una cobarde”. Su voz se ahogó otra vez por el llanto.

¡Un hijo! ¡Nunca se había imaginado semejante contingencia! Y cuando se recostó contra el escritorio, sus emociones se volvieron caóticas. La vista de ella, incluso cuando parecía enloquecida por la ira, había puesto su pasión en llamas por la intensidad y la ferocidad de su naturaleza, siempre había producido una fuerte llamada a las cualidades dominantes en la naturaleza de Ditmar. Y luego ¡este anuncio! Por un momento convirtió su corazón en agua. Ahora que se enfrentaba a una exigencia que alguna vez le había molestado indirectamente, aunque de manera indirecta, en un asunto similar

de un amigo suyo, el código y el hábito de toda una vida ganaron una importancia inmediata que desde entonces había insistido en que esta situación en particular debía evitarse por encima de todas las demás. Y su mente saltó a las posibilidades. Ella había deseado matarlo ¿Permanecería lo suficientemente desesperada como para arruinarlo? A pesar de que no estaba en una crisis en sus asuntos, un escándalo de este tipo sería fatal.

"No lo sabía", dijo desesperadamente, "no podía adivinar. ¿Crees que me hubiera pasado esto? Me dejé llevar los dos nos dejamos llevar”

"¡Lo planeaste!", respondió ella con vehemencia, sin levantar la vista. "No te importaba, solo me querías usar".

"Eso no es así, juro que no es así. Te amé, te amo

"Oh, ¿piensas que yo creo eso?", exclamó.

"¡Lo juro, lo demostraré!", protestó. Aún bajo la influencia de una ansiedad aguda, le resultaba difícil reunir inteligencia, ordenar su caso. "Cuando me dejaste ese día… la huelga comenzó cuando me dejaste sin darme una oportunidad, nunca sabrás cómo me dolió eso".

"¡Nunca sabrás cómo me duele!", Interrumpió.

“Entonces, ¿por qué, en nombre de Dios, lo hiciste? Yo no era yo, entonces, deberías haber visto eso. Y cuando supe por Caldwell que te habías unido a esos anarquistas"

"No son peores que tú, solo quieren lo que tienes", dijo.

Él dejó esto a un lado. "No podía creerlo. No lo creí hasta que alguien te vió caminando con uno de ellos al cuartel general. ¿Por qué lo hiciste?"

"Porque sé cómo se sienten, simpatizo con los huelguistas, ¡quiero que ganen contra ti!" Ella levantó la cabeza y lo miró, y a pesar del estado de sus sentimientos, sintió una punzada de admiración por su desafío.

"¡Porque me amas!", dijo.

"Porque te odio", respondió ella.

Y sin embargo, una chispa de exaltación saltó dentro de él al pensar que el amor había causado esta apostasía. Él había tenido esa sospecha antes, aunque era un mal consuelo cuando no podía alcanzarla. Ahora ella lo había hecho vívido. La lógica de una mujer, o la falta de lógica, su lógica.

"¡Escucha!" Suplicó. "Traté de olvidarte. Intenté mantenerme en marcha todo el tiempo para no pensar en ti, pero no pude evitar pensar en ti, quererte, añorarte. Nunca supe por qué me dejaste, excepto que parecías creer que era

desagradable contigo, y que algo había sucedido. No fue mi culpa” se levantó bruscamente.

"Descubrí cómo eran los hombres", dijo. "Un hombre hizo a mi hermana una mujer de las calles, eso es lo que me has hecho".

Él hizo una mueca. Y la calma que había recuperado, que era tan característica de ella, le causó un nuevo temor.

"No soy ese tipo de hombre", dijo.

Pero ella no respondió. Su situación se volvió más difícil.

"Voy a cuidar de ti", le aseguró, después de un momento. "Si solo confías en mí, si vienes a mí, veré que no te hagan daño".

Ella lo miró con una especie de maravilla, una mirada que puso un poco de dignidad y desprecio a sus palabras cuando llegaron.

“Te dije que no quería que me cuidaran. Querría matarte y matarme a mí misma. No sé por qué no puedo; lo que me lo impide. Ella se levantó. "Pero no voy a molestarte más, nunca más volverás a oír hablar de mí".

Ella no lo molestaría, se iría, nunca volvería a saber de ella. De repente, con la oleada de alivio que experimentó, llegó una punzada. No podía dejarla ir, era imposible. Parecía que nunca había entendido su necesidad de ella, su amor por ella, hasta ahora que la había llevado a esta prueba suprema de auto-revelación. Ella había querido matarlo, sí, suicidarse, pero ¿cómo podría él alguna vez haber creído que ella se rebajaría a otro método de represalia? Mientras estaba de pie ante él, la luz en sus ojos aún húmeda por las lágrimas la transfiguró.

"Te amo, Janet", dijo. "Quiero que te cases conmigo."

"No entiendes", respondió ella. "Nunca lo hiciste. "Si me hubiera casado contigo, me sentiría igual, pero no es tan malo como si hubiéramos estado casados".

"¡No tan malo!", Exclamó.

"Si estuviéramos casados, pensarías que tienes derechos sobre mí", explicó ella, lentamente. "Ahora no tienes ninguno y puedo irme. No podría vivir contigo. Sé lo que me sucedió, quería alejarme de la vida que llevaba, la odiaba, estaba loca por tener la oportunidad, ver el mundo, acercarme a algunas de las cosas hermosas que sabía que estaban allí, pero no podía alcanzar... Y tú viniste. Te amé, habría hecho cualquier cosa por ti, solo cuando vi que realmente no me querías, empecé a odiarte, quería alejarme de ti, cuando vi que solo me querías hasta que te cansases de mí. Esa es tu naturaleza, no puedes evitarlo. Y hubiera sido lo mismo si nos hubiéramos

casado, solo que peor. Te habría dejado. Dices que te casarás conmigo ahora, pero eso es porque lo sientes por mí ya que dije que no voy a molestarte más. Te alegrarás de que me haya ido. Puede que me quieras ahora, pero eso no es amor. Cuando dices que me amas, no te puedo creer.

"¡Debes creerme! Y el hijo, Janet, nuestro hijo.

“Si el mundo estuviera bien”, dijo, “podría tener este hijo y nadie diría nada. Podría soportarlo, supongo que puedo de todos modos. Y cuando no estoy medio loca lo quiero. Tal vez esa es la razón por la que no he podido hacer lo que he querido hacer. "Es natural que una mujer quiera un hijo, especialmente una mujer como yo, que no tiene a nadie ni nada".

El estado mental de Ditmar era demasiado complicado para ser descrito en su totalidad. A medida que fue entendiendo gradualmente que ella no había venido como suplicante, que incluso en su desdicha era libre, y él, indefenso, revivió en él recuerdos salvajes de su cuerpo, de los besos que le había quitado y sin embargo, este deseo físico fue acompañado por una realización de su personalidad nunca antes alcanzada. Y debido a que hasta ahora no lo había logrado, ella se había escapado de él. Esta visión tardía, superando lo que era ella esencialmente, y el pensamiento del niño, de su hijo, impregnaba su pasión, lo transformó en un sentimiento hasta ahora inexplicable e inimaginable. Se cernió sobre ella, lastimosamente, acercando sus manos a ella, pero sin atreverse a tocarla.

"¿No puedes ver que te amo?", Exclamó, "que estoy listo para casarme contigo, esta noche. Debes amarme, no creeré que no, después de todo lo que hemos estado el uno con el otro".

Pero incluso entonces ella no podía creer. Algo en ella, endurecido por la intensidad de su sufrimiento, se negó a derretirse. Y le palpitaba la cabeza y apenas lo oía.

"No puedo quedarme más tiempo", dijo ella, poniéndose de pie. "No puedo soportarlo".

"Janet, te juro que te cuidaré como ninguna mujer fue atendida nunca. ¡Por el amor de Dios, escúchame, dame una oportunidad, perdóname! Él la agarró del brazo; ella luchó, suave pero persistentemente, para liberarse de su agarre.

"Déjame ir, por favor". Toda la ira apasionada había desaparecido de ella, y ella habló en un tono monótono, como bajo hipnosis, dominada por una resolución que, al menos por el momento, era incapaz de sacudir.

"¿Pero mañana?", suplicó. “Vas a dejar que te vea mañana, cuando hayas tenido tiempo para pensar en ello, cuando te des cuenta de que te amo y quiero, que no he pretendido ser cruel, que me has juzgado mal. Yo era un tipo

diferente de hombre. No te culpo por eso, supongo que sucedió algo que te hizo creerlo. Tengo enemigos. Por el bien del hijo, Janet, si no fuera por otra cosa, ¡volverás conmigo! Estás cansada esta noche, no eres tú misma. No me pregunto, después de todo lo que has pasado. ¡Si solo hubieras venido a mí antes! ¡Dios sabe lo que he sufrido, también!

"Déjame ir, por favor", repitió, y esta vez, desesperado, la obedeció. Una convicción de su incomunicación lo abrumaba. Se volvió y, buscando la llave, abrió la puerta. "Te veré mañana", vaciló una vez más, y la observó mientras cruzaba la habitación exterior a oscuras hasta que llegó al pasillo iluminado y desapareció. Sus pasos murieron en el silencio. Estuvo temblando durante varios minutos. Se quedó donde ella lo había dejado, torturado por la sensación de su incapacidad para actuar, para hacer frente a esto, a la gran crisis de su vida, cuando, de repente, el verdadero significado de esa última y extraña mirada en sus ojos se reflejó en su hogar. ¡Y él le había permitido salir sola a las calles! Agarrándose el sombrero y el abrigo, salió corriendo de la oficina, bajó las escaleras y cruzó el puente.

“¿Por dónde se fue esa joven?”, le preguntó al sargento.

"¿Uh?, West Street, Sr. Ditmar".

Recordó dónde estaba la calle Fillmore; de hecho, la había buscado una noche con la esperanza de encontrarse con ella. Se apresuró hacia ella ahora, su mirada se tensó para ver su figura debajo de una lámpara. Pero llegó a la calle Fillmore sin adelantarla, y bajo la lluvia se quedó mirando las malas casas de allí, preguntándose en cuál de ellas vivía, y si había regresado a casa...

Después de dejar a Ditmar, Janet, probablemente por fuerza de costumbre, había pasado por West Street, y después de eso siguió caminando sin rumbo. Era mejor caminar que sentarse sola atormentada, ser roída por esa cosa de la que ella había intentado tan desesperadamente escapar y fracasado. Intentó pensar por qué había fallado... Aunque la lluvia caía sobre sus mejillas, tenía la boca reseca; y esta sequedad de su paladar, esta sensación física de ligereza, casi de mareo, fue íntima, pero incomprensiblemente, parte integral de los fantásticos estados de ánimo en los que ella flotaba. Era como si, al tratar de resolver un problema, perdiera el sueño de vez en cuando. En sus momentos de vigilia ella estaba aterrorizada. Apenas había pasado una hora desde que, en una terrible exaltación por haber encontrado una solución, había ido a la oficina de Ditmar en la fábrica. ¿Qué había pasado? Fue cuando trató de encontrar la causa de la debilidad que tan repentinamente la había sobrepasado, o de buscar un plan que se ajustara a la nueva situación a la que la había condenado su fracaso, cuando se entrometieron las fantasías. Oyó hablar a Ditmar, los argumentos

eran curiosamente familiares. ¡Pero no eran de Ditmar! Eran de su padre, y ahora era la voz de Edward la que escuchaba, él le estaba diciendo que era muy correcto que se casara con Ditmar, debido a su sangre Bumpus. Y esto la hizo reír... Una vez más, Ditmar estaba besando su cabello. Lo había alabado a menudo. Ella lo había dejado y se lo había peinado. Era como una nube, dijo; luego el olor cambió, se convirtió en el del perfume detestado de la señorita Lottie Myers. ¡Incluso eso hizo que Janet sonriera! Pero Ditmar era fuerte, era poderoso, era un hecho, ¿por qué no volver a él y dejar que la absorba y la destruya? Esa aniquilación sería una alegría...

No podía haber sido mucho más tarde de las siete en punto cuando se encontró frente a la familiar iglesia protestante rodeada de moreras. La luz de su vestíbulo formaba un cuadrado reluciente en la acera húmeda, y en este área, desde la oscuridad circundante, aparecían siluetas de hombres y mujeres que sostenían paraguas; algunos se detuvieron por un momento para conversar, y sus voces fueron apagadas por el tabernáculo. Al ver esta pequeña congregación, algo se agitó dentro de ella. Experimentó una punzada de sorpresa ante el descubrimiento de que otras personas en el mundo, en Hampton, todavía estaban llevando una existencia tranquila y sin ser supervisada. Estaban contentos, eran prósperos, estúpidos, más allá de cualquier necesidad de ayuda de Dios, y sin embargo, ¡iban a la reunión de oración para pedir algo!

Él se negó a encontrarla en las calles oscuras. ¿La encontraría si entrara allí? y ¿la ayudaría?

La campana de la torre comenzó a sonar, con golpes pesados e implacables, como golpes físicos, desde los cuales ella se estremeció agitando su alma reticente y somnolienta a una agonía más rápida. Desde la oscuridad exterior a través de la cual huyó, ella miró las habitaciones brillantes de las casas cuyas persianas no estaban cerradas, como para burlarse de los vagabundos. ¡Ella era una marginada! ¿Quién en lo sucesivo la recibiría, salvo los inconformes condenados al pecado en este reino de negrura? De aquí en adelante estaría desterrada de todo calor y amor... En medio del puente de la calle Stanley se detuvo para apoyarse contra la baranda mojada; las luces de la fábrica estaban dispersas, puntos de fuego danzantes sobre las aguas rápidas, y ella alzó sus ojos en ese momento hacia las luces mismas, ¡buscando inconscientemente a Ditmar! Sí, era lo que buscaba; aunque era tan distante, a veces parecía arder como una estrella roja que luego parpadea y desaparece. Ella no podía estar segura... Algo frío y acerado estuvo en el bolsillo de su abrigo e hizo un fuerte chapoteo en el agua cuando lo dejó caer. ¡El río no podía estar tan frío! Deseaba poder caer así en el olvido. Pero

ella no podía... ¿Dónde estaba Lise ahora?... Sería tan fácil simplemente dejarse caer por ese parapeto y dar vueltas, y bajar y bajar. ¿Por qué no podía? Bueno, era porque iba a tener un hijo. Bueno, si tuviera un hijo que cuidar, no estaría tan sola, tendría algo que amar. Ahora lo amaba, como si lo sintiera acelerarse dentro de ella, lo deseaba, prodigarlo todo de un afecto hambriento. Parecía sentir realmente en sus brazos su pequeño y suave cuerpo presionando contra ella. ¡El hijo de Claude Ditmar! ¡Y de repente recordó, como en un incidente del pasado remoto, que le había dicho que lo quería!

Esta tensa ansiedad que ella sentía ahora era de alguna manera la respuesta a un deseo que la había asombrado. Tal vez esa fue la razón por la que ella no había hecho lo que había tratado de hacer, ¡disparar a Ditmar y a ella misma! ¡Era el hijo de Ditmar, el de Ditmar y el de ella! La había amado, hacía mucho tiempo, y justo ahora, ¿era justo ahora? Él había dicho que todavía la amaba, que había querido casarse con ella. Entonces, ¿por qué se había escapado de él? ¿Por qué había llevado al niño a la oscuridad exterior, para nacer sin un padre, cuando amaba a Ditmar? ¿No era esa una razón por la que ella quería al niño? por qué, incluso en sus momentos de odio apasionado, recordaba haberse sorprendido por algún anhelo como el que ahora le sobrevenía. Y durante un intervalo, un breve intervalo, lo vio con una claridad sorprendente. No porque él encarnara ningún ideal, ella lo amaba, sino porque él era lo que era, porque había vencido su voluntad, la había dominado y la había poseído, y había dejado su marca indeleble en ella. Él había sido cruel con ella, dispuesto a sacrificarla a su estilo de vida, a sus propios deseos, pero la amaba, porque ella había visto en sus ojos, la mirada que una mujer nunca confunde. Ella lo recordaba ahora, y la luz en su ventana brillaba de nuevo, como una estrella que la guiaba hacia él. La estaba dibujando, irresistiblemente...

El centinela la reconoció mientras avanzaba por el canal.

"El señor Ditmar se ha ido”, le dijo.

"¡Se fue!" Repitió ella. "¡Marchado!"

"Pues, sí, unos cinco minutos después de que se fuera, la estaba buscando, le preguntó al sargento por usted".

"¿Y él no volverá?"

"Supongo que no", respondió el hombre, con simpatía. "Dijo buenas noches".

Ella se dio la vuelta debidamente. La fuerza y la esperanza con la que había estado tan inesperadamente infundida mientras miraba desde el puente a su ventana, había disminuido repentinamente; le dolían las piernas, tenía los pies

mojados y se estremecía, aunque le ardía la frente. El mundo se distorsionó, la gente pasó volando junto a ella como extrañas figuras de un sueño, las miles de luces de la calle Faber estaban borrosas y giraban en compañía de las señales eléctricas. Buscando escapar de su confusión, entró en una calle lateral que conducía al norte, pero fue capturada por la fuerza por alguien que corrió tras ella desde la acera.

"Disculpe, pero no vio ese automóvil", dijo, mientras la soltaba.

Sorprendida, siguió por varias calles hasta encontrarse con un par de puertas destartaladas que parecían familiares y empujo una de ellas para abrirla, cebada en la parte inferior de una escalera, para escuchar el sonido de voces alegres desde arriba; comenzó a subir, incluso con la ayuda de la baranda, parecía que nunca alcanzaría la parte superior de esa escalera. Pero por fin se encontraba en un desván donde había largas mesas, y al final de una de ellas, clasificando cucharas y platos, tres mujeres y un hombre charlaban y reían juntos. Janet estaba preocupada porque no podía recordar quién era el hombre, aunque reconoció su perfil audaz, su voz y sus gestos... Por fin una de las mujeres dijo algo en voz baja, miró a su alrededor rápidamente y cruzó la habitación.

"¡Vaya, eres tú!", dijo, y de repente ella recordó su nombre.

"Señor. ¡Insall!

Pero su rápida mirada había notado la expresión en sus ojos, la condición hundida de su ropa, la actitud que proclamaba agotamiento. La tomó del brazo y la llevó al pequeño almacén, encendió la luz y la colocó en una silla. La oscuridad descendió sobre ella...

La señora Maturin, volviendo de un recado, se detuvo un instante en la puerta, corrió y se inclinó sobre Janet.

"Oh, Brooks, ¿qué es lo que le ha pasado?"

"No lo sé", respondió, "No tuve la oportunidad de preguntarle. Voy a buscar un médico".

"Déjamela a mí, y llama a la señorita Hay". La Sra. Maturin fue instantáneamente competente... Y cuando Insall regresó de la farmacia donde había telefoneado, se encontró con él al principio de la escalera. "Hemos hecho todo lo que hemos podido, Edith Hay le ha dado brandy, se ha ido a buscar ropa seca, y hemos sacado todas las cosas de los niños de los cajones y la hemos dejado en el suelo, pero no ha venido a… Pobre niña, ¿qué le puede haber pasado? ¿Viene el doctor?

"De inmediato", dijo Insall, y la señora Maturin regresó al almacén. La señorita Hay trajo la ropa seca antes de que llegara el médico.

"Probablemente sea neumonía", le explicó a Insall un poco más tarde. "Ella debe ir al hospital, pero el problema es que todos nuestros hospitales están bastante llenos, debido a las enfermedades causada por la huelga". Él vaciló. "Por supuesto, si ella tiene amigos, podría tener mejor cuidado en una institución privada en este momento".

"Oh, ella tiene amigos", dijo la Sra. Maturin. "¿No podríamos llevarla a nuestro pequeño hospital en Silliston, doctor? Es solo cuatro millas que no es mucho en un automóvil, y las carreteras están bien ahora".

"Bueno, el riesgo no es mucho mayor, si tiene un automóvil cerrado, y ella, por supuesto, estaría mejor atendida", consintió el médico.

"Me encargaré de ello", dijo Insall...

CAPÍTULO XX

El Martha Wootton Memorial Hospital era la afición de un ex alumno de Silliston. Estaba situado en Hovey's Lane, pero desde la ventana de la habitación esmaltada de blanco en la que yacía, Janet podía ver las ramas desnudas de los olmos comunes temblando con las ráfagas de primavera, podía ver, día a día, el cambio de la hierba de color amarillo verdoso a verde vivo con la luz blanca del sol. Por la mañana, cuando la enfermera abrió las persianas, la luz del sol entró radiante en la habitación, generosa acariciante; siempre gastando, siempre dando; el símbolo de un cuidado amoroso que se había derramado sobre ella, sin pedirlo y sin buscarlo. Era dulce descansar, dormir. Y en lugar del riguroso grito de la monstruosa sirena, del discordante clamor de las campanas de las fábricas, era dulce pero extraño despertarse con campanillas plateadas que proclamaban horas pacíficas. Al principio se rindió al hechizo y no pensó en el futuro. Por un momento todos los días, la Sra. Maturin le leía en voz alta, generalmente de libros de poesía. Y conociendo muchos de los versos de memoria, observaba la cara de Janet, enmarcada en el suave cabello oscuro que caía en dos largas trenzas sobre sus hombros. Pero Janet poco adivinaba sobre la idea de elegir estos libros, ni podía saber las horas que pasaba esta señora pensando en los estantes de la biblioteca o consultando con Brooks Insall. A veces, Augusta Maturin pensaba que Janet era una flor silvestre de las raras y tímidas, que se escondía bajo sus hojas; brotó en Hampton, de todos los lugares, aplastada por un pie despreocupado, pero milagrosamente no destruida, y ya empujaba zarcillos nuevos y ansiosos. Y ella la había trasplantado para que encontrase el alimento adecuado, para darle la oportunidad de crecer en un suelo nativo y agradable, esa fue su tarea sin aliento. Y así, ella seleccionó "El jardín de los versos para niños".

"*Me gustaría levantarme e ir donde crecen las manzanas doradas*"...

Cuando dejó su libro, fue para hablar, tal vez, de Silliston. Establecida aquí antes del nacimiento de la República, sus raíces estaban en el suelo de un imperio racial, a una visión más amplia a la que se aferraba Augusta Maturin:

un imperio de tradición anglosajona que, a pesar de los desacuerdos y conflictos, a través de ellos, se desarrolló imperceptiblemente hacia una unión sublimadora, fundada no en el dominio, sino en la justicia y el derecho. Ella habló de la Inglaterra que había visitado en su viaje de bodas, de los hitos y la literatura que también a través de generaciones han sido los derechos de nacimiento estadounidenses; y de esa justa autoafirmación e independencia que, mediante la protesta e incluso con la guerra, Estados Unidos contribuyó a la democracia del futuro. Silliston, indiferente a los cultos y los cataclismos, no perturbado por las mareas oscuras arrojadas hacia el oeste para acumular depósitos en otras partes de la tierra, se había adherido a la antigua tradición, estaba dispuesto a hacer su parte para transformarla en algo aún más noble cuando el momento llegase. La simplicidad, el valor y la belleza de estos elementos de la antigua República, al menos, no deben perecer, sino que al final prevalecerán.

Ella habló simplemente de estas cosas, conectándolas con un Silliston cuyo espíritu apelaba a todo lo que era inherente y permanecía en la joven. No todo fue caos: aquí, al menos, una baliza ardió con una llama brillante y constante. Y habló de Andrew Silliston, el robusto prototipo colonial de la cultura estadounidense, que había luchado contra su Rey, que había gastado su modesta fortuna para fundar este lugar de aprendizaje, creyendo que la educación es la piedra angular de las repúblicas; adivinar que la unidad duradera es posible solo por la transformación del individuo en ciudadano a través de la concesión voluntaria de servicio y los frutos del trabajo. Samuel Wootton, el comerciante de Boston que había donado el hospital, fue el verdadero descendiente de Andrew, imbuido de la misma intuición semiconsciente que crea mejor que destruye. Y andrew, si hubiera regresado a la tierra con su abrigo de encaje y su largo chaleco de seda, reconocería su propia alma en la Academia Silliston, el alma de su credo y raza.

Lejos del río, cien millas o más,
otros niños pequeños llevarán mi bote a tierra

Janet respiró hondo, involuntariamente. Estos eran momentos en los que parecía que ella apenas podía contener lo que sentía de belleza y significado, cuando el éxtasis y el dolor no debían soportarse. Y a veces, mientras escuchaba la voz de la señora Maturin, lloraba en silencio. Una vez más una extraña paz descendió sobre ella, la paz de un exiliado que vuelve a casa; si no se queda, al menos conocerá su propia tierra y su gente antes de seguir adelante. Ella no pensaría en eso por un tiempo, pero se esforzaría por vivir y

probar el presente y sin embargo, ya que la vida fluyó de vuelta a sus venas que el pasado se levantaba para atormentarla, ella anheló derramarlo a su nueva amiga, para confesar todo lo que le había sucedido. ¿Por qué no podía? Pero ella estaba agradecida porque la señora Maturin no traicionó ninguna curiosidad. Janet a menudo la miraba, desconcertada, bajo el hechizo de una franqueza, una ingenuidad, una sencillez que había esperado encontrar en alguien que pertenecía a un lugar tan erudito como Silliston. Pero incluso aprender, estaba descubriendo que podría ser increíblemente simple. La Sra. Maturin vivía de forma libre y natural en su pasado, en la niña de seis años que le fue arrebatada un año después de la muerte de su marido, en su marido, quien fue profesor aquí y que, justo antes de su última enfermedad, publicó un brillante libro sobre literatura rusa que resultó en una llamada a Harvard. Habían ido a Suiza y Augusta Maturin había regresado a Silliston, —ella le habló a Janet del lago embrujado—, con su padre, el profesor Wishart, de la Universidad de Toronto. Allí, en busca de salud, Gifford Maturin había acudido a acampar a sugerencia de su padre.

Janet, por supuesto, no podía conocer todo ese romance, aunque trató de imaginárselo por lo que su amiga le dijo. Augusta Wishart, a los veinte y seis años, había sido una de esas magníficas mujeres canadienses que están más a gusto al aire libre; ella podría haber sacado en sus espaldas a Gifford Maturin del desierto. Medía 1,70 m., bien proporcionados, dotada por algún ancestro celta de ese pelo castaño oscuro que, debido a su abundancia, llevaba trenzado y se enredaba en un nudo pesado detrás de su cabeza. Bronceada por el sol del norte, arrodillada erguida en una canoa, podría, a poca distancia, haber sido confundida con una de la raza a la que los bosques y las aguas habían pertenecido una vez. El instinto de la maternidad era fuerte en ella, y desde el principio había tomado a la tímida y delicada estudiante bajo su ala, reconociendo en ella uno de los seres físicamente indefensos dedicados a una función suprema. Siempre se estaba resfriando, su comida no estaba de acuerdo con ella y, por iniciativa propia, despidió a su cocinero habitual y le proporcionó uno de su elección. Cuando fue superada por una de sus exigencias, ella lo llevó por el lago con movimientos lujuriosos, colocando primero una manta sobre sus rodillas, y él se rindió; no tenía orgullo de ese tipo, era completamente indiferente a la figura que cortaba su Amazonas. Su amabilidad de disposición, sus brillantes conversaciones con aquellos a quienes, como su padre, él conocía y en quienes confiaba, cautivaron a Augusta. En este período de su vida, estaba despertando a las glorias de la literatura y tomando un curso especial en esa especialidad. Habló con ella de Gogol, Turgenief y Dostoievsky, y, sentada en el pórtico, leyó en francés "Las

almas muertas", "Padres e hijos" y "Los hermanos Karamazoff". A finales de agosto casi se fue a casa, bastante ignorante de la flecha en su corazón, hasta que comenzó a extrañar las distracciones de Augusta Wishart y a la propia Augusta Wishart... Luego, había seguido ese breve período de intensa felicidad...

La idea de un nuevo matrimonio nunca se le había ocurrido. A los treinta y ocho, aunque la tragedia había dejado su huella, había sido incapaz de destruir la dulzura de una naturaleza tan vital como la de ella. La necesidad innata de amar se mantuvo, y con el paso del tiempo se había vuelto más melancólica e insistente. Insall y sus vecinos de Silliston no querían, de hecho, avivar su entusiasmo, mientras comprendían y simpatizaban con esta necesidad en ella. Una criatura intuitiva, Janet la había atraído desde el principio, despertando primero su curiosidad, y luego el instinto maternal que anhelaba, una mente para moldear un alma, para responder a su toque...

La Sra. Maturin a menudo hablaba con Janet de Insall, quien de alguna manera había estado conectado con Silliston. En sus primeros días de deambular, cuando vagabundeaba por Nueva Inglaterra, solía aparecer inesperadamente en la casa del Dr. Ledyard, el director, por varias semanas y desaparecía de nuevo. Incluso entonces, él había sido una especie de institución, un profesor emérito de botánica, historia de las aves y artesanía en la madera, llevando a los niños a dar largos paseos por las colinas vecinas; y, de repente, sorprendió a todo el mundo rehaciendo la granja en ruinas de Judith's Lane, que había restaurado con sus propias manos en una de las viviendas más pintorescas del viejo mundo. Detrás de ella, hizo una presa en el arroyo y puso una rueda hidráulica que producía energía para su taller. En las horas de juego, los muchachos generalmente invadían el lugar... Pero a veces el viejo anhelo de viajar lo invadía; un día sus amigos encontraban la casa callada y él estaba ausente por quince días, quizás por un mes. Uno nunca sabía cuándo iba a ir, o cuándo volvería. Pasó, como su héroe, Silas Simpkins, por los caminos de Nueva Inglaterra, deteniéndose por la noche en las casas de las granjas, o a menudo durmiendo bajo las estrellas. Y entonces, tal vez, escribiría otro libro. Solo escribía cuando tenía ganas de escribir.

Fue este libro de Insall, "Los viajes de Silas Simpkins", en lugar de su "Epworth Green" o "El ermitaño de la montaña azul", que la Sra. Maturin eligió leerle a Janet. A diferencia del sabio de *Walden*, que era más sociable, en lugar de una casa de troncos para su castillo, Silas Simpkins eligió un carro, que conducía de manera pausada desde el mar a las montañas, penetrando incluso en las aldeas junto a los lagos silenciosos en la frontera canadiense, y luego volvía al

mar de nuevo. Dos caballos grises y gruesos con frentes anchas y ojos sagaces lo impulsaron a una velocidad de tres millas por hora; porque éstos, como su maestro, habían aprendido la lección de que si la vida se debe saborear completamente, no se puede echar a perder. Silas cocinaba y comía, y algunas veces leía debajo de los arces al lado de las paredes de piedra; por lo general, dormía en el carro en medio de la variedad de bienes que lo proclamaban un experto en psicología aplicada. Al principio, podría haberse pensado que Silas era simplemente un vendedor ambulante, pero si conociera a Thoreau, pronto comenzaría a percibir que el tráfico ambulante era el precio insignificante que pagaba por la libertad. Silas era en cierto modo un sabio, ¡pero un sabio tan humano! Nunca se entrometió con las teorías, ni siquiera insinuó la insensatez de los mortales que compraban o despreciaban sus bienes, o con quienes conversaba en el camino, aunque podría haber tenido sus ideas sobre el tema. Comprender es perdonar.

Era tan parecido a Insall este libro, en su capricho, en su sensación de espacio y libertad, en su sabiduría oculta que se fue revelando gradualmente a medida que uno lo pensaba antes de quedarse dormido. ¡Nueva Inglaterra a principios del verano! Aquí, al lado de las tiernas hojas verdes de las cataratas de Ipswich estaba el brillante cobalto del mar, y casi podía oler su aliento fresco de sal mezclado con los olores cálidos del heno y los aromas acre de las flores del camino. Cabañas grises desgastadas se dispersaron por el paisaje, y oscuros copos de cedros, mientras que hacia el océano el ojo captaba el brillo de un faro o una vela solitaria.

Incluso en esa llanura arenosa, cubierta de pinos enfermizos, atrofiados y parches quemados, que se extienden hacia el oeste desde el Merrimac, Silas vio belleza y color, la vida en las casas que una vez fueron prósperas y aún no abandonadas... Actualmente, las colinas, todas de color azul jacinto, se levantaban contra la puesta de sol, y los pies de los caballos estaban en el "Boston Road" o rud, según la pronunciación autorizada de esa tierra. De hecho, casi en la actualidad, en muchos lugares, es un "rud", quien regresa de manera pintoresca al sendero del bosque por el que los primeros pobladores del interior montaban sus caballos o conducían sus bueyes con productos del país al mar. No era un pueblo que buscara el camino fácil, y Boston Road refleja sus personajes: pocos valles son lo suficientemente profundos para hacerlos a un lado; pocas montañas pueden aplaudirlo: los ferrocarriles le han dado un amplio rodeo. Aquí y allá, el bosque se abre para revelar, en un montículo o "plano", una aldea olvidada o una taberna. Sobre el alto estante de la ciudad de Washington, donde corre el aire es agudo y los lagos son azules, donde las flores silvestres de tallos largos asienten en sus soleadas

orillas, para llegar por fin a las colinas redondeadas y clásicas y las centinelas montañas que marcan el país de ovejas, el Connecticut...

Fue antes de que comenzase la convalecencia de Janet que la Sra. Maturin consultó a Insall acerca de su experimento propuesto con la literatura. Más tarde, dejó a Silliston para ir a un campamento de madera en un río remoto en el norte de Maine, para reaparecer abruptamente, en una tarde suave a finales de abril, en el jardín de Augusta Maturin. Los azafranes y los tulipanes estaban en flor, y su amigo, con un delantal de jardinería, estaba de rodillas, con la llana en la mano, ayudando a un hombre contratado a poner caléndulas y dragones.

"Bueno, es hora de que vuelvas a casa", exclamó, mientras se levantaba para saludarlo y lo llevaba a una silla en la pequeña terraza con pabellones junto a las ventanas de su biblioteca. "Tengo mucho que decirte sobre nuestra inválida".

“¡Nuestra inválida!” Replicó Insall.

"Por supuesto. Espero que compartas la responsabilidad conmigo, y la has eludido corriendo hacia Maine. La descubriste, lo sabes y es realmente extraordinaria".

“Mira, Augusta, no puedes esperar que comparta la tutela de una joven atractiva, una joven dinámica. Si ella te afecta de esta manera, ¿qué me hará a mí? Soy demasiado susceptible".

"Susceptible" se burló ella. "Pero no puedes salirte de eso. Te necesito. Nunca he estado tan interesada y tan perpleja en mi vida".

"¿Cómo está?" Preguntó Insall.

"Francamente, estoy preocupada", dijo la señora Maturin. “Al principio parecía que lo llevaba muy bien. Le leía un poco todos los días, y era maravilloso cómo respondía ella. Te lo contaré, ¡tengo tanto que decirte! El joven Dr. Trent también está desconcertado, parece que hay síntomas en el caso que no puede explicar. Hace unas tres semanas me preguntó qué había hecho con ella y no podía hacer nada. Ese es el problema, excepto que parece patéticamente agradecida, y que me he encariñado absurdamente de ella. Pero no está mejorando tan rápido como debería, y el Dr. Trent no sabe si sospechar o no complicaciones funcionales. Su constitución parece excelente, su vitalidad inusual. Trent, impresionado por ella, se inclina por la teoría de que ella tiene algo en la mente, y si esto es así, debería deshacerse de ello, contárselo a alguien, contármelo a mí. Sé que me tiene mucho cariño, pero es tan loca en sí misma, y en los momentos en que la miro me desconcierta, me hace sentir como un átomo. Veinte veces, al menos, casi he juntado mi coraje

para preguntarle, pero cuando se trata del punto, simplemente no puedo hacerlo".

"Deberías poder lograrlo, si es que alguien puede", dijo Insall.

"Tengo la idea de que puede estar relacionado con la huelga", continuó Augusta Maturin. “Nunca podría explicar que se haya mezclado con eso, sumergiéndose en el sindicalismo. Parecía tan extraño a su naturaleza. Desearía haber esperado un poco más antes de hablarle de la huelga, pero un día ella me preguntó cómo había salido y ella parecía encontrarse tan bien que no vi ninguna razón para no decírselo. Dije que la huelga había terminado, que los propietarios de los molinos habían aceptado los términos de la IWW, pero que Antonelli y Jastro habían sido enviados a la cárcel y estaban esperando el juicio porque habían sido acusados de instigar el asesinato de una mujer a la que le disparó un huelguista. ¡Fue un policía!, dijo ¡Parece que ella había visto eso! Me lo dijo muy casualmente. Pero a ella le interesaba, y luego mencioné lo mucho que se conmovieron los huelguistas con los arrestos, cómo desfilaron frente a la cárcel, cómo cantaban y cómo se dirigía el sentimiento contra el Sr. Ditmar, porque fue acusado de instigar la colocación de dinamita en las viviendas."

"¿Y le habló de la muerte del señor Ditmar?", preguntó Insall.

"Sí, le conté que un demente italiano le había disparado en Dover Street, y si no se hubiera demostrado que el italiano estaba loco y no era un trabajador de la fábrica, el resultado de la huelga podría haber sido diferente".

"¿Cómo lo tomó ella?"

"Bueno, ella estaba sorprendida, por supuesto. Se sentó en la cama, mirándome, y luego se recostó sobre las almohadas de nuevo. Fingí no notarlo, pero lamenté haber dicho algo al respecto.

"¿Ella no dijo nada?"

"Ni una palabra."

"¿No sabías que, antes de la huelga, ella era la taquígrafa privada de Ditmar?"

“¡No!” Exclamó Augusta Maturin. "¿Por qué no me lo dijiste?"

"Nunca se me ocurrió", respondió Insall.

“¡Entonces debe tener algo que ver con eso!” dijo la Sra. Maturin.

Insall se levantó y caminó hasta el final de la terraza, mirando un pájaro azul en el borde del césped.

"Bueno, no necesariamente", dijo, después de un tiempo. "¿Alguna vez averiguaste algo sobre su familia?"

"Oh, sí, me encontré con el padre una vez, ha salido dos o tres veces, en domingo, y vino aquí para agradecerme por lo que había hecho. La madre no viene, tiene algunos problemas, no sé exactamente qué. Brooks, me gustaría que pudieras ver al padre, es único si puede usarse la expresión. ¡Es un portero en Chippering Mills!

"¿Un portero?"

"Sí, y estoy bastante seguro de que hasta hoy no entiende cómo se convirtió en uno o por qué. Es deliciosamente ingenuo en el tema de la genealogía, y yo conocía a la familia Bumpus de memoria antes de que se fuera. Esa es la forma que toma su remanente de curiosidad intelectual por sus antepasados. Nació en Dolton, que fue fundado por el Bumpus original, en los días de la colonia de Plymouth, y si fuera rico, tendría una biblioteca llena de libros de consulta y sería una de las principales eminencias de la Sociedad Histórica. Habla con la amabilidad de la pronunciación del viejo New Englander, nunca murmura sus sílabas, y tiene una cara muy bonita, el tipo de cara que no se ve a menudo en la actualidad. Seguí mirándolo, preguntándome qué le pasaba, y al final me di cuenta de lo que le faltaba era voluntad, deseo, era lo que un escultor de segunda clase podría haber hecho de Bradford, por ejemplo. Pero hay un remanente de fuego en él. Una vez, cuando habló de la huelga, de los extranjeros, se indignó bastante".

"¿No te dijo por qué su hija se había unido a los huelguistas?", Preguntó Insall.

"Él sabía de eso tanto como tú o yo. Por supuesto que no le pregunté, él me preguntó si lo sabía. Es solo otra prueba de su increíble reticencia. Y puedo imaginar una total ausencia de simpatía entre ellos. Él da cuenta de ella, por supuesto; probablemente sea el transmisor inconsciente de cualidades que los puritanos poseían y trataron de sofocar. Ciertamente, los fuegos están encendidos en ella y, sin embargo, es casi increíble que los haya transmitido. Por supuesto que no he visto a la madre.

"Es curioso que no mencionara que ella haya sido la taquígrafa de Ditmar", agregó Insall. "¿Eso fue reticencia?"

"Apenas lo creo", respondió Augusta Maturin. “Pudo haber sido, pero la impresión que tuve fue de una incapacidad para sentir el presente. Todas sus emociones están en el pasado, la mayor parte de su conversación fue sobre Bumpuses que están muertos y enterrados, y su orgullo en Janet porque él está orgulloso de que ella sea su representante. Es extraordinario, pero él ve su situación presente, su futuro, con extraordinario optimismo; aparentemente considera su llegada a Silliston, incluso en la condición en que

la encontramos, como una fortuna merecida por la cual tiene que agradecer alguna virtud heredada de sus antepasados. Bueno, tal vez tiene razón. Si ella no fuera única, no querría tenerla aquí. Es puro egoísmo. Le dije al señor Bumpus que esperaba encontrar trabajo para ella".

La señora Maturin le devolvió la sonrisa a Insall. “Supongo que eres demasiado educado como para decir que estoy entusiasmada. Pero al menos me harás el favor de admitir que son raros y discriminatorios, como deberían serlo los conocedores. Creo que incluso tú la aprobarás.

"Oh, lo apruebo de ella, ese es el problema".

La señora Maturin lo miró por un momento en silencio.

“Desearía que la hubieras visto cuando comencé a leer esos versos de Stevenson. Fue una inspiración tu pensamiento de ellos".

"¿Pensé en ellos?"

"Sabes que lo hiciste. No puedes escapar a tu responsabilidad. Bueno, me sentía como un jugador, como si estuviera apostando todo en un lanzamiento. Y, después de que empecé, como si estuviera tocando algún instrumento raro. Se quedó allí, escuchando, sin pronunciar una palabra, pero de alguna manera parecía interpretarlos para mí, dándoles un significado y una belleza que no había imaginado. En otra ocasión le conté sobre Silliston y cómo esta pequeña comunidad durante más de un siglo y medio había tratado de mantener su estandarte, para continuar con el trabajo iniciado por el viejo Andrew, y pensé en esas líneas.

Otros niños pequeños
llevarán mi bote a tierra firme

“Esa aplicación en particular, de repente, se me ocurrió, pero ella la inspiró”.

"Eres una profesora nata", se rió Insall.

"Soy demasiado radical para ser maestra de escuela", declaró. “¡Ningún consejo de administración me toleraría ni siquiera en Silliston! Hemos mantenido la fe, pero nos movemos lentamente, Brooks. Incluso la tradición crece, y a veces nuestra ceguera ante los cambios, los hechos científicos modernos, me enloquecen. Le leí ese poema de Moody ya sabes:

Aquí, donde los páramos se liberan
En la tarde azul alta,
Están el sol que se marcha y el mar que habla

y esas ultimas lineas:

Pero tú, vasta nave conductora de almas,
¿qué ciudad o puerto hay para ti?
¿Qué formas, cuando llegue el peaje,
se amontonarán en los bancos para ver?
¿Todos los felices compañeros
elevarán entonces un canto fraternal?
¿O acaso un poco demacrados, despiadados,
la agarrarán y la traerán de vuelta,
mientras que las muchas almas que se rompen en tí
se hundirán en la tarima esclavista,
y no habrá nada más que hacer o que decir?

"Lo lamenté después, pude ver que estaba tremendamente emocionada. Y ella me hizo sentir como si yo también hubiera sido golpeada en ese lance y magullada y casi estrangulada. A menudo me pregunto si ella ha salido de esto a la luz. Si podemos rescatarla”. La Sra. Maturin hizo una pausa.

"¿Qué quieres decir?", preguntó Insall.

"Bueno, es difícil de describir, lo que siento es una mezcla tan desconcertante de la vieja Nueva Inglaterra y la modernidad, de fatalismo y vitalidad... Al principio, cuando ella comenzó a recuperarse, solo era consciente de la vitalidad, pero últimamente siento la otra cualidad. No es exactamente el antiguo fatalismo puritano, o incluso el griego, también es extrañamente moderno, casi agnóstico, debería decir, una aceptación tranquila de los peligros de la vida, de la naturaleza, del sol, la lluvia y la tormenta, muy diferentes del optimismo barato que una encuentra en todas partes ahora. Ella no está exactamente resignada, no digo eso. Sé que ella puede ser rebelde. Y estar agradecida por el sol, pero parece tener la convicción de que las nubes volverán a juntarse... El médico dice que podría irse del hospital el lunes y yo voy a proponerle que resida aquí por un tiempo. Luego", agregó insinuante, "podemos colaborar".

"Creo que volveré a Maine", exclamó Insall.

"Si me abandonas, nunca te volveré a hablar", dijo la Sra. Maturin.

***

"Janet", dijo la señora Maturin al día siguiente, mientras dejaba el libro del que estaba leyendo", ¿recuerdas que te hablé una vez en Hampton de venir a Silliston? Bueno, ahora te tenemos aquí y no queremos perderte. He estado haciendo consultas; muchos de los profesores tienen que escribir a máquina, y estarán encantados de entregarte sus manuscritos en lugar de enviarlos a Boston. Y también está Brooks Insall, si alguna vez se siente inspirado escribirá otro libro. No tendrías ningún problema en leer su manuscrito, es como un guión. Por supuesto que hay que copiarlo. Puedes abordarlo con la Sra. Case. También he arreglado eso. Pero el lunes te llevaré a mi casa y te mantendré hasta que estés lo suficientemente fuerte como para caminar".

Los ojos de Janet brillaban repentinamente de lágrimas.

"¿Te quedarás?"

"No puedo", respondió Janet. "No podría".

"¿Pero por qué no? ¿Tienes algún otro plan?

"No, no tengo planes, pero no tengo derecho a quedarme aquí". En ese momento, ella levantó la cara hacia su amiga. "¡Oh señora Maturin, lo siento mucho! ¡No quería traer ninguna tristeza aquí, todo es tan brillante y hermoso! ¡Y ahora la he puesto triste!

Pasó un momento antes de que Augusta Maturin pudiera responderle.

"¿Para qué son las amigas, Janet?", preguntó ella, "¿si no es para compartir la tristeza? ¿Y supones que hay algún lugar, por brillante que sea, donde no haya llegado el dolor? ¿Crees que yo tampoco lo he sabido? Y Janet, no me he sentado aquí todos estos días contigo sin adivinar que algo te preocupa. He estado esperando todo este tiempo para que me lo digas, para que pueda ayudarte.

"Quería", dijo Janet, "todos los días quería, pero no podía". No podría soportar molestarte con eso, no quise decírtelo nunca. Y entonces es tan terrible, no sé lo que vas a pensar".

"Creo que te conozco, Janet", respondió la Sra. Maturin. “Nada humano, nada natural es terrible, en el sentido que quieres decir. Al menos yo soy de las que así lo creen.

En ese momento, Janet dijo: "Voy a tener un hijo".

La señora Maturin se quedó muy quieta. Algo se cerró en su garganta, impidiendo su inmediata respuesta.

"Yo también tuve un hijo, querida", respondió ella. "Lo perdí". Ella sintió que la mano se apretaba en sus dedos.

“Pero tú tendrías derecho a eso, si estuvieras casada. Los niños son cosas sagradas”, dijo Augusta Maturin.

"¡Sagradas! ¿Podría ser que una mujer como la Sra. Maturin pensara que este niño que venía a ella también era sagrado?

"Sin embargo, vienen", dijo Janet. “¡Oh, yo también intenté creer eso! Al principio, no lo quería, y cuando supe que iba a venir, me volví casi loca. Y luego, de repente, cuando caminaba bajo la lluvia, supe que tendría que guardarme todo para mí. ¿Lo entiendes?"

Augusta Maturin inclinó la cabeza.

“¿Pero el padre?” Se las arregló para preguntar, después de un momento. "No deseo entrometerme, querida, pero ¿lo sabe? ¿No te puede ayudar? "

"Fue el señor Ditmar".

"Tal vez te ayude contármelo, Janet".

"Me gustaría. He sido tan infeliz desde que me dijiste que estaba muerto y me sentí como una tramposa. Verás, él prometió casarse conmigo, y ahora sé que me amaba, que realmente quería casarse conmigo, pero sucedió algo que me hizo creer que no iba a hacerlo, vi a otra chica que se había metido en problemas y luego pensé que solo había estado jugando conmigo, y no podía soportarlo. Me uní a los huelguistas, solo tenía que hacer algo".

Augusta Maturin asintió y esperó.

“Yo solo era una taquígrafa, y éramos muy pobres, y él era rico y vivía en una casa grande, el hombre más importante de Hampton. Parecía demasiado bueno para ser verdad, supongo que nunca pensé que realmente podría suceder. Por favor, no piense que le estoy echando toda la culpa, señora Maturin, fue mi culpa tanto como la suya. Debería haberme ido de Hampton, pero no tenía fuerzas” Janet se detuvo.

"¿Pero lo amabas?"

"Sí, lo hice. Durante mucho tiempo, después de que lo dejase. Pensé que no, pensé que lo odiaba, y cuando descubrí lo que me había sucedido, esa noche cogí la pistola de mi padre y fui a la fábrica a dispararle. Yo también iba a dispararme".

"¡Oh!" La señora Maturin jadeó. Le lanzó una rápida mirada de asombro a Janet, que parecía no darse cuenta; quien estaba hablando objetivamente, aparentemente sin ningún sentido del drama de su historia.

"Pero no pude", continuó. “En ese momento no sabía por qué no podía, pero cuando salí entendí que era porque quería al niño, porque era su hijo. Y

aunque estaba casi fuera de sus pensamientos, parecía muy contento porque regresé con él y me dijo que se casaría conmigo de inmediato".

"¡Y te negaste!", Exclamó la Sra. Maturin.

"Bueno, ya ves, yo también estaba fuera de mi cabeza, todavía pensaba que lo odiaba pero lo había amado todo el tiempo". ¡Fue divertido! Tenía muchas faltas, y no parecía entender o preocuparse mucho por cómo se sienten las personas pobres, aunque era amable con ellas en la fábrica. Podría haber llegado a comprender que no fue porque no quisiera hacerlo, sino porque estaba tan separado de ellos, supongo, y estaba tan interesado en lo que estaba haciendo. Tenía ambición, pensaba que él solo había levantado esa fábrica. No sé por qué lo amaba, no era porque fuera bueno como el señor Insall, sino que era fuerte y valiente, y me necesitaba y solo me tomó".

“¡Uno nunca sabe!” Murmuró Augusta Maturin.

"Volví esa noche para decirle que me casaría con él y ya se había marchado. Entonces vine a vosotros, a la cocina de sopa. No quise molestaros, nunca entendí bien cómo llegué allí. "No me importa mucho lo que me pase, ahora que te lo he dicho", agregó Janet. "Era malo, no decírtelo, pero nunca había tenido algo como esto, lo que me estabais dando y quería todo lo que pudiera conseguir".

"¡Estoy agradecida de que hayas venido a nosotros!", Respondió Augusta Maturin.

"¿Quieres decir?" exclamó Janet.

“Quiero decir, que los que hemos sido más afortunados no miramos estas cosas como solíamos hacerlo, que el mundo es menos censurador, estamos empezando a comprender las situaciones que antes se condenaban. Y no sé qué clase de monstruo creías que era, Janet.

"¡Oh, señora Maturin!"

“Quiero decir que también soy una mujer, querida, aunque mi vida ha estado protegida. De lo contrario, lo que te ha pasado podría haberme sucedido a mí. Y además, soy lo que se llama poco convencional, tengo pequeñas teorías sobre la vida, y ahora que me has contado todo, te entiendo y te quiero incluso más que antes".

Salvo que se quedó sin aliento, Janet se quedó quieta contra los cojines del sillón. Se estaba esforzando por comprender el hecho trascendental e inesperado de la actitud intacta de su amiga. Entonces ella preguntó: "Sra. Maturin, ¿cree en Dios?

Augusta Maturin se sobresaltó por la pregunta. “Me gusta pensar en Él como luz, Janet, y que somos plantas que buscamos crecer hacia Él sin importar de

qué oscura grieta podamos brotar. Incluso en nuestros errores y pecados lo estamos buscando, porque son ignorancias y, a medida que el mundo aprenda más, lo conoceremos más y mejor. "Es natural anhelar la felicidad, y la felicidad es la autorrealización, y la autorrealización es conocimiento y luz".

"Eso es hermoso", dijo Janet.

"Es todo lo que podemos saber acerca de Dios", dijo la Sra. Maturin, "pero es suficiente". Ella había estado pensando rápidamente. "Y ahora", continuó, "tendremos que considerar lo que se debe hacer. No pretendo que el futuro sea fácil, pero no será tan difícil para ti como podría haberlo sido, ya que soy tu amiga y no tengo la intención de abandonarte. Estoy segura de que no dejarás que te aplasten. En primer lugar, tendrás algo para continuar con los recursos mentales, es decir, para los cuales se tiene un deseo natural, libros y arte y naturaleza, los mejores pensamientos y las mejores interpretaciones. Podemos darte esto. Y tendrás a tu hijo, y tendrás que trabajar, porque estoy segura de que eres trabajadora. Y, por supuesto, guardaré tu secreto, querida.

"¿Pero cómo?" Janet exclamó.

Lo arreglaré todo. Te quedarás aquí esta primavera, vendrás a mi casa el lunes, tal como lo habíamos planeado, y luego podrás ir a casa de la Sra. Case, si eso te hace sentirte más independiente, y escribirás a máquina hasta la primavera. Se acabó. Te he hablado de mi pequeño campamento en Canadá, en el corazón del desierto, a donde voy en verano. Nos quedaremos allí hasta el otoño, hasta que llegue tu bebé, y después de eso, sé que no será difícil conseguirte un puesto en el oeste, donde puedas ganarte la vida y mantener a tu hijo. Tengo un buen amigo en California que seguramente te ayudará. E incluso si tu secreto finalmente se descubre que no es probable, te habrás ganado el respeto. La sociedad no es tan severa como solía ser. Y siempre me tendrás por amiga. Ahí, ese es el lado bueno de esto. Por supuesto, no es un lecho de rosas, pero he vivido lo suficiente como para observar que las personas que se acuestan en rosas no siempre tienen las vidas más felices. Cuando quieras ayuda y consejo, siempre estaré aquí, y de vez en cuando te veré. ¿No es eso sensato?

"Oh, señora Maturin ¿Realmente me quiere todavía?"

"Te quiero, Janet, incluso más que antes, porque me necesitas más", respondió la Sra. Maturin, con una sinceridad que no podía dejar de tener convicción...

CAPÍTULO XXI

A medida que avanzaba la primavera, Janet se hizo más fuerte, se recuperó y, gracias a la amabilidad del Dr. Ledyard, el director, se instaló con una máquina de escribir en una pequeña habitación en un edificio antiguo de la Academia en lo que se llamó Bramble Street no muy lejos del Common. Aquí, durante el día, copió laboriosamente los manuscritos o, de su cuaderno, cartas dictadas por varios miembros de la facultad. Y estaba contenta cuando exclamaban con deleite por las copias perfectas y no pudieron sospechar de ella las frecuentes peregrinaciones a los diccionarios de la biblioteca con el fin de familiarizarse a sí misma con el significado y la manera de deletrear determinadas palabras académicas. Al principio, era casi desconcertante encontrarse a sí misma, compartiendo así la vida comunitaria de Silliston; y una actitud no premeditada hacia estos eruditos, sumos sacerdotes de las musas que tanto había adorado indoctamente, tal vez explicara mucho en su actitud hacia ella. Su fervor, reprimido pero palpable, era como una llama que ardía ante sus altares; un halago al que los cultivados, siendo humanos, responden rápidamente. Además, se sabía algo de su historia, y ella era de un tipo para incitar cierto interés entre estos exigentes. A menudo, después de que ella había tomado su dictado, o llevado sus manuscritos a casa, la retenían en conversación. En resumen, Silliston dio su aprobación a este experimento particular de Augusta Maturin. En cuanto a la propia Sra. Maturin, su sentimiento era de orgullo controlado, no mezclado con preocupación, siempre consciente del elemento oculto de la tragedia en la obra que había organizado tan amorosamente. No es que ella tuviera algún obstáculo para mantener el secreto de Janet, incluso a Insall; pero a veces, mientras lo contemplaba, las cuerdas de su corazón se tensaban. Silliston era tan obviamente a donde pertenecía Janet que no podía soportar la idea de que la muchacha saliera de nuevo de este lugar protegido a un mundo caótico de humo y luchas.

Los propios sentimientos de Janet eran una mezcla. No era, por supuesto, la satisfacción que ella conocía continuamente, ni siquiera la paz, aunque hubo momentos en que estas se apoderaron de ella. Hubo momentos, a pesar de su increíble y buena fortuna, de aprensión cuando pensaba en el futuro, cuando

el miedo la asaltaba; momentos de intensa tristeza ante la idea de dejar a sus amigos, de abandonar este lugar encantado ahora que milagrosamente lo había encontrado; momentos de estimulación, de exaltación. Su sentido prevaleciente, era de agradecimiento y gratitud, de determinación para aprovechar, para beber en toda esta maravillosa experiencia, para que no se perdiera ningún recuerdo precioso.

Como una joya que brilla con muchas facetas, cada día soleado fue almacenado y atesorado. A medida que iba de la pensión de la señora Case a su trabajo, el aire dulce y agudo de estas mañanas de primavera estaba lleno de deliciosos aromas, de cosas nuevas, de flores nuevas, de hierba nueva y tierna, de matices de hojas nuevas, bronce y carmesí, blanco borroso, onagra y verde esmeralda. Y a veces parecía como si las nubes rosadas y blancas de los pequeños huertos se convirtieran en fragancias desvanecidas. Ella amaba más el momento en que el Common aparecía, cuando a través de las filas de olmos, los lineamientos de esas casas antiguas se alzaban ante ella, alineaciones que parecían ser muy familiares, como de viejos y confiables amigos, y sin embargo siempre despertando nuevas armonías y nuevas visiones. Aquí, a ellos, pertenecía, y aquí, si el mundo hubiera sido ordenado de otra manera, podría haber vivido en una primavera brillante y continua. En la esquina del Common, cuadrado, amplio, pintado de color paja adornado con blanco, con sus altas chimeneas y su ventana de la escalera en forma de abanico, su terraza balaustrada abierta al cielo, estaba la mansión del siglo XVIII ocupada por el Dr. Ledyard. ¿Cuál era su secreto? ¿Y cómo se explica el sentido de armonía inspirado en otra vivienda, construida durante la vida del segundo Adams, en un marco de arces blanco y brillante en el sol de la mañana? Su pórtico curvo estaba rematado por una barandilla de hierro forjado, sus largas ventanas y su buhardilla baja establecida como una caseta con amplio techo sugiriendo secretos ocultos del pasado se teñían de color púrpura. Aquí un podría haber vivido un Motley o un Longfellow; un Bryant escribió su "Thanatopsis". Más adelante, a cuadros por la sombra, estaba la pintoresca hilera de casas de profesores, con aleros inclinados y entradas empotradas de granito, un tema de una vieja huella inglesa.... A lo largo de la frontera del Common se intercalaban entre los antiguos dormitorios y pasillos los nuevos y dignos edificios de ladrillo de color ciruela que aún conservaban el alma de Silliston. Y a ello respondía el alma de Janet.

A última hora de la tarde, cuando terminaran sus tareas, Janet cruzaría el Common a la vivienda de Mrs. Maturin, típica de la Nueva Inglaterra del pasado, con las dimensiones de una casa de campo y algo de la dignidad de una mansión. Pilastras blancas estriadas adornaban las esquinas, las ventanas

estaban protegidas por diminutos aleros, el techo estaba protegido por una barandilla; la entrada de pórtico clásico era abordada por un camino entre altos setos de abetos recortados; y a través de la biblioteca, a la derecha, llegaría a la terraza con pabellón al lado de un jardín, provocando disturbios en los colores de carnaval de la primavera. Para septiembre habría cambiado. Porque hay una gloria de jacintos, de tulipanes, de narcisos y de junquillos, y otra de la margarita de San Miguel y de los lirios.

Insall estuvo allí a menudo, y los sábados y domingos llevó a la señora Maturin y a Janet a dar largos paseos por la zona. Hubo tardes en que el mundo se inundó de luz plateada, cuando los campos lucían bajo el sol; y las tardes teñidas de azul, pintaban el paisaje como un tapiz tejido con delicadas sonrisas sobre un fondo de añil. Los madroños, todos radiantes y fragantes bajo sus hojas, las polygalas con flecos púrpuras [Polygala myrtifolia, arbusto de hoja perenne que popularmente es conocido como Lechera del Cabo y Polígala], el lirio dorado pálido de la espadaña, la floración rojiza del jengibre. En los espacios abiertos bajo el cielo había nubes de azules violetas silvestres y flores blancas de fresa agrupadas junto al musgo, todo reluciente con verde nuevo. El mayflower de Canadá [Maianthemum canadense] extendía una alfombra bajo los pinos; y en los huecos donde se asentaban las nieblas, donde fluían los arroyos, donde el aire estaba cargado con el olor húmedo e inefable de las cosas en crecimiento, se juntaban lenguas de víbora caídas, sangrientas de estrellas blancas y flores de espuma. Del ojo rápido de Insall, nada parecía escapar. Les señalaría el colibrí que cernía, una brillante mancha, sobre la aguileña, el pájaro carpintero pegado al tronco de un arce por encima de sus cabezas, el destello rojo de un tanager que brilla a través del follaje iluminado por el sol; el oriolo y el vireo donde se escondían, y la suya fue la primera oreja que captó la exquisita y distante nota del ermitaño. Una vez las detuvo, sobresaltado, para escuchar la perdiz de martillo tamborileando a su compañera...

A veces, alguna tarde, cuando Janet estaba ayudando a la señora Maturin a plantar o escardar, Insall se les unía, enrollando las mangas de su camisa de franela y arrodillándose junto a ellas en los senderos del jardín. La señora Maturin siempre le pedía consejo, aunque no siempre lo seguía.

"Ahora, Brooks", diría ella, "solo tienes que sugerir algo para poner en ese borde para reemplazar los jacintos".

"Tuvimos larkspur [Delphinium] el año pasado y recordarás que parecía un cromo en una carpeta de ferrocarril".

"Déjame ver, ¿me aconsejas larkspur?", preguntaba.

“Oh, estoy seguro de que debes tener que hacer siempre lo que dices. Me parece que he pensado en todas las flores posibles del catálogo. Tú también sabes, solo que tienes tanto miedo de comprometerte a ti misma".

El espíritu cómico de Insall, traicionado por sus expresiones, por la entonación burlona de su voz, nunca dejó de llenar de alegría a Janet, aunque también de alguna manera era sugerente, el vasto fondo de sus recursos. La Sra. Maturin tenía razón, él podría haber resuelto muchas de sus preguntas si lo hubiera deseado, pero tenía su propio método para lidiar con las apelaciones. Con la cabeza inclinada hacia un lado, aparentemente con una profunda reflexión sobre el problema, nunca respondía de manera directa, sino mediante un proceso de insinuación insondable para Janet, y al eliminar, no demasiado despreciablemente, las impacientes propuestas de la Sra. Maturin, la llevó a un punto donde ella encontraba la solución por sí misma.

"¡Amapolas orientales! ¡Qué tonta soy por no pensar en ellas!

"¡Qué estúpido de mi parte!" Insall hacía eco y Janet, inclinándose sobre su escarda, se aseguraba de que estuvieran en su mente todo el tiempo.

La principal extravagancia de Augusta Maturin eran los libros; no podía soportar su turno en la biblioteca, y si le gustaba un libro, deseaba poseerlo. Suscribiéndose a varias reseñas, tres inglesas y una estadounidense, las estudiaba con entusiasmo cada semana y enviaba pedidos a su librero de Boston. Como consecuencia de ello, los bastidores de nogal tallado en la mesa de su biblioteca se estaban tensando constantemente. Declaró que un buen libro debería leerse en voz alta y discutirlo incluso durante su lectura. Y así, Janet, después de una introducción elemental y decididamente única a la literatura valiosa en el hospital, se vio repentinamente sumida en el vórtice del pensamiento moderno. La frase que Insall citó, que la cultura moderna dependía en gran medida de lo que uno no había leído, se le aplicaba; una chica del nuevo ambiente caída en manos hábiles, se ahorró el aburrimiento de vadear a través de los llamados clásicos que, aunque útiles como hitos, como puntos de referencia para futuras lecturas, son en gran parte meros recordatorios de un universo absoluto ahora desaparecido. La llegada de una novela, obra teatral o tratado de uno de los núcleos pequeños pero en crecimiento de los videntes del siglo XX era un acontecimiento, y con frecuencia un volumen que se comenzaba por la tarde se retomaba después de la cena. Mientras la señora Maturin estaba sentada cosiendo al otro lado de la lámpara, Janet le daba la vuelta a la lectura. Desde el principio había notado rápidamente las inflexiones de la señora Maturin, y las reliquias de escuela secundaria fueron eliminadas rápidamente. La esencia del realismo y el pragmatismo de los últimos días, su valerosa determinación de arrancar un

velo del que siempre había tenido poca conciencia, de mirar a la cara los hechos de la naturaleza humana, la refrescó; una porción creciente de ella lo entendió; y ella estaba constantemente bajo el hechizo de la emoción que capta parcialmente, que se cierne al borde de descubrimientos inspiradores. Esta emoción, cada vez que Insall tuvo la oportunidad de estar presente, se intensificaba, ya que ella se sentaba en silencio, pero a menudo expresaba al oyente sus comentarios divertidos y picantes sobre estas nuevas ideas. Su método de discusión nunca dejó de iluminarla y deleitarla y, a menudo, cuando se sentaba en su máquina de escribir al día siguiente, recordaba una de sus observaciones pintorescas que de repente arrojaban una luz brillante sobre alguna materia hasta ahora oscura. El tema de su conversación podría ser una novela o una obra teatral, y luego se deleitaban en criticarla, apelando a un juicio espontáneo no obstaculizado por ideas preconcebidas implantadas pedagógicamente. Janet crecería abrumada por la timidez.

"Di lo que piensas, querida", la impulsaba la señora Maturin. "¡Y recuerda que tu propia opinión vale más que la de Shakespeare o la de Napoleón!"

Insall la acompañaría a su casa en la pensión de la señora Case...

Una tarde, a principios de junio, Janet estaba sentada en su pequeña habitación trabajando en sus cartas cuando llegó Brooks Insall. "No quiero entrometerme en tu horario, pero quería preguntarte si me harías una pequeña copia", dijo, y él puso sobre su escritorio un paquete atado con su pulcritud característica.

"¿Algo que hayas escrito?", exclamó, sonrojándose de placer y sorpresa. ¡En realidad le estaba confiando uno de sus manuscritos!

"Bueno, sí", respondió cómicamente, mirándola a ella.

"Voy a tener mucho cuidado con eso. Lo haré de inmediato."

"No hay ninguna prisa particular", le aseguró. "El editor lo esperó seis meses más o menos un mes o así no importará".

"¡Un mes más o menos!" observó ella, pero él se había ido. Por supuesto, ella no podía esperar que él se quedara y hablara de eso; pero esta inesperada exhibición de timidez con respecto a su trabajo, tan admirado por los espíritus selectos del mundo, la hizo brillar emocionada y divertida con un nuevo entendimiento. Con los dedos ansiosos, soltó la cuerda y se quedó mirando fijamente el guión normal sin captar, al principio, el significado de una sola frase. Era un boceto comparativamente corto titulado "El exilio", en el que verdades brillantes y aladas y bellezas elusivas revoloteaban continuamente contra un fondo oscuro de opresión puritana; la historia de un tal Basil Grelott,

un soñador de los días de Milton, educado en Oxford, quien, despojándose de las cadenas de dogmas y decretos hechos por el hombre, navegó con sus libros al desierto de Nueva Inglaterra a través del mar. Allí vivió, entre los salvajes, en paz y libertad hasta la llegada de Winthrop y sus devotos, para enfrentar la persecución de aquellos que habían huido de ella. Los Hermanos del Señor, según él, eran peores que los Obispos del Señor según la frase de Blackstone. Janet, por supuesto, nunca había oído hablar de Blackstone, algunas de cuyas experiencias evidentemente había utilizado Insall. Y los puritanos trataron con Grelott de la misma manera en que habrían tratado al autor del *Paraíso perdido*, especialmente si él hubiera expresado entre ellos las opiniones expuestas en su folleto sobre el divorcio. Un retrato de un severo divino con su infalible libro le dio a Janet una vívida concepción del carácter de sus antepasados y el temprano Boston, con la luz amarilla de las velas con forma de linterna que brillaban en las ventanas de las casas isabelinas de madera, descrito de manera inolvidable. Hubo una inquisición en el congelado granero de una iglesia, y Basil Grelott fue desterrado a perecer en medio del bosque en su búsqueda renovada de libertad... Después de leer el manuscrito, Janet se sentó a escribir esa noche y se lo llevó a casa, además de a su cama, para que no se perdiese para la posteridad. A las cinco de la tarde siguiente, ella había terminado la copia.

Una suave lluvia había caído durante el día, pero había cesado mientras se dirigía hacia la casa de Insall. El lugar era ahora familiar; había estado allí para cenar con la Sra. Maturin, una cena cocinada y servida por Martha Vesey, una viuda anciana, eficiente y espantosamente limpia, a quien Insall había descubierto en algún lugar de sus viajes y había instalado como su ama de llaves. Janet se detuvo con la mano en el pestillo de la puerta para mirar a su alrededor, a la valla de estacas en la que había estado trabajando cuando ella había caminado hasta allí el año anterior. Ahora estaba pintada primordialmente, sus postes coronados con piñas talladas; detrás de la cerca florecían flores antiguas, altramuces y falso índigo; y el muro de contención de piedra blanda azul grisáceo, que él había colocado esa primavera, estaba terminado. Un viento agitó el arce, soltando una lluvia de fuertes gotas; subió por el sendero y llamó a la puerta. No hubo respuesta, incluso Martha debe estar ausente, ¡en el pueblo! Janet estaba decepcionada, ella había esperado verlo, decirle cuán grande había sido su placer en la historia que él había escrito, al mismo tiempo que dudaba de su valor para hacerlo. Nunca había podido hablarle sobre su trabajo y qué le importaba su opinión. Mientras se alejaba el silencio fue roto por un zumbido aumentando gradualmente a un crescendo, por lo que se aventuró lentamente alrededor de la casa y en el

huerto de manzanos retorcidos en la cuesta hasta que llegó la visión de un pequeño edificio blanco junto al arroyo. La veleta posada en el hastial, y virando en la brisa húmeda, parecía un pez vivo nadando en su propio elemento; y a través de la ventana abierta vio a Insall inclinándose sobre un torno, desde donde volaban las astillas. Ella vaciló. Luego él levantó la vista y, al verla, se estiró por encima de su cabeza para tirar de la palanca que cerraba la potencia eléctrica.

"Entra", gritó, y se encontró con ella en la puerta. Estaba vestido con una camisa blanca, abierta en el cuello, y un par de pantalones de pana descoloridos. "No estaba esperando este honor", le dijo, con un gesto de autodesprecio, "o me habría puesto un esmoquin".

Y, a pesar de su entusiasmo, ella se echó a reír.

"No me atreví a dejar esto en la casa", explicó. "La señora Vesey no estaba. Y pensé que podrías estar aquí.

"¡Has hecho la copia ya!"

"¡Oh, me encantó hacerla!", respondió ella, y se detuvo, sonrojándose. ¡Podría haber sabido que sería simplemente imposible hablar con él al respecto! Así que lo dejó en la mesa de trabajo y, vencida por una repentina timidez, se retiró hacia la puerta.

"¡No te vayas!", Exclamó.

"Debo y estás ocupado".

"En absoluto", declaró, "en absoluto, solo estaba matando el tiempo hasta la cena. ¡Siéntate!”. Él le hizo un gesto con la mano hacia una silla de diseño jacobeo de aspecto magistral, con las patas torneadas, lijadas e inmaculadas, que estaba en medio del taller.

"¡Oh, no en eso!" Protestó Janet. "Y además, lo estropearía, estoy segura de que mi falda está mojada".

Pero él insistió, poniéndola debajo de ella. “Llegaste justo a tiempo, quería que una mujer la probara, los hombres no son jueces de sillas. Hay un vacío detrás de tu espalda, ¿no es así? Augusta tendrá que ponerle un cojín.

"¿Lo hiciste para la señora Maturin? ¡Estará satisfecha!”, Exclamó Janet, mientras se sentaba. "No creo que sea incómoda".

“Lo copié de una vieja en el Museo de Arte de Boston. Augusta la vio allí y dijo que no sería feliz hasta que tuviera una así. Pero no se lo digas.

¡No, por nada! Janet se puso de pie otra vez. "Realmente debo irme".

"¿Ir dónde?"

“Le dije a la señora Maturin que le leería ese nuevo libro. Ayer no pude ir. No quería ir”, agregó, temiendo que él pudiera pensar que su trabajo la había retenido.

"Bueno, voy a caminar contigo. Me pidió que hiciera un pequeño diseño para una fuente, sabes, y tendré que hacer algunas mediciones".

Cuando salieron del taller y subieron la cuesta, Janet intentó luchar contra la tristeza que comenzó a invadirla. ¡Pronto tendría que irse dejando todo esto! Su mirada se demoró con nostalgia en la vieja granja con su gran chimenea central desde donde se elevaba el humo, con sus paneles de cristales que Insall había colocado en los diminutos marcos.

“¡Qué extrañas ventanas!” dijo ella. "Pero parecen ir muy bien con la casa".

"¿Eso crees?" Su tono la sorprendió; tenía un toque más de seriedad de lo que nunca había detectado. “Pertenecen a ese tipo de casa que los antiguos pobladores trajeron con ellos, de vidrio con plomo. Algunas personas piensan que son frías, pero las he hecho bastante apretadas. Verás, he intentado restaurarla como debió haber sido cuando se construyó".

"¿Y estos?", Preguntó, señalando las piedras de molino de diferentes diámetros que hacían los escalones que conducían al jardín.

"Oh, eso es una vieja costumbre, pero son agradables", agregó. "Solo pondré el manuscrito dentro y cogeré mi cinta métrica", agregó, abriendo la puerta, y ella se quedó esperándolo en el umbral, enfrentada por la pequeña y empinada escalera que desaparecía en la pared hasta la mitad. A su izquierda estaba la habitación donde trabajaba, y que una vez había sido la cocina de la granja. Dio unos pocos pasos y, mientras él buscaba en el cajón de la mesa, se detuvo ante la gran chimenea sobre la que, contra el panel, colgaba un viejo mosquete de boca acampanada. Insall se acercó a ella.

"¡Esos eran árboles!", Dijo. "Ese panel tiene más de cuatro pies de ancho, lo medí una vez. Me atrevo a decir que el pino del que se cortó creció justo donde estamos parados, antes de que se despejara el terreno para construir la casa".

"¿Pero el arma?" Preguntó ella. "No la tenías la noche que vinimos a cenar".

"No, me la encontré en una venta en Boston. El viejo colono debe haber tenido una así. Me gusta pensar en él, lejos de aquí en el desierto en aquellos primeros días".

Pensó en cómo Insall había hecho que esos primeros días vivieran para ella, con su historia de Basil Grelott. Pero para salvar su alma, con tal apertura, no podía hablar de ello.

"Tenían que trabajar bastante duro, por supuesto", continuó Insall, "pero me atrevo a decir que tuvo una vida bastante feliz, sin películas, sin suplementos dominicales, sin automóviles o polillas. Su único entusiasmo era caminar diez millas hacia Dorset y escuchar un sermón de tres horas sobre fuego eterno y azufre de un hombre que se suponía que debía conocerlo. ¡No es de extrañar que durmiera profundamente y viviera más de noventa!

Insall estaba de pie con la cabeza echada hacia atrás y sus ojos parecían fijos en el mosquete que habría sugerido que su observación era una pose elocuente, pensó, del equilibrio mental y físico del hombre. Se preguntaba qué creencia le daba el dominio libre del alma y el cuerpo que poseía. Cierta convicción firme, ella estaba segura, debía darle energía, pero ella lo respetaba más por ocultarlo.

"¡Es difícil entender una religión tan terrible!", exclamó. “No veo cómo esos antiguos pobladores podrían creer en eso, cuando hay cosas tan hermosas en el mundo, si solo abrimos los ojos y las buscamos. Oh señor Insall, me gustaría poder decirle cómo me sentí cuando leí su historia y cuando la Sra. Maturin me leyó esos otros libros suyos".

Se detuvo sin aliento, horrorizada por su audacia y luego, de repente, una barrera entre ellos pareció romperse, y por primera vez desde que lo conocía, se sentía cerca de él. No podía dudar de la sinceridad de su homenaje.

"Te gustan tanto como eso, Janet?" Dijo él, mirándola.

"No puedo decirte cuánto, no puedo expresarme. Y quiero decirle algo más, Sr. Insall, mientras tenga la oportunidad de estar con usted y la Sra. Maturin. Me ha cambiado. Ahora puedo enfrentar la vida, me ha mostrado tanto que nunca había visto antes…"

“¿Mientras tienes la oportunidad?” Repitió.

"Sí". Se esforzó por continuar alegremente, "Ahora que lo he dicho, me siento mejor, prometo no volver a mencionarlo. Sabía que no me creías ingrata. Es gracioso", agregó, "cuanto más ha hecho la gente por ti, cuando te han dado todo, vida y esperanza, más difícil es agradecerles". Apartó la cara para no mostrar que sus ojos estaban mojados "La señora Maturin nos estará esperando.

"Todavía no", lo oyó decir, y sintió su mano en su brazo. "No has pensado en lo que estás haciendo por mí".

“¡Lo que estoy haciendo por ti!” repitió ella. "Lo que más me duele, cuando lo pienso, es que nunca podré hacer nada".

“¿Por qué dices eso?” Preguntó.

“Si solo pudiera creer que algún día podría ayudarlo un poco, debería ser más feliz. Todo lo que tengo, todo lo que soy, se lo debo a usted y a la señora Maturin.

"No, Janet", respondió. “Lo que eres es tú, es más real que cualquier cosa que pudiéramos haberte proporcionado. Lo que tienes que dar es a ti misma. Sus dedos temblaron en su brazo, pero ella lo vio sonreír un poco antes de que él volviera a hablar. Augusta Maturin tenía razón cuando dijo que eras la mujer que necesitaba. No me di cuenta entonces; tal vez no lo hice, pero ahora estoy seguro de ello. ¿Vendrás a mi?"

Se quedó mirándolo fijamente, aterrorizada, repentinamente penetrada por una consternación que agotó su fuerza, y se apoyó pesadamente en la chimenea, agarrando la repisa de la chimenea.

"¡No!", Suplicó ella. “Por favor, no me… no puedo…”

"¡No puedes!... Tal vez, después de un tiempo, puedas llegar a sentirte diferente. No quise asustarte", le oyó responder con suavidad. Esta humildad, en él, era insoportable.

“¡Oh, no es que no sea eso! Si pudiera, estaría dispuesta a servirte toda la vida y no pediría nada más. Nunca pensé que esto sucedería. No debería haberme quedado en Silliston.

"¿No sospechabas que te amaba?"

"¿Cómo podría? Oh, podría haberte amado, si hubiera tenido la suerte de haberlo merecido. Pero nunca pensé, siempre te admiré, ¡Estás muy por encima de mí! Ella levantó la cara hacia él con agonía. "Lo siento, lo siento por ti, ¡nunca me lo perdonaré!"

"¿Es alguien más?", Preguntó.

"Me iba a casar con el señor Ditmar", dijo lentamente, con desesperación.

"Pero incluso entonces…" comenzó Insall.

"¡No entiendes!", Gritó ella. "¿Qué vas a pensar de mí? La señora Maturin debía habértelo dicho, después de que me hubiera ido. Es lo mismo que si estuviera casada con él, solo que peor.

“¡Peor!” Repitió Insall sin comprender... Y entonces ella se dio cuenta de que él se había apartado de su lado. Estaba de pie junto a la ventana.

Un zorzal comenzó a cantar en el arce. Ella miró silenciosamente hacia la puerta, y se detuvo para mirarlo una vez, para encontrarse con su mirada. Se había vuelto.

"¡No quiero, no puedo dejar que te vayas así!", le oyó decir, pero huyó de él, salió por la puerta y se dirigió hacia el campo y el Common...

Cuando Janet apareció, Augusta Maturin estaba en su jardín. Con una percepción instantánea de que algo andaba mal, fue hacia la joven y la llevó al sofá de la biblioteca. Allí se hizo la confesión.

"Nunca lo adiviné", sollozó Janet. "Oh, señora Maturin, me creerá, ¿verdad?"

"Por supuesto que te creo, Janet", respondió Augusta Maturin, tratando de ocultar su pena, su profunda preocupación y perplejidad. "Yo tampoco lo sospeché."

"No me habrías traído aquí, no me habrías pedido que me quedara contigo. Pero yo tenía la culpa, no debería haberme quedado, sabía que algo iba a pasar, algo terrible, que no tenía derecho a quedarme".

"¡Quién podría haberlo previsto!", Exclamó su amiga sin poder hacer nada. "Brooks no es como ningún otro hombre que haya conocido, uno nunca puede decir lo que tiene en mente. ¡No es que me sorprenda cuando lo pienso todo!

"¡Lo he lastimado!"

Augusta guardó silencio un rato. "Recuerda, querida", suplicó ella, "no solo debes pensar en ti misma, de ahora en adelante".

Pero la comodidad estaba fuera de discusión, la tarea de calmar a la joven era imposible. Finalmente, llamaron al doctor y la acostaron...

Augusta Maturin pasó una noche agonizante, sin dormir, presa de muchas emociones; de auto-reproche, viendo ahora que se había equivocado al no contarle a Brooks Insall el secreto de la joven; de dolor y simpatía por él; de ternura hacia la muchacha, a pesar del sufrimiento que había traído; de una rebelión inusitada contra un mundo que la engañó de este preciado lazo humano por el que había anhelado la primera vez que entró en su vida desde que su marido y su hija se habían ido. Y era su propia responsabilidad la infelicidad de Insall cuando recordó con una punzada sus palabras inocentes de que Janet era el tipo de mujer con la que él, un artista, debería casarse. Y era verdad, sí debía casarse. Él mismo lo había comprendido. ¿Janet lo amaba? o ¿Todavía recordaba a Ditmar? Una y otra vez, durante el verano que siguió, esta consulta estuvo en sus labios, pero no se habló...

Al día siguiente desapareció Insall. Nadie sabía a dónde había ido, pero sus amigos en Silliston creían que había sido capturado por una de sus repentinas y caprichosas fantasías por vagar. Durante muchos meses su nombre no fue mencionado entre Augusta y Janet. A mediados de junio habían ido a Canadá...

Para llegar al campamento en Lac du Sablier desde la pequeña estación de ferrocarril en Saint Hubert, era necesario un viaje de unas ocho millas. Ese día Augusta había hecho su parte de remo y polo, con un guía en la proa. Había

previsto todas las necesidades de esta ocasión, ropa abrigada para Janet, que estaba envuelta en mantas y colocada sobre cojines en medio de la canoa, mientras ella la seguía en un segundo, de vez en cuando exclamaba, con voz tranquilizadora, que nadie tenía nada que temer en las manos de Delphin y Herve, a quien conocía íntimamente desde hacía más de veinte años. De hecho, fue un viaje maravilloso, emocionante y, en algunos momentos, aparentemente peligroso, por el pasillo boscoso del río; al ver el primer estruendo de los rápidos, Janet contuvo la respiración. ¡Tan increíble parecía que cualquier poder humano pudiera impulsar y guiar a un bote por el pasadizo blanco entre las rocas! ¿No estaban cortejando la destrucción? Sin embargo, sintió un extraño y salvaje deleite en la sensación de peligro, de asombro ante el leñador que encontraba y seguía los senderos de cristal a través del borboteo de espuma... Hubo largos y tranquilos tramos, encerrados por alisos, donde las canoas, esquivando los árboles caídos, se deslizaron a través del agua quieta... Ningún movimiento tan silencioso y estimulante que Janet hubiera conocido. Incluso las paletas de inmersión no hacían ruido, aunque a veces había un gorgoteo, como si un pez hubiera roto el agua detrás de ellos; a veces, en las brillantes piscinas que había delante, veía saltar las truchas. En cada asombrosa debacle, Delphin exclamaba: "¡*Un gros*!" Desde una rama superior de un abeto, un martín pescador se lanzó como una flecha al agua. Haciendo un chapoteo como una piedra cayendo. Una vez, después de haber atravesado la brecha de una presa de castores, Herve asintió con la cabeza hacia un montón de ramitas junto al banco y murmuró algo. Augusta Maturin se echó a reír.

"*Cabane de castor*, una cabaña de castores. Y los castores hicieron la presa que acabamos de pasar. ¿Te diste cuenta, Janet, de lo bien habían cortado esos troncos con sus dientes afilados?

En momentos conversó rápidamente con Delphin en el mismo dialecto que Janet había oído en las calles de Hampton. ¡Cuánto tiempo había transcurrido!

En dos ocasiones, cuando las caídas eran escarpadas, debían desembarcar y caminar por pequeños portillos a través de los verdes arbustos de frambuesa. Las huellas de los grandes cascos en el cieno negro traicionaban donde los animales salvajes se habían detenido a beber. Se detuvieron a almorzar en una roca caliente al lado de una cascada cantarina, y al final pasaron un codo del arroyo y, con una visión repentinamente ampliada, vieron la expansión de zafiro del lago y el distante círculo de colinas. "*Les montagnes*", las llamó Herve mientras cargaba su pipa, y esto Janet podía traducirlo por sí misma. Hacia el este yacía traslúcida la luz de la tarde; hacia el oeste, detrás del generoso campamento de troncos, parado en una terraza

natural sobre el rellano, estaban las sombras. Aquí estaba la paz, si la lejanía, si la naturaleza misma podía otorgarla.

Janet poco sospechaba que se hubieran hecho preparativos especiales para su comodidad. A principios de abril, cuando el desierto aún estaba en las garras del invierno, Delphin había sido convocado desde un lejano campamento maderero hasta Saint Hubert, donde había varios empacadores y dos rollos de tubería de plomo de Montreal en un cobertizo junto a una vía muerta de ferrocarril. Había supervisado el transporte, en trineos tirados por perros, hasta su gélida descarga, acompañado en su último tramo por un fontanero de Beaupre, a treinta millas de la línea; ¡Y entre ambos habían improvisado un baño y adjuntado una caldera a la cocina! Solo una semana antes de la llegada de Madame, el manantial en la ladera sobre el campamento había sido aprovechado, y la tubería colocada de forma segura bajo tierra. Además de este lujo inaudito para el Lac du Sablier [Lago del reloj de arena], había camas de hierro, colchones y estufas de leña para instalar en los cuatro dormitorios, que estaban bien resguardados con musgo. Las tradiciones de ese campamento habían sido hospitalarias. En el día del profesor Wishart, muchos invitados habían venido y se habían ido o habían montado sus tiendas en las cercanías; y Augusta Maturin, hasta este verano, rara vez había estado aquí sola, aunque no temía al desierto, y Delphin había llevado a su hija Delphine a hacer las tareas domésticas y cocinar. La tierra durante kilómetros a la redonda era propiedad de un capitalista de Toronto que había sido amigo de su padre y que podía permitirse, como hobby, salvar el bosque. Con su permiso, algunos deportistas venían a pescar, y ocasionalmente sus fogatas se podían ver a través del agua, como estrellas brillantes en la oscuridad de la noche. Por la mañana y en la tarde, pequeños hilos de humo azul que se alzaban contra el bosque; "*bocane*", lo llamó Delphin, y Janet encontró una dulce y extraña magia en estas palabras del pionero.

El lago era grande, con forma de reloj de arena, como su nombre indicaba, y Augusta Maturin a veces paseaba con Janet a través del canal ancho y poco profundo hasta el extremo norte, que incluso una vez había remado Gifford. Su genio era para los indefensos. Un día, cuando las aguas eran altas y se podían prescindir de los portajes, hicieron una excursión a través del Riviere des Peres hasta el lago de ese nombre, el siguiente en la cadena de arriba. Para el almuerzo se comieron las truchas que Augusta atrapó; y por la tarde, cuando regresaron a la boca de la salida, Herve, revisando suavemente la canoa con su remo, susurró la palabra "¡*Arignal*!" [Alce]. En lo profundo de los exuberantes pastos del pantano había un animal con una enorme cabeza

gris, como la de un burro, mirando tontamente en su dirección una vaca alce. Con una tremenda conmoción que despertó ecos en el bosque, se arrancó del barro y desapareció, seguida de su descendencia aterrorizada, una caricatura de ella misma...

Para septiembre la hierba de fuego púrpura que brota al lado de antiguos campamentos, y en el bosque, había florecido y esparcido su miríada, de cardos impalpables sobre el suelo de cristal. El otoño llegó a los Laurentianos. Por la mañana, el lago se extendía como un estanque de mercurio bajo las nieblas crecientes, a través de las cuales el sol brillaba con destellos cegadores de luz. Un poco más tarde, cuando el velo se había levantado, se convertía en un espejo para las colinas y los riscos, los techos azules del cielo. El aire picante fue condimentado con bálsamo. Se reveló el increíble brillo de otro día, el arsénico-verde de las piceas, el rojo y el oro de los arces, el amarillo de los alisos que se bañan en las aguas poco profundas, de los abedules, cuyas extremidades blancas se podían ver brillando en el crepúsculo de la espesura. Temprano, demasiado temprano, el sol caía detrás del borde serrado del bosque de la colina occidental, una bola de fuego naranja... Una tarde Delphin y Herve, seguidos de otras dos canoas, remaron hasta el rellano. Habían llegado nuevos visitantes, el Dr. McLeod, que durante mucho tiempo había sido íntimo de la familia Wishart, y con él una mujer canadiense adulta, de complexión fresca, una enfermera entrenada que había traído de Toronto.

Allí, en plena naturaleza, Janet conocería la experiencia suprema de las mujeres, la agonía, la renovación y la alegría simbólica de la naturaleza misma. Cuando la niña fue bañada y vestida con la ropa que Augusta Maturin había hecho para ella, se la llevaron a la habitación a la madre.

"Es una hija", anunció.

Janet miró a la niña con nostalgia. "Esperaba que fuera un niño", dijo. "Habría tenido mejores oportunidades". Pero ella levantó los brazos y la niña se tendió en la cama junto a ella.

"Veremos que tenga una oportunidad, querida", respondió Augusta Maturin, mientras la besaba.

Pasaron diez días, el Dr. McLeod se demoró en Lac du Sablier, y Janet todavía estaba en la cama. Incluso en este aire que da vida, ella no parecía más fuerte. A veces, cuando la niña dormía en su canasta en el soleado porche, la señora Maturin le leía; pero a menudo, cuando se suponía que debía descansar, yacía mirando por la ventana abierta hacia el espacio plateado escuchando la risa burlona de las gavias, mirando a los patos volando por el

cielo; o, a medida que avanzaba la tarde, el ángulo de acero marcado en las aguas de la estela de un castor nadando hacia su casa en el crepúsculo. En las noches frías, las maderas se agrietaban con la escarcha; escuchó a los búhos llamándose unos a otros desde la profundidad del bosque, y pensó en el misterio inescrutable de la vida. Entonces la niña estaba con ella. Era una felicidad extraña e inimaginable que conocía cuando la sentía apretándose contra sus pechos, y en su corazón, sentía una felicidad que no se mezclaba con el anhelo, ni con la tristeza mientras la presionaba. ¿Por qué no podía permanecer allí siempre, para consolarla, para estar más cerca de ella que cualquier cosa viva? De mala gana se la devolvió a la enfermera, con nostalgia sus ojos la siguieron...

Dos veces por semana, ahora Delphin y Herve viajaban a Saint Hubert, y una noche, después de que Janet los hubiera visto remar por la pequeña bahía que separaba el campamento de la boca de la salida, apareció la Sra. Maturin, con un sobre en la mano.

"Recibí una carta de Brooks Insall, Janet", dijo, con un esfuerzo bien disimulado para hablar con naturalidad. "No es la primera que me envió, pero no te he mencionado las otras. Está en Silliston y le escribí sobre la niña.

"Sí", dijo Janet.

“Bueno, él quiere venir aquí, a verte, antes de que nos vayamos. Me pide que le telegrafíe tu permiso.

"¡Oh no, no debe, señora Maturin!"

"¿No quieres verlo?"

"No es eso. Me gustaría verlo si las cosas hubieran sido diferentes. Pero ahora que lo he decepcionado y lo lastimé, no podría soportarlo. Sé que es sólo su amabilidad".

Al cabo de un momento, Augusta Maturin le entregó a Janet un sobre cerrado que tenía en la mano.

"Me pidió que te diera esto", dijo, y salió de la habitación. Janet lo leyó y lo dejó caer sobre la colcha, donde todavía estaba acostada cuando su amiga regresó y comenzó a ordenar la habitación.

Desde la dirección de la cabina del guía, llegaron los sonidos de conversación y risas, interrumpidos por fragmentos de canciones de los habitantes. Augusta Maturin sonrió. Ella fingió no notar las lágrimas en los ojos de Janet, y se esforzó por contener las suyas.

"Delphin y Herve vieron un alce", explicó. “¡Por supuesto que era grande, siempre lo es! Se lo están diciendo al médico.

"Señora. "Maturin", dijo Janet, "me gustaría hablar contigo. Creo que debería decirle lo que dice el señor Insall.

"Sí, querida", respondió su amiga, un poco débilmente, sentándose en la cama.

“Me pide que crea que lo que he hecho no produce ninguna diferencia. Por supuesto que no lo expresa con tantas palabras, pero dice que no le importan las convenciones”, continuó Janet lentamente. “Lo que le dije cuando me pidió que me casara con él en Silliston fue una sorpresa para él, fue tan inesperado. Se fue a Maine, pero tan pronto como empezó a pensar en todo, quiso venir y decirme que me amaba a pesar de ello, pero sentía que no podía, dadas las circunstancias, que tenía que esperar hasta ahora. Aunque no le di ninguna explicación, él quiere que sepa que confía en mí. Todavía desea casarse conmigo, cuidarme a mí y a la niña. Podríamos vivir en California, al principio. Siempre ha estado deseoso de ir allí, dice.

"¿Entonces, querida?" Augusta Maturin se obligó a decir por fin.

"¡Es tan generoso!", exclamó Janet. "Pero, por supuesto, no podría aceptar tal sacrificio, incluso si…" Hizo una pausa. "¡Oh, me ha puesto tan triste todo el verano pensar que no está contento por mi culpa!"

"Lo sé, Janet, pero debes darte cuenta, como te dije en Silliston, que no es por un acto deliberado tuyo, es solo una de esas cosas que ocurren en este mundo y que no se pueden prever ni evitar”. Augusta habló con esfuerzo. A pesar de la aparente calma de Janet, nunca había estado más consciente del sufrimiento interior de la joven.

"Lo sé", dijo Janet. "Pero es terrible pensar que esas cosas que hacemos involuntariamente, tal vez debido a fallas que hemos cometido anteriormente, deberían tener el mismo efecto que los actos que son intencionales".

“El mundo es muy estúpido. Todo sufrimiento, creo, es provocado por la estupidez. ¡Si solo pudiéramos aprender a mirarnos a nosotros mismos como somos! Es una sociedad estúpida y poco iluminada la que impone la mayoría de nuestros castigos y generalmente exige una expiación sin sentido”. Augusta esperó, y al momento Janet habló nuevamente.

“He estado pensando todo el verano, señora Maturin. Había tanto de lo que quería hablar con usted, pero primero quería estar segura de mí misma. Y ahora, desde que llegó el bebé, y sé que no voy a mejorar, parece que veo las cosas mucho más claramente".

"¿Por qué dices que no te vas a poner bien, Janet? ¡En este aire, y con la niña por quien vivir!

"Lo sé. Y el Dr. McLeod lo sabe, o él no se quedaría aquí, y ambos han sido demasiado amables para decírmelo. Ha sido tan amable, señora Maturin, no puedo hablar de eso. Pero estoy segura de que voy a morir, lo he sabido desde que salimos de Silliston. Algo se me ha ido, lo que me impulsó, lo que me hizo querer vivir, no puedo expresar lo que quiero decir. Tal vez sea esta niña, la nueva vida tal vez acabo de romperme, no lo sé. Hiciste tu mejor esfuerzo para repararme, y eso es algo que me entristece. Y el pensamiento del señor Insall es otro. En cierto modo, hubiera sido peor vivir. No podría haber arruinado su vida. E incluso si las cosas hubieran sido diferentes, no habría llegado a amarlo, de esa manera. Es raro, porque es una persona tan maravillosa. Me gustaría vivir para la niña, si solo tuviera la fuerza, la voluntad que quedaba en mí, pero eso se ha ido. Y tal vez podría salvarla de lo que he pasado.

Augusta Maturin tomó la mano de Janet entre las suyas.

"Janet", dijo, "He sido una mujer solitaria, como sabes, sin nada que esperar. Siempre he querido un hijo desde que mi pequeña Edith se fue. Te quería, querida, quiero a tu hijo, a tu hija como a nada más en el mundo. La criaré, trataré de llevarla la luz y Brooks Insall me ayudará..."

[Nota del traductor:

A pesar de su ideología conservadora, Winston Churchill, hace una descripción respetuosa e informada en torno a los Trabajadores Industriales del mundo, virtud rara y poco frecuente que hay que agradecerle.

Hampton es indudablemente Lawrence, y la huelga que se describe es la famosísima del "Queremos pan y también rosas" de 1912, que involucró a los trabajadores de los talleres textiles en los que trabajaban básicamente inmigrantes que hablaban al menos 16 idiomas diferentes. El IWW organizó un Comité de 60 representantes de los huelguistas en el que estaban representados todos los grupos étnicos y los diferentes idiomas.

La huelga fue provocada como bien se relata en la novela por la decisión de los empresarios de reducir el salario tras la reducción estatal por ley de la jornada semanal de trabajo a 54 horas.

Jastro y Antonelli son indudablemente Josep Ettor y Arturo Giovannitti los iniciales organizadores de la huelga, ambos fueron acusados de la muerte de la niña Anne Lopizio (que en realidad fue asesinada por un policía, como se muestra en la novela, llamado Oscar Benoit). Los trabajadores desfilaron alrededor del Palacio de Justicia donde estaban detenidos.

Los bomberos de Lawrence, reprimieron a los manifestantes con agua helada desde mangueras de alta presión como muestra la novela.

John Golden de la AFL (American Federation of Labor) maniobró para que los trabajadores cualificados rompieran la huelga, ofreciéndose él y su sindicato a los dueños de las fábricas, a los funcionarios de la ciudad y a las autoridades estatales para proporcionar esquiroles, como narra Churchill.

William Wood fue el líder de los empleadores que en la novela viene representado por Ditmar. Wood, ordenó colocar cargas de dinamita en distintos lugares para inculpar a los trabajadores como más tarde desveló uno de sus cómplices, aunque no fue inculpado ni detenido.

En el juicio Ettor y Giovanitti fueron exculpados y liberados.

Lockhart, el "principal protagonista del sindicalismo en EE UU" es evidentemente Big Bill Haywood que llegó a Lawrence el 24 de enero de 1912.

La huelga involucró a más de 25.000 trabajadores que consiguieron todas sus reivindicaciones]

ACERCA DEL AUTOR

WINSTON CHURCHILL (10 de noviembre de 1871 - 12 de marzo de 1947) fue uno de los novelistas más vendidos de Estados Unidos de principios del siglo XX.

Hoy en día se ve eclipsado, incluso como escritor, por el estadista británico más famoso del mismo nombre, con quien no estaba relacionado.

Churchill nació en St. Louis, Missouri, hijo de Edward Spalding Churchill por su matrimonio con Emma Bell Blaine. Asistió a la Academia Smith en Misuri y a la Academia Naval de los Estados Unidos, donde se graduó en 1894. En la Academia Naval, destacó en becas y también en actividades estudiantiles en general. Se convirtió en un tirador experto. Después de graduarse se convirtió en editor del *Army and Navy Journal*. Renunció a la marina para seguir una carrera de escritor. En 1895, se convirtió en editor de la revista *Cosmopolitan,* pero en menos de un año se retiró de eso, para tener más tiempo para escribir. Si bien tuvo más éxito como novelista, también fue un poeta y escritor de ensayos

Su primera novela en aparecer en forma de libro fue *The Celebrity* (1898). Sin embargo, *Keopan's Elopement* se publicó en 1896 como una revista de serie y

se volvió a publicar como un libro de tapa dura ilustrado en 1903. La próxima novela de Churchill, *Richard Carvel* (1899), fue un gran éxito, vendiendo unos dos millones de copias en una nación de Sólo 76 millones de personas, y lo hizo rico. Sus siguientes dos novelas, *The Crisis* (1901) y *The Crossing* (1904), también tuvieron mucho éxito.

Las primeras obras de Churchill fueron novelas históricas, pero sus obras posteriores se desarrollaron en la América contemporánea.

Comenzó a pintar con acuarelas y se hizo famoso por sus paisajes. Algunas de sus obras se encuentran en las colecciones del Museo de Arte Hood (que forma parte del Centro para las Artes Hopkins en Dartmouth College) en Hanover, New Hampshire, y el Sitio Histórico Nacional de Saint-Gaudens en Cornish, New Hampshire.

Los libros de Churchill se vendieron bien, *The Inside of the Cup* (1913) fue primero, en el ranking de best seller de ficción estadounidense.

En 1919, Churchill decidió dejar de escribir y se retiró de la vida pública. Como resultado de esto fue gradualmente olvidado por el público.